ARDEN MONTAG

TERRADRAGA

Un drago, un fuego; unidos, un incendio

(Ciclo 984 después de Argia).

En la última y más cruenta guerra entre los hombres, uno de los bandos recurrió al poder prohibido de los dragones a través de Argia, la maga más poderosa que jamás ha pisado el planeta de los dos soles. Dicen que fue tras la destrucción de esa última guerra donde la maga dio a luz al primero de los dragos: mitad humano, mitad dragón.

Muchos Ciclos después, en la insólita península de Terradraga, entre kórtodos, suargos, dracknodones y bograx, dos dragos huérfanos irán encajando las piezas de la historia que los une. Para ello vivirán una trepidante aventura en la que la magia, el amor y el coraje se convertirán en la llama que alimente el fuego de la libertad.

Un relato épico en el que descubriremos los secretos de la Forja: la olvidada escuela de los dragos azules, el poder oculto que puede albergar un misterioso libro, o la forma en la que la música se convierte en símbolo de la resistencia y unión entre los rebeldes de la Llama, un ejército de desheredados unidos para luchar contra la dictadura de la reina Tëesha y el príncipe Crimson.

«Un drago un fuego, unidos un incendio».

Arden Montag

Terradraga

ePub r1.0
Titivillus 03.08.2024

Título original: *Terradraga*
Arden Montag, 2024
Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Mapas: Fernando López Ayelo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Suri, Lara, Víctor y Teo.

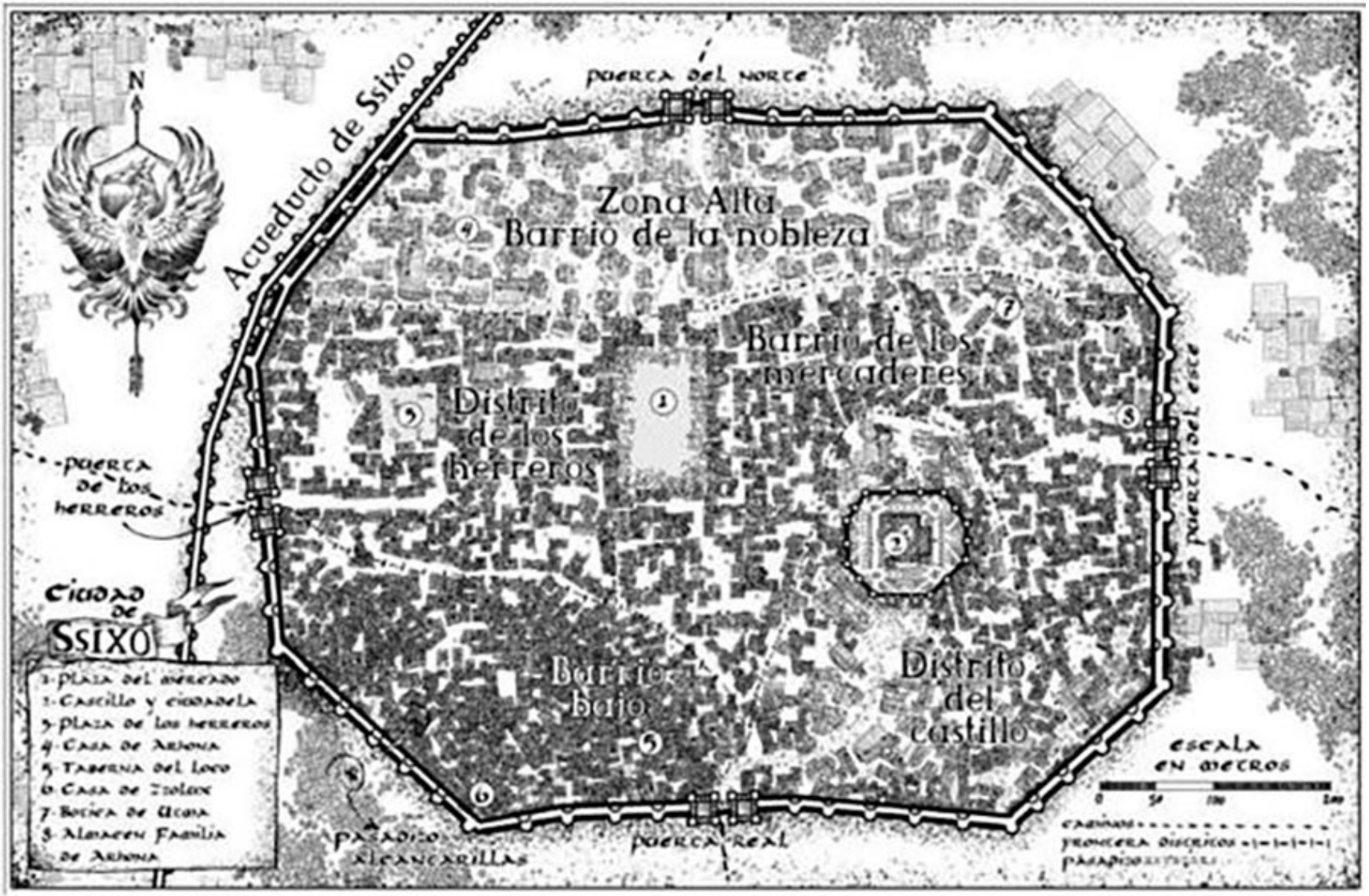
«Solo unos pocos prefieren la libertad; la mayoría de los hombres no busca más que buenos amos».

SALUSTIO, *Historias*

«El corazón es como un lobo hambriento.
El corazón es un depredador».

ANA MARÍA MATUTE, *Aranmanoth*

N
O
E
S
Las Montañas azules
Cuerno de Kha
Islas del Norte
El Océano Infinito
Monte de Lancho
Ócsul
Río Ssix
Río Lant
Ssino
Puertos del Este
Puertos del Oeste
Desierto de los Hombres (nube de cenizas tóxicas)
Clan de Sionnary
Monte de Hierro
Las Minas de Arvak
Bosque de Sombras
Valka
La Meseta de Aka
Monte de Valka
Cataratas de Izium
Islas Thelendras
Tierra de Arcos
TERRADRAGA


N
Acueducto de Ssixo
puerca del norte
Zona Alta
Barrio de la nobleza
Barrio de los mercaderes
Distrito de los herreros
puerca de los herreros
puerca del este
Ciudad de
SSIXO
Barrio bajo
Distrito del castillo
1-plaza del mercado
2-Castillo y ciudadela
3-plaza de los herreros
4-Casa de Arbona
5-Taberna del Loco
6-Casa de Isolde
7-Bodega de Ulda
8-Almacen Familia de Arbona
pasadizo alcantarillas
puerca real
escala en metros
0
50
100
200

PRIMERA PARTE
CICLO 984 d. A.
(después de Argia)

1

El príncipe Búltar

El primero de los dos soles, el más brillante, se ocultaba tras la ladera del monte de Hierro, dando paso a lo que los dragohombres llaman: la última penumbra. El príncipe Búltar contemplaba el ocaso con una piedra ferrosa entre las manos. Una vez más había logrado burlar la eterna presencia de la guardia real asignada por su abuelo para disfrutar de la brillante piel de ese territorio sagrado.

Escabullirse hasta lo alto de ese cerro era la única forma de huir de la bulliciosa corte de Ssixo. La capital de Terradraga se convertía en un hervidero de sonidos que daban vida a esa insólita península. Curtidores de pieles, vendedores ambulantes y timadores de todas clases se mezclaban en un griterío ensordecedor con el repicar del martillo de los herreros. Allí sentado, sobre un amorfo trono de roca, Búltar lanzaba pequeñas bocanadas de fuego índigo para modelar la pieza que sostenía en sus manos cubiertas de escamas. Recordó entonces a sus difuntos padres hablándole, en ese mismo lugar, de la leyenda de las Siete Madres que alumbraron a su especie. A lo lejos, la figura de una draga cargada con una pesada cesta de mimbre a la espalda le sacó de sus pensamientos. Le sorprendió la agilidad con la que se movía a pesar del lastre. No tardó en darse cuenta de que su prisa estaba justificada y que, más que correr, huía.

La adrenalina comenzó a circular por su cuerpo activando el área fóvea de su retina: un *zoom* óptico que le permitía multiplicar por ocho el alcance de su visión. El exterior amarillo de su iris adoptó un tono anaranjado, como el oxígeno oxidando una llama. Sus pupilas contraídas, apenas una estrecha línea vertical, le permitieron calcular con precisión la distancia. Enseguida distinguió la presencia de cuatro dragos que la acechaban a corta distancia, con sus espadas en alto y el instinto asesino en sus rostros; una

máscara que, a pesar de su juventud, había visto ya muchas veces en el campo de batalla. No necesitó pensarlo, de un salto se incorporó para correr tras ellos. Estaban muy lejos y se movían a una velocidad vertiginosa, pero no por eso iba a dejar de intentarlo.

Al cruzar un gran risco sobre el que giraba el camino, perdió de vista a la joven y a sus cuatro asaltantes, pero siguió corriendo. Sabía que lo que estaba haciendo era la clase de cosa que su abuelo le reprocharía. Se iba a meter en problemas para salvar a una aldeana de unos simples maleantes cuando la guerra amenazaba la ciudad. ¿Por qué demonios había abandonado sus deberes en palacio para poner su vida en peligro?

Imaginó que los siete minutos que había tardado en descender habrían sido fatales para la víctima. Desenvainó la espada y confió en la ventaja que le daba su fuego índigo, propio de su estirpe real. Justo antes de girar, escuchó gritos. Aceleró sus pasos, listo para entrar en combate, pero la visión de lo sucedido le hizo frenar en seco. Los cuatro asaltantes yacían muertos con la huella de un zarpazo letal. Búltar siguió el rastro de sangre hasta descubrir a la joven draga. Con sus modestas vestiduras limpiaba la sangre adherida a sus poderosas garras. No era habitual, pero algunos dragos heredaban esa mutación: garras retráctiles, apenas perceptibles a simple vista bajo las tupidas escamas. Sin embargo, aquello era distinto; no solo por el tamaño de la hoja estrecha, filosa por ambos lados, de unos quince centímetros, sino por su propia composición, similar a un cuarzo pulido: transparente como el cristal, resistente como el acero de una daga.

Al verlo llegar, la draga activó sus depósitos de fósforo para preparar su garganta y arrojarle una bocanada rojiza de su fuego. Saltó hacia él a una velocidad endiablada. Búltar tardó un segundo en reaccionar; tiempo suficiente para sentir la quemazón en las escamas del brazo con el que se protegió el rostro. Entre las llamas vislumbró la transparencia de aquellas garras y a la joven draga. Su forma de moverse era casi una danza, su ejecución impecable y la determinación de sus movimientos, propios de un guerrero avezado. Viendo su destreza, comprendió la rapidez con la que había aniquilado a esos cuatro rateros. Su bien entrenado instinto le

permitió reaccionar a tiempo. Esquivó el primer zarpazo de un salto. El segundo no se hizo esperar. Sujetó con habilidad la muñeca que amenazaba con atravesarlo y retorció el brazo de su oponente hasta hacerla gritar de dolor. Con una patada la tumbó boca abajo, usando su peso para inmovilizar y mantener lejos de sí aquellas letales zarpas.

—¡Suéltame o juro que correrás la misma suerte que esos cuatro malnacidos!

—¡Tranquila, tranquila! Solo quería ayudarte. He visto cómo te perseguían esos dragos —respondió Búltar, procurando que su voz no reflejase el esfuerzo que suponía contener la fuerza de esa insólita draga.

—Si quieres ayudarme, suéltame ahora mismo, o correrás la misma suerte.

—¿Me lo aseguras? Llámame loco, pero le tengo aprecio a mis escamas.

—¿No conocías acaso a esos malnacidos?

—¡No! Ya te he dicho que vine en tu ayuda —respondió liberando a la draga del peso de su cuerpo, al tiempo que tomaba una prudente distancia.

La draga se levantó y sus garras se ocultaron de nuevo con un silbido acerado, como el rumor de una espada y, sin más, se sacudió el polvo de su humilde ropa de faena. Fue entonces cuando Búltar la observó por primera vez. Había algo salvaje en su mirada, algo que no había visto en ninguna otra hembra de su especie. Todavía fruncía el ceño con enfado cuando se detuvo en el contorno preciso de su boca, apretada con furia. La parte humana de su rostro emanaba un equilibrio simétrico. Observó el ascenso de sus escamas, partían de la frente en un tono degradado que atravesaba el malva hasta alcanzar el brillo violeta de la amatista en lo alto de la cabeza, junto a la leve protuberancia de sus cuernos. Ese color iridiscente podía apreciarse en todas las partes que su atuendo dejaba al descubierto. Sobre los hombros caía en cascada una cabellera tupida del color del trigo antes de la cosecha.

—¿Qué miras con esa cara de bobo? —exclamó ella desafiante, sacando a Búltar de su ensimismamiento.

Fue entonces cuando comprendió lo que perseguían esos rufianes. No se trataba de un robo para hacerse con las frutas que ahora se desparramaban

fuera del capazo de mimbre. La querían a ella. Una draga morada podría cotizarse por una auténtica fortuna en los burdeles de Ssixo.

—Viajar sola por estos caminos es una temeridad. ¿Dónde está tu clan, o tu par?

—¿Mi par? ¡Ja! ¡Cómo no! Esa ofensiva manía de poner siempre un alfa al lado de una hembra desamparada.

—No era esa mi intención —respondió titubeando.

—Como habrás comprobado —dijo señalando los cadáveres ensangrentados—, no necesito a nadie para defenderme. Mi padre me enseñó bien antes de fallecer en esa maldita guerra de los reyes.

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Yo también perdí a mis padres en la guerra. —Búltar apretaba los puños para no revelar su verdadera identidad. La guerra había acabado con la vida de demasiados dragos decentes y, aun así, se sintió dolido por sus palabras—. Deja que al menos te acompañe a casa. Es lo mínimo que puedo hacer después de cómo te he tratado.

—Bueno, tal vez yo también tendría que disculparme por haberte abrasado el brazo y amenazarte con mis garras. Te ha faltado muy poco —dijo sonriendo por primera vez—. Por cierto, ¿qué escamas son las tuyas que ni te has inmutado con mi fuego? ¿No suelen ser las escamas doradas propias de la realeza?

—Tú lo has dicho, suele ser, pero no es exclusivo de la nobleza, aunque no negaré que le he sacado partido a este brillo en más de una ocasión. Lo que sería inusual es que un noble se dedicara a perseguir pobres aldeanas en apuros.

La morada se revolvió poniendo de nuevo el filo de su garra en el cuello de Búltar.

—¡Ni soy pobre ni estoy en apuros! Ya te he dicho que sé defenderme sola, necesitaría algo más que cuatro imbéciles para derrotarme. En una cosa tienes razón, hasta un príncipe de Ssixo tendría más cerebro que tú.

—¿Nunca te han dicho que tienes un carácter de mil demonios?

—¿Y a ti que no debes tratar a las hembras como pobres criaturas desvalidas?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo levantando las manos como quien se da por vencido—. ¿Qué te parece si comenzamos de nuevo y me dices cómo te llamas?

—Mi nombre es Súnnary, hija de Zogas —dijo orgullosa—. ¿Y tú?

—Rátlub —respondió Búltar, invirtiendo su nombre y lamentando al instante su estupidez.

—Vaya, ese nombre es casi tan raro como tú. No lo había escuchado nunca.

Tras las presentaciones, la joven draga parecía más relajada. Tomó la última de las manzanas y echó a andar, aceptando de forma tácita la compañía de Búltar, o Rátlub para ella.

La aridez del paisaje ferroso del monte de Hierro se disipaba en la distancia para dejar paso al monte Bajo. Sus pasos dejaron de resonar sobre la piedra para volverse un crujido, apenas un silbido entre la tierra fértil y la hojarasca. El olor silvestre de los matorrales se convertía en el preludio del bosque. El final de la tercera estación lo llenaba todo de dorados y amarillos. Súnnary no podía evitar sonreír al escuchar el canto de los cícaros y las galgas, con sus alas azules y amarillas. Antes de llegar a la aldea, el bosque de nobus oscurecía el paisaje abriendo paso a un laberinto tan exuberante que era casi imposible no perderse. La vegetación crecía en su interior con tanta abundancia que lograba borrar la más pequeña huella o señal que te permitiera orientarte en el camino. Sus copas eran tan altas que apenas se veía el final, modelando un techo de hojas sobre sus cabezas. Los dos levantaron la vista en silencio, abrumados por la belleza del paisaje. La luz regresó de nuevo a medida que se acercaban a lo alto de una pequeña colina, donde se veían un grupo de chozas abandonadas. Entre ellas, destacaba la de la joven draga, la única que permanecía habitable. Súnnary, todavía recelosa, le explicó cómo cultivaba el pedazo de tierra que le había dejado su padre al fallecer, concediéndole el triste honor de convertirse en la última superviviente de su clan.

En el mercado de Ssixo vendía los escasos frutos de su cosecha y la harina que producía en un pequeño molino de agua junto al río. Así había

logrado salir adelante tras la muerte de su padre, hacía ya un ciclo. Búltar no llegó a entrar en la casa, pero aceptó un trago de agua fresca, un plato con queso y una hogaza de pan que Súnnary sirvió en una mesa de piedra muy cerca de la entrada. La modesta casa estaba rodeada de árboles. El descanso y la comida le sentaron bien.

—Este lugar es tan hermoso como inaccesible, quizá ese sea el secreto de su belleza, ¿vives aquí tú sola?

Ella miró a su alrededor y asintió con la cabeza.

—¿Y tu madre? ¿O el resto de tu clan? —se atrevió a preguntar, pensando en cómo habría logrado sobrevivir ella sola a las cinco estaciones de un ciclo completo.

Antes de contestar, Súnnary bajó la barbilla al pecho, escondiendo sus ojos para no mostrar el dolor que suponía traer de nuevo a la memoria aquel recuerdo.

—Ella no logró superar la muerte de mi padre y mi hermano. A los dos se los llevó esta maldita guerra. Mi padre era el alfa de este clan, un guerrero legendario. Él y mi hermano fueron víctimas de la lluvia de hierro de los arqueros de Ócsul. Ni siquiera les habían dado escudos para defenderse. Con su muerte mi clan perdió la piedra sobre la que se sustentaba —dijo señalando las viviendas abandonadas a su alrededor—. Los pocos que volvieron no tuvieron más remedio que huir de estas tierras. Se unieron a otros clanes más fuertes, o se marcharon en busca de mejor fortuna en las calles de Ssixo. Pero nosotras nos quedamos, bueno, a veces pienso que solo me quedé yo; ella no lo superó nunca y… te parecerá una sandez, pero te aseguro que murió de pena.

Búltar la miró preguntándose cómo podría alguien morir así.

—El médico dijo que fueron las fiebres, pero yo sé que no. Yo sé que fue ese dolor que apenas la dejaba existir. —Súnnary permaneció en silencio unos segundos. Cuando levantó la mirada, Búltar pudo ver en sus ojos violáceos el poso de una herida profunda—. La guerra… Esta maldita guerra sin fin me lo ha quitado todo. No consigo entender el egoísmo de esos dos reyes enfrentados con el único propósito de lograr más poder, más conquistas, más vasallos; sin preguntarse siquiera cuál es el precio en vidas de ese capricho.

—¡Eso no es cierto! ¡No es un capricho! Ssixo lucha con valor por la libertad de su pueblo. Si el tirano de Thyle y los salvajes de Ócsul se hicieran con el control, reinarían el caos y la miseria.

—Esas mismas palabras repetían mi padre y mi hermano. Pero ¿a qué precio se sostiene en pie este reino? Diez ciclos en guerra son demasiados. Diez ciclos de muerte y sufrimiento a costa de las vidas de la gente humilde que es obligada a formar parte de ese ejército suicida. A veces pienso que nunca podremos disfrutar de una vida en paz. Tus padres también murieron en esa guerra, deberías entenderme mejor que nadie.

—Siempre he pensado que lo hicieron luchando por una causa justa.

—¿Dónde murieron?

—En la batalla de Arvak.

—¿Tu madre era una guerrera?

—Una de las mejores. Al menos cayeron juntos, me agarro a eso para darle sentido. Combatir es mi forma de honrar su memoria y su muerte.

—Cada uno sana sus heridas lo mejor que puede. Si esa medicina te alivia, me parece perfecto, pero la guerra nunca es la respuesta.

Búltar escuchaba sus palabras con una avidez desconocida. Disfrutaba del placer de charlar sin más, como un simple drago, despojado de las maneras reales que le impedían asomarse con sinceridad a los sentimientos de alguien. Todo en palacio era impostura, protocolo y temor, como si viviese eternamente esquivando el filo de una espada. Hablaron y hablaron hasta que el segundo sol comenzó a esconderse.

—Deberías regresar ya. Pronto anochecerá y bien sabes que estos caminos son peligrosos.

—Tal vez podría volver a acompañarte cuando tengas que regresar a la ciudad. Los cuatro dragos que has matado pueden tener amigos que busquen venganza.

—Ya has visto que llegar hasta aquí no es fácil y sé defenderme. Además, no regresaré al mercado hasta que comience la quinta estación.

—Pero… para eso tendrá que ponerse el sol noventa veces y atravesar el frío de la cuarta estación —respondió decepcionado.

—Si para entonces todavía quieres acompañarme, no seré yo quien te lo impida.

Su respuesta le dibujó una sonrisa estúpida en el rostro. Se sentía nervioso y voluble como un cachorro. Levantó su escamosa mano para despedirse y emprendió el camino de regreso a palacio. Al atravesar el bosque de nobus se quedó contemplando las inmensas copas. Durante todo el trayecto una sola idea rodaba una y otra vez por su mente: ¿cómo lograr volver a verla? Buscaría la forma de escapar de su escolta para encontrarse con ella de nuevo. Cuando llegó a la ciudad de Ssixo se detuvo a observar la imponente muralla que la protegía: una inmensa colmena de piedras y adobe que albergaba a más de veinte mil dragos. En el centro, el gran castillo, donde su abuelo, el rey Kirandros, lo esperaba ansioso con noticias que cambiarían su vida para siempre.

2

La ciudad de Ssixo

El ocaso del segundo sol había llegado a su fin y, aprovechando la oscuridad, Búltar volvió a saltarse el toque de queda para colarse en el interior de aquella fortaleza amurallada. A esas alturas, su abuelo habría mandado ya a varios soldados a buscarlo por todas las tabernas y burdeles del barrio Bajo. El camino real, que fluía junto al río, lo llevó hasta la entrada principal de la ciudad. Divisó a los guardias que protegían la Gran Puerta. Dos gruesos muros discurrían en paralelo definiendo el perímetro octogonal de Ssixo, una ciudad infranqueable ubicada en lo alto de una colina. En tiempos de paz, las casas y los campos se habían esparcido por toda la ladera, aprovechando las fértiles tierras que surgían del cauce del río Ssix, dando así nombre a la capital del reino. Ahora, la guerra con Ócsul recomendaba la vida en el interior de esa fortaleza.

Búltar se cubrió con su capa, para perderse entre los arbustos sin ser visto por los guardias. Así rodeó la muralla hasta llegar al acueducto. Bajo esa inmensa construcción se situaba la red de alcantarillado de la ciudad. En la guerra había compartido campamento y charlas con los cachorros de Ssixo. Su padre, antes de morir, quiso que hiciera su formación de soldado sin los privilegios propios de su estirpe. Tras superar muchos recelos y compartir sangre y batallas, hizo grandes amigos. Entre otras muchas confesiones, esos jóvenes guerreros, le hablaron de los túneles secretos por los que acceder a la ciudad sin ser visto.

Lo peor de aquel pasadizo era ese olor nauseabundo que se pegaba al cuerpo al deslizarte por las cloacas; aun así, era un precio justo. El estrecho laberinto le permitía emerger en la penumbra de las callejuelas del barrio Bajo: la zona más peligrosa de todo Ssixo. Comenzó a caminar por sus calles en busca de una taberna, había pensado que sería mejor que los

guardias lo encontraran en una de ellas. Pronto su instinto le avisó de que no estaba solo. Llevó su mano a la empuñadura de su daga larga, activó los músculos de su cuerpo y colocó su garganta en modo dragón; por si necesitaba usar sus llamas.

En un instante se vio rodeado por tres maleantes. Dos le cortaban el paso y un tercero apareció en la calle por la que pensaba huir. Se detuvo a observarlos. El primero era bajito, fibroso. Sus escamas eran oscuras, los cuernos protuberantes, la ropa descolorida y sucia. Supo que era el jefe de la banda por el grueso medallón de metal que colgaba de su pecho. A su derecha, una bestia con dos pesadas hachas colgando de cada mano. Detrás, un drago larguirucho, muy joven, con una espada oxidada en una mano y una navaja en la otra. El jefe fue el primero en hablar:

—Dragoncito, baja la espada, que te vas a hacer daño con eso. Déjala en el suelo junto a tu bolsa y esa bonita capa. Te quitas las botas y, con suerte, puedes marcharte de aquí con vida.

Tenía la voz aflautada de un reptil insidioso.

—¡Aproxímate, entonces! Así podrás tomar lo que desees tú mismo —contestó Búltar mientras levantaba la sólida espada. Toda la adrenalina contenida durante la persecución en el monte de Hierro lo había dejado con ganas de un poco de diversión.

—Insensato, luego no digas que no te ofrecí una salida digna. ¡Matadlo! —gritó el jefe.

Los dos asaltantes se lanzaron hacia él. El flacucho era más rápido, eso permitió a Búltar despacharlo sin tener que preocuparse del grandullón, que se acercaba con sus pesadas hachas a cuestas. Una simple finta a la izquierda evitó la estocada y, antes de que el larguirucho pudiera atacar con la navaja, le estampó un golpe con la parte plana de la hoja en el cráneo. No quería matarlo, solo invitarlo a dormir. Sonó un crujido feo y cayó al suelo como un árbol recién talado. Se giró, y con media sonrisa, hizo un barrido con su pierna, sorprendiendo así al grandullón que se lanzaba sobre él. Su propia inercia lo tumbó en el suelo, estampando su cara en la arena al tiempo que las dos hachas salían disparadas por el aire.

—¡Mi nariz! ¡Me he roto la nariz! —exclamó aquella mole llorando igual que un cachorro mientras sus torpes dedos intentaban frenar la

hemorragia como si nunca hubiese visto brotar la sangre de su cuerpo.

Búltar sonrió. Al incorporarse vio cómo el jefe se lanzaba hacia él. Su garganta ensanchada en posición de fuego arrojó una llamarada. El aire se llenó de ese olor a azufre característico del combate entre dragos. La llama rojiza impactó contra el índigo de Búltar, el azul se impuso abrasando el rostro de su oponente. El jefe retrocedió con una mezcla de terror y sorpresa. Trató de sacudir su cuerpo chamuscado, antes de exclamar:

—¡Es fuego índigo, fuego real! ¡¿Acaso eres el príncipe?! —preguntó justo antes de levantarse y salir corriendo como si le persiguiera un suargoo rabioso.

Búltar se sacudió la tierra que todavía llevaba adherida a la ropa tras su incursión por las alcantarillas y se acercó al drago desarmado que permanecía sentado en el suelo.

—¿A ti qué te parece? —respondió mirando al gordinflón con sus pupilas todavía en posición vertical—. ¿Te echas a dormir como tu compañero o te duermo yo?

El drago se tumbó en el suelo, obediente como un cachorrillo. Cerró los ojos con fuerza. La rudeza de su musculatura escamosa en contraste con el temor de su rostro resultaba hilarante. El príncipe soltó una carcajada y se marchó en busca de una taberna. Estaba feliz. Pensar en Súnnary lo hacía sonreír. Tal vez por eso se propuso investigar quién había sido su padre, ese guerrero llamado Zogas y las circunstancias de su muerte.

A escasos metros de donde había dejado durmiendo a los dos rateros y chamuscado al tercero, estaba la taberna del Loco, el antro preferido de Búltar. El local no tenía ni cartel, ni nombre, tan solo una cabeza enajenada de drago tallada en el centro de la pequeña puerta de madera. Búltar siempre pensaba al verla que el artesano que la había cincelado era un experimentado maestro. El pomo, en forma de brazo, terminaba en una jarra que se acercaba a la boca del drago.

Búltar tiró de ese brazo de madera agradecido de poder entrar, una vez más, al lugar más sucio, caótico y con la clientela más peligrosa de todo el barrio Bajo.

Siempre se sorprendía por la amplitud de ese local, con mesas por todas partes. Al fondo había un pequeño escenario al que el inicio de la guerra

había sumido en un profundo silencio. Nada necesitaba ser dicho explícitamente en aquella taberna en la que los distintos clanes se agrupaban en un desorden perfecto. Allí alternaba lo mejor de Ssixo: ladrones, usureros, traficantes, proxenetas. Al fondo estaba la barra; lugar asignado para los clientes que no pertenecían a ninguno de estos grupos de dragos ejemplares. Allí se dirigió Búltar. Tras quitarse la capucha, llamó al mesonero con complicidad:

—¡Fogus! Ponme uno de esos asquerosos brebajes que llamas cerveza.

Fogus era una leyenda del barrio Bajo. Llevaba años regentando esa taberna sin haber presenciado un solo disturbio. Todos los maleantes lo respetaban en base a un acuerdo tácito por el que nadie osaba pelear o robar allí. «El Loco» era un santuario y todo aquel que pisaba su suelo lo sabía de antemano. Si alguien rompía ese pacto, se arriesgaba a acabar con las escamas hechas ceniza.

—¡Dichosos los ojos! Su Alteza se ha dignado a bajar a los humildes lodos de nuestro barrio. Ya veo que te has vuelto a escapar de los guardias del abuelo. Han pasado por aquí tres veces los soldados de tu escolta —dijo el posadero mientras uno de sus fornidos brazos posaba una sucia jarra frente a Búltar.

Fogus se pasó la mano por la rojiza cabellera, raleando ya entre los puntiagudos cuernos. Sus escamas, de un rojo anaranjado, tenían casi el mismo tono que su abundante barba. El príncipe le dio un trago largo. Estaba sediento después del paseo campestre, el descenso por las alcantarillas y la reciente pelea.

—¡Esto sabe a primer meado de suargoo después de hibernar, Fogus! —bramó tras limpiarse la boca con el antebrazo.

—Quizá la linda flor de palacio esté acostumbrada a mejores brebajes, pero creo que el problema no está en la cerveza. No sé de dónde sales, pero conozco manadas de kromms que huelen mejor que tú —contestó Fogus. Frunció el gesto con aparente desprecio y se retiró a atender a otros clientes.

Tras ser uno más en la batalla, Búltar había comenzado a frecuentar ese antro, invitado por sus compañeros del ejército. Su abuelo lo abroncaba cada vez que se enteraba de sus correrías por esas zonas de la ciudad. Pero él estaba convencido de que aprendía más de su pueblo y sus problemas en

esas visitas, que en los cientos de clases a las que lo sometían sus maestros en la corte. En esos años, el príncipe se había ganado el respeto de la gente humilde y, aunque algunos recelaban de esa costumbre, nadie osaba jamás molestarlo. De hecho, un par de ciclos atrás, tres miembros de una de las bandas quisieron retarlo tras una estúpida apuesta. Acabaron amoratados, mordiendo el polvo. Pero Búltar no se ganó su respeto por vencerlos, sino por evitar su detención cuando los guardias intentaron apresarlos.

Los espías de Ssixo no tardaron en hacer su trabajo. A esas alturas de la noche ya habían avisado a la guardia real de su presencia a cambio de un buen puñado de monedas. El viejo Rónroth, comandante del ejército, veterano en mil batallas, maestro de guerra de Búltar y responsable de su seguridad, apareció en «El Loco», junto a un pequeño batallón de cinco soldados.

—¡Malnacido! ¿Dónde te habías metido? Llevamos horas buscándote, pero… —Rónroth olisqueó el aire a su alrededor— ¡¿A qué demonios hueles?! ¡¿Acaso has copulado con mil kromms?! Esta vez el rey está furioso. Hace horas que reclama tu presencia y la verdad es que ya no sabía cómo encubrirte.

—No te enfades conmigo, Rónroth, ya sabes que te quiero. —Búltar le agarró la cabeza y le plantó un beso en la calva escamosa, justo en medio de su roma cornamenta—. Tus guardias o son demasiado lentos o son demasiado tontos. Creo que deberías esmerarte en entrenarlos mejor.

—A ver si con un poco de suerte tu abuelo te deshereda y así puedo abrirte con gusto la cabeza —gruñó.

A pesar de sus casi cincuenta ciclos, Rónroth era fuerte, rocoso como una montaña y benevolente como un padre paciente y cariñoso. Sus negras escamas hacían que el celeste de sus ojos brillase con una intensidad cautivadora. Se podía sentir su afecto por ese príncipe cabezota al que había cuidado desde que le empezaron a salir las primeras escamas.

—No habrá tanta suerte, Rónroth, no creo que el abuelo quiera quitarme esta condena real —contestó Búltar con amargura—. ¡Vamos con el viejo! A ver qué le pica.

3

El trono vacío

Rónroth tenía instrucciones claras del rey: no dejar a Búltar pasar por sus aposentos, asearse o cambiarse de ropa antes de presentarse ante él. Receloso de que su custodio lo volviera a engañar, lo escoltó bajo la atenta tutela de sus guardias. Al entrar a palacio, se encontró con la recia escalera de mármol que conducía a las distintas estancias. Atravesó las dos grandes puertas de acceso a la Sala Real, en cuyo centro pudo ver el trono vacío del rey Kirandros. A su abuelo no le gustaba gobernar desde la altura de esa silla; por eso tan solo la ocupaba en los actos oficiales.

Rónroth dejó a los soldados montando guardia en la Sala Real y cruzó con Búltar la puerta que daba acceso a la Habitación Blanca: un pequeño salón revestido de mármol desde el que dirigía el rumbo de Ssixo. Al acceder, vio a Kirandros sentado en la gran mesa junto a varios consejeros con los que discutía algún tema apremiante contenido en un largo pergamino con forma de contrato. El rey levantó la cabeza y, con un leve gesto de la mano, cargado de la autoridad del que lleva toda una vida al mando, hizo entender a todos que debían dejarlo a solas con su nieto.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? ¡Y por todos los dragones de tu estirpe! ¿Qué es esa maldita peste que traes encima?

Búltar decidió ignorar las preguntas y tratar de encauzar la conversación lo antes posible para eludir cualquier clase de interrogatorio que pudiera desvelar dónde había estado. La astucia del rey era capaz de detectar la mínima variación de su humor con una simple mirada. Se sentía tan lleno de Súnnary, tan colmado, que temió no ser capaz de ocultar sus emociones, así que optó por esconder sus ojos en el mapa extendido sobre la mesa.

En el pergamino podía apreciarse la capital, Ssixo, al borde del gran río. A un lado, en un tono amarillento, los nombres de las pequeñas ciudades

aliadas, numerosas montañas, la gran meseta de Aka, las montañas de Valka y los pueblos de la costa. Al sureste de la península, las islas Thelendras, que daban paso al océano Infinito, donde se perdió el último vuelo de los dragones. En la otra mitad, pintada de negro, la ciudad enemiga de Ócsul, las montañas Azules, y los territorios enemigos junto a las ricas minas de Arvak. El mapa concluía en el desierto de los Hombres, al oeste de los territorios enemigos: aquel que nunca había podido atravesar ningún drago. La leyenda y los libros de historia contaban que, al final de ese océano de arena, habitaba una especie sin escamas ni fuego, y que a ellos debían la mitad de su genética. Desde La Gran Destrucción, algo en las cenizas perpetuas de ese desierto aislaba a la península del resto del planeta de los dos soles. Dicen que fue allí, a este lado del desierto, donde Argia dio a luz al primero de los dragohombres, sin que hasta la fecha se hayan podido encontrar las huellas de Zlaty, la última dragona dorada.

Búltar rememoraba la leyenda con la mirada perdida en el mapa de esa guerra sin fin hasta que se armó de valor para preguntar:

—¿Qué es tan urgente, abuelo? ¿Acaso debo regresar al campo de batalla? —dijo señalando el minucioso pergamino en el que se reproducía a escala los batallones de soldados que se repartían por toda la península de Terradraga.

—No, hijo. Justo de eso quería hablarte. Es posible que, por primera vez en mucho tiempo, tengamos la oportunidad de terminar con todo esto.

El peso de aquella sentencia cayó en la mente del príncipe como una losa en el fondo de un pozo. El recuerdo de Súnnary regresó al instante. No lograba quitarse a esa draga de la cabeza, sus palabras resonaban en su interior como un eco y ahora el fin de la guerra podría estar cerca. Después, recordó los rostros de sus padres, los compañeros caídos, los enemigos abatidos por su propio fuego y su espada… Y, sin embargo, le sorprendió que su primer pensamiento fuera para ella. La acababa de conocer y ya se había colocado la primera en su cerebro. ¿Qué tenía esa chica que era capaz de alterar así sus prioridades? Una sola tarde con ella y ya lo había desordenado todo.

—¿De qué se trata? ¿Se ha rendido el maldito Thyle?

—Algo parecido. Nos han propuesto un camino para lograr la paz… La paz —el rey parecía saborear esas palabras.

Búltar vio cómo al juntar esas tres simples letras, el rostro de su abuelo languidecía. Parecía cansado. En el último ciclo había envejecido de golpe. Pasaba la frontera de los cien, cifra clave en el principio del fin de los dragos. Sus hombros, antes erguidos y fuertes, se habían combado. El brillo dorado de sus escamas tenía ahora un tono pajizo, mustio. Incluso sus labios habían perdido el color adoptando un extraño tono azulado. Siempre había sido un gigante ágil, de rostro orgulloso y noble, pero ahora se movía despacio, como si el simple hecho de sobrevivir precisara de toda su energía.

Por más que consultaban a los médicos, no encontraban otra respuesta que no fueran los designios de la vejez. Aunque, en silencio, Búltar sospechaba de la voracidad con la que el tiempo lo estaba consumiendo.

—Tú eres la clave, Búltar.

—¿Yo?

—¿Recuerdas las noticias que nos llegaron de la muerte del príncipe de Ócsul, el par de Tëesha, la hija de Thyle?

—Sí, en la última estación no ha habido otro tema de conversación en Ssixo.

—La princesa ha enviudado y, ahora, el heredero del reino de Thyle ha quedado a su cargo.

—Sí, todos conocen esa historia.

—Al parecer, esa muerte lo puede cambiar todo.

—No entiendo, abuelo.

Como el que bebe de un trago un brebaje amargo, el rey Kirandros resumió los principales puntos del acuerdo que culminarían con el enlace de Búltar y Tëesha, y el consecuente final de la guerra. Él se convertiría en el heredero de todo el reino y en el futuro padrastro del hijo de la princesa.

—Es fácil de comprender, hijo. El matrimonio ha sido siempre un asunto de Estado.

—¡Eso es una maldita locura! Es obvio que se trata de una trampa.

—Es posible, pero hay un contrato. Las cláusulas son claras. Lo firmaríamos Thyle y yo con fuego y sangre.

—Pero ¿emparejarnos? El único recuerdo que tengo de Tëesha es el de una adolescente caprichosa e irascible que se paseaba por la corte como si ya fuese la reina, y eso que aún no estábamos en guerra. Ya entonces no me gustaba. Había en ella algo cruel y despiadado que me hacía aborrecerla, y ahora dicen que su carácter no ha hecho más que empeorar, sedienta como está por hacerse con el control de toda Terradraga.

—No debes creer habladurías infundadas. Muchos de esos rumores son fruto de nuestra propaganda. Lo que sí sabemos es que es una princesa inteligente y muy hermosa. Eso no puedes negarlo. Por lo menos ella ha cumplido con su deber garantizando la descendencia de su linaje y ahora, según su padre, está más que dispuesta a emparejarse y poner fin a esta guerra. Tú, en tu empeño de pensar solo en tus deseos y en esa absurda idea de la felicidad, has rechazado a varias dragas nobles y sigues sin darme un heredero —estos eran los argumentos de un eterno reproche que el rey usaba en su contra una y otra vez—. Es curioso que esa desidia tuya se vea ahora recompensada con esta gran oportunidad.

—¿Desidia? ¿Acaso es eso lo que piensas? No te creía tan ingenuo como para dar por sentado que esa clase de personas se conforman con un enlace real. ¿Y tú, abuelo? ¿Se saciará tu apetito por lograr un heredero, aunque no lleve tu fuego ni tu sangre?

—Ya sabes, hijo, que nunca he creído demasiado en la pureza de la sangre. Ese cachorro tiene menos de seis ciclos, aún no ha mudado sus primeras escamas. Si viene aquí, a vivir con nosotros, y tú lo educas, será tan hijo tuyo como de Tëesha. Además, casi me he dejado arrancar las garras para incluir en este pacto tu derecho a elegir el nombre de tu legítimo sucesor. Puede ser ese crío, un hijo o hija propio, fruto de tu relación con ella, o incluso cualquiera que consideres oportuno. Así está reflejado, es la primera vez que un dragorrey podrá decidir el heredero al trono.

—¿Por qué ahora? Thyle está débil, más débil que nunca. Podemos ganar la guerra y no tener que aceptar ningún trato.

—¿Estás seguro de eso, hijo? Thyle accede porque se siente débil, pero ¿cuánto podría aguantar si seguimos batallando? ¿Dos, tres ciclos? ¿Cuántas vidas sacrificadas mientras tanto? —Una vez más, las palabras del viejo rey le trajeron el recuerdo de esa draga y su familia—. Y si acabamos

con él, ¿cómo podríamos unir entonces ambos reinos? ¿Someteremos a Ócsul? Dime, ¿cuánto tardarían en volver a rebelarse? Con esta solución no solo lograremos poner fin a esta guerra, tendremos una paz duradera. He hablado con Thyle, he visto su dolor por la muerte del príncipe. Ya sé que su ambición no tiene límites, pero conozco también la preocupación de un padre por el futuro de los suyos. Búltar, estamos ante una oportunidad única. Esto es lo que te pido, pero no te voy a obligar a tomar una decisión precipitada, lo dejo en tus manos. Si decides rechazar el enlace, no te reprocharé nada. Pero quiero que sepas que estoy demasiado cansado para seguir luchando. Durante esta guerra he enterrado a tus padres, a mi par, a grandes dragos. Ya no quiero presidir más funerales.

Búltar permaneció en silencio. Hubiera preferido que lo obligara, así podría rebelarse frente a esa imposición y rechazar un plan que iba a trastocar su vida por completo. Pero su abuelo era sabio. Lo había educado con rectitud para aprender a asumir responsabilidades y sus consecuencias, y sabía que la mejor manera de llegar a esa terca cabezota era el camino de la persuasión.

—¿Qué te dicen tus consejeros? —preguntó Búltar para ganar tiempo.

—Estamos discutiendo cada pulgada del contrato. Amirg cree que es la mejor opción.

Búltar apretó los dientes al oír el nombre del consejero real. Amirg era el máximo mandatario en la administración; el que susurraba al oído del rey. Un drago de maneras amables, diplomático, hábil moviéndose en la corte, a pesar de una cojera de nacimiento que le impidió hacer carrera militar. Búltar no despreciaba ni su inteligencia ni su talento para la estrategia, pero tenía la sensación de que sus consejos escondían intereses ocultos. Había ascendido poco a poco, desde lo más bajo, como huérfano sin linaje, con su enclenque cuerpo de drago, sin apenas escamas para protegerse. Pero poseía la audacia necesaria para levantar un imperio comerciando con cualquier cosa que se pudiera vender. La clave de su triunfo residía en la red infranqueable que había logrado tejer gracias a su silencioso ejército de confidentes. Nadie tenía claro ni quiénes, ni cuántos eran, pero no se movía una brizna de hierba en Terradraga sin que Amirg lo supiera. Por eso en la corte muchos le llamaban: el rey de los invisibles.

Sus dragos colgaban los comunicados reales en los tablones del reino. Él mismo escribía los pliegos que leían los pregoneros en las plazas. Podía ensalzar o vilipendiar a cualquier persona, idea o hecho que a él le interesara. Búltar sabía que su abuelo valoraba su consejo más que el de ningún otro. De alguna forma le había adoptado como a un hijo. A pesar de la escasez de sus escamas, su cojera y su mustia apariencia, el príncipe sentía celos de él. Tenían la misma edad, pero poseía un talento natural para destacar en todos los campos en los que Búltar mostraba torpeza. Y, aun así, no dejó que esos sentimientos le nublaran la razón.

—¿Y qué es lo que a Amirg le gusta tanto de esta idea? Si la llevamos adelante y yo muero en extrañas circunstancias —dijo con ironía—, toda la península de Terradraga quedaría en manos de la hija de Thyle. ¿No te das cuenta de lo obvia que es su trampa?

—Ese es uno de los asuntos claves. Si a ti te pasara algo, el Consejo Real tomaría el control del reino y gestionaría la sucesión al trono. Y el Consejo Real seguiría siendo nuestro. ¿Lo entiendes, hijo? A los diez dragos y dragas que lo forman dejaremos que se unan tres del reino de Ócsul. Seguiremos teniendo una abrumadora mayoría. Eso es lo que hemos negociado. Ya conoces mi sueño de que ese consejo lo termine eligiendo el pueblo, eso tendrás que conseguirlo tú cuando llegue tu turno.

—Y sospecho que, antes de que ese sueño se haga realidad, ese Consejo lo seguirá comandando Amirg.

—Sí, pero solo en tu ausencia. Eso nos garantiza la paz y el control del reino. Búltar, puedes leer con calma el contrato. Tú tienes la última palabra. Decidas lo que decidas estaré a tu lado.

Búltar se rascó el mentón, uno de los rasgos que todavía perduraban de su anatomía humana. ¿Casarse con una desconocida? ¿Convertirse en padre de un crío de la noche a la mañana? Y lo que era más inquietante: ¿cuánto rencor podría albergar Tëesha contra el jefe del ejército que había matado a su par, al progenitor de su hijo?

En la vorágine de sopesar todas esas cuestiones, se encontró de nuevo deseando regresar a esa pequeña casa escondida, escuchando el monótono traqueteo de las aspas del molino y el murmullo del río.

—Te pido veinte días, abuelo. Deja que se pongan veinte veces los dos soles y te daré mi respuesta. Necesito pensar con calma en todo lo dicho. Es una decisión importante, pero no me busques, no necesitaré mi escolta, solo confía en mí. Debo meditar mi respuesta. No te preocupes, sé cuidarme.

—Así sea. Veinte veces veré la última penumbra y, entonces, estaré en esta misma sala, esperándote y aceptaré tu decisión, sea la que sea. Palabra de drago, lo juro por la memoria de tus padres.

4

Veinte días

Búltar apretaba en la mano el colgante, aún caliente. Acababa de tallar, con la ayuda de su fuego índigo y su daga corta, una piedra del monte de Hierro. La había encontrado en el mismo sitio donde vio a Súnnary por primera vez. El resultado no hubiera pasado el examen de un orfebre ortodoxo, pero estaba satisfecho. Había transformado una pequeña roca en una joya abstracta; una mitad redondeada, pulida y brillante y la otra rústica, sinuosa, de una belleza imperfecta. Hizo un agujero en el medio y lo atravesó con un cordel de cuero. Sabía que se lo daría a Súnnary, pero dudaba si contarle toda la verdad.

Tras haber desafiado a su memoria para recordar el camino, por fin enfilaba su tramo favorito: el bosque de nobus. Aún no había terminado de decidirse sobre qué versión le iba a dar para justificar su visita. Le sudaban las manos y sus escamas estaban más rígidas de lo acostumbrado. «¿Cómo es posible que esta muchacha me ponga tan nervioso?», se preguntó enfadado por su comportamiento. En ese preciso instante, Súnnary saltó de la copa de un árbol para caer a su espalda como una criatura alada, amenazándolo con el filo de sus garras.

—¡Podría haberte rebanado el cuello, Rátlub! Hace una legua que escucho tus pasos. Haces más ruido que una manada de bestias.

—¡Por Zlaty, Súnnary! No hace falta que me rebanes el cuello, casi me matas del susto.

—Deberías ser más sigiloso si aprecias tu vida. Sería una pena echar a perder unos cuartos traseros tan hermosos —y tras sus palabras, le propinó una palmada en la nalga y enfiló el camino hacia su casa.

Cuando giró la cabeza vio a Búltar paralizado por la sorpresa.

—¡Vamos! Te invito al mejor kashwa que hayas probado en tu triste vida. Aplacará tu garganta.

—¿Me llevas escuchando una legua? ¿En serio? Ni los warghos poseen un oído tan afinado —señaló Búltar, tratando de recuperar su maltrecho orgullo, mientras seguía sus pasos.

—Es un don familiar, «el mejor oído a lo largo y ancho de Terradraga». Eso decía siempre mi madre.

—El don de la nuestra, sin embargo, son nuestros hermosos cuartos traseros.

Los dos se echaron a reír con una complicidad que no había experimentado hasta entonces.

La pequeña cocina se llenó de un perfume en crudo, frutal, que emanaba de los granos de kashwa que Súnnary trituraba en un molinillo. Cuando el agua caliente comenzó a cruzar el polvo, la fragancia dio paso al aroma. Búltar la observaba fascinado. Súnnary parecía bailar mientras preparaba el brebaje. El último paso de una coreografía perfecta fue dejar dos tazas rústicas y humeantes en la mesa. Búltar dio un sorbo con los ojos cerrados, concentrando sus sentidos en el intenso sabor que explotaba en sus papilas. Súnnary apoyaba los codos en la mesa contemplando cómo Rátlub disfrutaba de su obra.

—¡¿De dónde demonios has sacado esta maravilla?! No he probado algo así en toda mi vida.

—Ya te dije que te iba a gustar. Me lo trae un comerciante, un viejo amigo de mi padre. Viene desde las montañas Azules. Allí hay una pequeña zona de suelo volcánico, a mucha altitud, temperaturas suaves, lluvias abundantes y nubes todo el año. Los dragos azules llevan siglos cultivándolo y guardan con celo el secreto para extraer de la planta del kha esta maravilla. Los herreros lo aman por el poder sanador que tiene sobre sus recalentadas gargantas y por la forma en la que consigue avivar su fuego.

—Pero las montañas Azules están más allá de Ócsul, eso es zona prohibida, no se puede comerciar con ellos.

—Una cosa es que esté prohibido y otra muy distinta es que no se pueda. ¿No me digas que eres uno de esos dragos buenos y obedientes que

no se saltan nunca la normas?

Búltar sonrió y volvió a dar otro largo trago hasta apurar el contenido de la taza.

—Daría la mitad de mi fuego con tal de beber esto cada mañana. No sabía que los dragos azules dominaran este arte —dijo observando los posos del kashwa—, solo los he conocido en combate. Te aseguro que son los soldados más duros y honorables a los que me he enfrentado. Ojalá estuvieran de nuestro lado del mapa. Algún día te contaré la historia de cómo perdonamos la vida a un grupo de esos azules. Cuando se vieron derrotados, uno de ellos cantó la canción más hermosa que jamás se ha escuchado en un campo de batalla.

—Algún día, Rátlub, pero ahora prefiero que me cuentes qué haces aquí, dime, ¿a qué has venido? No pensaba volver a verte tan pronto.

—Vengo a pedirte un favor. Necesito un sitio donde esconderme. Dentro de veinte días tengo que tomar una decisión importante. Necesito cobijo para pensar y no se me ocurre ningún sitio más apartado y solitario que este. Te pagaré lo que sea necesario por las molestias.

—¿Veinte días? Eso es mucho tiempo. ¿Cuál es esa decisión tan importante que tienes que tomar?

—Si me aceptas como huésped, te prometo que te lo explicaré esta noche.

Súnnary lo miró, con su ceño de draga fruncido, concentrada, tratando de desentrañar los secretos que se escondían tras los ojos amarillos de Búltar. Todo en él era un misterio para ella, como sus escamas doradas, más propias de un noble que de un advenedizo. De alguna forma ese drago de porte distinguido y maneras refinadas le gustaba, le hacía bien. Por primera vez desde que murió su madre tenía ganas de estar con alguien, de abandonar esa soledad impuesta en el último ciclo. Ahora Rátlub le ofrecía veinte días en compañía. Pero no podía bajar la guardia, no debía abandonar esa cautela que le había permitido sobrevivir durante todo ese tiempo.

—Si te quieres quedar aquí, tendrás que aceptar dos condiciones.

—¡Las acepto! —dijo Búltar entusiasmado.

—¡Espera, bruto! Primero tendrás que escucharlas. La primera es que no voy a aceptar tu dinero; si quieres pagar tu estancia tendrás que trabajar:

en la granja, en el huerto, con el molino. Me vendrán bien ese par de brazos —dijo señalándole como si fuera un animal de carga.

—¡Cuenta con ello! ¿Y la segunda?

—La segunda es que tengas claro que en mi lecho solo duermo yo. Si has venido aquí buscando esa clase de compañía, ya puedes dar la vuelta. Juro que como intentes algo, te rebanaré el cuello —y tras un chasquido, asomó el filo de una de sus garras.

—¿Tan feo soy? —contestó Búltar divertido.

—Digamos que no estás mal. Tus cuartos traseros compensan la torpeza de tus modos, pero no estoy buscando un clan, ni un par que me acompañe, ¿entendido?

—Entendido, acepto tus condiciones, a cambio de veinte días de comida, techo y de una taza de ese kashwa cada mañana.

Búltar le tendió su mano. Las garras de Súnnary se ocultaron de nuevo con un silbido de piedra afilada para estrecharla con afecto.

—Trato hecho, Rátlub. El primer sol ya está completo. Vamos a trabajar, hoy va a ser un día duro.

El final de su primera jornada fue mucho más agotador de lo esperado. Esa draga era peor que Rónroth en los duros días de entrenamiento, o que las interminables marchas previas a la batalla. Tenía la espalda destrozada de trabajar en el huerto, los brazos de mover sacos en el molino y las piernas, de trajinar con los animales de la granja. Le dolían músculos que no sabía que existían. Mientras, Súnnary se movía con la misma agilidad que a primera hora de la mañana. «¿De dónde diablos saca tanta energía esa draga tan menuda?», se preguntaba dejándose caer en uno de los jergones que ocupaban la sala principal de la casa.

—¿Estás cansado, cachorrito? ¿O es que tus escamas no soportan el peso de unos cuantos sacos de harina?

—Si por cansado quieres decir que he dejado de sentir las piernas y apenas puedo hacer otra cosa que mover los párpados, entonces, es posible que sí… Creo que tendré suerte si no muero esta noche.

—Ja, ja, ja… los dragos de ciudad sois muy blanditos. Voy a preparar algo de cena, ahora vuelvo. En ese mueble están los platos y cubiertos. Sal a por agua al pozo, si es que aún puedes moverte.

—Si Su Alteza real lo ordena, procuraré no morir en el trayecto, pero no os prometo nada.

La draga desapareció en la cocina. Búltar salió con una jarra y se acercó al pozo; tras activar un ingenioso fuelle, la llenó de agua fresca. Aspiró el aire limpio, el olor a tierra húmeda que llegaba desde el borde del río y se sintió tan agotado y dichoso que pensó que podría vivir así por siempre.

Súnnary trajinaba en la cocina cuando entró en la casa. Sacó del bolsillo el colgante, pasó el dedo por su superficie, primero por la parte suave, después por la rugosa. Era como el carácter de esa draga morada, hermosa y resistente, casi indestructible, pero con una dulzura insólita y cortante. No sabía cómo, pero debía cavilar la forma de contarle la verdad. Ese día había sido demasiado auténtico como para ensuciarlo con una mentira. El temor que le acechaba era que Súnnary lo echara a patadas después de conocer que su nombre, Rátlub, se leía al revés.

Súnnary dejó dos platos de pasta de garbanzos, dos filetes de anta y una ensalada fresca y lustrosa. Comieron con la avidez que da una dura jornada de trabajo en el campo. No hablaban, solo engullían y se robaban miradas. Búltar rebañó los platos, lo hizo con toda la rudeza que le tenían prohibida en palacio.

—Debes vender muy bien todo esto en el mercado. Está todo riquísimo.

—Me compra la jefa de cocina de palacio. Mi trabajo se lo come el rey que dirige la guerra en la que ha muerto mi familia, ¿no es un sinsentido?

Estaba claro que no iba a ser fácil contarle la verdad, pero no pensaba acobardarse. Sacó el cordel de cuero y lo levantó en el aire, dejando la piedra moverse como un péndulo.

—He hecho esto para ti. Lo encontré esta mañana en el monte de Hierro, en el mismo sitio desde el que te vi cuando te perseguían esos cuatro desgraciados. Lo he tallado yo, sé indulgente.

Súnnary agarró la joya y la observó con interés, pasó las yemas de los dedos por la superficie.

—¿Sabes que está prohibido visitar esa montaña sagrada?

—Podría citar las palabras de una draga sabia y decirte que: «Una cosa es que esté prohibido y otra muy distinta es que no se pueda. ¿No me digas que eres una de esas crías buenas y obedientes que no se saltan nunca la normas?».

—Tú ganas, Rátlub —dijo sonriendo—. En serio, es muy bonito, de verdad que lo es.

Súnnary pasó con habilidad la cuerda por encima de su cuello y la anudó hasta que la piedra quedó pegada a su pecho. A Búltar le pareció que no había ningún destino mejor en el mundo que el de esa joya.

—No entiendo cómo has podido tallarla. Estas piedras necesitan mucho calor para poder darles forma, has tenido que agotar tus depósitos de fósforo para modelarla —dijo acariciándola con los dedos.

—De eso quería hablarte. Te prometí que te contaría cuál es la decisión que tengo que tomar dentro de veinte días. Y para eso necesito explicarte algo.

El segundo sol se acercaba al ocaso. Búltar se levantó para tomar un candelabro de cuatro brazos y lo llevó hasta la mesa. Colocó su garganta en modo dragón y expulsando una leve llama de fuego índigo fue encendiendo todas las velas.

Súnnary se puso en pie sobresaltada, haciendo que su silla se tambalease hasta caer al suelo. Los ojos abiertos de par en par, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Maldita sea! ¿Fuego índigo? Ahora lo entiendo todo. ¿Eres un noble? ¡¿Un miembro de la realeza?!

—Por favor, permite que me explique —dijo bajando la mirada al suelo en señal de sumisión y respeto—. Mi nombre no es Rátlub, sino Búltar, príncipe de Ssixo, heredero del rey Kirandros y siento mucho haberte mentido. Si me concedes unos minutos, prometo contarte mi historia y no volver a mentirte nunca más. Dame solo unos minutos y si después no quieres volver a verme, yo mismo saldré por esa puerta sin mirar atrás ni hacer preguntas.

Súnnary tomó su silla del suelo, lo hizo despacio, en un intento de controlar la profunda rabia que se apoderaba de ella. Se sentó, apoyó sus

manos en la mesa con el rostro serio y miró a Búltar como si lo hiciera por primera vez.

—Más te vale tener la mejor de las excusas —dijo apretando los dientes —, porque te juro que en este instante solo puedo pensar en cómo hacerte pedacitos muy, muy pequeños y prenderles fuego después.

Búltar le contó su historia, sin ahorrar ningún detalle, toda la conversación con su abuelo, el contrato, su condena, el matrimonio que podría suponer una paz duradera para el reino. Sus temores de que se tratara de una trampa. Los pros y los contras y la razón por la que había pedido veinte puestas de los dos soles para tomar una decisión.

Cuando terminó de hablar, se instaló un espeso silencio en el salón. Súnnary le miraba con los brazos en jarras, hasta que, tras unos larguísimos segundos, se levantó.

—Búltar —era la primera vez que le llamaba por su verdadero nombre —, mañana nos espera una dura jornada, más te vale darte prisa en quitar la mesa. Tienes diecinueve días para tomar una decisión. Tendrás que conformarte con ese futón. Buenas noches.

La draga morada se marchó a su cuarto sin decir nada más.

Los siguientes cinco días apenas se comunicaron. Se levantaban, trabajaban, comían y dormían. Y hasta en ese silencio Búltar se sentía feliz. El sexto día volvió poco a poco a aparecer esa complicidad natural que surgía entre los dos. El décimo día encontró un laúd en uno de los arcones de la casa. Súnnary le explicó que su hermano lo tocaba. El príncipe acarició sus cuerdas y cantó con una hermosa y potente voz. La madre de Búltar, la princesa Lotha, llegó a Ssixo desde la corte de las islas Thelendras, cuna de poetas, arquitectos y músicos; y una parte de su alma todavía conservaba ese gusto por las artes. Su madre, contra la voluntad de Kirandros, la había cultivado, hasta convertirlo en un músico notable, pero sobre todo en un prodigioso cantante, aunque se esforzara con obstinación en ocultarlo.

Súnnary le pidió a partir de entonces que le cantara esas viejas canciones cada noche. Y así se fue consumiendo la cuenta de la puesta de

los dos soles. Nunca más volvieron a hablar de la decisión que tenía que tomar. El príncipe ardía en deseos de conocer su opinión, pero respetaba su silencio. Era obvio que el peso de esa responsabilidad era en exclusiva suyo.

Una de esas noches, en la misma mesa de piedra donde compartieron queso y pan la primera vez que el príncipe visitó esa casa, Búltar cantaba una vieja canción. Los versos recordaban el origen de los tiempos, la leyenda de Argia y de cómo el vergel de Terradraga acabó convirtiéndose en un desierto de cenizas: el desierto de los Hombres.

Como llora el invierno
sobre un mar de arena
llora Argia el comienzo de su leyenda.

Queda el desierto como frontera,
y nada puede consolar su pena,
ni el crío que crece en su vientre,
ni la promesa de una raza nueva.

Solo queda desierto
después de una guerra.
Nadie vence a la muerte,
no hay victoria ni suerte,
solo una larga espera.

La leyenda de Argia se abre camino.
Ningún dragón regresará
para entender su destino.
Solo queda el dolor
de todo lo que ha perdido.

Como llora el invierno
sobre un mar de arena
llora Argia el comienzo de su leyenda.

Mientras el príncipe entonaba el estribillo, un dracknodón descendió en su vuelo y se posó en el borde de la mesa. Majestuoso, con las alas doradas, el pico curvo y estrecho, la cresta craneal, las escamas ligeras como plumas y dos garras que se aferraban con fuerza a la esquina del tablero. Era un espécimen grande, de metro y medio si desplegara las alas. En el fondo de sus ojos ardía una llama de fuego verde, incombustible, que apuntaba a

Búltar. El príncipe, impactado por la aparición del ave, dejó de cantar y guardó silencio.

—Hacía mucho que no veía un dracknodón y nunca tan de cerca. No es normal que se aproximen tanto cuando son salvajes —dijo Súnnary, que permaneció quieta, para no asustarlo.

—Cada vez quedan menos. Dicen que en ellas se esconde el origen de nuestra especie.

—Lo llaman: el pájaro de los reyes. Y por cómo te está mirando parece que a él no le has engañado.

—Está dibujada en el escudo de Ssixo y es el emblema de la familia de mi madre. Ella tenía un ejemplar, era una cetrera excepcional. Pero hace años que nadie consigue domar a una de estas aves sagradas, cada vez más escasas. Cuentan que el día que desaparezcan también lo hará Terradraga.

El dracknodón inclinó el cuello hacia un lado y volvió a enderezarlo, entonces Búltar vio cómo se establecía un puente entre sus ojos verdes y las llamas que fluctuaban en el iris del pájaro. El príncipe sintió que una parte de él se trasladaba a ese animal y una parte de ese animal entraba a formar parte de él. Fueron unos segundos de silencio, de mirada sostenida, hasta que el ave extendió sus alas doradas y alzó el vuelo. Súnnary y Búltar lo miraron girar varios metros sobre sus cabezas, hasta que soltó una llamarada que formó un círculo rojo en el cielo que se esfumó en un instante.

—Es un buen augurio —dijo Búltar.

Los últimos tres días la decisión pesaba tanto en el ambiente que el silencio se abrió paso de nuevo como un muro. Hasta que llegó el vigésimo ocaso desde aquella tarde en la Habitación Blanca de palacio. Esa noche casi no hablaron, Súnnary le dio a Búltar el laúd cuando terminaron de cenar. Lo hizo como el que entrega a un sepulturero una pala para cavar una tumba. Búltar se aferró con fuerza a su instrumento y comenzó a cantar las baladas más tristes, las más antiguas y el eco de su voz se abrió camino sobre el silencio del bosque; todas las criaturas allí escondidas enmudecieron para

escucharle. Súnnary atendía conectada a su voz, con cien nudos en su estómago, tratando de impedir que las lágrimas humedecieran sus escamas.

En mitad de la noche, Búltar daba vueltas en su futón, incapaz de conciliar el sueño. El sonido de unos pasos acercándose le hizo incorporarse.

—¿Ya has tomado una decisión? —le preguntó Súnnary al abrir la puerta.

—Sí.

—Entiendo que no hay nada que pueda suceder que te haga cambiar de parecer.

—No. Mi decisión es firme.

—¿Lo juras?

—Por todos los dragones de mis ancestros.

—Vas a asumir tu responsabilidad. ¿Verdad?

Búltar la miró a los ojos, intentando desentrañar ese brillo de amatista en su mirada.

—Sí, voy a asumir mi responsabilidad.

Al escuchar su respuesta, Súnnary dejó que la sencilla camisa se deslizara por su cuerpo hasta caer al suelo. Búltar quedó deslumbrado ante el resplandor morado de sus escamas.

—¿Vas a quedarte ahí sentado mirándome con la boca abierta? Porque…

La draga no pudo acabar la frase. Búltar se abalanzó sobre ella para abrazarla y sellar con un beso sus palabras. Ella sintió sus pies abandonar el suelo, el fuego en su garganta agitando la sangre en su interior; el corazón desbocado como el martillo del herrero contra el yunque.

El día les llegó sin darse cuenta, de tan hambrientos como estaban de sus cuerpos. Había entre ellos una certeza física que iba más allá de las palabras, y esa verdad abrumadora se materializó en todas las caricias que habían quedado en suspenso el primer día que Búltar llegó a esa casa sin sospechar siquiera la forma en la que esa draga cambiaría el rumbo de su destino.

A la mañana siguiente Búltar agarró el pomo de la puerta con una tristeza áspera encajada en el pecho como un veneno. Antes de salir la miró pensando en cómo seguir adelante sin volver a verla.

—Me lo juraste —dijo ella como si pudiera leer su pensamiento—, me dijiste que tu decisión era firme.

Y, antes de que pudiera decir una sola palabra más, Súnnary se llevó un dedo a los labios.

—Cumple tu destino, príncipe Búltar. Haz que regrese la paz a Terradraga.

Esa mañana, caían las primeras nieves de la cuarta estación; el amanecer hacía brillar el camino con el reflejo de la escarcha. Súnnary sintió el frío del invierno recién estrenado mientras apretaba en el interior de su mano el colgante: mitad pulido, mitad rugoso. Luchó contra sí misma para no echar a correr tras el príncipe más triste que jamás caminó hacia la ciudad de Ssixo.

5

Una boda real

Todo Ssixo se había engalanado para el gran acontecimiento. Cientos de guirnaldas cruzaban de un extremo a otro las calles de la ciudad. Luces, puestos de confituras traídas de cada rincón de la península de Terradraga. Actores, saltimbanquis callejeros, músicos llegados desde Thelendras, exhibiciones de los dragos más talentosos, torneos de fuego y espada. La copiosa nieve no impidió que la ciudad sonara, oliera y luciera el mejor humor de una fiesta.

Habían sido diez ciclos oscuros. No existía una sola familia que no tuviera un muerto al que llorar. El temor a que tu par, algún hijo o hija, hermano o hermana, se tuviera que sumar a las levas del ejército y terminar con su nombre escrito en el muro de los caídos los había acompañado durante demasiado tiempo. Ahora, todo parecía disiparse de golpe gracias a la boda real que se celebraría esa misma tarde.

Desde las oscuras callejuelas del barrio Bajo, pasando por las populosas calles de los curtidores, los artesanos o los mercaderes, bullía un ambiente festivo. La hermética ciudadela había abierto sus puertas para dejar libre el acceso a los jardines de palacio.

Las viejas afrentas podrían quedar al fin enterradas. Nadie pensaba en lo forzado que era el enlace entre la que hacía apenas unas semanas era la odiada Tëesha y su querido príncipe Búltar. La salvaje maquinaria de propaganda de Amirg estaba a pleno rendimiento, poniendo en valor todas las bondades de ese pacto que terminaría con la maldita guerra para traer la ansiada prosperidad al reino. Sus invisibles vigilaban para silenciar a cualquiera que pudiera expresar dudas sobre el acuerdo.

En la plaza de los Herreros se reunían a comer trabajadores de las distintas forjas de Ssixo. Desde una tarima improvisada, uno de los

pregoneros oficiales declamaba su discurso, hilvanado por el consejero real para conseguir el respaldo de sus fieles súbditos.

—¡Ciudadanos de Ssixo! Nuestro querido rey Kirandros ha decretado que nadie trabaje esta tarde. Todos estáis invitados a presenciar desde los jardines de la ciudadela a la feliz pareja que sellará con su enlace el principio de una paz larga y duradera.

El pregonero, bien instruido en estas lides, dejó que el silencio se llenara de vítores y aplausos, iniciados por un puñado de dragos comprados y repartidos estratégicamente por la plaza. No necesitaron de mucho esfuerzo para que la mayoría se uniera a los hurras y las palmas.

—¡Esta boda supone más que una victoria! Ya no tendremos que enterrar a más seres queridos, no volveremos a trabajar para la guerra ¡El reino por fin será solo uno! La península de Terradraga será gobernada para todos.

Los aplausos y vítores se sumaban al azufre en suspensión de las llamaradas con las que el pueblo celebraba sus palabras. Desde una de las improvisadas mesas, una draga roja se puso en pie. A su lado, jugaba una pequeña de apenas dos ciclos, con esas primeras escamas de color arena que le daba a todos los cachorros una apariencia similar. No sería hasta cumplir seis ciclos y enfrentarse a la primera muda, que el verdadero color de sus escamas saldría a la luz. La draga desprendía la seguridad de los alfas. En contraste con el rojo fuego de sus escamas destacaba la cabellera negra, ondulada hasta la espalda, con los laterales afeitados para destacar aún más los ojos rasgados tan oscuros como los de la cría a su lado.

—¡Tengo una pregunta! —bramó la draga dejando claro el lugar destacado que ocupaba en su gremio. La plaza enmudeció.

Durante unos instantes solo se escuchó la embestida del martillo de los herreros contra el yunque. Un sonido tan familiar que, a veces, se confundía con el propio latido del corazón del barrio. El pregonero, sorprendido, miró a su derecha buscando la aprobación de un siniestro drago que, en un segundo plano, lo observaba todo con mirada atenta. Con un leve gesto de la cabeza dio permiso para dejarla hablar.

—Dime tu nombre, ciudadana, y plantea la pregunta que quieras. En este dichoso día para Ssixo tendrás tu respuesta.

—Me llamo Nebra, soy maestra herrera, como muchos de los que aquí se encuentran. —Un leve murmullo de aprobación y orgullo se extendió por la plaza.

Nebra, como casi todos los herreros, era extranjera en Ssixo. Pertenecía a los dragos rojos llegados desde la meseta de Aka, conocidos por su hábil manejo del fuego. Ella, junto a su clan, habían forjado las mejores armas usadas en esa guerra.

—Me pregunto cuándo conocerá nuestro pueblo las condiciones establecidas en ese contrato matrimonial. Llevamos muchos años enfangados en esta guerra, por ella abandoné Aka y aquí he perdido al padre de mi hija. —Miró a la pequeña que, con los ojos muy abiertos, observaba cómo su madre se había convertido en el centro de atención—. Ahora resulta que, en un día, y por una boda, tenemos que pasar a creer que Ócsul ya no es nuestro enemigo. ¿Pero a cambio de qué?

—¡Buena pregunta, Nebra! —gritó un compañero. El público de la plaza se giró hacia el pregonero en silencio. Nebra continuó su discurso.

—De mi garganta, y de la de muchos de mis compañeros, ha salido el fuego que ha forjado las armas para luchar contra Thyle. Siempre hemos pensado que peleábamos por algo. Aquí se respeta a los más humildes, sabemos cómo son las cosas en Ócsul, cómo son allí sus jornadas de trabajo, los salarios y los diezmos. ¡No hemos luchado diez ciclos para perder ahora muchos de los logros que hemos conquistado!

Un murmullo cada vez más evidente empezó a recorrer la plaza.

—¿Acaso puedes garantizar que eso no sucederá?, ¿o es que debemos creer, sin más, que ahora todo va a ir bien? Merecemos algo más que un día de fiesta, guirnaldas en las calles y promesas pregonadas.

El murmullo ya era un pequeño clamor de aprobación. El pregonero, nervioso, vio cómo las miradas apuntaban hacia él. Su rostro contraído buscaba las palabras precisas, hasta que el drago que había permanecido en un segundo plano subió a la tarima y tomó la palabra. Lo hizo con desgana, disgustado ante la ineptitud de su pupilo. Se movía despacio, arrastrando una pierna lisiada con determinación. Las pocas escamas de un marrón casi negro, el rostro igual de ordinario y, a pesar de su aparente fragilidad,

trasladaba una autoridad perturbadora. Amirg, consejero real, rey de los invisibles, habló con una voz aguda, cortante, como un cuchillo certero.

—Nebra, maestra herrera, tus palabras son sabias. Pero ahora debes confiar en el rey por el que has sacrificado tu fuego. Todas las respuestas llegarán a su debido tiempo. ¡Hoy hay que celebrar! El rey Kirandros ha abierto las despensas de la reserva real y en la plaza se está ofreciendo comida y ¡cerveza gratis! Yo no tardaría mucho en ir o los curtidores no os dejarán más que barriles vacíos.

Un aplauso forzado se levantó en la plaza seguido de un tumultuoso mar de dragos sedientos en busca del ansiado néctar de la cebada. Ya habría tiempo para que les respondieran a esas preguntas. Nebra se quedó a solas con su hija, contrariada. No le gustaba que la trataran como a un crío. Asió a la pequeña draga de la mano y se dirigió a una de las callejuelas desiertas, camino de su casa.

—Apresadla —ordenó Amirg con disimulo— y llevadla a los calabozos, la quiero fuera de juego.

—¿Qué hacemos con la cría, jefe?

—La cría no me interesa.

Bastaron unos minutos para separar a la pequeña draga de los brazos de su madre. En las estrechas callejuelas resonaron los gritos de la draga roja llamando a su hija mientras se la llevaban.

—¡Áral! ¡Áral! ¡Malnacidos, no puedo abandonar a mi hija! ¡Soltadme!

Sus lamentos se fueron alejando y solo quedó el llanto de la angustiada cría. Un drago bajito, fibroso, de escamas oscuras y cuernos protuberantes, salió en su busca. Llevaba ropa descolorida y sucia, una gruesa cadena en el pecho con un medallón y las escamas chamuscadas por una quemadura reciente.

—Hola, princesa, ¿así que te llamas Áral?, ¿te has quedado sola? —dijo intentando consolar a la cría que no paraba de llorar al ver alejarse a su madre entre gritos—. No te preocupes, tengo una nueva familia para ti, creo que te va a encantar. Vas a ser la pequeña de la casa. Voy a enseñarte muchas cosas, anda, ven conmigo…

El drago se agachó para tomar en brazos a la draga. La cría se limpió los mocos con la manga de su camisa y alargó la mano para asir el brillante

medallón que colgaba de su pecho. Él no opuso resistencia y, aprovechando que había dejado de llorar, se perdió con sigilo por uno de los oscuros callejones de la ciudad engalanada.

Nadie presenció nada, porque nadie parecía tener nada que vigilar ese día. Hasta el gran problema de seguridad del reino, las caóticas bandas de críos huérfanos de la guerra, que robaban y se enfrentaban entre ellos en salvajes peleas, parecía que habían caído en el olvido. La abundante comida regalada por el rey era el mejor antídoto contra la violencia que provoca la miseria.

Frente a esa dicha, un desdichado se escondía tras los muros de palacio. Tres dragos se encargaban de vestir al príncipe para la boda real. La tradición disponía que, por algún tipo de superstición, heredada seguramente del mundo de los hombres, no viera a su reina hasta el momento del enlace. Había solicitado una audiencia privada para conocer también a su hijo, pero Amirg, que cada vez parecía tener más poder, dispuso que eso no fuese posible. El díscolo Búltar podría haber discutido esa decisión, pero se dejó llevar. Su mente estaba sumida en la tristeza. Quizá si hubiera insistido, si hubiera visto a Tëesha antes de toda esta locura, quizá entonces hubiera leído el odio en sus ojos, habría podido detener la trampa fatal a la que, con las mejores intenciones, le había arrojado su querido y anciano abuelo.

Todo ocurrió demasiado rápido. La ceremonia parecía precipitarse sobre él sin su permiso. En la capilla vio por primera vez a la princesa de Ócsul. Era indudable que se trataba de una draga hermosa. Tenía un porte real, una bella figura, el cabello rubio sobre las características escamas doradas, cruzadas por líneas negras de la nobleza de su reino. Cuando vio su ceño fruncido, empezó a dudar del plan. Pero fue algo en la mirada de su cachorro, pegado a las faldas de su madre, lo que le erizó la piel. Había una tensión en su rostro impropia de su corta edad, tal vez por la transparencia helada de sus ojos. Podía sentir su desprecio al escrutar su cuerpo, buscando una respuesta o un culpable contra el que vengar la muerte de su padre. Mientras él y Tëesha usaban una leve llama de fuego índigo para derretir la cera roja que sellaría el contrato matrimonial, tuvo la certeza de estar cometiendo una equivocación irremediable.

Con esa amarga sensación salió a saludar al balcón de palacio. A pesar del frío, todo Ssixo se había reunido en los jardines de la ciudadela para vitorear al nuevo matrimonio. Nadie celebraba esa unión, sino lo que significaba: la anhelada paz y la prosperidad que les habían prometido. Tëesha le habló entre dientes, sin dejar de sonreír, mientras miraba y saludaba al gentío.

—Quiero que sepas que este enlace es solo un pacto, un negocio. Nunca me tocarás una escama y mi hijo no recibirá una orden tuya. Cumpliré mi parte. Nada más.

—Así sea —contestó Búltar.

El pueblo de Ssixo respondía alegre a los saludos de sus nuevos reyes, todos estaban felices. Todos, menos una draga morada que, desde una esquina perdida de los jardines de la ciudadela, observaba a los recién casados en el balcón. Su mano izquierda acariciaba la piedra irregular colgada en su cuello, la derecha, posada en el vientre, sentía la certeza de una nueva vida creciendo en su interior.

6

Lo que dura el invierno

Lo que sucedió tras el enlace, fue lo que ciclos más tarde los libros de historia llamarían: «el golpe invisible». El rey tomó dos decisiones, ambas sugeridas por Amirg. La primera: abdicar en su nieto, para así fortalecer el matrimonio. La segunda: abandonar Ssixo, para que no quedaran dudas de la autoridad del nuevo monarca. Kirandros, cada vez más enfermo, embarcó rumbo a las islas Thelendras; quiso vivir sus últimos días en las cálidas aguas del océano infinito. Nadie pudo prever la terrible tormenta que hizo naufragar su barco, sin que ningún superviviente pudiera dar testimonio de lo sucedido.

Tras la muerte de su abuelo, Búltar se sumergió en una profunda tristeza. Nada consolaba su pérdida, y convivir con una reina despiadada y su cachorro le hacía sentir una soledad abrumadora. Mientras él apenas podía levantar cabeza, Tëesha parecía disfrutar de su nuevo puesto, al frente del reino. En la medida en la que su poder se expandía en palacio, la impotencia de Búltar se hacía más y más grande, auspiciada por esa sensación de haber caído en una tela de araña inexpugnable. Pesaba en su ánimo la presencia de ese cachorro, tan perfecto y frío como una figura de cera, arropado por el brazo protector de su madre.

Lo consumía algo más complejo que la tristeza. Consideraba a Kirandros responsable de la cárcel en la que estaba viviendo. Sentir rencor y enfado a la vez que llorar su muerte era una combinación que lo atormentaba. Quería despedirse sin reproches, sin deudas, solo con el amor que siempre le había profesado. Pero no era capaz de arrancar esa contradicción de sus pensamientos.

En la ausencia del viejo rey y junto a un Búltar perdido y angustiado, Tëesha encontró en Amirg el aliado perfecto para expandir su eficaz red y

hacerse con el control de las instituciones. Solo necesitó lo que duraba el invierno. Tenían que balancear el peso de los trece consejeros de la Habitación Blanca, desde la que se gobernaba el reino. A algunos los compró con dinero y promesas de poder, a otros con vergonzosas palancas, en su presente o en su pasado, con las que chantajear sus decisiones. Y cuando a la cifra de aliados ya solo le faltaba uno para llegar a la mayoría de siete, entró en juego una de las armas más poderosas de Tëesha. Junto a ella, desde el reino de Ócsul, había viajado un oscuro galeno, un anciano pequeño, de barba larga y ojos desorbitados. En su cuerpo apenas aparecían escamas, era más hombre que drago, condición que se repetía en muchos de aquellos que se dedicaban a la ciencia. Su nombre era Xoc, aunque todos lo llamaban «el Mudo». Casi nadie le había escuchado hablar, solo se le veía susurrar al oído de la reina. Eso no menoscababa un ápice su gran prestigio como médico.

Lo que pocos conocían eran sus artes oscuras, su conocimiento de pócimas olvidadas, rescatadas de viejos libros prohibidos, y su gran dominio de los tóxicos naturales y los diferentes efectos que estos podían tener en el comportamiento de los dragos. Algunos galenos, alquimistas y curanderos eran temidos por su capacidad para emanar gases de una toxicidad narcótica; con el control suficiente, incluso letales. Dominaban el uso invisible de estos efluvios silenciosos, apenas una exhalación con la capacidad de provocar la asfixia. Pero nadie sabía hasta qué punto Xoc poseía estas habilidades.

Amirg bajó a la botica que habían habilitado para el médico en palacio. Entró arrastrando la pierna. El galeno continuó colocando en una estantería frascos con distintas plantas que le habían llegado en una valija desde Ócsul. Ni siquiera lo miró.

—Xoc, la reina me ha dicho que tienes algo para mí.

El médico se mesó la barba, caminó despacio hasta un anaquel, de allí rescató una bolsa de tela y una nota manuscrita. Caminó con su enclenque cuerpo hasta Amirg y extendió el brazo. Incluso el rey de los invisibles, que creía haberlo visto todo, no pudo contener el impulso de observar la piel casi humana, cubierta de un vello escaso que comenzaba a encanecer, asomando tras la manga del humilde sayo. En ese breve instante de

curiosidad, Amirg sintió su mirada clavada en él. Al levantar la vista, le recorrió un escalofrío ante esos ojos de una fuerza desproporcionada, hundidos en el rostro huesudo. Amirg tomó la bolsa que le tendía y, sin más, Xoc se giró sin decir nada y volvió a sus labores.

Vio que dentro de la bolsa había un pequeño frasco con un líquido amarillento. Pasó a leer la nota, era escueta y minuciosa, como una receta inofensiva.

—¿Esto es todo? ¿No hay nada más que quieras decirme, Xoc?

El médico, haciendo honor a su leyenda, le ofreció la espalda, y siguió ordenando sus materiales. Era sorprendente cómo su silencio te hacía sentir el más estúpido de los dragos de la península. Xoc levantó una mano, y dio por terminada la reunión. Amirg salió de la habitación desconcertado, pero sabiendo que ese era el aliado que necesitaban para hacerse con el poder.

Tenían que tomar el control sin importar los medios empleados para lograrlo. Unas gotas de ese líquido al día, durante un mes, fue suficiente para provocar que uno de los incorruptibles miembros del consejo de la Habitación Blanca enloqueciera por completo. Se le declaró inválido para el puesto, el sustituto estaba preparado por Amirg. Ya sumaban siete consejeros, solo faltaba el golpe final para desvelar todas las cartas.

Mientras los pilares del reino se tambaleaban, Búltar pasaba los días deambulando por palacio, ajeno al ejercicio de su responsabilidad como rey. Había dejado todo en las manos de quien consideraba un aliado: el consejero real Amirg. Lo único que lo motivaba eran los informes que le traía su querido Rónroth. Había encargado al comandante que vigilara, a mucha distancia, a una aldeana de escamas moradas que vivía alejada de Ssixo, en una humilde granja al borde del río. Rónroth, discreto y leal, no preguntó, pero no le fue difícil adivinar el interés del rey por esa draga. Sobre todo, tras activar el zum óptico a una prudencial distancia y ver la belleza de la joven. Habían transcurrido apenas un par de meses cuando Rónroth se precipitó en los aposentos de Búltar:

—Mi rey —dijo intentando recuperar el resuello—, hay algo de lo que debo hablarle.

—Te escucho, Rónroth —dijo Búltar mientras oteaba el horizonte desde la ventana de su cuarto, en lo alto de la torre de palacio—. Debe ser

importante cuando te presentas de esta forma.

—Tengo la sospecha de que esa aldeana que me manda vigilar hace mucho que sabe que la observo. Esa draga no tiene una escama de tonta.

Búltar sonrió, hacía muchos soles que Rónroth no le veía hacerlo.

—No te extrañe, viejo amigo, tiene el oído más fino de toda Terradraga.

—El caso es que creo que me ha estado engañando.

Esa frase hizo que Búltar dejara por fin de mirar por la ventana para centrar su interés en lo que su maestro de armas le estaba contando.

—¿A qué te refieres, Rónroth? Habla.

—Mi señor, esa draga lleva varias semanas usando ropa ancha. Al principio me extrañó, pero ahora que ha comenzado el eclipse de los dos soles y arranca el calor de la quinta estación, ya no puede esconder el volumen de su contorno. En esta última visita ya es evidente. Sin miedo a equivocarme puedo decir que está preñada.

Búltar saltó de inmediato del alféizar de la ventana y se activó como si estuviera a punto de entrar en combate.

—¿Estás seguro de eso?

—Tan seguro como de que este brazo ha rebanado cabezas.

—¿Y podrías calcular cuántos soles lleva embarazada?

—Soy un guerrero, no una matrona, mi rey.

—¡Da igual! Por todos los dragos. ¡Dame una cifra!

—Yo diría que lleva tiempo engañándome —respondió mientras se acariciaba el grueso mentón con la mano—, quizá desde que comenzó el invierno.

Búltar echo cuentas. Las cifras cuadraban. No necesitaba saber nada más. Sin mediar palabra amarró el cinto y su espada.

—Rónroth, a ese cachorro le quedan cuatro semanas para venir al mundo y eso lo puede cambiar todo. Hoy te voy a presentar a Súnnary —dijo abriendo la puerta de sus aposentos para dejar a su maestro solo en la habitación. Tras dos segundos de desconcierto, corrió apresurado tras sus pasos.

Así fue como el rey rompió su promesa. Cuando apenas faltaban unos metros para llegar a la casa de Súnnary, le asaltaron las dudas. El fiel Rónroth se quedó observando el rostro desencajado de Búltar.

—Llámeme loco si quiere, mi rey, pero juraría que algo le sucede.

—Tienes razón —respondió resoplando mientras empezaba a caminar de un lado a otro—, pero es que he actuado sin pensar. La reina me odia, Ssixo se desmorona y yo solo puedo correr tras los pasos de esta draga, que ni siquiera sé si me ama. ¿No te das cuenta…? ¿Y si el cachorro no es mío? ¿Y si ella no quiere volver a verme? Le hice una promesa ¿recuerdas? ¿Y si todo esto es una locura sin sentido?

—¿Y si en lugar de hacerse todas esas preguntas llama a su puerta y lo averigua usted mismo? Sería una pena haber llegado tan lejos para nada.

—¿Y si en lugar de seguir parloteando como dos cachorros entramos en casa y hablamos los tres con calma? —dijo Súnnary saliendo de entre la maleza.

—¿Eres tú? —titubeó Búltar—. Entonces… ¿lo has escuchado todo?

—Tendría que estar muy sorda para no haberlo oído, es más, tendría que haber nacido sorda, y, aun así, creo que os habría escuchado de todos modos. Ya te dije que el sigilo no es una de tus cualidades, ni la de esa montaña sin cerebro que tienes por amigo. ¡Por las Siete Madres!, llevo toda esta estación escuchándolo alborotar por los alrededores.

Búltar se quedó un segundo paralizado, observándola sin saber qué decir. Estaba más hermosa que nunca. Apoyaba sus manos en la cintura marcando la prominencia del vientre. Su despejada nuca dejaba al descubierto un brillo especial en sus ojos.

—Es cierto, yo, en fin. Quería saber cómo estabas. Y bueno, al ver tu… —consiguió balbucear—. Quiero decir, que… Bueno, tu vientre…

Búltar seguía tartamudeando mientras ella lo observaba con gesto serio.

—Más vale que el futuro de Ssixo no dependa de tu elocuencia porque si no estamos perdidos.

Rónroth se tapó la boca con las manos para silenciar el principio de una carcajada.

—Es que, sinceramente, no sé qué decir.

—Pues no digas nada —contestó ella agarrándolo por la casulla para besarlo.

A partir de ese día, todas sus energías se concentraban en encontrar el momento preciso para huir de palacio, dejar atrás ese mundo corrupto donde todo parecía esconder en sus entrañas una conspiración. A medida que se alejaba de aquel lugar, comenzaba a sentirse vivo otra vez, agradecido por ver la luz de un nuevo día; uno menos para conocer, por fin, el rostro de su cría.

Búltar hacía cálculos. Debían transcurrir dieciséis semanas para terminar la gestación. Imaginaba ilusionado las posibles fechas del alumbramiento. Habían cruzado los tres meses del invierno y ahora disfrutaban del calor de la quinta estación. Durante treinta días, el eclipse de los dos soles derretiría con fuerza las nieves de Terradraga. El momento en el que esos dos astros se separasen, comenzaría un nuevo ciclo en el calendario. Y los dragos nacidos en esa fecha eran augurio de buena fortuna.

Mientras tanto Rónroth, más que en maestro de armas, se convirtió en un auténtico mago del despiste. Inventaba excusas, tapaderas y, aunque era un eficaz embustero, nadie puede mentir sin consecuencias.

7

Madres

Búltar trataba de esquivar, una vez más, los reproches de Tëesha. Por lo visto, algo en su indiferencia había conseguido erosionar su ego de draga legendaria. La reina quería sentir el odio de su par, o por los menos su frustración por el amor no correspondido. La conquista del trono es una labor emocionante, pero ¿qué es la gloria sin la admiración de un rival digno de tal disputa?

Corría el rumor de que no dormían juntos, y que a la mínima ocasión Búltar huía de palacio buscando el calor de cualquier draga con sentimientos y un corazón latiendo bajo sus escamas. La belleza de Tëesha era tan popular como la frialdad de su fuego. Muchos añoraban en secreto la nobleza del viejo rey y se preguntaban de qué había servido el final de esa guerra si el hambre y la discordia campaban a sus anchas por las calles de Ssixo. El desánimo y la crueldad de la reina fomentaban las habladurías sobre la relación entre ambos y esto provocaba en ella una crispación peligrosa.

Búltar trataba de matar el aburrimiento en la biblioteca de palacio, allí se escondía de las insidias. Acababa de terminar la investigación sobre Zogas, el padre de Súnnary. Guardó el manuscrito como un regalo que merecía un momento especial, y volvió a sumergirse en su pasión por la historia de Terradraga. Tenía acceso a obras prohibidas, y una de ellas le tenía cautivado; versaba sobre la leyenda del libro perdido de las Siete Madres.

Esos viejos legajos contaban cómo los primeros dragorreyes quisieron quemar el libro, pero para evitar la maldición profetizada contra aquel que intentase destruirlo, optaron por esconderlo sin que nadie conociera su destino. Lo hicieron tras poner fin a cualquier vestigio de la humanidad a

este lado del infranqueable desierto de cenizas. Esos primeros reyes temían a los humanos y a su magia, los culpaban de «La Gran Destrucción», y por eso llevaron a cabo el genocidio de esa especie que componía la mitad de su genética.

Aquel que encontrase el libro, accedería a la historia de los hombres, al relato del nacimiento de los dragos y, sobre todo, a los secretos de la magia empática. Pero, por si dar con el libro perdido no fuera suficiente, había que lograr descifrarlo, ya que estaba escrito en una lengua extinta, compuesta por todos los idiomas jamás pronunciados. La leyenda explicaba cómo el uso de esa magia provocó el origen de su especie y la lluvia de cenizas que aisló la península. Búltar pensó en la riqueza de esos paisajes desconocidos, más allá del desierto de los Hombres, lejos de ese asfixiante palacio.

Se imaginó contando a su hijo la historia de cómo Terradraga había sido, hacía casi mil ciclos, un territorio sagrado donde habitaban los dragones, conviviendo en paz con los humanos. Cómo en la última y más cruenta guerra entre los hombres, uno de los bandos, condenado a la derrota, recurrió a Argia, la maga janto, la más poderosa que jamás había pisado el planeta de los dos soles. Esa maga estaba encinta y reunió a las seis empáticas embarazadas que encontró en su reino. Se adentró junto a ellas en la tierra de los dragones y, al penetrar en la dragonera del monte de Hierro junto a sus compañeras, realizaron un conjuro nunca formulado. De la gran multitud de dragones que descansaban en ese territorio sagrado, siete dragonas embarazadas levantaron el vuelo, cada una de ellas de un color distinto. Entre ellas destacaba Zlaty, la más grande y hermosa, la dragona dorada de fuego índigo.

Cada una de ellas se vinculó con una empática, Zlaty lo hizo con Argia. Y, sometidas por la magia humana, se lanzaron a combatir en una guerra que no era suya. La unión de sus fuegos, multiplicado mil veces por la empatía inversa, abrasó la tierra hasta convertirla en un desierto de cenizas. En ese terreno del mundo murieron miles de soldados enemigos y amigos, poblaciones enteras, generando un mar de arena tóxica que aísla desde entonces la península de Terradraga del resto del planeta de los dos soles.

Cuando las empáticas rompieron su vínculo, las dragonas huyeron, y con ellas todos los de su especie. Se perdieron en el horizonte del océano

infinito y nunca nadie ha vuelto a verlos. Eran seres de paz, y se alejaban de aquello que les hizo causar dolor.

Poco a poco, las siete empáticas fueron pariendo, pero no tuvieron a los niños que esperaban, sino a siete crías, cuatro dragas y tres dragos. Cada una del color del dragón emparentado.

El reino de los humanos primero trató a esas crías con recelo, con odio. Pero el miedo al poder de sus madres les obligó a tolerar su existencia. Esos dragos crecieron rápido, muy rápido. Y pronto superaron en número a los humanos. Algo del rencor de esas dragonas aún residía en ellos, y terminaron por acabar con cualquier vestigio de esa especie. Solo dejaron ese libro con su historia y los secretos de los conjuros de las que llamaban: «las Siete Madres». Hoy, en Terradraga, su recuerdo y la existencia del libro no eran más que una leyenda que él contaría a su crío, al igual que su padre hizo con él. Nadie sabía por dónde empezar a buscarlo, y el manuscrito prohibido que leía Búltar no daba ninguna pista.

En el exterior de la biblioteca se preparaban los fastos para celebrar la llegada del nuevo ciclo. Búltar se levantó para cerrar la ventana y acallar el ruido. Al regresar a la mesa, en donde reposaba el libro abierto, la imagen de las siete dragonas encinta, le recordó la llegada inminente de su futuro hijo. Esa certeza hizo vibrar sus escamas como si un peligro inminente lo acechara. Cerró el libro de golpe y abandonó la estancia corriendo para ir en busca de su capa, con la seguridad de que Súnnary le necesitaba.

Al salir, tropezó con el sigiloso príncipe Crimson, apenas un cachorro altivo, en su sexto ciclo. El inicio de la muda de sus primeras escamas dejaba entrever el oro de su linaje. Pero no se trataba solo de un crío consentido y cruel, presa de la inseguridad propia de su edad, había en él algo oscuro. Era un joven apuesto, sin duda, con las regias facciones heredadas de su madre y el mismo desprecio en la mirada, como si todo a su alrededor le resultase de una vulgaridad insultante.

—¡¿Acaso no tienes ojos bajo ese puñado de escamas?! Casi me matas —lo increpó Crimson con rabia.

—Disculpa, ha sido un accidente —respondió Búltar tratando de controlarse para no tener un enfrentamiento incómodo—. ¿Te he hecho daño?

El joven había caído sobre la tupida alfombra por el impacto. Un sonido sibilante llamó su atención. Enroscada en su brazo vio el cuerpo engrosado de Naya, una kracárite o cobra alada de más de medio metro de largo. Aún era un ejemplar joven, apenas una cría, gestando el veneno letal que le había dado fama como animal de batalla. En los últimos años, parecía haberse extendido la costumbre de usarlas también como compañía. Si se las cuidaba desde que eran crías, podían establecer un fuerte vínculo con su dueño al alcanzar la madurez. Aunque tratándose de un animal tan agresivo era una labor muy peligrosa. Búltar lo consideraba una auténtica temeridad, sobre todo si a quien acompañaba era a un joven caprichoso con más cuernos sobre la cabeza que cerebro. La kracárite, con el cuello henchido y los colmillos a la vista, hacía su danza ritual, moviéndose hacia a ambos lados, sin apartar su mirada de Búltar.

—Pues claro, que me has hecho daño —respondió Crimson sacudiéndose la ropa como si el impacto con su cuerpo le hubiera cubierto de barro—. Y has podido hacer daño a Naya.

El joven drago acarició la cabeza de Naya que asomaba por detrás de su hombro. Su piel, de un negro brillante, estaba dividida por una sucesión de anillos amarillos.

—Un rey no debería correr como un loco por palacio —le reprochó, poniéndose en pie con el animal sobre el hombro, como si no fuera más que una criatura inofensiva.

—Lo que no debería hacer un rey es escuchar los reproches de un crío insolente.

—¡Tú no eres mi rey!

—Es un hecho que no soy tu padre, pero sí soy tu rey, y tu arrogancia llega a un punto en el que se vuelve intolerable.

—Yo no tengo más reina que mi madre y solo a ella rindo mi fuego.

—Pues si quieres vivir bajo mi techo deberás guardarme el respeto debido.

—¿O qué? —lo increpó eludiendo su envergadura.

A pesar de no llegarle más que al hombro, Crimson acercó su rostro al de Búltar. Era tal su ira, que el calor de su fuego índigo le bullía en la garganta formando pequeñas vaharadas de un humo ardiente que brotaba de

las aletas de su nariz. La kracárite volvió a henchir el cuello mostrando los incipientes colmillos. Hacían una odiosa pareja perfecta.

Búltar no quería perder más tiempo con aquel drago arrogante, pero no podía dejar que menospreciara su autoridad. Las escamas del cuello se encresparon dándole una dimensión aún más poderosa, sus pupilas en posición vertical, preparadas para el ataque, y cuando su garra estaba a punto de agarrar por la pechera a Crimson, Tëesha se abrió paso hasta ellos por el largo pasillo.

—¡¿Qué sucede aquí?! —exclamó arropando con su brazo al joven—. ¿No tengo suficiente con dirigir sola este reino y criar a un cachorro, que ahora he de hacerme también cargo de otro?

—Yo no llamaría criar a lo que haces con este joven. He visto más disciplina en las tabernas de Ssixo que en el cuerpo de este cachorro.

—No se te ocurra cuestionar la forma en la que educo a mi vástago —dijo acercando su rostro al suyo—. Estoy segura de que es a esas tabernas a donde huyes cada noche en busca de esa disciplina de la que hablas… De la que hablas tú y toda la corte.

—Las habladurías nunca me han importado, pero este crío es un insolente. No le pido que me trate como a un padre, pero sí que me rinda el respeto que merezco como rey.

—¡¿Como rey?! —repitió con sorna, echando hacia atrás el cuerpo en una aguda carcajada—. El día que te comportes como un rey le exigiré a mi hijo que te brinde respeto, pero hasta entonces, no se te ocurra siquiera acercarte a él.

Búltar apretó los puños con fuerza al ver la sonrisa taimada del joven en aquel instante de gloria. No quería perder más tiempo, debía salir en busca de Súnnary, la intuición de que algo le ocurría latía con fuerza en su interior, pero esa draga le irritaba hasta al punto de hacerle perder el control. Desde aquella proximidad retadora sentía el bullir de su fuego y el aliento amargo del humo en sus palabras.

—Y ahora, mi querido par, sal corriendo como tenías previsto. Da igual si hoy nace un nuevo ciclo. Lo importante es que no llegues tarde a esa cita que tanto te preocupa…

—¿Qué estás insinuando? —preguntó sintiendo un regusto ácido trepar hasta la comisura de los labios.

—Recuerda, mi hermoso Búltar, que no hay nada que suceda en esta corte que no suceda también ante mis ojos.

Tëesha acarició con afecto el contorno helado de Naya que sacó su lengua bífida en señal de afecto y, con su brazo sobre el hombro del hijo, le dio la espalda dejando en el aire el peso de un mal presagio. Las pupilas de Búltar recuperaron su forma, pero algo en su interior se estremeció. Solo podía pensar en Súnnary y su hijo. Eso era lo único que importaba y ahora sabía con certeza que debía hacerlo tan aprisa como le fuera posible.

8

Un golpe maestro

La revelación de Búltar no podría haber sido más acertada. Llegó a tiempo para ayudar a Súnnary en el parto siguiendo las tradiciones ancestrales. Justo cuando el pequeño de los soles terminaba de romper el eclipse, su hijo llegaba al mundo. Era un minúsculo drago con los ojos de su padre, las pequeñas escamas del color de la arena y una fuerza asombrosa en sus minúsculas garras. Súnnary, todavía agotada por el parto, le dio de mamar y, en cuanto se quedó dormido, lo dejó en la cuna de mimbre que había fabricado su padre. Era la misma en la que se habían criado su hermano y ella. Se quitó su collar, recortó con habilidad el cordel y lo colgó del cuello del pequeño.

—Hijo mío, a partir de hoy te llamarás Zogas, como tu abuelo, y serás tan valiente como tu padre. Esta piedra te protegerá de todo mal.

—Pues Zogas será tu nombre —dijo Búltar—, yo he traído para ti estas esferas de resina, para que empieces a usar tus pequeñas garras y a pulir tus escamas —el rey dejó los juguetes de ese material tan preciado en la cuna, y el pequeño Zogas enseguida empezó a jugar con ellos.

—Tienes que marcharte ya, Búltar. Van a sospechar de tus ausencias.

—¡No puedo dejaros solos! No tienes que preocuparte, he hecho correr el rumor de que visito con frecuencia las tabernas y los burdeles de Ssixo, todos creen que ese es el destino de mis escapadas nocturnas. Y, sinceramente, me da lo mismo lo que pueda pensar la reina.

—No, Búltar, ahora tenemos que ser más precavidos que nunca. Debes regresar. Es el primer día del ciclo, van a sospechar si no estás en la celebración de palacio. Ya nos veremos. Tenemos que pensar cómo vamos a proteger a nuestro hijo.

—Deja que al menos Rónroth se quede.

Desde el fondo de la habitación, el rudo comandante de los ejércitos de Ssixo, curtido en mil batallas, duro como una roca, rogó porque lo dejaran quedarse. Se había encariñado ya con esa cría como si fuera de su propia estirpe. Súnnary fue inflexible y les mandó de regreso a la ciudad.

De camino a palacio, el rey, lleno de júbilo, compartía su dicha y planes con su viejo amigo, que observaba entusiasmado cómo su espíritu revivía de nuevo. Mientras paseaban, Búltar sintió una paz inesperada, como si un viejo nudo se desatara en su pecho y, tras mucho tiempo enfadado, comprendió que había comenzado a perdonar a su abuelo. Recordó una remota charla en la mesa de mármol de la Habitación Blanca, palabra por palabra, en especial esa parte en la que hablaba de: *la primera vez que un rey de los dragohombres podría decidir el heredero al trono*.

Quedaba mucho trabajo por delante, pero debía ser precavido, moverse con cuidado, no despertar resquemor entre la gente de Ócsul que se movía por la corte, evitar que se resquebrajase la débil paz sustentada en el simulacro de su matrimonio. Le inquietaba la naturaleza de Tëesha y su profunda ambición. Con esos pensamientos, llegaron a palacio. Antes de dirigirse hacia sus aposentos y tras esquivar todos los fastos de celebración del nuevo ciclo, Búltar estrechó a Rónroth sintiendo la fortaleza de ese gigante al que quería como a un padre.

—No sabe cuánto me alegro, mi rey, de verlo de nuevo sonreír. Daría la mitad de mi fuego porque su padre y su abuelo estuvieran aquí para compartir su dicha.

—Sé que tu alegría es sincera, yo también estaba pensando algo parecido.

—Sin embargo, mi señor, debo prevenirle. Hay muchas cosas que me erizan las escamas y ya sabe que soy drago viejo…

—¿A qué te refieres? Habla sin miedo, amigo.

—Ese galeno, Xoc, «el Mudo» le llaman, no necesita despegar los labios para hacer que la gente tiemble a su paso. Hay algo en él que me inquieta más de lo que me inquieta la reina. Y ya no hablo de las murmuraciones de la plebe sobre asuntos de alcoba, hablo de artes oscuras, de la forma en la que están cambiando las cosas en palacio y en las calles de Ssixo, pero, por encima de todo, temo por usted.

—Tendré en cuenta tus palabras, viejo amigo, pero no olvides que temer por mi vida es parte esencial de tu trabajo y hoy es un gran día, un día para celebrar, aunque sea en la soledad de mi alcoba.

—Tiene razón, pero, aun así, guárdese las espaldas en mi ausencia. Tengo la extraña sensación de que duerme usted sobre un nido de víboras.

Búltar entró en el cuarto sin miedo a encontrar a una reina que dormía en el extremo opuesto del castillo. Sabía que Rónroth tenía razón, pero la emoción de haber visto por primera vez el rostro de su hijo todavía lo dejaba sin aliento. Vació de un trago la jarra de agua que había junto a su cama. Traía la boca seca del camino, el calor de la quinta estación seguía apretando y aquel, sin duda, había sido un día emocionante. Observó en el espejo del cuarto su silueta, se dijo a sí mismo que estaba viendo el reflejo de un padre y se sintió completo. Lo invadió una pesadez extraña que le hizo tumbarse en la cama, entonces comprendió que algo iba mal.

Primero fue un hormigueo en los pies y las manos, que ascendía imparable hasta los brazos. Trató de levantarse, pero las piernas le fallaron. Cayó al suelo, al borde de la cama, como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas. Tras un enorme esfuerzo, reptó hasta apoyar la espalda en el colchón. Veía sus piernas en el suelo, formando un escorzo imposible, pero no respondían cuando les ordenó desenredarse. Pidió ayuda a gritos y, con alivio, escuchó que se abría la puerta.

—¡Amirg, rápido! Llama al médico, a nuestro médico, no sé qué me pasa…

Notó la lengua hinchada, pegada al paladar. Hablar se le hacía cada vez más difícil. El consejero real lo ignoró. Avanzó despacio, arañando el suelo con su pierna impedida, hasta que se agachó frente al rey. Levantó su brazo y lo dejó caer como un fardo.

—¡Qué demonios haces, Amirg! ¡Llama a un médico!

—Es increíble lo que es capaz de hacer Xoc, ¿no te parece? —comentó con curiosidad, paladeando sus palabras—. Le pedí que lo tuyo fuera algo especial y ya ves, ¡ha cumplido con creces! Además de que pareciera una muerte natural, quería regalarme estos minutos contigo.

—¿De qué demonios estás hablando, Amirg? ¡Tienes que pedir ayuda!

—Tranquilo, tranquilo, no te pongas nervioso, mi queridísimo rey, todavía nos queda tiempo hasta que todo tu organismo se bloquee. Al parecer, la naturaleza es capaz de generar las sustancias más sorprendentes que uno pueda imaginar, ¿no es fascinante? Una simple flor, administrada de la manera correcta, puede desbaratar tu sistema nervioso: primero, tus extremidades y, al final, provocar una parálisis muscular que, me temo, majestad, le va a dejar dormido por toda la eternidad. ¿No es hermoso?

—¡¿Qué has hecho, Amirg?! ¡¿Por qué?! Tienes que hacer algo, te lo ruego. —Búltar respiraba cada vez con mayor dificultad.

—¿Qué he hecho, mi querido rey? Ahora vas a saber todo lo que he hecho y todo lo que voy a hacer. —Se agachó aún más para colocar su cara tan cerca de la de Búltar que la acidez de su aliento le revolvió el estómago. Sin duda disfrutaba del placer de verle morir—. Llevo más de un ciclo preparando este golpe con Thyle y tu queridísima reina, tú solo has sido el broche de oro. Todo empezó con tu abuelo.

Amirg enderezó la espalda rememorando su plan con fruición mientras Búltar concentraba su energía en no dejar de respirar.

—Nos costó más de lo esperado llevarlo al límite. Él sí que era un drago fuerte, imperturbable, pero logramos reblandecer su mente para que aceptara todos mis consejos como si fueran propios. A partir de ahí, tomar el control del Consejo resultó incluso aburrido, caro, es cierto, pero sencillo. Debo confesar que, ese maldito barco en el que mandamos al rey hacia un naufragio seguro fue un capricho costoso. Con las ganas que tenía el viejo de visitar las islas Thelendras… Pero como bien sabes, el dinero no es un problema para mí. Tú, mi querido rey, eres el final de la partida, el golpe maestro.

—¿Pero, por qué? Él te quería como a un hijo, te lo dio todo, yo te envidiaba, he llegado a sentir celos…

—¿¡Celos!? ¿¡Celos, tú de mí!? —Amirg se levantó furioso y comenzó a caminar por la habitación cojeando, moviendo los brazos con cólera—. ¡El gran guerrero! ¡El hijo valiente y apuesto! ¡El príncipe querido por el pueblo! ¡Celos de mí! —Se giró y le apuntó con un dedo amenazante—. ¡Yo he sido el que ha ganado la guerra! ¡Mi estrategia! ¡Mis decisiones son las que nos estaban haciendo ganar la guerra! ¿Pero para quién era la

gloria? ¡¿Para quién?! ¿Sobre quién se escribían canciones? ¿A quién quería de verdad el rey? Y, lo que es más importante, ¿quién lo iba a heredar todo? Tu éxito solo reside en el mérito de tu espada. ¡Yo y solo yo soy merecedor de ese premio! Pero a tu abuelo le bastaba con verte respirar para sentirse dichoso. No se te ocurra hablarme de celos.

Búltar intentó contestar, pero su glotis comenzaba a cerrarse. Decidió ahorrar fuerzas. Debía pensar como un soldado.

—Cuando vi que la guerra iba a terminar, comprendí que después no habría nada para mí. Ciclos vacíos, trabajo de cortesano, terminar de ser el bufón de un rey para pasar al siguiente. Tendría que soportar esa estúpida forma de gobernar de tu familia. Terradraga necesita un líder con mano dura que la lleve hacia el progreso. ¡Yo soy esa mano! Fue entonces cuando decidí trazar este plan, por eso pacté con Thyle y Tëesha. Al final, mi querido rey, todo se reduce a una simple transacción comercial.

—Te traicionarán —susurró Búltar, con un hilo de voz. Había tratado de poner su garganta en modo dragón y no lo había conseguido, apenas le quedaba aliento.

—No si yo lo hago antes. Redacté el contrato que firmó tu padre con Thyle. Tras tu muerte el poder residirá en la Habitación Blanca. Tëesha podrá reinar, pero yo gobernaré. Ella esperará a que llegue el turno a su hijo, ese es el pacto. Solo quedaba un pequeño imprevisto, ¿o acaso pensabas que mis invisibles no iban a saber lo del bastardo que ha nacido hoy?

Búltar abrió los ojos; la ira y el terror se reflejaron en su rostro.

—A estas horas se dirigen a esa casa para solucionar ese pequeño contratiempo.

Búltar estaba quieto, los ojos abiertos, fijos en un punto perdido de la habitación. Solo sus labios parecían murmurar algo.

—No te escucho, mi rey —dijo Amirg con sorna—, y volvió a agacharse para quedar a la altura de su rostro. Búltar volvió a balbucear, moviendo levemente los labios.

—Tienes que esforzarte un poco, Búltar. No puedo creer que acabar con tu vida sea más fácil que acabar con la de tu abuelo —se burló aproximándose un poco más.

Cuando estaba a menos de un palmo, Búltar habló con un hilo de voz, casi un susurro.

—Te perseguiré sin tregua. Cuando la angustia te acorrale, allí estaré, tras cada una de tus desgracias, en el dolor de estar vivo, acechando en tus sueños, más allá de la muerte, si es preciso, hasta lograr vengarme. Lo juro por mi fuego… Y cada vez que te mires al espejo, recordarás esta condena…

Desde algún recóndito lugar en su interior, Búltar rescató un último impulso, el justo para incorporarse unos centímetros, abrir la boca y lanzar una dentellada. Cerró los ojos y la imagen del hijo le vino a la mente, después aparecieron los ojos brillantes del draknodón. El sabor de la sangre le reconfortó un momento, el justo para escupir la oreja y una parte de la mejilla de Amirg.

El rey de los Invisibles aullaba de dolor con las manos sobre el rostro mientras el cadáver de Búltar yacía tendido en el suelo.

9

Un cesto de mimbre

Primero escuchó un leve traqueteo, afinó su oído hasta que se hizo evidente que se trataba de caballos. Trató de diferenciar los golpes, calculó entre veinticuatro o veintiocho patas, seis o siete jinetes. Su recién estrenado instinto le confirmó la certeza de que la vida de su hijo estaba en peligro. Consideró la posibilidad de huir y la descartó de inmediato. Arropó al crío y lo dejó en la cuna de mimbre. Nerviosa, repasó su cuarto buscando un lugar donde esconderlo. Lo posó en una esquina, movió un baúl para ocultarlo, maldiciendo por no encontrar un escondite mejor. Se vistió y salió al encuentro de sus peores presagios.

Cuando abrió la puerta de su casa vio la muerte llegar. Lamentó haber acertado. Siete dragos desmontaban de sus caballos. Iban cubiertos por capas negras, ocultando cualquier signo que pudiera identificarlos. Súnnary detectó enseguida al que debía ser el jefe. Su rostro le resultó inquietante. Un escalofrío erizó sus escamas. Pero no acertaba a adivinar qué es lo que lo hacía tan aterrador. Era un tipo corriente, vulgar, en el que nada destacaba. Fue el primero en hablar, con una voz monótona, sin ninguna emoción ni urgencia.

—¡Detenedla! La reina la quiere viva y sin un rasguño.

Al escucharlo, Súnnary tuvo la esperanza de que solo vinieran a por ella. Decidió entregarse sin luchar para que no entraran en la casa. Si Zogas permanecía en silencio, no lo descubrirían, confiaba en que Búltar o Rónroth pudieran socorrerlo pronto.

—¿Qué queréis de mí?

No obtuvo respuesta. Cuatro dragos se dirigieron hacia ella. Levantó las manos, sin ofrecer resistencia, necesitaba que la sacaran de allí cuanto antes, alejar a esas bestias de su cría. Cuando dos de los cuatro soldados

estaban sujetándola por los brazos, el siniestro drago dio órdenes a los otros tres secuaces que permanecían a su lado.

—Vosotros, pasad dentro y matad al recién nacido.

—¡No!

Súnnary activó sus garras. Solo subiendo con fuerza sus brazos degolló a los dos dragos que la sujetaban, sin darles tiempo siquiera a desenvainar sus espadas. Esquivó un puñetazo del tercero y atravesó su corazón. Con el mismo impulso, mientras el último buscaba su daga, le rebanó la yugular. En un fluido movimiento la joven draga había matado a cuatro invisibles de Amirg. El factor sorpresa había jugado a su favor, pero el enfrentamiento aún no había terminado.

El jefe y sus dos últimos esbirros ya habían desenvainado y se acercaban con cuidado, no iban a cometer el error de infravalorarla.

—¡¿Quién os manda?! Si no os mato yo, el rey os degollará con gusto —dijo tratando de atemorizarles.

—El rey está muerto —contestó el jefe, lacónico, usando sus palabras como un arma.

Súnnary no se permitió ni una mueca, ni un leve gesto, debía concentrar todas sus fuerzas en proteger a su hijo. El jefe de los invisibles percibió su esfuerzo, lo puso en valor y giró el cuello, recalculando el perfil de su presa. Después de sacar conclusiones, se dirigió a sus soldados sin dejar de mirarla, hablando sin emoción.

—Os recuerdo que la reina la quiere viva, pero si tiene que morir alguien aquí, que sea ella antes que nosotros. Ataquemos al mismo tiempo.

Todo en ese siniestro drago era frío y eficiente, era un perfecto reflejo de lo mejor del ejército de invisibles de Amirg. Se lanzó a por ella y uno de sus soldados lo siguió de inmediato. El tercero, un drago más joven que temblaba de miedo, se quedó paralizado. Súnnary se lanzó al ataque ofreciendo sus garras. Logró dar una patada que desestabilizó al soldado, seguido de un zarpazo dirigido al siniestro jefe. Este levantó la espada para detenerla. Súnnary cambió la dirección en el último momento y golpeó en la empuñadura. Los tres dedos de su mano rodaron por el suelo, pero ni ese dolor le hizo soltar la espada. Con la mano herida, usando el pomo de la empuñadura, golpeó la cabeza de Súnnary hasta dejarla inconsciente.

—¡Zorra inmunda! Me ha rebanado tres falanges. —El drago se sujetaba los dedos que borboteaban sangre—. ¡Tú, ven a ayudarme! —dijo señalando al drago que se estaba levantando después de la patada que había recibido—. Y tú, maldito inútil, ¿me quieres decir por qué te has quedado quieto? Entra ahora mismo y mata al crío. Espero que por lo menos valgas para eso, si no te rebanaré el cuello aquí mismo.

—Sí, señor —dijo aterrado.

El joven entró en la casa temblando mientras su compañero improvisaba una venda con el forro de su casaca. Llegó hasta el lar, se aseguró de que no le vieran y vomitó dentro en una pila de piedra. Apenas llevaba un año formando parte de los invisibles. Hasta entonces había destacado en todas las pruebas, era un chico listo, feliz de ganar el buen dinero que pagaba Amirg. Pero ese primer día de acción real le había demostrado de golpe que su sitio estaba lejos de allí. Para poder escapar, ahora tenía que matar a un cachorro recién nacido. Ese pensamiento le hizo volver a vomitar, expulsando todo lo que había comido en el último día. Se limpió la boca con un trapo y se puso en marcha en busca del crío.

Encontró en la parte trasera de la casa el cuarto de la madre. Enseguida escuchó al bebé, movió un baúl y allí estaba. Era un drago de apenas un día, unas horas. Con pequeñas escamas del color de la arena, una pelusa rubia sobre la cabeza y la mirada atenta. «¿Por qué alguien querría hacer mal a una criatura así?», se preguntó observando el extraño colgante que llevaba al cuello. Pero era su vida o la de ese cachorro. Sacó su daga, la acercó al rechoncho cuello y la dejó allí quieta. Cerró los ojos y ordenó a su mano que clavara el cuchillo, pero su cuerpo no respondió. Notó que algo apartaba su daga. Al abrir los ojos vio al bebé golpeando el arma con una extraña esfera perfecta, como en un juego.

Al muchacho le sorprendió que en una casa humilde hubiera un juguete tan sofisticado. Pero sobre todo lo miró a los ojos, y el crío conectó con los suyos. En ese momento tuvo claro que no iba a poder hacerlo. Agarró el capazo y salió por la puerta de atrás, la que daba al molino y al río.

Miró al cielo, durante los treinta días que había durado esa quinta y última estación, el eclipse de los soles había derretido las nieves y el Ssix, que bajaba lleno de vida, alcanzaba su máximo caudal.

—Que tengas suerte, pequeño. Lo siento, de verdad que lo siento —susurró, como si pudiera entenderlo.

El joven soldado dejó con cuidado el capazo de mimbre flotando en el agua, junto con sus insumergibles bolas de goma, y enseguida el río engulló a esa nueva criatura.

Salió de la casa, donde su compañero seguía aplicando al jefe un vendaje que se empeñaba en teñirse de rojo. Al joven le sorprendió cómo había recuperado la serenidad ese drago mutilado, cuyo rostro permanecía inmutable, ajeno al dolor, fue consciente de que nunca podría alcanzar el nivel de autocontrol y sumisión que exigía ser un invisible.

—¿Has encontrado al bebé?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Lo he matado.

—¡Quiero verlo!

—Lo ahogué, mi señor, se lo ha llevado el río.

El jefe mostró un leve gesto que se podía interpretar como una contrariedad, o quizá solo estaba pensando.

—Te pedí que lo mataras, pero era necesario llevarse el cadáver. Debí ser más específico… y tú menos estúpido.

Cargaron a Súnnary inconsciente, atada de pies y manos en uno de los cuatro caballos y emprendieron el camino de regreso a palacio. Tras sus pasos solo quedaron los cuatro compañeros muertos para disfrute de las moscas y los carroñeros.

La despertó un cubo de agua helada. Un terrible dolor de cabeza y un pitido le martirizaba el oído izquierdo. Trató de recomponer su situación. Un cepo le apretaba el cuello y mantenía su cabeza pegada a la pared. Giró la mirada a ambos lados: tenía correas en las muñecas y los tobillos, sujetas con argollas a dos columnas con tal fuerza que pensó que el cuerpo se le iba a quebrar en dos pedazos. Activó sus pupilas hasta enfocar frente a ella el rostro de Tëesha.

—¿Así que tú eres la ramera de ese imbécil? —dijo, mientras acariciaba la cara de Súnnary—. Ya entiendo que ese malnacido estuviera encaprichado contigo. Eres más bella de lo que esperaba, y me han dicho que también muy peligrosa.

Súnnary intentó colocar su garganta en modo dragón, pero el cepo se lo impedía. La reina caminaba de un lado a otro de esa mazmorra oscura y húmeda, haciendo sonar sus pasos contra el suelo. Buscó con desesperación una forma de escapar, una salida, pero los grilletes le impedían activar sus garras. Un dolor lacerante le atravesó el pecho al recordar el rostro de Zogas. Tal vez siga con vida, se atrevió a pensar.

—Haré lo que ordenes. Mátame si lo deseas, puedes hacer lo que quieras conmigo, pero deja vivir a mi hijo —suplicó.

La risa desencajada de Tëesha rebotó contra las paredes de la mazmorra como la carcajada de un loco.

—¿Tu hijo, dices? Ese pequeño bastardo está en el mismo lugar que su padre y en el mismo que el viejo rey. ¿Lo has comprendido, maldita salvaje? Es el castigo que merecen las rameras como tú, que disfrutan apropiándose de lo que no les pertenece.

—¡Asesina! —le escupió a la cara.

Tëesha se limpió con un pañuelo despacio, como si paladeara su desesperación.

—¡Vas a vivir para recordar el día en el que cometiste el error de traicionar a tu reina! No ha nacido todavía el drago que pueda desafiarme y vivir para contarlo. Ya no te queda nada, lo único a lo que podrás aferrarte a partir de ahora es al dolor.

—¡Maldita seas! ¡Maldita una y mil veces! Solo un monstruo puede hacer lo que tú has hecho y eso es lo que eres. Búltar te odiaba, no podía ni soportar tu presencia, igual que te odia el pueblo de Ssixo. Llevar una corona sobre tu cabeza no te convierte en su reina. Nadie te respeta en Terradraga y nadie lo hará.

Tëesha recibía sus insultos con una sonrisa que parecía alimentarse del odio de Súnnary.

—Ni siquiera el rey Thyle te quiere a su lado, tu padre te entregó como se entrega un puñado de dracks. Una transacción más, eso eres, moneda de

cambio a la que nadie le importa.

Las palabras de Súnnary mencionando a su padre borraron la sonrisa de su rostro. La ira de Tëesha hizo vibrar sus escamas, sus pupilas verticales adoptaron el color de las llamas y, acercándose a ella, la envolvió en una bocanada de su fuego índigo. El grito de Súnnary atravesó las paredes de la celda. Todo se llenó de olor a cuerpo renegrido, el pelo chamuscado y, por un instante, el dolor de sus quemaduras le hizo olvidar el inmenso vacío en su interior. Tëesha se giró de inmediato y, mientras se marchaba, ordenó a los guardias:

—¡Echadle agua y curadla bien! La quiero viva, condenada a perpetuidad en este calabozo. ¡Que se cumplan mis órdenes!

En sus aposentos, el jefe de los invisibles informaba a Amirg de lo sucedido. El consejero mayor tenía el rostro vendado y, mientras escuchaba con atención, trataba de combatir la somnolencia provocada por los analgésicos que Xoc le había recetado para mitigar el dolor.

—Entonces, ¿no has visto el cadáver del crío?

—No, señor. El soldado asegura que lo ha ahogado. El río bajaba rápido y con fuerza.

—Tenías instrucciones precisas sobre el destino de esa criatura, no es normal en ti este tipo de errores.

—Lo sé, señor. No volverá a ocurrir, pero el cachorro está muerto.

—Bien, te necesito mañana operativo y despierto. El consejo de la Habitación Blanca ya sabe que ha fallecido el rey. Tenemos trabajo. Hay que urdir la historia que le vamos a contar al pueblo. Tú y yo hemos perdido algo hoy —dijo señalando la mano vendada de su esbirro y su propia cara—, pero mañana lo tendremos todo. ¡Todo! Será el primer día de nuestro reinado. Aguantaremos unos ciclos esta falsa regencia, después tú marcharás a Ócsul, y utilizarás esta técnica que nos ha enseñado ese galeno para hacer enfermar a Thyle. Sin su padre Tëesha no es nada. Ellos piensan que están jugando conmigo, pero voy dos movimientos por delante. Ahora toca descansar. Márchate. Necesito pensar.

Amirg se quedó solo. Al girarse hacia su cama se vio reflejado en el espejo. El rostro vendado y los sedantes transformaban su cara en una máscara que le resultó ajena. Una voz regresó entonces a su memoria:

—Te perseguiré sin tregua. Cuando la angustia te acorrale, allí estaré, tras cada una de tus desgracias, en el dolor de estar vivo, acechando en tus sueños, más allá de la muerte, si es preciso, hasta lograr vengarme. Lo juro por mi fuego… Y cada vez que te mires al espejo, recordarás esta condena…

Golpeó el aire con la mano, tratando de espantar un fantasma imaginario. Se metió en la cama y una pesadilla horrenda se apropió de sus sueños. Esa fue tan solo la primera de las que estaban por venir.

Varios metros por debajo de esa habitación, Súnnary era arrojada dentro de una celda con el cuerpo chamuscado. Tal era su dolor, que no podía moverse. Se quedó hecha un ovillo, sollozando, en el suelo junto a otras dragas que la observaban con espanto. Sus escamas eran poderosas, habían conseguido mitigar una parte del ataque de Tëesha, pero todavía sentía la sangre hirviendo en su interior. Todas se quedaron mirándola, asustadas. Salvo una draga roja que se agachó enseguida a socorrerla.

—¡Rápido! ¡Traed los paños que podáis conseguir y empapadlos en agua! ¡¿Es que no veis lo que han hecho con esta compañera?!

Varias prisioneras se activaron de inmediato. Arrancaron partes de su ropa, las mojaron y se acercaron a la que, desde hacía meses, se había erigido en líder de esas mazmorras. Se sentó a su lado, y colocando con cuidado la cabeza sobre sus piernas, comenzó a repartir los trozos de tela húmedos por su cuerpo.

—Mi hijo… Han matado a mi hijo, han matado a mi hijo… —repetía en una letanía que no buscaba respuesta.

—No hables, amiga, no hables… Aquí todas hemos perdido algo, pero ahora estamos juntas, nos ayudaremos. Mi nombre es Nebra, maestra herrera de la meseta de Aka, y conozco tu dolor. Reserva tus fuerzas. Ahora debemos permanecer unidas para salir de este maldito lugar algún día.

10

Kórtodos

El capazo descendía a toda velocidad. Pronto alcanzó el cauce que discurría por la meseta de Aka. El río Ssix mecía la cuna ofreciendo al pequeño Zogas una tregua a su propia desesperación. Protegido por la oscuridad de la noche, se alejaba cada vez más de la ciudad de Ssixo, sumido en un profundo sueño.

Nada sabía el pequeño drago de las extrañas criaturas que habitaban en el margen del río que atravesaba el bosque de Sembis. Uno de los mayores depredadores de agua dulce, los kórtodos, lo habían convertido en un lugar intransitable. Cinco ejemplares adultos detectaron la presencia del cachorro. Resultaba asombroso ver cómo un cuerpo de tamaña envergadura se deslizaba sobre el agua con la levedad de una rama. Pero lo más aterrador no eran sus dos metros de largo, la solidez de su cuerpo o esos ojos amarillos, vacíos de toda emoción, sino la enorme boca que prolongaba el tamaño de su cráneo para dar cabida a unos sesenta dientes serrados.

Avanzaban deprisa, ávidos por engullir el jugoso desayuno que navegaba a la deriva. Al más rápido apenas lo separaba un par de metros del preciado manjar. Cuando la poderosa mandíbula del kórtodo se abrió anunciando la muerte del bebé drago, cayó del cielo, en picado, un dracknodón. Sus alas doradas se abrieron para planear a ras del agua, casi mojando sus escamas. Una ráfaga de fuego se coló por la boca del kórtodo, abrasándolo por dentro. El enorme reptil se sumergió intentando calmar sus heridas seguido del resto de ejemplares, muy poco interesados en correr la misma suerte. El dracknodón retomó el vuelo, tomó altura y volvió a descender en picado, lanzando nuevas llamas para mantener a salvo de cualquier depredador al pequeño drago.

Así cruzó Zogas el frondoso bosque de Sembis y, cuando los árboles fueron dando paso a las despejadas praderas de los campos de maíz y trigo, los rayos de los dos soles alcanzaron sin obstáculos el rostro del crío. La luz directa lo despertó y, enseguida, comenzó a llorar reclamando alimento.

Numerosos afluentes bajaban de las montañas del norte engrosando el caudal del río y su velocidad. En el interior del capazo, el crío se agitaba nervioso, moviendo brazos y piernas con tal ansia que la estabilidad del barco comenzó a peligrar. El dracknodón voló en círculos cada vez más bajos para acercarse al pequeño. El resplandor dorado de sus escamas reflejaba la luz del amanecer de los dos soles, formando un espectáculo de luces que pareció calmarlo.

Cruzó la vereda del granero de Ssixo. Campesinos y jornaleros realizaban la siega del cereal maduro, plantado al inicio de la cuarta estación. Antes de que las lluvias cubrieran la península e iniciaran un nuevo ciclo, había que recolectar la cosecha. Nadie se percató del capazo que viajaba con un bebé, ni del ave que lo vigilaba desde el cielo.

El descenso de la pendiente iba en aumento. Un rumor incesante comenzaba a escucharse a lo lejos, anunciando la proximidad de las cataratas de Izzum, el mayor salto de agua de toda Terradraga. Si el capazo llegaba a ese punto, ni un milagro salvaría a Zogas de semejante caída.

El dracknodón batió con fuerza sus alas y adelantó al cesto de mimbre; cada vez más inestable por la velocidad que tomaba el agua. Sobrevoló la orilla hasta que pasó por encima de un pescador; un drago azul de mediana edad, de hombros anchos y brazos como remos. El pescador se sorprendió al ver la belleza y proximidad de un ave legendaria como aquella. Observó fascinado el brillo de sus alas y la elegancia de sus movimientos, hasta darse cuenta de que sobrevolaba un extraño bulto que se aproximaba a demasiada velocidad hacia una roca.

El pescador trató de afinar el oído al percibir lo que le pareció un llanto infantil. Fue entonces, tras activar el área fóvea de su retina, cuando logró ver con claridad un capazo de mimbre que, al volcar, dejó al descubierto los brazos de un pequeño drago, antes de sumergirse.

A pesar de la fuerza de la corriente, soltó la caña y se lanzó al agua. El drago azul se sumergió en busca de aquella criatura. Era un nadador

experto, pero la fuerza de la corriente enturbiaba el fondo impidiéndole ver con claridad. Cuando ya empezaba a dudar de sus ojos, algo brilló en el lecho del río. Nadó con ansiedad hacia ese destello, y lo vio con nitidez: era un colgante de piedra, anudado al cuello de un bebé drago. Llegó hasta él, lo elevó hasta la superficie y, con sus últimas fuerzas, alcanzó la orilla, convencido de que la suya era una muerte segura.

Tumbado sobre la hierba, levantó el minúsculo mentón del pequeño e insufló aire en sus pulmones. Comprobó que el tórax del crío ascendía y descendía. Al poco tiempo, el cachorro tosió y escupió agua. El pescador no podía creer que un cuerpo tan diminuto se aferrase a la vida con tal fuerza. No tenía tiempo que perder, así que lo arropó con su propia casaca y salió corriendo con él en brazos en busca de la única persona que podía ayudarlo. Daba largas zancadas, como si le persiguiera una manada de canebros rabiosos, hasta que llegó a una pequeña choza, en las afueras de Valka. Se trataba de un pueblo habitado por un clan de herreros y agricultores donde vivían un millar de familias. La casa tenía en su entrada una huerta en la que aparecían, en distintas hileras, plantas extrañas. Era el hogar de Ivy, la curandera de Valka.

—¡Ivy! ¡Ivy! ¡Rápido, necesito tu ayuda! —gritó el drago azul cuando se encontraba a unos metros de la casa.

En el umbral apareció una draga alta, delgada, con pequeñas escamas marrones en la frente, escondidas en una ensortijada melena de pelo grisáceo. El resto de su presencia, como era habitual en galenos y alquimistas, era humano. Sus manos tenían unos dedos largos y huesudos, rematados por unas uñas curvadas como una garra. El pescador, agotado, clavó las rodillas en el suelo, y alargó las manos ofreciendo el bebé a la curandera. Jadeaba tanto que apenas podía articular palabra. Ivy no necesitó explicaciones, tomó al crío y corrió al interior de su casa.

—¡Kratelos, no te quedes fuera! ¡Necesito que prepares fuego!

El drago azul, recuperando el resuello, se puso en pie y entró en la choza de la curandera. Nada más cruzar el umbral, le embriagó la sensación de estar aspirando la esencia misma de Terradraga. Aspiró el aroma del romero, la dulzura de la melisa y la manzanilla, el agreste contraste del espliego y el tomillo o el frescor de la lavanda.

Todo era orden y pulcritud en el interior de aquella habitación. La pared más grande estaba forrada de estantes con todo tipo de frascos que se alineaban hasta formar una especie de vidriera. Cada bote aparecía etiquetado con una esmerada caligrafía que indicaba su contenido. Frente a esa pared, una biblioteca con libros de herbología, medicina, antropología y otras materias oscuras. Entre las dos paredes, una gran mesa de madera en la que aparecían distintos morteros, una balanza, probetas y un ingenioso infiernillo para calentar pócimas y brebajes. Cuando Kratelos cruzó la puerta, Ivy ya estaba aplicando un ungüento en el pecho del bebé, que permanecía inconsciente.

—¡Vamos, usa tu fuego! ¡Pilla esos troncos y calienta agua! Esta criatura agoniza. Apenas debe de tener un par de días de vida. ¿Dónde la has encontrado?

—En el fondo del río. Estaba ahogándose, he visto cómo volcaba un capazo mientras pescaba. No puedo dejar de pensar que si no hubiera estado allí ahora estaría muerto. Pero aún no entiendo de dónde ha salido.

Ivy fue colocando los paños húmedos y calientes que Kratelos preparaba sobre el pecho del pequeño drago. Levantó su cabeza para darle unas gotas de jarabe en la minúscula boca.

—Y ahora quiero que arrojes pequeñas llamaradas de tu fuego a su pecho, pero Kratelos, ten cautela, deben ser breves, intensas y situarte a un metro de distancia.

—¡¿Pero…?! ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo voy a arrojarle mi fuego?

—¡Maldición! Lo haría yo misma si mi naturaleza me lo permitiese, pero no puedo hacerlo todo. Lo harás con cuidado tal y como yo te digo y lo harás en este instante.

—¿Cómo sé que no voy a abrasarlo? Es demasiado pequeño.

—¡Quieres dejar de pensar y hacer lo que te digo, drago cabezota! ¿O prefieres ver cómo su vida se nos escapa?

Kratelos se tomó un segundo para observar el cuerpo del drago. Estaba azulado, con un cerco morado bajo los ojos. Las escamas pálidas, gomosas, como si estuviesen a punto de desprenderse del cuerpo.

—¡Por las Siete Madres y sus dragonas, Kratelos! Debemos hacerle entrar en calor y debemos hacerlo ahora.

Kratelos retrocedió ligeramente, situándose a la distancia oportuna y comenzó a soplar como sopla un maestro vidriero. Un halo de fuego salió directo hacia el pecho del pequeño. El drago azul apretaba con fuerza los puños en un intento por controlar sus movimientos. La curandera giraba el cuerpo del cachorro con eficacia para traerle de nuevo a la vida. Mientras lo hacía, susurraba unas palabras incomprensibles: «*Verbum er magi, skal vindre at jornnos. Verbum er magi, skal vindre at jornnos*».

La operación duró apenas unos minutos, al cabo de los cuales, el rostro del crío había cambiado visiblemente.

Kratelos apoyó ambas manos en las rodillas jadeando. Trataba de generar de nuevo los depósitos de fósforo que activaban sus llamas. La anchura de su espalda, sobre los pilares de sus sólidos brazos, transmitían una imagen de fragilidad insólita en alguien de su fuerza y envergadura.

—Muy bien, amigo —musitó Ivy—, puedo sentir de nuevo el corazón de este pequeño latiendo. Has logrado calentar su coraza y que la sangre circule otra vez con fuerza. No hay duda de que habita un guerrero en el interior de su pecho y de que, entre ambos, hay un vínculo que deberás honrar.

—En este momento, con volver a respirar me alcanza. Creo que no había pasado tanto miedo en toda mi vida.

—Eso es lo que suele pasar con los hijos.

—¿Qué palabras has pronunciado, Ivy? —preguntó Kratelos jadeando todavía—. Te tenía por curandera no por hechicera; sonaba a la lengua de los hombres, sabes que está prohibida, ¿no?

—*Verbum er magi, skal vindre at jornnos*. «La palabra es magia, debes regresar con los vivos». Es una lengua extinta, compuesta por todos los idiomas jamás pronunciados, no es más que un vestigio olvidado, una enseñanza antigua de mi vieja maestra, de mi janto, un placebo, seguramente sin ninguna eficacia.

—Pues parece que ha funcionado.

—Para saberlo tendremos que esperar. No hemos terminado. Hay una jarra de agua fresca sobre la mesa. Aquí ya no puedes hacer mucho más. Toma mi caballo y recorre el río contra corriente, tiene que haber unos padres desesperados buscando a esta criatura.

Kratelos tomó la jarra y bebió de ella. Una espesa vaharada de humo salió de su garganta al entrar en contacto con el líquido llenándolo todo del olor de las hogueras. Un chisporroteo agudo sonó en la estancia, para disiparse en segundos.

Ivy observó con curiosidad el colgante en el cuello del crío y pasó sus dedos por sus pequeñas escamas.

—Ve con cautela, Kratelos, no sabemos qué ha sucedido, pero me temo que hay algo turbio detrás de esta historia.

—¿Y qué pasa si no encuentro a nadie buscándolo?

—Todo a su debido tiempo, amigo, todo a su debido tiempo. Ahora corre, no pierdas ni un instante. Yo trataré de mantenerlo en este lado del mundo. Este pequeño no tiene intención de rendirse.

El ocaso de los dos soles llegaba a su fin cuando Kratelos tiró del ronzal del caballo para amarrarlo de nuevo. Apenas había luz y, sin embargo, el destello dorado de las alas de un dracknodón le llamó la atención. Alzó la vista y allí estaba, posado sobre el tejado de la casa de Ivy, como un guardián llegado de otro mundo para velar por la vida del pequeño drago. Kratelos activó el área fóvea de su retina para enfocar su mirada hacia esa criatura, que, en un gesto de agradecimiento, inclinó hacia él la cabeza en señal de respeto.

Kratelos entró desconcertado en la casa de la curandera.

—¡Shhhh! No hagas ruido. El pequeño duerme. Dime, ¿qué has encontrado?

—He recorrido cada rincón del río, incluso he cruzado de parte a parte el bosque de Sembis y nada —dijo acercándose al cesto en el que Ivy había metido al pequeño envuelto en una manta—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy débil todavía, luchando por vivir. Has hecho lo correcto. Ahora solo podemos esperar.

Durante las dos semanas que el cachorro peleó por salvar su vida, Kratelos permaneció inmóvil, al borde de la improvisada cuna como si fuera su

sombra. Ivy aplicaba sus remedios, observando ese lazo invisible que parecía unir el enorme cuerpo del azul con el de ese diminuto cachorro.

En la tercera semana, el pequeño empezó a recuperar el color, a comer por sí mismo, chupando con fuerza la leche de anta de una tetina que le preparaba la curandera. El pequeño crecía al ritmo habitual de su especie, en apenas unos días ya estaba en pie. Por fin, Ivy pudo certificar que el crío estaba fuera de peligro.

En la cuarta semana había crecido más de un palmo, los dientes comenzaron a medrar, y la pelusa dorada que cubría su cabeza fue sustituida por una suave mata de pelo del color del trigo. Para sorpresa de Kratelos, que nada sabía de la velocidad a la que se desarrollan los cachorros de drago, comenzó a correr por toda la casa poniendo a prueba el límite de sus nervios y su paciencia. Ivy disfrutaba en secreto observando la angustiosa ternura de ese drago azul, austero y rudo, fuerte como una montaña, al descubrir al pequeño llevarse a la boca algún ungüento, o acercarse curioso al fuego de la chimenea. Y así, de una forma inesperada, aquel drago azul, la enjuta curandera y el pequeño cachorro, se habían convertido en la familia más extraña que jamás se había visto en la lejana y montañosa ciudad de Valka.

Ivy llevaba días pensando en cómo abordar aquella conversación, así qué decidió hacerlo como hacía todo: de la manera más eficiente posible. El pequeño jugaba por el suelo bajo la atenta mirada de Kratelos, que fingía sacar lustre a una daga corta sin apartar la vista del crío. Solo se oía el crepitar del fuego y el crujido rítmico de la mecedora sobre la que Ivy se balanceaba frente a la chimenea cada noche, después de la cena.

—Kratelos —dijo de pronto—, es sorprendente lo bien que se ha recuperado el pequeño. Nadie diría que ha conseguido despistar a la muerte, ¿no crees?

—Es cierto. Esta criatura va a ser fuerte y ágil. No hay más que ver cómo trepa por cualquier sitio.

—Tú lo has dicho, por eso debo preguntarte ¿qué has pensado hacer con él?

—¡¿Yo?! —contestó poniéndose en pie sorprendido, mientras el pequeño aprovechaba para subir a una de sus piernas como quien trepa al tronco de un árbol.

—¿Quién sino? Yo no soy más que una vieja curandera sin fuego, ni fuerza en los brazos. Lo que yo podía hacer por este pequeño termina aquí. No puedo hacerme cargo de él, ni tampoco creo que me corresponda.

—Entonces, no sé… —dijo rascándose la cabeza—. Tal vez alguna familia del pueblo quiera quedarse con él.

—Es posible, pero no creo que nadie en estas tierras sea capaz de aceptar a esta criatura tal cual es.

—¿A qué te refieres?

El pequeño seguía agarrado a su pierna intentando escalar. Kratelos lo tomó en brazos sin apartar sus ojos de Ivy.

—Vamos, viejo amigo. Tú y yo sabemos que este no es lugar para los que son diferentes. Esta es una tierra llena de dragos de fuego, tan fuertes como intolerantes, todo lo que es distinto los perturba y yo te aseguro que esta hermosa criatura alberga un misterio en su interior, uno mucho más profundo y oscuro de lo que nosotros podamos siquiera imaginar. Solo tú sabrás protegerlo.

—¿Y cómo voy a protegerlo si no sé nada de críos? ¡Por Argia, Zlaty y las Siete Madres! Si apenas sé cuidar de mí mismo.

El pequeño sonreía, ajeno a la conversación, enredando sus dedos en la tupida barba del drago.

—Llevas siete ciclos exiliado en estas tierras, así que algo habrás aprendido. Y en el tiempo que llevas aquí, no te has separado un minuto de su lado. Pero no puedo obligarte. La decisión es tuya.

Kratelos miró a la cara del pequeño, que le sonrió de esa forma pura y limpia, sin gestos aprendidos, como solo sonríen los recién nacidos, ajenos a las contradicciones que les aguardan.

—¿Y tú crees que una criatura tan frágil estará bien en una casa como la mía, perdida en mitad de las montañas?

—Imagino que sí, y con un poco de suerte, tal vez dejes de ser un ermitaño cascarrabias. Lo primero que debes hacer es ponerle un nombre.

—¿Un nombre?

—Pues claro. ¡¿Cómo vas a llamarle si no, pedazo de bestia?! No puedes ir por ahí gritando como si fuera un animal.

Kratelos lo miró de nuevo, el pequeño drago se había quedado dormido arropado por el calor de su pecho. Al posar en su espalda desnuda la mano, notó todavía un frío interior que le recordó aquel capazo hundiéndose en mitad del río y, sin pensarlo dos veces, respondió:

—Río, así es cómo lo llamaré, al fin y al cabo, de ahí viene.

—Así sea, entonces. Te llamarás Río.

SEGUNDA PARTE
CICLO 989 d. A.
(Cuatro ciclos después)

1

El kashwa

El color rojo del fruto maduro empezaba a dominar la media hectárea de su plantación de kha. Una zancada separaba cada hilera de plantas que se iban distribuyendo por la ladera de la montaña. Kratelos observaba su obra con ojos expertos desde la puerta de su casa. Había pasado noches de insomnio, superado heladas, doblado el lomo muchas jornadas cortando la base de las cepas, siempre a escasos centímetros del suelo, para que crecieran fuertes sus nuevas ramas. Tras la floración hubo que colocar largas lonas de pieles curtidas para que la sombra protegiera a las plantas del calor de los dos soles. Prometió sacrificios y penitencias a dragos ancestrales a cambio de que trajeran lluvia en la cantidad y el momento adecuado. Hasta que, por fin, llegó el tiempo de recolectar el fruto.

Kratelos se jugaba todo a esa carta. Si la cosecha era abundante, podría venderla en Valka y vivir con tranquilidad los próximos tres ciclos. Aún recordaba las penurias que tuvo que pasar cuando, tiempo atrás, una helada persistente arruinó todo el trabajo de dos ciclos completos. Pero ahora era responsable de un cachorro, no podía fallar.

Aunque Río no era ya el drago indefenso que había salvado de una muerte segura, todavía lo protegía como a un crío. Los dragos apenas necesitaban unos días para ponerse a andar, a los seis ciclos mudaban las escamas por primera vez y a los diez se los consideraba adultos. Río había cumplido cuatro. Lo miró con orgullo al constatar cómo se había convertido en un drago singular. Era muy alto para su edad, su cabeza le llegaba a la altura del pecho. Calculó que mediría unos cuatro pies, aunque sospechaba que llegaría a los siete cuando terminara de madurar. Aún tenía las primeras escamas, de ese color de la arena del desierto de los Hombres. En apenas dos ciclos, mudaría por primera vez, desvelando así su color definitivo.

Sentía curiosidad por saber cuál sería. Las escamas de los dragos aportaban una valiosa información sobre su linaje. Aunque era casi imposible, en secreto, Kratelos esperaba que tal vez las suyas fueran también azules. En cualquier caso, por fin podría conocer algo más del origen de esa criatura extraordinaria que se había convertido en un hijo inesperado.

A la luz de los dos soles, Río surgía como una aparición en el rojo encendido del kha maduro. La plantación desprendía el olor fértil de la tierra pariendo sus frutos y, en ella, el joven drago brillaba con su pelo dorado, libre y salvaje como una parte más de las montañas de Valka.

Había tratado de educarlo bien, dejando a un lado la adoración que le profesaba, enseñándole lo necesario para sobrevivir sin su ayuda. Sin embargo, todavía le inquietaba sentir el frío perpetuo de sus escamas, como si algo de lo vivido en las aguas del río Ssix hubiese quedado detenido en ellas para siempre.

Kratelos trataba de disimular la emoción que le producía compartir con su hijo las labores de recolección por primera vez. Ambos llevaban a la espalda un cesto de mimbre con la boca ancha, que se estrechaba como un embudo, para volver a abrirse en un fondo donde almacenar los frutos. Había que arrancarlos uno a uno con las garras, e ir encestándolos. Río parecía ansioso por demostrar sus habilidades. Llevaba tiempo viendo madurar el grano y ese era el momento preciso para hacerlo.

—Río, hoy es la primera batida, así que recuerda que solo tienes que recolectar las bayas más rojas, rojas oscuras. Cuanto más madura esté la cereza, más elevado será el grado del grano.

—Padre, venga, me lo has contado tres mil veces. ¿Podemos empezar?

—Cuando veas que has llenado el saco o te pese demasiado, vas a vaciarlo al costal…

—Que sí, padre, y después lo ponemos a secar y volvemos a recolectar. Cuando se sequen separaremos el grano de la pulpa…

—De acuerdo, de acuerdo. Ya veo que lo has aprendido a conciencia. A ver si sigues tan bravucón cuando acabemos la jornada.

Cada uno eligió una hilera y comenzaron a recolectar el fruto. Río se lo tomó como una carrera. Seleccionaba los más rojos sin prestar demasiada

atención, los lanzaba al interior del cesto y seguía mirando de reojo a Kratelos, que pronto se quedó atrás. Río sonreía feliz hasta que, tras dos horas de duro trabajo, comenzó a jadear. Ese fue el momento en el que, el astuto padre, tomó el relevo y lo superó con el cesto a rebosar de granos maduros y la misma expresión en el rostro.

—Ya no pareces tan impaciente. ¿Qué sucede? ¿Estás cansado? —se burló—, porque esto no ha hecho más que empezar. Ya puedes regresar sobre tus pasos en busca de todas las bayas maduras que has dejado en las cepas.

—¡Pero padre…! No es justo.

—La justicia, querido hijo, es un concepto complicado, ya lo irás comprobando por ti mismo con el tiempo. No siempre el más veloz es el más rápido. Constancia, hijo, esa es la clave de todo.

Río se mordió la lengua para no contarle lo que pensaba de la constancia y sus virtudes, pero sabía de la tozudez de su padre. Más le valía callar, si quería rematar la faena.

Cinco horas después, padre e hijo se cobijaban bajo la sombra de un roble frente a la entrada de su casa. Kratelos partía pan y queso con una navaja cuando Río se desplomó agotado a su lado.

—Toma —le dijo, arrojándole un odre con agua.

Río bebió con ansiedad, haciendo pasar por su garganta reseca el líquido con un sonido de cloaca.

—Bebe con calma siempre que tengas sed. Las cosas importantes siempre hay que hacerlas despacio; comer y beber, elegir un par, optar por un clan o enfrentarse a un enemigo. Siempre despacio, Río.

—Has llenado diez costales, padre —respondió con fastidio, secándose la boca con el antebrazo—, y yo no he llegado ni a cinco.

—Has trabajado bien, cachorro. Aún nos quedan muchas plantas. Si todo va bien, llenaremos sesenta o setenta sacos de una arroba cada uno.

—¿Oyes eso, padre? —dijo llevándose la mano a la oreja.

—¿El qué?

—Alguien se acerca —respondió alargando el cuello— y, por lo lento que cabalga, juraría que ya sé quién es.

Desde muy pequeño el joven Río había dado muestras de esa extraordinaria habilidad, por lo que Kratelos se limitó, como siempre hacía, a que su mediocre oído de drago azul percibiera, pasados un par de minutos, los pasos de un caballo viejo acercarse.

—¡Viene Ivy, padre! ¡Viene Ivy! Exclamó arrojando a un lado el odre de agua para echar a correr por el camino. Al cabo de unos minutos, los vio llegar. Río ató el viejo rocín al amarradero frente a la casa de Kratelos.

—¡Padre, tía Ivy se queda a cenar! Porque te quedarás a cenar, ¿verdad que sí? Tengo que contarte mil cosas. ¿Sabes que hoy he recolectado? He llenado cinco sacos. Oye, ¿no me habrás traído algún regalo?

—Tranquilo, pequeño, tranquilo. Haces demasiadas preguntas y las haces todas a la vez. ¿Se puede saber cómo creces tan rápido?

Kratelos se acercaba sin apartar la vista de ellos. Pensó que era un drago con suerte, hacía mucho que no se sentía así. No tenía clan, había perdido a su hermano en la guerra y vivía en el exilio, muy lejos de sus queridas montañas, sintiéndose siempre un extranjero solitario y repudiado. Pero una carambola del destino había puesto en su senda a esas dos criaturas tan diferentes entre sí. Ahora, mientras los observaba, pensó que eran lo más parecido a una familia que había tenido en mucho tiempo.

—¿Cómo estás, Ivy?

—Bien, viejo amigo, bien. Me duelen las nalgas de cabalgar hasta esta maldita montaña, pero estoy bien. Viendo cómo este cachorro crece como un árbol. ¿Qué le das de comer?

—Qué no le doy, querrás decir. Este crío engulle como un kórtodo y eso que tiene la mitad de dientes. Anda, hijo, por qué no vas a cazar algo para la cena, porque te quedarás a cenar, ¿no es cierto?

—Claro que me quedo, a ver si piensas que he arrastrado mi maltrecho trasero hasta esta plantación perdida en la montaña solo para veros la cara.

—¡Bien dicho, tía! Voy a cazar algo rico para ti.

Río agarró un arco rústico y unas flechas apoyadas en la pared de la casa. Hizo vibrar sus escamas, con el sonido sibilante de las hojas agitadas por el viento. A los pocos segundos, el viejo dracknodón respondió a su llamada. Río salió corriendo hacia el bosque. El pájaro siguió sus pasos

desde el cielo, como si se tratase de una cometa unida a él por un hilo invisible.

—Veo que ese drack sigue cuidando de nuestro cachorro —dijo Ivy mirando cómo ambos se perdían entre los árboles.

—A veces tengo la sensación de que lo hemos criado entre los dos. Es increíble la simbiosis que hay entre ambos. Pero vayamos dentro. Te preparé el mejor kashwa del mundo mientras me cuentas lo que sea que te ha traído hasta aquí.

El viejo entró en la casa seguido de la curandera. Era una vivienda rústica, presidida por el hogar, similar a una chimenea de piedra ligeramente elevada del suelo. Aquel era el epicentro de la casa, el rincón perfecto para comer, cocinar y mantener largas conversaciones presididas por el hervidor del kashwa, que solía calentarse sobre la parrilla de hierro apoyada en las brasas.

Kratelos había dejado la leña dispuesta para que, a una llamarada de su fuego, todo estuviese listo para preparar el mejor brebaje de toda Terradraga. Ese era el olor que presidía siempre la casa: el humo de la leña y el kashwa recién hecho.

Sentados frente a la lumbre, un grueso tablero de madera hacía las veces de mesa baja en la que reposaba el brebaje junto a una frasca de licor de hierbas que Ivy destilaba. Solía justificar su afición por aquella bebida destacando la inmensa cantidad de propiedades medicinales que poseía y, aunque no todo fuese cierto, aquel bebedizo era capaz de eliminar de un golpe cualquier dolor del cuerpo. Junto a la habitual frasca de regalo, Ivy sacó de su alforja dos pequeños botes con un líquido amarillento y los dejó sobre la mesa.

—He traído un regalo especial para el crío porque imagino que, de haber alguna novedad, ya me habríais informado.

—Así habría sido, pero muy a mi pesar, su garganta sigue tan yerma como la tuya.

—No te aflijas. Creo que esta vez será diferente, pero debes ser riguroso —dijo tomando uno de los frascos de un vidrio oscuro para mirarlo al trasluz—: tres gotas mezcladas con agua nada más levantarse y tres antes de que duerma.

—No sé, Ivy —respondió echándose en el kashwa humeante un buen chorro de licor—, yo creo que no hay nada que hacer, el río que casi lo ahoga debió apagar de alguna forma la chispa de su fuego.

—¡No tiene sentido! Es más, ¡no debería ser así! —La curandera golpeó con fastidio la mesa—. Todos los dragos acumulamos fósforo en nuestro organismo. Él tiene ese fósforo. Sabe colocar su garganta en modo dragón. He visto cómo se protege con sus escamas para no quemarse. Su problema tiene que estar en el riñón. Necesita segregar el ácido que genera la combustión al entrar en contacto con el aire. Pasar por un trance tan duro a una edad tan temprana ha debido bloquear la capacidad de segregar ese ácido, pero tiene que estar ahí, solo hay que despertarlo. —Ivy volvió a empujar los frascos hacia Kratelos—. Sigue probando con estas fórmulas, no podemos rendirnos.

—Pero, y si simplemente es un drago sin llama, pero un drago feliz, al fin y al cabo. Aquí, conmigo, no tiene problemas, no es consciente de que eso sea tan importante. Deberíamos dejar ya de insistir con estas pócimas y asumir su destino.

—¡Y qué sabemos nosotros de su destino! Para eso debe contar con todas las herramientas a su alcance. No podemos privarle de algo tan valioso, o ¿acaso piensas que siempre vas a estar ahí para protegerlo? Y eso, querido cascarrabias, es otro de los asuntos de los que quería hablarte.

—¿Más asuntos todavía? Tú no castigas tus posaderas en vano.

—Te recuerdo que un alto drago no habla de las posaderas de una hembra sin su permiso.

—Es cierto y te pido disculpas, pero permite que me sirva otro chorro de este brebaje sanador, para aliviar el cansancio de estas escamas. Me huelo que ese asunto del que hablas tampoco me va a resultar placentero.

—Me temo que no tanto como mi «resucitador» de dragos.

—Vamos, suéltalo de una vez.

—No sé si lo has olvidado, pero Río ha cumplido ya cuatro ciclos. Es el momento de que acuda al Círculo de formación.

—¿El Círculo de formación? Aquí no hay ningún Círculo de formación. ¡Yo soy su círculo! Le he enseñado a leer, a escribir y todo lo básico que

necesita saber sobre la historia y las tradiciones de los dragos y te diré que aprende muy rápido.

—¡Qué dices, drago ermitaño! De tanto vivir solo acabarás pensando que el mundo empieza y termina en tu fuego. He pactado con el consejo de Valka. Casi me cuesta las pobres escamas que apenas me cubren el cuerpo, pero cuento con su autorización para que se una al clan.

—¿En Valka? ¿Y saben que vive conmigo?

—¡Claro que saben que vive contigo! ¿Crees que esa panda de chismosos no iba a saber algo así? El consejo ha votado y han aceptado a Río. Tiene derecho a pasar por el Círculo de formación. Estoy segura de que le has enseñado bien, pero ese crío necesita aprender a ser uno entre otros.

—Ivy, ¿qué les has dicho para convencerlos? Ese clan me deja vivir junto a ellos a cambio de que esté lo bastante lejos. Las heridas de la guerra siguen abiertas y, para muchos, el color de mis escamas es un recuerdo constante del enemigo. Por mucho tiempo que pase siempre seré el drago que desertó del ejército de Ócsul.

—¿Acaso dudas de mis recursos para persuadir a unos simples campesinos?

—No dudo, lo que quiero es saber qué has tramado, vieja bruja.

—Mira, Kratelos, esos que te miran con recelo y que aceptan tus relaciones con el clan mientras te mantengas lejos, son los mismos que cada ciclo viven mejor gracias a tu kashwa. Sacan el triple del rendimiento con tus granos que con su trigo. Deberían pagarte mucho más de lo que te pagan, porque luego ellos quintuplican su ganancia.

—Lo que me pagan me parece correcto. Es un buen acuerdo.

—Sí, un buen acuerdo para ti, pero para ellos es mucho mejor, drago idiota. Les dije que si Río no entraba en el Círculo no tendríais más opción que buscar otro clan. No tuve que esperar ni un segundo: la profunda aflicción por vuestra partida los conmovió al instante —dijo aflautando la voz con tono burlón—. ¡Menuda manada de farsantes! Toda esa dignidad marcial de la que tanto presumen no vale nada, un puñado de monedas, nada más.

—Eres muy lianta, Ivy. Pero dime: ¿votó a favor todo el consejo?

La curandera dudó un instante sobre la conveniencia de sus palabras. Mentir a veces es la única forma de no herir, pero no tenía sentido hacerlo.

—Cuatro a uno.

Kratelos se quedó mirándola unos segundos, vaciando el contenido de su taza de un trago.

—Trukx, ¿verdad? Él votó en contra.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese herrero perdió a sus dos hermanos. Se encargó de hacerme saber que los vio morir en el campo de batalla. Fue bajo el fuego de un pelotón de azules. Para él es como si lo hubiera hecho yo mismo. Le importó muy poco que desertara a Ssixo. Y lo entiendo.

—Pues si es necesario tendrá que tragarse su maldito fuego y abrasarse por dentro.

—De todas formas, si mi memoria no me engaña, el crío debería asistir al Círculo de formación tres días de cada siete, durante un ciclo. Por muy fuerte que sea, Río no puede bajar el camino hasta Valka y volver tres días seguidos.

—Ya había pensado en eso y creo que lo mejor es que se quede esos días en mi casa.

Antes de acabar la frase, Río entró en el comedor corriendo, las mejillas sonrosadas como manzanas y dos trejos colgando del hombro izquierdo. Ambas piezas tenían el pelaje abrasado, prueba de que el dracknodón había colaborado en la cena que ahora tendrían que preparar.

—¿Se puede saber qué estáis tramando, tía Ivy? ¿Qué es eso de pasar tres días en tu casa?

—¿A ti no te han explicado que no se escuchan sin permiso las conversaciones ajenas?

—No es culpa mía si habláis a gritos. Se os escucha desde el bosque.

—¿Qué te parecería entrar a formar parte del Círculo de Valka? Ya has entrado en tu cuarto ciclo, es lo justo, ¿no te parece? Incluso podrías bajar a vivir conmigo algunos días.

Kratelos contenía la respiración mientras escuchaba hablar a la vieja curandera. Sintió el impulso de protestar, pero al fijarse en la cara del hijo, no pudo eludir la forma en la que se iluminaba su rostro de pura emoción y,

a pesar del temor que le producían las gentes de ese pueblo de herreros y campesinos sin corazón, supo que esa era una decisión irreversible.

—¡¿Lo dices en serio?! No será una de esas bromas que no entiendo, ¿verdad?

—¡Pues claro que lo digo en serio! He tenido que emborrachar a tu padre para convencerlo, pero ya es un hecho, ¿verdad que sí, viejo amigo?

—¿Es cierto, padre? ¿Podré ir y conocer a otros dragos de mi edad? —lo interrogó girando su mirada hacia él.

El viejo guerrero azul sintió un mazazo en el estómago y, apretando la mandíbula, fingió una sonrisa preñada de todos los temores que agitaban su corazón.

2

La pesadilla de Amirg

Lo peor de las victorias son los fantasmas que a veces arrastran tras ellas; tal vez por eso, las noches se habían convertido en la parte más siniestra del día para el rey de los invisibles.

Los rayos del primer amanecer se abrían paso en su cuarto cuando, por fin, cayó en un sueño profundo. Caminaba perdido en el bosque, escuchó en la espesura la voz cavernosa del viejo rey. El suelo estaba cubierto de barro y hojas. Le costaba caminar y la pierna inútil le pesaba más de lo habitual. Quería acercarse y estrechar el cuerpo del que un día había sido como un padre para él.

—¡Apresúrate, Amirg! —lo escuchó gritar—. ¡El tiempo apremia!

—Ya llego, mi señor. Ya casi estoy…

Amirg aceleró el paso con gran esfuerzo: la frente perlada en sudor, y el gesto contraído en una mueca. Pensó entonces en la forma en la que uno se acostumbra al dolor. La suya era una historia marcada por esa angustiosa presencia. Desde el instante en el que vino al mundo, el dolor le seguía los pasos. A punto estuvo de nacer muerto. La matrona introdujo la mano en el interior del vientre de su madre para darle la vuelta y obligarlo a vivir. El aire se agotaba en el interior de esa draga exhausta, que falleció a los dos días. Su pierna quedó atrapada, retorcida en ese trance que supone llegar al mundo, y, desde entonces, el dolor y él caminaban de la mano.

—¡Más deprisa, Amirg! ¡Más deprisa!

Por fin, a unos pies de distancia, descubrió la planta aguerrida del rey Kirandros. Apresuró el paso con una sensación extraña. Al acercarse, observó su semblante: la mitad del rostro carcomido, asomando la quijada entre las doradas escamas, ahora verdosas y mustias, el pelo encanecido, cubierto de sargazos y algas putrefactas.

—¡¿Cómo pudiste hacerlo, Amirg?! Tú, que eras como un hijo para mí, ¿cómo pudiste? —rugió clavando en él el hueco vacío de sus ojos.

Amirg no podía articular palabra. Cuando Kirandros lo señaló con la garra de su dedo, palideció. El graznido de un dracknodón atravesó la espesura del bosque.

—Te traté igual que a un hijo. Te concedí un lugar honorable en mi reino. Te di poder y educación, ¿y así me lo pagas?

Amirg temblaba oteando el cielo. No podía soportar la imagen de ese rostro desfigurado. Un crujido de hojas le hizo girar el rostro. A unos pasos del rey apareció Búltar con el cuerpo reducido a un armazón de huesos. El bello rostro azulado, convertido en una mueca siniestra.

—No hay lugar donde esconderse, Amirg —dijo Búltar señalándole a su vez con el brazo extendido—. Nadie escapa a sus actos impune, ¿recuerdas?

El aleteo sordo de las alas del dracknodón levantó un remolino de hojas y ramas. En esa confusión de los árboles agitados por el viento, Búltar corrió hacia él. Amirg intentó huir, pero la pierna le dolía demasiado. Un socavón del terreno lo hizo caer en el preciso instante en el que el cuerpo de Búltar se fundía con el del drack para arrojar su fuego contra él.

Sus propios gritos de desesperación lo trajeron de regreso a palacio. Sobre el lecho empapado en sudor, Amirg se daba manotazos en brazos y piernas en un intento vano por apagar esas llamas que aún sentía vivas sobre el cuerpo. Tras comprobar que no había sido más que otra horrible pesadilla, se precipitó con angustia en busca de las gotas de Xoc. Ese maldito elixir era lo único que le daba un poco de sosiego.

Al asomarse a la ventana del cuarto, le temblaban las manos. Ssixo parecía bañada en oro bajo la luz del segundo amanecer y, aun así, nada le resultaba hermoso. Esa ciudad no era más que otra prisión, una cárcel reluciente en la que estaba condenado a consumirse.

Necesitaba salir de ahí, irse lejos, allí donde el recuerdo de lo sucedido no pudiera alcanzarlo. Esas paredes, ese palacio, esas calles, no le traían más que el recuerdo de Búltar y el viejo rey. Por más que hubiese medrado su poder, algo se estrechaba en su pecho hasta robarle el aire.

El amanecer proyectaba una luz rojiza en el horizonte, creando la ilusión de una lava ardiente derramándose sobre los tejados, y fue así como

supo qué hacer: necesitaba refundar Terradraga, alumbrar el nacimiento de una nueva nación en donde no quedara vestigio alguno de Kirandros ni de Búltar. Un orden nuevo bajo un nuevo monarca. Destruir Ssixo le ayudaría a acabar con sus recuerdos. Así podría volver a dormir, volver a dormir para seguir viviendo.

Entró en la Habitación Blanca con el firme propósito de trasladar a la reina su plan. Al fin y al cabo, ella odiaba esa ciudad tanto como él.

Sentados junto a la gran mesa de pálido mármol estaban Xoc y el joven Crimson, que, a sus recién cumplidos diez ciclos, lucía el dorado palatino de las escamas reales. Se había convertido en un joven apuesto, bien formado; pero había algo mezquino en su rostro, tal vez la forma rasgada de sus ojos, igual que los de esa insidiosa serpiente que velaba sus pasos con celo. El espantoso animal había crecido con vigor, hasta adoptar el grosor de un brazo. Pero, lo que más le desagradaba era el movimiento constante de su lengua bífida, asomando al exterior para lamer del aire la información precisa. Las kracárites, como todos los ofidios, eran apreciadas por su olfato, capaz de detectar la adrenalina del cuerpo de los traidores, el sudor de la fiebre o la enfermedad, e incluso el veneno escondido en algún plato suculento. Este portentoso olfato, junto a su veneno letal, las convertía en compañeras perfectas de la realeza.

Amirg tomó asiento en la mesa. Durante un segundo su visión se volvió borrosa. Se llevó la mano al mutilado rostro, buscando la oreja seccionada que todavía podía sentir en su lugar. Tuvo que controlar el impulso de tomar de nuevo las gotas de Xoc. Sabía que estaba abusando de ese narcótico, pero el dolor y el cansancio no le dejaban pensar con claridad.

—Esperábamos tu llegada, Amirg. Imagino que tu retraso tendrá alguna justificación. Eres el regente de este reino, pero comienzo a cansarme de estos desplantes.

Amirg se tomó un instante para recomponer su rostro, irguió la espalda y trató de obviar la mirada de Xoc escrutando sus movimientos.

—Le ruego me disculpe, alteza, pero los últimos informes que he recibido no son nada halagüeños.

—¿A qué te refieres?

—El caos reina en las calles. Muchos granjeros han abandonado las cosechas, nuestras redes comerciales se han visto deterioradas. La pobreza ha hecho que la delincuencia aumente hasta el punto de convertir Ssixo en un territorio hostil para cualquier persona honrada. El pueblo no muestra ninguna lealtad a este Consejo y tampoco a mi mandato ni al de su reina.

—Yo misma percibo ese descontento. Estoy cansada de esta situación, la verdad. Necesitamos actuar con mano dura.

—Usted lo ha dicho, alteza —afirmó Amirg secándose con disimulo el sudor de la frente—. Ssixo agoniza. Necesitamos levantar un nuevo reino de sus cenizas. No podemos gobernar para un pueblo que no otorga su lealtad a los que le dan de comer. Esa cuadrilla de rateros, huérfanos y maleantes no generan más que incomodidad. Así destruyen el buen nombre de este Consejo. Lo mejor sería poner a buen recaudo la riqueza de esta ciudad. Necesitamos trasladar los pilares de ese nuevo reino lejos de esos salvajes y para eso tenemos que trazar un plan.

El príncipe Crimson estalló en una distorsionada carcajada que acaparó la mirada de todos los allí presentes.

—¡Esto sí que es inesperado! Así que nuestro querido Amirg sugiere el saqueo como respuesta, ¿no es eso?

—Eso es, príncipe Crimson —respondió sintiendo cómo el sudor se helaba en su cuerpo—. Debemos trasladar estas riquezas al lugar de donde nunca debieron salir: las arcas del reino de Ócsul.

La kracárite levantó el cuerpo, con el cuello henchido en posición de ataque y clavó en Amirg sus ojos sin párpados, fijos, leyendo en el aire lo que nadie, salvo Xoc, podía intuir.

—¡Vaya! ¿No estarás ocultando algo, viejo tullido?

—¡Hijo, cuida tu lenguaje! Estás hablando al regente del reino.

—Pero, madre, ¿has visto su reacción? —exclamó tratando de contener el cuerpo de Naya.

Amirg tomó aire, procurando controlar su transpiración, pero cuanto más intentaba calmarse, más aumentaba su nerviosismo. Fue entonces cuando Xoc se acercó a él para envolverlo con el poder narcótico de su

aliento. Amirg aspiró en el aire todo aquello que le faltaba, todo lo que el viejo galeno sabía que demandaba su adicción, y recuperó la templanza.

—Terradraga necesita un nuevo orden y Ssixo es el punto de partida. A veces es mejor destruir para construir de nuevo. Debemos hacernos con el control de las calles, detener a esas hordas de huérfanos que operan a nuestras espaldas y recuperar el poder.

—¡Así sea, Amirg! Dispón de todo lo necesario para que el traslado de las arcas se realice con la más absoluta discreción. Xoc estará a tu servicio para todo lo que necesites y ahora, si no hay más asuntos urgentes, necesito estar a solas con mi hijo.

Amirg se incorporó procurando dominar el temblor de sus piernas. Salió de la Habitación Blanca seguido de Xoc, que se mesaba las barbas con preocupación. En cuanto se cerró la puerta, Naya se deslizó tras los pasos de Amirg y de su rastro lechoso de temor y fiebre.

—¿Lo has visto, madre? Ese tullido esconde algo. ¿Has visto sus ojos y lo demacrado de su cuerpo? Apenas puedo soportar ver esa amputación horrible de su cara.

—No temas, hijo, tengo bien claro que Amirg es solo otro de nuestros títeres. Recuerda que fue por librarnos de Búltar que su rostro acabó desfigurado, pero si piensa que una vez hayamos trasladado a Ócsul nuestra riqueza seguirá siendo el regente de Terradraga, está muy equivocado. Tu abuelo está enfermo, pero es fuerte, se recuperará. Mientras tanto nosotros tenemos que seguir a rajatabla con el plan.

—Eres brillante, madre. No sabes cuánto deseo salir de esta ciudad de bárbaros y harapientos.

—Ten fe, hijo mío. Todo está previsto. En cuanto nos instalemos en Ócsul, Xoc se encargará de él. Sus pesadillas son ya tan meritorias que no puede aguantar sin sus gotas. Mantén a raya a nuestra pequeña amiga —susurró en su oído, acariciando la cabeza escamosa de la cobra—, si no quieres echar por tierra nuestros planes.

Las catacumbas de palacio eran el peor de los destinos imaginables. En la oscuridad de sus galerías las dragas condenadas trabajaban durante horas

extrayendo toda clase de materiales para la construcción del nuevo reino. Lo más habitual era separar los distintos tipos de rocas, desde el granito a los simples cantos para pavimentar las calles. Dejarte las garras en aquel lugar era el mejor de los destinos. El secreto de las catacumbas era el enorme cementerio que emparedaba sus muros con cadáveres anónimos, muertos en las calles, en la guerra o ajusticiados por el implacable gobierno.

Nebra siempre lograba que alguna draga recién llegada le cambiara el turno para trabajar en estos enterramientos. Esa era la única forma que tenía de buscar a su hija Áral. Ella y Súnnary compartían su encierro, y gracias a esa mutua compañía no habían enloquecido, o no demasiado. Cuatro ciclos de aislamiento ponen a prueba el juicio de cualquiera, más aún si desconoces cuál ha sido el paradero de tu cachorro. Nebra insistía en fugarse de ese agujero. Este era ya el tercer intento y con cada fracaso, recibía una paliza cada vez más despiadada que la anterior.

Si las catacumbas eran un laberinto oscuro y húmedo, el Hoyo era el mismísimo infierno: un agujero tan estrecho que apenas podías ponerte en pie, ni elevar los brazos. Las paredes de tierra viva filtraban los olores putrefactos de las cloacas y los cuerpos en descomposición. Un solo día en aquel lugar desafiaba la cordura del más juicioso. Salir con vida tres días después era un auténtico milagro.

Cuando los soldados arrojaron el cuerpo de Nebra en la celda común de las dragas, Súnnary corrió a auxiliarla como hacía siempre. Nunca había estado tan preocupada por ella. Se empecinaba en la certeza de que su hija corría un peligro inminente. Así volvía a poner en marcha una nueva huida, sin atenerse a razones. Lo peor de todo era que Súnnary compartía una parte de su locura.

Aun así, las dos dragas se habían hecho respetar por sus compañeras. Todas sabían que, gracias a su presencia, conservaban una parte de su dignidad intacta. Para lograrlo habían establecido un orden estricto, una rutina diaria que todas respetaban sin rechistar: la comida y la bebida se repartían en partes iguales. La celda debía mantenerse limpia y en orden. Antes de dormir debían lavarse, aunque fuese ordeñando de la tierra unas gotas de agua subterránea. No se guardaban secretos. No se admitían peleas ni privilegios. No se hacían distinciones de razas, ni de castas. Eran gestos

sencillos, que les permitían pensar que aquello podía seguir llamándose vida.

—¡Agua, compañeras! —gritó Súnnary—. Necesito un jergón vacío, un cuenco con agua y sal. ¡Aprisa!

La draga roja parecía haber menguado drásticamente. El Hoyo era capaz de devorar cada fibra, cada músculo, paralizando el cuerpo hasta sumirlo en un dolor intolerable.

Una draga menuda, de escamas doradas y verdes, le entregó un cuenco con agua. Súnnary sopló un fino hilo de su fuego, para calentarla y lavar las llagas abiertas, era la única presa que mantenía, aunque muy mermada, la capacidad de producir fuego. Los carceleros usaban sales de fosfato de amonio diluidas en agua para inhibir el fuego de las reclusas. A pesar de los cuidados, Nebra seguía inconsciente.

—¡Despierta! Nebra, ¡despierta! —repetía humedeciendo las rojas escamas.

Todavía recordaba la primera vez que la vio. Aquel día era ella la que yacía en el suelo, más muerta que viva. Nunca le agradecería lo suficiente la forma en la que cuidó de ella, las noches que pasó en vela a su lado exigiéndole no morir.

—¡Traed el aceite, el alcohol que podáis encontrar! Hay que desentumecer su cuerpo.

—Yo tengo un poco de aceite —dijo una de las dragas más robustas, de escamas oscuras y cuernos ensortijados—. Llegué hasta la raíz de un eucalipto y logré destilar unas gotas.

Súnnary inclinó el rostro con la mano en el pecho, en señal de agradecimiento, tomó el frasco y frotó sus manos con el ungüento. Ya no reconocía las suyas en esa piel de arpillera agrietada como corteza de árbol. Otra ínfima llamarada de su fuego inflamó el aceite. Aspiró el olor balsámico de aquel elixir y frotó con vigor las piernas de su amiga. La musculatura debía volver a entrar en calor para regresar a su lugar. El dolor sería notable, pero pasaría. Esa era una de las ventajas del dolor del cuerpo, además, había conseguido semillas de adormidera, un poderoso narcótico cuyo uso solo estaba permitido en casos como ese.

—Pon esta almohada bajo su cabeza —añadió la draga menuda de escamas doradas y verdes—, la he hecho con hojas secas y semillas.

—Yo tengo una manta. Está sucia como un demonio, pero abriga.

—Yo traigo un trozo de pan. Está duro y tiene un poco de moho, pero podemos intentar hacer algo que parezca una sopa. Tendrá que recuperar fuerzas…

Eso era lo mejor de aquel lugar, lo único que traía la cordura de vuelta: un puñado de dragas harapientas y embrutecidas, con el corazón tan grande como toda Terradraga.

—¡Atención! El nuevo carcelero se acerca —exclamó una de ellas—. Oigo sus pasos, compañeras.

Dos dragas marrones se acercaron sigilosas a Nebra.

Agarraron los extremos de la tela en la que reposaba su cuerpo para llevarlo al rincón más escondido de la celda.

Súnnary la cubrió con las mantas que habían traído y se puso al frente de las reclusas, a la espera del nuevo jefe de prisiones. Cada cuatro ciclos debían ser sustituidos para evitar cualquier tipo de confraternización con las reclusas y, aunque todas deseaban perder de vista a aquel malnacido, les asustaba la idea de que el nuevo fuese aún peor.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido herrumbroso. Un drago enorme se presentó ante ellas custodiado por dos guardas.

—¡A formar! Todas en fila para que pueda veros —rugió con voz áspera el nuevo jefe.

Sobre el contorno de sus cuernos, la capucha oscura que caracterizaba su puesto, para impedir así que nadie pudiera ver su rostro y tomar represalias.

—Como bien sabréis, a partir de hoy yo seré el responsable último de las catacumbas. Cualquier altercado, cualquier incidente, por nimio que sea, deberéis comunicarlo de inmediato. No tengo que deciros que no se tolerará ninguna clase de insubordinación, sea de la naturaleza que sea.

Había algo en el carcelero que a Súnnary le resultó extraño, tal vez por la forma en la que sentía su mirada bajo aquella capucha. En secreto, suplicó porque no fuese otro depravado, ansioso por disfrutar de una draga morada como ella. En momentos como ese se escudaba en su rostro

parcialmente quemado. Muchos dragos torcían el gesto con repulsión al verlo y así se había librado de más de un ataque. Sin embargo, la forma en la que la miraba era distinta.

—¿Y qué pasa con nuestras demandas? ¡No pueden pretender que trabajemos sin descanso y a cambio nos den un mendrugo y una sopa aguada! —le espetó Súnnary—. Alimentarnos mejor hará que trabajemos más. Las sobras de palacio bastarían para que pudiéramos comer y rendir el doble.

—¡Aquí soy yo el que da las órdenes! —bufó el drago—. ¡Guardias! ¡Apresad a esa draga! ¡Llevadla a mis dependencias!

—¡Nooooo! No puede hacer eso. No he hecho nada.

Dos guardias la agarraron por los brazos y la sacaron en volandas de la celda común sin hacer caso a las protestas del resto de presas. Súnnary pataleaba en el aire, intentando liberarse, pero en cuanto se alejaron el carcelero ordenó a los guardias que la dejaran libre. La draga empezó a trazar en su mente la forma de sajar a ese imbécil de arriba abajo si intentaba tocarle una sola de sus escamas. Al llegar a sus aposentos, el jefe de la guardia abrió y la dejó pasar.

—Te equivocas si piensas que vas a poder abusar de tu poder tras estas puertas. —Las afiladas garras hicieron sonar su filo en un intento por mantener alejado al guarda.

—No te he hecho venir para eso. Ahora quiero que te sientes en esa silla porque hay mucho que debo contarte.

Súnnary sintió algo extraño abatirse en su vientre. El recuerdo de una voz, el sonido familiar de algo olvidado, enterrado, más bien.

El carcelero comprobó que la puerta estaba cerrada, miró a Súnnary y se quitó la capucha. El rostro del viejo Rónroth quedó al descubierto, con su calva escamosa sobre los recios pilares de sus hombros. El custodio de Búltar, el último drago en ver con vida a su hijo estaba ahora frente a ella como si el tiempo se hubiese detenido. Hacía tanto que no reconocía la ternura en una mirada ajena que, al verse en sus ojos, cayó al suelo, con las manos cubriendo el deformado rostro para echarse a llorar con toda la desesperación que con tanto celo había escondido en sus entrañas.

3

El Círculo de formación

Cuando los dos astros de Terradraga orbitaban en la primera y segunda estación, invertían el orden de su baile. Era el pequeño el primero en salir a escena y el mayor el que aparecía después. En esas dos estaciones, la última penumbra del ocaso daba paso a lo que los dragos llaman: «el amanecer tenue». Sus primeros y débiles rayos se colaron en el cuarto. Río tardó unos segundos en reconocer la habitación. El viaje desde la plantación hasta la casa de Ivy lo había dejado exhausto, aunque no tanto como para olvidar que ese era, por fin, el gran día. Se incorporó en el lecho de paja y arpillera sobre el que había improvisado una cama rústica y vio la ropa preparada sobre la silla.

—¡Vamos, dormilón! —dijo la curandera golpeando con suavidad en la nudosa puerta—. O te levantas ya o te saco a palos de la cama, a ver si después de convencer al terco de tu padre ahora vas a llegar tarde.

—¡Voy enseguida! —respondió Río saltando de la cama para vestirse.

En el hogar, sobre las ascuas encendidas, el olor del kha recién hecho lo envolvía todo. Ivy había madrugado para preparar un festín digno de un rey.

—Espero que tengas hambre, pequeño. No sabía qué te podría apetecer más, así que he hecho un poco de todo.

—Ya lo veo, tía, pero no hacía falta. Tiene muy buena pinta, pero no tengo mucho apetito.

—¡¿Que no tienes apetito?! ¡Por Argia que vas a comer! El primer día es intenso, debes ir con fuerzas —dijo sentándose a su lado junto al fuego —. Sé que estás nervioso, pero todo irá bien, ya lo verás.

—No sé, tía. Empiezo a pensar que igual me tendría que haber quedado en casa. A padre le viene bien contar con alguien que le eche una mano.

—¡Por todos los dragos, hijo! No digas sandeces. Debes elegir tu propio camino, labrarte un porvenir, y para hacer eso tienes que conocer a otros dragos, otras formas de pensar. ¿Acaso crees que la vida empieza y termina en esa maldita plantación? Tu padre es mucho más fuerte de lo que piensas, sobrevivirá. Yo me encargaré de eso.

—Pero, no entiendo por qué se niega a venir al pueblo. Ni siquiera hoy ha sido capaz de pasar aquí la noche y desearme suerte.

—No es fácil ser un drago azul en un lugar como este. La mayoría de sus habitantes todavía tienen grabada la guerra con Ócsul. El segundo sol no tardará en aparecer. Te espera un día largo, así que recuerda —dijo mirándole a los ojos con afecto—, nada de lo que pase hoy será definitivo. Esto es solo el comienzo de lo que vendrá, del camino que debes recorrer para alcanzar tu destino, hijo. Y ahora come algo de una maldita vez. Cualquier desafío es más sencillo si se afronta con el estómago lleno.

Una imponente estructura circular de piedra y arcilla albergaba el lugar destinado a modelar la educación de los pequeños dragos. A pesar de su tamaño, aquel enorme laberinto de construcciones sin esquinas se integraba en el entorno de forma simétrica, aprovechando el desnivel del terreno, entrelazando un arco a otro, abriendo pequeños espacios, y delimitando otros, en una especie de colmena fortificada.

Río se quedó un instante contemplando en la distancia la belleza de esa construcción y a los cachorros que caminaban hacia el interior del recinto. Nunca había visto a tantos juntos. Observó entonces su vestimenta. Llevaban camisas blancas finamente tejidas, fajines de colores alrededor de la cintura y pantalones anchos de lana. Observaba cada detalle con fascinación cuando escuchó algo a su espalda:

—¡¿Qué pasa, campesino?! —exclamaron dos dragos iguales—. ¿Se puede saber qué haces por aquí?

—Buen fuego os guarde —respondió Río con timidez—, es mi primer día en el Círculo. Y la verdad es que no me gusta que me llamen así.

—Así, ¿cómo? —preguntó uno de ellos, un drago con los mismos ojos negros y el pelo ensortijado de su hermano, y sus escamas aún por mudar.

—Creo que el campesino dice que no le gusta que le llamen campesino, ¿no te resulta extraño, Shórox?

—Muy extraño Drexxter, aunque ¿qué se puede esperar de un huérfano criado por un salvaje en las montañas?

—¿Quién sois vosotros para hablar así de mi padre?

—¿Has oído algo, hermano? —respondió burlón, poniéndose la mano en la oreja para afinar el oído.

—Nada de nada. El viento, tal vez. Anda, vámonos.

—Yo que tú regresaría a casa, campesino. Aquí no eres bienvenido.

Los gemelos echaron a andar hacia la entrada del recinto. Los dos con sus finos ropajes y el paso sincronizado de dos hermanos siameses. Río se fijó en sus botas. Ivy las había confeccionado con piel de anta, la mejor que se pueda utilizar para impedir que la humedad te cale, y que el frío te hiele los pies, pero al lado de las de esos jóvenes dragos, parecían los zapatos de un mendigo.

Una draga roja, con una coleta en el espacio que quedaba entre sus cuernos, salió a la entrada del edificio para hacer sonar una campana de hierro labrado.

—¡Vamos, cachorros, daos prisa! No se admiten retrasos en el Círculo.

Río titubeó unos segundos, pero le agradó su cara y el tono de su voz, así que se dejó llevar por la marea de dragos que lo arrolló hasta llegar a la entrada. El interior del Círculo le produjo un estremecimiento. Los techos altos de la planta central, erigida sobre bloques de roca maciza, lo dejó sin aliento.

—¿Está admirando el paisaje? —lo interrogó la draga roja de la campana—. Porque le recuerdo que sus clases empiezan en tres minutos.

—Discúlpeme, nunca había visto algo tan impresionante. Hoy es mi primer día y la verdad es que no sé a dónde ir.

—Me alegra escuchar eso. La primera vez que entré en este templo, me causó una impresión muy parecida. Anda, acompáñame. A partir de ahora debes recordar que la puntualidad es imprescindible.

Río caminaba tras ella, observando todo lo que podía a su alrededor. Quería grabar en su retina cada detalle para contárselo después a Kratelos y a Ivy. Al llegar frente a una habitación, la draga le indicó con la cabeza que

ese era el lugar. En su interior había nueve dragos y dragas. Todos charlaban como si ya se conociesen. Avanzó por la estancia tratando de pasar inadvertido cuando se fijó en los gemelos que lo habían increpado unos minutos antes.

La draga roja entró tras él y al instante se hizo el silencio. Su porte era elegante y firme. Cruzó los brazos mostrando una musculatura definida, con un círculo negro grabado a fuego en sus escamas.

—Bienvenidos al que será vuestro primer ciclo en el sagrado círculo que nos alberga. Mi nombre es Shúrima. Soy vuestra maestra de armas y también vuestra mejor aliada. Como bien sabréis, hoy es un día importante. Deberéis pasar la primera de las pruebas de vuestro adiestramiento. Lo que hoy suceda, determinará una gran parte de vuestro camino, tal vez uno de los más importantes. Venís aquí en el último estadio de vuestra infancia, sin conocer aún el linaje de vuestras escamas, y abandonaréis este lugar convertidos en auténticos guerreros de la capital del reino. Bienvenidos.

Shúrima se inclinó hacia delante en señal de respeto. Los cachorros respondieron con la misma reverencia. Río trataba de anticiparse a ese ritual que todos parecían conocer salvo él, mientras en su cabeza no paraba de preguntarse ¿qué clase de prueba era esa de la que hablaba?

En el centro de la estancia había un pequeño foso lleno de leña. A su alrededor, se situaban los nueve alumnos. Entre ellos, pudo distinguir el rostro de dos dragas y el gesto burlón de aquellos malditos gemelos que no dejaban de mirarlo con desprecio.

—¡Acercaos para dar comienzo a La Senda del Drago! Honrad a las siete dragonas que unieron sus fuegos, por nuestro ancestral origen, sumemos los nuestros en señal de cohesión antes de iniciar la primera de las pruebas que debéis superar para completar el círculo.

Todos se acercaron al foso donde se apilaba la leña. Río solo podía pensar en huir y no regresar nunca, pero una parte de él sentía tal fascinación por todo lo que había a su alrededor que apretó los puños hasta sentir sus garras clavarse en las palmas. Sus escamas, empapadas en sudor, destilaban destellos de fósforo. Shúrima arrojó una bocanada perfecta de su fuego a la que se fueron sumando cada uno de los dragos, hasta llegar a él.

—¡¿Qué te sucede?! —exclamó, con un incendio en sus ojos—. Deshonrar el fuego del nudo tiene consecuencias. ¡Habla! ¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Río, señora.

—¡Dirígete a mí con propiedad! Soy tu janto. Maestra de armas y guía en La Senda del Drago. No lo olvides.

—Lo siento mucho, janto, no volverá a ocurrir. Lo siento, pero yo… Yo soy un drago sin fuego.

Un murmullo se desató entre el resto de los discípulos. La risa contenida de los dos gemelos se hizo eco en la sala.

—¡Silencio! Solo un necio se ríe de un igual. Y menos aún lo hace antes de que haya podido explicarse.

Río sintió sus mejillas encendidas y el peso sobre sus hombros de todos los secretos que sepultaban su pasado.

—He visto muchos dragos en mi vida y puedo asegurarte que el fuego duerme en tu interior. Puede que no sea hoy, ni mañana, pero encontrarás el camino para llegar a él. Hemos iniciado La Senda, ahora somos una manada. Nuestras vidas han sido anudadas con un propósito que deberéis honrar.

En la gran pira central, las llamas devoraban la leña como un animal hambriento. El fulgor se reflejaba en las escamas de Shúrima como si estuviera labrada en fuego.

—La primera prueba de La Senda del Drago requiere astucia, concentración y sutileza. Deberéis demostrar vuestra conexión con la tierra y encontrar una flor exquisita: un diente de drago de siete pétalos y conservarlo intacto hasta que el segundo de los soles despunte al alba. Formad tres grupos, es importante que aprendáis a trabajar en equipo. Colaborad unos con otros, ahora sois una manada.

Todos se repartieron mientras Río, el único que no conocía a nadie, esperaba angustiado en una esquina. Las dos dragas mostraron un evidente fastidio al comprobar que les tocaba amparar al cachorro sin fuego. La janto tocó de nuevo la campana para dar inicio a la prueba, y los tres grupos salieron corriendo en busca de la flor de siete pétalos.

Río seguía a las dos dragas que cuchicheaban entre ellas como si él no existiera. Desde que esa mañana había salido de casa de Ivy no había dejado de sentirse un bicho raro. Se armó de valor y se dirigió a ellas por primera vez.

—Conozco muy bien las montañas, creo que sé dónde podríamos encontrar esas flores.

Las dragas se pararon para mirarlo, ambas con desdén. La más alta fue la que le contestó:

—Mira, no tenemos nada contra ti, pero preferimos hacer esto solas. ¿Qué te parece si te vas por tu cuenta?

—Pero la janto ha dicho…

—Sí, sí, ya sé lo que ha dicho la janto y no quiero ser brusca, pero preferimos no ir con el hijo de un azul. ¿De acuerdo? Mañana nos encontramos en la entrada, pero no vamos a hacer esta prueba contigo.

Las dos chicas se alejaron mientras Río las observaba inmóvil, sin comprender qué estaba pasando. Toda la ilusión de la mañana se había convertido en una desconocida sensación de rabia e inseguridad. Sintió las lágrimas a punto de aflorar, pero se contuvo, decidido a terminar esa prueba.

Cerró los ojos para recordar. En sus paseos con Kratelos habían jugado más de una vez a buscar esa extraña flor. Era un reto complicado, pero no imposible. Se adentró en el bosque con confianza, pero no podía olvidar los insultos de esos gemelos, o el desprecio de esas dos dragas. ¿Tan horrible era ser el hijo de un azul? Se sentía tan frustrado que, al tratar de reconocer el terreno, comprendió que se había perdido. Retrocedió sobre sus pasos con angustia hasta que la sombra del dracknodón sobrevoló su cabeza.

—¡Viejo amigo! —exclamó alzando los brazos.

El drack descendió con elegancia hasta el suelo.

—¡No puedes imaginar lo mucho que me alegro de verte! Hoy no está siendo mi mejor día.

Río corrió a su encuentro y acarició sus plumas doradas.

—Debo encontrar esas flores tan hermosas, las de siete pétalos, las recuerdas, ¿verdad?

El drack graznó en una especie de respuesta en clave a sus palabras. Aprovechando el descenso de la pendiente, tomó impulso y alzó el vuelo. Río corrió tras él, valle abajo, en un juego conocido en el que ambos parecían unidos por un hilo invisible.

—¡Este lugar, lo recuerdo! Eres un pajarraco muy inteligente, ¿lo sabías?

Las cimas nevadas de las montañas de Valka dejaban paso a los tupidos bosques de árboles centenarios. Río disfrutaba de aquel juego de su primera infancia y de la compañía del que consideraba, sin duda, su mejor amigo.

—¡Aquí es! —exclamó al llegar a un acantilado rocoso—. Esta flor es casi tan caprichosa como tú, por eso le gusta esconderse.

Río se descolgó por la pared empedrada para trepar en busca de la ansiada flor.

—Reuniré unas cuantas, por si alguna se estropea, o se marchita antes de tiempo. Son flores muy delicadas. Padre me contó que las montañas de Valka estaban cubiertas de ellas, pero el sonido de la guerra las hizo desaparecer. Se marchitaron, como si pudieran escuchar el dolor, ¿no es asombroso? Por eso es mejor hablarles con dulzura, así que mantén el pico cerrado. Eres un pájaro hermoso, pero tu voz es tan agradable como una roca en el cráneo.

El drack graznó con enfado y se posó en la gruesa rama de un castaño observando con recelo.

—Necesito que me hagas un favor. Llévale a Kratelos esto. —El drack tenía una pequeña bolsa anudada en el cuello. Era un ingenioso sistema con el que padre e hijo se comunicaban cuando la caza o la venta del kashwa los mantenía separados. Río introdujo con cuidado una flor de drago recién cortada en el pequeño saco—. Así sabrá que estoy bien.

El drack graznó de nuevo y emprendió el vuelo para cumplir su cometido. En el horizonte, el resplandor de sus alas se fundió con el atardecer del primero de los dos soles.

Comenzaba a oscurecer, y el bosque se hacía tan tupido que apenas se filtraba la luz entre las copas. Río había construido un cestillo vegetal con

helechos. Tres flores anaranjadas y rojas, con sus pétalos empolvados, reposaban en un lecho de musgo. Las dejó a los pies de un nogal y se puso a recolectar algunos frutos para matar el hambre. Ahora recordaba las palabras de Ivy y el festín que le había preparado para desayunar. Por suerte conocía bien las setas que se pueden comer sin miedo y las bayas silvestres. No era demasiado, pero lo suficiente para emprender el camino de regreso al Círculo.

Un crujido de ramas secas le erizó las escamas. Tal vez algún animal al acecho. Buscó en el suelo algo con lo que defenderse, pero al alzar la mirada, se encontró con el tizón encendido de los ojos de uno de los gemelos.

—¡Lo sabía! El campesino ha encontrado las flores.

—¿De dónde habéis salido? Me habéis dado un buen susto.

—Vaya, no sabes cuánto lo sentimos. No pretendíamos asustarte, ¿verdad que no, Drexxter?

—Pues claro que no, hermanito. Con darle una paliza será suficiente.

Antes de que Río pudiera responder, un golpe seco lo lanzó contra el suelo. El segundo de los hermanos le golpeó por la espalda abriéndole una brecha en la cabeza. La sangre caliente descendió hasta su frente sin entender qué estaba pasando.

—¿Qué pasa, campesino, no dices nada?

Río trataba de anticiparse, pero el golpe le había dejado aturdido.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó Drexxter, tomando el cestillo del suelo—. ¡Los dragones se ponen de nuestro lado!

—¡No, no os las llevéis! He juntado tres. Podemos compartirlas —respondió Río, tratando de ponerse en pie.

Antes de que pudiese lograrlo, Drexxter lanzó una bocanada de su fuego. Río se protegió con el brazo, pero el dolor lo atravesó como un mordisco.

—Parece que el bastardo tiene frío. Así entrarás en calor. ¿No te apetece regresar con tu papaíto? ¡Ah, no! Que no es tu papaíto, es solo un cobarde, un desertor, igual que todos los azules.

Río no comprendía sus palabras. ¿De qué conocían esos dragos a Kratelos y por qué lo odiaban tanto?

—Nos llevaremos estas flores y tú no harás nada para impedirlo, campesino. ¿Crees que no sabemos quién eres?

—Un drago sin fuego no vale nada.

Shórox giró sobre sí mismo para asestarle una patada en el estómago que lo dejó sin respiración. Quería hacerlos callar, pero antes de poder llenar sus pulmones, un nuevo golpe le hizo caer de rodillas al suelo.

—Eso está mucho mejor, escoria azul —dijo arrancándole del cuello el único recuerdo que atesoraba de sus orígenes—. Esta es la tierra de los dragos de fuego, dragos rojos como sus padres. No como tú, ¡bastardo! Será mejor que regreses por donde has venido y no vuelvas nunca.

—¡No! —consiguió gritar Río—. ¡Devuélveme mi colgante!

—Ja, ja, ja. ¿Esto? —respondió sosteniendo en el aire el collar—. Será un bonito regalo para mi madre.

—El hijo de un azul no tiene derechos en las montañas de Valka —respondió Drexxter agarrándolo del pelo—. ¿No te parece osado este salvaje, Shórox?

—Osado y muy, muy maleducado. Me parece hermanito, que voy a tener que hacerle entrar en razón.

Los gemelos se lanzaron contra él con los puños en alto. Los primeros golpes atravesaron su coraza como un cuchillo helado. A lo lejos le pareció escuchar el bramido de un animal, pero, al cabo de un rato, todo se volvió oscuridad. Una paz densa lo envolvió en un sueño profundo, tan plácido como si regresara al interior del vientre de esa madre de la que ya no atesoraba ni aquel estúpido collar de piedra a medio tallar.

4

Un nombre es solo un nombre

Rónroth sumó un tronco a la hoguera del lar y puso frente a Súnnary una taza de kashwa humeante. Por fin había logrado contener el llanto, que no la emoción de reencontrarse con esa parte de su pasado que tanto se había esforzado en olvidar. Se sentía feliz de ver un rostro amistoso, pero aterrada también al recordar a qué se había reducido su vida.

—Come algo, vamos, pequeña —dijo poniendo frente a ella un trozo de pan y queso—. No sé cómo has logrado sobrevivir tanto tiempo en este agujero, pero ahora debes recuperar fuerzas.

Súnnary levantó la mirada agradecida. No recordaba ya el sabor de esa clase de manjar o lo afable que podía ser una estancia caldeada por algo que no fuese su propio resentimiento.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó apartando con su enorme mano el cabello que cubría la quemadura de la mitad de su cara.

Súnnary apartó su mano con brusquedad, en un acto reflejo que le hizo arrojar la taza contra el suelo. El tiempo había conseguido curar en parte su rostro desfigurado, pero había quedado marcado para siempre. Esas quemaduras eran el recuerdo imborrable de esa draga capaz de arrebatárselo todo.

—Creo que ya conoces la respuesta a esa pregunta, Rónroth. No tuvo suficiente con matar a mi hijo y a su padre, así de grande es su odio.

—Y, sin embargo, sigues siendo igual de hermosa y lo que es más importante, sigues viva. No sabes cuánto me alegro de que sigas viva.

—A veces yo misma dudo de que esto pueda considerarse vida… Este lugar lo consume todo, pero es cierto, sigo viva y yo también me alegro mucho de verte.

—Pues aprovecha, y come un poco. No podemos estar aquí mucho tiempo. No quiero que la guardia sospeche, así que fingiremos lo que todos imaginan, ¿de acuerdo?

Súnnary asintió con la cabeza y se llevó un trozo de queso a la boca.

—Cuéntamelo todo, Rónroth, dime: ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Es una larga historia. No ha sido fácil. Sabes que Búltar era como un hijo para mí, pero, tras su muerte, todo se precipitó.

Rónroth se quedó unos segundos perdido en sus pensamientos, acariciando el hueco entre sus cuernos romos.

—Esa draga, Tëesha, es tan malvada como astuta. Siento que no hay nada que pueda detenerla. Yo lo intenté. Juro por Argia que lo intenté, pero ha sabido rodearse de aquellos que sirvan a sus intereses. Así ha logrado disolver todos los cargos de confianza de Kirandros y Búltar y tomar el control de la Habitación Blanca. Es sigilosa como un veneno, todo el mundo subestima la naturaleza de su odio y ese ha sido el principal error que cometimos, pero te aseguro que las cosas van a cambiar. Algunos confían que ahora que su padre, el rey Thyle, está enfermo en Ócsul, puede ser más débil, pero yo creo que eso la hace aún más peligrosa.

—No hay en toda Terradraga alguien que odie más a Tëesha que yo, pero tienes razón. La subestimamos. Todos lo hicimos y pagamos el precio.

—Es cierto. A mí me envió tan lejos como pudo. Me desterró a la frontera del desierto de los Hombres, y allí he estado durante cuatro ciclos de infierno, rodeado de los soldados de Ócsul que solo pensaban en arrancarme las escamas para hacerse un traje. Lo único bueno de ese lugar, a pesar incluso de esas cenizas tóxicas, es que uno acaba olvidando las razones absurdas que hay detrás de toda guerra.

—Vaya, veo que continúas siendo un drago sabio, igual de bruto pero sabio —dijo Súnnary sonriendo.

—Y yo que te has convertido en la capitana de tu propio ejército. He podido sentir el respeto que te profesan esas dragas.

—Bueno, eso no ha sido complicado, pero sobrevivir al desierto de los Hombres, Rónroth… No conozco a nadie que haya logrado salir de ahí.

—Hace falta algo más que unos rayos de sol, cenizas tóxicas y un mar de arena para acabar con este viejo drago, pequeña. Ahora debes centrarte

en recuperar fuerzas. Manteneros débiles es su forma de neutralizar vuestros depósitos de fósforo, eso y las drogas que ese maldito galeno se encarga de destilar para añadir en vuestra comida. Así logran apagar vuestro fuego. Por eso he conseguido introducir en la cocina de palacio un aliado estratégico.

—¿De qué clase de aliado hablas?

—De la clase necesaria para mantenerte con vida. Voy a sacarte de este lugar, Súnnary. Le juré a Búltar que cuidaría de ti y eso haré, cueste lo que cueste. No solo conseguí huir yo de aquel maldito desierto. Hay todo un ejército silencioso esperando el momento preciso para acabar con el reinado de Tëesha, pero hablar de esto aquí puede ser peligroso. Debes confiar en mí y hacer exactamente lo que te diga, cuando yo te lo diga, sin rechistar, ¿podrás hacerlo?

Súnnary asintió con los ojos muy abiertos, procurando procesar cada una de sus palabras.

—He tenido suerte de poder acceder a este puesto. Es cierto que no hay muchos candidatos que se presenten voluntarios, pero la maquinaria ya está en marcha. He sobornado a los proveedores y al cocinero de prisiones. Su hijo consiguió escapar con nosotros. Pero a partir de ahora deberás ganar peso, y recobrar energía. Yo me encargaré de eliminar las sales de amonio de vuestra comida y mejorar en lo que pueda las raciones. No bebáis más agua que la que os haga llegar. Cuando todo esté listo, te sacaré de aquí.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso, pero estoy muy preocupada por una compañera. Su nombre es Nebra y, si no fuera por ella, ya estaría muerta. Ha perdido la razón. Una y otra vez repite que su hija está en peligro. Ni siquiera sabemos si está viva. Lo más probable es que no, pero es la tercera vez que sale del Hoyo, y te juro que cada vez que lo hace pienso que será la última.

—He oído hablar de ese lugar, pero creí que formaba parte de la leyenda.

—Ese lugar es peor que la muerte misma. En sus paredes están incrustadas las garras de las que no lo consiguieron. He visto a muchas perder la cabeza y morir ahí dentro y Nebra está muy débil. No resistirá mucho tiempo aquí. Tienes que ayudarme.

—Eso intento, pero debemos ser cautos. Por ahora quiero que escondas algunas cosas. No sabía en qué estado te encontraría, así que pensé en traer medicinas. Guarda esto donde puedas —dijo tendiéndole unos pequeños frascos de cristal—, te ayudarán a bajar la fiebre. Pero no sé si podré sacaros a las dos, Súnnary. Es demasiado peligroso.

—Podrás, estoy segura, porque si no salgo con Nebra no saldré. Deberías haber conocido a esa draga cuando sus escamas eran tan rojas como el mismo fuego y lideraba el clan de los herreros con nobleza y rectitud. Sé que solo saldrá de aquí si encuentras a su hija. Ahora estará en el comienzo de la muda. El rojo debe haber comenzado a aflorar.

—Las calles de Ssixo están llenas de huérfanas que responden a esa descripción. ¿Sabes lo difícil que puede ser encontrar a una cría así?

—Si ha heredado una mínima gota del carácter de su madre reconocerás su valor y su temperamento. Recuérdalo bien, viejo drago, su nombre es Áral.

—¿Y cómo va a creer esa cría que la busco en nombre de su madre?

Súnnary pensó durante unos segundos.

—«Un drago, un fuego, unidos, un incendio», si escucha esa frase sabrá que no la engañas.

—Es una frase hermosa. Está bien. Trataré de encontrarla. Tú procura que la salud de su madre mejore, controla la fiebre y que recobre fuerzas. Si conseguís recuperar el vigor de vuestro fuego, tal vez tengamos una oportunidad.

Súnnary bebió un trago de kha para empujar el pedazo de pan atorado en la garganta. Su estómago se había reducido de tal forma que apenas podía tolerar el alimento. Rónroth la observaba procurando disimular su preocupación al comprobar cómo había menguado su cuerpo. La cárcel consumía la musculatura del más aguerrido, devoraba los músculos, las fibras del cuerpo hasta no dejar más que un armazón vacío: escamas y huesos. Ella podía leer su pensamiento, por eso apartaba su mirada y trataba de cubrir la mitad del rostro quemado con el cabello. Verla así de desvalida lo llenó de rabia, pero sabía que ese sentimiento no le ayudaría a conseguir sus objetivos. Debía pensar con eficacia.

—La rebelión está en marcha, Súnnary. Ten confianza. Las calles de Ssixo son un hervidero de rebeldes. El pueblo se hunde en la miseria mientras Tëesha y sus secuaces desvían el oro de nuestras arcas más allá de nuestras fronteras. La ciudad está llena de delincuentes y pobreza. Allí donde pises huele a miedo y desesperación. Pero, aun así, hemos logrado prender La Llama. Ese es el nombre de los que abanderamos la rebelión.

—La Llama —repitió Súnnary saboreando el significado de ese nombre —, me gusta cómo suena.

—Ahora tú también formas parte de ella, no lo olvides.

Súnnary miró al drago, con su enorme pecho encorvado hacia ella, procurando contener la emoción. Por fin algo volvía a encenderse en su interior. Si la rebelión estaba en marcha, tal vez tendría una oportunidad. Ya no le esperaba nadie ahí fuera, había perdido todo cuanto poseía, solo le quedaba el deseo de venganza. Ese sería su combustible a partir de ahora. No se enorgullecía de ello, pero si debía beber de ese rencor para vengar la muerte de Búltar y la de su hijo, así lo haría.

—Debes irte ya, pequeña. Será mejor no levantar sospechas. Amirg tiene ojos en todas partes.

Súnnary tragó el último bocado y se desabrochó el escote de su harapiento vestido para dejar al descubierto las escamas moradas de su pecho y cruzar el umbral de aquella puerta sintiendo, por primera vez, algo parecido a la esperanza.

Frente a la miseria de las calles de Ssixo, los jardines de palacio eran un auténtico vergel amurallado. Todo lo que no podía crecer entre la mugre y las aguas ponzoñosas de los herreros y las deficientes cloacas, crecía en aquel absurdo paraíso.

Tras la muerte del viejo rey, se impidió el acceso del pueblo al interior de la ciudadela. Se elevaron aún más sus muros. Los macizos de flores se repartían a lo largo de un paseo de cipreses podados para simular un laberinto. El jazmín y la madreselva tapiaban sus paredes desprendiendo la única fragancia capaz de borrar el hedor de la miseria y la podredumbre. Había flores exóticas traídas de toda la península, un jardín de plantas

carnívoras, creado para el joven príncipe, y, junto a una enorme fuente hexagonal, un parterre repleto de frutales capaces de parir los frutos más insólitos. Había melocotones azules, manzanas con sabor a cerezas, arándanos del tamaño de un puño y frutas de las que nadie conocía ni el nombre. En esa época, solo los naranjos doblaban sus ramas con el peso de sus frutos, y esa era la preferida de Áral: una pequeña draga de cabellos oscuros y brillantes como la obsidiana. A sus seis ciclos recién cumplidos, iniciaba la muda, con el despertar incipiente del rojo intenso de su segunda y definitiva piel: el emblema de los herreros y los dragos de fuego de Aka.

Hacía tiempo que había encontrado la forma de escalar la tapia y acceder a esa parte del jardín. La pared parecía infranqueable, pero era tan liviana y ágil que lograba apoyarse en minúsculos relieves, para ascender con una facilidad sorprendente. A veces, esa era la única comida que podía tomar en todo el día. Aquel lugar le hacía olvidar el temor y la carencia de la vida en las calles.

Había llenado una pequeña talega con las naranjas más grandes y hermosas que había encontrado, y recostada sobre la espalda de un limonero, disfrutaba de un momento perfecto exprimiendo el zumo de cada gajo. Lo había hecho tantas veces que había empezado a perder la noción del riesgo que corría.

A unos pocos metros de distancia, el príncipe Crimson caminaba absorto en sus pensamientos cuando, a lo lejos, le pareció ver el rostro de una joven draga. La negrura de su pelo y las incipientes escamas de un rojo encendido le llamaron la atención. En Ócsul, la tierra que lo vio nacer, eran muy poco frecuentes las dragas con esa clase de cabello, y las facciones de su rostro eran tan perfectas que no pudo evitar esconderse tras el tronco de un manzano para observarla.

La vida en palacio era tan aburrida y el control que su madre ejercía en él tan asfixiante, que a veces olvidaba que, más allá de sus muros, había dragas humildes de belleza exquisita que todavía encontraban la felicidad en el placer de las cosas sencillas.

Allí escondido, veía a esa joven comer naranjas como si le fuese la vida en ello. Sus mejillas sonrojadas y los labios húmedos por el zumo lo dejaron absorto en aquella ensoñación. Al observarla se preguntó si alguna

vez en su corta y desdichada vida, había emanado de su rostro una paz semejante.

Áral disfrutaba de ese manjar ajena al peligro; cuando escuchó un sonido sibilante a su espalda ya era demasiado tarde. El cuerpo de la kracárite la anudaba contra el tronco del limonero en una trampa perfecta. Las manchas negras y amarillas de su piel la ceñían con tal fuerza que apenas la dejaban respirar. Frente a ella, la mirada sin vida, fija en sus ojos de aquella criatura sin compasión. Áral gritó de terror, alertando así a la guardia real. Comenzaba a preferir una espada en el pecho que la asfixia provocada por esa enorme serpiente, cuando Crimson salió de su escondite.

A un chasquido de sus dedos Naya aflojó el nudo y desenredó su cuerpo. Áral sintió su aspereza helada y sigilosa. En cuanto pudo respirar, se puso en pie jadeando. La luz del mediodía se reflejaba en las doradas escamas del joven príncipe. A diferencia de otras ocasiones, no adornaba su rostro esa sonrisa estúpida y altiva. La presencia de Áral lo tenía cautivado de tal forma que no pudo pronunciar una sola palabra hasta que un guardia alzó del suelo a la joven draga.

—¡Dejadla! —ordenó.

—Pero, alteza, es una ladrona. No es la primera vez que…

—¡No la toquéis! Vamos. ¡Largo de aquí!

Los guardias se alejaron incómodos, haciendo sonar el metal de su armadura, mientras Áral echaba un vistazo alrededor en busca de aquella enorme serpiente.

—Tranquila —dijo Crimson agachándose para reunir las naranjas esparcidas por el suelo—. Estás a salvo, te lo prometo. De hecho, puedes venir cuando quieras y recolectar algunas frutas. Al final se pudren en los árboles.

—¿Dejáis que estas frutas se pudran cuando el pueblo se muere de hambre?

—Tienes razón. Tal vez deberíamos repartirlas. Puedes venir tú misma y llevarte las que quieras. Ordenaré a la guardia que te deje entrar si me dices tu nombre.

—¿Y qué importancia puede tener mi nombre si piensas en lo que sucede más allá de estos muros?

—Bueno, de lo que sucede más allá de estos muros se ocupa el Consejo, pero si me dices tu nombre sabría cómo dirigirme a ti.

—Y también podrías usarlo en mi contra.

—Vamos, acabo de librarte de esos guardias, si quisiera hacerte daño ya lo habría hecho —dijo tendiéndole la talega llena de naranjas.

Áral tendió su mano para agarrarla. Crimson aprovechó el momento para rozar el dorso de su mano. Ella alzó la vista contra él como una lanza, desafiante, y en cuestión de segundos, el aliento sibilante de la kracárite asomó tras ella.

—¡Atrás! —ordenó el príncipe.

La serpiente elevó el cuello henchido en posición de ataque, como si dudara de lo apropiado de aquella decisión y, tras un segundo, volvió a huir reptando sobre la hierba.

—¡¿Qué demonios es esa criatura?! Ha estado a punto de matarme dos veces.

—Bueno, digamos que es una especie de guardaespaldas. No te imaginas lo tentador que puede resultar la idea de matar a un príncipe extranjero.

—¿Y nunca te has parado a pensar por qué?

—Por supuesto. Soy arrogante, impulsivo, un poco estúpido en ocasiones. Soy consciente de ello, la verdad es que la mayor parte de los días no me soporto ni yo.

Áral no pudo reprimir el principio de una sonrisa. Aquel drago era elegante y distinguido y algo en su forma de moverse, o en el resplandor de sus escamas, o en ese azul de sus ojos rasgados la sedujo un instante. El príncipe aprovechó ese gesto para sacar un pañuelo bordado primorosamente.

—Permíteme —dijo acercándose más a ella—, tienes algo en el rostro, creo que es zumo…

Crimson rozó con la esquina del pañuelo la comisura de los labios de Áral mientras ella se quedaba petrificada ante aquel gesto inesperado. Nunca había compartido esa proximidad con un drago y, aun sin quererlo, le temblaron las piernas al aspirar el olor a cedro de su cuerpo.

Antes de que pudiera seguir aproximándose, logró dar un paso atrás para alejarse.

—Debo irme… —se excusó.

Y, echándose a la espalda la talega, dio un salto para trepar por el muro con una agilidad insólita.

—¡Espera, por favor! ¡No te vayas! ¡Dime al menos tu nombre!

La joven draga se detuvo en lo alto del muro para observarlo.

—¡Tendrás que averiguarlo! Al fin y al cabo, un nombre es solo un nombre.

5

El maestro ciego

Shándor amontonaba corteza de alcornoque cuando el canebro se detuvo en seco. Su cuerpo macizo dibujó una línea recta desde la ancha cabeza hasta el final de la cola indicando que algo había alterado la quietud del bosque.

A pesar de haber perdido la vista hacía mucho tiempo, el anciano percibió la tensión del animal como si pudiera verla.

—¿Qué sucede, Órkoth?

Un gruñido bronco surgió de su garganta exigiendo prudencia.

Shándor agarró su cayado del suelo y aspiró una bocanada de aire. Todos sus sentidos se habían agudizado con el tiempo, en un intento por compensar su ceguera, pero, de todos ellos, el olfato era el más aventajado.

—Flor de drago —susurró con la marchita voz de un anciano—. Hace demasiado tiempo que las montañas de Valka no recuperaban ese olor.

El canebro ladró en señal de advertencia y, respondiendo a su demanda, el anciano enderezó el cuerpo enjuto, envuelto en un sayo rústico más propio de un fraile que de un maestro artesano.

—Veamos pues qué sucede, Órkoth.

El canebro irguió la portentosa cabeza rastreando el aire y emprendieron la marcha. El sonido de las pisadas del imponente animal permitía al viejo artesano reconstruir el terreno sin problema. La estación de las lluvias había cubierto el suelo de charcos y barro fresco que el anciano esquivaba con pericia. Percibió un sonido en la lejanía que le hizo llevarse la mano al oído.

—¡Por los huesos de Argia! Si no fuera porque esas aves son casi una leyenda, diría que eso ha sido el graznido de un dracknodón. Órkoth, algo extraño sucede. Estas viejas escamas habrán perdido su brillo, pero no me engañan.

Su cuerpo menudo, como el de un cachorro antes de la muda, contrastaba con la envergadura del animal: un guía oscuro como la noche, con los ojos anaranjados y la cabeza ancha, sobre el recio cuello.

La travesía los llevó al borde del acantilado, donde aún perduraba la fragancia de esa flor misteriosa. Ese era el camino. Prosiguieron en silencio hasta que Shándor se detuvo al percibir el olor de la lucha: la humedad del sudor fosforescente, el azufre del fuego contra un cuerpo y el hedor de la herida.

—¡Apuremos el paso, Órkoth! Alguien lucha en el bosque, y me temo que todo esto no presagia nada bueno.

El canebro se acercó. Los huesudos dedos del maestro se aferraron al collar y aceleraron el paso. Se acercaba el ocaso del mayor de los dos soles y los ojos del canebro se encendieron como antorchas.

Lo primero que escuchó fueron sus burlas. Conocía esa clase de dragos que necesitan del dolor ajeno para sentirse poderosos. Por el timbre de sus voces supo que eran tres jóvenes cachorros. Dos de ellos se burlaban de un tercero. Tuvo que esforzarse para distinguir el tono de esos dos agresores, porque sus voces eran tan similares que parecían una.

—¡Quédate aquí, Órkoth! Tal vez pueda arreglar esto sin tu ayuda.

El canebro lamentó sus órdenes, pero las acató. El anciano se acercó con el sigilo de las larvas. Los puños de los dos dragos rebotaban con crueldad sobre su víctima. La indignación le encendió la sangre haciendo vibrar sus pobres escamas justo antes de increpar a los jóvenes.

—¡Basta! ¡Deteneos! Lo vais a matar —exclamó con el cayado en alto.

Los gemelos apenas perdieron tiempo en mirarlo. Río recibía en el suelo un golpe tras otro.

—¡He dicho que os detengáis, si no queréis lamentarlo!

La amenaza surtió su efecto porque uno de ellos se detuvo para mirar al anciano.

—¡Lárgate de aquí, viejo! Esto no tiene que ver contigo —exclamó Shórox guardando un extraño colgante en su bolsa.

—Sois dos contra uno y juraría que ese joven está al borde del desmayo. ¿No creéis que ya ha sido suficiente?

—¡Nosotros diremos cuándo ha sido suficiente! —gruñó Drexxter—. Estas son las montañas de Valka, no hay sitio para la escoria azul en la tumba de nuestros ancestros.

—¡Vosotros sois la vergüenza de vuestros ancestros, insensatos! Las montañas, como los ciegos, no entienden de colores, cosa que los necios como vosotros no podéis comprender.

—¿¡A quién osas llamar necio, viejo!? ¿¡O es que además de ciego eres idiota!? —Shórox lanzó una patada definitiva contra Río.

En el preciso instante en el que se desmayaba por el golpe, el canebro salió de la oscuridad gruñendo. El pelaje erizado amplificaba su tamaño hasta duplicarlo. El fuego de sus ojos se clavó en los jóvenes que, al verlo mostrar sus fauces, no dudaron en agarrar un rústico cestillo del suelo y salir corriendo.

—Qué extraño —pensó el anciano en voz alta—, ¿para qué querrán esos dos saurios tres marchitas flores de drago?

Shándor había ensamblado las cortezas de un alcornoque, atándolas con el cordón de su sayo para dar forma a una improvisada camilla que el canebro arrastraba con cuidado en el camino de vuelta a la casa del artesano. El anciano había cubierto de barro el brazo derecho de Río, chamuscado por el fuego. Al llegar, lo tumbó en la cama para curar sus heridas; especialmente esa quemadura que ya desprendía el olor agrio y pestilente de una infección en curso.

El primero de los días permaneció inconsciente. Recibiendo los cuidados del ciego que velaba su sueño con temor. Muchos murmuraban que era un maestro artesano, pero, lo que muy pocos sabían, era que había sido uno de los más célebres arquitectos del reino. Suyo era el trazado de muchas calles, puentes sobre el caudaloso río Ssix, torres de vigía y palacios que se elevaban hacia el cielo en un equilibrio imposible, y muchos menos eran los que conocían la causa cierta de su ceguera.

Hacía demasiado tiempo que se había recluido en aquel lugar perdido en el bosque en donde se entretenía inventando extraños artilugios que a veces vendía para comprar lo poco que necesitaba para sobrevivir.

No recordaba ya lo que era tener el peso de una vida entre las manos. Había renunciado a esa responsabilidad y ahora, ese joven drago colocaba otra vez esa losa sobre su espalda. Fue entonces cuando recordó el nombre de su vieja amiga, una de las pocas criaturas interesantes de todo Valka. Ella era, además, una asombrosa curandera, de esas a las que acude gente de todo el reino en busca de un remedio sanador o de un poco de esperanza.

Shándor escribió una nota y la enrolló en el interior de un pergamino. Salió en busca de Órkoth y, tras guardarla en su collar, le dio órdenes precisas.

—¡Ve en busca de Ivy! La curandera, y no regreses hasta traerla contigo. ¡Aprisa!

Shándor se quedó en la puerta, escuchando el paso plomizo de las pisadas del canebro, corriendo hacia su destino. En el interior de la casa, Río abrió los ojos por primera vez. Se sentía magullado y débil. Una neblina febril lo cubría todo. Trató de enfocar su mirada hasta distinguir una colección de objetos extraños. El anciano había situado su camastro junto al hogar, y el fuego encendido le permitía verlo con mayor claridad. Le llamó la atención una serie de instrumentos colgados de la pared. Quiso incorporarse para verlos mejor, pero le fallaron las fuerzas.

—Vaya, por fin despiertas —dijo Shándor acercándose.

Río se fijó en aquel extraño anciano. Parecía tener mil años y, sin embargo, desprendía la energía de la juventud. Su cuerpo aparecía moteado de escamas negras y anaranjadas, sin duda por el mestizaje de su casta, pero, lo que más le sorprendió, fue la eficacia con la que se movía en esa casa diminuta, atestada de metales extraños, botes de pinturas, maderas apiladas, artilugios llenos de palancas y resortes.

—Gracias —susurró—. Por librarme de esos salvajes.

—Ya veo que te encuentras mejor. —Shándor se acercó para refrescar el paño húmedo de su frente—. No te preocupes por eso ahora, cachorro. Reserva tus fuerzas y procura comer algo.

En el hogar, una olla de cobre se calentaba al fuego. Río se quedó sin aliento al ver cómo el anciano se acercaba a la lumbre para servirle un cuenco de caldo sin chamuscarse. Se sentó a su lado y con una cuchara comenzó a darle alimento.

—Por cierto, mi nombre es Shándor, y si no fuera porque soy ciego, juraría que todo esto te sorprende, ¿me equivoco?

—La verdad es que sí, señor. Nunca había visto tantos objetos extraños.

—Esos «objetos extraños» son mis inventos. Aquí tengo todo lo necesario para crear: reglas, niveladores, sierras tan finas como una lima, incluso rocas volcánicas y magnetita.

—Es todo increíble, señor.

—No me llames señor, cachorro. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Río, señor, quiero decir, Shándor. Hoy era mi primer día en el Círculo de formación.

—Me temo, Río, que han pasado ya un par de días desde entonces. Recibiste una buena paliza, por eso debes guardar reposo. Esta misma mañana pensé que no lo contarías. Órkoth ha salido en busca de ayuda. La quemadura de tu brazo y esa fiebre me preocupan.

—Dele las gracias a Órkoth de mi parte. Estoy seguro de que los dos me han salvado la vida.

—Bueno… tal vez más tarde puedas dárselas tú mismo. Es un gran, gran, amigo, creo que podría decirse así. Pero ahora come un poco más.

—Y ¿qué es eso que tiene colgado sobre la pared? Parece un instrumento de cuerda o algo parecido.

—Vaya, veo que tienes buen gusto, cachorro. Eso es un laúd. Un instrumento mágico. ¿Has escuchado su sonido alguna vez?

—Nunca, señor, quiero decir, Shándor y me encantaría.

—Tal vez, si te comes el caldo y duermes un poco, pueda tocar algo para ti.

—Nada me gustaría más. Aunque, ya no tengo hambre.

Shándor le tocó la frente. No recordaba la última vez que había tenido contacto con un cuerpo. La suavidad de esas escamas sobre la aspereza curtida de su mano le trajeron recuerdos de otro tiempo. Las posó con cuidado sobre el rostro de Río para reconstruir su imagen: la frente alta, la protuberancia de sus cuernos aún sin despuntar y el vestigio de algo noble en sus facciones que no supo definir.

La fiebre había descendido y eso le produjo calma. Aprovechó para cambiar entonces la cataplasma del brazo y el dolor despertó de nuevo

mientras la noche oscurecía los cristales de la casa.

—¿Te duele?

—No, no demasiado.

—Sanará, no temas. Eres muy joven y aún no has mudado.

—No, no es eso lo que me preocupa… Pensaba en lo que dijeron esos dragos. Hablaban de mí y de mi padre como si me conocieran, y lo que decían no me gustó. No quiero volver allí.

—El mundo está lleno de dragos que dirán cosas que te importunen, joven Río. Tendrás que elegir por ti mismo a cuáles darás crédito. Si mi oído no me engaña, esos dos jóvenes eran gemelos, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pues solo conozco a unos gemelos que destilen ese odio por los azules. Tus quemaduras y esos golpes se curarán con el tiempo, pero esos muchachos han heredado el odio de su padre, y me temo que eso es mucho más difícil de sanar.

—Entonces, ¿conoce a su padre?

—Lo conozco, sí. Un herrero virtuoso. Perdió a sus dos hermanos en Ócsul. Cuentan que los vio morir bajo el fuego de un batallón de azules. La historia está llena de esa clase de desgracias.

—¿Le gusta la historia, señor?

—Creo que es inútil insistir en que no me llames así. Me apasiona la historia. La arquitectura y los libros eran mi mundo antes de quedarme ciego. Esa es una de las cosas que más añoro.

—Pues se me ocurre una idea, señor, Shándor, quiero decir. Tal vez si usted hace sonar ese hermoso instrumento para mí, yo puedo leer para usted algún pasaje de esos libros que tanto añora.

—¡Caramba, cachorro! Eres rápido, y listo. Tu propuesta es de las cosas más sensatas que he escuchado en mucho tiempo.

El maestro se levantó para descolgar de la pared un hermoso laúd de cedro rojo. Sobre las clavijas del mástil se enrollaban doce cuerdas: seis de tripa y seis de entorchado de metal. Río observaba al anciano como si fuera un mago o una aparición. Shándor acercó un cajón de madera al catre y se sentó en él para abrazar contra el pecho el virtuoso instrumento. Río contenía el aire, no parpadeaba siquiera. Habría detenido los latidos de su

corazón, a ser posible obrar algo parecido, pero, antes de que pudiera rasgar la primera nota, la puerta se abrió de golpe dejando entrar una ráfaga preñada de hojas. El cuerpo imponente del canebro entró en la casa con las patas embarradas y la lengua colgando del portentoso hocico. Junto a él, la figura esbelta de Ivy cubierta con un manto.

—¡Por todos los dragos de Valka! ¿Qué demonios le ha pasado a mi sobrino, viejo ermitaño?

La curandera se abalanzó sobre el lecho, posó en el suelo una bolsa de tela y, sin esperar respuesta alguna, valoró el daño en el cuerpo de Río.

—¿Tu sobrino, curandera? ¡Que me descame aquí mismo si se me llega a ocurrir algo parecido!

Río se dejaba examinar mientras observaba asombrado el pecho descomunal de Órkoth que, sentado en el medio de la estancia, se dedicaba a lamerse el barro del pelaje.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Ivy, examinando la quemadura purulenta del brazo.

—¿Quién podría haberlo hecho? Piensa, vieja amiga. Era su primer día en el Círculo, ¿quién podría odiar al hijo de un azul hasta ese punto?

—¿Es eso cierto, Shándor? ¿Tanto odio puede albergar un corazón?

—Eso ya no importa. Ahora debes centrarte en curar la herida. No me gusta el olor que desprende, ni esa fiebre.

—Has hecho bien en hacerme llamar, llevamos dos días buscándole. El fuego de los rojos atraviesa el hierro como atraviesa un cuchillo la fruta madura.

Ivy se giró hacia el maestro artesano y posó la mano en su hombro.

—Nunca olvidaré lo que has hecho, ni lo hará tampoco su padre. Los dos estamos en deuda.

—Ivy —susurró Río—, no quiero volver. Superé la prueba, ¿sabes? Pero no quiero volver al Círculo. No quiero.

—No hables más, pequeño. Recupera fuerzas. Ya hablaremos de todo eso mañana.

6

El mercado

El mercado de Ssixo estaba abarrotado. Era el trigésimo día del primer ciclo, el día de Shossot. Cada año se celebraba una gran fiesta en homenaje a ese dragorrey que exterminó a los humanos de la península de Terradraga. Los venció en el campo de batalla y después los persiguió hasta borrarlos para siempre del mapa; por lo menos a ese lado del desierto de cenizas. Se colgaban de cuerdas sacos de tela y arpillera imitando a figuras humanas; los cachorros las golpeaban con varas hasta destrozarlas y encontrar los dulces que se escondían en su interior. Se hacían concursos de fuegos y lucha, se recordaba con canciones las horribles historias de esos humanos y su magia, y representaban en teatros populares las leyendas de los antiguos dragorreyes que lo empezaron todo y las profecías de un posible retorno de esos dragones que volaron hacia el océano infinito y a los que ya nadie había vuelto a ver. Y, sobre todo, la fiesta de Shossot era el gran día de la feria y el mercado de Ssixo.

Campesinos y comerciantes llenaban de puestos los soportales de la plaza Real. El olor de las especias se mezclaba con el del pan recién horneado, la carne fresca o la fruta madura, que convertían aquel retablo en un festín para los sentidos. La plaza retumbaba como una caótica orquesta tocando una melodía de multitudes. Había tanta gente que apenas se veían los adoquines grises que revestían el suelo. Dragos y dragas elevaban su voz, regateaban por todo tipo de frutas, cereales, víveres, resinas, pócimas curativas…

Habían pasado cuatro ciclos desde el fin de la guerra y, sin embargo, la ansiada paz no había traído una ciudad más próspera y justa. El reinado de Amirg y Tëesha acrecentaba las desigualdades y llenaba las calles de mendigos y huérfanos. Algunos aprovecharon la oportunidad que siempre

brinda la carencia para reclutar a esos críos y formar pequeñas cuadrillas de rateros en busca de incautos paseando con la bolsa llena de monedas. Los soportales de los herreros era una de las zonas en las que más dinero se movía, de ahí que fuese también la preferida por la cuadrilla de Áral. Su agilidad y astucia la habían convertido en la cabecilla de la banda del Medallón.

—Escuchad, hermanos. ¿Habéis visto a ese drago gordo que os he señalado, el de la saya de seda verde?

—Ese se ha comido mi almuerzo y el de todos vosotros —bromeó uno de los jóvenes dragos.

—Por eso lo he elegido. Esperaremos a que termine de comprar, y luego…

—¿Estás segura? ¿No le pesará entonces menos la bolsa? —interrumpió otro.

—¡Pero tendrá las manos ocupadas, idiota! —contestó Áral, y fulminó con la mirada al que la había interrumpido—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Cada uno a sus puestos.

Los siete jóvenes asintieron como si formasen parte de un ejército de pequeños dragos comandados por la joven Áral. Todos eran mayores que ella, habían mudado ya sus primeras escamas, mientras que ella, a sus seis ciclos recién cumplidos, tenía ese aspecto tosco del inicio de la muda a un rojo vibrante, propio de su linaje materno.

En su memoria todavía atesoraba un vago recuerdo de ella: el color de sus escamas encendidas, el olor a azufre y metal de la herrería, el sonido de su martillo golpeando el hierro al rojo vivo y la sonrisa sanadora de su rostro.

Zzólux, el drago que la rescató de la calle, le había contado que falleció en las mazmorras de palacio tras ser arrestada por protestar ante los soldados del rey. Ese fue el mayor de sus delitos: usar las palabras como un arma, tan poderosa como para iniciar rebeliones, y llevar esperanza allí donde solo crece el temor. Muchos críos recordaban de sus madres un baile, una canción, ella conservaba una frase: «Un drago, un fuego, unidos, un incendio». Entonces no comprendía su significado, hasta que lo perdió todo, y se convirtió en una huérfana más vagando entre los soportales de Ssixo.

Todas las noches se dormía intentando no olvidar sus facciones, deseando al despertar que todo fuese una absurda pesadilla.

Áral comenzó a seguir al drago de la saya verde. Salió cargado con una caja grande llena de candelabros finamente ornamentados. Por cada una de sus zancadas ella tenía que dar dos. La doblaba en tamaño, pero esa diferencia de altura haría más fácil el trabajo. Observó el comportamiento de la tela para elegir el bolsillo adecuado, tal como Zzólux le había enseñado. Un tajo sutil con su garra y la bolsa caería en sus manos. Aceleró el paso para ponerse a su altura.

Dos de los miembros más enclenques de su banda comenzaron a fingir una pelea de forma bastante convincente. Uno de ellos se dejó caer hasta chocar con el drago que, aturdido por el impacto, perdió el equilibrio para besar el suelo con sus enormes posaderas. Los delicados candelabros quedaron hechos añicos sobre la calzada con un gran estruendo.

Áral se apresuró a juntar los pedazos y ofrecer su colaboración junto a la de otros dos transeúntes que tiraban en vano del brazo del orondo drago, tratando de ponerlo de nuevo en pie. Aprovechó la confusión de la maniobra para cortar el fondo del bolsillo con su garra derecha y agarrar la bolsa con la izquierda. El movimiento fue perfecto, o casi. El escándalo provocado por el impacto puso docenas de ojos sobre su número de prestidigitación que, al parecer, no había sido tan preciso como esperaba.

—¡Al ladrón! ¡Esa cachorra está robando! —gritó un drago enjuto señalándola.

Áral apresó con fuerza la bolsa de monedas y echó a correr maldiciendo su estupidez. Debía cruzar la plaza sin ser apresada para perderse por las callejuelas del sur. Por suerte, conocía aquel lugar como la palma de su mano y era ligera y rápida como un vencejo en vuelo. Trataba de esquivar a un grupo de dragos cuando alguien la agarró de la casulla, pero, como habían tramado tantas veces, uno de sus compinches golpeó al que la había detenido y quedó libre de nuevo.

Ya casi podía ver la calle que le permitiría escapar de la plaza. Dos soldados de la guardia real se acercaban apartando gente a manotazos cuando sus compinches interpusieron una carretilla llena de sacos de harina en el camino. Áral aceleró la carrera notando el latir de la sangre por todo el

cuerpo. Logró saltar en el instante en el que los guardias se topaban con la improvisada barricada. Mientras se perdía en el laberinto de calles que conducía al corazón del barrio Bajo, los pálidos soldados asumían la humillación de haber sido burlados, una vez más, por una huérfana de Ssixo.

Detrás de la taberna del Loco, Áral recuperaba el resuello. Escuchó pasos acercarse y el tañido metálico de algo pesado arañando el suelo. Había acordado reunirse allí con sus hermanos, pero ese sonido le resultaba tan odioso como familiar. Sus pupilas se ensancharon hasta percibir el desafortunado rostro de Thánnom, el líder de la banda de Los Herederos. En la mano portaba un garrote de madera recubierto de dientes de drago. Las malas lenguas contaban que era un recuerdo de los enemigos vencidos en el campo de batalla. Él ni desmentía ni confirmaba ese extremo. Lo que sí dejaba claro era el lema de su banda, una exaltación absurda sobre la pureza de esa raza de dragos de escamas oscuras como la tierra: los hijos de los muertos del ejército del rey Kirandros. El resto no era más que sangre impura, escoria de colores usurpando el territorio de los bien nacidos en la capital del reino.

Thánnom patrullaba las calles acompañado de una decena de sus leales cachorros cuando se encontró con Áral. La huida la había dejado exhausta. El sudor de la carrera cubría sus escamas de partículas de fósforo, que le daban un brillo especial.

—Vaya, vaya —rugió Thánnom—, parece que por fin se confirma lo que ya sabíamos de esta mestiza. El rojo de los bastardos de Aka se abre paso entre tus escamas.

Sus secuaces respondieron con una sonora carcajada. Áral los observó desafiante. Se detuvo en la profunda cicatriz que atravesaba el rostro de Thánnom, desde la frente a la pronunciada barbilla, como una huella imborrable de su paso por el ejército.

La manada la rodeó entre risas. Áral activó su garganta y trató de encontrar un lugar por dónde huir. La intensidad de su fuego era una de las ventajas con las que contaba como draga roja, pero eran demasiados. En un

intento por protegerse dejó al descubierto el medallón que la identificaba como líder de su banda.

—Sin esa escoria que te acompaña ya no pareces tan valiente, ¿no es cierto? No veo al gordo de Zzólux, ni su cara chamuscada por aquí. —Thánnom miró a ambos lados—. No entiendo cómo una mestiza que ni siquiera ha mudado puede ser la líder de nada. Mostrar ese estúpido medallón no va a protegerte. Ya va siendo hora de que regreses con los tuyos al lugar de donde nunca debiste salir.

—¿Y por qué no te vas tú al infierno? Estoy segura de que te están echando de menos.

—Allí acabaremos todos, escoria roja, pero antes vas a darme esa bolsa que escondes en la zarpa. Es el precio que tienes que pagar por manchar las calles de Ssixo con tu color.

—Pensé que el valeroso Thánnom, el garrote de los pobres, no perdería el tiempo en asaltar a una huérfana. Al fin y al cabo ¿qué son cincuenta o sesenta dracks para el defensor de los puros de sangre? ¿Qué van a pensar tus fieles? Tu reputación vale mucho más que el contenido de esta bolsa.

Thánnom acercó a ella su rostro surcado de arrugas y estalló en una cavernosa carcajada.

—Tengo que reconocer que para ser estiércol rojo eres lista; valiente, incluso. Nadie trata de sobornarme y vive para contarlo, por eso mantendrás el hocico cerrado.

—¡Entonces tendrás que cerrar también el mío, Sacamuelas! —exclamó Zzólux, que entraba en el callejón seguido de los miembros de la banda del Medallón.

Junto al robusto cuerpo de Zzólux, una bestia con dos pesadas hachas en cada mano y la nariz incrustada en la cara como un accidente. A su izquierda, un drago larguirucho, más joven, con una espada oxidada y una navaja. Thánnom los observó sin perder la sonrisa.

—¡Qué alegría! Hacía tiempo que no veía a toda la familia reunida.

—Thánnom, no tenemos ninguna deuda contigo. De hecho, compartimos enemigos. A la guardia de esa reina usurpadora le encantaría vernos muertos. ¿No te parece absurdo pelearnos en nuestras propias calles?

—No te falta razón, viejo. Pero, verás, después de aguantar las tonterías de esta mestiza irritante, me apetece darle una lección. Que nos dé la bolsa y podréis marcharos.

Zzólux sabía que no era un mal trato. Pero conocía bien a Thánnom, mostrarse débil ante él sentaba un precedente peligroso que podría llevar a que su poderoso ejército de Herederos tomase aquel desliz como costumbre.

—Mis medallones han sudado fósforo para conseguir esa bolsa, Sacamuelas. ¿Qué clase de educación les estaría dando si ahora te entregan el botín?

—Lo cierto es que la educación de esos impuros me importa muy poco. Dejemos pues que el fuego decida. Quiero ver en acción a esa mestiza roja. ¿Y vosotros qué opináis, mis queridísimos hijos?

Los secuaces de Thánnom levantaron los brazos como salvajes. Gritaban hurras desde sus bocas desdentadas y amarillentas.

—¡Fuego y puño, fuego y puño! —coreaban.

—Mis cachorros se aburren, ya los oyes. ¿Qué le voy a hacer si soy un padre abnegado? Creo que es lo justo; pero antes quiero elegir a un rival a su altura. ¿No nos merecemos acaso un poco de diversión, viejo amigo?

Los dos clanes formaron un círculo. Thánnom eligió a uno de sus huérfanos; un drago de aspecto anodino, con las escamas doradas, pero sin ninguna nobleza en su linaje. A Zzólux le desconcertó su elección y se acercó a la joven para darle instrucciones precisas.

—Escúchame con atención, Áral, tienes que perder el combate. El ejército de Thánnom es numeroso, tiene discípulos en todo Ssixo y no está acostumbrado a que lo derroten. Si eso sucede, se tomará la revancha, y me temo que será mucho peor. No quiero comenzar una guerra que no puedo ganar, así que ya sabes lo que hay que hacer. Te prometo que te compensaré. ¿Me has entendido?

—¿Cómo? ¿Perder? ¡Pues claro que no te he entendido! ¡No entiendo ni una sola palabra, Zzólux! No voy a darle el gusto a esa sanguijuela de chamuscarme con su fuego.

—¡Cállate! ¿Acaso has olvidado quién da aquí las órdenes? Si ganas perderemos mucho más. No pongas a prueba la vanidad de esa bestia. ¿O

quieres que tu cuerpo aparezca flotando en el río? Vas a dejarle ganar y vas a ser muy convincente, ¿de acuerdo?

Áral aceptó las órdenes con enfado. Un drago enclenque trazó dos líneas con tiza en cada extremo del círculo que habían formado los huérfanos. Thánnom se colocó en el centro, levantó el garrote y lo dejó caer con un bramido para dar comienzo al duelo.

Los rivales, a siete pies de distancia, lanzaron una primera llamarada para medir la dimensión de su adversario. Áral debía esforzarse para no carbonizarlo. Controlaba su fuego con tal pericia que parecía una prolongación de su propio cuerpo. Zzólux la observaba con recelo, con los brazos cruzados en el pecho para aplacar su nerviosismo. Los depósitos de fósforo de los dragos comunes se agotaban al cabo de diez minutos, algo menos si los usaban sin conciencia, tal y como hacía su adversario. Cuando vio que se apagaba la llama de su rival, Áral fingió encontrarse en la misma situación, dispuesta a dar así por terminada aquella farsa.

El Heredero respiró aliviado, jadeando por el esfuerzo. Tomó aliento de nuevo, levantó las manos al cielo y tras un silbido acerado, sus dedos dejaron al descubierto cinco garras como cinco dagas, tan afiladas como la mejor de las espadas.

Zzólux entendió entonces por qué había elegido a ese drago en lugar de algún otro de sus pupilos con aspecto más rudo. Intentó evitar la pelea, pero Thánnom colocó el garrote dentado en su pecho, para cerrarle el paso.

—Ya va siendo hora de dejarnos de jueguecitos, ¿no te parece? Estoy seguro de que esa mestiza sabrá defenderse, son solo unas garras.

—¡Maldito seas, Thánnom! Va a matarla. Detén la pelea ahora mismo.

—Mi querido amigo, deberías confiar un poco más en tus discípulos. Haz el favor de no estropearlo todo con tu cháchara inútil, y disfrutemos juntos del espectáculo.

Los Herederos de Ssixo golpeaban enardecidos el suelo, agitaban sus escamas generando el zumbido de mil moscas. El drago avanzó con sus diez garras apuntando a la joven draga con la absoluta certeza de su victoria. Áral, inmóvil, esperó el momento preciso. El enemigo le lanzó dos, tres, cuatro, cinco cuchilladas. La joven se movía con la agilidad y rapidez extrema de una auténtica draga roja de las montañas de Aka. Las

fuerzas de su adversario mermaban, presas del agotamiento. Lo inesperado de aquel combate acalló todas las voces. Un profundo silencio se expandió alrededor del círculo, en cuyo interior, partículas iridiscentes de fósforo moteaban el suelo.

Pasaron varios minutos en los que se repetía la misma secuencia, el drago lanzaba cuchilladas moviéndose de un lado para otro, sin descanso, y Áral las esquivaba cada vez con más facilidad, solo defendiéndose, sin aparente interés por atacar. El jadeo de su rival indicaba el momento justo para tomarse la revancha. Aspiró el azufre del humo suspendido en el aire y se arrojó contra él. Una bocanada como un puño de fuego le golpeó el pecho con toda la rabia contenida. El drago cayó al suelo con las escamas ardiendo. Sus siete hermanos comenzaron a corear el nombre de Áral, y a saltar en señal de victoria. Zzólux la miró con el ceño fruncido. El líder del Medallón se acercó a ella con las pupilas dilatadas por la ira, mientras la banda rival se afanaba en apagar al chamuscado drago.

—¿Qué querías que hiciera? —se excusó Áral encogiéndose de hombros—. Ese drago estaba dispuesto a rebanarme el cuello con sus garras. ¿Habías visto alguna vez algo así?

—Es una mutación poco habitual, pero no te creas que eso te librará de tener una charla tú y yo más tarde. Ahora lo mejor será aprovechar la confusión para largarnos de aquí antes de que Thánnom les ponga precio a nuestras cabezas. Lo que ha pasado hoy tendrá consecuencias, Áral, y no será para bien.

7

Guerrero azul

Con el ánimo de un ejército derrotado, Ivy y Río regresaron a casa. Kratelos se abalanzó sobre la puerta para abrazar, por fin, a su cachorro.

—Cuidado, padre —se quejó Río, agarrándose el brazo.

—¿Te duele? ¿Qué te ha pasado?

Se separó de él para examinarlo. Vio las magulladuras de la cara y el brazo vendado por el que asomaban sus tiernas escamas abrasadas.

—¿Quién te ha hecho esto, hijo? ¿Quién ha sido?

—No ha sido nadie, padre. Me caí por el barranco para conseguir esa flor tan delicada, la flor de drago, pero ya estoy bien.

—¡No pensarás que voy a creerme esa patraña, Río! Esa de tu brazo es la huella del fuego de un rojo, así que no me mientas. Voy a rebanar la cabeza de los desalmados que te han hecho eso. No les he dado la oportunidad de conocer la furia de un azul, pero esta vez les daré razones para su odio.

—Tu padre tiene razón, Río —apuntó Ivy—, mentir nunca arregla nada. Pero lo que quiere decir el cachorro, Kratelos, es que lo dejemos pasar, que lo olvidemos. Quizá es lo más sensato.

—¡Calla! Tú no tienes voz en este asunto. Te avisé de que esto pasaría.

—Pero, Kratelos…

—¡He dicho que no me hables! ¡Y márchate! Hoy no eres bien recibida en esta casa.

—No es culpa de la tía Ivy, padre.

—Ella fue la que me convenció para dejarte ir con esos salvajes de Valka.

—¡De acuerdo! Peleaos también vosotros. ¡Eso hará que me sienta mucho mejor!

Río apartó a su padre y se refugió en su habitación con los ojos llenos de lágrimas. Al mirar la caja vacía en la que solía guardar su colgante se sumió en una profunda tristeza. Ese era el único vínculo con su origen desconocido y ya ni eso le quedaba, y, por si fuera poco, sentía que su padre estaba muy decepcionado con él. Pasados unos minutos, Kratelos llamó a su puerta. Río le pidió que se marchara, pero su padre no le hizo caso. Se sentó en el jergón y permaneció callado; dejando que el silencio colocara las cosas en su sitio.

—¿Por qué nos odian, padre? —preguntó Río sin mirarlo.

—No te odian a ti, hijo. Me odian a mí.

Río se incorporó para apoyar la espalda contra la pared.

—Nunca me has contado tu historia, padre. Solo sé que eres un azul, que abandonaste el ejército en una guerra de la que ni siquiera me has hablado. Ya que nada sé de mi origen, por lo menos cuéntame el tuyo.

Kratelos suspiró, siempre había evitado las preguntas de Río. Hasta ese día había sido capaz de esquivar esa conversación con vaguedades. Pero frente a él había ya un adolescente, marcado por unas heridas que merecían respuestas.

—Bien, hijo. Creo que ha llegado el momento de que conozcas mi historia. Mi verdadera historia.

Kratelos habló con orgullo de su pueblo, en las montañas Azules, al noroeste de la península. Le explicó cómo durante cientos de ciclos permanecieron libres de los designios de los dragorreyes de Terradraga. Protegidos por sus escarpadas cordilleras, su pequeña tribu era infranqueable. Ócsul siempre trató de someterla; ansiaba la riqueza del comercio de su kashwa, controlar sus pasos, la caza y los minerales que se escondían en sus entrañas. Pero a pesar de ser un pequeño pueblo de agricultores, también eran valerosos guerreros.

Le explicó cómo su educación no pasaba por el Círculo de formación ni por La Senda del Drago. Desde pequeños los preparaban para La Forja, un entrenamiento que no muchos soportaban: de los cuatro a los ocho ciclos los separaban de sus padres y de su clan, los dejaban a cargo de los vetustos jantos de la tribu. Estos los abandonaban en el campamento sin nada con lo que protegerse del frío, sin comida ni armas. Debían endurecerse pasando

terribles pruebas y anudando los lazos de afecto que serían el núcleo que haría fuerte a la comunidad. Todos los días debían subir piedras a la cima de la montaña y dejarlas en El Cúmulo. Esas rocas, acarreadas con esfuerzo por los jóvenes dragos, iban elevando la cota día a día. Según los preceptos de los azules, cuanto mayor fuese su altura, mayor sería la fuerza de su clan. Los obligaban a cazar para alimentarse, a cruzar a nado el río, o a entrenarse con el kali: el bastón de combate de los azules. Practicaban sin descanso la destreza que los había convertido en guerreros ejemplares. Ahí radicaba el secreto de su libertad. Solo así, protegidos por estos guerreros, habían logrado salvaguardar la pureza de sus ritos, de sus frondosos bosques y la paz de sus días. Ese era el verdadero sentido de La Forja y para lograrlo, los azules hacían bailar su kali hasta que les sangraban las manos. No había ni un día de descanso, ni en el frío invierno, ni en las asfixiantes jornadas durante el eclipse de los dos soles.

—¿Y durante cuatro ciclos, tú pasaste esas pruebas? —preguntó Río fascinado. La historia había hecho que por un instante olvidara su pesar.

—Sí, hijo, las pasé junto a mi hermano. Y ahí es donde se formó mi carácter. Aunque no querría esa forja para ti.

—Nunca me has hablado de tu hermano.

—No es fácil para mí, deja que te cuente la historia con calma.

Kratelos le detalló ese infierno de cuatro ciclos. Pero también cómo al cruzarlo llegaron sus años más felices, trabajando con su familia, con su clan, en esa inmensa plantación de kha que daba los frutos del brebaje más codiciado de Terradraga. Su cara se iluminó al recordar el final de las duras jornadas; ya con la penumbra incipiente, su clan se reunía frente al fuego. Allí se cocinaba, se contaban leyendas y, sobre todo, se cantaban viejas canciones. Kratelos tocaba el laúd y su hermano cantaba con la voz más hermosa que jamás había retumbado en esas montañas.

—Vi uno de esos instrumentos en la casa del maestro ciego. Nunca me dijiste que sabías tocar y la verdad es que me encantaría escucharte y escuchar su sonido.

—Juré no volver a hacerlo tras la muerte de mi hermano. En esa época la felicidad solo se veía interrumpida por las refriegas contra los soldados ocsunitas. Pequeñas escaramuzas por las lindes de esas tierras, nada más.

Hasta que un día, el rey Thyle llegó para reunirse con el jefe del clan y ofrecerle una paz eterna y reconocer al fin a nuestro pueblo. A cambio, solo teníamos que unir nuestras fuerzas para luchar contra el reino de Ssixo.

—¿Y el jefe de tu clan aceptó?

—Sí, hijo. Fue el error más grande de su vida. Los quinientos guerreros azules más capaces se unieron a las tropas de Ócsul, compartiendo armas y fuego con los que siempre habían sido nuestros enemigos. Y mi hermano y yo estábamos entre los elegidos.

—¿Por qué no me has contado nunca esto, padre?

—La guerra destruye el espíritu, hijo. Aniquila cualquier vestigio de bondad. Lo cierto es que aún no soy capaz de huir de sus fantasmas. Es difícil explicar por qué. Y más aún, poner todos mis miedos frente a ti.

—Vale, no necesito que me lo cuentes todo si no quieres, pero tengo que comprender, padre. Cuéntame al menos qué te pasó en esa guerra.

Kratelos tomó aire. Y exhaló de golpe, hasta que volvió a enhebrar el hilo de su historia.

—El rey Thyle engañó a nuestro clan. Nos usó como carnaza en la batalla. Su estrategia era siempre la misma: primero disparaba la lluvia de hierro de sus arqueros y después nos enviaba a luchar contra los ssixianos sin más armadura que el kali y nuestro fuego. Aún puedo oler el azufre y la sangre, la tierra embarrada, salpicada de cuerpos mutilados de amigos y enemigos. Durante tres ciclos fuimos usados como bestias de combate. En solo un ciclo, de los quinientos azules que comenzamos juntos apenas quedamos doscientos. Mi hermano seguía en pie, no se separaba de mí, pero él era diferente. No estaba hecho para la violencia, ni compartía el espíritu embrutecido de otros dragos. El horror al que tuvimos que enfrentarnos fue tan grande que un buen día enmudeció. No fue algo progresivo, simplemente sucedió sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Pero, no lo entiendo. Nunca había escuchado algo parecido.

—Y sin embargo eso no lo hace menos cierto. Sé que es difícil de entender, pero dejó de hablar sin previo aviso; solo comía, dormía y luchaba. Yo me esforzaba en protegerlo, trataba de mantenerlo al margen. Pero así es la guerra, hijo, todo lo devora, hasta dejarnos vacíos, mudos ante todo ese horror. Así permaneció, en silencio, hasta ese maldito día.

—¿El día en que murió?

—Eso es. —Kratelos ya no miraba a su hijo, abstraído en sus recuerdos —. El jefe de nuestro clan trató de escapar de la carnicería a la que nos estaba sometiendo el ejército del príncipe Búltar.

—¿Quién era el príncipe Búltar?

—El heredero del rey Kirandros. Él mismo comandaba su ejército y luchaba como un auténtico dragón dorado. Bajo la fuerza de sus tropas habían caído muchos de los nuestros. El intento de escapar fue el último error de nuestro líder. Nos siguieron sin descanso hasta que el cauce del río frenó nuestra huida. Eran trescientos dragos perfectamente instruidos y equipados. Nosotros no llegábamos a la centena, exhaustos y sin ni siquiera una bocanada de fuego en la garganta con la que defendernos. Las lágrimas corrían por los rostros de mis compañeros, los dragos con los que tanto habíamos compartido. Todos teníamos la certeza de que había llegado el momento de nuestra muerte. Entonces, mi hermano, un ciclo después, volvió a hablar.

—¿En serio? ¿Y qué dijo, se despidió de ti?

—No de la manera que tú piensas, de alguna forma, creo que esa fue su manera de hacerlo. Allí sitiados, con la certeza de una muerte segura acechando, se hizo un silencio plomizo. Sin necesidad de decir nada, nos juntamos espalda con espalda en un intento de proteger nuestra posición. Y entonces escuché algo, un murmullo casi inaudible. Juro que pensé que era el sonido del viento, pero, poco a poco, a medida que su garganta, adormilada y ronca, se iba despertando después de tantos soles en silencio, el susurro se transformó en una melodía y su voz nos envolvió a todos. Justo en ese instante en el que estábamos aterrados, él alzó la voz para devolvernos la calma y llevarse el miedo.

—¡¿Se puso a cantar?!

—No fue una canción, hijo. Fue el himno de nuestro pueblo. Y no fue solo una voz, fue como si una extraña vibración brotase de las entrañas de la tierra para devolvernos la paz necesaria o, al menos, una parte de nuestra dignidad. A veces, lo único que se puede hacer es morir con dignidad.

Kratelos guardó silencio, cerró los ojos. Río respetó el momento, inmóvil, esperando a que su padre volviera de allí donde hubiera ido a

reponer fuerzas para seguir contando su historia. Entonces empezó a susurrar con voz ronca, pero entonada, algunos versos de la canción de su pueblo.

> Azul es la llama en la base del fuego.
> Raíz profunda, erguida hacia el cielo.
>
> Libre es la forja de un pueblo sin reino,
> dura es la forja de un pueblo sin miedo.
> Raíz profunda, firme en su suelo.
> Su tierra, su roca, su vida y sustento.
> Raíz profunda, perdida en el tiempo.
> Arde la llama, la lanza es el trueno…

—Cuando mi hermano cantaba era capaz de parar el tiempo. Poco a poco, los dragos dejaron de luchar. Parecía obra de algún encantamiento que tomara esa maldita colina. El ruido de los kalis chocando con las espadas cesó, como si la misma guerra enmudeciera ante esa melodía. Y, entonces, nos miramos unos a otros, enemigos y compañeros. Cuando terminó su canción todo había cambiado. De alguna forma comprendimos que éramos lo mismo. Disfrutar juntos de ese momento hizo que ya no tuviera sentido la idea de seguir matando. El príncipe Búltar fue el primero en reaccionar; de una forma imprudente caminó entre nuestras exiguas tropas y se plantó ante nosotros.

—Entonces ¿fue ese maldito príncipe el que mató a tu hermano?

—No, hijo. Él nos miró y nos pidió que soltáramos los kalis. Lo hizo con respeto. Nos dijo que habíamos luchado con honor y que ningún drago más debía morir aquella tarde. Los ojos de mi hermano volvían a brillar después de mucho tiempo. Y entonces, desde lo alto de la colina, sin importarle que allí estuvieran sus tropas, ansioso por cazar al príncipe, los arqueros de Ócsul, comandados por Thyle, lanzaron una lluvia de hierro incontestable.

—¡¿Pero allí también estaban sus propios dragos?!

—Exacto, no le importó. Una de esas primeras flechas atravesó el cuello de mi hermano, asesinado por su propio ejército. Murió entre mis brazos. Y allí tendría que haber caído yo también. Pero el príncipe me agarró para

sacarme a rastras de ese infierno. Durante mucho tiempo lo odié por ello. Y no ha sido hasta que tú llegaste a mi vida que he empezado a agradecérselo.

—Pero, cómo pudisteis salir de ese lugar, ¿te hicieron prisionero?

—Búltar me ofreció volver con el ejército de Ócsul. Pero yo era el único azul que había sobrevivido y lo último que quería era ver un día tras otro a los asesinos de mis hermanos. El príncipe arregló todo para que pudiera vivir en este lado del mapa. Y sin patria, sin familia, sin clan, sin reino, es en estas montañas donde esperaba que la muerte me librara de mis fantasmas. Pero entonces llegaste tú.

Río abrazó a su padre. Permanecieron largo rato así. Hasta que se separó y lo miró con una determinación y seguridad que Kratelos conocía.

—Padre, no voy a volver a Valka, no voy a ir a ningún círculo con esos dragos. Pero quiero que me entrenes. Quiero pasar por La Forja, llevar cada día piedras a la cima de la montaña, cruzar el río a nado, dormir a la intemperie, cazar con mis manos, aprender a usar el kali… Quiero ser un guerrero azul.

8

La taberna del Loco

Los pesados pasos de Rónroth golpeaban el suelo empedrado mientras vagaba sin rumbo fijo. Debía encontrar a esa cría a cualquier precio, pero ¿cómo? Lo más probable era que a esas alturas estuviera muerta, o en otra ciudad, o bajo el yugo de algún proxeneta sin escrúpulos. El encuentro con Súnnary lo había alterado más de lo esperado. La imagen de su rostro desfigurado regresaba a su mente una y otra vez. Caminaba abstraído en sus pensamientos, cobijado por la oscuridad de la noche, cuando comprobó que sus pasos le habían llevado a ese templo que era la taberna del Loco. Búltar y él remataban muchos de sus días en ese antro apestoso con la extraña cualidad de diluir cualquier problema.

A unos metros, dos dragos marrones y una draga de escamas verdosas empujaron el brazo que hacía de pomo. Al abrirse el macizo portón, escuchó un instante el alboroto de voces y risas, y algo parecido al sonido de un laúd mal afinado. Era extraño porque aquel tugurio no había vuelto a permitir a ningún músico tocar desde el inicio de la guerra. Claro que en cuatro ciclos de ausencia podían haber cambiado muchas cosas.

Volver a entrar en esa taberna era una de las cosas que más había deseado durante su estancia en el desierto de los Hombres y no era por la espantosa cerveza del viejo Fogus, sino por la libertad que se respiraba en el interior de aquel santuario. Daba igual el color de las escamas, la alcurnia de tu linaje, el dinero o el poder. El Loco permitía dejar a un lado todos esos disfraces para conceder una tregua a todo el que lo necesitara. Eso era lo que más añoraba: la ausencia de imposturas y el placer de una buena conversación.

—¡Maldita sea! —bramó Fogus con su grave y rocosa voz—. ¡Que me caiga muerto aquí mismo si esa calva no es la del viejo Rónroth!

—¡¿Me estás llamando viejo y calvo, tabernero apestoso?! —contestó Rónroth hinchando la tapa de su pecho.

El alboroto propio de aquel lugar se acalló de golpe al ver a esos dos enormes dragos encarados frente a frente.

Nadie había visto antes al viejo Fogus abordar a un cliente de esa forma. Había salido de su puesto habitual tras la barra para limpiar unas mesas. En la mano izquierda, una bandeja llena de jarras vacías mostraba el bíceps imponente, salpicado de escamas anaranjadas y rojas, igual que el escaso pelo que aún conservaba entre la afilada cornamenta. El verde amarillento de sus ojos, hendidos bajo la frente, se clavó en el rostro de Rónroth. Más flaco de lo que recordaba, con la potente quijada mostrando los dientes, desafiante.

—Tan solo describo lo que veo. Y yo no usaría esa clase de palabras con el encargado de llenar tu jarra…

Rónroth se acercó un poco más al tabernero en un silencio histórico en aquel bullicioso lugar. Dobló el brazo mostrando la mano a la altura del rostro sin apartar la mirada. Todos contenían la respiración a la espera del primer puñetazo, ansiosos, en el fondo, de disfrutar de una buena pelea.

—¿Acaso ves una jarra en mi mano, tabernero? Porque no he esperado cuatro ciclos para discutir con un cabezota como tú, ¿o es que no vas a saludarme como merezco?

Fogus dejó la bandeja sobre la mesa más cercana y abrazó al viejo Rónroth sacudiéndole la espalda con la mano abierta.

Al momento, regresó el mismo bullicio ensordecedor.

—¡Maldito seas, viejo amigo! Te daba por muerto.

—No es tan fácil acabar conmigo.

—Has logrado sobrevivir al maldito desierto.

—Eso parece.

—Anda, vamos a la barra y cuéntamelo todo. Prometo no escupir en tu jarra ni dejar que se quede vacía.

Rónroth sonrió caminando tras él para tomar asiento en un taburete alto. Al acercarse, apenas reconoció un par de caras. Al final de la barra, una draga rubia lo miró poniendo sobre la barra los enormes pechos que

asomaban por su escote. Su naturaleza respondió al instante tomando conciencia del tiempo que hacía que no estaba con una hembra.

—Aquí tienes, viejo drago —dijo Fogus golpeando la barra con la jarra maciza—. Una cerveza fría para apagar ese fuego que se ha encendido entre tus piernas. Aunque yo no me fijaría demasiado en esa hembra. Tiene más pretendientes que tú enemigos, y un carácter de mil demonios, pero debo reconocer que es hermosa.

Rónroth apartó la vista de ella para vaciar de un solo trago la jarra frente a él. Bajo el fuego de los dos soles, en la frontera de aquel impenetrable desierto de cenizas tóxicas, soñaba una y otra vez con el bullicio de aquel lugar, la presencia cercana de una draga y el sabor de ese brebaje amargo.

—Veo que tienes más sed que un árbol seco, viejo amigo, así que esta noche, a la bebida invita la casa.

—Pues entonces tráeme dos como esta, lo digo por no hacerte ir y venir demasiado.

Fogus se alejó sonriendo. Rónroth buscó de nuevo la mirada violeta de aquella draga sin aristas, ni esquinas, pero ya no estaba. Afinó la vista para reconocer el lugar hasta que el sonido de una voz envolvente y cálida, lo hizo girar hacia el escenario. Allí, acompañada por otra joven draga abrazada a un enorme instrumento de cuerda, la enigmática hembra comenzó a cantar una canción que, sin duda, había escuchado antes. Una cuadrilla de dragos se acercó babeando para disfrutar del espectáculo.

—¿Sorprendido? —preguntó el tabernero tomando su jarra vacía.

—No sabes cuánto, si he de ser sincero.

—Entonces, cierra esa enorme boca o pensará que eres otro de esos cachorros con el cerebro vacío que babean el suelo en cuanto la ven. Hay muchas cosas que han cambiado desde que te fuiste y esta es una de las pocas buenas, la música ha vuelto a sonar entre estas viejas paredes.

—Echaba de menos esto, amigo, pero no sabía cuánto. Brindo por eso —dijo Rónroth levantando su jarra para volver a fijar la mirada en la voluptuosa draga.

—Luego no digas que no te lo advertí, viejo cabezota. Esa draga no es para ti. He perdido la cuenta de las veces que la han detenido y, aun así, continúa haciendo de esta pocilga un lugar mejor.

—Me parece un sueño, Fogus. Podría estar haciendo cualquier otra cosa y ha venido aquí a cantar.

—Bueno… no se trata solo de cantar, escucha la letra de esa canción.

Rónroth afinó el oído. Era una vieja melodía que hablaba de la libertad, de cómo el pueblo había renacido de la pobreza para decir basta y rebelarse frente a la opresión. Un grupo de cuatro marrones y un mestizo veteado en azul, se pusieron en pie para corear el estribillo alzando sus jarras, tambaleándose a los lados de la mesa con los ojos llenos de emoción.

—No todos los nobles de Ssixo simpatizan con el reinado de esa arpía, Rónroth. Ahí donde la ves, procede de una de las pocas familias adineradas que no han emigrado a Ócsul para seguir prosperando. Creo que esa es la única razón por la que aún no está muerta. Sus contactos la sacan una y otra vez de los calabozos, pero no se puede tentar así a la suerte.

Al decir aquellas palabras, el recuerdo de Súnnary regresó a su mente.

—Oye, Fogus, necesito que me ayudes a encontrar a alguien. Tal vez tú hayas oído hablar de una huérfana, ahora estará mudando a rojo. Es la hija de Nebra, una draga a la que aprecio, que ahora agoniza en las catacumbas de palacio. Si no está muerta es porque aún confía en volver a ver a esa cría con vida.

—Esa draga que has mencionado… Nebra, ¿no era una roja del clan de los herreros?

Rónroth asintió acariciándose la calva con su enorme mano. Parecía cansado. La barra se había llenado de dragos sedientos. Algunas parejas bailaban cerca del escenario, otras se sentaban en las mesas distribuidas por el local mientras la música seguía sonando.

—Ten cuidado, viejo —susurró Fogus con disimulo—. Los invisibles de Amirg tienen ojos en todas partes y tu enorme trasero no pasa inadvertido.

—Tengo que encontrar a esa cría, Fogus —respondió cubriéndose la boca—, sea como sea. Se hace llamar Áral.

—Entonces, ¿has venido aquí buscando a alguien? —dijo una voz a su espalda.

Rónroth se giró sorprendido para encontrarse con la hermosa draga que había cedido el escenario a un grupo de jóvenes cachorros con más energía que talento.

—Tal vez —musitó, procurando no enterrar la mirada entre sus pechos —. Hoy en día todos buscamos a alguien, ¿no crees? Pero deja que te invite a tomar algo. Me ha gustado mucho tu actuación.

—Me alegro. Has tenido suerte de que la guardia no haya venido todavía. No hay una sola noche en la que nos dejen en paz.

—Entonces, ¿por qué lo haces? Tarde o temprano acabarás en las catacumbas, detenida.

—Hay cosas que me dan más miedo que eso. Al menos cuando la gente nos escucha cantar recuerda cómo era.

—¿Cómo era…? —dijo frunciendo las pobladas cejas—. Te refieres a…

—Me refiero a la vida. Cómo era la vida cuando éramos felices y no nos dábamos cuenta. Me refiero a la libertad, a poder pensar sin miedo, a tener ideas propias, me refiero a todas esas cosas que nos han arrebatado.

—Entiendo.

Rónroth hizo hueco en la barra y le cedió su taburete para que se sentara a su lado. Un drago rojo con los brazos tatuados se acercó a ella con una sonrisa bobalicona. Antes de que pudiera aproximarse demasiado, Rónroth lo fulminó con la mirada y el joven decidió perderse entre la multitud.

—Por cierto, me llamo Rónroth.

Ella le tendió su mano de escamas moradas, que ascendían por los brazos aclarándose hacia el largo cuello. El cuerpo enfundado en un traje de raso negro, tan pegado a su contorno como si hubiese salido del agua.

—Encantada de conocerte Rónroth, yo soy Arhona, y me temo que por aquí eres toda una leyenda.

—¡Vaya! Pues eso sí que es una sorpresa.

—Venga, no te hagas el modesto. Eras la sombra del príncipe Búltar, el comandante de su ejército, todo el mundo añora la vida bajo el mandato del viejo rey. Es más, hemos oído que hay un ejército silencioso que va tomando forma bajo el dictado de un drago experimentado, veterano de guerra… no habrás oído hablar de eso, ¿verdad?

—Es posible que haya oído algo, pero no me interesa la política, ya pagué mi precio. Ahora solo quiero que después de un día llegue el siguiente —respondió con una especie de sonrisa que dibujó dos hendiduras simétricas a ambos lados de su boca.

Arhona se apartó la tupida melena de los hombros dejando un olor almizclado flotando en el aire. Rónroth tuvo que contenerse para no hundir el rostro en su cuello y aspirar esa fragancia.

—A esta ronda invita la casa —dijo Fogus poniendo una jarra de cerveza y un cóctel anaranjado sobre la barra—. Pero os ruego que no habléis más de lo necesario o vuestros cuernos acabarán decorando la pared de algún imbécil como el que tenéis a vuestra diestra, o en frente también, y si me apuras, dos puestos más a vuestra siniestra.

Rónroth giró el rostro para observar a los custodios de Amirg camuflados entre la multitud.

—Esos tres son inofensivos —comentó Arhona llevándose el cóctel a los labios—. Soplones. Vienen por aquí y tratan de enterarse de todo lo que sucede, ya sabes, por si se urde una rebelión silenciosa, una llama capaz de incendiar este reino lleno de corruptos y déspotas.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

—Te lo acabo de explicar hace un momento. Porque tengo memoria, porque este es mi hogar, y porque todavía quedan dragas y dragos con principios dispuestos a lo que sea por hacer justicia.

—¿Justicia? Vaya, esa es una palabra poderosa que suele venir acompañada de problemas.

—No me dan miedo los problemas, estoy acostumbrada a lidiar con ellos, me da más miedo la indolencia.

—¿Por eso cantas? A pesar del riesgo que implica.

—Hace cuatro ciclos que recuperamos la música, nadie volverá a hacerme callar nunca más. Cantar es nuestra forma de rebelarnos. La música, como toda creación, es un acto político, no se te ocurra menospreciarlo. Ellos tienen todo lo demás: sus pregoneros, sus tablones, sus mentiras, lo controlan todo. Pero la música es nuestra.

Arhona acercó el rostro al de Rónroth. Había apoyado la mano en su hombro con suavidad cuando una patrulla entró en el local para abalanzarse contra el grupo de jóvenes que desafinaban en el escenario. Dos de los guardias comenzaron a repartir golpes a su alrededor sin dar explicaciones. Rónroth trató de evitar a un par de ellos y cuando se giró, Arhona había desaparecido.

—¡Vamos, lárgate de aquí! —le ordenó Fogus—. Espérame en el patio trasero.

Rónroth, aprovechando la tumultuosa pelea, dejó sin conocimiento a dos de los supuestos soplones de un solo golpe y salió por la parte de atrás buscando el rastro de Arhona sin éxito.

La noche era fría, y el suelo húmedo de la estación de las lluvias le devolvió un olor fértil, a tierra mojada. Le gustaba esa estación y, a pesar de la trifulca, sentía como aquella inmunda taberna había vuelto a diluir sus problemas, al menos, durante unas horas.

El viejo Fogus no tardó en salir, con el delantal puesto todavía, y la roja pelambrera despeinada por el viento.

—¡Maldita sea, amigo! Esos desgraciados acabarán por romperlo todo.

—¿Sigue la pelea?

—Ya lo creo, por eso he salido. Ahora están distraídos. No podía arriesgarme a hablar ahí dentro. Escúchame porque no tengo mucho tiempo. Esa huérfana que buscas, creo que sé quién es. Hay muchos huérfanos como ella por todo Ssixo y muchos bastardos dispuestos a aprovecharse de su situación. Esa cría lidera la banda del Medallón bajo el cobijo de Zzólux, uno de esos miserables que se aprovecha de la necesidad de esos críos. Roban para él, hacen esa clase de cosas, ya sabes.

—¿Y cómo le reconoceré?

—Te aseguro que eso no será muy difícil. Tiene el rostro chamuscado y una enorme tripa sobre la que cuelga siempre un medallón dorado. Lo encontrarás por el barrio Bajo. Todo el mundo sabe quién es. Si lo encuentras a él, encontrarás a la cría.

—Te debo una, Fogus. No sabes lo importante que es esto para mí.

—Lo entiendo. No te preocupes. Sé que la encontrarás, y brindaremos por ello y por la memoria de Búltar.

—Eso está hecho. Gracias, amigo.

—Vamos, no pierdas tiempo. Debo regresar o esos salvajes convertirán mi taberna en un montón de astillas. Mantenme informado, ¿de acuerdo?

—Así lo haré.

Esa misma noche, en una casa de adobe, en lo más profundo del barrio Bajo, los huérfanos del clan del Medallón dormían en el sótano. Solo una pequeña ventana en lo alto de la pared permitía ventilar el ambiente cargado. Los futones estaban apiñados en una esquina, tratando de alejarse del frío que se colaba por las rendijas de una plancha de latón por la que se accedía a la calle. No hacía falta encerrarlos bajo llave; esos críos no tenían dónde caerse muertos.

Zzólux les daba protección, techo y pan. Lo que más irritaba a Áral es que intentara hacerles creer que era un padre tierno y cariñoso. Ella sabía que los explotaba. De pequeña llegó a tragarse el embuste, pero había pasado suficientes miserias como para comprender que las palizas y los días sin comida en el plato eran la obra de un tirano.

Después de muchos hermanos encarcelados o muertos su carácter se endureció hasta optar por no sentir nada por nadie, evitando así el sufrimiento. Consiguió mantener ese bloqueo emocional hasta que el pequeño Xxuli entró en la banda. Era parte de un nuevo plan de Zzólux: cachorros tullidos que recaudaran limosnas por todo Ssixo. Áral no pudo impedir que ese crío delgaducho, pálido como la piedra caliza y con esa extraña cojera, lo conmoviera. Lo protegía con un cariño maternal y disfrutaba tanto de su ingenio como de su torpeza. Xxuli se escabullía todas las noches de su cama para acurrucarse junto a Áral.

—Pensé que te perdíamos, Jefa. Cuando he visto las garras de ese maldito heredero se me han contraído las escamas —dijo Xxuli.

—No te iba a dejar solo con estos desgraciados, renacuajo.

—Gracias, Jefa. La pena es que con todo este lío hoy nos hemos quedado sin nada para nuestro secreto.

—¿Tan mal me conoces?

Sacó de su bolsillo una moneda que había sisado de la bolsa del orondo drago, se la enseñó con discreción y la metió en el hueco de su colchón, donde guardaba su pequeño tesoro. Cuando acumulara lo suficiente escaparía con Xxuli a la meseta de Aka, la tierra de su difunta madre. Como cada noche, le dedicó a ella el último de sus pensamientos antes de que la venciera el cansancio.

9

El kali

Kratelos vació el enorme arcón a los pies de su cama. Accionó una pestaña invisible y accedió al doble fondo. Río observó fascinado la solemnidad con la que su padre extraía de aquel viejo baúl lo que le pareció un traje pesado, enfundado en una tela brillante con un extraño dibujo de trazos simples que formaban nubes y montañas.

—¿Qué es eso?

—Algo para ti, que antes fue de mi hermano.

Kratelos extendió el fardo sobre la cama como si todavía lo habitara un cuerpo. El sayo, con el emblema de los azules, estaba aún manchado de barro y sangre. Río comprendió entonces la seriedad de aquel rito que le llevó de nuevo al arcón para extraer una vara larga, de algo más de un metro, no demasiado gruesa, tallada en madera de nobu. La sujetó con ambas manos, sopesando su tamaño, su dureza, y la colocó sobre la cama, junto a su propia vara. Al verlas juntas parecían una copia, solo se diferenciaban por el color, una más desgastada por el uso, la otra más lustrosa, tras muchos ciclos de sombra.

—¿Una vara, padre? ¿Has guardado durante tanto tiempo una vara igual a la tuya?

—Esto no es solo una vara, Río. Este es el kali de mi hermano y ahora es el tuyo. Si quieres convertirte en un auténtico guerrero azul, deberás aprender a manejarlo como si fuera una prolongación de tu cuerpo.

—Pero, padre. Es un simple palo, como el que llevas siempre contigo. ¿Fuisteis solo con eso a la guerra?

Kratelos colocó las dos varas en paralelo. Ambas tenían en el centro una especie de empuñadura con unas trazas arbitrarias dibujadas. Río siempre pensó que era un relieve para mejorar el agarre. Hasta que su padre hizo

girar cada mitad del dibujo en direcciones opuestas. Impulsadas por algún resorte, dos cuchillas aparecieron en cada extremo. Repitió el ejercicio en la segunda vara, con el mismo resultado.

—Este acero escondido está templado en las forjas de las montañas Azules. Puede atravesar la cota de malla y las escamas más duras. La madera es de nobu, el árbol más resistente de nuestra tierra. No arde, ni se astilla, nada lo quiebra. Hasta las espadas rebotan al chocar con sus nudos.

—Llevo toda mi vida pensando que paseabas con ese palo para apoyarte, apartar zarzas o pastorear animales, ¡¿y resulta que ibas armado?!

—Creí que nunca tendría que volver a formar el emblema para accionar este mecanismo.

Río miró con más atención el centro de la vara hasta comprobar cómo aquellos trazos, al girar, dibujaban el contorno de una montaña cubierta de nubes. Igual que la que aparecía dibujada en el pecho del sayo.

—Entonces, ¿vas a enseñarme a luchar?

—Sí, pero primero vuelve a girar el dibujo. Si le tienes aprecio a tus dedos será mejor que esas cuchillas sigan siendo un secreto entre los dos. Río accionó el mecanismo sintiendo el tacto cálido de aquella madera que parecía amoldarse a la cuenca de sus manos como si hubiese sido tallada a su medida.

—Y ahora, hijo, veamos qué sabes hacer.

Kratelos se despojó de la vieja levita con la que solía cubrirse, irguió el pecho y salió del interior de la casa con paso firme. Río observaba incrédulo la transformación de ese drago al que creía conocer. Algo del misterio encerrado en lo profundo de aquel viejo arcón, parecía conectar a su padre con una fuente de energía olvidada.

En el exterior, el viento silbaba entre las copas y la lluvia embarraba la plantación de kha. Frente a él apareció un drago nuevo, con una fiereza encendida en la mirada, las escamas azules del pecho brillaban a la luz del amanecer duplicando la dimensión de los hombros recios, las piernas flexionadas con el kali en ambas manos, en posición defensiva. Río lo imitó sin poder cerrar la boca.

Fue así como comenzó su instrucción. El aprendizaje de los rudimentos básicos del manejo del arma de los azules. El primero de los soles ascendía

tras las montañas mientras su padre golpeaba una y otra vez su kali en el lugar preciso para desarmarlo. Río no se quejaba. Procuraba grabar sus movimientos, imitar el giro de su cintura, calibrar la posición de sus manos, la intensidad de cada golpe, mientras se agachaba sin descanso para agarrar su bastón y empezar de nuevo.

—¡Ya es suficiente para el primer día! —ordenó Kratelos bajando el kali tras horas de entrenamiento.

—¡Una vez más! ¡Solo una vez más! —suplicó Río, sudoroso y magullado.

—He dicho que ya es suficiente, no que hayamos terminado. Hoy será el primer día de tu Forja y te aseguro que va a ser un día muy largo, y ahora toma esto.

Kratelos lanzó una pequeña piedra que Río capturó al vuelo.

—¿Qué es?

—La primera piedra de tu cúmulo. A partir de hoy no solo deberás entrenar con el kali, tendrás que subir a la cima de la montaña y depositarla allí.

Río resopló, después del duro entrenamiento le dolía todo, pero especialmente las manos, enrojecidas de agarrar el kali con demasiada fuerza. Pensar en alcanzar la cima de Valka le pareció un suplicio, pero no iba a dejarse amedrentar en su primer día.

—Por lo menos la piedra no va a ser un problema —dijo sujetándola en la mano.

—Ja, ja, ja…

—¿De qué se ríe, padre?

—Generación tras generación, todos cometemos el mismo error al tomar la primera piedra. A partir de ahora, cada día subirás una a esa cima. Y la que subas, será siempre mayor que la anterior. Deberás desmontar tu cúmulo para poner las piedras más pesadas en la base, y dejar arriba las pequeñas. Cada vez cargarás más peso, cada vez moverás más piedras y cada vez te harás más fuerte. Ahora, corre, sube a la cima, y procura volver antes de que oscurezca.

Río echó a correr, ansioso por inaugurar su cúmulo. Al mirar hacia arriba descubrió la silueta del draknodón, siguiendo sus pasos en el cielo. Desde la paliza de los gemelos parecía que ese pájaro se sintiera culpable, no lo dejaba un momento sin vigilancia. Fue más de una hora de duro ascenso hasta llegar a una pequeña pradera en la cota más alta. Agarrado a la roca, un fresno de montaña se elevaba casi veinte metros hasta superar la cima. A los pies del tronco, grueso, recto y grisáceo, de corteza lisa, Río dejó su pequeña piedra. La rodeó de unas cuantas hojas lanceoladas de tallo rojizo, tratando de dar algo de dignidad al diminuto inicio de su cúmulo. Había dejado de llover y eso le permitió sentarse y apoyar la espalda en el árbol. Sacó de su alforja un par de frutos que había recolectado durante el ascenso, comió algo, hasta que, agotado, cayó en un profundo sueño.

Lo despertó un graznido del dracknodón. Se frotó los ojos, no sabía cuánto tiempo había dormido, pero los dos soles aún buscaban su cenit en el cielo. Cuando se desperezó vio a un pequeño animal a lo lejos que no supo identificar. Era una especie de mono con el pelaje oscuro atravesado por dos bandas blancas. La larga cola anillada y unas manchas negras alrededor de los ojos. Entre las diminutas manos, pudo ver su alforja y cómo sacaba de ella algunos frutos que comía mientras lo miraba con insolencia.

—¡Oye, tú! ¡Que eso es mío! —le reprendió levantándose, como si ese extraño animal pudiera entenderlo.

Río intentó alcanzarlo sin éxito.

—¡No te vas a llevar mi bolsa!

El astuto mono corría con una agilidad endiablada; saltando de roca en roca, balanceándose en las ramas de los árboles. Cuando se alejaba de Río, que lo perseguía sin aliento en un descenso insensato, se detenía y lo miraba riéndose. En cuanto bajaba el ritmo, se giraba, tentándolo para que continuase la persecución.

—Estás jugando conmigo, ¿verdad? —le preguntó Río jadeando.

El animal emprendía una y otra vez su marcha mientras el dracknodón los vigilaba desde el cielo.

—¡Drack, podrías ayudarme a detener a ese diablo!

El pájaro descendió y se posó en una rama, al lado del mono anillado; parecían dos aliados incitando a Río a que siguiera con aquel juego. El joven drago aceleró en un último intento por recuperar su alforja, pero el astuto mono se perdió entre los árboles del bosque. Río avanzó unos metros hasta frenar su carrera. Estaba agotado. Se apoyó sobre las rodillas con la boca abierta para recuperar el aliento.

A lo lejos escuchó un sonido mecánico, rítmico, como si chocaran maderas y rieles. Apoyándose en esa secuencia infinita de percusión, Río pudo distinguir los acordes de lo que imaginó sería un laúd. Caminó extasiado hacia esa música reconociendo por primera vez el entorno: estaba muy cerca de la casa del maestro ciego. Aún se sorprendió más cuando vio que aquel extraño animal había dejado colgada su alforja en el último árbol. Aunque fuera imposible, parecía que todo hubiera sido una treta para llevarlo hasta allí.

Río se quedó inmóvil frente a la puerta escuchando la cadencia de aquel chirrido acompañada por el lamento de un laúd.

—¿Vas a quedarte ahí plantado, joven Río?

Río cruzó la puerta y encontró al maestro ciego sentado en una silla con un precioso laúd en las manos. En la mesa, un grupo de maderas, correas y una piedra de magnetita provocaban esa repetición de ruidos que habían servido de base para la melodía.

—Me alegro de oírte, muchacho. Que hayas llegado hasta aquí significa que ya estás recuperado.

—Sí, me encuentro mucho mejor.

—Tu corazón resuena agitado. Sin duda has venido corriendo y desde hace un buen rato, porque no hueles a flores.

—Bueno, la verdad es que estaba persiguiendo a un animal irritante. ¿Por cierto, dónde está Órkoth?

—Ha salido a cazar algo para la cena. Te quedarás, ¿verdad?

—Tengo que regresar a casa. Padre me espera. Ese bicharraco inmundo me robó la alforja con la escasa comida que pude reunir —dijo levantándola, para darse cuenta después de que el anciano no podía verla.

—Entonces, no venías a visitarme —dijo Shándor con cierta decepción.

—Bueno, no exactamente, pero lo importante es que estoy aquí. Oye, ¿qué es ese artilugio tan extraño?

—Mi último invento, lo llamo: «caja de percusión». Hace que un solo drago con un laúd pueda apoyar su melodía en el latido hipnótico de este ritmo. Además, tiene una ventaja —el maestro paró la mecánica de su invento y lo fue plegando hasta dejarlo reducido a una simple caja—, es muy fácil de transportar.

—Es increíble y muy ingenioso.

—Y dime, joven Río, ¿qué animal ha tenido el buen gusto de traerte hasta aquí?

—No sabría decirle, nunca había visto nada igual. Era una especie de mono, con un antifaz en los ojos y la cola anillada.

El maestro se rascó el mentón pensando.

—¿La cola era larga y con círculos blancos y negros?

—¡Sí, exacto, así era!

—Río, has descrito un koty, hace muchos ciclos que nadie ve ninguno. Se pensaba que se habían extinguido. En los libros se los vincula a almas nobles que esperan redención.

—Pues no sé qué esperaba, pero comida sin duda. Por cierto, tengo tanta hambre que podría comerme mi propio brazo.

—Eso parece. Te rugen las tripas.

Shándor se levantó y caminó con pericia, sin rozar ni tropezar con ningún objeto de la casa. De una alacena sacó una tabla con pan y queso y la colocó frente a Río que se abalanzó sobre las viandas con ansia.

—Procura respirar entre bocado y bocado si no quieres atragantarte.

—Es que apenas he comido en todo el día. Me alegro de haber llegado hasta aquí. La última vez prometiste enseñarme a tocar el laúd.

—Si no me equivoco, y yo casi nunca me equivoco, me propusiste un trato: tú me leerías durante una hora y yo te enseñaría a tocar la siguiente.

—¿Y podríamos empezar ahora?

—¡Bendita impaciencia de la juventud! Llevo ciclos echando de menos a todos esos amigos —dijo Shándor señalando varias pilas de libros amontonados en columnas en una esquina de la habitación—. Ni siquiera

puedo ordenarlos. ¿Qué te parece si me vas leyendo las portadas y elijo a los que más echo de menos y con los que empezar nuestro trato?

Río fue repasando los títulos: obras sobre ingeniería, tratados de química, tomos de historia, novelas de leyendas de dragones y de hombres o manuales de medicina. Las materias eran infinitas, como las formas y los diseños. El maestro suspiraba y se le abrían los ojos velados y sin vida según los iba mencionando. Fue eligiendo a los que más añoraba y quedó formada una pequeña pila con los diez elegidos.

Tras ese primer día de clase, Río regresó a la plantación de kha cuando el segundo de los soles apuntaba al ocaso. Al entrar en la casa le sorprendió ver a su padre compartiendo kashwa y charla con su janto. La draga roja lo miró con amabilidad, estudiando la huella de sus heridas.

—Hijo, Shúrima quiere decirte algo.

—Hola, Río, me alegra volver a verte. Lo cierto es que he venido hasta aquí porque me gustaría que regresaras al Círculo de formación. Tienes que denunciar lo que pasó y volver a La Senda.

—No hay nada que denunciar, janto.

—Reconozco tu nobleza y eso te honra, pero no puedes desmentir los hechos. Cuando los gemelos llegaron con esas flores de drago marchitas se hizo evidente que habían presenciado violencia. No olvides que es uno de los emblemas del escudo de Valka, una flor sapiencial que ha hecho a estas montañas únicas en toda Terradraga. He investigado los hechos, joven Río, pero necesito que lo denuncies para que pueda tomar represalias.

—Eso no va a pasar. Me caí y me hice estas heridas, no vas a sacar nada más de mí. Te agradezco de verdad que hayas venido a vernos. Pero no voy a permanecer donde no soy bienvenido. Ese no es mi sitio.

—Río, te uniste, estrechaste el nudo que nos vincula. Eres uno más de la manada.

—Ni siquiera participé en el vínculo, janto. Soy un drago sin fuego. Esa manada llegará más lejos sin mí.

—La decisión es tuya, no te puedo obligar. Pero quería intentarlo, que sepas que las puertas del Círculo estarán siempre abiertas para ti si decides

considerar tu decisión.

Shúrima miró a Kratelos, que asintió con la cabeza.

—Ya sabes dónde encontrarme, Río. Espero que encuentres tu senda.

—Gracias, janto. Siento mucho no atender a tu invitación, pero quiero que sepas que le doy mucha importancia a esta visita.

10

Un nuevo comienzo

En cuanto los rayos del primero de los soles se colaron por su ventana, Rónroth se puso en pie con la intención de encontrar a la hija de Nebra. Al salir a la calle le envolvió la espesa niebla típica de la estación de las lluvias. Le gustaba ese momento del día en el que la ciudad parece aún adormecida. El frío viento del norte soplaba con fuerza y una lluvia fina humedecía sus escamas. Caminaba entonando entre dientes una vieja canción, la misma que había escuchado en la voz de aquella misteriosa draga, cuando un par de críos de unos tres o cuatro ciclos le salieron al paso.

—Una moneda, señor, denos una moneda para comer. Aún no hemos desayunado.

—No os daré una moneda, pero os puedo comprar algo de comer. Aquí mismo hay un pequeño obrador.

—¿Y por qué no nos da algo de comer y una moneda? —dijo el mayor de los cachorros. Un drago pálido, de cabello oscuro y ojos vivaces.

—Tal vez, pero antes tendréis que responder a una pregunta.

Rónroth entró en el horno de pan. Al salir, ofreció a los dos cachorros un par de enormes roscos de canela. Los pequeños sonrieron y se abalanzaron con ansia para hincarles el diente con voracidad.

—Además de hambrientos, parecéis dos jóvenes muy inteligentes. Estoy seguro de que habréis oído hablar de un drago que se mueve por aquí. Tiene la cara chamuscada y suele llevar un medallón en el pecho, uno bien grande.

El pálido drago se detuvo a unos centímetros del siguiente bocado para observarlo con los ojos muy abiertos. Rónroth sacó una moneda del

bolsillo; un cobrizo y precioso drack que hizo bailar entre los nudillos de su enorme mano.

—¿Qué me dices, pequeño? ¿Te suena lo que te digo? Me han dicho que su nombre es Zzólux.

Los dos cachorros se miraron asustados, debatiéndose ante la posibilidad de hacerse con aquella tentadora moneda o salir corriendo tan rápido como les fuera posible.

—¿Y bien…?

—¡Cállate, Xxuli, no digas nada! —exclamó el más pequeño tirando del raído sayo de su amigo.

—No estáis haciendo nada malo, y nadie tiene que saber que hemos hablado.

—¡Cállate, cállate! Ni lo pienses siquiera, Xxuli —rogó el pequeño aterrado—. Al final nos ganaremos una buena paliza.

El mayor le dio un codazo dispuesto a aprovechar la ocasión. Antes de responder se irguió hinchando el huesudo pecho para simular confianza.

—Si quiere que le diga dónde vive, tendrá que darme otra moneda. Es lo justo, una para mí y otra para mi amigo.

—Ya decía yo que erais dos cachorros astutos. Está bien. Una moneda para cada uno. ¿Y bien?

—Vive en la calle de los bodegueros, en el barrio Bajo. Su casa tiene la fachada roja y una puerta de hierro oxidada, no tiene pérdida.

Rónroth sonrió y les dio las monedas. Los dos echaron a correr con el hocico todavía lleno de azúcar. Al verlos alejarse se dio cuenta de la extraña cojera de aquel drago tan pálido, como si una de sus piernas fuese ligeramente mayor que la otra.

En la estación lluviosa, el precario alcantarillado del barrio Bajo se desbordaba con frecuencia y las calles se atestaban de bograxs: un roedor inmundo de ojos rojos y dientes serrados, capaz de transmitir la peor de las enfermedades. La calle de los bodegueros destilaba el olor agrio del vino de los pobres. Frente a una minúscula taberna, un grupo de dragos regateaban a gritos el precio de una garrafa. Apenas despuntaba el día y ya parecían

ebrios. Rónroth los observaba discutir cuando distinguió a lo lejos la silueta de una draga menuda, con las incipientes escamas despuntando en rojo, merodeando muy cerca de las bolsas de esos incautos. Tenía el pelo largo, de un negro brillante, pero lo que más le sorprendió fue su forma de moverse. De un salto, se alejó del grupo de borrachos con una agilidad elástica que la hacía casi invisible.

Rónroth activó el área fóvea de su retina. Sus pupilas, en posición vertical, ensancharon su campo de visión para no perderla de vista y correr tras sus pasos. La joven percibió su presencia y apresuró su huida. Algo en la astucia de sus movimientos, en la forma de esquivar cualquier obstáculo y abrirse camino, animó la mejor de sus intuiciones.

Rónroth se esforzaba por seguirla, pero sus fornidas piernas no estaban hechas para esa clase de ejercicio, especialmente en ese lugar que, sin duda, la joven draga conocía a la perfección. Al doblar un recodo del camino, el suelo mojado la hizo resbalar.

—¡Detente! —gritó—. No voy a hacerte daño, por favor.

El carbón encendido de su mirada se clavó en él el tiempo justo que tardó en ponerse otra vez en pie, y reanudar la carrera. Rónroth se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa, dudando de sus posibilidades. Debía detenerla, pero era inútil tratar de igualar esa agilidad asombrosa. No le quedaba mucho tiempo para regresar a las catacumbas y comenzar su turno de guardia, así que probó suerte gritando el nombre que buscaba:

—¡Por favor, Áral, escúchame!

La joven había saltado para agarrarse a la forja de un balcón y trepar hasta el tejado de una casa baja. Al escuchar su nombre se detuvo. Rónroth solo contaba con unos segundos para llamar su atención.

—¡¿Cómo sabes mi nombre?!

—Sé mucho más de ti de lo que piensas. Detente, te lo ruego. Juro por la memoria del viejo rey que no voy a hacerte daño.

—Y ¿por qué habría de creerte?

—¡Porque no tenemos mucho tiempo, Áral! Me da igual si les has robado la bolsa a esos dragos. No es esa la razón por la que te persigo.

—¡Yo no le he robado nada a nadie! No sé de qué me hablas.

—Está bien, lo que tú quieras, pero deja de correr para que podamos hablar con calma.

Rónroth se apoyaba sobre las rodillas para recuperar el aliento.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —respondió mientras reanudaba la huida.

Rónroth jugó su última baza y gritó antes de que se perdiera por los tejados:

—¡Un drago, un fuego, unidos, un incendio!

Áral asomó su cabeza por el tejado, para mirarlo intrigada.

—¡¿Dónde has escuchado esa frase?!

—Si bajas y dejamos de dar gritos en mitad de la calle te lo contaré todo. Pero no tengo mucho tiempo.

—Ese es tu problema. Yo tengo todo el tiempo del mundo, creo que eso es lo único que tengo. Pero ¿por qué has dicho eso?, ¿qué puedes saber tú de mí?

—Sé que eres valiente, y luchadora, y que vives bajo la tutela de un malnacido que se hace llamar Zzólux…

—¡Eso lo sabe cualquiera que pregunte un poco por el barrio!

—Es cierto, pero lo que tal vez no sepa todo el mundo es que tu madre está viva.

—¡¿Mi madre?! ¡No se te ocurra mentar a mi madre, maldito imbécil! Mi madre murió hace ya muchos ciclos.

—Eso es lo que tú crees, Áral, lo que te han hecho creer. Tu madre está viva y nunca ha dejado de buscarte, ella me dijo que sabrías interpretar el significado de esa frase. Baja de ahí y te llevaré con ella para que puedas verla y comprobarlo tú misma.

—Mi madre está muerta —repitió con la voz quebrada por la emoción.

—Sé que es difícil de creer, pero debes hacerlo. Le prometí a una buena amiga que te encontraría para que puedas conocerla.

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

—Cumplir mi promesa. Sé que hoy en día eso no significa demasiado, pero soy un drago viejo y todavía creo en el poder de la palabra. Tal vez si bajas pueda explicártelo mejor.

Áral parecía desconcertada, pero esa frase era un secreto, un tesoro que jamás había compartido con nadie. Se descolgó del balcón con la misma agilidad y, dando un salto en el aire, aterrizó en el suelo, a unos metros de Rónroth.

—Si lo que dices no es cierto, me las pagarás. Lo juro.

—Puedes estar tranquila, te aseguro que podrás comprobarlo muy pronto. Por cierto, mi nombre es Rónroth.

Durante todo el trayecto Áral se había negado a pronunciar una sola palabra. Caminaba tras sus pasos con el ceño fruncido y los puños apretados. Rónroth respetó su silencio y también su enojo. No podía ni imaginar lo que sería descubrir que, durante todos estos años de opresión bajo las garras de Zzólux, su madre seguía con vida, encerrada en los calabozos.

Dieron un pequeño rodeo para evitar miradas indiscretas, sobre todo de los invisibles de Amirg y su red de soplones. Rónroth la condujo hasta la parte más alta de las catacumbas, en la zona sur, donde se situaba uno de los pocos respiraderos de la mazmorra. No era más que una estrecha ventana a ras del suelo, con una reja oxidada de unas diez pulgadas de ancho.

—Debes esperar aquí. No puedo calcular con precisión cuánto tiempo tardaré en traerla.

Áral, con los brazos cruzados y la barbilla pegada al pecho lo miró con enfado.

—Sé que aún no me crees y lo entiendo, sé que es demasiada información, demasiado importante y que todo esto debe ser muy duro para ti, pero te aseguro que es cierto, y que a partir de hoy tu vida va a cambiar.

Áral permaneció en silencio, igual de enfadada y confusa. En el fondo, una parte de sí misma deseaba que no fuera cierto. No estaba acostumbrada a la esperanza. Era algo que había desechado de su vida hacía ya mucho, cuando comprendió que tampoco eso le serviría para sobrevivir en aquel lugar.

—No te muevas de aquí. La traeré lo antes posible.

Rónroth se alejó para entrar por el acceso principal sin levantar sospechas.

Traer a Nebra hasta el pequeño ventanuco les costó más de lo esperado. Súnnary la ayudaba a sostenerse en pie. Las medicinas habían surtido efecto, pero aún estaba muy débil. Caminaba temblorosa, con pequeños pasos que dibujaban en su rostro una mueca de dolor. Al llegar, Rónroth acercó un viejo cajón de madera para que Nebra pudiese subirse a él y mirar al exterior a través de las rejas. Antes de asomarse, se giró hacia Súnnary aterrada.

—¿Y si no me reconoce? ¿Y si al verme se asusta o no me cree, o sale corriendo?

—No lo hará. Eres su madre. Encontraréis la forma de reconoceros. Pero se me ocurre algo. Espera…

Súnnary rasgó una tira de tela de su camisa y se acercó a ella para retirarle el pelo de la cara. Humedeció un extremo de su falda en un pequeño charco del suelo y le limpió el rostro.

—No tengas miedo —dijo mordiendo con fuerza la punta de su dedo.

—¿¡Qué haces!? —le gritó Rónroth.

Con sumo cuidado, Súnnary depositó una gota de su sangre en las pálidas mejillas de Nebra, otra, sobre los labios; la última, en la hundida cuenca de sus párpados.

—¡Daos prisa! No tenemos mucho tiempo.

—Ahora, ya estás lista.

Nebra asintió y entre los dos, la ayudaron a subir al cajón de madera.

En el exterior de las catacumbas, Áral esperaba sentada en el suelo, junto a la ventana. Había pasado casi una hora y comenzaba a dudar de las intenciones de aquel enorme drago. En ese instante, escuchó la voz de una hembra al otro lado. El corazón le golpeó en el pecho con fuerza. Se agarró con ambas manos procurando asomar su cara entre los barrotes, como si en realidad el animal enjaulado fuera ella. Estaba tan impaciente que no sentía ni el frío, ni la lluvia, ni la tierra mojada bajo las escamas del vientre.

Cuando Nebra asomó entre las rejas, se quedó sin palabras. Apenas recordaba su rostro, desdibujado en su mente por el paso del tiempo.

—Áral, hija, soy yo…

El sonido de su voz le estalló en el pecho como un vidrio astillado desatando de golpe toda la angustia contenida durante tantos ciclos de espera.

Nebra coló los brazos entre las rejas para estrechar sus manos, que se aferraron a las suyas con fuerza. Todas las palabras estaban contenidas en la intensidad de sus miradas.

—No puedo creer que seas tú. Te has convertido en una draga muy hermosa.

Áral seguía petrificada.

—No quiero que te preocupes por nada, hija mía. Voy a salir de aquí muy pronto. Te lo prometo.

Junto al de Nebra, apareció el rostro de Rónroth con el ceño fruncido.

—Siento mucho interrumpir, pero debemos irnos ya. Hay que aprovechar el cambio de guardia para regresar al calabozo sin despertar sospechas.

Áral apresó con fuerza la mano de Nebra como si no pudiera soportar la idea de volver a perderla.

—No tenemos más tiempo —insistió Rónroth.

Áral lo miró procurando contener las lágrimas.

—Nunca olvidaré lo que has hecho, Rónroth.

—Me alegra oír eso, pero debemos irnos. Espérame en la entrada del viaducto. Me reuniré contigo en un par de horas. Y ahora aléjate antes de que alguien se pregunte qué demonios haces aquí.

Es posible que aquellas dos horas fueran las más largas que Áral había pasado en toda su vida. Caminaba ansiosa de un lado a otro lanzando piedras contra los bograxs que merodeaban por las inmediaciones del acueducto. No podía soportar ese chirrido irritante de sus dientes, ni su mirada. Estaba enfadada consigo misma. Se torturaba por no haber dicho una sola palabra, se sentía la draga más idiota de toda la península. No tenía

ninguna duda de que había visto a su madre, ni de haber escuchado el sonido de su voz. Y, sobre todo, se culpaba por no haberla buscado, por haber creído a ese malnacido de Zzólux.

De nuevo, le asaltó aquel picor característico de la muda. Antes de alumbrar su nueva piel, las viejas escamas provocaban una molesta irritación y la incertidumbre de aquella espera solo contribuía a aumentar su malestar. Se rascó con fuerza el brazo. Sabía que no debía arrancar la capa de escamas muertas, pero no podía aguantar la angustia. Tiró de la fina película como si fuera un guante, dejando al descubierto las escamas rojizas, brillantes como solo brillan las escamas recién mudadas. Áral observó su color, comprobando su textura aún reblandecida. Cuando levantó la cabeza, vio acercarse a lo lejos la corpulenta figura de Rónroth.

—¡Has tardado una eternidad! Creo que me va a estallar la cabeza de tanto darle vueltas.

—Lo entiendo, pero no he podido venir antes. Y tú deberías cuidar mejor de tus escamas. Si te arrancas la piel antes de tiempo, estropearás su brillo.

—¡Qué puede importar eso ahora! Y no se te ocurra sermonearme.

—Oye, ¿tú no tendrás siempre ese carácter?

—¡No! —respondió con los brazos en jarras—. A veces también me enfado. Hoy tengo un buen día.

—Está bien, vamos a tranquilizarnos.

—Ni de broma. No quiero tranquilizarme. Ahora lo único que quiero es sacar de ahí a mi madre.

—Y lo haremos. El plan ya está en marcha, Áral. Tú eres una parte fundamental.

—Está muy flaca, Rónroth, y envejecida, seguramente muy enferma…

—Lo sé y te aseguro que estoy haciendo todo lo posible. Pero debemos usar la cabeza o no llegaremos muy lejos.

—Entonces, dime, ¿qué puedo hacer?

—Tranquilizarte, lo primero.

Áral tomó aire, procurando recobrar la calma.

—Lo segundo que podrías hacer es venir conmigo. Hay una incipiente rebelión en marcha. Un ejército dormido, escondido en la sombra,

esperando el momento preciso para derrocar el reinado de Tëesha.

—¿De qué clase de rebelión hablas? ¿Y a dónde quieres que vaya contigo? ¡¿Has perdido la cabeza?!

—Hablo de una de esas rebeliones que surgen cuando el pueblo ya no puede aguantar más, Áral. Ssixo se ha vuelto un lugar sombrío, lleno de inseguridad y miseria. Tëesha solo quiere apropiarse de nuestra riqueza para regresar a Ócsul, de donde nunca debió salir. La Llama va tomando forma en nuestra guarida, un lugar que los invisibles de Amirg nunca podrán encontrar y es ahí a donde quiero que vengas.

—Pero ¿qué pasa con Zzólux? Si se entera de que me he escapado me matará, o matará a alguno de mis hermanos.

—Deja que yo me encargue de eso. Tú solo debes hacer lo que te digo. Necesitamos mentes como la tuya; guerreras capaces de moverse con la ligereza del viento. Te necesitamos. Solo así, con el respaldo de los rebeldes de La Llama, podremos liberar a tu madre.

—Está bien. Haré lo que sea necesario para sacarla de ahí, pero hay alguien que debe venir conmigo.

—¡Por todos los dragos del desierto! ¡¿Por qué siempre me pasa lo mismo?! No me lo digas, espera, deja que lo adivine: es cuestión de vida o muerte que ese «alguien» te acompañe, ¿me equivoco?

—Por favor, Rónroth. Te digo la verdad. Se trata de Xxuli, él es como un hermano para mí y está enfermo. Temo lo que pueda pasarle si se queda con Zzólux y sin mi protección.

Rónroth resopló con fuerza pasándose la mano por la calva.

—Sí, sí. Está bien. Ya conozco esa historia… Y ahora deja de rascarte los brazos, nos queda un largo camino.

11

El libro prohibido

Antes de bajar a la bodega, Kratelos obligaba a Río a lavarse las manos y la cara con esmero, quitarse las botas y entrar con ropa limpia. La sala debía permanecer aislada de la suciedad y de cualquier olor que contaminara sus preciados granos. Allí se almacenaba, en bolsas de una arroba, el kashwa de un azul. Esos sacos dormían a una temperatura constante de veinte grados, acunados en láminas de madera que los separaban veinte pulgadas del suelo para esquivar la humedad. Tras ese sueño, podrían empezar a colocarlos en la zona de embalaje; lo hacían en distintos tamaños, que después Kratelos bajaría a vender al pueblo de Valka.

—Hoy empezarás a mover toda esa pila de sacos de kashwa y después tendrás que cumplir con tu cúmulo.

—¿No vamos a entrenar con el kali? —preguntó Río ansioso; disfrutaba de los progresos que estaba haciendo con la vara.

—No. Este es tu entrenamiento de hoy. Te aseguro que mover esos sacos va a poner a prueba tus músculos. Yo, mientras tanto, disfrutaré de un agradable día de descanso. No sé cómo no se me había ocurrido antes empezar a formarte en La Forja.

—¡¿No te vas a quedar a ayudarme?!

—¿Y librarte del placer de un buen saco sobre la espalda? Ni lo sueñes. Que pases un buen día, querido hijo.

No le costó encontrar su casa. Kratelos conocía bien esas montañas y necesitaba saber quién era ese maestro ciego con el que tanto se había encariñado su hijo. Los retales de información que había extraído de las historias de Río fueron suficientes para llegar al lugar preciso. Se detuvo unos segundos frente a la puerta. Al otro lado se escuchaba el ruido de una

sierra cortando madera, antes de que la golpeara con sus nudillos, el sonido se detuvo y la puerta se abrió.

—¿Quién es usted?

Detrás del enjuto drago, apareció la enorme cabeza de Órkoth, que lo miró sin mostrar los dientes, pero insinuando que estaba preparado para hacerlo. A Kratelos le sorprendió encontrar tanta profundidad en los ojos de ese animal legendario.

—¿Le he preguntado que quién es usted? —insistió Shándor.

—Perdone, estaba fascinado observando ese canebro. Río no hace más que hablar de él. Pero las palabras no le hacen justicia, es un ejemplar fantástico.

—¿Río? Si conoce a Río usted solo puede ser el drago azul de las montañas.

—Sí, soy su padre.

—Permítame que lo dude. No creo que esa sea la respuesta correcta.

—Bueno, al menos soy quien ejerce como tal, llevo cuidándolo desde que era un crío. Entiendo que Río le habrá contado su historia.

—Me ha contado lo poco que sabe, aunque hay cosas en ese cachorro que me dicen mucho más que sus palabras. Me preguntaba cuánto tardaría usted en aparecer por aquí.

—¿Me esperaba, entonces?

—Era lo más probable, y yo confío siempre en las probabilidades. Pase, por favor. ¿Puedo invitarle a una taza de ese brebaje que prepara nuestra amiga Ivy?

—¿También es amigo de Ivy?

—Sería estúpido privarse de la única persona interesante de todo este pueblo.

—En eso tiene razón, trataré de recordarlo.

—Yo casi siempre tengo razón, señor Kratelos.

El viejo drago tenía que agachar la cabeza para no golpearse con el techo. Shándor se movía entre los muebles como si pudiera ver. Le indicó la silla que le correspondía y se sentó junto a él, sirviendo un par de tazas con el licor de la curandera; todo con movimientos ejecutados sin atisbo de duda.

—Bien, Kratelos. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Nada en particular y todo en general.

—Necesitaré que sea usted más preciso. Soy un drago de ciencia, me cuesta divagar.

—Trataré de complacerlo: ¿qué quiere usted de Río?

—Nada en particular y todo en general —contestó Shándor, sin poder ocultar media sonrisa.

—No pensaba que esta conversación fuera a ser tan compleja. No sé si hemos empezado con buen pie —dijo Kratelos incómodo—. Primero: quiero agradecerle que ayudara a mi hijo cuando lo rescató del bosque. No dude usted de que es mi hijo, o por lo menos lo será mientras él me siga llamando padre. Y eso lo decidirá él, ni usted ni yo. Y segundo: una vez que ha quedado claro que es mi hijo, me interesa todo lo que le pase. Y si va a estar una parte de sus días en esta casa, necesito saber más sobre usted. ¿Me he explicado ahora con la claridad suficiente para que un drago de ciencia pueda entender a un simple drago del kha?

—Querido amigo, ahora se ha explicado usted a la perfección. No dudaba de que el drago responsable de educar a un joven tan prometedor como Río tendría un carácter sólido. Ha sido un placer comprobar que, otra vez, yo estaba en lo cierto.

—¿Sabe usted que resulta un poco irritante?

—Eso es algo que me suele ocurrir, pero entiendo su preocupación. Ya conoce las circunstancias en las que conocí a Río, desde entonces, no ha hecho más que crecer mi interés por él. Me parece un cachorro sobresaliente. Tiene cualidades innatas, y una capacidad para aprender sorprendente. Ha hecho usted un buen trabajo.

—Lo que no le he enseñado es a negociar, no me parece muy justo que lo tenga aquí leyendo sus libros a cambio de unas simples clases de música.

—¿Sabe usted leer?

—Sí —dijo con cierto orgullo.

—Escoja usted uno de esos libros que me está leyendo Río.

Kratelos ojeó varios ejemplares de una pila y eligió uno al azar.

—Historia de los dragorreyes —leyó en el lomo del libro.

—Abra al azar y empiece desde donde usted quiera.

Kratelos ojeó las primeras páginas y comenzó a leer despacio:

—«En el año ciento veinte después de Argia, el reino tuvo por primera vez dos herederos, los hermanos gemelos…».

—Zekhi y Nemon —le interrumpió Shándor y siguió recitando—. «Ante la disyuntiva de elegir cuál accedería al trono, el rey Kilras entregó a Zekhi, el primero que alumbró su madre, la ciudad de Ssixo. A Nemon, su hermano gemelo, le encargó gobernar Ócsul. Así surgió, por primera vez, un reino bicéfalo en Terradraga. Esta decisión, cargada de bondad, ha sido el origen de numerosas guerras que han salpicado la historia de nuestra península. La primera de ellas, entre esos mismos gemelos, que terminó con la famosa batalla de la flecha…».

—¡¿Se sabe el libro palabra por palabra?!

—Efectivamente.

—No es posible, aunque esa historia la conocen todos. Espere un momento.

Kratelos rebuscó entre los libros, rescató uno sobre herbología y abrió una página al azar.

—Probemos con esto: «Agrimonia…».

—«Planta herbácea perenne de la familia de las rosáceas, tiene un pequeño rizoma, es vellosa, de tallo erecto, hojas compuestas de tres a seis pares y flores amarillas que se agrupan en finas espigas. En la base tienen una cúpula verde, con cinco pétalos amarillos…».

—¡Increíble! No se ha equivocado ni en una letra.

—No es increíble, es un hecho. Tengo memoria visual, recuerdo absolutamente todo lo que veo. Para ser más correcto, lo que veía. Hasta el más ínfimo detalle. Podría describir a la perfección mi propio parto.

—Una última prueba.

Kratelos rebuscó con más pulcritud y rescató un libro que parecía una novela, abrió una página al azar y señaló con su dedo un punto en la mitad de un párrafo para comenzar desde allí su lectura.

—Dígame si es capaz de continuar esto: «El sol brillaba resplandeciente y pasó largo rato…».

—«… antes de que pudiera soportarlo. Cuando lo consiguió, vio a su alrededor un mar de verde oscuro, rizado aquí y allá por la brisa; y por

todas partes, cientos de mariposas». Me gusta ese libro —dijo Shándor interrumpiendo su propio recital—, ¿es suficiente para que me crea o vamos a seguir jugando?

—No había visto nada igual en todos mis ciclos, ni creo que lo hayan visto mis ancestros. Y, dígame, teniendo este increíble don, ¿para qué quiere que Río lea unos textos que usted ya conoce?

—¿Aún no lo ha entendido? El muchacho cree que me lee a mí, pero es él quien está aprendiendo.

—Es usted un drago impredecible.

—Lo sé.

—Y también bastante presuntuoso.

—Es posible. Me aburre la falsa modestia y me gusta llamar a las cosas por su nombre.

—¡¿Pero de dónde demonios ha salido usted?!

—Mi nombre es Shándor de Marlaj, nacido en Valka, maestro mayor de obras del reino de Terradraga, o por lo menos eso era antes de perder la vista. He construido el acueducto de Ssixo y los jardines de la ciudadela. El doble muro octogonal que delimita la capital del reino. El gran muelle de Thelendras. La ruta de cuevas que atraviesan las minas de Arvak y los palacios más bellos de Ócsul. Todo ello, hasta que una mañana, me levanté sumido en esta oscuridad que lleva ciclos acompañándome. Caí víctima de la trampa del que consideraba un amigo. Sin que hasta el día de hoy haya podido encontrar pruebas para culparlo.

—Veo que su historia es tan sorprendente como usted. Cuénteme cómo pudo suceder algo así.

Kratelos vació su cazo de un trago y sirvió más licor de Ivy en ambos vasos.

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo —contestó el azul, y recostó su corpachón en la silla, ansioso por escuchar.

—Nací aquí, en esta misma casa. Mi padre y mi madre también eran dos dragos de baja estatura y pocas escamas. Desde muy pequeño empecé a destacar por mi habilidad para memorizarlo todo. En este pueblo de bestias nadie me entendía, por eso crecí sintiéndome diferente. Hasta que un día un

reclutador que buscaba alumnos en toda Terradraga apareció por Valka. Trabajaba para uno de los mecenas más singulares de Ócsul. Ese noble se había propuesto reunir a las mentes más brillantes de la península en las aulas de la gran biblioteca de la ciudad.

—Qué recuerdos de esos tiempos en los que Terradraga era solo un reino, mucho antes de la guerra entre Thyle y Kirandros.

—Exacto. Yo tenía cuatro ciclos, más o menos la edad que tiene ahora el joven Río. Y llegué a ese lugar fascinante en el que los dragos más prometedores de la península se ponían en manos de los profesores más preclaros, los maestros más notables y, además, nos permitía acceder a la gran biblioteca de Ócsul a nuestro antojo.

—Visité en una ocasión ese edificio, justo antes de empezar la campaña en el ejército de Thyle. Jamás he visto nada parecido.

—Allí nos juntamos los jóvenes con más talento del reino; ciencias, matemáticas, artistas de la palabra y la música… Éramos un ejército ávido de conocimiento habitando un mundo nuevo en el que no importaba ni el fuego, ni la fuerza, ni el número de escamas.

—Debió usted ser muy feliz.

—Debería haberlo sido. —Shándor arrugó el ceño con pesar—. Pero no fue sencillo. Por un lado, había que convivir con el desprecio de los dragos de la guerra, que miraban con desdén a esos críos destinados a ocupar los cargos más notables del reino. Pero aún era peor la competencia entre los alumnos. El deseo de destacar generaba una rivalidad insana frente a cualquier prueba.

—Al fin y al cabo, eran cachorros separados de su clan y su familia. Le puedo asegurar que sé lo que se siente.

—Imagino que, siendo usted un azul, se referirá a La Forja. Siempre he pensado que esa costumbre es propia de bestias. Pero no nos desviemos de la historia. En ese grupo yo encontré un amigo. Un pequeño drago, muy tímido, apenas hablaba. Era mi vecino de jergón y, poco a poco, fuimos construyendo un vínculo. Tenía una inteligencia prodigiosa, un talento que siempre apuntó hacia la medicina, la investigación y la ciencia. Yo estaba obsesionado por las matemáticas, la armonía de los espacios y el poder del

ingenio aplicado a las máquinas. Nos prometimos convertirnos en dragos ilustres: él sería el mejor galeno del reino y yo el ingeniero más virtuoso.

Esa hoja de ruta nos hizo correr en paralelo. Sin rozar nuestras líneas. Y ambos cumplimos nuestros sueños. Pero había una cosa que nos obsesionaba a ambos, un punto en el que se cruzaron nuestros caminos: un libro.

—¿Un libro?

—Así es. Pero no un libro cualquiera: el libro de las Siete Madres.

—¿Se refiere a la historia de Argia y Zlaty? Conozco la leyenda de las siete magas en cinta y su vínculo con las dragonas que dio origen a nuestra especie. Pero nunca había oído hablar de un libro.

—Es una leyenda desconocida, nadie ha podido asegurar con certeza su existencia. Se supone que en ese manuscrito están recopilados los secretos de la magia empática, escritos en una clave que mezcla todas las lenguas jamás pronunciadas. Quien acceda a él tendrá un poder increíble. Los primeros dragorreyes no se atrevieron a destruirlo, temerosos de sufrir la maldición que las Siete Madres profetizaron. Pero lo escondieron para que cayera en el olvido.

—¿Y un drago de ciencia como usted cree en esos cuentos de críos? Se sabe que los primeros dragorreyes borraron toda huella de los humanos. Pero ¿magia?, ¿un libro de conjuros? No hubiera esperado eso de usted.

—Rastrear esa leyenda comenzó siendo un juego infantil. Durante muchos ciclos ambos nos sumimos en una búsqueda frenética para encontrar cualquier información sobre su existencia. Los dos llegamos a ser dragos notables; mi amigo desde su laboratorio, en el hospital de Ócsul, yo construyendo muchos de los puntos cruciales del reino. Pero siempre que volvía a la ciudad nos encontrábamos en las salas de esa gigantesca biblioteca, buscando pasillos perdidos, puertas secretas, estanterías inaccesibles capaces de ofrecernos alguna pista, una señal para dar con el paradero de ese misterioso libro.

—¿Y lo encontraron?

—No, pero llegamos a una conclusión: el libro existía y se encontraba en esa biblioteca. Incluso teníamos algunas claves para desentrañar la lengua perdida en la que estaba escrito.

—Pero, aceptando que exista, ¿de verdad un drago de ciencia como usted cree en la magia?

—Hay pruebas de ello, el desierto de los Hombres y esas cenizas tóxicas son la primera clave. La historia de cómo esas magas embarazadas se vincularon con las dragonas y su fuego abrasó la tierra se ha demostrado empíricamente. Del mismo modo que, tras romper ese vínculo, algo quedó en ellas que terminó por dar lugar a los primeros siete dragos de nuestra especie.

—Pero esa magia, ¿en qué consiste? Porque nadie ha oído ni visto nada parecido.

—Según lo que pudimos investigar, la magia empática o empatía inversa se centra en la capacidad de producir una consecuencia en otro ser estableciendo una conexión específica.

—Vas a tener que esforzarte un poco más para que pueda comprenderlo.

—Es más sencillo de lo que parece. Se basa en la capacidad de proyectar un elemento que ya existe en tu interior, y multiplicar su potencia en un receptor determinado. Claro que esto es algo que solo los magos expertos llegan a dominar. Y también es necesario conocer los conjuros adecuados, pronunciarlos con perfección en tono y forma, ser capaz de acceder al estado empático y contar con una predisposición genética que te permita desarrollar ese poder.

—Pues no parece sencillo, la verdad. ¿Y los dragos pueden ejercer esa magia?

—La teoría, y es solo una teoría, es que aquellos que tienen más parte humana que draga quizá sí puedan hacerlo. Por eso mi amigo estaba obsesionado con ese libro, soñaba con lograr dominar esa clase de magia para que los dragos sin escamas ni fuego, más hombres que dragos, tomasen el control de un nuevo reinado, el reinado de la ilustración y el conocimiento, con el fin de alumbrar un mundo mejor. Y ese libro era el que podía inclinar la balanza a su favor.

—Sinceramente, suena al delirio de un loco.

—Los locos son, en gran medida, los únicos que se atreven a sobrepasar los límites de la razón y muchas respuestas inesperadas se encuentran ahí.

—En cualquier caso, y a pesar de sus grandes capacidades, algo me dice que al final no encontró el dichoso libro, ¿me equivoco?

—Quedaba un lugar en el que no habíamos buscado. El único sitio prohibido, al que solo tenía acceso el maestro mayor de la Biblioteca. Mi amigo estaba obsesionado con su existencia, hasta el punto de aumentar aún más la acidez de su carácter, sus éxitos profesionales no le acercaron al pueblo, sino todo lo contrario. Siempre estuvo frustrado por ser un drago sin fuego. Todas esas ideas sobre el fin de la violencia se convirtieron en lo contrario, hasta que su propia intolerancia lo llevó a despreciar a todo aquel que no tuviera estudios o una inteligencia preclara como la suya. Un auténtico despropósito. Y, justo en ese momento, falleció en extrañas circunstancias el maestro mayor de la biblioteca.

—¡Qué oportuno! La única persona que le impide encontrar el libro muere de un día para otro, ¿no? Pues yo diría que la cosa está bastante clara… Yo apostaría que lo mató su amigo para ocupar su puesto.

—No es usted el único que así lo piensa, pero no tengo pruebas, tan solo sospechas, y ya le he dicho que no suelo equivocarme. El caso es que, muerto el bibliotecario mayor, se abrió el concurso para sustituirlo y convertirse en el dueño de la llave de la cámara de los libros prohibidos. Y ¿sabes quiénes eran los dos favoritos para el puesto?

—No me lo diga: su amigo y usted, supongo.

—Exacto. Un tribunal de sabios fue eliminando candidatos, hasta que solo quedamos los dos. La última prueba era demostrar el conocimiento del inventario de libros de ese gigante. Mi amigo conocía mi habilidad, era imposible superar mi memoria en esa prueba. El puesto era mío, pero esa mañana, al despertar… tuve que cerciorarme de que mis párpados estaban abiertos. Me toqué el rostro, comprobé que así era, pero a mi alrededor solo había oscuridad, la oscuridad más profunda e impenetrable que pueda imaginar. Nunca olvidaré ese día. Sentí tal pavor que pensé que iba a enloquecer.

—No puedo ni imaginarme su dolor. Es una historia terrible, ¡¿usted cree que su amigo le envenenó para dejarle ciego?!

—Estoy seguro de ello.

—¿Y qué hizo? Porque imagino que trató de demostrar su teoría, ¿cierto?

—No puedo explicarle cómo fueron esos días. Perdí la cabeza. Llegué incluso a pensar en quitarme la vida. Pero él se encargó de sedarme, o mejor dicho de drogarme, con unas gotas que me anularon por completo. Me trasladaron a la capital, el rey Kirandros me tenía en gran estima, juntos habíamos proyectado las grandes obras civiles del reino. Cuando pude recuperar la cordura estalló la guerra entre Ssixo y Ócsul. El rey me ofreció lo que quisiera, y yo le pedí volver a esta casa: recordaba cada recoveco, cada esquina de esta tierra, aquí podría ver con mi memoria y tal vez, con el tiempo, recuperar la vista. El rey me asignó un salario mensual por mis incalculables servicios prestados, y me regaló un magnífico cachorro de canebro, entrenado para atender las necesidades de un ciego. Pero desde que gobierna ese maldito Amirg y esa usurpadora, ya no recibo nada, me gano la vida vendiendo los inventos que fabrico en mi taller. Y aquí he pasado los diez ciclos de guerra y los otros cuatro de esta paz mentirosa.

—¿Y qué pasó con su amigo? ¿Sabe si al final consiguió el libro?

—No lo sé. Pero creo que si hubiera podido descifrarlo lo sabríamos. El que sí que encontró algo fui yo, aquí en Valka, una inesperada fuente de información heredada ciclo tras ciclo, de matrona a matrona, protegida en el secreto de estas voces, que prefirieron no dejar un testimonio escrito que pudiera comprometerlas, y que gracias a Ivy he podido conocer. Por eso estoy seguro de que, aunque ese ser despreciable haya accedido al libro, no ha podido desentrañar sus secretos. Es una pequeña victoria que me reconforta en esta inmensa derrota.

—¿Lo está diciendo en serio? ¡¿Ivy?! ¡¿Nuestra Ivy?! ¡¿Qué demonios tiene que ver ella con ese libro?!

—Ya le he dicho que Ivy es la draga más interesante de este pueblo. Nos hicimos buenos amigos mientras intentaba poner remedio a mi ceguera con sus conocimientos. Así descubrí que, como curandera y matrona, pertenece a la antigua hermandad de Las Siete. Si es usted observador habrá visto esa abrasión en su muñeca con el número siete. Matronas de pocas escamas, curanderas, sabias, que generación tras generación, desde el principio de los tiempos, permanecen fieles al juramento de las Siete Madres. Ella me contó

muchas más cosas de las que yo había encontrado en la gran biblioteca, sobre todo me explicó que ese libro no es solo un libro.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, de alguna forma, ese libro posee vida propia. Él elige a quien mostrarse, puede incluso aceptar un guardián que lo mantenga con vida y lo proteja, pero si la persona que logre encontrarlo y acceder a su interior no es puro de corazón, entonces, no permitirá que su legado pueda ser comprendido. Por eso, amigo Kratelos, estoy convencido de que ese maldito drago no ha conseguido descifrarlo, porque no hay un corazón más oscuro y sombrío que el suyo.

Shándor se detuvo un instante. Se llevó la mano a la sien, para masajearla, como si el esfuerzo de recordar le produjera un dolor físico.

—Ahora que ya conoce mi historia, usted mismo tendrá que decidir si me permite continuar con la educación del joven Río. Confío en su criterio. Solo le pediré un favor. Preferiría que nuestra conversación quede entre usted y yo. Ya me entiende.

—No lo dude. Puede confiar en la promesa de un azul. Será un orgullo para mí que colabore en la educación de mi hijo.

—Me alegra oírlo, pero ahora, si no le importa, necesito descansar. Recordar puede resultar agotador, como usted bien sabrá.

Kratelos le tendió la mano con afecto sin darse cuenta de que no podía verla. Después de escuchar esa historia, sentía la imperiosa necesidad de ir en busca de su vieja amiga Ivy y hacer las paces con ella. Cuando ya estaba a punto de salir, la voz quebrada del maestro le hizo detenerse.

—Hay una última cosa que no le he dicho.

Kratelos se giró sujetando el pomo de la puerta entreabierta.

—Esa última noche en la que perdí la vista, justo antes de acostarme, había decidido ceder mi puesto a Xoc, ese era el nombre de mi amigo. Pensaba que quizá con ese gesto lo rescataría de las sombras que lo rodeaban. Ese fue mi último pensamiento antes de cerrar los ojos para siempre.

—No me cabe la menor duda de que es usted el maestro que mi hijo necesita.

12

Resentimiento

Una vez más, Xoc volvía a retrasarse. Asomado a la ventana, Amirg esperaba recibir su dosis con impaciencia. Cada noche se esforzaba en superar sus pesadillas y cada mañana se hacía evidente su fracaso. El insomnio trastocaba sus días hasta sumirlo en una vigilia perpetua en la que, a menudo, no sabía cuándo estaba despierto realmente y cuándo no.

Xoc apareció en el cuarto con ese sigilo habitual de sus pasos. A pesar de lo mucho que deseaba verlo, no soportaba su presencia, ni sus silencios, pero solo él conseguía aquietar su mente. Sin decir una palabra, Xoc depositó sobre la mesa tres frascos de vidrio con las preciadas gotas. Amirg se contuvo, entrelazando sus dedos, ansiosos por abrir uno de los frascos y descansar.

—Debemos hablar, Xoc —dijo modulando el tono de su voz para fingir templanza.

—¿Qué te preocupa?

—He estado observando al príncipe Crimson. Mis invisibles me traen noticias inquietantes sobre sus correrías y la brutalidad de sus encuentros con jóvenes dragas de todo el reino. Aunque desde hace unos días parece más calmado, ahora pierde el tiempo en ese estúpido jardín de los frutales, en lugar de estar junto al trono de la reina.

Xoc dispuso los frascos en hilera sobre la mesa. Los había dejado ahí, sobre el blanco pañuelo, como si aquel gesto no tuviera la más mínima importancia. Amirg lo odiaba por ello. Odiaba la forma en la que había logrado anidar en su cabeza como un parásito capaz de convertirlo en un animal doméstico.

—Nos hemos vuelto el hazmerreír del pueblo, Xoc. El muy ingenuo cree que no estamos al tanto de su lascivia, ni tampoco de su afán por

derrochar el oro de Ssixo en ropajes inútiles y cortesanas. Y después está esa odiosa serpiente, que parece adivinar nuestros planes. Hay que alejar a ese crío y a ese animal irritante de la reina. Tus venenos y mis invisibles en Ócsul ya están ocupándose, poco a poco, del rey Thyle. Su muerte será lenta, tardará, pero ya no nos creará problemas. Siempre he pensado que manejaremos a Tëesha sin dificultad, pero me preocupa ese príncipe arrogante y cruel.

El galeno le tendió un vaso de agua y uno de los frascos.

—Y ¿qué sugieres que hagamos para resolver el problema?

—Si por mi fuese, lo encerraría para siempre —respondió vertiendo el primer frasco en el vaso y apurándolo de un trago.

—No creo que eso fuera del agrado de la reina; otra cosa sería que tuviera que alejarse de Ssixo por asuntos de Estado.

—¡Eso es! Alejarse de la corte… Tal vez podría emprender un viaje, lejos de Ssixo.

—¿Y cuál podría ser el motivo de tal empresa? ¿Cómo podría ese viaje cambiar su reputación? —inquirió Xoc, posando con un fingido descuido cada una de sus decisiones en los labios de Amirg.

—Déjame pensar. Tendría que ser un viaje que cambie su imagen. Una ruta que lo lleve hacia el este, recorriendo los pueblos, uno a uno, en un largo viaje de un ciclo completo hasta las islas Thelendras. ¡Eso es! Una toma de contacto para que sus súbditos dejen de ver en él al heredero de Ócsul. Cuando regrese ya habremos acabado con su abuelo.

—¡Qué magnífica idea! —exclamó Xoc, sorprendido, incluso, de lo sencillo que había sido susurrar sus decisiones al oído de aquel despojo—. Ahora solo falta comunicárselo a la reina. Tal vez quieras tomar otra dosis para enfrentarte a esa conversación —dijo ofreciéndole otro frasco.

—Está bien, si tú lo consideras oportuno, lo haré solo en esta ocasión.

—No pierdas tiempo, Amirg. Cuanto antes se lo comuniques, antes nos libraremos de ese cachorro consentido.

Amirg asintió con docilidad y salió de sus aposentos aprovechando el inesperado brote de lucidez que le había reportado la magia de Xoc.

Sentada al frente de la imponente mesa del comedor, la reina mordisqueaba una fresa morada del tamaño de un puño. Al verla, Amirg se dio cuenta de que hacía mucho que no ingería alimento sólido y, aun así, no sentía apetito.

—Le ruego me disculpe, alteza, pero hace tiempo que deseaba comentarle un asunto en privado.

—Me aburro, Amirg, me aburro de tal forma que hasta charlar contigo me parece una opción aceptable. Cuéntame qué te inquieta.

—Verá, alteza. No quiero resultar grosero, pero el pueblo murmura, y ese rumor es cada vez más persistente. Sabe que estamos intentando ganarnos su respeto hasta que llegue el momento de acabar con esta maldita ciudad, pero la actitud del joven príncipe no está ayudando demasiado a conseguirlo.

—¿A qué te refieres, Amirg? —preguntó enderezando la espalda.

—Debemos hacer algo para limpiar el buen nombre del príncipe Crimson. Sus correrías ruedan de boca en boca, y no precisamente para bien. Primero fueron sus desmanes con jóvenes dragas y ahora la corte cuchichea sobre esa obsesión que le ha dado por velar el jardín de los naranjos. No hay mañana que no amanezca bajo su copa y el pueblo ha comenzado a tacharlo de loco.

—Eso es una insensatez, pero ¿qué estás sugiriendo?

—Mi reina, Ssixo tendrá que arder, pero aún necesitaremos un ciclo para que vaciemos sus entrañas. Cuando eso ocurra quedará un reino que gobernar. Necesitamos que la mitad de Terradraga le reconozca como lo que es y dejen de ver en él al príncipe de Ócsul. Es la única forma en la que podremos ganarnos su respeto. He pensado que podríamos organizar una comitiva real, una campaña hacia las tierras del este visitando cada pueblo, cada aldea, mostrándose ante sus gentes como un gobernante cercano, preocupado por el devenir de sus súbditos. Creo que esa podría ser una solución interesante, majestad. No solo por mejorar su imagen pública, sino también por conseguir aplacar su carácter.

—Es cierto que de un tiempo a esta parte se ausenta más de lo debido; apenas sé de él y cuando intento acercarme no quiere ni dirigirme la palabra. A veces juro que me dan ganas de estampar su…

—Buenos días, madre —dijo Crimson entrando en el comedor acompañado por la sibilante kracárite—. Espero no interrumpir.

—No, hijo. Me alegra verte. Amirg y yo estábamos hablando de ti. Tenemos una magnífica idea que proponerte.

Crimson se recostó sobre una de las sillas, sacó una pequeña caja de su americana y le ofreció un enorme gusano a la insidiosa serpiente. De un bocado, lo atrapó con su lengua para engullirlo como un manjar. Al verlos juntos, transmitían algo simbiótico, una falta de emoción en la mirada, una frialdad inquietante que los hacía similares.

—Hijo mío, tu destino no es tan solo reinar sobre la ciudad de Ssixo, tu destino va mucho más allá. Debemos estar preparados para forjar una nueva nación y para ello debes ganarte el favor del pueblo. Aunque te cueste reconocerlo, es un hecho que tu reputación ha caído en picado y la única forma de remediarlo es ganar de nuevo la confianza de tus súbditos.

—¿Qué estás sugiriendo, madre? Explícate, porque no me gusta nada lo que estás diciendo.

—Hemos pensado que, como heredero del reino de Terradraga, lo mejor será que inicies una travesía recorriendo los pueblos del este para hablar con sus gentes.

—¿¡Pero de qué diantres estás hablando!?

El olor de los cuerpos segregando adrenalina hizo que Naya se elevará sobre el tronco para observar retadora a los ojos de Tëesha.

—No pienso salir de este maldito palacio si no es para volver a Ócsul. ¿¡Es que acaso has perdido la razón, madre!?

—¡Ni se te ocurra hablarme en este tono!

El olor de los cuerpos segregando adrenalina hizo que Naya se elevara sobre el tronco para observar retadora a los ojos de Tëesha.

—¡Y dile a esa bestia que se aleje de mí si no quieres que la abrase con mi fuego!

La serpiente comenzó a hinchar el cuello balanceándose a los lados en actitud defensiva.

—¡¿No estarás adiestrando a esta criatura como animal de batalla, hijo?! Porque te dejé bien claro que eso solo nos traería problemas. Te exijo que la alejes de mí en este instante.

Amirg observaba en silencio, disfrutando del placer de ver a la reina reprendiendo al malcriado príncipe. La dosis de Xoc se disolvía en su interior acunándolo en una suerte de calma líquida.

—¡Esto ha sido todo idea de ese despojo que tienes por regente! ¿Cómo es posible que le des crédito a una piltrafa semejante? ¿Te has fijado en sus ojos?

—¡Ya está bien, Crimson! ¿No te das cuenta de que eres tú el que ha cambiado? Alguien se atrevió a criticar en una ocasión tu arrogancia y a sugerirme la necesidad de aplicar disciplina. He tardado demasiado en darme cuenta, pero no pienso ceder. Mañana mismo saldrás de viaje, así que regresa a tu cuarto y prepara tus cosas. Se acabaron las excusas.

La mirada de Crimson, preñada de odio, le estremeció la piel. Amirg se adelantó para ponerse a la altura de Tëesha, en un intento de apoyar su decisión.

—Me obligaste a venir a esta ciudad donde nadie me respeta —dijo apuntándola con el dedo mientras se acercaba a su rostro cada vez más—. Me apartaste de mis amigos, de mi gente, de todo cuanto conocía por tu ambición y tu despecho. Estás tan resentida por no haber estado nunca a la altura de los deseos de tu propio padre que ahora pretendes pagar tu resentimiento conmigo.

A medida que su cuerpo se acercaba a ella, la kracárite reptaba bajo sus pies. Sintió el frío de su piel escamosa ascendiendo bajo el vestido, enrollada a su pantorrilla. Junto a ella, Amirg parecía ausente, sumido en el sopor del sueño, como si solo su cuerpo vacío permaneciera allí.

—Me has retenido bajo estos muros, lejos de todo cuanto conozco, para cumplir con los deseos de un padre que no te ha querido nunca.

—¡Ya basta, hijo! ¡Te prohíbo que me hables así!

—¿Me lo prohíbes? —una risotada vacía salió de la garganta de Crimson—. Nunca podrás ser el hijo que tu padre no tuvo, nunca estarás a la altura, hagas lo que hagas, pero no pienso quedarme sentado viendo cómo intentas castigarme con tu ira y tus reproches ahora que mi presencia te resulta incómoda.

Tëesha sintió por primera vez en mucho tiempo un temor helado empapando su espalda. Podía aspirar el olor del fuego bullendo en el

interior del pecho de ese hijo del que no reconocía ya el rostro, ni el odio infinito de sus ojos. Inconscientemente activó su garganta en modo dragón, dispuesta a luchar, si era preciso, contra su propia sangre, cuando vio el cuerpo menudo de Xoc tras el príncipe. Con los brazos extendidos, sin llegar a tocar su espalda, el oscuro galeno puso los ojos en blanco y expiró un aliento sólido, tan espeso como la niebla. Al instante, el príncipe cayó inconsciente a sus pies, al igual que el cuerpo anillado de Naya.

13

Regreso a casa

En el interior de la caravana, Súnnary sostenía la cabeza de Nebra para evitar el traqueteo del camino. Rónroth había conseguido aprobar su traslado en una diligencia custodiada por la guardia de Ssixo. Estas caravanas eran las responsables de traspasar la riqueza del reino hasta las fronteras de Ócsul.

Cerca de la capital, los esclavos desterrados en las catacumbas eran condenados a trabajos forzados en las minas de Arvak. Ese era el destino que justificaba el traslado de las dos presas. Súnnary enjuagaba el sudor de la frente de la draga roja, debilitada por la fiebre. Era tal su preocupación por ella, que apenas podía disfrutar de esa huida, magistralmente trazada por Rónroth.

Los soldados de la reina custodiaban el frente de la caravana, protegidos por el hierro de sus armaduras. En la parte trasera otros dos guardias se encargaban de blindar el carruaje. Gracias a Rónroth, La Llama sabía ahora las rutas por las que se desviaba la riqueza de Ssixo. Un profundo bache en el camino arrojó a Súnnary sobre el cuerpo de su amiga. Las friegas con alcohol habían conseguido bajar un poco su temperatura. El relinchar de uno de los caballos de la guardia la puso en alerta. El plan de Rónroth estaba en marcha y, si sus cálculos eran acertados, muy pronto serían libres.

Se asomó por la pequeña ventana de la diligencia. Un enorme socavón en el camino, cubierto de maleza, había derribado al primero de los guardas. De las copas de los árboles comenzó a llegar una lluvia de flechas contra el resto de las soldados que disparaban a ciegas a un objetivo invisible. Los rebeldes de La Llama salieron como un enjambre dispuesto a atacar. Como una sola boca, un grupo de cuatro dragos rojos, comandados por Áral, arrojaron su fuego contra dos de los guardias, uno de ellos tirado en el suelo

tras perder su montura en la zanja oculta en el suelo. El fuego de los herreros de Aka calentó la armadura hasta convertirla en una forja humana. Los soldados trataban desesperados de librarse de ella, intentando desatar los correajes con las manos abrasadas. Fue sencillo librarse de ellos en medio de su desesperación. Áral hizo girar en el aire su khento, una cuerda larga con dos piedras atadas a los extremos. Al arrojarla contra uno de los guardias, se enroscó como un cepo alrededor de su cuello asfixiándolo. En la retaguardia, el resto de los rebeldes se enzarzaba en una lucha encarnizada a fuego.

Al comprobar la superioridad de los rebeldes, Áral corrió al bosque donde la esperaba una draga morada cubierta con una capa demasiado elegante para aquel batallón de huérfanos y supervivientes de las calles del reino. Gracias a su ayuda habían conseguido reunir los caballos necesarios para huir hacia la guarida de La Llama. Áral ardía en deseos de liberar a su madre y llevarla por fin a un lugar tranquilo donde pudiera recuperarse y sanar.

—Tú debes ser Áral, ¿no es cierto? He oído hablar de ti. Te ayudaré a llevar los caballos —dijo la hermosa draga sobre su montura, agarrando con fuerza las riendas.

Áral se quedó mirándola embobada. Nunca había visto a una draga como ella en toda su vida. Y por si no fuera suficiente la elegancia de su porte sobre el caballo moteado, su voz resonaba como un eco, profundo y misterioso.

—Debemos darnos prisa.

Arhona tomó las riendas para acercar los caballos hasta el carromato. Súnnary esperaba ansiosa. Al verla llegar seguida de Áral se dirigió a ella con preocupación.

—¡Menos mal que habéis vuelto! Hay que largarse de aquí lo antes posible.

—¡¿Y mi madre?! ¿Dónde está?

—Tranquila, Áral. Está a salvo en la carreta, pero debe verla un médico lo antes posible.

Áral corrió en su busca, ansiosa por abrazarla. Nebra estaba tan débil que apenas tenía fuerzas para hablar, pero al ver el rostro de su hija junto al

suyo y sus brazos estrechándola, sintió que todo lo vivido hasta entonces había merecido la pena.

—No podemos demorarnos más —las urgió Arhona—. Yo puedo llevarla sobre mi montura para evitar que se caiga. Está muy débil y atravesar el monte de Hierro no será un trayecto confortable.

—Está bien. Por cierto, yo soy Súnnary y supongo que tú eres Arhona. Rónroth me ha hablado de tu reciente incorporación a La Llama y de tu linaje. Es un honor tenerte en nuestras filas. Me dijo que si no fuera por ti y tu generosidad no podríamos haber organizado este plan.

—Encantada de conocerte Súnnary, es un honor. Dale las gracias a Rónroth por sus palabras. Y ahora ayúdame a ponerla sobre mi montura. Es mi primera misión en La Llama, me han hecho llegar las coordenadas de la guarida. Seré vuestra guía durante el trayecto. No perdamos más tiempo.

A pesar de estar al final de la estación de las lluvias, Súnnary no se acostumbraba a sentir la luz de los dos soles en los ojos. Llevaba cuatro ciclos en la penumbra de las mazmorras e incluso aquella luz mortecina le resultó cegadora. Solo entonces, lejos ya del peligro y tras un buen rato cabalgando, comenzó a disfrutar de la caricia húmeda del viento y del olor de la tierra mojada sobre la línea del horizonte. Tras ella, cabalgaba Arhona. Se notaba su experiencia en la forma de manejar las riendas y dirigir la pequeña comitiva portando en su montura el frágil cuerpo de Nebra. Al ver a esa draga morada tan hermosa, tomó conciencia de cómo había envejecido.

A medida que se relajaba, empezó a distinguir el paisaje. Conocía bien ese camino. Demasiado, tal vez. Cabalgaba despacio, siguiendo el trote de Áral. Su mirada no se desviaba del cuerpo de Nebra. En silencio, Súnnary rogaba por la vida de su amiga y por la de esa joven draga que tanto le recordaba a sí misma cuando todavía era joven y hermosa, y la vida no la había marcado aún con su zarpazo. Al verla, no pudo evitar acordarse de su hijo Zogas. De seguir con vida apenas tendría dos ciclos menos que esa joven.

—¡Alto! —gritó de repente Arhona—. Debemos parar. Algo no va bien. Esta draga necesita agua y descanso.

Con la ayuda de Súnnary, bajaron a Nebra del caballo. Sobre el suelo mojado, Arhona extendió su capa y depositó en ella el cuerpo de Nebra: un amasijo de huesos y escamas sin brillo. Áral no podía contener las lágrimas. Casi hubiese sido mejor no volver a verla nunca más, se atrevió a pensar con rabia, mientras se arrodillaba junto al cuerpo de su madre. Besó su rostro, que aún ardía por la fiebre.

—No estés triste, hija mía —susurró Nebra en su oído—. Volvería a pasar por todo lo que he vivido con tal de encontrarte. Estoy muy orgullosa de ti, de la draga en la que te has convertido.

—No digas eso, madre. He hecho cosas horribles, he robado a inocentes, he hecho cosas que no puedo ni nombrar…

—Y gracias a ellas has sobrevivido sola en el mundo. No reniegues de tu pasado, hija mía, porque gracias a él estamos hoy aquí juntas, otra vez.

—Eso es lo único que me importa, pero no malgastes fuerzas, madre. Debes aguantar un poco más. Pronto llegaremos a la guarida y te pondrás bien, por favor.

—Mi momento ha llegado, hija mía, pero antes quiero que sepas que eres una digna heredera de tus ancestros: los dragos rojos de Aka, dragos de fuego únicos por su agilidad, y su valor. —Nebra tomó aire con esfuerzo, sin apartar la vista de su rostro—. Lucha hija mía, con todo tu fuego, para recuperar lo que nos ha sido arrebatado. Estás destinada a liderar esa Llama y alumbrar un mundo nuevo. No lo olvides nunca, yo me encargaré de que así sea. Estés donde estés, escucharás mi voz susurrando en tu oído: «Un drago un fuego, unidos un incendio». Vamos, repite conmigo: «Un drago, un fuego, unidos, un incendio»…

Para cuando elevó el rostro, Nebra había fallecido. Súnnary y Arhona se arrodillaron junto a ella para arroparla mientras una lluvia fina, persistente, lo empapaba todo alrededor.

—¡No! —gritó Áral arrojándose sobre el cuerpo sin vida de su madre —. ¡Ahora no! Te lo ruego. ¡No puedes dejarme sola otra vez!

Súnnary la abrazó, con el rostro lleno de lágrimas.

—Lo siento, Áral, no sabes cuánto. Quería a tu madre como si fuese mi propia hermana, pero quiero que sepas que ya no estarás sola nunca más. Le prometí que cuidaría de ti, y honraré ese pacto con mi vida, si es preciso. Ahora somos familia.

—¡Pero no es justo! ¿Por qué ha tenido que dejarme? Justo ahora que podía conocerla, que podía dejar de ser una maldita huérfana de Ssixo.

—Tienes razón, no es justo, pero no olvides que has podido volver a verla y despedirte y, aunque ha sido un instante, ahora puedes comprender cuánto hay de ti en ella y de dónde nace tu fuerza.

—¡Estoy harta de ser fuerte! No lo soporto. ¿Por qué no puedo ser una draga corriente como todos los demás?

—Pues porque tú, preciosa mía, no eres como todos los demás —respondió Súnnary levantando su rostro con un dedo para mirarla a los ojos —. No eres ni serás nunca una draga corriente, tú eres una criatura excepcional, y sé que toda esta locura un día tendrá sentido. No será hoy, ni mañana, pero tengo la certeza de que lo entenderás.

—Disculpadme —interrumpió Arhona—, sé que no es el momento, pero debemos continuar hasta la guarida. Temo que la guardia siga nuestros pasos y ya estamos muy cerca. Tu madre descansará en vuestro nuevo hogar.

Áral lloró en silencio todo el trayecto. Al llegar, Súnnary no podía creer lo que estaba viendo, la guarida de La Llama, el escondite de la resistencia era su antiguo hogar: su humilde casa de piedra junto al viejo molino escondida en lo más recóndito del bosque de nobus. Frente a su puerta la enorme figura de Rónroth, esperaba verlas llegar con el fuego del lar encendido.

—Pero Rónroth… —dijo Súnnary mirando alrededor cómo varios dragos rehabilitaban casas del que había sido el poblado de su clan.

—No se me ocurrió un sitio mejor ni más escondido. Hemos tratado de dejar tu casa tal y como estaba —contestó orgulloso.

Junto a él, un drago pálido y menudo echó a correr cojeando en busca de Áral, que saltó de su montura para abrazarlo.

—¡Xxuli! Estás aquí. ¡No sabes cuánto me alegro de verte! Pero ¿cómo has conseguido escapar?

—Jefa, Zzólux va a tener que comer sopas durante un buen tiempo, no sé si te enteraste, pero Rónroth le dio una buena paliza a ese malnacido. Tendrías que ver cómo le dejó la cara. Pero ¿por qué estás llorando? Nunca te había visto llorar.

—Mi madre ha muerto, Xxuli.

—Entonces, ¿tenías una madre?

—Todos tenemos una madre —contestó Súnnary acercándose—, incluso tú. Áral, quería decirte que ella no te abandonó, nunca te abandonó. La apresaron injustamente y la metieron entre rejas porque les asustaba su valor y su rebeldía, pero quiero que sepas que nunca renunció a encontrarte. Creo que esa era la única razón que la mantenía con vida.

—Rónroth, muchas gracias —dijo Áral emocionada—, siempre estaré en deuda contigo, aunque no lo haya conseguido.

—No digas eso, pequeña, no me debes nada, y claro que lo ha conseguido. Gracias a ti, tu madre nos ha dejado como una draga libre y no entre los barrotes de una mazmorra. Ha muerto a tu lado, después de ver la belleza de tu rostro y el valor que arde en tu corazón. Ha visto cumplido el mayor de sus deseos. Ahora podrá extender sus alas y volar para siempre, como todo drago honorable. Esta noche velaremos su cuerpo y mañana iniciaremos el rito, así que no os quedéis bajo la lluvia, entrad y comed algo caliente. Habéis regresado a vuestro verdadero hogar.

CICLO 990 d. A.
(Más de un ciclo después)

14

La Senda

Río ascendía con lentitud. Había adaptado una de las alforjas para almacenar los frutos del kha y en ella cargaba una voluminosa piedra de casi veinte kilos. En su cuerpo eran evidentes los frutos de más de un ciclo en La Forja. La ternura de su juventud daba paso a una musculada morfología.

Llegó a los pies de su cúmulo, donde se amontonaban más de cuatrocientas piedras de distintos tamaños y, como cada día, comenzó a desmontarlo para volver a darle forma, con la nueva piedra reforzando la base. Sus movimientos tensaban los hombros y los bíceps, que habían alcanzado un volumen impropio para un drago de cinco ciclos. Aún vestía sus primeras escamas de arena, pero ya no era un crío.

Con la satisfacción del trabajo terminado, sacó de la alforja el odre de agua y bebió hasta saciarse. La brisa de la segunda estación ayudaba a la polinización de las semillas en el suelo fértil que había dejado el final de las lluvias y también servía para mitigar el calor de los dos soles en un cielo despejado. Mientras se cobijaba a la sombra de un fresno y observaba con orgullo la altura de su cúmulo, vio aparecer en la cima la figura del koty; no se había vuelto a cruzar con él desde el primer día en esa montaña. El animal parecía no haber olvidado su juego y le incitó a que lo siguiera. Río no dudó, y echó a correr tras él.

Esta vez no tenía que pararse a esperarlo, el joven drago descendía a toda velocidad; saltaba de roca en roca y caía firme, apoyándose en sus poderosas piernas, bien entrenadas tras tantos días de esfuerzos. El koty chillaba y mantenía el ritmo, parecía disfrutar de ese descenso insensato. Iban casi a la par cuando el animal empezó a trepar a un árbol. El joven drago lo siguió, elevando el peso de su cuerpo con los brazos. Las ramas

altas, a más de tres metros, empezaban a perder vigor. El mono siguió trepando, hasta que se paró y dejó de chillar; ofreciendo a Río las vistas y el silencio del magnífico bosque de Valka desde esa altura.

Entonces lo escuchó: unos gritos lejanos. Activó el área fóvea de sus ojos intentando localizar la procedencia. Pero su fino oído llegaba donde no alcanzaba su vista.

—¿Esto es lo que querías que escuchara, amigo? ¿Aquí querías traerme esta vez? —dijo Río.

El koty dirigió su vista hacia la ladera de la montaña.

—Esos gritos vienen del río, ¿verdad? Tendremos que bajar. Parece que alguien tiene problemas.

Río descendió con habilidad, parando para seguir con precisión el rastro de aquel sonido. Al acercarse distinguió varias voces pidiendo socorro. Aceleró la carrera y en pocos minutos llegó hasta el cauce del río.

En cuanto el frondoso bosque le permitió llegar a la orilla vio con claridad una barcaza rústica, mal construida, encallada entre dos rocas. Sobre ella, los jóvenes dragos que durante un aciago día fueron su manada.

Sintió vergüenza al ver su humilde ropa de entrenamiento, un segundo después se arrepintió de ese estúpido complejo. Observó con más atención: se habían puesto en círculo, protegiéndose con los improvisados remos y leves bocanadas de fuego de los tres kórtodos que rodeaban la barcaza. Era raro que esos animales estuvieran tan cerca de las cataratas de Izzum, debían de estar hambrientos. Uno de los dragos lo vio acercarse a la orilla.

—¡Aquí! —gritó con los brazos en alto—. ¡Por favor, ayúdanos! ¡Nos quedamos sin fuego! Hemos encallado y una de nuestras amigas está herida.

Río concentró su atención hasta reconocer en el centro del círculo a la draga larguirucha que lo había despreciado. Estaba tumbada en el suelo, con una herida muy fea en la pierna. Uno de los kórtodos ya había probado la sangre de drago.

—¡Voy a buscar ayuda! —gritó.

—¡No hay tiempo! ¡Vamos a morir aquí si no haces algo pronto! —exclamó uno de los gemelos, que torció el gesto al reconocer a Río—. ¿Eres tú, el drago sin fuego?

—¡Por favor, no nos dejes morir! —suplicó su gemelo con lágrimas en los ojos.

Río barajó sus opciones, y correr hasta el pueblo no era una de ellas, al menos si quería ayudar a esos dragos. Pensó rápido y comenzó a agitar sus escamas provocando un zumbido que resonó en el bosque. Casi al instante el dracknodón apareció graznando con reproche, como si hubiera adivinado las intenciones de Río.

—Tengo que hacerlo, amigo. No puedo dejarlos morir.

Río corrió hacia los árboles. Uno de los gemelos lo interpretó como una huida.

—¡No nos abandones, vamos a morir! —gritó desesperado mientras golpeaba con un remo a un kórtodo que se acercaba demasiado.

Estaban agotados y en sus gargantas apenas quedaba fuego. Pero Río no estaba huyendo, tiró de una de las plantas trepadoras que crecían enroscándose en los sauces que flanqueaban el margen de la corriente. La limpió con destreza usando el puñal corto. Se quitó la poca ropa que llevaba. Enredó la improvisada cuerda entre las escamas del hombro y el costado y observó de nuevo la barca. El drack lanzaba pequeñas bocanadas de fuego para ayudar a los jóvenes dragos a mantener apartadas a las bestias. La draga herida había dejado de gritar. Río imaginó que se habría desmayado por la pérdida de sangre.

Antes de lanzarse pensó en cuánto le había costado superar su miedo al agua y, en especial, a ese río al que le debía su nombre y la propia vida. En los primeros días de La Forja su padre le había obligado a lanzarse y cruzar de orilla a orilla una y otra vez. Al principio se sintió incapaz, el miedo lo atenazaba. La angustia entorpecía sus movimientos haciéndole tragar agua al no poder controlar el pánico. Varias veces Kratelos tuvo que rescatarlo, como había hecho cuando era un recién nacido. Pero cada nuevo día le exigía enfrentarse a esa herida que era, en realidad, la extraña forma en la que había llegado al mundo.

Se lanzó al agua. El dracknodón, como había hecho mucho tiempo atrás, lanzó una bocanada de fuego que espantó al primer kórtodo que se acercó a Río. Esto no era un entrenamiento, nunca había nadado hacia depredadores de sesenta dientes. El drack pudo asustar al segundo con su

fuego, pero el tercer kórtodo estaba cegado, seguramente era el que había probado la sangre de drago. Se dirigía hacia Río sin preocuparse por el vuelo del ave que, por otro lado, tenía bastante faena ocupándose de sus dos hermanos.

Río encontró apoyo en una piedra y esperó con paciencia, muerto de miedo, a que se acercara aquel animal hambriento de carne. Vio cómo abría la poderosa mandíbula y, un segundo antes de que se cerrara sobre sus escamas, se impulsó hacia atrás para esquivar la dentellada. En cuanto cerró la boca se lanzó sobre ella sujetándola con el cuerpo y los brazos. El animal empezó a girar sobre su eje tratando de librarse de ese abrazo. El cuerpo de Río se sumergía y volvía a emerger una y otra vez, rozando sus escamas contra las rocas del río. Tenía claro que si aflojaba sería muy difícil escapar.

Estaba empezando a marearse, era incapaz de predecir cuándo podía respirar. Tragaba agua en cada bocanada en busca de oxígeno. Recordó la importancia de mantener la calma, como había hecho el día que superó el miedo al agua. Consciente de que no aguantaría mucho más, fue palpando la dura corteza del kórtodo hasta localizar el ojo del animal. Esperó a que uno de los giros lo dejará suficiente tiempo en la superficie para poder imprimir fuerza a su golpe. Y, con el último aliento, cuando llegó la oportunidad, clavó el puñal en el centro del iris y lo retorció como si estuviera machacando granos de kha.

La adrenalina y el dolor hicieron que esa bestia lanzara a Río a unos metros de distancia. Humillado y tuerto, el kórtodo perdió las ganas de volver a intentarlo y huyó a contracorriente camino de su hogar en el bosque de Sembis. Sus dos hermanos lo siguieron, chamuscados por el fuego del drack.

Río recuperó el resuello y nadó hacia la barcaza. Los dragos se habían desplomado exhaustos sobre el suelo inestable.

—Nos has salvado la vida —dijo uno de los jóvenes.

—No hubiéramos aguantado mucho más —comentó otro casi sin aliento.

Los dos gemelos permanecían en silencio mirando al suelo, avergonzados, recuperándose del esfuerzo.

—¿Cómo está ella? —preguntó Río señalando a la draga mientras se sujetaba a la barca, con el cuerpo aún bajo el agua.

Una de las dragas que le había abandonado en el bosque más de un ciclo atrás, abofeteó con suavidad el rostro de su amiga para reanimarla.

—No se despierta, ha perdido mucha sangre, tenemos que sacarla de aquí.

Río se sumergió bajo la barcaza, cortó con el cuchillo las cuerdas que separaban los toscos ensambles hasta reducirla a dos tablones y liberar la embarcación de las rocas en las que habían encallado. Amarró a su cuerpo el tablón en el que reposaba la herida con la improvisada cuerda, y arrastró al resto de dragos hasta la orilla. Se desplomaron agotados. El tosco vendaje con el que habían envuelto la pierna de la joven estaba empapado en rojo.

—Hay que llevarla a Valka, está perdiendo demasiada sangre.

La herida parecía haber recuperado la consciencia.

—Me duele mucho, no puedo mover la pierna —se lamentó con un hilo de voz.

Río miró a sus exhaustos compañeros del Círculo de formación.

—¡¿Qué demonios estabais haciendo?!

—Fue idea de los Trukx —dijo con ira uno de los dragos—. Hoy era nuestra prueba final, teníamos que cruzar las montañas de Valka y culminar La Senda. Ellos fabricaron esa barca para evitar parte del camino.

—Al final las trampas tienen un precio —contestó otro joven.

—¡Pero todos aceptasteis! —se quejó uno de los gemelos.

—¡Dejad de discutir! ¡Tenemos que ayudar a Thyra! —gritó la joven draga mientras reforzaba el vendaje.

—Yo la bajaré a casa de Ivy, ella sabrá qué hacer.

—No puedo caminar —susurró Thyra.

—Ayudadme a amarrarla.

Río formó una silla con un ingenioso juego de nudos para cargar su peso sobre la espalda. La draga se agarró a su cuello con las pocas fuerzas que le quedaban, y así comenzó a descender hacia la casa de la curandera. Los demás dragos trataban de seguirlo. Agotados, pero libres de ese peso, fueron incapaces de mantener el ritmo al que se desplazaba. Cuando los dragos del Círculo llegaron a casa de Ivy, la curandera ya estaba atendiendo

a la herida. Río se había desplomado sobre la vieja mecedora. Pronto la casa se convirtió en un enjambre de familiares y curiosos; caras largas y preocupadas cuchicheaban sobre el estado de la herida y relataban lo ocurrido; incluyendo el fascinante relato de un dracknodón que los ayudó desde el cielo y la heroica intervención del hijo del azul.

En cuanto recuperó el aliento, Río se escabulló con su habitual sigilo. No le gustaban las multitudes y le quedaba un largo camino de vuelta a casa. Estaba agotado. Sin duda aquella había sido la jornada más dura desde que comenzó La Forja.

Un día después, Kratelos trabajaba en la plantación de kha cuando vio a una comitiva de dragos subir la ladera de la montaña. Al frente, Shúrima, la janto de escamas rojas, seguida de Trukx, el herrero, sus dos gemelos y algunos notables del Consejo de Valka.

El azul se giró hacia la entrada de la casa. Su hijo le había relatado las peripecias en el río, pero miraba con recelo a ese grupo, desconfiaba de sus intenciones.

—¡Río, sal! ¡Creo que tienes visita!

El joven había dormido como un suargoo en invierno. Tenía los músculos entumecidos por el esfuerzo y el cuerpo lleno de heridas. Por primera vez en los más de cuatrocientos días que llevaba en La Forja, su padre le había regalado una jornada de descanso. Al salir, le deslumbraron los dos soles que brillaban con la fuerza del final de la segunda estación. Sus pupilas se acostumbraron a la claridad y fue descubriendo las caras conocidas que se acercaban. Kratelos clavó su vara en el suelo y se dirigió a ellos con tono hosco:

—¿Qué se le ha perdido a tanto drago ilustre en mi plantación?

—Buenos días, Kratelos. Buscamos al joven Río —contestó la janto.

—¿Qué problema tenéis ahora con nosotros? —preguntó Kratelos mirando primero a Trukx y después a esos gemelos, con un rencor que solo quien ha visto a su cachorro herido puede comprender.

—Tranquilo, Kratelos. Nada hay que reprochar. Más bien lo contrario. Venimos a entregar a Río algo que se ha ganado.

Shúrima se acercó hasta colocarse frente a Río, y sacó de su bolsa un anillo rústico. Tomó la mano del joven drago y se lo puso en su dedo pulgar. En la cabeza de latón de esa alianza había una garra dibujada.

—Este es el símbolo que te señala como el líder de tu Círculo, el que ha trazado el camino más honorable en La Senda del Drago. Llévalo siempre en este dedo: el que cierra el puño, el que agarra la espada, el que te identifica como la garra de tu manada.

—Pero, janto, esto es absurdo… no te entiendo, yo no pertenezco a nada, solo estuve un día… lo dejé… no entiendo… —balbuceó Río.

—Demostraste más integridad ese día no delatando a los que te agredieron de la que han mostrado ellos tratando de hacer trampas en la última prueba de La Senda. Ayer, a esa integridad le sumaste bondad ayudando a los que te habían herido, después coraje por lo que pusiste en riesgo y, al final, voluntad y fuerza salvando a esa draga. Esa es la pasta de la que tiene que estar hecha el alma de un drago. Me da igual que hayas estado un día o dos mil. —Shúrima miró hacia los gemelos y a su padre, que escuchaban cabizbajos—. No te confundas, son buenos críos, aunque se hayan equivocado. Pero soy su janto; me encargaron que los educara, mi última lección es elegirte a ti como garra. El Consejo de Valka respalda mi decisión.

Río buscó a su padre que, colmado de orgullo, asintió con la cabeza.

—Trataré de estar a la altura de este anillo, janto —Río inclinó la cabeza en señal de respeto.

—¿Cómo está la joven draga? —preguntó Kratelos, rompiendo en parte la solemnidad del momento.

Trukx, el herrero, se acercó a él para contestar.

—Ya no podrá correr, su pierna ha quedado muy dañada. Pero gracias a tu hijo vivirá. Yo vengo en nombre de su familia y como representante del consejo a darte las gracias, azul. Has educado bien a ese cachorro, no como yo a los míos —los dos gemelos agacharon aún más la cabeza—. Eres bienvenido en Valka y me gustaría invitaros a ti y a Río a mi casa.

Trukx extendió su enorme mano, Kratelos dudó un segundo, hasta que lanzó la suya para estrecharla con fuerza y sellar por fin la guerra entre esos dos dragos.

—Bueno, y ahora que ya habéis aclarado las cosas, ¿por qué no nos invitas a ese maravilloso kashwa? Hemos recorrido un largo camino —comentó Shúrima con una sonrisa.

El brebaje dio paso al almuerzo y la solitaria casa de las montañas, por primera vez, sonó a multitud. Los gemelos encontraron un tímido modo de disculparse y Río les hizo fácil olvidar las afrentas. Cuando ya se marchaban por el camino que descendía de la montaña, uno de los gemelos se volvió corriendo, como si hubiera olvidado algo. Llegó a la altura de Río y buscó en su bolsillo.

—Esto es tuyo.

Un colgante, con una piedra medio pulida medio rugosa, quedó en el aire moviéndose como un péndulo. Río lo tomó, completando la última pieza de un día perfecto.

—Gracias —dijo.

—No, gracias a ti. Ahora estamos en paz. Pero no te equivoques, diga lo que diga mi padre, para nosotros sigues siendo un campesino bastardo —susurró, para regresar después junto al resto de dragos y emprender el camino hacia Valka.

Río recordó el pasaje de uno de los libros que leía a su maestro: «El odio crece sin medida en el corazón de un necio, el perdón, tan solo en el de los valientes».

15

Insidias

Tëesha observaba desde la ventana del carruaje las calles de Ssixo. Los ciudadanos que reconocían el escudo real saludaban inclinando la cabeza a su paso. No era lo habitual, solían tratar con indiferencia a esa reina que despreciaban, pero había corrido la noticia de que regresaba de Ócsul, donde su padre, el rey Thyle, había fallecido después de una larga enfermedad.

Tras el duelo, la reina resurgió en el viaje de vuelta a Ssixo. No soportaba la idea de sentirse de nuevo perdida; no volvería a ser esa draga sedienta de afecto, pendiente de la atención de un padre que solo veía en ella todo lo que no era. Cada una de sus escamas cargaba con la huella de su indiferencia; de ahí manaba la aridez de su carácter, su apatía hacia todo lo relacionado con el afecto y la inconstante relación con su propia cría. Todo eso yacía ahora bajo tierra, junto al cadáver macilento de su padre. Ya nadie volvería a decirle cómo reinar. Se sentía ungida por el destino, liberada de la necesidad de cumplir para nadie que no fuera ella misma.

—Cruzar estas murallas me revuelve el estómago, todo desprende ese nauseabundo olor a miseria.

A su lado, Xoc, el galeno real, no le dio réplica, haciendo honor a su silenciosa fama.

—¡Mírame! —le exigió—. ¿Acaso no prestas atención a mis palabras? ¡Debemos acelerar lo pactado! Ya has visto cómo brilla Ócsul frente a este barrizal. Hay que acelerar el proceso, vaciar cuanto antes las arcas de la ciudad y no dejar más que cenizas.

—Sí, alteza, pero no debemos precipitarnos. El traslado se está ralentizando por culpa de esos rebeldes de La Llama que atacan los carromatos rumbo a Ócsul. Necesitamos más protección.

—¡Ese maldito Amirg ni siquiera es capaz de controlar a esa banda de mendigos! Tiene a sus órdenes todo un ejército y ni eso es suficiente. Se ha vuelto incapaz de contenerlos.

—Está desnortado, alteza. Las drogas lo han convertido en una burla de sí mismo. Es posible que tengamos que activar el brillante plan de su difunto padre y acabar con él antes de trasladar la capital.

—Mi plan, Xoc, siempre ha sido mi plan, ¿o acaso no te has dado cuenta de que he sido yo la que ha estado todos estos ciclos al frente de todo?

—Sí, mi reina, así lo he creído y por eso he permanecido a su lado. En cualquier caso, creo que ha llegado la hora de acabar con Amirg.

—Eso es peligroso, Xoc. A pesar de su degradación, aún tiene a sus invisibles y no olvides que es el regente del reino y el comandante de la Guardia Real. Además, los consejeros de la Habitación Blanca respetan sus órdenes.

—Cada vez menos, mi reina. Su adicción se ha convertido en un rumor atronador, al igual que sus ataques de ira, o sus noches en vela. Solo falta un pequeño golpe para acabar con su prestigio y hacer más fácil su caída.

—Te conozco demasiado bien como para saber que ya tienes algo en marcha. ¡Déjate de juegos y habla!

—Bien, alteza, necesitamos convertir el rumor en un trueno. Hacer que toda la corte vea la decadencia del regente de Terradraga.

—Eso suena tentador. Continúa.

—Muy pronto, antes de que regrese el príncipe Crimson, aniquilaré su voluntad con una dosis desmedida, para arrojarlo después a las calles como un despojo. Si lo matan, todos pensarán que ha sido producto de su adicción. Si consigue regresar, haremos que lo vea toda la corte. Derrocarlo después será sencillo.

—Comprendo.

—Pero debemos ser cautos, y no menospreciar su inteligencia.

—Querido Xoc, no desearía tenerte de enemigo. Me sigue sorprendiendo tu capacidad para la insidia. Me alegro de que estés de nuestro lado.

Xoc inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, giró el cuello hacia la ventana ocultando el rostro a la reina. Mientras el carruaje cruzaba las puertas de la ciudadela, esbozó una sonrisa helada, viendo sus planes encajar a la perfección.

Al final de la barra, Rónroth apuraba una jarra de cerveza espumosa entre la charla y el griterío habitual de la taberna del Loco. Sobre el escenario, un cuarteto de jóvenes dragas cantaban acompañadas de instrumentos de cuerda y percusión improvisados. Rónroth esperaba con ansia que terminaran, pero reconocía el mérito de verlas mezclar sus colores y linajes. Aquel era el lugar oportuno para comprobar los pequeños gestos de rebeldía que alimentaban la idea de un tiempo nuevo.

Era tal el entusiasmo de las nuevas generaciones, que Fogus había colocado una placa de hierro sobre el techo abovedado del escenario para evitar desperfectos tras el ímpetu de los nuevos cantantes, que solían acompañar el momento álgido de sus actuaciones con una llamarada de su fuego.

Rónroth observaba con desconcierto los brazos tatuados de aquellas hembras, con abrasiones sobre sus escamas y el cabello rasurado para dejar tan solo una cresta atravesando la mitad de su incipiente cornamenta. Juntaban sus trastos con desgana cuando Fogus puso frente a él una nueva jarra rebosante.

—Aquí tienes, amigo, hoy sin duda es un día para celebrar.

—Vaya, veo que ya te has enterado.

—Todo el pueblo lo ha hecho, y eso que la maldita contrapropaganda de los invisibles de Amirg está por todas partes. Detener esas diligencias que se llevan nuestras riquezas a Ócsul es toda una proeza, comandante —dijo haciendo una leve y jocosa reverencia—. Enhorabuena.

—Deja tus bromas para otro momento, Fogus, pensé que no lo contábamos.

—Pero lo importante es que todo ha salido bien. Esa joven draga, Áral, es una auténtica líder. Se ha convertido en inspiración para muchos jóvenes,

aunque algunos carezcan de oído e incluso, diría, de un peluquero de confianza.

—Y eso lo dice un drago cuyas barbas rozan esa inmensa tripa que escondes bajo la barra.

—¡¿Vas a hablarme tú de tripa, drago orondo?!

—No confundas mi corpulencia con exceso de cebada, que es la base de tu dieta, Fogus. Pero no seré yo quien te discuta que esa chica es la digna descendiente de su madre.

—Qué pena que no lograse sobrevivir a su encierro.

—Creo que de ahí bebe mucho de su arrojo y su valor, por eso este triunfo me alegra especialmente.

—¿De quién habláis, si puede saberse? —preguntó Súnnary sentándose junto a Rónroth en la barra.

Resultaba sorprendente la forma en la que esa draga se había recuperado tras un ciclo de libertad y buena alimentación. Todavía ocultaba bajo el cabello la mitad desfigurada de su rostro, pero el brillo había regresado a sus escamas, que lucían un crisol de tonos morados. Ella y Arhona habían logrado empatizar en poco tiempo y sostener una parte esencial del trabajo de la resistencia.

—Hablábamos de la genialidad del comandante Rónroth —respondió Fogus— y de una nueva victoria de La Llama.

—Algo he oído, pero será mejor que bajéis la voz, las paredes oyen en este lugar, como bien sabéis. Y Rónroth aún es un soldado del ejército de Tëesha. Deberías ser más discreto si no quieres pasar de carcelero a encarcelado en las mazmorras, porque imagino que ya has pensado en cómo escapar de ahí antes de que te descubran.

—No temas, nadie quiere ese odioso trabajo. Fue una suerte que todavía quedaran dragos fieles al rey Búltar cuando regresé de mi destierro. Si no llega a ser por eso, no habría logrado el puesto y hoy, mi querida amiga, no estaríamos aquí sentados.

—Brindo por eso —dijo Súnnary levantando su jarra—. Pero sé más discreto, perderte sería un golpe irreparable para La Llama.

Los gritos de la taberna se acallaron con la simple presencia de Arhona aproximándose al escenario. Arrastraba tras sus pasos una especie de capa

tejida con cota de maya que dejaba al descubierto una imprudente proporción de sus escamas moradas. Rónroth no pudo evitar girarse para verla de soslayo, como si estuviera prohibido, o no quisiera mostrar su turbación.

En cuanto sonó la primera nota, todas las miradas se giraron hacia ella para escuchar, no solo su voz, sino esas letras elegidas, hechas para alimentar el corazón hambriento de toda Terradraga.

—Deberías ser un poco más discreto si no quieres que todo el mundo se dé cuenta —le susurró Súnnary.

—¿Darse cuenta? ¿De qué?

—Vamos, Rónroth, hay miradas que lo dicen todo.

Rónroth se ruborizó de tal forma, que hasta las negras escamas de su cráneo adquirieron un resplandor rojizo. Durante un segundo barajó la posibilidad de negar lo evidente, pero Súnnary no le dio tiempo a replicar.

—¡Vamos! La vida es corta, y ella es adorable, ¿cuándo vas a lanzarte?

—Sí, por favor —añadió Fogus apoyando los codos sobre la barra para sostener su cabeza pestañeando sin parar con aire cómico—. Hazlo antes de que cualquier drago imbécil se te adelante. Yo mismo lo intentaría si no me hubiera casado con esta taberna hace ya demasiado tiempo.

—De ese tema, Fogus, podríamos hablar otro día, pero estoy de acuerdo en lo esencial, así que ¡actúa de una vez, drago idiota!

Al momento, un grupo de jóvenes los increpó para que se callaran.

—Pero ¿habéis perdido el juicio —susurró de nuevo elevando las pobladas cejas— o es que no tenéis ojos en la cara? Esa draga podría estar con cualquier drago de Ssixo. Qué digo de Ssixo… de toda Terradraga, ¿por qué iba a fijarse en un viejo como yo?

—Vamos, Rónroth, no exageres, cincuenta ciclos es apenas la mitad de tu vida, y eso no es lo importante, drago cabezota…

—¿Ah, no? —apuntó Fogus un tanto intrigado.

—Os juro que a veces creo que una parte de vuestro cerebro se ha quedado fosilizada. A ella le gustas, Rónroth. Soy buena en esos asuntos y la conozco. He visto cómo te mira y la he escuchado hablar de ti y de lo mucho que admira tu forma de liderar La Llama.

—La admiración no me interesa en absoluto, no es eso lo que busco.

—Lo sé, pero hay mucho más que admiración en su mirada, hazme caso.

—Eres insistente, ya lo creo, pero también muy ingenua. Además, tú eres mucho más joven. ¿No has pensado en buscar un par y comenzar de nuevo?

—Ni por asomo, la verdad.

—¡Vaya! —resopló Fogus—. Yo que estaba dispuesto a declararme…

—¡Chisssssssssss! —protestaron de nuevo.

Fogus levantó las manos, en señal de disculpa y se dispuso a atender a una pareja de dragos sedientos.

—No creo que pueda volver a sentir algo como lo que tuve con Búltar nunca más. Pero, ya que hablamos de esto, hay algo que siempre he querido preguntarte, Rónroth, algo sobre nuestro hijo.

—Entiendo. Puedes preguntar lo que quieras, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé… Pero no es fácil para mí. Lo cierto es que siempre he querido saber si lo buscaste, a mi pequeño, o si pudiste ver su cuerpo…

—Lo hice. Seguí su rastro. Fue aquí en el Loco donde escuchamos el testimonio de un joven soldado. Estaba tan angustiado que no paraba de gemir diciendo que no había tenido el valor de acabar con la vida de un cachorro recién nacido. Bebía sin parar y justo antes de perder el conocimiento lo confesó todo. Dijo que había dejado el cachorro a merced del río Ssix. Solo por eso no le rebané el gaznate con mis propias manos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que era Zogas? Podría ser cualquier cachorro, cualquiera…

—Por eso traté de asegurarme, pero cuando el joven soldado señaló que el pequeño drago portaba un extraño colgante de piedra al cuello, no tuve la menor duda. En ese mismo instante, corrí hasta llegar a la orilla del río Ssix. Recorrí su cauce buscando algún rastro, por insignificante que fuera. La corriente era poderosa, el eclipse de los dos soles había derretido las nieves de la cuarta estación. Casi vuelca mi bote y, por si eso no fuera suficiente, al llegar a la altura del bosque de Sembis una manada de kórtodos salieron a mi encuentro. Tuve que vérmelas con esas bestias, así que es evidente que el pequeño no pudo sobrevivir.

Rónroth miró los ojos de Súnnary llenarse de lágrimas y le tomó de la mano.

—Aun así, lo busqué durante tres días sin descanso. Recorrí el bosque palmo por palmo, hasta que la guardia real me dio caza. Los muy idiotas pensaban que había desertado, pero no traté de aclarar el malentendido. Después, me desperté en la frontera del desierto de los Hombres.

—Entiendo, Rónroth, gracias por contármelo. ¿Sabes? —dijo mirándole a los ojos sin soltar su mano—. A veces, durante un instante, un maldito segundo, pienso que podría estar vivo.

—¿Puedo sentarme con vosotros, o acaso interrumpo? —preguntó Arhona, tras acabar su actuación—. Necesito beber algo fuerte que me haga olvidar ese olor pestilente de los dragos de la primera fila. Llevan semanas custodiando el bosque y me temo que no se han acercado al agua ni de lejos. Cuando se han sacado las botas casi pierdo el conocimiento.

Rónroth no pudo evitar bajar la barbilla al pecho para tratar de olisquear su propio cuerpo.

—Es cierto, puedo olerlos desde aquí —respondió Súnnary—, y no interrumpes nada, tranquila.

—¡Fogus! —gritó Rónroth nervioso—. ¡Haz el favor de traer algo de beber a estas hermosas dragas! Estáis invitadas, por supuesto.

—Vaya, muchas gracias —respondió Arhona—. Supongo que hoy debemos celebrar un nuevo triunfo de La Llama, ¿no es cierto?

—Eso parece, amiga, pero yo creo que voy a retirarme. Estoy agotada.

—¡Venga ya, Súnnary! —exclamó Rónroth sintiendo cómo se ruborizaba de nuevo—. Acábate la copa, por lo menos.

Arhona apuró su bebida de un trago, y acariciando el rostro del comandante susurró:

—Ssixo tiene la suerte de contar con dragos valerosos como tú. Algún día deberíamos festejarlo juntos, ¿no crees?

Rónroth empezó a sudar. El corazón le latía en las sienes, acompasado, y si no llega a ser porque Arhona se giró para regresar al escenario, habría sufrido un ataque allí mismo.

—Y ahora ¿qué? —lo increpó Súnnary con los brazos en jarras—. ¿Sigues teniendo dudas, drago estúpido?

—Sinceramente, creo que deberías reconsiderar esa costumbre que tienes de insultarme.

—Y tú deberías reconsiderar la posibilidad de invitar a cenar a la draga de tus sueños, pero antes haz el favor de cortarte las uñas y darte un buen baño.

16

Los ojos del drack

Cuando despertó no sabía dónde estaba. Antes de abrir los ojos, sintió el vientre y la mandíbula doloridos. Pensó que se había caído de la cama, pero lo que palparon sus manos fue la dura piedra de las calles de Ssixo. Allí perdido, en un oscuro callejón, el rey de los invisibles, el regente de Terradraga, se encontró despojado de todo.

Trató de incorporarse para valorar su situación: le habían pegado y robado cuanto llevaba de valor, le sangraba la sien y el labio y la pierna tullida le dolía más de lo habitual. Sus vestiduras estaban rasgadas y los zapatos a unos cuantos metros de su cuerpo, muy cerca de un par de bograxs, que, a esas horas de la madrugada, campaban a sus anchas en busca de comida.

Sentado sobre sus propios orines, con el cuerpo dolorido y maltrecho, despojado de todo el boato de la corte, disfrutó de un instante de libertad. Todo el peso que suponía sostener el entramado de mentiras en el que se había convertido su vida, se disipó en un instante. Claro que aquello apenas duró unos segundos, los justos para recordar algo fugaz, una visión borrosa que se interpone a la siguiente: el rostro de Xoc induciéndole a tomar un brebaje tras otro. Recordó entonces la forma en la que dos de sus esbirros lo metieron en un carromato para arrojarlo al suelo. El impacto de una bota de piel de anta, con la punta metálica que suelen usar los herreros, dos dragos robándole la ropa, cuanto tenía de valor y luego… la calma, la más profunda y oscura que podía recordar.

Al ponerse en pie se sintió como un mendigo: humillado, descalzo, con la ropa desgarrada y las pocas escamas sucias y golpeadas. El frío le estremeció y, aun sin saber dónde se encontraba, supo que debía darse prisa en regresar. Si encontraba a alguno de sus invisibles, podría hacerlo con

discreción. Trató de moverse, pero la pierna le dolía tanto que solo podía arrastrarla como un peso muerto prendido a su cuerpo. Se giró buscando algo, un letrero, una casa… A lo lejos, escuchó acercarse las risotadas de una cuadrilla de dragos.

—¡Eh! ¡Ayuda! —exclamó, tratando de mantener el equilibrio.

Los dragos se acercaron dando tumbos. Sin duda, bajo los efectos del alcohol. Eran cuatro rojos, dos de ellos, mestizos de escamas anaranjadas y ocres.

—¡Me han robado, por favor! ¡Ayuda!

—¿Te han robado? No me digas, miserable pordiosero.

—Os lo ruego, tengo dinero —estuvo a punto de identificarse, pero la vergüenza o la prudencia le hicieron cambiar de idea—. Ayudadme y os compensaré.

Los cuatro dragos soltaron una sonora carcajada.

—¡¿Habéis oído?! Dice que nos compensará. Será estúpido.

—De verdad, tenéis que creerme. Os recompensaré. Tengo importantes contactos en palacio y el favor de la reina.

—¡Hoy es nuestro día de suerte, amigos! Mira por dónde nos hemos topado con un amigo de la escoria que está esquilmando nuestro reino. ¡Fijaos!, si le falta una oreja y parte del rostro, es igualito al asqueroso regente del reino y encima presume de estar a los pies de esa usurera que solo quiere apagar nuestro fuego, ¿qué os parece?

El miedo le secó la garganta. Por suerte, su estado era tan lamentable que no lo habían reconocido.

—Pues creo que es una oportunidad de oro para darle a este tullido su merecido.

El más corpulento de los dragos lanzó una leve bocanada de fuego para tiznarse las yemas de los dedos. El resto lo imitaron en un gesto que debía ser ya conocido por todos. Con el hollín, ocultaron una parte del rostro, apenas visible en la oscuridad de la noche.

—¡Por todos los dragos! Ateneos a razones —suplicó Amirg cayendo de rodillas al suelo.

—Son los usureros como tú los que están llevando a la ruina a esta ciudad. Pero hay una revolución en marcha, una revolución imparable.

Amirg temblaba como no recordaba haberlo hecho en su miserable vida. Los dos dragos más jóvenes lo agarraron de las manos, los otros dos de las piernas. Era tanto su miedo que ya no sentía dolor, solo el frío del que sabe que su vida corre peligro.

—¡Por la libertad de nuestro reino! ¡Por Terradraga! —gritó uno de ellos.

Mientras lo arrastraban agarrado de pies y manos, Amirg reconoció el terreno: estaban muy cerca del acueducto y eso solo podía significar una cosa… No le interesaba reconocer sus caras, ni tomar represalias, no tendría tiempo para hacerlo. Si lo arrojaban por el acueducto sería el fin.

—¡Un drago, un fuego! —Coreó el más alto, dirigiendo la comitiva.

—¡Unidos, un incendio! —respondieron al unísono.

Los dragos se subieron a uno de los arcos para balancear su cuerpo a un lado y a otro. Amirg cerró los ojos como quien se prepara para morir. Una extraña paz lo envolvió al instante, recordó su llegada a la corte, el afecto del rey Kirandros, el porte de su rostro sereno, la hondura de sus palabras, las ruidosas comidas junto al joven Búltar y, con la libertad de dar todo por perdido, comprendió el despropósito al que había llevado su vida.

Mientras los dragos coreaban aquella extraña consigna, las palabras salieron de sus labios casi sin pensar, como un rezo justo antes del final:

—Perdóname, amado padre. Perdóname, si es que es posible perdonar lo que he hecho. Y tú, Búltar, el único drago al que puedo llamar hermano, perdóname también, te lo suplico, perdóname…

Los rojos, enardecidos por el alcohol y su propia cólera, se preparaban para tomar un último impulso antes de arrojar al vacío el maltrecho cuerpo de Amirg cuando, a lo lejos, vieron cómo se acercaban las alas resplandecientes de un dracknodón graznando en el aire. La insólita visión los dejó perplejos, sobre todo al comprobar que el ave avanzaba directa hacia ellos. Al momento, dejaron caer al suelo el cuerpo de Amirg y, de un salto, echaron a correr despavoridos.

El rey de los invisibles no daba crédito a lo sucedido. Trató de ponerse de nuevo en pie, con la cabeza magullada. El drack dio media vuelta para ir a su encuentro. Amirg escuchaba el sordo batir de sus alas y el resplandor dorado que sus escamas dejaban suspendido en la oscuridad. El ave se posó

con elegancia en uno de los arcos bajos del acueducto, muy cerca de Amirg, y lo miró fijamente. En el fondo de sus ojos ardía un fuego esmeralda hipnótico que se diluía poco a poco hasta dibujar el rostro de Xoc envenenando su comida. Se vio a sí mismo temblando, engullendo un frasco detrás de otro, hasta perder el conocimiento. Su propio desvarío se fundió con la imagen del viejo rey, luchando contra el mar implacable antes de alcanzar las islas Thelendras. Los ojos de Amirg se llenaron de lágrimas al comprobar cómo se había convertido en todo aquello que odiaba y solo entonces lloró la muerte de ese padre al que, a pesar de todo, había amado más que a sí mismo y sin más, el drack se lanzó al vacío para alzar el vuelo y desaparecer.

Tras recuperarse, Amirg comenzó a caminar descalzo, arrastrando la pierna tullida, manchado de sangre y barro. Pero había algo nuevo en su paso, una determinación férrea. Tardó casi una hora en recorrer las calles de la ciudad. Algo en el aplomo con el que se movía hizo que nadie lo molestara. Llegó a las puertas de la ciudadela cuando empezaba a asomar el primero de los soles. El guardia tardó en reconocerlo. Dio aviso y, siguiendo las órdenes de la reina, sutilmente sugeridas por Xoc, las campanas de la torre comenzaron a tañer, para que todos pudieran contemplar el humillante regreso del regente.

Mandos del ejército, miembros del consejo de la Habitación Blanca, distintos siervos y cortesanos se asomaron a las ventanas, a las puertas de palacio, para ver la figura de un regente harapiento caído en desgracia: la pierna tullida dibujando en la arena un surco tras su paso. Un sirviente se acercó a ayudarlo. Pero Amirg lo rechazó. Irguió la espalda, levantó el mentón y siguió caminando con la dignidad que le fue posible reunir. Todos los que lo observaban permanecieron en silencio.

Desde la ventana de sus aposentos, Xoc activó su retina para escudriñar el rostro de Amirg, lo siguió hasta que dos grandes puertas se cerraron tras él. A pesar de la meticulosidad con la que había planeado humillarlo, supo que algo no había funcionado. Había un orgullo inesperado en el rostro de su rival, una extraña determinación después de la derrota. Y, por primera vez en mucho tiempo, temió haber menospreciado la desesperación de ese drago.

17

Traidor

El comienzo del segundo eclipse daba paso a la tercera estación. Esta vez el astro menor se escondía tras su hermano y, durante esos días, se aplacaba el calor sofocante. Esa fecha marcaba el arranque de la feria de la cosecha de Valka: mazorcas de grano azul, cebollas dulces y tomates rosados tan grandes como un puño llenaban los puestos de un mercado al que venían compradores de todo el reino. Tras el suceso en el río, el azul era ya uno más en el clan y, en señal de buena voluntad, el Consejo de Valka le había autorizado a montar un puesto con su kashwa.

La feria era un éxito. Kratelos apenas daba abasto atendiendo a los compradores. En ese momento lamentó haber sido tan inflexible con Río al prohibirle que lo acompañara para no interrumpir su entrenamiento en La Forja. Sin previo aviso, los clientes desaparecieron. Miró sorprendido a sus vecinos, en la misma situación. Una draga oronda que vendía hortalizas estaba juntando su género.

—Disculpa, ¿ya cierras el puesto? Aún es mediodía. ¿Dónde se han metido todos?

—¡¿Estás de broma o acaso eres el único drago de todo Valka que no se ha enterado de quién nos visita hoy?!

—Vivo en las montañas, no estoy muy al tanto de las nuevas del pueblo, ¿qué es lo que pasa?

—Lo que pasa es el príncipe Crimson —dijo sonriendo.

—¿El príncipe?

—Sí, el hijo de Tëesha, el futuro rey de Terradraga. Vuelve a Ssixo tras su viaje por el este, y Valka es una de sus últimas paradas. Dicen que es un drago muy apuesto —susurró con una impostada coquetería. Se acercó a él y bajó el tono hasta el volumen de un secreto—. También dicen que es más

cruel que su madre y que sus guardias anotan quién no sale a recibirlo. Conviene aplaudir para evitar problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Se cuentan muchas cosas, aunque no todas sean ciertas. También se dice que es mejor guardar bajo llave a las dragas hermosas. Pero mírame, eso para mí no será un problema —bromeó soltando una sonora carcajada y apoyando después las manos en sus generosas caderas.

La draga se alejó del puesto riéndose de su ocurrencia. Kratelos la siguió, con curiosidad. Le angustiaba acercarse a la multitud que se agolpaba en las calles para ver pasar a la comitiva real. Todavía no se había acostumbrado al ruido incesante de la ciudad. Se subió al tronco de un árbol para ver mejor.

Le sorprendió la belleza de su montura: el corcel dorado de la realeza, más conocido como el órix; un caballo legendario que formaba parte del escudo de Ócsul. Ya apenas quedaban unos cuantos ejemplares en todo el reino. Su pelaje brillaba con el reflejo de la luz como si fuera de oro. La multitud le saludaba con vítores y alabanzas y él respondía con una actitud altiva. Su mirada era fría, igual de aterradora que la kracárite que se enrollaba a su cintura observando el gentío.

A Kratelos le costaba entender por qué sonreían así cuando, entre dientes, criticaban con dureza a ese extraño príncipe.

—Dicen que siente debilidad por las dragas en el inicio de la muda —murmuró una draga de mediana edad saludando con la mano en alto—, casi unas crías. Las fuerza contra su voluntad y las que se resisten no viven para contarlo.

—Yo he oído que ese animal horrendo que le acompaña es capaz de oler el miedo e incluso la traición, y que con solo acercarse distingue la verdad de la mentira.

Kratelos, con mayor curiosidad si cabe, decidió avanzar para ver mejor el rostro de ese drago y a su hermosa montura.

Crimson cabalgaba viendo a la multitud saludar desde las calles. Sabía que tanto entusiasmo era producto del miedo. En las primeras paradas de su

viaje solo le recibían los notables de los clanes; con más reproches y demandas que alabanzas. Sus hábiles consejeros habían difundido el rumor de que no salir a rendir pleitesía al heredero tendría consecuencias y la treta había funcionado a la perfección.

Oteaba entre la muchedumbre en busca de alguna draga digna de un príncipe. Su destierro llegaba a su fin, y quería aprovechar esta última parada. Ese maldito viaje lo había privado de la posibilidad de despedirse de su amado abuelo, el rey de Ócsul y uno de los pocos dragos a los que había respetado. Lo echaba de menos, también a su padre y en especial su vida en Ócsul. Sabía que ahora estaba solo, pero nunca había tenido tan claro que su destino era reinar. No tenía la habilidad de Amirg para la conspiración, ni la magistral estrategia de su madre o ese oscuro conocimiento de Xoc para manipular las mentes. Pero ninguno de ellos se acercaba a su capacidad para infundir terror. Carecían de su fuerza, de su valentía, de su visión. Ese viaje le había enseñado a usar su poder sin escrúpulos y una valiosa lección: estaba destinado a ser el puño de hierro que gobernaría a toda esa chusma.

Miraba a un lado y a otro repasando los rostros de esos dragos que tanto despreciaba. Era un ejercicio que repetía en cada visita; trataba de localizar a alguna draga roja, en el inicio de la muda. Anhelaba encontrar ese brillo en las incipientes escamas, el olor que desprende la secreción linfática que anuncia la transición y que lo embriagó cuando conoció a esa draga en el jardín de los naranjos. La buscaba con ansiedad y, al no encontrarla, forzaba a la que estuviera a su alcance, aun sabiendo que ninguna estaba a la altura de su recuerdo. Vivía dominado por esa obsesión. Con ella todo sería distinto. La amaría y ella lo amaría a él por elección propia. Pero hasta que llegara ese momento saciaría sus peores instintos forzando a esas malas copias de la que sería su reina.

Antes de encontrar una nueva víctima, le sorprendió ver a un drago azul entre la multitud: «¿Qué hace en este maldito pueblo de rojos un drago azul de las montañas de Ócsul?», se preguntó justo cuando el comité de nobles de Valka, comandado por Trukx, salió a su encuentro.

—Buen fuego traigas, príncipe de Terradraga, es un honor para los valkianos recibir tan ilustre visita. Mi nombre es Trukx, maestro herrero y

miembro del Consejo. Nos gustaría invitar a Su Alteza a un trago y a un plato, y también a las tropas que lo acompañan.

—Más vale que busques el mejor de tus caldos, hace un calor insoportable en estas malditas montañas. Mis dragos se conformarán con lo que tengas a bien ofrecerles.

—¿Pernoctarán en Valka, mi señor?

—No, regresaremos pronto a casa. Pero nos vendrá bien llenar el estómago antes de continuar nuestra marcha. He observado que tenéis un hermoso mercado.

—Gracias, alteza, así es.

—Por cierto, he visto a un azul entre la multitud. ¿Qué hace un drago tan lejos de sus montañas?

Trukx arrugó el hocico antes de contestar.

—Es un comerciante, mi señor. Viene gente de todas partes de la península a nuestro mercado —respondió el herrero para proteger a su nuevo amigo.

La kracárite irguió el cuello y lo miró, como si hubiera detectado el olor de una mentira. Trukx retrocedió un paso. La enorme cobra se enroscaba alrededor de la cintura del príncipe balanceándose a los lados en actitud defensiva. Crimson acarició a Naya con celo, como si le pareciera hermosa. El rojo se estremeció al ver cómo engrosaba el cuello sin perderle de vista.

—Espero que me esté contando la verdad, maestro herrero. Verá, esta belleza que me acompaña es mi guardián más fiel y tiene una extraña fijación con los embusteros. Tranquilo, maestro herrero, es inofensiva, salvo que yo ordene lo contrario.

Tras degustar los manjares del Consejo de Valka, la comitiva real se disponía a partir. Crimson sabía que le quedaban dos o tres días de marcha para volver a cruzar las murallas de Ssixo. Estaba inquieto por no haber visto ninguna draga roja que saciara su apetito ni ninguna razón para castigar a ese pueblo, que había cumplido a la perfección el protocolo; salvo por esa mentira sobre el misterioso azul. Entonces se le acercó uno de los hijos gemelos del jefe del clan.

—Mi príncipe, me gustaría hablarle de algo urgente.

—Más te vale que merezca la pena. Partiremos enseguida —contestó molesto.

—Será solo un segundo. He visto que antes preguntaba a mi padre por ese azul, he investigado un poco. Mi padre no debe conocerlo, pero es un guerrero que desertó del ejército de Ócsul y vive perdido en nuestras montañas.

Crimson conocía el rencor y la maldad, sabía identificarla. Estaba seguro de que ese crío tenía interés en desvelar esa información. Notó su odio, casi pudo saborearlo. Tan grande era que estaba poniendo en riesgo la versión de su padre, asumiendo el peligro que suponía dejarlo como un mentiroso ante él.

—Muy bien, muchacho, lo que cuentas me interesa. ¿Y sabes dónde está ahora ese comerciante?

—Tiene un puesto de kashwa en el mercado, mi señor.

—Bueno es saberlo, los azules tienen fama de cosechar las mejores plantaciones del reino. Gracias por la información.

El gemelo y el príncipe se miraron con complicidad. Eso era justo lo que necesitaba, una excusa a la medida de su odio: un traidor ajeno a los mandatos de su amado y difunto padre justo ahí, en los confines de Valka. En cuanto salieron a la calle se dirigió a uno de sus lugartenientes.

—Quiero que escojas a varios soldados fuertes, seis o siete. Id al mercado, buscad el puesto de kashwa de un drago azul. Esperad a que acabe la jornada y cuando nadie os vea apresadlo. Nadie deserta del ejército de Ócsul sin lamentarlo. Y juro por mi honor que las mazmorras de Ssixo serán testigo.

—Quizá, mi señor, si quiere discreción será suficiente con tres guardias.

—¡Escucha y obedece! He dicho seis o siete. Mi padre siempre decía que los guerreros azules son duros como las rocas de sus montañas. No quiero sorpresas.

Kratelos dirigía su carromato hacia casa de Ivy. Había vendido casi toda su mercancía, debería sentirse dichoso, pero algo en ese príncipe presuntuoso

y en su horrible serpiente lo habían destemplado. Durante un instante tuvo la sensación de que lo miraba solo a él. Cuando ya estaba a punto de llegar a casa de la curandera varios soldados le cortaron el paso y rodearon su montura.

—¡Eh tú, azul! ¡Baja del carromato! —le espetó el de mayor rango.

—Te escucho perfectamente desde aquí.

—No es una sugerencia, es una orden.

Kratelos barrió con la mirada la escena y sacó conclusiones rápido. Eran seis soldados, con sus espadas desenvainadas. Sospechaba cuál era la causa de ese interrogatorio nocturno: sus temores sobre el príncipe parecían fundados. Tomó su vara como si fuera un inofensivo bastón y descendió.

—¿Qué queréis de mí?

—En nombre del príncipe, estás detenido.

—¿Y de qué se me acusa?

—Nosotros acatamos órdenes, no damos explicacio…

Antes de que acabara la frase Kratelos golpeó la cara del soldado con un extremo de su kali, atizó al soldado que tenía al lado con el otro y, aprovechando la inercia del rebote, barrió con la vara las piernas del que tenía detrás. Dio un salto e hizo girar la empuñadura central del kali; las dos cuchillas brillantes aparecieron en los extremos. Se alegró de que sus entrenamientos con Río lo mantuvieran en forma. Pero no había previsto la presencia de un soldado escondido en el bosque. Escuchó un silbido. Justo cuando giró la cabeza le alcanzó entre los ojos una piedra disparada por el khento de un guarda agazapado entre la maleza.

Río llevaba cinco noches durmiendo al raso, era parte de su entrenamiento. Echaba de menos la comodidad de su jergón. Como cada día, estaba cumpliendo con su misión de subir una pesada piedra a su cúmulo, pero al llegar encontró a Órkoth esperándolo. El canebro se acercó moviendo la potente cola como un látigo. Su cabeza era tan portentosa que al rozarse contra él con afecto lo tiró al suelo. Órkoth aprovechó para lamerle la cara, sumergiéndolo en un baño de babas.

—¡Para, Órkoth, para! ¡Ese aliento apestoso va a hacerme vomitar! Espero que seas más cuidadoso con Shándor… Por cierto, ¿dónde se ha metido?

El canebro levantó el hocico dejando al descubierto el cilindro que colgaba de su collar. Órkoth no solo era el guía del maestro ciego, también ejercía de mensajero. Abrió la tapa y leyó el pergamino: La guardia de Crimson había detenido a su padre. Debía regresar con urgencia a la casa del maestro.

Al calor del fuego de la pequeña casa de Shándor, Ivy relató de nuevo la detención de Kratelos.

—¡¿Por qué?! ¡¿De qué lo acusan?! —preguntó Río ansioso.

—Ese es el problema, que no sabemos nada —contestó Shándor preocupado.

—Entonces, tendré que ir a Ssixo, es lo único que podemos hacer.

—¿Estás seguro? Ssixo se ha convertido en una ciudad peligrosa —dijo el maestro.

—¿Qué quieres que haga? ¡No tiene a nadie!

—Voy contigo —dijo Ivy.

—¡No! Tienes que quedarte aquí, eres la única que puede presionar al Consejo de Valka para que interceda por él. Esa es nuestra mejor baza ahora mismo. Tenemos que saber por qué lo han detenido.

—En eso tienes razón, pero tú ni siquiera has iniciado la muda. Eres demasiado joven para esa ciudad.

—Me las apañaré, ya no soy un crío.

—Si quieres tener éxito necesitarás dinero —interrumpió Shándor—. Es el único lenguaje que te abrirá puertas para sacar a Kratelos del lío en el que se ha metido. Todos mis dracks son tuyos, aunque no sea mucho. Puedes llevar mi mejor laúd y mi caja de percusión, si das con algún drago rico, aficionado a la música, te pagará una buena suma. Con eso podrás comprar información y quizá su libertad. Debes tener mucho cuidado y desconfiar hasta de tu sombra.

—¡Shándor, esto es una locura! —interrumpió Ivy—. Ya no es solo esa ciudad imposible, es el camino hasta Ssixo.

—Te llevarás a Órkoth y al drack, ellos te cuidarán. Órkoth te esperará al otro lado de la muralla, para no asustar a los ssixianos. Así podrás enviarnos información de cómo te encuentras a través de él, y pedir ayuda, si es necesario.

—Pero ¿cómo vas a vivir sin Órkoth, maestro? —dijo Río, impactado por su generosidad.

—Yo me quedaré con él —contestó Ivy—. Puedes irte tranquilo. Hablaré con el Consejo en favor de tu padre y de paso aprovecharé para leer alguno de esos viejos libros, puede que hasta me decida a poner un poco en orden todas esas estanterías.

—Cómo se te ocurra cambiar algo de sitio seré yo el que te denuncie ante el Consejo de Valka —gruñó Shándor, íntimamente complacido ante la idea de disfrutar de la compañía de Ivy durante un tiempo.

—Pues ya puedes preparar un buen alegato, viejo cascarrabias, porque esta casa está pidiendo a gritos una limpieza integral.

Órkoth ladró, como si animara a Ivy a proseguir con su idea.

—Y tú, amiguito —dijo la curandera señalando con el dedo al enorme canebro—, te libras de un buen baño porque debéis marcharos lo antes posible, que si no…

La amenaza surtió efecto y Órkoth, ante la idea del baño, salió reculando de la casa con el rabo entre las piernas.

Ella y Río no pudieron evitar sonreír al ver a ese prodigioso animal atemorizado por las palabras de esa draga enjuta, que había cuidado de él como una madre.

—Debes aprovechar el tiempo, Río —añadió Shándor—, y salir cuanto antes. Ivy y yo estaremos bien juntos, no temas. Y ahora escúchame bien. Es mejor que no entres por las puertas de la ciudad. Quedarás registrado, y no les gustan los huérfanos, las cosas no van bien en Ssixo. Yo construí el acueducto, conozco un punto exacto por donde podrás colarte y por el que escapar si consigues liberar a Kratelos.

Río asintió, se echó al hombro una talega cargada con un laúd y una extraña caja. Junto a un drack vigilando desde el cielo y el canebro

caminando a su lado, emprendió el camino inverso que había realizado hacía ya cinco ciclos navegando en un capazo de mimbre.

TERCERA PARTE
CICLO 990 d. A.
(Ssixo)

1

El regreso del heredero

Las calles estaban engalanadas como si el pueblo esperase con fervor la llegada del príncipe heredero. La belleza de las guirnaldas colgadas en los balcones, de los tapices florales y de las banderas ondeando con el escudo real en los puntos estratégicos contrastaba con el enfado de sus habitantes. Nadie entendía el despropósito de aquel gasto cuando la pobreza y el hambre golpeaba el estómago de los ssixianos.

La comitiva real llegaba precedida de la interminable lista de aberraciones perpetradas por el Despiadado, como ya se conocía al príncipe heredero en todo el reino. Su ausencia de compasión, su lascivia, así como su inclinación al derroche, provocaban el desprecio silencioso de sus súbditos, obligados a la sonrisa para no acabar calcinados por el fuego de sus guardias.

Algunas jóvenes dragas, desesperadas por la necesidad, llevaban horas esperando para mostrarse en todo su esplendor al ver pasar la comitiva. Muchas albergaban la esperanza de conseguir el favor del príncipe o, en su defecto, alguna moneda con la que aplacar el hambre.

La reina había distribuido por las calles a sus guardias para evitar disturbios y hostigar a los presentes para que vitoreasen al futuro rey con la convicción necesaria.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —exclamó un pequeño drago que oteaba el horizonte subido a uno de los tejados próximos a la entrada a la ciudadela.

El nerviosismo se extendía por las calles, al tiempo que la guardia real invitaba al entusiasmo, usando la punta de sus lanzas con habilidad.

Tras los soldados que encabezaban la comitiva, el príncipe atravesó la muralla de Ssixo a lomos de su órix. El pelaje del corcel dorado se fundía con las escamas de Crimson como si fuera un centauro capaz de despertar el

asombro general de los humildes dragos, arremolinados en las calles. Enrollada a su cintura, la kracárite le daba, si cabe, un aire más abrumador a su figura.

Los jardineros reales habían distribuido cestos con pétalos de flores para ser arrojados a su paso. Coincidiendo con el cenit de los dos soles, la imagen del heredero dejó sin palabras a los primeros dragos apostados en las inmediaciones.

La guardia llevó al rojo vivo la punta de sus lanzas con su propio fuego para enardecer a los presentes.

—¡Larga vida al príncipe heredero! —corearon al instante.

—¡Que el fuego alumbre tus pasos, joven príncipe!

Los presentes lanzaban pétalos al aire, sorprendidos ante aquella imagen. Durante su ausencia, el príncipe se había convertido en un drago adulto, de una belleza ineludible. Llevaba el pelo largo, casi blanco de tan rubio, las pestañas apenas visibles en unos ojos celestes tan fríos como el mismo hielo. Sobre su montura, se esforzaba por dibujar una sonrisa mientras buscaba algún rastro de Áral entre la multitud. En ese largo viaje había disfrutado a sus anchas del placer de todas las hembras que se le habían antojado y, sin embargo, daría la mitad de su reino por beber de aquellos labios que todavía recordaba con ansia.

Al llegar al mercado, las calles se estrechaban propiciando que la guardia se alejara del heredero. En ese momento, un grupo de jóvenes encapuchados de La Llama, con la cara tiznada de hollín, rodearon al príncipe y tres de sus guardias, descargaron de la espalda un pequeño fardo y rociaron el suelo con un líquido negro, grumoso. Entre todos dibujaron con rapidez una circunferencia.

—¡Malditos salvajes! ¡¿Qué estáis haciendo?! —bramó Crimson, sobre su montura—. ¡Prendedlos! ¡Quiero verlos arder si es preciso!

Uno de los rebeldes hizo vibrar sus escamas dando a entender lo que todos esperaban. Como un solo drago arrojaron su fuego sobre la brea vertida en el suelo. Las llamas rodearon al príncipe y sus soldados. El órix se encabritó sobre las patas traseras, asustado. Sobre su lomo se reflejaban las dentelladas rojizas de la lumbre.

—¡La Llama no se rinde ante el poder de los tiranos! —gritó el que parecía liderarlos.

—¡Un drago, un fuego! —corearon al unísono—. ¡Unidos, un incendio!

Crimson intentaba controlar al órix. En su cabeza resonaba esa extraña consigna, mientras la guardia real trataba de apagar el cuerpo de uno de los soldados que había intentado cruzar el cerco. El grupo de rebeldes se disgregó por los arcos de la plaza real con la agilidad característica de los dragos rojos, capaces de trepar por las fachadas y saltar muros sin apenas esfuerzo, hasta desaparecer entre los tejados como una exhalación.

El príncipe desenvainó su espada y desde la montura de su órix vio cómo el líder de la banda trepaba por una columna de madera. Echó el brazo hacia atrás, por encima de su cabeza, y con una fuerza inesperada para alguien que solo se apoyaba en los estribos, lanzó su acero. La hoja cruzó el fuego girando como las aspas de un molino hasta terminar ensartada en el cuello del rebelde, que quedó empalado en el pilar de madera. La calle se sumió en un silencio solo interrumpido por el crepitar del fuego y los últimos estertores del pobre muchacho.

—Uno menos —musitó el príncipe mientras azuzaba al órix para saltar por encima de las llamas. Tras superarla, ordenó—: Que alguien recupere mi espada, pero dejad colgada ahí a esa escoria. Que recuerden quién es su amo. ¡Volvamos a casa!

En el interior del palacio, Tëesha esperaba con inquietud la llegada de su hijo. Sabía que estaba dolido con ella, nunca le perdonaría haberle alejado de ese modo. Paseaba nerviosa por la Habitación Blanca con las manos a la espalda. El galeno real la contemplaba con su habitual silencio, disfrutando en secreto de su angustia. Nada entorpecería más sus planes que una estrecha alianza entre el Despiadado y la hermosa reina.

—¿Se encuentra bien, alteza? Hay asuntos que me gustaría tratar antes de que llegue el joven príncipe.

—No sé, Xoc, comienzo a dudar de lo que hemos hecho. No sé si fue la decisión más acertada mandarlo un ciclo entero de viaje. En cualquier caso, es un hecho que no se ha ganado el favor del pueblo. Si antes nos odiaban

sin motivo, ahora les sobran razones para hacerlo. Ha heredado la brutalidad de su padre, pero carece de la inteligencia de su abuelo.

—Aún es muy joven, majestad, no tengo ninguna duda de que sabrá cómo manejarlo. Pero para no acumular problemas deberíamos acelerar nuestros planes. ¿Se habrá enterado ya del lamentable estado en el que Amirg regresó a palacio el otro día, no es cierto?

—Algo he oído, Xoc. Dicen que apenas se tenía en pie.

—Digamos que no fue su mejor noche.

—Por lo que parece, una banda de maleantes casi lo arrojan por el viaducto.

—Sí, pero regresó. Las habladurías corren de boca en boca sin freno, majestad, como habíamos previsto. Sin embargo, desde esa noche, no ha vuelto a pedirme su medicación.

—Espero que ahora no decida enmendarse; aunque a estas alturas, su prestigio y su posición están tan aniquiladas por tus drogas que ya no supone un problema —afirmó molesta sentándose en una silla—. Ya queda poco para el final de toda esta farsa. Lo que me preocupa ahora es mi propio hijo. Conocía la frialdad de su carácter, incluso su egoísmo, pero no me esperaba lo sucedido. He oído que su fama se ha extendido de tal forma que ahora le llaman el Despiadado.

—Ya se lo he dicho antes, majestad. No haga caso de las habladurías. No llevan a ningún lado.

Al otro lado de la puerta, Amirg tomaba una bocanada de aire con el propósito de entrar en la sala sin levantar sospechas. Había decidido abandonar la medicación y la abstinencia le consumía por dentro. Tras dos noches de infierno, los escalofríos y las convulsiones le daban un respiro. La lucidez que le había iluminado un segundo antes de que le alcanzara la muerte no le había abandonado. Era consciente de su patética situación, de su caída en desgracia, y había entendido que solo pareciendo frágil e inofensivo tenía una posibilidad de evitar su muerte. Ya llegaría el tiempo de resurgir, ahora tocaba sobrevivir.

El dolor lacerante y la debilidad le habían obligado a apoyarse en un refinado bastón. Escondió en la empuñadura de plata una aguja afilada, dispuesta para distraer a su mente del dolor en el caso de no poder soportar

sus embestidas. Debía disimular con celo, esa era la única ventaja con la que contaba en ese momento. Xoc no debía sospechar la forma en la que había recordado su miserable treta para librarse de él. Tenía que encontrar la forma de parecer inocuo y, aun así, necesario, o acabaría muerto. Con ese propósito, enderezó la espalda para disimular el malestar incesante y entró en la Habitación Blanca.

—Buenos días, majestad. Xoc. Espero no interrumpir —las miradas de ambos se giraron hacia el regente.

—Buenos días, Amirg —respondió Tëesha—. Te estábamos esperando.

—Parece que el príncipe Crimson está a punto de llegar.

—Eso parece. Espero que el pueblo lo haya recibido como se merece.

—Lo comprobará enseguida usted misma. ¿Le inquieta algo en particular?

—Me temo, Amirg, que este viaje ha sido un fracaso. En lugar de cosechar el favor de sus súbditos, el príncipe ha sembrado un rastro de odio y decepción del que no nos libraremos con facilidad.

—Cierto, sin embargo, mis invisibles también señalan que regresa convertido en un drago adulto, tan apuesto y distinguido como su propio abuelo, alteza. Permítame que le traslade una vez más mis más sinceras condolencias por su pérdida.

—Amirg tiene razón, majestad. El joven se fue de palacio siendo apenas un crío. Puede que no obtengamos de este viaje lo esperado, pero podremos encauzar la situación. No me cabe la menor duda.

Una sacudida recorrió la médula de Amirg como si le corriera fuego por las venas. Apretó las mandíbulas apoyándose en la empuñadura del bastón. Una gota de sudor le recorrió la espalda mientras buscaba con la yema del dedo el alivio punzante de la aguja, atravesando la corteza de su piel para distraerlo un instante de su propia agonía.

—¿Te encuentras bien, Amirg? —preguntó la reina al ver su frente empapada en sudor—. Pareces cansado.

—Pásate por mis aposentos más tarde, Amirg, seguro que te puedo recetar un reconstituyente eficaz.

Amirg secó el sudor de su frente, conteniéndose para no contestar. Era sorprendente la forma en la que ese diminuto galeno, insignificante en

apariencia, le había arrebatado la voluntad, la confianza en sí mismo y, casi, hasta la propia vida. Sintió ganas de golpearlo con el bastón, tirarlo al suelo, y humillarlo por cómo se había sentido al despertar en las calles como un vulgar mendigo, pero sabía que no había llegado el momento.

—Gracias por tu ofrecimiento, Xoc, pero ya me encuentro mucho mejor.

—Me alegra escuchar eso —dijo la reina—. Ahora debemos ser fuertes y permanecer unidos. Muy pronto podremos regresar a Ócsul y olvidar todo el desprecio y la miseria de esta horrible ciudad.

—Si mis oídos no me engañan, diría que esos son los pasos del príncipe, majestad —dijo Xoc.

Crimson abrió las puertas de la Habitación Blanca de par en par. La kracárite le seguía de cerca, reptando por el suelo como si se deslizase por una superficie resbaladiza. Los dos habían crecido y, a pesar de la dimensión que la insidiosa cobra había adquirido, la figura del príncipe llamaba poderosamente la atención. No se trataba solo de su altura, o de su porte, sino de la firmeza y seguridad de sus gestos.

—¡¿Pero se puede saber dónde está todo el mundo?!

—¡Te esperábamos con ansia, hijo! Bienvenido.

—Pues nadie lo diría. Pensé que habríais organizado una fiesta para recibirme o un buen banquete al menos.

—Imaginé que estarías cansado. Ya habrá tiempo de fiestas más adelante, anda, dame un abrazo.

—Por favor, madre, no lo creo necesario. Esta familia nunca ha sido pródiga en muestras de afecto, lo que no entiendo es qué hacen estos dos aquí. ¿No había nadie más tullido o más viejo en toda la ciudad?

—Me alegra saber que se acuerda de nosotros —dijo Xoc con ironía—. Es un placer tenerlo de vuelta en la corte.

—¡Ja! Tienes sentido del humor, viejo. Eso me gusta. Y tú, Amirg, deberías hacer algo con tu cara con urgencia o cubrirte al menos en mi presencia. Había olvidado lo horrendo de tu rostro, es realmente desagradable.

—¡Hijo! ¡Ya basta! Amirg es el regente en la corte y no deseo recordarte la naturaleza de sus heridas.

—Tranquila, majestad —interrumpió Amirg—, siempre he disfrutado del oscuro sentido del humor de nuestro futuro rey.

—¿Has oído, madre? Tengo un gran sentido del humor. Por cierto, de camino a palacio unos jóvenes han intentado ¿cómo lo diría? Molestarnos, sí, tal vez esa sea la palabra correcta; porque esos desgraciados no hicieron nada más que eso, pero me llamó la atención la consigna que coreaban. Era algo sobre un incendio o un fuego, o algo parecido.

—He oído antes ese lema —contestó Amirg—, mis invisibles están al tanto de la alianza de un grupo de rebeldes, nada importante: huérfanos de Ssixo, maleantes y resentidos, fieles al viejo rey. Se les conoce como La Llama. Creo que en su momento nos serán útiles, si siguen coreando incendios será fácil culparlos cuando arda la ciudad.

—No te preocupes por eso, hijo. En poco tiempo serán historia, hemos aumentado las levas en el oeste y en pocos días un numeroso contingente de tropas de Ócsul llegará a Ssixo para sellar su final.

—La Llama —apuntó Crimson con displicencia—. Un nombre muy poco original para ser un pueblo de herreros, ¿no os parece? Y ¿quién es su líder? Si puede saberse. No estaría mal buscar su cabeza para hacerla rodar por las calles. Sería una forma eficaz de disuadir al pueblo de esa clase de actividades.

—Dicen que hay una joven roja, apenas una cría que acaba de cruzar la muda —señaló Amirg—, una draga que se oculta en las montañas y que ha reunido a los huérfanos de la ciudad en nuestra contra. Han asaltado algunas de nuestras caravanas. Nada relevante, en cualquier caso.

—¿Una draga roja? —preguntó Crimson intrigado—. Eso es interesante. Mantenedme al corriente de cualquier cosa que averigüéis sobre el tema.

—Por supuesto, alteza.

—Tal vez esos rebeldes nos brinden una tapadera para acabar con esta maldita ciudad, hijo. Necesito regresar a nuestro hogar cuanto antes. En Ócsul podremos comenzar de nuevo.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, madre. Este lugar me aburre hasta la náusea, aunque tal vez antes debamos darles un escarmiento a esos rebeldes.

Una nueva sacudida estremeció el cuerpo de Amirg. El dolor era tan intenso que hundió la aguja en el interior de la uña buscando alivio. Se mantuvo rígido, apoyado sobre la empuñadura para no mostrar su malestar sin darse cuenta de cómo la kracárite se acercaba sinuosa a ras de suelo, alentada por el olor de la sangre. Una gota densa, oscura, se deslizaba por la yema de su dedo. Antes de rozar el suelo, la portentosa cobra la atrapó con su lengua. Se quedó erguida, observándolo con sus ojos vacíos, como si fuera la única criatura capaz de descifrar sus pensamientos: el profundo desprecio que sentía por todos y el deseo de venganza que, como un parásito, se iba haciendo más y más fuerte en su interior. La cobra hinchó el cuello, dibujando el triángulo desafiante de su cabeza. Erguida sobre el tronco se alzó hasta su yugular, dispuesta a atacar.

Al tomar conciencia de la situación, Xoc extendió los brazos hacia ella. Bastaría un solo mordisco de sus portentosos colmillos para acabar con la vida del regente. Pero, aunque hacía solo un instante sus planes pasaban por derrocar a ese peón de la partida, a pesar de que su presencia le resultaba desagradable, incluso lamentable, tuvo la certeza de que no había llegado el momento de acabar con él, no todavía, y menos aún por el ataque de la serpiente de ese malcriado que empezaba a vislumbrarse como el primero de sus problemas. Xoc exhaló su aliento de drago sin fuego. La emanación narcótica brotó al tiempo que la idea de un nuevo plan se gestaba en su interior.

Crimson y la reina se giraron al ver cómo Amirg y la kracárite se desplomaban contra el suelo. Parecía imposible que alguien tan enjuto y frágil como Xoc pudiese albergar tanto poder.

Crimson ignoró el maltrecho cuerpo de Amirg y se arrodilló para comprobar cómo se encontraba la kracárite.

—Pero ¿quién te has creído? —La cólera activó su garganta. El fuego burbujeaba en el fondo de su boca—. ¡Como vuelvas a usar esa horrible mutación de tu aliento contra Naya separaré tu cabeza del cuerpo! Tal vez así descubriremos la naturaleza de un engendro como tú.

Xoc se estremeció de terror a la espera de que el heredero arrojase su fuego contra él. Hacía mucho que nadie le hablaba de esa forma. Fueron los dragos como él los que le animaron a convertir su inteligencia en el mejor

de sus aliados, el único capaz de acallar los insultos, la humillación constante, los golpes de aquellos que habían convertido su infancia en un infierno por el simple hecho de ser diferente. Fue así como brotó aún con más fuerza una idea antigua, tentadora, sustentada en el recuerdo del instrumento más poderoso jamás conocido, esculpido en tinta, como si fuera inofensivo. Pero antes, debía encontrar a la única persona capaz de ayudarle a descifrarlo: un viejo maestro ciego, el antiguo arquitecto del reino, del que ya nadie recordaba ni su nombre.

En el interior de las catacumbas, Kratelos era conducido a empujones hasta su celda. Le habían golpeado con saña. Tenía las escamas del rostro amoratadas, las muñecas al rojo vivo por el roce de los grilletes y un escozor que le abrasaba la garganta. Esa era la primera regla de los reos de las catacumbas: sales de fosfato de amonio diluidas en agua. Un remedio infalible para inhibir el fuego drago y evitar altercados innecesarios.

Con las manos a la espalda, trataba de no caer con cada nuevo empujón del guardia, resistiendo la urgencia de una sed acuciante. Avanzaba con la cabeza gacha, registrando cada detalle del camino, cada galería, cada puerta, los lamentos de las celdas vecinas, el olor inconfundible de las dragas en cautiverio, no muy lejos de allí.

—¡Muévete, basura azul! ¡Vamos!

A lo lejos, le pareció ver la contundente figura del carcelero, vestido con la característica capucha negra cubriendo su rostro.

—¡Vaya! —exclamó Rónroth bajo la protección de su ropaje—. Parece que tenemos nuevos inquilinos, ¿no es cierto, soldado? ¿De quién se trata esta vez?

—Escoria azul, señor. Un desertor de las montañas de Ócsul.

—Pero la guerra terminó hace más de cuatro ciclos, ¿de qué se le acusa?

—Un desertor es un desertor por siempre, señor. O eso al menos dijo el príncipe Crimson cuando nos ordenó apresarlo.

—Entiendo.

—Lo encontramos en la feria de la cosecha, en el mercado de Valka, vendiendo el kashwa más increíble que jamás haya probado.

—Eso dicen de los azules.

—No se preocupe, señor —murmuró el guardia acercándose a Rónroth con complicidad—, le requisamos todo. Mañana mismo le haré llegar un paquete bien grande.

—Eso es de agradecer, soldado. No olvidaré su gesto. El kashwa que tenemos aquí es igual que el barro, puede que incluso peor.

Al escuchar que esos miserables habían confiscado también todo el grano recolectado, Kratelos se enfureció. Le había dolido más aquello que los golpes. Eso significaba que Río no solo se había quedado una vez más sin padre, también sin sustento y, por qué negarlo, esa había sido la mejor cosecha en ciclos. Elevó la vista hasta el guardia, un joven rojo con aspecto bobalicón y mirada altiva.

—¡Baja la vista, desertor! —gritó golpeándolo con su lanza—. No se te ocurra volver a mirarme.

Rónroth sintió una afinidad instantánea por aquel azul. No solo por tener más o menos su edad, sino por lo injusto de su historia. Al fin y al cabo, él también era un desertor, pero el odio del Despiadado no tenía límites.

—Es tarde ya, soldado, y tu turno debe estar a punto de terminar. ¿Qué te parece si llevo yo mismo a este indeseable a su celda y tú, a cambio de ese enorme paquete de kashwa que me has prometido, regresas un poco antes? Estoy seguro de que hay una draga hermosa esperándote en algún lugar.

—Pues lo cierto es que así es, señor, no se lo negaré, y ¿sabe qué? Haré todo lo posible para que sean dos paquetes.

—¡Anda! Disfruta de la noche, soldado. Y no regreses por aquí sin lo que me has prometido.

—Desde luego, señor. Muchas gracias.

El joven se alejó mientras Rónroth sacaba de su casaca una botella de agua. Inhibir el fuego de un drago le parecía una crueldad, pero dejarlo sin agua durante horas era algo intolerable.

—¡Vamos, azul, bebe! Pero que no se te ocurra decir una sola palabra de esto, ¿entendido?

Kratelos asintió levantando los brazos para agarrar la botella.

—Bebe tan despacio como puedas o vomitarás. Deja que el cuerpo lo vaya tolerando Eso es, poco a poco.

Kratelos procuraba controlarse mientras tragaba con los ojos cerrados. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Cómo había sido tan estúpido? ¿Cómo había quebrantado su promesa de no pisar nunca el mercado de Valka? Llevaba una buena vida sin necesidad de ir a ese maldito pueblo. Había perdido todo, incluso su libertad, por pisar esas tierras. Tan solo daba gracias por haber concluido la formación de Río. Estaba convencido de que sabría salir adelante mientras buscaba la manera de escapar de ese agujero.

—¿Quieres más?

Kratelos asintió con la cabeza, mientras Rónroth le ofrecía otra frasca de agua. Ese carcelero tenía más humanidad que los soldados que lo habían detenido. Estaba claro que era un buen drago, tan grande y corpulento como él y con la astucia de un soldado curtido.

Al acabar la botella, Rónroth le condujo por las galerías hasta su celda y lo invitó a entrar. Tenía el presentimiento de que su detención respondía a un capricho del Despiadado y eso solo podía significar que su vida corría grave peligro.

—Ándate con ojo, azul —dijo cerrando la puerta de la celda—. No sé qué habrás hecho, pero no querría verme en tu piel.

Kratelos, con la garganta aún en llamas, lo miró con pesar.

—Las cosas aquí abajo no son fáciles, pero si te portas bien, tal vez mañana pueda traer una taza del fruto del kha del que tanto hablan. Veremos si es tan bueno como dicen.

Rónroth esbozó una sonrisa que Kratelos recibió desconcertado, y se alejó con la extraña sensación de estar pasando por alto algo esencial de la historia de ese azul.

2

Un himno

La llegada a Ssixo no fue lo que esperaba. Tal y como le había indicado Shándor, la red de alcantarillado le había permitido eludir la guardia real que custodiaba el acceso a la gran muralla. Lo que no le había advertido era la pestilencia de esas cloacas.

Al salir desenvolvió con cuidado la caja de percusión y el hermoso laúd. El maestro había confeccionado una funda que le permitía llevarlo colgado al hombro. Lo depositó en el suelo y aprovechó para estirar la espalda tras el largo camino. A lo lejos podía verse la gran ciudad: los tejados rojizos arremolinados, las torres de humo saliendo de la forja del barrio de los Herreros y la majestuosa estructura octogonal del palacio amurallado.

Necesitaba adentrarse en su interior para reunir todo el dinero que le fuera posible y encontrar a su padre, pero con solo pensarlo, se le encrespaban las escamas. Sintió las manos sudorosas y una inquietud extraña en el fondo del vientre. Tomó aire, se cubrió con la casulla que había protegido la caja de música y, apoyándose en el kali, emprendió el rumbo hacia el barrio Bajo.

El primero de los soles comenzaba a ascender y el entramado de callejuelas despertaba a un nuevo día. Río miraba asombrado ese escenario. Las calles de Valka eran la única urbe que conocía y solo había pasado un día en el Círculo de formación. Cerró el puño para observar el anillo de su dedo pulgar con la garra labrada. Todavía no se sentía digno de aquel obsequio, pero que Shúrima así lo creyese, le dio confianza.

Cuando llegó al mercado, despuntaba el segundo de los dos soles. Los comerciantes terminaban de montar sus puestos para vender toda clase de productos. Los olores impregnaban el aire y, poco a poco, un murmullo de dragos se apoderó de la mañana. Los vendedores de fruta y verduras

anunciaban a voz en cuello sus viandas, los curtidores de pieles, alfareros y por encima de todos ellos: el despertar de los martillos. Un golpeteo metálico, como el tañido de un corazón de hierro, retumbaba en el barrio de los Herreros. A medida que el estruendo lo iba llenando todo, Río se sentía cada vez más angustiado. Su oído era capaz de percibir sonidos a muchos metros de distancia, y el murmullo inicial se iba transformando en un alboroto ensordecedor.

Un cuchillero se acercó a él de improviso mostrando el filo de una daga. Ver la hoja tan cerca le hizo saltar aterrado. Agarró al drago por el cuello, y le apretó la garganta contra el kali hasta hacerlo palidecer. Al darse cuenta de que solo quería vender sus cuchillos, Río salió corriendo avergonzado con la caja de música apretada contra el pecho. Atravesó la multitud de la plaza, los arcos de los herreros, corriendo por el suelo empedrado hacia el barrio Bajo. Se escondió en un callejón perdido, al resguardo de toda esa gente y su bulliciosa existencia.

Buscó cobijo en el suelo, acurrucado en un rincón se tapó los oídos para acallar el sonido del mundo, detenerlo todo para poder pensar, para entender qué había sucedido. ¿Cómo era posible que las cosas se precipitaran así? Debía encontrar a Kratelos, y para ello necesitaba reunir tantos dracks como fuera posible, pero en ese instante no podía hacer otra cosa que recuperar el ritmo de su respiración. Procuró serenarse, recordar la primera vez que su padre le obligó a cruzar el río. Esa había sido una parte crucial de su entrenamiento. El agua apenas le cubría las rodillas, pero el corazón se aceleró en su pecho como si se estuviera ahogando.

—No hay nada tan poderoso como el pensamiento —le dijo Kratelos—. Tu cuerpo solo siente lo que dicta tu mente. Cambia tu pensamiento y todo cambiará.

Ese día, había logrado superar uno de sus grandes miedos; de esos que se forjan cuando uno no puede decidir siquiera. Liberarlo le brindaría la oportunidad de agradecerle todo lo vivido. Debía concentrarse en ese pensamiento: encontrar la forma de llevar a su padre de vuelta a casa.

Poco a poco se fue serenando. Apartó las manos de sus oídos y respiró con calma para aquietar sus pensamientos. A lo lejos, le pareció percibir el llanto de un crío. Se puso en pie y afinó el oído. Sin duda era el llanto de un

joven cachorro atemorizado. Corrió sin dudarlo, hasta toparse con tres de los miembros de la banda de Los Herederos. Un pequeño drago, pálido y enjuto, lloraba en el suelo. Los tres dragos le habían robado una bolsa con monedas y parecían disfrutar con su desesperación. Al verlo recordó a los gemelos Trukx y la paliza que le dieron el primer día de su Círculo de formación. Río se arrodilló para ayudar al joven a levantarse.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

El pequeño lo miró con asombro. Se secó los ojos y asió su mano tendida.

—¡Eh, tú! —gritó una voz a su espalda—. ¿Qué estás haciendo?

Río eludió la pregunta e insistió:

—Han sido esos dragos, ¿verdad? ¿Te han robado la bolsa?

—¿Nos acusas de algo, extranjero? No tienes pinta de vivir por aquí.

Río seguía ignorando a los tres dragos.

—Estoy bien, gracias por ayudarme —respondió el crío poniéndose en pie—, pero será mejor que te vayas si no quieres meterte en problemas.

—Eso es, extranjero, haz caso al tullido. La gente como tú no es bienvenida en estas tierras.

—No te preocupes, me iré enseguida —respondió Río girándose hacia uno de ellos—, pero antes devuélvele la bolsa.

—¿La bolsa? Y me la vas a quitar tú, campesino.

Río movió su kali a tal velocidad que ni siquiera vieron cómo sacaba de su alforja la bolsa, para arrojarla en manos del pequeño drago.

—¡Maldito imbécil! —bramó el más corpulento lanzando una bocanada de su fuego contra Río, que esquivó sin apenas esfuerzo.

Girando el kali de nuevo le propinó dos azotes en las generosas nalgas. El dolor lo hizo aullar como un canebro mientras sujetaba sus posaderas con las dos manos. El pequeño drago no pudo evitar reírse, al igual que los dos malhechores.

—¿Alguno de vosotros quiere probar su misma suerte? Porque tengo un poco de lo mismo para cada uno.

El más flaco de los tres, un drago marrón con los ojos demasiado juntos, se lo pensó un instante. El gordo regresó malhumorado.

—¡¿Pero es que no pensáis hacer nada?!

—Yo no diría eso —respondió Río—, están actuando con inteligencia.

—¡Maldito seas! —respondió lanzando otra llamarada de su fuego.

Río se agachó para esquivarla, giró la cintura y le asestó una patada que lo lanzó a un par de metros de distancia.

—Yo creo que por hoy ya ha sido suficiente. La próxima vez, no seré tan comprensivo.

Los dos dragos tendieron la mano a su compañero para ayudarlo a levantarse y salir de allí lo antes posible. El pálido drago se acercó cojeando para tomar del suelo la caja de sonidos de Río.

—Muchas gracias por recuperar mi bolsa. Por cierto, yo soy Xxuli.

—Encantado de conocerte, Xxuli. Yo soy Río.

—Si quieres, podemos repartir los dracks de mi bolsa, no hay mucho, pero creo que es lo justo.

—No es necesario. Es tu dinero.

—Dime al menos cómo puedo devolverte el favor.

Río se rascó la cabeza, justo entre las dos protuberancias de su incipiente cornamenta.

—Bueno, tal vez podrías decirme dónde puedo encontrar algún músico interesado en comprar instrumentos.

—Amigo, has preguntado a la persona indicada. Todavía es pronto, pero esta noche busca la taberna del Loco, está cerca de estas calles. Cuando llegues, te encontrarás con un drago pelirrojo de escamas anaranjadas y rojas. Es Fogus, el dueño del local, un grandullón inofensivo. Él te ayudará, pero deberás esperar a que oscurezca. Dile que vas de mi parte y también de Áral.

—Buscar a Fogus, de parte de Xxuli y Áral, anotado. Muchas gracias, así lo haré.

—Ahora debo marcharme, pero ya puedes decir que tienes un amigo en Ssixo, mucha suerte.

Al caer la noche, Río se decidió a empujar el brazo en forma de pomo de la taberna del Loco. Llevaba un buen rato viendo el rostro enajenado del drago tallado en la puerta de nobu. Le costaba creer que esa cara fuese una

invitación a nada, pero no podía hacer otra cosa que probar suerte en el lugar indicado por aquel crío: «un amigo», nunca se habían dirigido a él de esa forma. Al hombro llevaba colgado el laúd y, envuelto en la arpillera de un saco, la hermosa caja de percusión.

En el interior de la taberna el caos reinaba por todas partes, pero primaban las risas, la conversación y una variedad de dragos y dragas de todos los colores imaginables. La luz tenue, casi en penumbra, le hizo sentirse cobijado. Al fondo, un trío de dragos en el inicio de la muda acompañaba sus voces con una serie de cajones de distintos tamaños que golpeaban con las manos creando una percusión pegadiza. No conocía aquella melodía, ni tampoco la letra de aquella canción, pero le gustó la vibración de sus notas.

La actuación terminó con una llamarada de los tres dragos que dejó a Río fascinado. Un drago enorme de barba roja increpó a los jóvenes músicos:

—¡Por todos los dragones! ¡¿Habéis perdido la cabeza?! Es la segunda plancha de hierro que acaba fundida en lo que va de estación. ¡Tened más cuidado! Esta es mi taberna, no la forja de los herreros, ¿entendido?

Los tres dragos asintieron entre los aplausos del público. El más alto no paraba de rascarse los brazos dejando al descubierto sus escamas marrones, salpicadas de vetas rojizas. Río calculó que en un año él también iniciaría la muda y por fin conocería el color de su linaje.

—¡Eh, tú! —gritó una draga negra cargada de jarras de cerveza, con una cresta violeta en la mitad de su cornamenta—, ¿vas a quedarte ahí parado como un leño o me vas a dejar pasar?

Río apretó con fuerza la caja contra el pecho y caminó hacia la barra en busca de ese tal Fogus.

—Disculpe, señor.

—¡Vaya! ¡¿Habéis oído, pandilla de bestias?! —gritó Fogus increpando al trío del escenario—. Aquí tenéis por fin a un drago con modales.

—Muchas gracias, señor, verá…

—Puedes llamarme Fogus, crío. Los señores están al otro lado de la ciudad y, por fortuna, no vienen mucho por aquí.

—Pues verá, Fogus, vengo de parte de Xxuli y de Áral. Me han dicho que tal vez aquí pueda encontrar a alguien interesado en comprar mis instrumentos.

—¿Comprar? —dijo rascándose la espesa barba—. El dinero escasea por aquí, igual que el talento, como puedes comprobar. La única forma de que alguien te preste atención es subir al escenario, porque supongo que tú también eres músico, ¿no es cierto?

—No, señor, bueno, toco el laúd, y me acompaña mi caja, pero nunca lo he hecho en público.

—Pues mira por dónde hoy vas a tener una oportunidad. Tendrás que esforzarte mucho para hacerlo peor que esos tres insensatos.

—¿Quiere decir que suba ahora mismo?

—¡No! Me refiero al ciclo que viene, cuando lleguen las lluvias. ¡Pues claro! Aprovecha que el listón ha quedado relativamente bajo y que me siento generoso.

Río tragó saliva. Sentía la garganta seca y el vientre en un puño, pero tenía que conseguir dinero como fuese. Se acercó al escenario con timidez. Sin duda llamaba la atención la modestia de sus ropas. Los tres dragos de colores se rascaban los brazos y las piernas con desesperación sin quitarle los ojos de encima. Río tomó una silla y la subió al escenario, después desenvolvió su caja y la puso sobre un cajón frente a él. Era una pieza hermosa, lacada en un negro brillante con las alas de un dracknodón talladas en el centro, en una alegoría del escudo de Ssixo. Aquello pareció llamar la atención del público que empezó a acercarse. El corazón le latía tan fuerte que pensó que todos podrían escucharlo. Sacó el laúd de la funda y se sentó en la silla para afinarlo tras el largo viaje desde Valka. El público parecía impaciente y desconcertado ante toda esa parafernalia.

—¡¿Así que ahora también tocan críos en tu taberna, Fogus?!

—¡Cierra esa enorme bocaza! Y deja que el joven se prepare.

—¡Pero si ni siquiera ha mudado! ¿Qué va a ser lo próximo?

—¡Lo próximo será mi puño en tu horrenda cabezota! ¡Cierra el hocico!

El laúd por fin estaba afinado, pero le temblaban tanto las manos que no sabía si podría tocar. Al fondo de la taberna comenzaron los abucheos. Procuró vaciar su mente, apoyó el laúd en la silla y acercó el cajón con la

caja de ritmos. Debía generar la inercia suficiente para que el sonido en su interior se replicara una y otra vez en el compás adecuado.

Le llamó la atención cómo lo miraba una hermosa draga morada, acodada en un extremo de la barra. Cerró los ojos un momento y bajó el rostro para colocar sus dedos sobre las cuerdas. El pelo le cayó sobre la cara. Abrió la caja y comenzó a girar la pequeña manivela que reproducía un sonido chirriante, mecánico, un acorde extraño, casi un gemido… imaginó el rostro del maestro ciego: tocaría para él y para Kratelos, como si en aquel recinto no hubiera nadie más.

El sonido de aquel extraño artilugio se apropió de la estancia. Una a una se fueron silenciando las voces, el tañido mecánico se replicaba en bucle. Era el momento de tomar el laúd. Las primeras notas le salieron ahogadas, afónicas, pero a medida que el silencio se imponía, logró conectar con su voz:

> Raíz profunda, erguida hacia el cielo.
> Azul es la llama en la base del fuego.
> Raíz profunda, erguida hacia el cielo.

—La Llama. Es el himno de los azules —musitó Fogus—, hacía mucho que no lo escuchaba, pero esa canción está prohibida. Debería parar a ese crío antes de que vuelva la guardia real.

—No lo pares —suplicó Arhona desde la barra sin dejar de mirar hacia el escenario—. Esto es justo lo que necesitamos.

> Libre es la forja de un pueblo sin reino,
> dura es la forja de un pueblo sin miedo.

—No suena como la canción original —susurró Arhona con sus pupilas violetas clavadas en Río—. El fraseo es distinto, la guitarra tiene una afinación abierta, más resonante, la melodía y el latido de esa caja. Esto es algo distinto… y esa voz…

El chirrido mecánico generaba una distorsión extraña, que llegaba directa a la médula de aquel auditorio. Acostumbrados a las voces desafinadas de los jóvenes que se subían al escenario, la voz de Río

resonaba como algo nuevo, de una belleza insólita por la pureza y garra de su timbre.

> Raíz profunda, firme en su suelo.
> Su tierra, su roca, su vida y sustento.
> Raíz profunda, firme en el suelo.

Fogus vio salir del local a uno de los invisibles de Amirg. Y, aun sabiendo lo que sucedería, eligió seguir escuchando y disfrutar del trance en el que había sumido a su clientela.

> Libre es la forja de un pueblo sin reino,
> dura es la forja de un pueblo sin miedo…

Río comenzó a silbar la melodía por encima de los acordes del laúd. Otros dragos se fueron sumando, momento que aprovechó para rasgar con más fuerza las cuerdas, y cantar por última vez el estribillo, al que se unió la taberna al completo.

Al concluir su actuación, la taberna se quedó en silencio unos instantes. La caja de ritmos continuó con su afónico tañido. Río abrió los ojos con el pelo empapado en sudor, cuando los jóvenes dragos del concierto anterior se pusieron en pie, emocionados:

—¡Otra vez! ¡Cántala otra vez!

—¡Sí, vamos! ¡Cántala otra vez!

Río sonrió recorriendo el local con la mirada. Eran muchos los dragos que habían acercado sus sillas para verle cantar. Un grupo de cuatro dragas se había sentado en el suelo, frente al escenario, sonriéndole desde sus bocas atravesadas por minúsculos aros, ensartados también en la protuberancia de las cejas. Hasta el viejo Fogus se había quedado mirando al joven, sorprendido ante lo inesperado de su voz. Frente a la calurosa bienvenida, Río agarró con fuerza el laúd y volvió a comenzar, desconcertado ante una alegría que no pensaba encontrar en aquella taberna inmunda. Al llegar al estribillo, el público golpeaba el suelo con sus botas, batían palmas entusiasmados mientras repetían con emoción aquella letra que parecía atravesar el corazón de los ssixianos:

> Libre es la forja de un pueblo sin reino,

Dura es la forja de un pueblo sin miedo.

La taberna del Loco cantaba con una sola voz aquel estribillo pegadizo. Un grupo de dragos entrelazaban sus brazos alrededor de los hombros para mecerse al ritmo de aquella melodía. Río disfrutaba de un momento único, y lo alargó tocando viejas canciones que el maestro y su padre le habían enseñado, pero adaptadas a su particular forma de interpretar la música. Repetía estribillos, rasgaba con fuerza o sutileza su laúd adecuándose a la historia que contaba cada canción. Modulaba su voz desde el suave susurro al más potente agudo, conectando a través de fraseos que no se habían escuchado antes. Todo ello mientras la caja de Shándor martilleaba con su percusión el corazón de los dragos del Loco, que parecían haber entrado en una especie de trance.

En cuanto el primero de los soldados de la guardia real entró en la taberna y trató de parar la actuación, un drago de escamas verdosas arrancó las cadenas que llevaba al cuello y se interpuso entre ellos y el escenario con determinación. Aquello era el inicio de una nueva pelea en la que nadie estaba dispuesto a que la voz de Río fuera silenciada.

A pesar del bullicio, Río seguía cantando cuando alguien se acercó a él por la espalda:

—Debemos irnos, sígueme —le indicó Arhona—. ¡Venga, date prisa! Y no hagas preguntas.

Río se giró para ver a la hermosa morada que había llamado su atención en la barra. Se echó el laúd al hombro, cerró la caja de música y la siguió al exterior de la taberna sin entender qué estaba sucediendo.

—¡Rápido! Unas calles más arriba nos espera un carruaje. Parece que tu canción no ha pasado la criba de los invisibles de Amirg. No hay duda de que los has hecho enfadar.

—¿Yo?

—¡Pues claro! Tu canción ha encendido el corazón de esos dragos, y debo reconocer que no lo has hecho nada mal.

Los dos caminaban entre callejuelas con pasos largos, casi a la carrera. Arhona se cubría con la capucha de su larga capa mientras Río apretaba con fuerza la caja de ritmos contra el pecho apoyándose en el kali.

—Por cierto, ¿quién te ha enseñado esa canción?

—Mi padre lo hizo, es un azul.

—Entonces ¿has venido desde esas montañas hasta aquí?

—Bueno, vengo desde Valka. Mi padre hace mucho tiempo que vive allí, pero ese odioso príncipe, Crimson, lo detuvo sin ningún motivo y lo ha encerrado en las catacumbas de Ssixo.

—Conozco ese lugar, amigo, y conozco también a alguien que, sin duda, podría ayudarte.

—¿En serio? ¿Me ayudarás a liberarlo? Estoy dispuesto a pagarte. Fui a la taberna para vender mis instrumentos. Cuestan una fortuna si sabes apreciarlos.

—No cabe duda de eso —Arhona señaló al frente—. Ahí está mi carruaje. Esta noche la pasarás en mi casa; debemos ponerte a salvo, sospecho que van a poner precio a tu cabeza. Pero no te deshagas de ese laúd, es una belleza y creo que tu voz puede sernos más útil que el dinero que puedas conseguir si lo vendes. Mañana hablaremos de cómo liberar a tu padre.

3

Tortura

A pesar del cansancio, esa noche Rónroth no había podido conciliar el sueño. Le daba vueltas al rostro de aquel drago azul de las mazmorras. Juraría haberlo visto antes en algún sitio, pero no lograba recordar dónde. Ahora que el príncipe había regresado a palacio, las detenciones arbitrarias serían mucho más habituales, igual que la huella de locura que parecía acompañar todo lo relacionado con el heredero al trono. No podía evitar sentir cierto temor incontrolable por Áral. Su nombre corría de boca en boca y la simple idea de verla bajo las garras del Despiadado le revolvía el estómago.

El portón de entrada a las mazmorras chirrió con su estridencia habitual y, sin embargo, algo había cambiado, un silencio diferente, desprovisto de los murmullos habituales que se filtraban de las celdas. Al llegar al cuarto en el que pasaba la mayor parte del tiempo, Rónroth se fijó en dos paquetes pequeños apoyados contra la puerta. No necesitó abrirlos, ni aspirar su aroma para sentir un amilanamiento en las tripas. Si el joven soldado había regresado a las mazmorras tan temprano, solo podía significar una cosa.

Un grito desgarrador confirmó el peor de sus presentimientos. Era un sonido profundo, nacido de las entrañas de un cuerpo a punto de quebrarse. Rónroth corrió hacia la celda en la que habían encarcelado al azul, pero estaba vacía. En el suelo, un rastro de sangre le guio hasta una de las salas empleadas antiguamente como cámara de torturas. El joven guardia de la noche pasada custodiaba la puerta entreabierta.

—Buen fuego traigas, soldado —saludó Rónroth fingiendo indiferencia.

—Buen fuego te acompañe, carcelero. Espero que le haya gustado mi regalo.

—Ya lo creo. Veo que eres un drago de palabra. Tal vez más tarde pueda invitarte a una taza bien caliente, hasta es posible que le añada un buen chorro de la mejor agua de fuego que has probado.

Un nuevo alarido les hizo girar la mirada al interior de la estancia. Crimson parecía disfrutar a lo grande. Colgado de las muñecas, Kratelos se balanceaba en el aire con la ropa hecha jirones y el cuerpo marcado por el látigo que el príncipe sujetaba con saña.

—Creo que ha perdido el juicio —le confesó el joven guardia—. Aún no había amanecido y ya estábamos aquí. Por lo visto, el príncipe estaba deseando darle una buena paliza a ese azul, pero si te digo la verdad, después de lo que he visto y oído, ese maldito desertor empieza a darme lástima.

—Así que lleva ya un par de horas de tortura, ¿cierto?

—Yo diría que incluso tres. Nunca había conocido a un drago tan duro como este.

Rónroth se acercó al joven rojo para escuchar su confesión.

—He visto cómo untaba las siete colas de su látigo con flor de urtha. Tan solo con su roce, las escamas se derriten como si el mismo fuego te estuviese devorando.

—¡Vamos, habla de una vez! —ordenó Crimson—. ¿Quién te ayudó a escapar? ¡Contesta, o acabaré haciéndote pedazos!

Rónroth apreció el rostro desencajado del príncipe. Parecía salvaje y dichoso; libre al fin del disimulo habitual con el que ocultaba a diario el hecho de habitar un cuerpo sin corazón.

—No pudiste abandonar el campo de batalla sin que alguien te ayudase —continuó—, ¿quién fue? ¡Vamos!

Crimson restalló el látigo contra su espalda. El impacto provocó un estallido azul de las escamas quebradas. Al mecerse en el aire, la sangre que goteaba de su cuerpo dibujó en el suelo un lienzo estremecedor.

—Si le sigue castigando de esa forma, lo matará —se lamentó Rónroth —, no hay duda.

—Me parece que eso no le importa demasiado.

—¡¡Habla!! —ordenó de nuevo—. ¿O acaso quieres que vaya en busca de ese joven al que llamas hijo? Tal vez así recuperes la memoria, maldito,

responde de una vez a tu futuro rey.

Un nuevo latigazo sacudió el cuerpo de Kratelos que, al descubrir que aquel monstruo sabía de la existencia de Río, se revolvió con furia.

—¡Tú no eres mi rey! ¡Búltar será por siempre el verdadero rey de Terradraga! Él sí era un rey honorable, el digno nieto de Kirandros.

Al escuchar sus palabras, Crimson entró en cólera. Un humo denso salía de sus fosas nasales anticipando el fuego que ya asomaba a su garganta. Sus escamas doradas se erizaron aumentando la envergadura de su cuerpo, las pupilas verticales, al acecho; todo indicaba que el ataque era inminente. Al verlo, Rónroth temió por la vida de aquel pobre azul cuyas palabras se le habían quedado atravesadas en el pecho. Debía pensar rápido o el índigo de su fuego reduciría a aquel drago a cenizas. Sin pensarlo, entró en la sala corriendo hacia el cuerpo de Kratelos, que seguía balanceándose en el aire.

—¡Maldito imbécil! —rugió Rónroth desde el fondo de su garganta—. ¡Nadie le habla en ese tono al príncipe de Terradraga!

—¡Estúpido carcelero! ¿Se puede saber qué haces? —exclamó Crimson, atónito, al ver aparecer de la nada a aquel gigante encapuchado.

—¡¿Qué hago, majestad?! ¡¿Qué voy a hacer?! Darle a este malnacido lo que se merece.

Rónroth agarró con todas sus fuerzas las piernas de Kratelos para estrellar su cuerpo contra la pared colindante. Sabía que era un guerrero avezado y que podría encajar el golpe. El impacto contra el muro retumbó en el suelo, pero el daño no había sido para tanto.

—¡Soldado! —ordenó Rónroth—. ¡Baja ahora mismo a esta escoria para que pueda triturar sus huesos!

Crimson resoplaba su ira; pequeñas vaharadas de humo salían por su nariz mientras trataba de descifrar qué estaba haciendo ese drago idiota.

El guardia que sostenía la soga con la que habían alzado a Kratelos la soltó de golpe y su cuerpo se desplomó contra el suelo como un fardo. Rónroth debía ser convincente en su ejecución, o Crimson los abrasaría a los dos sin dudarlo. Sentado a horcajadas sobre el azul, Rónroth comenzó a golpearlo sin descargar toda su fuerza contra él, simulando una paliza mortal.

—¡Déjemelo a mí, majestad! —dijo girándose hacia Crimson—. Lo encerraré en el Hoyo hasta que no sepa si está vivo o muerto. Nadie sobrevive a ese maldito agujero y este despojo no es digno de su fuego.

El príncipe parecía desconcertado ante aquella ruidosa representación, pero lo cierto es que estaba deseando salir de aquel lugar apestoso. Estaba claro que ese maldito azul no iba a decir ni una palabra. Rónroth no podía dejarlo pensar, así que agarró a Kratelos del brazo y se echó al hombro el cuerpo del azul para llevarlo hasta su celda.

—Dé por sentado, majestad, que este malnacido lamentará lo que ha hecho.

—Así lo espero. Mételo en el Hoyo y tira la llave, ¿entendido? —ordenó Crimson saliendo de la habitación, con las pupilas dilatadas y los puños apretados con rabia. No estaba dispuesto a perder más tiempo. Había llegado el momento de salir en busca de la cabecilla de los rebeldes, con la extraña determinación de encontrar en ella a la draga del jardín de los naranjos.

Al llegar a su celda, Rónroth depositó el cuerpo del maltrecho drago con delicadeza sobre el catre. El príncipe se había ensañado con él sin piedad y, por si no fuera suficiente, tenía un hombro dislocado.

No debía perder tiempo si quería salvarle la vida. La flor de urtha podía ser mortal si no enfriaba lo antes posible sus escamas. Rasgó un trozo de la casulla que llevaba y la mojó en un balde que él mismo había dejado en la celda. Se suponía que esa clase de gestos estaban prohibidos, pero Rónroth trataba de ofrecer a los reos un mínimo de dignidad. Al contacto con el agua, las escamas de Kratelos vibraron. Por suerte había perdido el conocimiento. Rónroth actuaba con eficacia y rapidez, pero el estado del drago era crítico. Necesitaba ayuda. Recostó su cuerpo y corrió hacia la celda colindante, en la que solía dormir un drago viejo y desdentado.

—¡Rápido! Necesito ayuda —ordenó abriendo la celda y cogiendo su balde con agua—. Al final de este pasillo está mi cuarto, allí podrás coger más agua. ¡Hazlo deprisa y te prometo una frasca de la mejor agua de fuego de toda Terradraga, vamos!

El viejo salió con el cubo en las manos mientras Rónroth regresaba al cuarto. Kratelos gemía como si estuviera soñando. No tenía tiempo, así que le echó el cubo por encima para bajar la temperatura de su cuerpo y aplacar la quemazón. Debía aprovechar que aún estaba inconsciente para recolocarle el hombro. Lo sentó sobre el camastro y situándose a su espalda presionó con fuerza. El hueso crujió al regresar a su sitio igual que un leño al romperse. Rónroth trataba de recordar, le daba vueltas una y otra vez a la historia de ese azul, fiel a la memoria de Búltar y al rey Kirandros. El viejo desdentado regresó con más agua y un frasco de aceite de lavanda.

—Esto le ayudará —dijo.

—Bien pensado, tal vez esta noche pueda ofrecerte algo más que ese licor por tu ayuda, viejo.

—No hace falta, señor. No hay un solo ssixiano que no odie a esa bestia. Jamás había oído unos gritos semejantes. Es usted un buen drago, señor —respondió mientras arrastraba los pies de regreso a su celda.

Tras limpiar con celo sus heridas y vendarlas, Rónroth regresó al lecho del azul con una jarra humeante de kashwa. Antes de entrar, le ofreció al viejo otra taza con un chorro generoso del agua de fuego que usaba para desinfectar heridas. Después, se sentó junto al catre en el que Kratelos deliraba.

Por alguna extraña razón había pensado que aquel olor le haría sentirse mejor. Entre sueños y convulsiones, lo escuchó susurrar versos sueltos de una antigua canción que, sin duda, había escuchado antes en algún lugar. Fue entonces cuando recordó las palabras de Búltar y aquella famosa historia sobre el drago azul que logró detener la guerra con la fuerza de su voz. El príncipe solía emocionarse al hablar de cómo los arqueros de Ócsul, comandados por el rey Thyle, dispararon contra sus propios soldados. Ese, sin duda, tenía que ser el Azul al que Búltar había salvado la vida, el único superviviente, indultado por su amado rey. Le costaba creerlo, pero estaba seguro de que era él. Ahora comprendía la naturaleza de esas viejas cicatrices que había visto en su cuerpo, así como su resistencia ante el dolor y su coraje.

El mayor de los dos soles llegaba a su cenit cuando Kratelos abrió los ojos. Rónroth se había adormilado sobre una silla con la taza todavía entre las manos.

—¡Vaya! Por fin… —exclamó al verlo despertar—. Por momentos pensé que no pasarías de esta noche. Te ayudaré a incorporarte.

Kratelos le sonrió dolorido.

—Toma, bebe un poco de agua. Si no te pones a toser, tal vez te deje probar un sorbo de tu propio kashwa, el mejor que he probado en toda mi vida.

Rónroth posó la taza en sus labios. Kratelos cerró los ojos y bebió muy despacio.

—Gracias —susurró mirándole con un profundo respeto.

—Lo dices por la forma en la que casi te parto la mandíbula, o por dislocarte el hombro al dejarte caer contra el suelo.

Kratelos se agarró el pecho con el brazo para evitar echarse a reír.

—No tienes nada que agradecerme, así que descansa. Si ese demente baja a comprobar si has muerto, tendré que esconderte en el Hoyo, ¿me entiendes?

Kratelos asintió con la mano posada en el pecho en señal de respeto y volvió a recostarse en el catre, agotado.

—Trata de reponer fuerzas, ¿me oyes? Y en cuanto seas capaz de respirar sin dolor tendrás que contarme todos los detalles de tu historia y, ¿por qué no?, darme la receta de este maldito brebaje.

4

Tu rostro

Lo primero que le llamó la atención al abrir los ojos fue el tacto sedoso de las sábanas sobre su cuerpo. Río se incorporó confuso e intentó reconocer la habitación. Aquel lugar era tan grande como su propia casa. La cama, cubierta de pieles curtidas, los almohadones de plumas y los macizos muebles de la estancia le parecieron los de un palacio. Al saltar de la cama para asomarse al ventanal comprobó que estaba desnudo. Unos golpes en la puerta le hicieron regresar bajo las sábanas a toda prisa y taparse con ellas hasta el cuello.

—Buenos días, dormilón —le saludó Arhona—. Espero que hayas descansado a gusto porque llevas un día y medio durmiendo. Imagino que el viaje hasta aquí debió ser agotador, ¿no es cierto?

Río asintió con la cabeza viendo cómo Arhona descorría las pesadas cortinas y abría las ventanas.

—Te he preparado un baño caliente y sobre la silla te he dejado ropa. Y, por si te lo estabas preguntando: sí, fui yo quien te desnudó anoche para poder lavar esos harapos. No podía dejarte dormir en mi cama con ese olor nauseabundo. Ahora tendrás que vestirte como uno de mis sirvientes para no levantar sospechas. Saldremos lo antes posible. Has enfadado a unos cuantos censores, todo Ssixo habla de lo que se escuchó hace dos noches en la taberna del Loco. Te están buscando, así que debemos encontrar un lugar en el que esperar a que se calmen los ánimos.

Río asintió de nuevo, incapaz de articular palabra.

—Ya veo que no eres muy hablador, eso me gusta, pero procura darte prisa y esconde ese bonito colgante por dentro de la camisa, no es propio de un criado. Abajo te espera un buen desayuno —las tripas de Río rugieron como si comprendiesen sus palabras.

Sentado a la robusta mesa, Río devoraba aquel banquete. Nunca había probado tantos manjares juntos en una sola comida.

—Come cuanto se te antoje, pero no en exceso. Recuerda que debemos salir de Ssixo y buscar un lugar seguro donde esconderte.

—No puedo irme de Ssixo —respondió con la boca llena—. Debo liberar a mi padre, ¿recuerdas? Dijiste que podrías ayudarme.

—Lo sé, tranquilo. Tengo un buen amigo en las mazmorras. Él nos ayudará, estoy convencida, pero no podemos perder más tiempo.

Arhona y Río partieron hacia la guarida de La Llama pertrechados como si fueran a cazar. Así solía esquivar las preguntas incómodas de las patrullas de la guardia real que le salían al paso al traspasar las murallas de la ciudad.

A pesar de que Arhona le había vendado los ojos para evitar que memorizara el camino, Río se orientaba con maestría. Esa había sido una de las enseñanzas de Shándor, el maestro ciego, empeñado en agudizar sus sentidos más allá de lo que los ojos pueden ver.

Cuando tan solo faltaba una legua para llegar, Arhona le quitó la venda.

—Siento que hayas tenido que hacer así el viaje, pero debemos mantener ciertas medidas de seguridad. Hay demasiado en juego.

—No te preocupes. Haría lo que fuera para liberar a mi padre.

Arhona activó su oído para cerciorarse. Aquel sonido no era nada relacionado con el jadeo del enorme animal que seguía su rastro desde que habían salido de la ciudad, ni tampoco el sordo aleteo del majestuoso dracknodón que tanto se esforzaba por ocultar su presencia. Aquello era otra cosa. Se detuvo para separar la esencia de cada sonido hasta percibir el traqueteo de un viejo carromato que se acercaba por el camino. Sentada en el pescante, apreció el brillo morado de las escamas de Súnnary. Al acercarse, le llamó la atención la forma en la que escrutaba a Río.

—Buen fuego te guarde, Arhona —saludó Súnnary deteniendo la carreta—. No pensaba verte tan pronto por aquí.

—Ya, es cierto, pero no me ha quedado más remedio.

Arhona se bajó del caballo, al igual que Río, y se acercaron para charlar.

—Supongo que lo dices por este joven que te acompaña, ¿me equivoco?

—En absoluto. Digamos que nuestro amigo ha hecho enfadar a la guardia real.

—¡Vaya! Quién lo diría viendo su rostro, pero ten por seguro que Áral se pondrá furiosa. Sabes que no le gusta nada que vengan desconocidos a la guarida y menos sin avisar.

—No te preocupes, cuando escuche lo que ha pasado, lo comprenderá. El joven necesita ayuda.

Súnnary se quedó de nuevo observando a ese drago, demasiado corpulento para su edad, con el pelo y los ojos dorados y las facciones limpias, de una simetría perfecta.

—Tu rostro… —titubeó— me resulta familiar. Juraría que te he visto en algún sitio, ¿es posible?

—No lo creo, señora. No había visto a una draga morada en toda mi vida, y resulta que en unos días ya conozco a dos.

—Me lo tomaré como un cumplido, pero no me llames señora, mi nombre es Súnnary —dijo tendiéndole la mano.

Río se acercó. No pudo evitar fijarse en las quemaduras de la mitad de su rostro y, sin embargo, algo en la calidez de su voz le hizo sentir una afinidad extraña hacia ella. Al estrechar su mano, el dracknodón decidió salir de su escondite y posarse en la rama de un árbol frente a ellos. Río extendió el brazo y el drack voló hasta posarse en él.

—Así que este es el hermoso pájaro que lleva siguiéndonos todo el camino, al igual que el canebro que se esconde entre los árboles —dijo Arhona.

Las plumas del drack brillaban bajo los destellos del sol como si estuvieran talladas en oro.

—Lo siento, señora, son dos buenos amigos que me acompañan desde Valka. Me esperaban extramuros. Puedo decirles que se marchen si lo desea.

—Creo que eso será lo mejor. Si no fuera por la belleza de este pájaro, hasta podría enfadarme contigo. No entiendo cómo has conseguido

domesticarlo. Son aves huidizas. El pájaro de los reyes, creo que las llaman. ¿Habías visto alguna vez una criatura semejante, Súnnary?

La draga apretó las dos manos contra el pecho, desbocado ante el recuerdo de Búltar. Hacía mucho tiempo que había conseguido apaciguar esa parte de su historia y, de repente, el cabello dorado de ese crío de escamas arenosa, sus ojos moteados como los campos de trigo y ese pájaro, que no había vuelto a ver hasta ese día, la estremecieron. Trataba de concentrarse, pero no encontraba el aliento necesario para responder a esa pregunta, mientras recordaba la voz de Búltar la primera vez que cantó para ella la leyenda de Argia.

—¿Súnnary, estás bien? —pregunto Arhona.

—Sí, sí, disculpa, es que hace mucho tiempo vi una de estas aves junto a alguien muy especial.

Al escuchar sus palabras el drack voló con suavidad hasta el pescante del carromato de Súnnary.

—Esto sí que es increíble, nunca le había visto acercarse tanto a alguien —musitó Río sorprendido—. Creo que le has caído bien.

Súnnary parecía conmovida. Giró la cabeza despacio y miró la llama verdosa que flotaba en aquellos ojos. En su interior, distinguió el rostro de Búltar, tal y como lo recordaba en su memoria. Las lágrimas cayeron por su rostro, caudalosas, sin que el hermoso pájaro se moviera ni un milímetro.

Al ver sus lágrimas, Río extendió el brazo y el drack echó a volar para posarse de nuevo en él.

—Pero ¿qué sucede, Súnnary? Estás llorando, ¿te encuentras bien?

—Disculpadme, no pasa nada, es que me ha traído recuerdos inesperados. Además, se me está haciendo tarde. Debo llegar a la ciudad y repartir lo que hemos logrado recuperar de las diligencias que salen hacia Ócsul. El pueblo tiene hambre, no es justo que les haga esperar.

Arhona la vio alejarse con desconfianza. Nunca había visto a su amiga tan alterada. Río también la observó, sintiendo no poder charlar un rato más con ella.

—Debemos continuar. Ya estamos muy cerca, pero tu canebro debe quedarse al margen de la aldea. No creo que a Áral le haga demasiada gracia tu visita, así que líbrate de ese séquito que te sigue los pasos. Por

cierto, ¿dónde te has criado, si puede saberse? He visto cosas muy raras en mi vida, pero esto es demasiado.

—Bueno, me crie en el bosque, en las montañas de Valka, pero este drack siempre ha estado a mi lado.

—Eres un drago muy extraño, lo mejor será que tus amigos se vayan tan lejos como puedan. Ten por seguro que, si yo los he oído a millas de distancia, Áral será mucho más precisa.

Río se giró hacia los matorrales. La inmensa cabeza de Órkoth asomó entre las zarzas como la de un gigante. Con un simple chasquido, el drack y el canebro se alejaron sin hacer ruido.

—Debo reconocer que eso ha sido impresionante. Tendrás que explicarme todo esto más adelante, ahora prepárate porque, si mis escamas no me engañan, esa que se acerca por el camino es Áral.

La joven roja no tardó en darles alcance. Llegaba con la daga en la mano y las pupilas verticales, activadas ante aquel huésped inesperado.

—¡Áral, soy yo, tranquila! —exclamó Arhona con los brazos en alto para llamar su atención—. Vengo con un joven que necesita nuestra ayuda.

Río observaba hipnotizado la forma de moverse de esa draga roja con los laterales del cráneo rasurados, la densa mata de pelo negro sobre los hombros y la mirada de un animal salvaje.

—¡¿Necesitas nuestra ayuda?! ¿Por qué? ¿Quién eres? ¡Habla!

Áral posó la hoja de su daga en su yugular inmovilizándolo por detrás con el brazo. Río sintió la firmeza de su cuerpo pegado al suyo, el resuello de su respiración y el calor de sus escamas.

—Mi nombre es Río, y no es mi intención molestarte. Crimson ha encarcelado a mi padre injustamente. He venido a liberarlo con vuestra ayuda o sin ella.

—Si tan poco aprecias nuestra ayuda, ¿por qué no lo haces solo?

—¡Áral! ¡Por todos los dragos! Serénate. Yo misma le he dicho que le ayudaríamos. La guardia real casi lo lincha en la taberna de Fogus. Es un músico inofensivo, ¡baja el arma!

—¡No tiene el cuerpo de un músico! Ni se mueve como un músico, ni tampoco lo parece…

—No puedo decir que lo sea, pero tampoco soy un delator. He venido buscando justicia, pero puedo marcharme ahora mismo si así lo deseas. Entiendo tu miedo y lo respeto. Te aseguro que mi intención no es haceros daño.

Áral bajó su daga, y se despegó del cuerpo de Río.

—De todas formas, Arhona, no debiste traerlo hasta aquí sin consultarnos. Puede que para ti sea más fácil actuar así, sin pensar demasiado, pero recuerda que protegemos la vida de muchos huérfanos y rebeldes que no tienen nada más que este refugio.

—¿Estás insinuando que corro menos riesgos porque tengo dinero? ¿O es que crees que no me importa la vida de esos huérfanos?

—Solo digo que has actuado sin consultar, y que debemos ser prudentes y, por qué no, que nos has puesto en peligro.

—Este joven es un músico inofensivo y tú no deberías olvidar que una parte del germen de La Llama se forjó gracias a mi dinero. Fueron los dracks de mi familia los que apuntalaron los pilares de esta rebelión, y también mis huesos los que han disfrutado del confort de esas mazmorras que tú ni siquiera conoces, así que, la próxima vez que quieras juzgar mis decisiones, piensa también en todo esto. —Arhona acercó el rostro con dureza hacia Áral—. Si yo considero que este drago necesita nuestra ayuda y nos puede ser útil, deberías confiar en mí. Ningún líder que se precie logra el respeto de los suyos si no es capaz de confiar en nadie.

Áral sopesó sus palabras. Sabía que Arhona tenía razón. La dureza de su infancia le había hecho desconfiar de todo aquel que se acercaba a ella, especialmente si lo hacían con buenas intenciones y palabras amables. A esas alturas de su vida, apenas sabía nada de la felicidad, ni de la buena suerte.

—Discúlpame si he sido demasiado desconfiada, pero si es cierto lo que dices, ¿dónde están sus instrumentos?

—Colgados en las alforjas —explicó Arhona—. Tuvimos que empaquetarlos para disimular, por si nos apresaba la guardia. Lo buscan desde hace días.

—Entonces esta noche tendrás que demostrarnos a todos qué clase de músico eres. Los críos lo agradecerán, pero Arhona, la próxima vez, hazme

saber de tu visita. No podemos permitirnos perder ni un solo drago más.

—Así lo haré, puedes estar tranquila. Te aseguro que este joven nos será muy útil en nuestra lucha.

Acompañados por un silencio espeso llegaron a la guarida. Xxuli los recibió con su inconfundible cojera y su inalterable sonrisa, capaz de limpiar cualquier tensión.

—¡Jefa, no me lo puedo creer, ese drago que os acompaña es el que me libró de Los Herederos! ¡Qué alegría verte, Río!

Xxuli se lanzó a su cuello para darle un abrazo. Río no pudo evitar sonreír ante aquel gesto espontáneo de afecto.

—¡Vaya! Yo también me alegro mucho de verte, Xxuli. Seguí tus indicaciones al pie de la letra, y resulta que me han traído hasta aquí.

—Pues no sabes cuánto me alegra que te sumes a nuestra familia. ¿Verdad, Jefa?

Áral frunció el ceño mirando primero a su adorado amigo y luego a aquel campesino desgreñado que le hacía sentir una incomodidad extraña. Sobre la nuca podía sentir la mirada victoriosa de Arhona.

—La familia es algo sagrado, Xxuli. Tal vez, antes, tendríamos que saber algo más de este desconocido, ¿no te parece?

—Pero si te estoy diciendo que es el drago que me salvó la vida, Jefa, y la bolsa también, y ni siquiera quiso aceptar uno solo de mis dracks.

—Está bien, tal vez tenga razón Xxuli, y si usas ese bastón como me ha contado, seguro que serás de utilidad —se resignó Áral que inclinó la cabeza hacia Arhona, en señal de disculpa.

—Eso es muy fácil, Jefa. ¿Verdad, Río? ¿A que también me enseñarás a mí a manejar el bastón? Seguro que se me da genial, ya lo verás. Corriendo no soy muy bueno, pero tengo los brazos fuertes, fíjate —dijo remangando la camisa para mostrar un brazo esmirriado, de escamas arenosas, de donde afloraba un diminuto bíceps.

—Eso es impresionante —respondió Río, tocando aquel músculo imperceptible—. Procuraré no enfadarte demasiado. No me gustaría probar la fuerza de esa maza.

Xxuli se echó a reír a carcajadas, arqueando la espalda sin reparos.

—¿Lo has oído, Jefa? Procurará no enfadarme…

—Lo he oído, Xxuli, pero dime, Río, ¿de dónde vienes? Porque es evidente que tú no eres de por aquí.

—Vengo de las montañas de Valka con la intención de sacar a mi padre de prisión.

—Para eso deberás esperar. ¿Por qué no acompañas a Xxuli a cazar algo para la cena? A ver si un chico de las montañas le enseña algo a este drago de ciudad —dijo Áral mientras revolvía con cariño los rizos del pálido crío.

Apostado entre la maleza y con la ayuda de su zum óptico, Zzólux vigilaba la escena mientras acariciaba el medallón dorado de su pecho.

—Muy bien pequeña, sabía que Xxuli me traería hasta ti —rumió entre dientes—. Va a ser muy fácil encontrar a alguien que pague por saber dónde se esconde La Llama, será una venganza muy rentable.

5

El juego

En su cuarto, Xoc se asomaba al interior de un grueso libro en un intento por descifrar su contenido. Era un manuscrito antiguo, encuadernado en una extraña imitación de piel de drago cuyas escamas conservaban todavía el brillo de algo vivo. Al pasar las páginas amarillentas, crujían con un lamento extraño. El galeno se detuvo a contemplar un grabado en el que se distinguían extrañas formas geométricas entrelazadas por hilos de oro. Su mano acariciaba la tinta del manuscrito como la piel de un cuerpo. Cuanto mayor era su empeño por desentrañar el contenido de ese libro, más deprisa cambiaban las letras de lugar. Las palabras se descomponían una y otra vez para evitar ser descifradas. Su infinita paciencia estaba llegando a su fin, incapaz de deducir el patrón de ese enigma, cuando escuchó golpear la puerta con los nudillos. Cubrió el libro con otros ejemplares de menor tamaño e interpuso el cuerpo para ocultarlo.

Los goznes chirriaron con estridencia para dejar pasar a un Amirg más demacrado de lo habitual. Las ojeras azuladas, la tez cetrina de un enfermo con la vesícula y el hígado intoxicado por las drogas.

—¿Puedo entrar?

—Adelante, Amirg. Si vienes a por tus gotas, tendrás que esperar a que las tenga listas.

—No, no vengo a por mis gotas, vengo a que me ayudes a dejarlas.

—¿Dejarlas? Vaya, me alegro. Aunque no sé si has elegido el mejor momento para hacerlo. No tienes buen aspecto.

—Eso es cierto, pero no es necesario que finjas alegrarte. Tú y yo sabemos que esta no es una decisión que te agrade.

—No sé qué quieres decir.

—Vamos, Xoc, dejemos a un lado la hipocresía, estoy demasiado cansado. Sé lo que has hecho, la forma en la que has usado tus drogas para mantenerme dócil, anularme incluso, y hacerte un hueco a la diestra de la reina. Esa partida ya la has ganado.

Xoc valoró la posibilidad de contradecir sus palabras, pero había percibido una vibración nueva en la forma de hablarle, algo sincero que le intrigó lo suficiente como para seguir escuchando.

—Corren tiempos difíciles, y tú lo sabes. El príncipe heredero carece de todo lo que se necesita para llevar adelante un reino, incluso diría que carece de un corazón que lo habite. Puede que hoy te beneficie que sea mi cabeza la que ruede por las calles de Ssixo, pero ten por seguro que mañana será la tuya.

Xoc no pudo rebatir sus palabras.

—No hay mucho que yo pueda hacer ya en palacio. La Habitación Blanca ha perdido su poder, es solo un puñado de marionetas sin ninguna visión, y ya sabes que el ejército de Ócsul se dirige a Ssixo para convertir esta ciudad en cenizas. Debemos actuar con eficacia, pero antes de ponerme al servicio de ese príncipe salvaje me gustaría hablar contigo sin fingimientos.

—Hablemos entonces. Dime, ¿cuál es tu plan?

—Por primera vez no tengo ninguno, hasta ese punto has anulado mi iniciativa, pero he estado demasiadas veces en este juego como para saber que tú sí lo tienes. Vengo a mostrarte mi apoyo y a ponerme de tu lado. Ellos tienen la fuerza del ejército, la legitimidad de su sangre, su fuego índigo y el respaldo de Ócsul. Tú tienes la astucia y tu magia. Conmigo sumaras un ejército de espías; debilitado, como yo mismo, pero útil todavía.

—¿Y qué ganas tú con todo esto?

—Lo primero, venganza. Lo segundo, hacer por una vez en mi vida lo correcto. Y, por último, quizá, aferrarme a mi última posibilidad de salir de este embrollo con vida.

—¿Y cómo puedo saber que no estás intentando engañarme?

—Conociéndote, supongo que eso es imposible. Tendrás que correr el riesgo de confiar en mí, o por lo menos fingir que lo haces mientras convenga a tus intereses.

—Sabes que lo que has dicho bastaría para hacer que te colgaran por traición.

—Lo sé, pero habría sido más fácil deshacerte de mí dejando que la kracárite mordiera mi cuello y, sin embargo, me salvaste la vida. Llevo desde entonces pensando en eso, en cómo te arriesgaste, y no creo que fuera por compasión. En el fondo lo hiciste porque sabes que nos vamos a necesitar el uno al otro, al igual que lo hicimos cuando planeamos juntos la muerte de Thyle. Tal vez pueda ofrecerte algo en señal de buena voluntad. Algo que, creo, deseabas saber hace tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la información es poder, como bien sabes, y mis invisibles siguen siendo un aliado estratégico en este juego. Por eso podría facilitarte el paradero de ese ciego, el maestro mayor de obras del reino por el que tanto te has interesado.

En cuanto mencionó al maestro ciego, Xoc desvió la mirada hacia el libro en un gesto imperceptible que la astucia de Amirg detectó al instante.

—El viejo rey apreciaba a ese drago, por eso decidió compensar los servicios prestados al reino con una renta vitalicia, hace tiempo que cancelé ese gasto, aunque su paradero sigue siendo el mismo. Pero la cuestión más importante no es esta, sino ¿por qué este interés en un ciego, sin apenas recursos?

—Digamos que es un viejo amigo.

—Tú y yo sabemos que los amigos son un lujo que ninguno de los dos podemos permitirnos, pero no insistiré, por el momento. Ahora lo más importante es que confíes en mis intenciones. Por eso no solo te daré su dirección, sino que mis invisibles te ayudarán a salir del castillo sin ser visto. Ese viejo ha estado todo este tiempo muy cerca de ti, en las montañas de Valka. No tardarás demasiado en ir a buscarle, porque supongo que querrás encontrarlo tú mismo.

—Así es, pero necesitaré una coartada.

—A la reina le inquieta la rebelión que se gesta en las calles. Ya sabes que el príncipe ha sufrido un absurdo incidente con un grupo de rebeldes. Tal vez puedas decir que vas a investigar el posible origen de estas revueltas y que no te fías de nadie para tal labor.

—Está bien, esto puede ser interesante. Es posible que tengamos un acuerdo, Amirg. Pero para que esto funcione tendrás que poner de tu parte. Busca la forma de que Tëesha te deje al mando de lo que quede de Ssixo cuando ella vuelva a Ócsul, yo me encargaré del resto.

—Que así sea. No parece una misión fácil, nada lo ha sido en esta corte. Aquí tienes la dirección —dijo tendiéndole un papel doblado—. Hazme saber la hora de tu partida y tendré todo dispuesto.

Amirg apretó el puño para contener una punzada en el estómago, y salió del cuarto orgulloso de la forma en la que había jugado sus cartas. Ese viaje le permitiría alejar a Xoc de la corte y recuperar la confianza de la reina. Se sintió feliz, de nuevo dentro del juego de palacio, con su instinto activo, lo suficiente como para percibir la forma en la que el galeno había escondido las páginas de aquel enorme manuscrito. Al llegar a sus aposentos un joven drago alterado salió a su encuentro.

—Mi señor, siento molestar. Hay un drago orondo que no para de insistir en que debe verlo en persona. Tiene la cara chamuscada y un gran medallón colgando del pecho.

—¿Estás hablando de Zzólux, el líder de la banda del Medallón?

—No me dijo su nombre señor, pero insistió en que tiene información valiosa sobre el paradero de La Llama, y que solo la compartirá con el regente.

6

Kromms

No hacía falta alejarse demasiado de la aldea para adentrarse en el bosque. Río trataba de acompasar sus pasos a los del pequeño Xxuli, que no acababa de ver a Órkoth como un animal doméstico.

—¿Has oído eso? —susurró Río deteniendo el paso del crío con el brazo—. Juraría que es un kromm.

—¿Un kromm? Me encanta el sabor de su carne. ¿Es peligroso?

—Es una especie de canebro salvaje, bastante más pequeño, con la mandíbula de un kórtodo y la agilidad de un demonio, así que deberás subir a lomos de Órkoth. Tendremos que correr si vienen a por nosotros.

—Si vienen… Entonces, ¿habrá más de uno? Y dices que son salvajes, ¿verdad? ¿Pero salvajes en plan bueno o salvajes en plan voy a comeros? ¿Vamos a morir?

—Tranquilo, no vamos a morir. Los kromms se mueven en manadas, así podremos elegir un buen par de ejemplares para la cena.

—Pues yo no tengo hambre, Río y lo de subir a lomos de Órkoth pues… no lo veo, no es un caballo, es más, igual puedo volver a casa con Áral.

Río lo tomó de la mano y lo llevó junto a Órkoth. A uno de sus gestos el canebro se tumbó en el suelo para facilitar que subiera a su espalda. Se notaba que aquello no le agradaba, pero era fiel a sus órdenes. El corazón de Xxuli aleteaba con fuerza cuando Río le indicó cómo sujetarse al collar.

—No tengas miedo, no dejaré que te pase nada, pero no te sueltes en ningún momento. Órkoth también cuidará de ti. ¿Entendido?

Xxuli asintió incapaz de articular una sola palabra.

—Hoy vas a conocer cómo cazamos los paletos de las montañas.

Órkoth se puso en pie elevando a Xxuli a la altura de un gigante, y juntos echaron a correr alentados por la cacería. A lo lejos, una piara de

kromms se movía como una mancha rosada y negra sobre el pasto. Órkoth encaró el frente de la manada. Los machos más fuertes del grupo enseñaron los colmillos, de casi un palmo, sobresaliendo de la boca abierta.

Río atacó por el lateral. Sin dejar de correr, agarró una de sus flechas y apuntó al corazón de un ejemplar adulto. Xxuli abría los ojos de par en par. No podía creer lo que le estaba pasando. La presa cayó al suelo vencida. Uno de los machos más fieros se lanzó junto a su compañero contra Órkoth, que lo atravesó con su mandíbula de un solo bocado, mientras Xxuli se agarraba con todas sus fuerzas al collar del animal. Cinco de los ejemplares más dominantes rodearon a Órkoth, ansiosos de venganza. Un gruñido gutural salía de sus gargantas llenando el aire con su aliento nauseabundo. Río vio el rostro de Xxuli palidecer.

—¡Cúbrete el rostro! —le gritó—. ¡No respires su aliento o vomitarás!

Órkoth lanzaba dentelladas al aire en señal de amenaza. Río colocó dos flechas en el arco que disparó al tiempo que saltaba en el aire para enfrentarse a la manada. La primera de las flechas tan solo rozó a uno de los machos, pero hirió a una gran hembra moteada, que lanzó un chillido de dolor que le hizo embestir a Órkoth. De un zarpazo, el canebro la arrojó contra sus compañeros, liquidando a dos ejemplares de un solo golpe. Río se enfrentó al resto con el kali, ensartando al más osado de los kromms para lanzar a continuación a Xxuli una daga corta con la empuñadura de hueso.

—¡Defiéndete si es preciso!

Ante la rotundidad del ataque, el resto huyó junto al ejemplar herido, al valorar las ínfimas posibilidades de triunfo.

—¡Largo de aquí, bestias! —gritó Xxuli emocionado con su victoria.

Río se acercó a tomar uno de los ejemplares abatidos y lo arrastró junto al canebro para regresar con la cena. Desde el cielo, un wargho se abalanzó para arrebatarle el botín. Esta clase de carroñeras poseían un oído y un olfato excelentes, casi tan poderosos como la fuerza de sus patas. El ave esquivó un zarpazo de Órkoth y elevó el vuelo con la presa en las escamosas garras. Río giró la empuñadura de su kali y lo arrojó contra el wargho, ensartando la lanza en su pecho. Los dos cuerpos cayeron a unos metros de la mirada atónita de Xxuli, que contemplaba la escena sin parpadear.

—Será mejor que nos vayamos antes de que los carroñeros regresen a por más —dijo Río echándose al hombro uno de los kromms.

Río y Xxuli caminaban juntos de regreso a la aldea. El crío no paraba de hacer toda clase de preguntas relacionadas con esos animales que nunca había visto o con el manejo del kali. Al ver al enorme canebro y escuchar las carcajadas del pequeño, Áral se acercó con curiosidad. Xxuli salió corriendo a abrazarla emocionado.

—¡Jefa, Jefa! ¡Tienes que ver esto! ¡Tienes que ver lo que hemos cazado! Ha sido alucinante. ¡Le he dado al kromm! ¡Le he dado!

—Cálmate un poco, Xxuli, ya sé que ibais de caza, lo que no tengo tan claro es qué hace aquí ese animal.

—¿Te refieres a esto? —dijo Río echando al suelo el cuerpo sin vida de un kromm. Detrás de él, Órkoth se había detenido a beber de una acequia cercana.

—No, no me refiero a eso, sino a esa mole que se está bebiendo nuestra agua.

—¡No le llames mole, Jefa! ¡Es un canebro y se llama Órkoth! He montado sobre su lomo como si fuera un caballo y ha sido alucinante, ha sido lo más alucinante que me ha pasado en toda la vida.

—Vaya, me alegro de que lo hayas pasado tan bien y de que traigáis comida para la cena, pero eso no puede quedarse en la aldea.

—¡Que no le llames eso, Jefa! Es amigo de Río. Tendrías que haber visto cómo cazamos a esos kromms y cuando ese pajarraco carroñero nos quiso robar la presa, Río lo ensartó con su lanza como si fuera un trozo de queso.

—Es increíble, Xxuli, pero por qué no vas a casa a lavarte un poco. Nosotros iremos enseguida.

Xxuli se alejó a regañadientes, con la certeza de que aquello era una excusa para hablar con Río.

—¿Cómo se te ha ocurrido meter a semejante animal en la aldea? Un bicho así es impredecible. Y encima has arriesgado la vida de Xxuli al enfrentaros a una piara de kromms.

A esas alturas de la conversación, Órkoth se había cansado de los insultos de Áral, de ahí que la mirase con un cierto enfado.

—¿Has terminado ya? —preguntó Río.

—¿A ti qué te parece?

—A mí me parece que no deberías juzgar las cosas tan a la ligera. Lo primero, porque jamás haría nada que pusiera la vida de Xxuli en peligro, y, lo segundo, porque esa mole o ese bicho, como tú dices, es el canebro de un maestro ciego, un animal excepcional, único en su especie, tan enorme como inteligente y astuto, y un auténtico guardián que podría avisarnos si alguien se acerca por la noche.

—Es fascinante tu amor por esa bestia, pero esto no son tus montañas y aquí las decisiones no las tomas tú.

—Eso ya me ha quedado claro. Será que los paletos de la montaña somos gente muy rara, pero en mi pueblo, cuando alguien trae comida, se le dan las gracias.

—Pues entonces, gracias. Pero ocúpate de que ese animal no asuste a nadie ni rompa nada.

Río volvió a cargar el kromm para echárselo al hombro. Un enjambre de críos observaba la escena a unos metros con la boca abierta. Río chasqueó los labios y Órkoth agarró con la boca el resto de la caza.

A pesar de su enfado, Áral no pudo evitar fijarse en la forma en la que se ensanchaba su espalda desde la cintura, o en el contorno de sus brazos. Durante un segundo se preguntó cuál sería el color definitivo de sus escamas y por qué sentía esas ganas de correr tras él y pedirle disculpas.

—¡Río! —gritó, cuando ya todos los cachorros comenzaban a acercarse a él—. Ha llegado la persona que tal vez pueda ayudar a tu padre. Si él lo considera oportuno, podréis hablar más tarde.

Río inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se alejó.

7

Un poco de esperanza

Rónroth, Arhona y Áral se habían sentado a charlar en la misma mesa de piedra en la que, muchos ciclos atrás, Súnnary y Búltar pasaban las tardes. Rónroth no disponía de mucho tiempo hasta que le tocase regresar a las catacumbas, pero los mensajes de Arhona habían sido tajantes, lo necesitaban en la guarida, y lo cierto es que la simple presencia de aquella draga le generaba una inquietud difícil de manejar.

—Antes de que me expliquéis lo que sucede, debo decir que no os traigo buenas noticias —señaló Rónroth—. Ese absurdo intento de acorralar a Crimson en un cerco de fuego ha sido una temeridad, Áral. Habéis rebelado unas cartas que no hacía falta poner sobre la mesa. Se ha corrido la voz de que La Llama ha logrado arrinconar al príncipe y eso ha puesto a la guardia y al propio Crimson en un aprieto y, lo que es peor, le ha costado la vida a uno de los nuestros.

—Lo sé, ¿crees que he podido dejar de pensar en ello? Nadie había autorizado esa acción, hay grupos de huérfanos que actúan en nombre de La Llama, por su cuenta. Tienen poco que perder, su vida corre peligro cada día, Rónroth. No sé si lo entiendes, pero vivimos bajo sospecha en una ciudad sitiada y la muerte de ese drago no ha sido en vano, aquí los gestos son importantes. Ahora el pueblo sabe que no son invencibles, que se pueden abrir grietas, pequeñas rendijas por las que colarnos para hacerles saber que no son nuestros dueños. No pienso vivir con miedo, Rónroth, eso es lo que quieren. Nos prefieren asustados, dóciles, metidos en nuestras madrigueras sin preguntarnos nada, pero no lo conseguirán.

—¿Y qué crees que pasará si Tëesha y el príncipe descubren que el pueblo ya no les teme? Dime, si no esperamos el momento adecuado nos matarán a todos y entonces tú tendrás que cargar con ello y te aseguro que

no es agradable. No hay una sola noche en la que no me acueste recordando el rostro de los soldados que fallecieron por mis malas decisiones. Es algo que no te desearía jamás.

—Lo sé, Rónroth, sé que no quieres que me suceda algo así, pero no vamos a recuperar lo que es nuestro si nos limitamos a interceptar caravanas y repartir limosnas.

—Áral tiene razón —intercedió Arhona—. El pueblo necesita esperanza, ese es el mejor alimento que podemos darles. Si no fuera por esa pequeña llama que todavía les hace levantarse cada mañana, ya no habría por qué luchar, pero la calle está viva, poco a poco hemos ido haciendo más grande esa semilla. Sé que necesitamos planificar bien las cosas, no correr riesgos innecesarios, pero si logramos que todo el pueblo se una a esta rebelión, entonces tendremos una oportunidad. Tendrías que haber escuchado a ese crío en la taberna de Fogus. Ni siquiera ha mudado sus escamas, pero su voz, esa voz, hizo que todos se pusieran en pie y comenzaran a cantar el himno de los azules. Puede que solo fuese una canción, pero nos hizo sentir especiales. Desde entonces he escuchado varias veces silbar esa melodía por las calles y te aseguro una cosa, Rónroth: la música no miente. Han cometido el error de menospreciar su poder y se han equivocado. La música se cuela entre las rendijas, no se puede encarcelar, esquiva cualquier barrera, se contagia, por eso han puesto precio a la cabeza de este crío y por eso te hemos hecho venir.

—¿Para que escuche una canción?

—¡Por todos los dragos, Rónroth! Quiero que le ayudes a regresar con su padre. Es un azul y Crimson lo ha encarcelado injustamente. El crío dice que no regresará a Valka hasta que lo saque de las mazmorras.

—¡Espera un momento! Entonces, ¡el padre de ese crío tiene que ser el desertor que encarcelaron el otro día! Por todos los dragones, dile a ese crío que quiero verle ahora mismo.

Áral se levantó de un salto para ir en busca de Río. Fuera de la casa, sentado sobre un taburete, le rodeaban un racimo de críos de no más de tres ciclos. Al verla acercarse Xxuli se puso en pie para llamar su atención.

—¡Áral! ¡Mira, mira lo que me ha hecho Río!

Xxuli cojeaba un poco más de lo habitual porque solo llevaba una de sus botas puestas. Río había tomado la otra para pulir un trozo de caucho ligero y clavarlo a la suela, equilibrando así la diferencia entre la longitud de sus piernas.

Áral observaba la escena con una mezcla de curiosidad y resentimiento. No acababa de convencerle la admiración que despertaba ese recién llegado. La desconfianza era una habilidad innata que la había mantenido con vida todo este tiempo, por eso se resistía a bajar la guardia ante ese drago con aspecto de campesino y las facciones de un príncipe.

—Fíjate, Áral —dijo emocionado calzándose la bota con la nueva suela —. Ya casi no cojeo, ¿lo ves? ¡¿A que es genial?!

—¡Vaya! Pues sí que es asombroso, pero ahora necesito hablar con Río. Arhona y Rónroth te reclaman, campesino.

—Te debo una, Río. Entre la cacería y esto —dijo señalando su alza—, creo que no voy a ser capaz de dormir en toda la noche.

—Pues será mejor que repongas fuerzas, tal vez otro día pueda enseñarte un par de trucos más, enano.

—¿Otro día? ¿Cuándo? ¿Eh? Mañana… ¿Me lo enseñarás mañana, Río? Dime, vamos.

—Xxuli, déjale tranquilo. Tenemos que irnos.

Áral agarró a Río de la camisa para obligarle a caminar. En cuanto se alejaron unos metros, se detuvo frente a él con los brazos cruzados bajo el pecho. El rojo brillante de sus escamas contrastaba con la negrura de su pelo bajo el ocaso del primero de los dos soles. Río observaba los correajes de cuero de su atuendo, la cresta atravesando la mitad de su breve cornamenta, cayendo en una cascada hasta la mitad de la espalda. La ropa ceñida al cuerpo para moverse con libertad. En el cinturón, un khento y dos dagas cortas que, sin duda, manejaba con destreza.

—¡No se te ocurra prometerle a ese crío nada que no vayas a cumplir! ¿Entendido? Ya ha sufrido todas las desgracias que puedas imaginar como para que vengas ahora a darle falsas esperanzas.

—¿Falsas esperanzas? ¿Pero de qué hablas?

—Hablo de toda esa palabrería, no soporto a los charlatanes —dijo acercándose a él con llamas en los ojos.

Río podía sentir el calor de la ira en sus escamas y escuchar el latido acelerado de su corazón. Le atrajo la fuerza de su carácter y ese perfume almizclado de su transpiración.

—¿Acaso he dicho algo que no haya cumplido hasta ahora? Me has pedido que vaya a cazar y eso he hecho. Me has pedido que cuide de él y eso he hecho. Solo he tratado de ayudarle.

—Pues no necesitamos tu ayuda, ¿está claro? Sabemos valernos por nosotros mismos. Así que ten cuidado.

—¿Eso es una amenaza?

—Llámalo como quieras, parece que te gustan las palabras.

—Las palabras son importantes.

—Las palabras no significan nada por aquí, campesino. Luego no digas que no te lo advertí. Y date prisa, nos están esperando.

Río siguió los pasos de Áral ligeramente distanciado. Le resultaba asombrosa la fuerza que desprendía esa draga que se movía con la flexibilidad de un junco y la firmeza del hierro forjado.

—Aquí está el crío —dijo Áral a modo de presentación frente a Rónroth y Arhona.

—Puede que no haya iniciado la muda, señor, pero le aseguro que no soy un crío.

—Eso no es asunto mío, si has llegado solo hasta aquí desde Valka y la guardia real ha puesto precio a tu cabeza, entonces, al menos tienes valor.

Áral observaba a ese drago tan diferente a todos los que había conocido hasta el momento. En su forma de hablar, incluso de moverse, había una dignidad incuestionable, una eficacia que le resultaba perturbadora y que, por primera vez en mucho tiempo, le hacía sentirse frágil e insegura.

—No es valor lo que me falta señor, ahora mismo asaltaría las catacumbas si con ello pudiera liberar a mi padre, pero tampoco soy un necio.

—Sin duda eres el digno hijo de ese azul, y deja de llamarme señor. Mi nombre es Rónroth y sí, he tenido el placer de conocer a tu padre.

—¡Le ha conocido! ¿Y cómo se encuentra? ¿Está bien? Me ayudará a liberarlo, ¿verdad?

—Al menos lo intentaré. Tu padre está mal herido. He hecho lo posible por ayudarlo, pero quiero ser sincero contigo. Sacarle de prisión no va a ser fácil.

—Y yo le estoy agradecido por ello, pero prométame que hará todo lo posible por sacarlo de ahí. Es un drago fuerte, resistirá lo que sea necesario.

Arhona se acercó para poner la mano sobre el hombro de un Río apesadumbrado.

—Te dije que encontraría a la persona indicada para ayudarte y te aseguro que este drago es fiel a sus promesas, ¿verdad, Rónroth?

—Verdad.

—Pues entonces vayamos a celebrarlo. En la casa hay preparado un auténtico banquete. No se puede cambiar el rumbo de un pueblo con el estómago vacío. Además, todos están deseando oír tus canciones, Río. Vamos, entrad, yo antes quiero charlar un momento con Rónroth.

Río se dirigió al interior de la casa junto a Áral sin saber muy bien si aquellas eran buenas noticias. El segundo de los soles se había ocultado ya y solo se escuchaba el rumor del viento entre los árboles y el borboteo del agua en la noria del molino.

—¿Por qué le has dicho eso al crío? —le preguntó Rónroth en cuanto se alejaron lo suficiente—. Ese azul podría haber muerto de la paliza que le han dado. Ni siquiera sé cómo está vivo. Necesitará tiempo para recuperarse y no tengo un plan para sacarlo de ahí.

Arhona se acercó a él resoplando. El cabello le caía sobre los hombros en mechones de un rubio oscuro.

—¿Por qué le he dicho eso, drago cabezota? ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he explicado antes?

—He escuchado cada una de tus palabras —respondió acercándose aún más.

—Entonces, por qué le niegas a ese crío un poco de esperanza. No ves que está solo en el mundo. ¡Maldita sea, Rónroth! Debemos ayudarle.

Arhona le hablaba tan cerca que le temblaban las rodillas. La proximidad de esa morada le convertía en un auténtico mentecato incapaz de controlar sus impulsos. Cerró los puños en un esfuerzo ingente por no

hundir la cabeza en su cuello y aspirar ese olor que desprendía su cuerpo hasta saciarse.

—¡Eh! —gritó Xxuli con los brazos en alto desde la entrada de la casa —. ¡¿Vais a quedaros ahí fuera toda la noche?!

Rónroth bajó la mirada al suelo para apartar de su cabeza la idea de Arhona.

—Ten por seguro que haré lo imposible para liberar al padre de ese crío. Y ahora será mejor que te unas a la fiesta, yo debo regresar a prisión lo antes posible.

—¿No puedes quedarte un poco más?

—Tal vez otro día, soy un drago que cumple sus promesas, ¿recuerdas?

—Entonces, prométeme que la próxima vez te quedarás toda la noche.

—Ten por seguro que no pensaré en otra cosa.

Arhona sonrió complacida y antes de que parpadease por segunda vez, Rónroth emprendió el regreso a las catacumbas.

8

Una visita inesperada

En las montañas de Valka, Ivy se afanaba en la cocina guardando en frascos las plantas recién recolectadas en el bosque. Sobre el fuego del lar, el agua hervía en el interior de una olla de cobre. La curandera se acercó para verterla en una tetera llena de hojas de menta y todo se llenó de un olor silvestre.

Sentado en su silla, el ciego rasgaba con maestría las cuerdas de un viejo laúd. Ivy se acercó con la infusión, tarareando una antigua canción de juventud, de cuando recorría el interior de las montañas aprendiendo el oficio de partera de pueblo en pueblo.

—Vaya, parece que alguien está de buen humor.

—Me gusta esa melodía —dijo Ivy posando la taza en una mesa baja—. Y hoy he cortado flor de drago en el bosque. Es increíble volver a encontrar esta flor creciendo en nuestros prados.

—Así que ese olor tan peculiar es la flor de drago… —dijo Shándor sin dejar de tocar—. Es una buena noticia.

Ivy bebió un sorbo de menta observando sobre la mesa el naranja cobrizo de las tres flores que había puesto en un jarrón. Hacía algo más de una semana que ella y Shándor compartían techo y ya se había instalado entre ellos esa complicidad que no necesita llenar los silencios con palabras vacías. Todo fluía con una naturalidad inesperada.

—¿Hay noticias del Consejo de Valka?

—Nada todavía. Ayer mismo fui al pueblo para interceder por Kratelos, creo que Trukx está sinceramente apenado. Presiente la mano de ese maldito príncipe en su detención, y me temo que algo nos oculta, no me extrañaría que tuviera que ver con sus hijos, esos irritantes gemelos no parecen dignos de su padre.

—Entonces tendremos que insistir. Confío en que Órkoth nos traiga pronto noticias de Río. Me extraña no haber recibido aún ningún mensaje.

—A mí también me extraña, pero sé que está bien. Lo siento aquí —dijo tocándose el vientre—, en las tripas.

—Se me ocurren un par de argumentos más científicos, pero si tú lo dices, me quedo más tranquilo.

—¿Sabes? Viéndote tocar juraría que tu ceguera no es irreversible…

—Oh, vamos, no empieces otra vez con eso, Ivy. Deberías dejar esa costumbre tuya de ir por ahí tratando de arreglarlo todo. Mis ojos no tienen solución, no insistas.

—Igual que esa cabezota tuya. Y, aun así, estoy segura de que si me dieras más detalles encontraría la forma.

—Y qué más da eso. Ya soy un viejo, al fin y al cabo, si no fuese ciego no estarías ahora aquí, compartiendo tus quejas conmigo.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—¿Un cumplido? ¿Por quién me tomas?

—Anda, viejo testarudo, sigue tocando esa hermosa canción. En un rato estará lista la comida.

—Pues ahora que lo mencionas, también quería hablarte de eso, ¿sabes? Deberías cocinar un poco peor o empezaré a redondearme como un suargoo. No recuerdo tanta carne en mi cuerpo desde la juventud.

—Te sienta bien la carne en el cuerpo, presiento que te has alimentado del aire durante demasiado tiempo, igual que la flor de drago.

Shándor se echó a reír. En la puerta, retumbó el sonido de unos nudillos golpeando con urgencia. Ivy se levantó con un mal presentimiento.

—Buenos días, señora. Disculpe que me presente de esta forma. Estoy buscando a Shándor de Marlaj, me han dicho que vive aquí.

—¿Y quién le busca, si puede saberse?

—Dígale que soy un viejo amigo…

Shándor se acercó hasta la puerta sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Mis amigos no dudan de cuál es el lugar en el que vivo, y no creo que tú puedas dirigirte a mí de ese modo. No necesito unos ojos para reconocer el sonido de tu voz.

—¿Os conocéis?

—Desgraciadamente sí.

—Vamos, Shándor, ha pasado mucho tiempo.

—No el suficiente, Xoc.

—¿Xoc? ¿Este no es el drago que te robó la vista?

—El mismo, y me temo que solo hay una razón por la que ha venido hasta aquí.

—Shándor, te lo ruego, deja que me explique.

—¿Me lo ruegas? Sorprendente… debes de estar muy desesperado para haber incluido esa palabra en tu vocabulario.

—¿Quieres que le eche? —preguntó Ivy malhumorada—. No tenemos por qué perder el tiempo con alguien así.

—Tranquila, concedámosle unos minutos.

—Os lo agradezco —dijo Xoc entrando en la casa.

—¿Puedo sentarme?

—No será necesario. Vayamos al grano, Xoc, si te has molestado en venir a buscarme es porque has encontrado el libro, pero aún no has logrado descifrar la clave, ¿me equivoco?

—¿No estaréis hablando del libro de las Siete Madres? —preguntó Ivy.

—Exacto, ese libro ha marcado nuestras vidas —respondió Shándor.

—Tienes razón. He venido por el libro, pero también para ofrecerte una segunda oportunidad. Si me ayudas a descifrarlo, nuestro poder será inmenso. Estoy seguro de que incluso podremos encontrar la forma de que vuelvas a ver.

—Prefiero vivir a oscuras que darte el poder que entraña, ¿o acaso olvidas que fuiste tú y no ese libro el que me arrebató la vista?

—Otra vez estás pensando en tu pequeño mundo, lo que yo te ofrezco es mucho más grande.

—¿Ni siquiera lo niegas? Eso sí que es un avance.

—Shándor, por favor, somos demasiado mayores para perder el tiempo, se avecinan grandes cambios. Podrías formar parte de la construcción de un nuevo reino. Terradraga te necesita.

—¿Terradraga o tu ambición desmedida?

—Mi única ambición es asentar los pilares de un mundo nuevo en el que la violencia no tenga cabida. La guerra arruinó los mejores años de nuestra infancia, de nuestra juventud y, aun así, seguimos sufriendo las consecuencias de lo que pasó. Con tu ayuda podríamos recuperar nuestra parte más humana, dejar de ser animales de fuego para favorecer un gobierno basado en la inteligencia y el conocimiento, lejos de esos dragos que se burlaban de nosotros cuando apenas éramos unos críos. Si no hacemos algo, Crimson accederá al poder, y el caos volverá a reinar por todas partes. Tú no conoces a ese príncipe, representa todo contra lo que siempre soñamos luchar, ¿no lo recuerdas, Shándor?

—Lo que recuerdo cada día que me despierto es que no hay una luz que me alumbre. ¿De verdad crees que te voy a ayudar? ¿De verdad piensas que voy a participar de ese plan en el que, por supuesto, tú eres el elegido para llevarnos a todos hacia un mundo mejor? ¿Me equivoco?

—¡Yo no he dicho eso!

—¿Es que no te das cuenta? La violencia no se puede combatir aniquilando a toda una especie. Mitificas el pasado porque no has encontrado una respuesta que te compense, que le dé sentido a tu vida, pero la vida es así. La mayor parte de las veces no tiene el menor sentido.

—¡Hablas y hablas como si lo supieras todo! Y en el fondo sabes tan bien como yo que son como bestias, Shándor. ¿Qué se puede esperar de un pueblo en donde no hay más que herreros, campesinos y soldados? Tú y yo podríamos cambiar las cosas, pero necesitamos el libro y mentes como la tuya y no ese maldito fuego. Ese era nuestro sueño cuando éramos jóvenes, cuando nos perdíamos juntos por los pasillos de la biblioteca de Ócsul.

—Pero eso no tiene sentido —señaló Ivy—. Usar el libro para generar más muertes tendría consecuencias nefastas.

—¿Y qué sabes tú de ese libro? —la interrogó Xoc.

Shándor palideció al escuchar la intervención de Ivy. La posibilidad de que Xoc pudiera intuir el poder de la curandera y su vinculación con las Siete Madres le contrajo las entrañas.

—De ese libro sé lo que se dice en las calles, las leyendas que repiten en los pueblos aldeanas como yo —respondió estirando bien la manga de su blusa para cubrir la abrasión que la identificaba como miembro de la

hermandad—. Eso cuentan las canciones que cantamos en las fiestas, y cosechando las tierras.

—¿Qué cuentan?

—¡Tonterías, Xoc! Eso cuentan. No tenemos tiempo para hablar de canciones populares, es más, creo que ya has planteado el motivo de tu visita. Ahora te ruego que te vayas.

—Lo he intentado, luego no digas que no te di una opción. Albergaba la esperanza de convencerte, pero ya veo que nada ha cambiado durante todo este tiempo.

Xoc puso los ojos en blanco y exhaló el gas narcótico de su garganta sin fuego. Ivy y Shándor cayeron al suelo inconscientes.

—¡Guardias! —gritó.

Cuatro soldados entraron en la casa golpeando con sus botas en el entarimado de madera.

—¡Llevaos al drago!

—¿Y la hembra, señor? ¿Nos la llevamos también?

—No hace falta, es solo una aldeana.

Los soldados salieron cargando el liviano cuerpo de Shándor. En el interior de la casa solo quedó Ivy, tendida sobre el entarimado y tres marchitas flores de drago en un jarrón.

9

Un puñado de verdades

Tumbado en el camastro de su celda, Kratelos no dejaba de pensar en Río con la angustiosa sensación de estar maldito. Todo cuanto amaba, cuanto tenía valor en su vida acababa muriendo. Jamás lograría perdonarse por la muerte de su hermano pequeño o por la de todos los dragos de su compañía, pero lo que más lo atormentaba era la mera posibilidad de que algo le pasara a Río. Entonces, no habría mazmorra ni reino capaz de contener su dolor.

Los pesados pasos de Rónroth resonaban por el pasillo de camino a su celda. Se puso en pie de un salto, eludiendo el dolor de la costilla rota o la quemazón de sus escamas, ansioso como estaba por recibir noticias.

—Buen fuego te guarde, carcelero —le saludó Kratelos amarrado a los barrotes.

—Hoy traigo algo mejor que buen fuego, azul. Toma —dijo tendiéndole un cuenco con un trozo de carne de kromm y media hogaza de pan—. Debes recuperar fuerzas lo antes posible.

Kratelos mordió la carne con obediencia y el corazón acelerado.

—¡Dime, carcelero! ¿Has averiguado la forma de sacarme de aquí?

—Vamos por partes, azul. Lo primero, mastica si no quieres ahogarte antes de escuchar lo que tengo que decirte, y lo segundo, deja de llamarme carcelero si es que quieres que te ayude a volver a ver la luz de los dos soles.

Kratelos asintió con respeto, esforzándose por bajar por el gaznate aquel trozo de carne correosa.

—Anoche conocí a tu hijo. Un crío valiente, de una fuerza y astucia impropia de su edad. Esa carne de kromm que estás masticando la cazó él.

—¡¿Has conocido a Río?! Pero ¿cómo ha llegado a Ssixo? ¿Ha venido solo o le acompañaba una draga enjuta, una curandera? ¿Está herido?

—Una pregunta detrás de otra, azul. Una pregunta detrás de otra. Bebe un poco de agua y serénate.

Kratelos bebió con ansia. El agua bajó arañando las paredes de su garganta. Se secó la boca con el antebrazo y aguardó a la espera de respuestas.

—El crío viaja solo, bueno, vi un enorme canebro a su lado. Ha buscado refugio en un lugar seguro, puedes estar tranquilo. Ese joven haría cualquier cosa por encontrarte.

—¿Encontrarme?

—Ha venido a buscarte, y parece que nada le detendrá. Se nota que lo has educado en La Forja. Sin duda es el digno hijo de un azul como tú.

—¿Y qué puedes saber tú de mí y de mi dignidad? No he sido un buen padre, ni tampoco un buen hermano. ¡Por todos los dragones, ni siquiera he sido un buen soldado!

—Sé de ti más cosas de las que crees. Antes de acabar en estas mazmorras luché codo con codo junto al príncipe Búltar. No solo era su maestro de guerra y responsable de su seguridad, éramos grandes amigos. Yo no estaba con él en esa colina luchando contra tu pueblo, pero tuve la suerte de escucharle contar muchas veces esa historia y hablar de tu destreza como soldado. ¿O acaso no eres tú el drago que el príncipe indultó?

—Pensé que ya nadie lo recordaría. Tu príncipe era un drago honorable, aunque en días como estos, solo puedo pensar en si no hubiera sido mejor morir junto a los míos.

—Morir nunca es la respuesta, soldado. Búltar jamás olvidó esa batalla, ni tampoco la voz de ese drago cantando en lo alto de la colina. ¿Era tu hermano, no es cierto?

—Sí, lo era. ¡Pero olvida el pasado! Háblame de Río, ¿cómo está? ¿De verdad ha venido él solo a la ciudad? ¿Cómo se encuentra?

—Está bien, más que bien. Ha impresionado a mucha gente entre los míos.

Kratelos asintió emocionado, con la mirada clavada en el suelo de la celda.

—Por lo que cuentan, ha heredado el talento de tu hermano. Ese crío fue a la taberna de Fogus a recaudar dinero para liberarte y todavía hoy se habla de su actuación. Al parecer los conquistó con ese himno que cantó tu clan en el campo de batalla.

—¡Cantó en una taberna de dragos! ¡Juro por la memoria de Argia que voy a matar a esa curandera por dejarle venir solo! —exclamó extrañado pasando la mano por el hueco áspero entre su cornamenta—. Sin duda es un joven sorprendente, y su voz es un regalo, pero no es herencia de familia. Río no es mi hijo, aunque lo haya cuidado como tal. Apenas sabemos nada de su origen. Lo encontré abandonado a su suerte en el Ssix cuando apenas tenía unos días. Su capazo había volcado y se dirigía a las cataratas de Izzum. Casi muere ahogado, pero sobrevivió. Siempre he pensado que ese día se apagó su fuego.

—¡Un capazo en el Ssix! ¡No es posible! —exclamó Rónroth poniéndose en pie alterado—. ¿Qué estás diciendo? ¿Hace cuánto ocurrió eso?

—Pero ¿qué pasa? No entiendo por qué te alteras de ese modo.

—¡Responde a la pregunta! —gritó estirándole de la raída camisa para ponerle en pie—. ¡¿Hace cuánto lo encontraste?!

—Algo más de cinco ciclos. Acababa de concluir el segundo eclipse, eran los primeros días del nuevo ciclo.

—¡No puede ser cierto, no puede ser!

Rónroth le soltó incrédulo. Deambulaba por la celda con la mano posada en la frente.

—¿Qué pasa, Rónroth? Me estás inquietando.

—Dime, cuando encontraste a ese cachorro en el río, ¿llevaba al cuello un colgante?

—Pues sí, una piedra ferrosa bastante peculiar, con una de sus mitades pulida y la otra áspera.

Rónroth se quedó inmóvil bajo la atenta mirada de Kratelos.

—¿Por qué te quedas callado? ¿Has visto el espíritu de las Siete Madres?

—Amigo, no vas a creer lo que tengo que decirte: has criado al hijo del príncipe que salvó tu vida en aquella colina, su único heredero, legítimo rey de Terradraga —Rónroth apoyó la mano en su hombro e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—¡Te has vuelto loco! ¿Qué estás diciendo? Tiene que ser un error. ¿Cómo va a ser Río el legítimo hijo de un rey? ¿Crees que mi situación invita a bromas?

—No era el hijo de Tëesha, sino el de otra draga. Fue esa maldita reina la que encargó que lo mataran. Antes se encargó de acabar con su padre. Ese cachorro era el último cabo suelto. Pero el guardia que debía ejecutarlo se apiadó de él y lo dejó en un serón a merced del río Ssix. Yo mismo estuve días buscándolo hasta que me detuvieron por desertor. Lo habíamos dado por muerto hasta este mismo instante.

Fue ahora Kratelos el que se quedó paralizado, tratando de digerir toda esa información, hasta que logró balbucear:

—Entonces, mi hijo es un bastardo del rey…

—¡No es un bastardo! Es su legítimo heredero, Kratelos, y tú lo has mantenido a salvo todo este tiempo, y así debe seguir siendo. Nadie debe enterarse de quién es o no dudarán en ejecutarlo.

—Sácame de aquí para que pueda protegerlo.

—Eso haré, lo antes posible, pero debo preparar tu huida sin levantar sospechas. Mientras tanto, ten por seguro que protegeré a ese drago con mi propia vida si es preciso. Se lo prometí a su padre y te lo prometo a ti que has actuado como tal durante todos estos ciclos. A partir de hoy has encontrado en mí a un aliado incondicional a vuestro servicio.

—No necesito que me sirvas, me basta con que me liberes y me ayudes a proteger a mi hijo.

—Así lo haré.

Rónroth se inclinó mostrando el profundo respeto que le vinculaba para siempre con ese azul que había puesto a salvo la vida del hijo de Búltar. Salió sintiendo el calor avivando el fuego en su garganta. Quería correr hacia la aldea y abrazar a ese joven como si fuera su propia sangre, no podía dejar de pensar en Súnnary, cuando casi se da de bruces con el joven guardia.

—¡Cuidado, carcelero! Parece que llevas prisa.

—Por todos los dragones, iba pensando en mis cosas, disculpa.

—Tranquilo, me alegro de haberte encontrado. Te estaba buscando.

—¿Buscándome, para qué?

—Esconde a ese azul en cuanto puedas —susurró en su oído—. Venimos de la Habitación Blanca y juro que pensé que el príncipe había enloquecido. Sabía que estaba obsesionado con esa draga roja, la cabecilla de La Llama, pero no hasta qué punto. Ahora mismo sale una patrulla dispuesta a desmantelar la guarida en la que se esconden.

—¿Detenerlos? ¿Te refieres a La Llama?

—Exacto. Parece que han descubierto su paradero. Alguien le ha dado el soplo al consejero real. Cuando los traigan detenidos a las mazmorras, el príncipe comprobará que no te has ocupado de ese azul y te meterás en problemas. Yo debo unirme al cambio de guardia, así que espero que la próxima vez me invites a algo más que un trago de kashwa.

—Cuenta con ello.

En cuanto el guarda se dio la vuelta, Rónroth barajó sus posibilidades. No tenía otra opción, así que, tras reunir algo en sus aposentos, dirigió sus pasos de nuevo hacia la celda de Kratelos.

—¡Vaya! Pues sí que has regresado pronto.

—¡Nos vamos, azul! En este mismo instante.

—Sabía que eras eficaz, pero no hasta qué punto.

—No voy a engañarte. No tengo buenas noticias. Una patrulla se dirige hacia la aldea donde está Río y ten por seguro que si torturan a los rehenes averiguarán que formo parte de la resistencia y entonces mi cabeza valdrá incluso menos que la tuya. Aprovecharemos que el príncipe y la mayor parte de los guardias han salido de palacio para escapar. Espero que no sea demasiado pronto para algo así, ¿crees que podrás resistir el viaje?

—Pues claro, nunca me había sentido tan lleno de vida. No perdamos tiempo. Tenemos que encontrar a Río.

—He recuperado esto de lo que te requisaron. Recuerdo cómo lo usaba tu clan, nos será útil.

Rónroth le lanzó el kali y Kratelos lo atrapó en el aire. Lo hizo girar en sus manos a una gran velocidad hasta que lo apoyó en el suelo como un

simple bastón.

—Vámonos, amigo.

Nadie conocía como Rónroth los pasajes secretos de las mazmorras. Escapar le resultó más sencillo de lo esperado. Antes, vendó el torso de Kratelos para mitigar el dolor y le vistió con ropas sencillas. Al salir de la ciudadela le fue sencillo conseguir un par de caballos. El azul no se quejaba, pero no había más que contemplar su rostro, o el sudor que empañaba su frente, para intuir el dolor que soportaba.

Se alejaban de Ssixo cuando Kratelos vio acercarse la figura del dracknodón. Resultaba asombroso contemplar la forma en la que un ave de ese tamaño aprovechaba las corrientes de aire para planear en el cielo con el mínimo esfuerzo. Silbó para llamar su atención, aunque no parecía hacer falta. El drack volaba directo a él.

—¡Río está en peligro! —le increpó preocupado—. Tenemos que encontrarlo, drack.

El pájaro arrojó una bocanada de su fuego y levantó el vuelo dejando en el cielo un destello dorado.

—Eres una caja de sorpresas, azul. No sabía que también comprendías el lenguaje de las aves.

—Y no las comprendo. Pero Río ha estado siempre unido a ese drack. Algún día te contaré su historia, pero ahora debemos darnos prisa.

Cada mañana, Áral comenzaba su entrenamiento corriendo hasta la tumba de su madre. En lo alto de la loma, una sencilla losa forjada con un yunque y un corazón de escamas indicaba el lugar preciso. Ahí terminaba siempre su recorrido, justo a tiempo para disfrutar del primer amanecer, y del olor de la hierbabuena y las flores silvestres que arrancaba para poner a sus pies.

Ese ritual no había aplacado su herida, pero le ayudaba a perpetuar el vínculo que le unía a su madre. Ese era el único lugar en el que dejaba a un lado su coraza y se mostraba tal como era: una joven draga, tan frágil y asustada como cualquier otra. Allí le hablaba de sus preocupaciones, de sus

miedos; aunque esa mañana solo tenía palabras para ese molesto campesino llegado de las montañas de Valka.

—Te digo, madre, que me resulta tan irritante que a veces tengo deseos de golpearlo. Es engreído, se cree que lo sabe todo y claro, aparece con ese canebro, grande como una montaña y esos aires de chico inocente, pero no me fío ni un pelo de sus intenciones. Le dije que cazara algo para la cena y ¿te puedes creer que vino con una piara de kromms? Y encima Xxuli lo adora. De repente solo tiene ojos para ese campesino que maneja una estúpida vara de madera como si fuera un arma letal y además ha tallado la suela de su zapato para hacerle un alza, ¿te das cuenta? ¡Un alza! Y yo, que llevo junto a él casi toda mi vida, nunca me había parado a pensar en hacer algo así por él. Te juro madre que no puedo soportarlo.

Áral se puso en pie, con una inquietud extraña en el pecho. A lo lejos percibió un bullicio poco habitual. Aguzó el oído para distinguir el griterío de los críos en la aldea y la sonoridad de la voz de mando de Arhona. Se ajustó el tahalí, ciñó en él dos de sus dagas, y echó a correr hacia la aldea empuñando la espada.

Xxuli fue el primero en acercarse corriendo. En el campo de entrenamiento Río parecía derribar a dos contrincantes con un solo movimiento de su kali.

—¡Es un drago sin fuego, Áral! Tienes que verlo, y aun así los ha derrotado a todos.

Áral se quedó mirándole, plantada en mitad de la arena. Los brazos en jarras, las piernas separadas y el humo asomando en el resoplido de su respiración. No podía soportar tanta arrogancia. Ella era la mejor de toda la aldea luchando en la arena. Río aprovechó la pausa para quitarse el colgante que llevaba al cuello y ponerlo a buen recaudo en la faltriquera de su cinturón.

—¡Río, enséñale lo que haces con esa lanza!

—No es una lanza, enano. Ya te lo he dicho antes. Es un kali, un arma sagrada de las montañas Azules.

—¿Ah sí? —respondió Áral—, pues esto es una falcata, una antigua espada forjada al estilo de los hombres. Su filo ha hecho caer imperios y nadie la maneja mejor que los dragos rojos de la meseta de Aka.

Arhona los observaba desde una prudente distancia, procurando esconder la sonrisa que le producía la escena. Hacía tiempo que no presenciaba ese ritual, ya casi olvidado por las urgencias de la guerra y el hambre, pero la química que irradiaban esos dos dragos flotaba en el aire.

Un drago le acercó a Áral una espada de madera, que usaban en los entrenamientos diarios. La rechazó de un manotazo y arrojó una bocanada de su fuego para encender el hierro de su espada al rojo vivo.

—Si tan bueno eres, lucharemos a hierro y fuego, como entrenan los verdaderos soldados. Veamos qué sabes hacer con esa vara, crío.

—Ya te he dicho que no soy un crío, puede que no haya comenzado la muda, pero he sido adiestrado en La Forja con humildad y disciplina, cosa que no creo que tú hayas aprendido todavía. ¡Que sea a hierro! —Río giró el mecanismo de su vara, las dos cuchillas aparecieron en los extremos y el emblema de los azules se completó en el centro.

Un murmullo se escuchó entre los dragos que entrenaban en la arena y que ya habían formado un corro a su alrededor.

Áral respondió con un ataque frontal y una llamarada que Río esquivó dando un salto en el aire de medio lado. Se sentía inseguro ante esa draga de ciudad que no dejaba de mirarle como un animal salvaje. No se había peleado nunca con una hembra, pero conocía la bravura de su raza y, aunque le irritaba su forma de hablarle, le asustaba más la posibilidad de hacerle daño.

—¡¿No entiendo qué haces?! ¡Es solo un entrenamiento, Áral! No quiero herirte.

—¿Herirme? ¡Ja! Qué gracioso —repitió con sorna—. Haría falta algo más que tu voluntad para herirme, campesino.

—¡¿Pero se puede saber qué te pasa?!

Río dio un nuevo salto para alejarse de Áral y de la hoja curva de su falcata, que le pasó rozando las escamas.

—Está bien. Si esto es lo que quieres, lucharemos.

—¡Ya era hora! No pareces un enemigo al que temer.

Los miembros de La Llama iban ampliando el corro alrededor de los dos contrincantes. Arhona se acercó intrigada por descubrir la destreza en

combate de ese joven drago, en especial, al ver la actitud de Áral: sus pupilas verticales, la garganta activa, resoplando chispas.

—¡Áral! Es un drago sin fuego, controla tu ira.

—¡No me des órdenes, Arhona! Parece saber bien lo que hace.

—Río, no tienes por qué seguir adelante con esto, pero si quieres continuar, las reglas son sencillas, si te toca su fuego o caes al suelo habrás perdido el combate, ¿lo entiendes?

Río asintió sin apartar un segundo la mirada de su oponente. Los dos caminaban en círculos, midiendo sus posibilidades. Áral embistió con la espada en alto, Río la golpeó con el kali, mientras retrocedía con dificultad. No esperaba que hacer frente a esa roja le fuera a costar tanto esfuerzo. Era ágil, fuerte y diestra con el arma. El calor de su fuego le había pasado a tan solo unos centímetros. El aire se llenó del olor a sulfuro de las batallas entre dragos y, por primera vez, Río maldijo la suerte de no poder responder a su ataque con una buena llamarada.

Áral utilizaba sus depósitos de fósforo con inteligencia, intercalando ataques breves, pero la agilidad de ese drago la estaba llevando al límite de sus fuerzas.

—¿A qué esperas para rendirte, campesino? ¿De veras pensabas que siendo un drago sin fuego podrías vencerme?

—Te venceré precisamente por eso. Ser un drago sin fuego me ha obligado a esforzarme más que la mayoría y por eso seré indulgente y te dejaré que te rindas con honor.

Río empezó una especie de baile, apoyaba el peso en una pierna doblando y adelantando una rodilla para después retrasarla cambiando el peso a la otra. Era un balanceo que acompañaba con el kali en un armónico movimiento para mantener el equilibrio. Esa danza le permitía esquivar los golpes y el fuego de Áral. Así lo había ensayado cientos de veces con Kratelos. Hasta que la inercia de una escapada se convirtió en ataque: dio un giro completo golpeando con el kali la empuñadura de la falcata de Áral, que salió disparada a unos metros, despertando la admiración de los rebeldes que seguían la pelea sin parpadear.

Áral, en un movimiento insensato y lleno de rabia, le arrojó una de sus dagas, que Río esquivó de un salto. Estaba fatigada, oportunidad que

aprovechó para barrer sus pies con el kali y derribarla.

—Vaya, parece que al final este drago sin fuego ha logrado derrotarte —se regodeó, con la punta del kali posado en su yugular.

La rabia la devoraba de tal forma que agarró un puñado de tierra y se lo lanzó a los ojos. Río titubeó el tiempo suficiente para acabar derribado en el suelo con la daga de Áral en el gaznate.

—Ya veo que serías capaz de cualquier cosa con tal de ganar. Eso no ha sido muy honorable, ¿no te parece?

—El honor no te mantendrá con vida en las calles de Ssixo, campesino.

Su cuerpo estaba tan cerca de Río como para sentir el calor intenso de sus escamas y el vaivén de su pecho, agitado por el esfuerzo. Bajo la luz de los dos soles su cuerpo brillaba en ese rojo encendido que producen los restos de sulfuro tras la combustión del fuego.

—¡Ya basta, Áral!

Arhona se acercó para poner fin a ese enfrentamiento que, sin duda, había ido mucho más lejos de lo esperado.

—¡Baja el arma! No quiero volver a veros luchar de esa manera nunca más. Ahora Río también forma parte de La Llama. Te guste o no debemos aprovechar sus conocimientos. A partir de hoy entrenaréis juntos a los dragos más jóvenes e intercambiaréis tácticas de combate.

—¿Estás de broma?

—¡Ya basta! «Los grandes guerreros son aquellos que no desdeñan la posibilidad de aprender algo nuevo».

—«Especialmente del peor enemigo y del rival más fiero».

—¿Conoces los versos de Kopty, Río? —preguntó Arhona sorprendida.

—Tengo un buen maestro que me ha enseñado mucho sobre nuestra historia.

—¡¿En serio?! —exclamó Áral llevándose las manos a la cabeza—. Te juro que no lo soporto, Arhona. ¡¿Os estáis escuchando?! Ahora soy yo la que me rindo. Haré lo que consideres necesario, pero, por favor, dejemos los versos para otro día.

Arhona y Río se miraron un segundo conteniendo la respiración, para estallar al unísono en una sonora carcajada.

10

El asedio

Áral refunfuñaba entre dientes mientras repartía espadas de madera entre los dragos más jóvenes para iniciar el entrenamiento. La idea de colaborar con Río en esa clase de tareas no le hacía demasiada gracia y, por si fuera poco, ese crío se había quedado inmóvil, con los ojos fijos en el cielo como una estaca.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le increpó malhumorada—. Porque no pienso hacer yo sola todo el trabajo.

—Lo sé, perdona, ¿ves eso?

Río señaló un punto lejano en el horizonte, apenas perceptible. Áral activó su retina para enfocar con precisión.

—Pero… ¿qué clase de criatura es esa? Brilla igual que si fuera de oro.

—Es un dracknodón, uno de los pocos que quedan.

—Había oído hablar de ellos, pero solo los he visto dibujados en el escudo de Ssixo, pensaba que ya no quedaba ninguno. Es el pájaro de la realeza, ¿verdad?

—Eso dicen, la verdad es que no lo sé con seguridad, nosotros llevamos juntos desde que tengo memoria.

—Vamos, que acabáis de conoceros —bromeó Áral, mirándole por el rabillo del ojo con una sonrisa—. ¡Venga, campesino! ¿No te han enseñado a bromear?

Río ni siquiera la miró. Conocía muy bien a ese drack y algo, en la premura de su vuelo, le erizó las escamas. Al acercarse, emitió una serie de graznidos agudos, como el grito ronco de un animal asustado. Tras un vuelo rasante, el drack tomó altura de nuevo para dejarse caer en picado y arrojar una bocanada de su fuego. Sobre la arena apareció el dibujo de una sombra oscura, y en el aire el olor acre del azufre en suspensión.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? Pensé que ese pajarraco iba a arrasarnos con su fuego.

—Lo primero, no es un pajarraco, y lo segundo, debemos ponernos a salvo. Estamos en peligro, eso que has visto es una señal.

—¡Venga ya! ¿También entiendes el lenguaje de los pájaros?

—¡Por todos los dragones! Deja de dudar de todo lo que digo. Esto es muy serio.

—De acuerdo, de acuerdo. Tranquilo. El peor de los peligros que puedo imaginar es la guardia de Ssixo. Y si se acerca una patrulla no podemos correr el riesgo de que te encuentren por aquí, recuerda que han puesto precio a tu cabeza. Será mejor que te escondas donde no puedan encontrarte y que Súnnary se vaya contigo. Es una fugitiva.

—¿Fugitiva?

—Sí, escapó de prisión para liberar a mi madre.

—¿Y dónde está tu madre? Tal vez también debería acompañarnos.

—Me temo que eso va a ser más difícil. Mi madre murió el mismo día que la liberaron.

—Vaya, lo siento mucho.

—No te preocupes. Súnnary está con los críos. Avísala y encárgate de explicarle la situación. Yo pondré al resto sobre aviso. Trataremos de hacernos pasar por simples aldeanos. Espero que ese pájaro tuyo no nos esté haciendo perder el tiempo.

—De acuerdo. Iré a buscarla.

—Está bien y, Río…

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

Tras la muralla octogonal de Ssixo, acampaba un batallón de casi mil soldados capitaneados por tres nobles de fuego índigo: Valran, Mádow y Roal. Llegaban desde Ócsul alentados por la petición de la reina, ansiosa por contener una posible rebelión de los ssixianos.

La grandeza de Ócsul se notaba en la elegancia de sus ropajes. Todos uniformados con los colores del reino, armados y dispuestos para entrar en

combate en cualquier momento. Los tres nobles lucían las típicas escamas doradas, surcadas por trazos negros. Valran era el capitán al mando, junto a sus dos jefes de batallón. Eran fuertes y presuntuosos, acostumbrados a la buena suerte de los bien nacidos.

Crimson se acercaba desde palacio, al frente de un pequeño batallón con destino a la guarida de La Llama. Cabalgaba su órix con Naya, que rodeaba su cintura con la cabeza posada en su hombro. Conocía bien a esos nobles. Se había criado bajo su mando, recibiendo de ellos muchas lecciones sobre estrategia y lucha cuerpo a cuerpo. Y, aunque no era dado a las muestras de afecto, se alegró al encontrarse con ellos.

—¡Qué ganas tenía de ver los colores de Ócsul de nuevo! —exclamó a modo de saludo.

—¡Y nosotros de ver a nuestro futuro rey! —respondió Valran haciendo una ligera reverencia—. Esa kracárite parece haberle tomado cariño, majestad. Espero que la haya adiestrado como convenimos.

—Tal vez pueda demostrártelo en breve. Llegáis justo a tiempo. Acabamos de descubrir el lugar en donde se esconde el núcleo de los rebeldes que quieren sabotear el reino. ¿Veis a ese gordo del medallón, el que tiene la cara chamuscada?

Valran y los dos dorados asintieron.

—Ha vendido a esos desgraciados por un puñado de dracks.

—Pues si nos libra de ellos cuenta con mis respetos. Será un placer acompañaros y darles su merecido, majestad. Elegiremos a un grupo de nuestros mejores dragos. No creo que esos rebeldes cuenten con armas para hacer frente a un ataque sorpresa.

—Será un placer librarnos de esos despojos, majestad —añadió Mádow, el más corpulento y fiero de los tres, afilando contra su cornamenta una daga corta—. Ha sido un largo viaje. No estaría nada mal un poco de diversión.

—No os dejéis llevar demasiado. Quiero prisioneros. Nos serán útiles para negociar y conseguir respuestas sobre la rebelión en curso.

—Veo que aprende deprisa, majestad.

—Una cosa más: la cabecilla de la banda, la quiero intacta. Es una draga roja, de unos seis ciclos, con la cabellera oscura. Yo me ocuparé de ella.

Encaramada a lo alto de un enorme fresno, Áral oteaba el horizonte. Mucho antes de poder verlos los escuchó llegar. No podía creer que fuera el mismo príncipe quien comandara a lomos de su caballo dorado una simple batida. Junto a él, una cuadrilla de soldados de Ócsul presidida por tres dragos reales, sin duda nobles índigos al servicio de la reina. Al ver en la retaguardia el despreciable rostro de Zzólux lo comprendió todo. Ese malnacido había vuelto a traicionarla poniendo en peligro a toda La Llama.

Los soldados avanzaban con paso firme, armados para entrar en combate. Debía pensar con rapidez porque, sin duda, hacerse pasar por simples aldeanos era un plan inviable. De un salto descendió del árbol para dar la voz de alarma.

A unos metros de distancia, Arhona esperaba alguna señal que le indicase la naturaleza del peligro que tanto había alertado a Río. Por suerte, habían podido llevar a los críos al escondite excavado en la roca, en lo profundo del bosque. Allí permanecerían a salvo.

—¡Ya vienen, Arhona!

—¿Qué has visto? ¿Son muchos?

—Deben ser unos cincuenta, y tres índigos de Ócsul junto al príncipe. Zzólux nos ha delatado, estoy segura de ello, tan segura como que le rajaré la garganta con mis propias manos en cuanto lo tenga delante.

—Los soldados de Ócsul son guerreros expertos. Corre a la aldea, Áral, y avisa al resto, que estén prevenidos y empuñen todas las armas que puedan. Yo trataré de entretenerlos y ganar algo de tiempo. Si ven a una draga sola no usarán su fuego.

—¡Maldita sea! Es muy peligroso, Arhona. En el mejor de los casos acabarás detenida.

—No sería la primera vez, no te preocupes. No matarán a un miembro de la nobleza si pueden pedir un rescate a cambio de mi libertad. Y ahora corre tan rápido como puedas.

Áral tardó apenas unos minutos en llegar. Habían ensayado más de una vez la posibilidad de una emboscada, pero enfrentarse a la realidad era otra cosa.

—Viene la guardia de Ócsul y el príncipe junto a un pelotón de la guardia de Ssixo —anunció a los principales cabecillas que esperaban su llegada en la aldea.

—Hemos preparado las defensas. Tenemos a cinco arqueros encaramados a los árboles y estamos armados.

—¿Y los críos? Los habéis puesto a salvo, ¿no es cierto?

—En la cueva del bosque de Sembis, como estaba previsto.

—¿Xxuli también?

—Eso creo, Thelos y Luvana se encargaron de esconderlos.

—¿Pero, lo comprobaron?

—Hemos tenido que actuar muy deprisa, los buscaré para preguntárselo si lo crees conveniente.

—¡Espera!

Áral percibió un movimiento extraño bajo la mesa. Se agachó para comprobar qué sucedía y allí estaba Xxuli, agazapado en silencio.

—¡Maldita sea! No me puedo creer que no te hayas ido con el resto.

Xxuli salió pertrechado con sus correajes de anta, el carcaj lleno de flechas y el arco en la mano.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—No pienso esconderme como esos críos, Jefa. Quiero ayudar. Soy bueno con el arco y no nos sobran brazos.

—¡Maldita sea, Xxuli!

—¡Quiero luchar, Jefa! Puedo ser de mucha ayuda, ya lo verás.

—No lo dudo, siempre es útil contar con tu ayuda, pero no hoy, no frente a los soldados de Ócsul. Cuando hayas mudado tus escamas, entonces empuñarás un arma, si quieres hacerlo, pero no antes.

Xxuli cruzó los brazos bajo el pecho con rabia, conteniendo la respiración.

—Ahora tendré que perder un tiempo precioso llevándote junto al resto. Más te vale correr deprisa porque nos vamos ahora mismo.

—¡No pienso moverme de aquí!

Xxuli fruncía el ceño con rabia y la mirada desafiante clavada en Áral.

—¡Harás lo que yo te diga!

—Vale, vale, tranquila, no hace falta que me mires de ese modo.

—Pues entonces, vámonos. Y no se te ocurra volver a desobedecerme.

Áral asió la mano de Xxuli y echó a correr hacia el bosque. Con suerte, podría regresar antes de que comenzase el combate. Las cosas no podían ir peor. Sabía que iba muy deprisa para el paso corto de Xxuli que, aun con la bota de Río, caminaba con dificultad. Las escamas de sus mejillas se habían enrojecido y ese gesto de enfado le recordó la primera vez que lo vio. Tan redondo como una hogaza de pan, con ese brillo de sus ojos, del mismo azul que el fuego de los reyes.

—Yo… solo quería echarte una mano. Lo siento mucho. No pensé que fuera a crear problemas, de veras que no.

—Ya lo sé, no te preocupes, es más, tengo una misión para ti.

—¿Una misión?

—Eso es. Esos críos necesitarán que alguien cuide de ellos en su escondite. Ha sido una gran idea traer tu arco y las flechas.

Áral se agachó para quedar a la altura de sus ojos.

—¿Me prometes que les protegerás como un auténtico soldado?

—¡Pues claro, Jefa! Te aseguro que nadie les tocará ni una escama.

—Pues entonces debemos darnos prisa. Ya estamos muy cerca.

Una bandada de pájaros salió volando de repente. Áral se detuvo en seco comprobando el paisaje a su alrededor. Entre la maleza, el sonido de unas pisadas le puso sobre aviso.

—Tras las rocas, Xxuli —susurró—. Escóndete.

Áral afinó sus sentidos en previsión de un ataque. El olor a fósforo le llegó con claridad desde la aldea, señalando el inicio del asedio. Entre los arbustos le pareció ver la oronda figura de Zzólux. Sin duda había huido para evitar la lucha cuerpo a cuerpo. La manipulación se le daba mucho mejor que las espadas y ahora le tenía allí, a su merced. «Con un poco de suerte, el tiempo siempre acaba poniendo a cada uno en su lugar», pensó. Ahora ya no era una pobre huérfana indefensa. Esa era su oportunidad para vengarse, especialmente después de haberles delatado.

Miró a Xxuli, agazapado tras unas piedras, y le indicó silencio. Avanzó con sigilo para acercarse lo suficiente como para lanzar por sorpresa una bocanada de su fuego contra él. Áral vio la furia de su propio rostro reflejada en el medallón de su pecho. La ropa grasienta de Zzólux ardió en

el acto, mientras gritaba tratando de apagar las llamas. Áral no lo pensó. Debía hacerle callar si no quería que acudiera algún soldado en su ayuda. Zzólux se había arrojado al suelo para apagar el fuego, que ya había prendido la hojarasca con fuerza. A lo lejos escuchó el rumor de unos pasos acercarse.

—¡Maldito seas, desgraciado! Me lo quitaste todo.

—¡Desagradecida! Te di un techo dónde vivir, te di protección y un plato de comida.

—¡No me diste nada! Me separaste de mi madre para aprovecharte, como hiciste con otros tantos huérfanos, ni siquiera me dijiste que seguía viva.

—Juro que no sabía nada, de verdad, Áral. Debes creerme.

—¿Creerte? Incluso ahora sigues tratando de destruir todo aquello que amo. Nos has delatado, pero no pienso permitir que sigas destrozando más vidas.

—Por favor, ten piedad. Ayúdame, me quemo.

—Tienes razón —dijo desenfundando su falcata—. Te ayudaré. Morir puede ser muy laborioso, ¿sabes?

—¡Noooooo!

Zzólux arrastraba su cuerpo quemado por el pasto aterrado. Áral dejó caer el peso de su espada para rebanarle el cuello de un golpe. Tras las rocas, Xxuli observaba lo sucedido con el terror grabado en la mirada. Nunca la había visto de esa forma.

Áral tiró al suelo la espada ensangrentada para acercarse a él con las manos vacías, pero al levantar la vista, se encontró con Mádow, Roal y la punta de sus flechas a un par de metros de su cabeza. De un salto, atravesó el cerco de las llamas. Las dos flechas silbaron a su espalda para clavarse en el tronco de un cedro. El más corpulento de los dorados arrojó una llamarada de su fuego índigo que logró esquivar a duras penas. Sintió la quemazón en sus escamas recién estrenadas. El segundo de los dragos atacó por la retaguardia con una nueva bocanada. Áral dio otro salto en el aire, desenvainando una de sus dagas que arrojó contra las largas piernas de Roal. La hoja no llegó a clavarse, pero le hirió la pantorrilla. Cuando sus

pies tocaron el suelo, Mádow la inmovilizó, apretando el brazo contra su garganta.

—¡Ya basta, roja! Se te acabó la fiesta.

La espada de Roal estaba a solo un palmo de su yugular.

—Me has hecho daño, imbécil —dijo señalando su pantorrilla—. Ahora tendré que improvisar para no ir sangrando por todo el bosque.

Roal sopló su fuego en la punta de su espada para ponerla al rojo vivo y cauterizar la herida. El olor de sus escamas quemadas le revolvió el estómago.

—Alguien se va a poner muy contento cuando te vea, y ahora entiendo por qué. Eres hermosa.

Mádow estrechó más aún el cuerpo de Áral contra el suyo. Su antebrazo la inmovilizaba con tal fuerza que apenas podía respirar, mientras con el otro le desabrochaba las cinchas de la camisa.

—Tienes razón —añadió Roal—, sus escamas brillan como la sangre recién derramada. Hay algo de fiera en su mirada que resulta irresistible.

Con el extremo de su espada, aún al rojo vivo, Roal cortó los correajes de cuero de su pecho y la agarró por el pelo para besarla, liberándola así un instante del abrazo asfixiante de Mádow. Su boca le dejó un regusto agrio en los labios. Mádow también comenzó a besarla en el cuello, pasando sus manos con ansia por el cuerpo.

—¡Ya basta! ¡Dejadme en paz! —gritó Áral, y cuanto más desgarradas resultaban sus súplicas, más parecía encenderse el fuego de esos dos dragos.

Mádow cortó los correajes de cuero de su pantalón. Ambos habían perdido el control. Áral parecía aterrada mientras los dos dragos se restregaban contra ella. Mádow la agarró con fuerza para inmovilizarla mientras las llamas se hacían cada vez más grandes a su alrededor.

—Arroja una sola bocanada de tu fuego y estás muerta, ¿entendido? —la amenazó quemándola en el hombro con la espada.

Un grito bronco, áspero, salió de la garganta de Áral presa del pánico. Xxuli salió de su escondite, tensó el arco y apuntó al dorado que se disponía a arrancarle la escasa ropa que le quedaba. Al verlo aparecer de entre las rocas, Mádow sacó de su tahalí un puñal y lo arrojó contra Xxuli que cayó al suelo vencido, sin haber podido disparar la flecha. El aullido de Áral

resonó por encima del crepitar de las llamas. Mádow la sujetó con fuerza para impedir que se arrojase sobre el crío. A lo lejos, la voz de Crimson les dejó paralizados.

—¡¿Qué estáis haciendo?! ¡Soltadla ahora mismo! —ordenó al contemplar a Roal con los pantalones en los tobillos.

Áral no podía escuchar, ni ver otra cosa que no fuese el cuerpo tendido del pequeño Xxuli, con la cara hundida en la tierra y el cabello dorado cubierto de hojas.

—¡Os dejé bien claro que no la tocaseis!

Crimson desmontó su órix para cubrir el cuerpo de Áral con su casaca bordada. La kracárite reptaba por el suelo husmeando, excitada ante el olor de la sangre.

—¡Regresad a la aldea! Y haced prisioneros, tantos como os sea posible. Y la draga morada, la quiero intacta en las mazmorras. ¡Ahora!

El órix de Crimson presidía la comitiva de rehenes, esposados de camino a su encierro. Sobre el hermoso caballo Áral parecía ausente, como si su cuerpo estuviera deshabitado y tan solo quedase de ella ese envoltorio de escamas rojas. Estaba acostumbrada al dolor, a las decepciones, a la cruda realidad, pero lo sucedido era demasiado en su largo historial de pérdidas irreparables.

Escondidos entre la maleza, Kratelos y Rónroth observaban pasar la caterva de soldados dirigiendo a los prisioneros de La Llama. Una punzada sacudió el estómago de Rónroth al ver a Áral cabalgando junto a Crimson. Tras ella, Arhona caminaba junto al resto de reclusos, atados por las muñecas, uno tras otro, para evitar intentos de fuga. Tuvo el impulso de salir a rescatarlos, pero Kratelos lo frenó.

—¿Estás loco? No podemos enfrentarnos a un ejército. Debes calmarte si no quieres que nos maten a los dos.

—Lo sé, tienes razón. Esas dos dragas son muy importantes para mí. Pero ¿qué te pasa? Estás pálido.

—Es que no he visto a Río, Rónroth. No lo he visto.

—Es un crío listo, seguro que ha conseguido ponerse a salvo. Yo tampoco he visto a Súnnary. Será mejor regresar a la aldea y comprobarlo.

—Si algo llegase a sucederle, yo…

—No pienses eso, atravesaremos el bosque antes de que las llamas lo arrasen todo.

El fuego avanzaba deprisa, pero no lo suficiente como para ocultar los cuerpos de los caídos en el asedio. Los dos dragos trataban de identificar rostros, de calcular el número de bajas. Por suerte no había demasiados cadáveres. Kratelos descubrió las huellas de los pies menudos de Xxuli y Áral. Rónroth le siguió hacia el bosque. El calor del incendio resultaba sofocante, apenas podían ver con el humo borrando todo rastro del paisaje, hasta que descubrieron el cadáver de Xxuli. Rónroth lo tomó en brazos para sacarlo de allí. Sus escamas todavía estaban calientes.

—Lo enterraremos como se merece —dijo Kratelos.

Rónroth recordó la primera vez que se cruzó con ese crío, mientras buscaba a Áral por las calles de Ssixo. Conocía su historia y había llegado a encariñarse con él. Cuando pasó la mano por el cuello de Xxuli percibió el pálpito de un pulso débil.

—¡Kratelos, este drago aún vive!

Rónroth buscó el puñal clavado en su pecho, comprobó que atravesaba su sayo, pero también un alza de cuero que guardaba en un bolsillo interior, un repuesto de Río para los zapatos de su nuevo amigo. Ese caucho endurecido impidió al puñal de Mádow acabar con su vida. El viejo soldado comprobó que Xxuli tenía una fuerte contusión en la cabeza provocada por la caída y ese fue el segundo golpe de fortuna. Pasar por muerto lo había salvado.

—¡Está inconsciente pero vivo, Kratelos! ¡Aún respira!

—Me alegro, amigo, de verdad que me alegro.

—Tengo que buscar al resto de críos. Si tu pájaro los avisó y han seguido los planes, estarán escondidos en el refugio del bosque de Sembis. Allí cuidarán de Xxuli.

—¡Cuidado, Rónroth! Alguien se acerca.

Prevenido, Kratelos agarró su kali en posición de ataque.

—¡Tranquilo! Es Órkoth.

Rónroth no podía creer la dimensión de ese animal negro con los ojos anaranjados como las llamas.

—¿Tiene nombre esa bestia?

—No temas. Conoce a Río, y creo que nos podrá ayudar a encontrarlo.

Rónroth no parecía fiarse demasiado de esa mole con la cabeza de un rinoceronte. Kratelos agarró la quijada del canebro con las dos manos.

—Órkoth —dijo mirándole—, busca a Río, ¡vamos!

El canebro olfateó el aire, todo su pelaje se erizó duplicando la envergadura de su cuerpo. El humo dificultaba el rastreo, pero al cabo de unos minutos, cabeza y tronco dibujaron una línea horizontal que se prolongó hasta el final de la cola.

—Lo ha encontrado, tiene un rastro.

—Síguelo tú, Kratelos. Yo debo llevar a este pequeño con el resto de los críos. En cuanto lo deje en buenas manos seguiré vuestras huellas. No perdáis tiempo.

Órkoth salió corriendo tras la pista invisible de Río, mientras Rónroth contemplaba cómo las llamas devoraban la aldea con el cuerpo de Xxuli entre los brazos.

11

Cautiva

Frente al mapa de Terradraga, Tëesha presidía la enorme mesa de mármol de Arvak en la Habitación Blanca. En el otro extremo, Xoc esperaba en silencio, ansioso por escuchar la intervención de un Amirg visiblemente recuperado.

—Discúlpeme que sea yo el que lo diga de este modo, majestad, pero el asalto a la guarida de La Llama ha sido un éxito rotundo.

—Eso parece, Amirg, me alegra comprobar que tu astucia y eficacia se encuentran tan recuperadas como tu aspecto.

—Muchas gracias, alteza. Sin duda ha sido un buen golpe. Detener a la cabecilla de la resistencia nos será de gran utilidad, pero no debemos conformarnos. Esa draga es una pieza importante, pero aún hay muchas más en juego y, según mis invisibles, el asedio ha encendido la indignación del pueblo y con ella la adhesión de un gran número de rebeldes. Me temo que tendremos que actuar con diligencia.

—Así lo haremos, Amirg. En cualquier caso, déjame que te felicite por este visible cambio de actitud.

—Agradezco sus palabras, pero me temo, majestad, que también hemos sufrido un altercado en las catacumbas. El carcelero ha huido con uno de los presos, un desertor azul detenido por el príncipe.

—Ese es, tal vez, el aspecto que más me inquieta —señaló Tëesha bajando la mirada al suelo con preocupación.

—¿Se refiere al desertor o al príncipe, mi reina?

—Al príncipe y a esa extraña obsesión que tiene con esa draga. No ha salido de las catacumbas desde su detención. La ha encerrado sola, en su propia celda y ha obligado al servicio a bajar una parte del mobiliario de su propia estancia, ¿puedes creerlo?

—Sinceramente, alteza, ese me parece el menor de nuestros problemas.

Desde el extremo de la mesa, Xoc observaba la escena sopesando cada palabra. Se sentía poderoso de nuevo viendo cómo las piezas de su plan iban encajando una tras otra: Tëesha parecía aceptar esa nueva versión de Amirg, el príncipe había perdido el control y ahora sabía cuál era la naturaleza de su debilidad y, por si fuera poco, ocultaba en su estancia la llave de todas las puertas, la inteligencia de ese maestro ciego, oculto a buen recaudo.

—Querido Amirg, este golpe ha resultado de lo más conveniente. El final se acerca, por eso he hecho venir a las tropas de Ócsul que tan oportunas han sido para estas detenciones —dijo levantándose de su silla con rabia—. Su presencia es la mejor declaración de intenciones. Y el pueblo sabe que no tiene alternativas. Esta misma tarde entrará en vigor el confinamiento y la represión en las calles de Ssixo. Cerraremos los comercios de la plaza, las tabernas, los burdeles; no habrá un rincón donde puedan sentirse vivos, o a salvo, hasta que todo arda. Así recordarán a quién deben servir si quieren volver a tener una vida que valga la pena ser vivida.

Amirg contempló el rostro desencajado de la reina, una máscara distorsionada por el deseo de venganza y frustración. Desde que había regresado del funeral de su padre la acompañaba esa mueca de locura. No debía ser fácil admitir que no había logrado ser amada ni por él, ni por su esposo, ni por su pueblo, ni siquiera por su propio hijo.

—Pero un confinamiento exaltará aún más los ánimos de la población.

—Con más razón, entonces. Los rebeldes detenidos, todos esos traidores serán ajusticiados en el mercado de Ssixo, en donde todo el mundo pueda verlo. Ese será el momento perfecto para reducir esta ciudad a cenizas. Después será sencillo trasladar la capital a Ócsul, donde siempre debió estar.

La reina paseaba de un lado a otro con la vehemencia enrojeciendo su mirada. El humo blanco de su fuego, contenido en la garganta, le hacía resoplar pequeñas vaharadas por la nariz. Amirg escuchaba sus palabras con las entrañas en un puño. Debía disuadirla lo antes posible.

—¿Y no sería más rentable dejar en pie los servicios que puedan ser de utilidad a este nuevo reino, majestad? Sería una pena que no sacase

provecho de todo aquello que como reina le pertenece. —Amirg apoyó ambas manos sobre la gran mesa para aparentar calma—. El barrio Bajo, el de los Herreros y el de los Curtidores deben caer, mi reina. Así acabaremos con los últimos reductos de la resistencia, pero es innecesario que arda toda la ciudad. Ssixo aún puede ser útil a Ócsul como ciudad vasalla. Y quizá yo pueda quedarme a controlar la situación y velar por sus intereses.

—¿Tú? ¿Renunciarías a la regencia del reino?

—Sé que pactamos que Crimson no accedería al trono hasta que terminara mi mandato, pero creo que esto puede ser lo que necesita para asentar la cabeza. Yo podría centrarme en la reconstrucción de un nuevo Ssixo, al servicio del nuevo rey.

Desde su posición, Xoc observaba el curso de los acontecimientos. Amirg había jugado bien sus cartas, pero temía la respuesta de esa reina sedienta de venganza.

—Si me permite, majestad —intervino el galeno—, yo podría acompañarle y colaborar en las labores de reconstrucción para que la nueva Ssixo crezca en beneficio de Ócsul y velar así por sus intereses.

Durante un instante, Xoc imaginó lo fácil que sería poner en marcha su plan y dar comienzo a una nueva era. Con la ayuda de Amirg, la reina fuera de la ciudad, y la inteligencia de Shándor para desentrañar el poder de ese libro, todo sería posible. Dispondría de toda una ciudad al servicio de sus intereses.

—¿De verdad pensáis que os dejaría al mando de Ssixo en mi ausencia? ¿Tanto me subestimáis?

Una sonora carcajada salió de su garganta. Tëesha reía con furia, dejando escapar de la boca entreabierta borbotones de su fuego índigo. Parecía ausente mientras caminaba hacia la mesa para apoyar las manos sobre ella y mirarlos fijamente. Sus pupilas verticales, las escamas erizadas aumentando la fiereza de sus gestos y el humo entre los labios. Xoc temió que los arrasara sin piedad.

—¡Ssixo será pasto de las llamas! ¡¿Me habéis escuchado bien?!

Una bocanada de su fuego iluminó el mármol blanco prendiendo el mapa de Terradraga. Amirg y Xoc se refugiaron justo a tiempo alejándose de la mesa.

—No quedará en este lugar una sola criatura capaz de recordar lo que ese viejo rey y su hijo construyeron. Quemaremos los libros, derribaremos las estatuas, esos estúpidos monumentos. Todo el legado de Kirandros y Búltar arderá como este mapa —dijo agarrando en su mano un puñado de cenizas humeantes—, hasta que no quede nada.

Los dos dragos aprovecharon ese instante de calma para mostrarse sumisos.

—Vosotros dos vendréis conmigo a formar parte de la nueva corte en Ócsul. Pero antes, tal vez te haga caso, Amirg. Quizá haya llegado el momento de que dejes de ser el regente y yo ejerza como lo que siempre he sido, ¿o acaso olvidáis que soy la reina soberana? Mi hijo tendrá que esperar su turno. Ahora, marchaos de aquí lo antes posible. Hay momentos en los que no soporto ni la proximidad de vuestros rostros. Llamad al príncipe, arrancadle de esas catacumbas si es preciso. Necesito hablar con él.

Cuatro soldados de Ócsul protegían la entrada a las catacumbas. En su interior, los rebeldes de La Llama se apelotonaban en el interior de las celdas, salvo en una.

Ni las sábanas de hilo, ni las copas de plata, ni los manjares servidos lograban mejorar el interior de esa madriguera. Crimson se esforzaba en convertir el cautiverio de Áral en algo tolerable, pero nada parecía consolar su pérdida.

Un vasallo entró con una bandeja de vino y comida. El príncipe la dejó sobre una mesa baja y se sentó junto a ella, recostada sobre las pieles de anta que forraban el suelo de la celda.

—Come algo, anda. Debes reponer fuerzas. Temo el momento en que mi madre decida qué hacer con todos vosotros. Vamos, come un bocado por lo menos.

Áral ni siquiera lo miró. Solo podía pensar en lo absurdo que había sido todo, lo rápido que se habían precipitado las cosas justo cuando parecían ir mejor que nunca.

—Pues si no quieres comer, deja que por lo menos te cure el hombro. Esa herida tiene mal aspecto.

Crimson empapó un trozo de tela en alcohol para limpiar la quemadura. Áral todavía llevaba puesta su chupa.

El alcohol en la herida quemaba como el mismo fuego, pero agradeció enfrentarse a otra clase de dolor más tolerable. Crimson aspiraba con anhelo su respiración. Una parte de sí deseaba tomarla por la fuerza, como siempre había hecho, pero esa draga era lo único que le importaba en su opulenta vida. Había algo en ella que le producía un respeto solemne que no había experimentado por nadie más hasta ese instante.

Frente a la puerta cerrada, Naya custodiaba su acceso como un fiel guardián, cuestión que Áral agradecía en silencio, ya que no soportaba su proximidad, ni su forma de acosarla.

—Te he traído ropa, para que puedas vestirte. Es una de mis camisas, y un pantalón. Seguramente te quedarán grandes, pero no me pareció oportuno molestar a la reina por algo así. Ella lo ha pasado mal tras la muerte de mi abuelo. Está afectada. A veces creo que ha perdido la cabeza. Ella es la única responsable de todo lo sucedido.

Áral no reaccionaba. Solo podía pensar en Xxuli, en su cuerpo tendido, con el arco en la mano y la mirada vacía.

—Debería hablar con ella y pedirle que te perdone porque, si no, me temo que querrá acabar con tu vida cuanto antes.

Aquella declaración por fin la hizo reaccionar. Áral levantó la mirada. El suyo era ya el cuerpo de un drago adulto, fuerte y esbelto, diferente al que había visto por primera vez en el jardín de la Ciudadela, aunque también parecía más refinado en su propio desvarío. Su camisa se había desabrochado, dejando al descubierto las escamas doradas de su pecho.

—Yo cuidaré de ti —dijo pasando la mano por su pelo—. No dejaré que ella te haga daño, pero tendrás que ayudarme.

—¿Ayudarte?

—Eso es. Hay más de un millar de soldados de Ócsul acordonando la ciudad. Vuestra guarida ha sido desmantelada, si colaboras y le pides al resto de rebeldes que se rindan no habrá más muertes, incluso podríamos darle un rumbo nuevo al curso de la historia.

—¿A qué te refieres?

—A que tú y yo podríamos hacer grandes cosas juntos si estuvieses dispuesta a conocerme. —Crimson acarició la barbilla de Áral.

—¿A conocerte? Lo único que sé de ti es que te llaman el Despiadado y que fuerzas dragas para satisfacer tus deseos —dijo Áral apartando de un golpe la mano de Crimson de su barbilla.

Crimson se levantó despacio, caminó por la celda y trató de disipar cualquier miedo de Áral dejando cuatro pasos de distancia entre ambos.

—¿Te has sentido alguna vez traicionada por gente que debería quererte?

—Esa es la historia de mi vida.

—También es la mía, la corte está llena de insidias, trampas y guerras soterradas. Amirg, el regente, ha ordenado a sus invisibles que hagan correr los rumores sobre mi lascivia. Es su forma de desacreditarme para proteger su regencia. Lo peor es que mi madre lo ha permitido todo. Ese drago es el responsable de lo que le ha pasado a esta ciudad, el que os engañó y llenó las catacumbas de inocentes, todo por mantener su poder.

Áral tuvo un pensamiento inmediato hacia su madre.

—Áral, deja que juzguen tus ojos y no las mentiras. Tres veces me has visto: la primera, en el jardín de los naranjos, donde te libré de los guardias y te dejé marchar con esas frutas; la segunda, cuando impedí que esas bestias te violaran, y la tercera es aquí, y mi única intención es ayudarte y poner a salvo tu vida. ¿Te parezco de verdad un violador?

El príncipe terminó su impecable actuación sentándose de nuevo junto a ella.

—Desde la primera vez que te vi no he hecho otra cosa que buscarte y pensar en ti.

Crimson tomó su mano entre las suyas. Desde los barrotes de entrada a la celda Naya hizo vibrar su descontento sacudiendo las escamas. Áral sintió un frío helado empaparle la espalda. Los ojos del príncipe la miraban con esa ansia que tantas veces había visto en otros dragos. En cuestión de segundos, Áral salió de su mutismo para percibir el peligro: estaba encerrada en un calabozo, semidesnuda, con el drago más poderoso y cruel de toda la península, por muy sugerentes y dulces que fueran sus palabras.

Pero eso no era lo peor… Lo peor era que de sus decisiones dependía la vida de muchos otros. No podía volver a actuar precipitadamente, no pensaba cargar con la muerte de nadie más. No podría soportarlo.

—Yo puedo mediar frente a mi madre, pero tienes que darme algo, información, algún nombre, y unirte a nosotros para acelerar la rendición.

Un regusto ácido le vino a la garganta. Sabía que el agua estaba contaminada con sales de amonio para aplacar el fuego de los reos. Aun así, extendió el brazo para servirse un vaso y alejar de las suyas la mano de Crimson.

—Aunque te cueste creerlo yo te admiro, admiro tu valor y tu lucha. Sé que eres inteligente y que has tenido una vida dura en las calles. Yo podría darte todo lo que nunca has tenido. Este castillo podría ser tu nuevo hogar. Dentro de ti hay una líder; con paciencia y tiempo, todo podría ser distinto, tendrías una oportunidad, podrías comandar el ejército del nuevo reino, ¿qué me dices?

Como si hubiera escuchado su pregunta, Naya se precipitó reptando hasta ponerse frente al rostro de Áral. El cuerpo erguido se balanceaba a los lados. Desde sus ojos sin párpados escrutaba cada una de sus funciones vitales. Áral sabía que las kracárites podían detectar cualquier variación en el flujo sanguíneo, las pulsaciones del corazón, incluso en la activación del fuego en la garganta.

El príncipe acarició la cabeza helada de la serpiente con afecto. Áral no podía responder. No todavía, si no quería morir en minutos bajo los efectos letales de su mordedura.

—Deja que lo piense con calma. Estoy muy cansada y el hombro me duele mucho, me temo que puede estar infectado.

—Tienes razón. Tal vez debería decirle a ese viejo de Xoc que te dé algo para el dolor, y le eche un vistazo, incluso ofrecerte una de esas gotas para dormir. Dormir te sentará bien.

—Alteza —dijo un soldado asomándose al interior de la celda—, el regente y el galeno real le buscan. No he podido detenerlos.

—Majestad —saludó Amirg con una leve reverencia—, la reina reclama su presencia urgente en la Habitación Blanca.

—¿Urgente? ¿Qué es tan urgente, si puede saberse?

—Me temo que no nos han dado información al respecto, pero yo no la haría esperar demasiado.

—Está bien. ¿Te acompaña Xoc?

—Aquí está, majestad.

El rostro de Xoc asomó tras el cuerpo de Amirg.

—Perfecto. Quiero que veas la quemadura de su hombro. No tiene buena pinta. Un mentecato la quemó con el hierro de su espada. Haz que se sienta mejor, yo subiré a ver a mi madre. No tardaré —dijo mirando a Áral.

Amirg y Crimson salieron de la celda para dejarles solos. Xoc se quedó unos segundos desconcertado ante la belleza de esa joven draga capaz de liderar a los rebeldes de la resistencia. A pesar del barro acumulado y la sangre seca, el rojo de sus escamas brillaba con la pureza del rubí. Áral temblaba cuando el galeno se acercó para valorar la quemadura. No había visto a muchos como él, más hombre que drago, con su larga barba y la mayor parte del cuerpo desprovisto de escamas.

—No temas, no voy a hacerte daño.

Xoc se agachó para comprobar la herida. No contaba con mucho tiempo hasta que regresara el príncipe, pero debía sopesar sus opciones. Esa draga tenía poder y valor y sin duda estaba asustada. No hacía falta ser muy inteligente para intuir en su desnudez las huellas de un abuso, pero el verdadero poder de esa hembra residía en la influencia que ejercía sobre el príncipe. Ahora ella era el instrumento preciso que necesitaban para tener a Crimson bajo control.

—La quemadura no es grave, pero está infectada, aunque —añadió pensando unos segundos— esta podría ser la excusa perfecta para sacarte de aquí.

—¿Sacarme de aquí? ¿Podrías ayudarme a escapar? ¿Por qué querría un esbirro de Ócsul ayudar a una rebelde?

—Tal vez, si tú también me ayudas. ¿Qué me dices?

—Tú también vas a pedirme que delate a los míos y me sume a la rendición de mi pueblo.

—Ni por asomo. Soy viejo y torpe, pero no soy un mentiroso. —Xoc giró la cabeza hacia el guardia de la puerta para comprobar que no escuchaba la conversación—. Yo podría darte algo para fingir que estás

gravemente enferma. Eso nos daría una excusa para sacarte de este lugar y ocupar una habitación en palacio, puede que incluso en los aposentos del príncipe.

—Si me lleva a sus aposentos, sé con certeza lo que me espera.

—No si le decimos que estás débil y enferma y que debes permanecer en absoluto reposo, desde allí será más fácil escapar.

—No me iré de aquí sin mi gente.

—Yo te ayudaría a liberar a los detenidos.

—¡Estáis todos locos en este palacio! ¿Por qué harías eso? ¿Qué pretendes sacar tú a cambio?

—Baja la voz si no quieres que nos corten la cabeza a los dos —susurró enfadado—, claro que a cambio tendrás que colaborar conmigo cuando llegue el momento. Pero eso aún no tiene que ser desvelado.

—No voy a hacer un trato sin saber cuál es el precio, las calles enseñan, curandero.

—¿Y acaso esto te parecen las calles? ¿Crees que tienes más opciones? La misión de esos soldados de Ócsul que os han arrestado es arrasar Ssixo hasta que no quede nada. ¿Prefieres quedarte a disfrutar de las llamas cuando esa reina y su hijo reduzcan esta ciudad a cenizas?

—¡Claro que no! Este es mi hogar. Todo cuanto tiene valor para mí está aquí.

Xoc sacó un pequeño frasco de cristal del interior de su sayo.

—Entonces, bebe.

—Promete que no moriré o dime al menos que no haces todo esto para matarme.

—Claro que no, sería estúpido hacerlo. Pero lo prometo, siempre y cuando tú también cumplas tu palabra cuando llegue el momento.

—Que así sea —dijo tragando de un sorbo el elixir.

Xoc alargó el brazo y exhaló el gas narcótico de su aliento sin fuego. La envolvió en un trance brumoso, como la niebla en el bosque húmedo.

12

El rey perdido

El refugio de los críos se había construido aprovechando una cueva natural excavada en la roca arenisca, tan blanda como para acabar su construcción en apenas unas semanas. Rónroth se detuvo en la entrada con el cuerpo de Xxuli apretado contra el pecho para darle calor. Silbó el himno de los azules frente a la puerta camuflada y enseguida escuchó la voz de Luvana:

—Un drago, un fuego.

—Unidos, un incendio —respondió Rónroth con impaciencia.

—¡Por todos los dragones, Rónroth! ¿Qué ha pasado?

Al ver el cuerpo inerte de Xxuli el rostro de Luvana palideció.

—Le han clavado una daga. Los soldados de Crimson arrasaron la aldea. Pensamos que sería solo una patrulla pequeña, pero llegaron junto a la guardia de Ócsul.

—Todavía vive, hay que actuar con rapidez.

—Tiéndelo en la mesa —indicó señalando una gruesa raíz de tilo sobre la que se apoyaba una vieja puerta de madera.

A su alrededor, un enjambre de críos asustados se arremolinaba con curiosidad.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Necesitamos encontrar a Súnnary y a Río.

—No te preocupes, le cuidaremos bien.

Nálhima se acercó con un cuenco de agua, alcohol y sutura. Dejó las cosas sobre la mesa y sostuvo el recipiente frente a ella para soplar su fuego con suavidad. En cuestión de segundos el agua comenzó a hervir. Luvana ya había descubierto su pecho para desinfectar la puñalada.

—¿Y el resto? ¿No había más heridos?

—Ninguno más, han aprovechado para llevarse detenidos a la mayor parte.

—Mejor detenidos que muertos, ¿no crees?

—¿Vivirá? —preguntó, observando el cuerpo tendido de Xxuli.

—Ha perdido mucha sangre, no puedo asegurarte nada —contestó Nálhima—. Ahora nos toca a nosotras ocuparnos del crío.

—Ya la has oído —Luvana le indicó la puerta con un movimiento de cabeza, sin apartar la vista de Xxuli—. ¿A qué estás esperando? Lárgate de aquí y tráelos de vuelta, sanos y salvos.

Seguir el rastro de Órkoth no fue complicado. Cuatro ciclos en el desierto de los Hombres le habían enseñado a detectar cualquier resquicio de vida, por insignificante que pudiera parecer. Las cenizas del incendio dejaban una huella plomiza en el suelo húmedo y el olor de la leña quemada en suspensión. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que salió de la cueva, pero correr le ayudó a aliviar una parte del dolor prendido en el pecho. La fragilidad de ese pequeño drago, su forma de luchar una y otra vez por seguir con vida, le recordó una parte de su propia historia y, en secreto, juró que, si ese crío lograba salir adelante, se ocuparía de él, como ese azul hizo en su día con el hijo de Búltar, y esa simple promesa le dio la fuerza necesaria para continuar.

El rastro le llevó a la falda del monte de Hierro. Enseguida percibió la atracción magnética de aquel lugar sagrado. Las huellas del canebro se perdían ante el mar de piedra del que surgía, en un abrupto ascenso de formaciones ferrosas, la escarpada montaña.

Los libros sagrados y las leyendas hablaban de aquel lugar y del secreto no desvelado de su formación. Los primeros dragones buscaron refugio en el interior de sus cavernas, capaces de interferir en la percepción empática de los magos y los dragos más intuitivos del reino. Tal vez ese fue el recuerdo que le hizo continuar, a ciegas, ascendiendo por la montaña. Sin duda, ese era un buen lugar donde esconderse. Fue entonces cuando recordó la propiedad de esas piedras para transmitir la vibración. Si Órkoth estaba cerca, la percibiría con gran descontento, pero ese ya no era asunto suyo.

Buscó una piedra apropiada, de buen tamaño, todas tenían ese brillo metálico de un negro parduzco. La estrelló con toda su fuerza contra el suelo; incluso él sintió expandirse la energía al chocar las rocas. Los canebros eran preciados por ser rastreadores extraordinarios, capaces de detectar la más leve vibración del aire. Si estaban cerca, le atronaría la frecuencia del impacto.

En el interior de una de las grutas, Kratelos se detuvo a observar las ondas que se habían formado en el agua estancada en la que bebían con ansia. La reacción de Órkoth fue tan desmesurada que, por un instante, pensó que la guardia real les había alcanzado. De un salto se puso en guardia, espantado al ver cómo el inmenso animal lanzaba un aullido de dolor girando sobre sí mismo en un círculo que le recordó al uróboro. Luego, comenzó a aullar tapándose las orejas con las patas. El azul salió de la gruta en busca de algún peligro, pero solo vio una figura corpulenta en el horizonte.

No tuvo que esperar demasiado para reconocer el contundente armazón de Rónroth manchado de sangre y cenizas. En cuanto se acercó, Órkoth le gruñó, agachando las orejas en señal de amenaza.

—¿Los habéis encontrado? —preguntó Rónroth.

—Aún no, me he dado toda la prisa que he podido, pero he tenido que parar a descansar un par de veces —dijo frotándose la pierna—. El dolor todavía me frena y debo reconocer que no lo llevo demasiado bien.

—Cuesta creer que hayas resistido el viaje después de la paliza que recibiste, Kratelos, estoy seguro de que no estarán muy lejos. ¿Tú qué dices, Órkoth?

El canebro aumentó el tono amenazante de su gruñido.

—¿Se puede saber por qué Órkoth te gruñe de esa forma? Nunca le había visto tan enfadado.

—Bueno, digamos que para encontraros he tenido que llamar un poco su atención —se disculpó—. No quería molestarte, Órkoth, prometo no volver a hacerlo nunca más.

—Creo que prefiero no saber de qué estás hablando, solo dime ¿cómo está el crío? ¿Vivirá?

—Es demasiado pronto para saberlo, pero lo he dejado en buenas manos. No podía hacer otra cosa.

—Entonces, démonos prisa, Río no debe estar muy lejos.

El canebro olfateó el aire con el portentoso cuello estirado. Se quedó unos instantes rastreando la roca hasta que Kratelos señaló algo en el horizonte.

—¡Juraría que eso que se ve en el cielo es el brillo dorado de las alas del drack! ¡Lo ves, Órkoth!

—Maldita sea, azul, deberías dejar de hablar con los animales o acabaré pensando que has perdido la cabeza.

—La cabeza la perdí hace mucho, amigo —dijo apoyándose en el kali —. Puedes reírte cuanto quieras, pero dónde esté ese pájaro, estará Río.

Órkoth salió disparado en dirección al punto en donde volaba el drack. Rónroth se acercó para pasar el brazo de Kratelos por su hombro y ayudarle a avanzar.

La arboleda era uno de los lugares más hermosos del monte de Hierro. En esa montaña yerma, se concentraba un centenar de pináculos ferrosos, como árboles calcinados. Órkoth olfateaba el camino cuando vieron a Río. Kratelos se quedó inmóvil, sin dar crédito a sus ojos. Los sonidos cesaron de golpe, incluso el viento. Todo parecía haberse detenido, hasta que la voz de Río le traspasó como una daga:

—¡Padre! —exclamó echando a correr hasta fundirse con Kratelos en un abrazo.

Rónroth se frotó los ojos con disimulo y, aunque tuvo que esforzarse por reprimir las lágrimas, no recordaba la última vez que había sentido una felicidad tan sincera.

—Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó Río al ver el rostro magullado de Kratelos—. ¿Te han torturado, padre? Porque en este instante sería capaz de matar a esos kórtodos con mis propias manos.

—Eso no importa, hijo, ya nada de eso importa. Te he encontrado y juro por la memoria de mi hermano que nunca más volveré a poner en peligro tu vida.

—Tú no has puesto mi vida en peligro, he sido yo el que regresó a buscarte, ¿o acaso piensas que voy a cosechar yo solo todo ese grano?

Kratelos soltó una carcajada y le alborotó el cabello, amarillo como el trigo y largo como el de una hembra. Apenas habían pasado unas semanas, pero ese joven drago ya no era el cachorro que dejó en las montañas de Valka.

—¡Rónroth! Cómo me alegro de verte. Ahora sé que eres un drago que cumple sus promesas. Nunca olvidaré lo que has hecho —dijo Río inclinando la cabeza con la mano en el pecho.

—No ha sido nada —respondió procurando ocultar su emoción.

—Y ahora tenéis que contármelo todo. ¿Qué ha pasado en la aldea? Hemos visto a las tropas de Ócsul. Encontramos a unos campesinos que hablaban de todo un ejército acampando a las puertas de la ciudad.

—Y así es. Parece que la reina y el Despiadado han decidido someter lo poco que queda del espíritu de Ssixo, hijo, pero antes tenemos que hablar.

—¿Dónde está Súnnary? —preguntó Rónroth inquieto.

Río silbó con fuerza, y de entre los pináculos de magnetita surgió la draga morada.

—No estaba seguro de que fuerais vosotros, así que le dije que se escondiera.

—Buen trabajo, hijo.

—Lo has educado bien, azul —dijo Súnnary acercándose—. Aunque es demasiado sobreprotector, no me deja hacer absolutamente nada.

—Bueno, debía cuidar de ti y por lo que parece no lo ha hecho mal —dijo Rónroth—. Me alegra ver que estáis los dos en perfecto estado.

—¿Qué ha pasado en la aldea?

Rónroth se pasó la mano por el hueco entre su roma cornamenta. Se sentía feliz de ese reencuentro y ardía en deseos de contarle la verdad a su fiel amiga, pero sabía que debía ir con calma. También había muy malas noticias que compartir.

—Han detenido a Áral y a una gran parte de La Llama, incluida Arhona, luego prendieron fuego a la aldea y han caído algunos hermanos. Lo arrasaron todo.

—Y, entonces, ¿por qué tengo la sensación de que estás feliz?

—Verás —titubeó buscando las palabras adecuadas—, porque por fin lo he encontrado, Súnnary.

—¿A quién? ¿De qué hablas, Rónroth?

—Hablo de tu hijo, ¿recuerdas? Te prometí que lo encontraría.

El rostro de Súnnary se endureció de golpe.

—No tiene la menor gracia, Rónroth. No creo que con nuestros amigos detenidos sea el momento de bromas. Sabes tan bien como yo que mi hijo está muerto.

Río escuchaba perplejo, sin entender a dónde quería llegar Rónroth con esa conversación.

—Eso creímos todos, pero hubo un drago que se jugó la vida por rescatarlo y evitar que se ahogara. Ese drago cuidó de él y lo educó con amor y disciplina, como se espera de un rey.

—Vas a volverme loca, Rónroth, no entiendo este macabro juego, ¿de qué rey hablas?

—De tu hijo, del hijo de Búltar, del legítimo heredero de Terradraga. Has estado junto a él todo este tiempo y ni siquiera te has dado cuenta.

La morada se detuvo un momento en los ojos de Río, del mismo azul que los de Búltar. Acarició sus mejillas, el mentón bien formado, sutilmente hendido en la barbilla.

—No es posible que seas tú.

—No lo sé, yo tampoco entiendo nada. ¿Cómo voy a ser yo el hijo de un rey?

—Tu padre era el príncipe Búltar —dijo Rónroth—. Súnnary se quedó embarazada antes de que el rey Kirandros pactase su matrimonio con Tëesha. Ella no lo pudo soportar y mandó que te ejecutaran, pero no lo consiguió. Tu verdugo se apiadó de ti y te arrojó al río en un cesto, de donde te salvó Kratelos, tu segundo padre y el único que has conocido.

—¿Es eso cierto? —pregunto Súnnary mirando a Kratelos.

—Al menos así llegó Río a mi vida —confirmó el azul.

—Pero, yo no puedo ser el hijo de un rey, si ni siquiera tengo fuego.

Río parecía confuso, como si algo fallase en esa historia o necesitara una prueba para confirmarla.

—Fue justo aquí donde vi al padre de mi hijo por primera vez, en esta montaña sagrada —Súnnary se agachó para tomar una pequeña roca del suelo—. Y con una de estas piedras me talló la joya más preciosa que jamás

he tenido. No tenía ningún valor real, pero para mí era algo único. Siempre pensé que la mitad pulida y lustrosa de aquella piedra era él y que la más abrupta y tosca era yo. Era lo único que me quedaba de él y mi hijo llevaba colgado del cuello ese regalo el día que murió.

Río la escuchaba tan abstraído que se había olvidado de parpadear. Al oír hablar del colgante echó la mano a su faltriquera. Rónroth y Kratelos observaban la escena con expectación. Rogó en silencio por que todavía estuviese allí. Lo agarró por el desgastado cordón de cuero y le mostró el que había sido su más preciado tesoro: lo único que conservaba de su otra historia, la que un día le había llevado río abajo hacia su destino. Súnnary agarró el colgante en la palma de su mano, perpleja, tras observarlo durante unos segundos, volvió a levantar la vista y allí estaba, aquel abismo que tanto había luchado por olvidar, ese lugar en los ojos de Río en el que se vio reflejada como en un espejo, con todos sus pedazos rotos unidos por fin en la mirada azul de su anhelado hijo.

—No puedo creer que seas tú, que por fin seas tú, después de todo este tiempo.

—¿Entonces, es verdad? ¿Eres mi madre? —titubeó Río mientras Súnnary lo apretaba con fuerza contra sus escamas.

—Soy tu madre, tu madre, tu madre… —repitió una y otra vez.

—No puedo creerlo. Tendrás que contármelo todo, quiero conocer cada detalle, sin eludir nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Súnnary se giró hacía Rónroth. El enorme drago y el guerrero azul trataron de disimular las lágrimas que les surcaban el rostro secándose con el dorso de sus curtidas manos.

—Rónroth —dijo acercándose para abrazarlo—, hoy has hecho que el dolor con el que he tenido que cargar todos estos años merezca la pena. Estaré en deuda contigo por siempre.

—No hay ninguna deuda que saldar. Al contrario, era yo el que estaba en deuda contigo. Este crío es el heredero del rey Búltar, el legítimo rey de Terradraga. Y esa reina usurpadora tendrá que abandonar su trono.

—Pero nadie va a creer que soy el hijo del rey. Ni siquiera lo creo yo mismo.

—El pueblo te creerá, no podrán obviar la realidad cuando la tengan delante. Falta muy poco para tu muda y, entonces, tendrán que creernos.

Junto a Rónroth, Kratelos combatía el tornado de emociones. En cuestión de minutos su vida había vuelto a dar un vuelco irreparable. Ni siquiera sabía cómo sentirse, pero la angustia apenas le dejaba respirar.

A su memoria llegó el recuerdo de Ivy, pidiéndole que soplara su fuego para calentar el diminuto cuerpo de ese crío con las escamas azuladas como el mismo hielo. Y ahora, en un parpadeo del tiempo, no solo había perdido a su hijo, sino que lo habían convertido en rey. Y allí, viendo el brillo de sus ojos al contemplar por fin el rostro de su madre, supo que nunca, nada, ni nadie, por muy grande y ancho que fuese el mundo, podrían compensar el amor que sentía por ese crío, al que no sabía si podría seguir llamando «hijo».

—¡Larga vida al rey de Terradraga! —gritó Rónroth.

—¡Larga vida!

13

La hermandad de las Siete Madres

Antes de llegar a la Gran Puerta que permitía el acceso a la capital del reino, Ivy se quedó unos instantes observando la muralla que definía el perímetro octogonal que había hecho de Ssixo una ciudad infranqueable.

A pesar de los guardias apostados en las afueras de la ciudadela, o de la imponente solidez de sus muros, no sentía temor. La determinación de encontrar a Río, Kratelos y Shándor agitaba una corriente de energía en su interior. Por suerte no tendría que entrar en Ssixo a través de la red de alcantarillado; podría cruzar la puerta bajo la luz de los dos soles. Como matrona y curandera tenía ese privilegio, sabía que no despertaría las sospechas de nadie, aunque no escaparía del desprecio de los soldados y sus gentes.

Al cruzar las murallas de la ciudad lo que más le sorprendió fue escuchar el bullicio de las calles: el martillo de los herreros, el tañido de las campanas a lo lejos o las risas de los críos corriendo con los pies descalzos. Nunca había pensado en lo silenciosa que era su vida en la montaña y, a pesar de ello, le gustó recordar cómo era el sonido de la vida en la gran urbe.

Atravesó la plaza esquivando miradas curiosas que se detenían a escrutar su cuerpo desprovisto de escamas, tan humano como para despertar un recelo antiguo enterrado en lo profundo de su memoria. Tal vez esa era otra de las razones por las que se sentía tan cómoda con ese maestro ciego. Le resultó absurda la forma en la que extrañaba el sonido de su voz, sus tristes quejas o la agudeza de su conversación.

Al llegar al barrio de los curtidores, le impactó el olor mohoso y acre de las pieles tendidas al sol y algo en ellas le recordó la textura de su propia piel. Dragas y dragos rojos, verdes o del marrón propio de los nacidos en

Ssixo, mestizajes de escamas de todos los colores se cruzaban escrutando su viejo rostro, casi humano, como una amenaza. Pensaba que el tiempo la había inmunizado frente al desprecio y la desconfianza, pero la vieja herida le mordió en el vientre como siempre había hecho.

En un escudo de hierro pulido vio su imagen reflejada como en un espejo. Se quedó sorprendida al descubrir a esa anciana de cabellos blancos que la miraba con los ojos muy abiertos. Era una suerte que Shándor no pudiese verla tal cual era. Había algo reconfortante en su ceguera que la hacía sentirse en paz. Se miró a los ojos con determinación, reconectando con la energía que había sentido a lo largo de todo el camino. Le gustaban sus ojos verdes, como la hierba, redondos y vivaces, y su pelo rizado y abundante, tan indomable como ella. Hinchó el huesudo pecho y sintió la energía fluyendo otra vez en su interior y condujo sus pasos hasta la puerta de una humilde botica.

Rodeada de frascos ordenados, tras el mostrador de madera, Utma despachaba a un drago joven, empeñado en llevarse un elixir para enamorar. Tras él, una draga embarazada buscaba algo que le permitiera mitigar los dolores del parto, ya casi le había tocado el turno cuando dejó pasar a un drago adulto, con cuatro pelos hirsutos entre la picuda cornamenta. Con solo verlo, Utma puso en la mesa un crecepelo hecho con salvia y ortiga que se llevó con la complicidad de un cliente habitual.

—Tantos ciclos sin vernos y qué poco han cambiado las cosas, querida Utma. ¿No te da vergüenza vender esos placebos inútiles? —bromeó Ivy, al vaciarse la botica.

—¡No he visto en nadie una alegría tan sincera como la de ese drago con sus tres pelos recién nacidos! —respondió Utma saliendo tras el mostrador con una sonrisa—. No seré yo quien le prive de un placer semejante.

Las dos dragas se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Qué alegría tan inesperada, hermana mía, dime, ¿qué te trae por aquí, después de tantos ciclos?

—Veo que no pierdes el tiempo con rodeos y eso me gusta. ¡Utma la Rápida, la mejor matrona de Ssixo y la lengua más persuasiva para vender un ungüento!

—Hacía mucho, desde que éramos dos alumnas, que no me llamaban la Rápida, me parece que ya no merezco ese apodo. Pero deja que te mire Ivy, estás vieja pero guapa, querida amiga.

—La juventud es ya un recuerdo para las dos, pero también te veo fuerte y hermosa.

—Déjate de zalamerías y ve al grano, antes de que vuelvan a interrumpirnos.

—Tienes razón, y lo cierto es que no puedo perder tiempo. No vas a creerlo, querida Utma, pero el libro de las Siete Madres ha aparecido y me temo que no está en buenas manos.

—¡Por la memoria de Argia! ¡El libro perdido! Eso es imposible. ¿De verdad ese libro existe, Ivy? ¿Te ríes de mis pocas escamas?

—Bueno, ya sabes que bromear no es lo mío, tienes que confiar, amiga. Debemos reunir a la hermandad de Las Siete —dijo mostrando la abrasión de su muñeca.

—Pero eso es casi imposible. Apenas quedamos unas cuantas con vida. Yo soy la última hermana de Ssixo. —Utma arrugó el entrecejo esforzándose en recordar—. Creo que en Thelendras y en Ócsul podríamos encontrar alguna, puede que algún descendiente directo de las más ancianas. Tal vez pueda seguir el rastro de alguna otra en Arvak. También he escuchado que en las montañas Azules se ha seguido divulgando la palabra de forma clandestina.

—Fantástico, Utma, eso ya es un comienzo. Necesito que pongas la rueda en marcha y las encuentres.

—Haré cuanto esté en mi mano, pero nuestro tiempo ha llegado a su fin, Ivy, nos extinguimos sin remedio.

—De ninguna manera. Por eso estoy aquí. Llega un tiempo nuevo, del que no puedo ni hablarte todavía, ahora solo puedo pedirte que pongas a prueba tu fe porque Las Siete volveremos a reunirnos y a estrechar el círculo.

—No seré yo quien dude de aquella que tanto me ha enseñado. Aquí estaré, como siempre, para servir a la causa, hermana, no me interesa la duda lo más mínimo.

—Algún día recompensaré tu lealtad, pero ahora necesito encontrar a alguien. Debo entrar en palacio. El galeno real se llevó al drago que busco. No sé si conoces a un tal Xoc, también lo llaman «el Mudo».

—Pues claro que lo conozco. Ese drago lleva el peligro grabado en sus pobres escamas. Si la persona que buscas está con él, corre peligro. Ese drago maneja las artes oscuras, lo peor de nuestro oficio. He oído que trabajó como maestro mayor de la biblioteca de Ócsul y si dices que ha encontrado el libro, entonces, estará urdiendo algo terrible.

—Eso me temo, por eso necesito que me ayudes a entrar en palacio y encontrar a mi amigo.

—Una vez al mes voy allí a vender especias, algún remedio digestivo y adormidera para la reina, que por lo visto tiene problemas para conciliar el sueño. Puedo llevarte hasta las cocinas, pero nunca he ido más allá de esas puertas. Después deberás abrirte paso por tus medios, hermana.

—Debemos intentarlo. No puedo explicártelo, Utma, pero siento el vínculo como no lo había sentido hasta ahora. Ese galeno exhaló su aliento de drago sin fuego y nos durmió a los dos. Cuando desperté, mi amigo, Shándor se llama, ya no estaba.

—Tal vez por eso sientes el vínculo con esa fuerza de la que hablas, Ivy.

—Tienes razón, la magia de Xoc me vincula a él de alguna forma. El muy insensato cometió el error de menospreciar nuestro poder, el poder silencioso de las Siete Madres, y ahora ese vínculo es un rastro sutil, pero es un rastro que puedo seguir. Todo aquello que ha estado en contacto sigue ejerciendo su influencia y ahora sé lo que tengo que hacer.

Ivy apoyó sus manos en los hombros de Utma, que la miraba desde el fondo de sus arrugados ojos.

—Nuestras jantos nos enseñaron a conectar con la fuerza empática, a sentir esa leve llama y a usarla para conectarnos. Debes apelar al vínculo para encontrar a nuestras hermanas igual que yo lo usaré para encontrar el libro.

—Todavía recuerdo cuando pasamos la prueba —dijo Utma con nostalgia—. De todas las que empezamos, muy pocas conseguimos encender el vínculo. Nunca olvidaré que tú fuiste la primera. Lo más sorprendente es que, a tu lado, siempre me ha sido más fácil hacerlo. Aun así, no es suficiente para cometer esta locura, Ivy.

—No temas, hermana, no es ese vínculo el que siento, esas enseñanzas estaban dirigidas a alumbrar apenas una leve llama. El impulso que ahora me guía lo aviva un incendio, algo más grande de lo que jamás he sentido. ¿Recuerdas que la janto siempre nos hablaba del vínculo completo? El estado al que solo las Siete Madres podían acceder. No sé si es eso lo que me está pasando, pero por una vez en mi vida sé qué es lo que tengo que hacer, por eso debo ir contigo a palacio.

Utma corrió tras el mostrador, llenó un viejo saco de arpillera con algunas bolsas de especias y ungüentos, y se echó la modesta capa sobre los hombros.

—¿Nos vamos? —dijo mirando a Ivy, que la observaba con desconcierto—. Habrá que dejarse guiar por ese incendio.

—¿Ya mismo, Utma?

—Por algo me llaman «la Rápida».

14

Toda la verdad

Las tripas se le contrajeron en el interior del vientre como un trapo que se estruja para escurrir el agua. Shándor era frugal en su apetito, pero aquel retortijón le hizo pensar en el tiempo que llevaba sin comer, encerrado en esa habitación. Xoc lo había atado a la silla y no podía moverse, pero sí percibir el aroma del papel, las cubiertas de cuero curtido, el alcanfor de algún ungüento cotidiano y ese olor de las partículas en suspensión de los cuerpos que han empezado a morir. La vejez, pensó, deja un rastro ineludible a su paso.

Le dolían los hombros y las nalgas, adormecidas al no poder abandonar esa incómoda silla. Quería salir de allí, regresar a la paz de su casa, de su refugio en el bosque, junto al candor de su laúd y la compañía de Ivy. Se detuvo unos instantes en su recuerdo. ¿Cómo era posible que en apenas unas semanas esa vieja curandera se hubiese convertido en alguien tan imprescindible? Ese monstruo de Xoc le tenía drogado, adormecido y así no podría encontrar a Río, ni huir de ese horrible lugar. Tenía que aprovechar el tiempo. Expiró el aire con calma y se concentró en escuchar a su alrededor. Apenas llegaban ruidos del exterior por lo que, seguramente, estaría encerrado en algún pasaje escondido en las entrañas de ese castillo. Si pudiera ver, aunque solo fueran unas sombras… ¿Y si Ivy tuviera razón y su ceguera no fuera irreversible? Tal vez todo sería más fácil, pero enseguida se dio cuenta de que esos pensamientos no le ayudarían.

Debía llevar más de un día sin comer y apenas podía pensar con claridad. Se concentró y entonces reconoció su presencia, la fuerza agazapada, yaciendo entre sus hojas como un gigante dormido. Estaba seguro de ello, el libro de las Siete Madres estaba en esa habitación.

Un quejido herrumbroso le puso sobre aviso. Xoc empujaba la compuerta que daba acceso al lugar de su encierro.

—¿Cómo te encuentras, viejo amigo? Pareces cansado.

—Necesito beber y comer algo, ¿o acaso quieres matarme de hambre? ¿Es ese tu brillante plan?

—Tranquilo, no pierdas la calma. Alterarte de ese modo solo te perjudica. Y los dos sabemos que vales más vivo que muerto. Aunque no negaré que tu debilidad me beneficia.

Shándor trataba de concentrarse en el sonido para descifrar los movimientos de Xoc. Escuchó la forma en la que depositaba pequeños frascos de cristal sobre una mesa y los vertía en un recipiente.

—Sé que estás escuchando con atención y, sí, estoy preparando algo especial para ti, querido amigo. Este brebaje caerá en tu estómago vacío con tal determinación que no podrás evitar responder con la verdad a cada una de mis preguntas. ¿No me dirás que no es ingenioso? Deberías agradecérmelo. En el fondo es una forma de evitar torturarte.

—Vaya, eso es muy generoso por tu parte —se burló Shándor.

—No lo creas, viejo amigo, tu esquelético armazón se quebraría al primer latigazo y ya te he dicho que muerto no me sirves de nada. En unas horas, esta maravilla comenzará a hacer efecto y entonces me contarás cada detalle, cada secreto de ese libro y estarás en la mejor disposición para ayudarme a descifrarlo. Si conocieras la maldad de esa pérfida reina, entonces, lo harías sin necesidad de recurrir a esta clase de atajos, pero no me has dejado otra opción.

Xoc se acercó a Shándor para abrirle la boca reseca. La necesidad de ingerir alguna clase de líquido era mayor que su voluntad y Shándor bebió sabiendo que resistirse era una estrategia inútil.

—Te has portado bien. Veo que vas comprendiendo. Ahora debo ir a atender a esa víbora y a su vástago. Cuando vuelva tendremos una larga y fructífera conversación.

Xoc pasó un pañuelo de hilo por la comisura de los labios y le secó los restos de la poción. Shándor aprovechó para arrancar un esputo verdoso de sus resecos pulmones y escupirle a la cara. El líquido lechoso cayó como ácido en el rostro de Xoc, que estampó su mano con ira en el rostro del

viejo maestro. Shándor cayó al suelo atado a esa silla como un caracol a su concha, sin parar de reír ante su pequeña victoria.

Llegar hasta las cocinas no fue complicado. Utma se movía entre el personal de palacio como si formase parte de él.

En el interior de aquella fortaleza el vínculo se manifestaba con más fuerza. Era tal la certeza de estar en el lugar preciso, que no sentía ni la necesidad de preguntar hacia dónde dirigir sus pasos. Aprovechando la complicidad con la que Utma trataba de vender sus ungüentos para rejuvenecer las escamas, Ivy atravesó la puerta que daba acceso al palacio.

A partir de ese instante todo sucedió por obra de un encantamiento. No necesitaba mirar a su alrededor, ni cuestionarse la dirección a tomar; tenía la certeza de que el libro guiaba sus pasos como si quisiera ser encontrado. Por momentos, le parecía escuchar su voz susurrando al oído la leyenda de Argia, el rugido lejano de las siete dragonas, el crujido de las páginas moviéndose de un capítulo a otro, igual que ella. Se entregó de lleno a esa sensación para cruzar pasillos sin ser vista, igual que una marioneta.

Sabía cuándo avanzar, dónde detenerse, así atravesó salones, subió escaleras, se cruzó sin ser vista con los apresurados guardas, hasta le pareció escuchar la voz de la reina discutiendo con Xoc. Avanzaba sin dudas, ajena a su cuerpo, hasta llegar frente a una de las estancias de la parte alta del castillo.

Se detuvo ante una puerta de madera maciza. Nada más empujarla se abrió con un leve chirrido. Ese era el lugar, sin duda. El cuarto era de una austeridad propia de alguien como Xoc. Un camastro sin cabecero, una mesa y un par de sillas, un ventanuco estrecho en la pared y al fondo un armario labrado, con remaches de cobre y cuatro cuerpos de ancho.

Ivy giró sobre sí misma, observando en detalle la estancia. Ni siquiera sabía qué estaba buscando, pero tampoco le importó. Se tomó su tiempo. Algo en el conjunto de ese escenario escondía la clave. Sobre la mesilla, en el suelo, junto a la mesa, se apilaban libros antiguos, pero no era eso lo que buscaba.

Se acercó al armario con calma, demasiado grande para un drago austero, demasiado ornamento para un cuarto como ese. Trató de abrir una de las puertas, pero estaba cerrada. Sacó de su pelo una pinza de plata en forma de U. Los largos extremos le habían sido útiles en situaciones similares. Los introdujo en la cerradura y en unos cuantos movimientos el armario se desplazó por una especie de riel para dar paso a una puerta incrustada en la pared. Ivy accionó el tirador y la pequeña compuerta se abrió con un chirrido estridente dejando paso a una estancia secreta. Al asomarse supo que había encontrado el lugar; lo que no esperaba era ver a Shándor tirado en el suelo, amordazado a una silla y con una desconcertante sonrisa en el rostro.

Corrió a agacharse para cortar las cuerdas con la daga escondida en su bota.

—¡Ivy! ¡Eres tú! —exclamó Shándor—. Podría reconocer tu olor en cualquier parte.

—Dame unos segundos para que corte esa soga y te sacaré de aquí. No creo que Xoc tarde mucho en regresar.

—¡Oh, Ivy! No sabes cuánto me alegro de que hayas venido a liberarme. Mi dulce Ivy. No imaginas lo mucho que he pensado en ti estos días, aquí encerrado, en ti y en un buen estofado de carne, no te lo voy a negar, porque no sé cuánto tiempo llevo sin comer.

—No hables tan alto, Shándor, pueden escucharnos.

—Me da igual que me escuchen, has venido a rescatarme y ahora estás tan cerca que puedo sentir el calor de ese cuerpo esbelto que tanto me gustaría estrechar. ¿Me dejarías tocarte las nalgas, Ivy?

—¡Maldita sea, Shándor! ¿Estás borracho?

—No lo sé, pero me encantaría besarte, ¿tú no quieres besarme, Ivy?, porque no he podido pensar en otra cosa aquí dentro. Bueno, también he pensado en el libro. Está aquí mismo, casi puedo oírlo respirar, como a ti. ¿Sabes que hueles igual que el bosque después de la lluvia?

—Me parece que Xoc te ha dado un suero de la verdad, y solo dices sandeces, amigo mío, así que procura no moverte para que acabe de cortar la soga.

—¡No son sandeces! Es la verdad. Eres maravillosa, inteligente, divertida, astuta y seguro que tus pechos aún son redondos como manzanas.

—¡Shándor! ¡Deja de hablar de mis pechos! Tenemos que pensar en cómo salir de aquí.

—El libro nos guiará, y luego podemos regresar juntos al bosque y copular. ¿Te quedarás a vivir conmigo?

—Antes tendremos que salir de aquí con vida, ¿no crees?

—Tengo un hambre espantosa, Ivy, pero también te amo.

—Vaya, entonces, ahora que solo puedes decir la verdad, ¿vas a reconocer que haces trampas jugando a las cartas?

—¡Oh sí, Ivy! Las hago siempre. Me pone de muy mal humor perder, casi tanto como no ir con regularidad al baño, pero mi amor por ti es sincero.

—¿Y dónde guardas tu famoso libro de poemas?

—Donde guardo los dracks. Bajo un tablón del suelo que hay junto al lar.

—¿Y el ingrediente secreto de tu infusión matinal?

—Cardamomo, cielo mío, y un toque de canela.

—¿Dime también algo que calles, algún secreto?

—Bueno, el aliento me huele bastante mal por las mañanas, por eso masco hojas de menta cuando estás cerca y tu guiso de col es un espanto, una abominación, a veces hasta me da arcadas y unas ventosidades espantosas, pero te amo desde el primer día que entraste en casa para cuidar de Río.

—Ya hablaremos más tarde de lo de mi guiso; por fin he cortado la soga.

Ivy desenroscó la cuerda de su cuerpo y le ayudó a ponerse en pie.

—Toma —dijo tendiéndole un odre con agua—, bebe todo lo que puedas para que se pase antes el efecto de la poción, aunque debo confesar que la sinceridad te sienta bien.

—¿Entonces tú también me quieres?

Ivy no pudo reprimir una carcajada.

—Anda, siéntate a la mesa y trata de comer este mendrugo, es la única forma de neutralizar el efecto. Yo debo encontrar el libro.

—Está ahí —dijo señalando en dirección a una estantería repleta de ejemplares. Creerás que estoy loco, pero juraría que susurra tu nombre.

—Pero eso es imposible.

Ivy se giró hacia la estantería, extendió los brazos y un cosquilleo en la punta de los dedos la llevó directa al grueso volumen. Lo agarró con un estremecimiento al sentir la piel de drago en la que estaba encuadernado, la calidez de ese tacto vivo, el brillo de sus escamas, erizadas como su propia piel.

Se quedó unos segundos observando la cubierta y, sin más, el libro se abrió de par en par. Ivy casi lo dejó caer al suelo del susto. Apenas podía respirar. Las hojas comenzaron a pasar de un capítulo a otro al tiempo que un torrente de energía comenzó a fluir en su interior. La abrasión de su muñeca con el siete tatuado cobró vida como si el fuego le volviese a quemar la piel. Una sensación olvidada se instaló en su cuerpo. Ese era el vínculo que siempre había guiado sus pasos, y ahora ese vínculo se había completado.

Las páginas cesaron, se detuvieron en el pasaje preciso. Ivy fijó la vista en ellas y, entonces, ese extraño dialecto forjado a lo largo de siglos, esa fusión de todas las lenguas jamás pronunciadas comenzó a ordenarse. Las palabras rodaban por la hoja, se colocaban, parecía que el libro eligiese ser leído por ella, para ella. Ahora todo cobraba sentido. Ese libro tenía vida propia, y había hecho su elección. Xoc había sido un buen guardián. Su ambición lo había mantenido a buen recaudo, pero el libro se ocultó a su corazón oscuro, era Ivy la elegida para desentrañar su conocimiento y reunir de nuevo a las Siete Madres. Pero antes tenían que huir de ese maldito castillo.

—Shándor, tenemos que salir de aquí, apóyate en mí, yo te guiaré.

—Imposible, no tengo fuerzas ni para cruzar esa puerta, amor mío. Lo único sensato es que escapes tú cuanto antes y te lleves el libro. No te preocupes por mí, Xoc me necesitará vivo para encontrarte.

—Viejo idiota, si piensas que voy a salir de aquí sin ti estás muy equivocado.

—Oh, Ivy, adoro esa forma tan brusca que tienes de insultarme, sé que en el fondo es una particular forma de demostrar tu amor. ¿No es cierto?

—¡Déjame pensar y para de decir estupideces!

Ivy buscó un pasaje en el libro sin saber muy bien qué encontraría. No tenía demasiado tiempo. Entonces recordó las palabras de su janto, la forma en la que la magia empática podría conectarle con la esencia de ese vínculo. Debía encontrar la emoción más poderosa. La correcta pronunciación de un conjuro y la conexión con un sentimiento trascendente. La emoción, esa era la clave, el alimento del que bebía ese poderoso ejemplar.

—Ivy, amor mío —la apremió Shándor—, me temo que debes salir de aquí antes de que llegue Xoc, es feo con avaricia, y esa barba que arrastra huele peor que un nido de pájaros en descomposición, por no hablar de su espantoso carácter, pero me temo que no tardará demasiado en llegar.

—Lo sé, lo sé, dame un instante.

Ivy se acercó a Shándor y posó la mano en su hombro. El amor que le unía por siempre a ese sabio ciego era la emoción que estaba buscando, la fuente en la que encontrar la energía necesaria. El maestro posó a su vez la áspera piel en la mano de Ivy. Al instante, la cabeza de la curandera cayó laxa sobre la nuca, doblada en una especie de ausencia. Las páginas del libro comenzaron a pasar una tras otra, en un aleteo de hojas al viento, como el soplido entre la hojarasca. Las mandíbulas de Ivy se desencajaron para abrir la boca de par en par, convirtiendo su rostro en una mueca distorsionada. Una voz gutural, cavernosa y honda pronunció un conjuro extraño, que el libro había elegido para ella:

—*Styrkur mormat Orcotem, verbum pertheos, mormet sum plentodos luminus sacty*[1].

Ivy conectó con esa energía y sintió cómo entraba en empatía con Shándor. Percibió los huecos horadados de su cansancio y los rellenó con la fuerza de su amor. El cuerpo de Shándor se fue irguiendo, como si un fuelle insuflara de vida sus músculos.

—¿Qué has hecho, vida mía? No sé qué son esas palabras. ¡¿Qué magia es esta que me hace sentir capaz de coronar una montaña?!

Ivy notó el cansancio aplacar sus huesos y recordó de nuevo las palabras de su janto: «La magia recorre siempre un camino inverso, aunque sea en un pequeño porcentaje».

Al salir de palacio le sorprendió ver un pelotón de soldados con botes de pintura roja y brochas gruesas en las manos. Shándor caminaba feliz, erguido como un cachorro sin percibir el peligro. Al ver un grupo de tres guardas acercarse, Ivy comprobó que el libro seguía en el interior de su talega y empujó a Shándor para esconderse en un callejón. La brusquedad de Ivy lo hizo tropezar, pero ella lo agarró justo a tiempo, pegando su espalda a la pared de piedra.

—Mi querida Ivy, ¿a ti también te consume la pasión? Porque me siento enardecido por la fuerza de la juventud.

—Calla Shándor —susurró—. Algo ha pasado en nuestra ausencia. Las calles están llenas de soldados. Pintan de rojo los muros de algunas casas. Debemos ser prudentes y regresar a la botica de Utma sin ser vistos. Tal vez pueda escondernos en su viejo almacén.

—Oh sí, buena idea, allí podremos retozar como cachorros hasta que llegue el día, claro que antes debemos no morir. Lo que me dices suena al inicio de una matanza. Y a pesar de la gravedad de los hechos, no puedo borrar esta sonrisa de mi rostro. ¿Podrás disculparme, Ivy?

—Pues claro, pero tendrás que mantener el hocico cerrado y sacar las manos de mis posaderas, al menos, por ahora.

15

Azul índigo

Tras pasar la noche a cielo abierto en el monte de Hierro, Río caminaba con una sonrisa bobalicona. Ni siquiera le importaba el pestilente olor que impregnaba las paredes de la red de alcantarillado. Delante de él, Rónroth y Kratelos abrían paso. El guerrero azul había recobrado las fuerzas, pero todavía se apoyaba en el kali para caminar. Junto a Río, una Súnnary renacida, dispuesta a no volver a separarse jamás de su cachorro. Todos avanzaban relajados y felices, reforzados tras descubrir esos hilos que conectaban sus vidas. El único que mostraba un profundo malestar era Órkoth, que arrastraba su enorme cuerpo con desgana por las estrechas paredes de aquel laberinto. Esta vez se había negado a esperarlos al otro lado, y eso los obligaba a empujar de vez en cuando sus enormes cuartos traseros en los tramos más estrechos.

Al salir, todos celebraron el aire fresco de la mañana, como un anuncio de la inminente llegada del invierno. Órkoth restregaba el lomo por el suelo con desesperación, en un intento por librarse de aquel olor nauseabundo. Todos rieron al verle arrastrar las posaderas por el suelo con las orejas gachas y la lengua colgando a un lado de la portentosa mandíbula. Todos, menos Rónroth. Él fue el primero en darse cuenta. Oteaba el horizonte con la espalda erguida y el gesto serio. Algo no estaba en su sitio. Kratelos percibió su malestar:

—¿Todo correcto, Rónroth? Tu cara ha mudado de color.

—¿No lo escucháis?

—¿El qué? —preguntó Súnnary, acercándose a él.

—Yo solo escucho el lamento de Órkoth —bromeó Río—. Me parece que se lo pensará mejor la próxima vez que decida seguirnos.

—De eso se trata. Este silencio no me gusta. Ssixo es la ciudad de la forja y no escucho el martillo de los herreros ni el bullicio habitual de sus calles.

—Allí hay un grupo de guardias de Ócsul —indicó Kratelos señalando al horizonte con el extremo de su kali.

—Será mejor dar un rodeo y entrar en la ciudad sin llamar la atención, hasta que averigüemos qué pasa.

—¿Pasar inadvertido con un canebro, Rónroth? —Río lo miró con una sonrisa—. ¿Será una broma?

—Si te parece, dejaremos las bromas para cuando Áral y Arhona sean libres. ¡En marcha!

Al adentrarse en la ciudad se confirmó el pronóstico de Rónroth. Las calles estaban desiertas, sembradas de cristales rotos y puertas desvencijadas marcadas a fuego. Flotaba en el aire un olor agrio, a sangre y azufre, que se metía en el cuerpo hasta revolverte las entrañas. Un silencio plomizo acompañaba sus pasos. El ruidoso y vibrante pueblo de Ssixo temblaba en el interior de las casas. En las calles solo quedaban rastros de sangre y hollín ensombreciendo los adoquines del pavimento.

No necesitaban hablar para compartir el horror de ese escenario. Súnnary se detuvo para tomar un juguete infantil teñido de barro: un pequeño dragón, cosido en arpillera. Lo estrechó contra el pecho con los ojos muy abiertos y un sudor helado en la frente.

Avanzaban arropados por las miradas esquivas que se asomaban con temor a las ventanas. Todos permanecían alertas. Al llegar a la taberna del Loco se detuvieron a observar la talla decapitada que colgaba sobre la puerta. El pesado portón se había salido de sus goznes y lucía un enorme agujero en el lugar donde antes estaba el mítico brazo con la jarra de cerveza que invitaba a pasar a su interior.

Río se acercó para entrar, pero el rojo de Fogus salió del interior de la taberna con gesto sombrío. Tenía la camisa rota y el rostro marcado por los golpes.

—¡Por los huesos de las Siete Madres! Estáis libres. Os hacía durmiendo en las mazmorras. Más bien lo deseaba, la alternativa era que estuvierais muertos. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No os habéis enterado?

—¡Fogus! —Rónroth se acercó para posar su mano en el hombro del drago —. Acabamos de llegar, y no podemos creer lo que hemos visto.

—Puedo aseguraros que no habéis visto nada. Tëesha está dispuesta a masacrarnos a todos. —El tabernero parecía ausente, envejecido—. Aún no había ascendido el menor de los dos soles cuando bajaron los guardias. Anunciaron el confinamiento, nos advirtieron para que no saliéramos a la calle hasta nueva orden. Luego marcaron con pintura roja los muros de algunas casas, las que los invisibles de Amirg identificaron como viviendas de los rebeldes, para luego aniquilarlos o encarcelarlos. Muchas de ellas eran de inocentes, familias y críos, señaladas por venganzas, rencillas, para saquearlas o simplemente por capricho. Como os podéis imaginar, se han ensañado con el Loco. ¿De dónde salís vosotros?

—Nosotros logramos huir antes de que arrasaran la guarida de La Llama —añadió Súnnary—, pero lo que ha sucedido aquí no tiene sentido.

—¿Y cuándo lo ha tenido? Este reinado nació enfermo y ahora ya no tiene remedio. Todo es crueldad y podredumbre.

Fogus se pasó la mano por el pelo cobrizo para rascarse en el hueco de su cornamenta. Las escamas anaranjadas y rojas estaban manchadas de hollín y ceniza. Bajó la mirada al suelo con pesar para alejar algún recuerdo de su mente antes de seguir.

—Se los llevaron sin el menor titubeo. Mataron a muchos de los que encontraron el valor de enfrentarse a la guardia. Los Herederos de ese maldito Thánnom intentaron hacerles frente, pero escaparon hacia el bosque junto a ese desgraciado y su garrote cubierto de dientes. Las dragas corrían con sus crías en brazos, arrasadas por el fuego. Apilaron los cuerpos en una carreta y los ataron a un gran mástil en la plaza. Todavía estaban vivos cuando encendieron la pira. Aún huele a sus escamas derretidas… Os juro, amigos, que ni en el campo de batalla, ni en la peor de las guerras he visto tanta crueldad.

Rónroth estrechó el cuerpo del tabernero con afecto.

—Pero ¿por qué? —se lamentó Río, conteniendo las lágrimas—. ¿Por qué ensañarse de ese modo? No lo entiendo.

—Para infundir temor y silenciarnos —respondió Rónroth—. El miedo es una herramienta poderosa. Aplaca a los más fieros, somete el pensamiento de los rebeldes, inclina la balanza en favor de los menos escrupulosos.

—¡¿Y por eso queman a dragos inocentes?! ¡¿Por eso arrasan a sus madres?!

Río no podía entender sus explicaciones. A su lado, Súnnary escuchaba en silencio. Apretaba contra el pecho el dragón de trapo que había tomado mientras recordaba el rostro de Tëesha, justo antes de abrasarle el rostro y robarle todo cuanto tenía.

—Es la manera más rápida de lograr el poder, es eficaz y, después del horror, el pueblo suele conformarse con poco; a veces, le basta con no morir.

—Pero Rónroth, no podemos permitirlo, tenemos que hacer algo.

—Esto era lo que tratábamos de impedir cuando forjamos La Llama —continuó Fogus—, pero ya no sé si ha servido de algo.

—¡Pues claro que ha servido! Tiene que servir para detener esta locura. El dolor de todo un pueblo no puede ser algo inútil.

—No levantes la voz, Río —interrumpió Súnnary afinando el oído—, de hecho, deberíamos escondernos.

—¡Alto ahí! —gritó a lo lejos un pelotón de unos veinte soldados.

El aviso los pilló por sorpresa, pero bastó un instante para que se pusieran en guardia. La adrenalina contenida durante ese paseo por la ciudad sitiada encontraba por fin una salida. Kratelos giró la empuñadura de su kali para descubrir las dos dagas en los extremos con las piernas flexionadas en posición de ataque. Fogus agarró un puñal de la parte trasera de su pantalón en una mano; en la otra, una estaca de madera.

—¡Es él! —gritó uno de los guardas al verlo—. Es ese maldito tabernero. ¡Que no escape!

Una cuadrilla de guardias se abalanzó sobre ellos con el fuego asomando en la garganta. Rónroth y Fogus les hicieron frente con una

bocanada que los detuvo en seco. Con la rodilla al suelo, la primera fila de guardias se protegió tras sus escudos de renio. El simple brillo esmaltado que desprendían resultaba intimidante. Solo la guardia real podía permitirse el uso de un material capaz de resistir las temperaturas del fuego índigo. Pegados a ellos, la segunda fila hizo lo mismo, blindando el pelotón en una clásica estrategia defensiva. En cuanto el fuego cesó, se abalanzaron contra ellos. Río se alineó junto a Kratelos sacando a su vez los extremos del kali. Los soldados de la primera fila echaron a correr contra ellos, pero antes de rozar siquiera el dorado cabello de Río, Órkoth se interpuso con un rugido estremecedor. El pelotón en la retaguardia se quedó paralizado al ver cómo el canebro, con los ojos del color de las llamas, arrancaba la cabeza del cuerpo de uno de los soldados y la arrojaba contra el capitán de la avanzadilla. Dos de los menos afortunados acabaron aplastados en el suelo por el peso de aquella bestia negra que jamás habían visto por esas tierras.

Fogus parecía recobrar sus fuerzas y, tras rebanar el gaznate del primero de sus atacantes, se hizo con el escudo y las armas de su oponente para unirse a Rónroth y hacer frente al primer destacamento. Junto a él, Súnnary brillaba de nuevo en el combate. El filo de sus garras sorprendió al primer soldado. Sin darse cuenta, su cuerpo comenzó a recordar cómo era, cómo había sido ella antes de que Tëesha arruinara su vida. Miraba a Río por el rabillo del ojo mientras luchaba con la fuerza de su juventud. Había recuperado a su hijo, y no estaba dispuesta a que volvieran a arrebatárselo jamás. Combinaba movimientos rápidos con vaharadas cortas de su fuego mientras velaba porque nadie se acercara demasiado a Río.

Un trío de dragos se lanzó contra el canebro dispuestos a neutralizarlo. Sus tres gargantas apuntaron a la vez contra el animal prendiendo su pelaje oscuro. El ataque le enfadó de tal modo que se arrojó contra ellos con el hocico lleno de espuma y los belfos retraídos. La doble hilera de dientes y los colmillos amarillentos como dagas de marfil se clavaron en el primero de los guardias. Bajo su peso falleció el segundo; de un bocado agarró el

costado del tercero, desgajando del tronco la mitad del cuerpo. Un chorro de sangre salió despedido como un torrente, apagando las llamas de su lomo.

Los ojos volvieron a asomarse a las ventanas. Ahora con más curiosidad que temor. Se oyó un rumor de voces tras los muros de las casas, el chirriar de las puertas desencajadas, hasta que, frente a ellos, se formó un grupo de cinco dragas. Llevaban en las manos lo que tenían: machetes de carnicero, cuchillos de cocina afilados y en sus ojos el fuego de un odio incontenible.

Órkoth abanderaba la lucha contra el segundo pelotón; apenas resistían ocho de los soldados, entre ellos el capitán de la guardia. El ataque de las dragas los pilló por sorpresa. El canebro aprovechó su ventaja para atacar a un par de imprudentes.

Río luchaba con la pericia de un guerrero azul, pero protegerse de las llamas exigía toda su atención. Sabía que apenas quedaban unos minutos para que se acabaran los depósitos de fuego de esos soldados, y entonces él podría mostrar sus habilidades como le había enseñado su padre; esperar, esquivar y, después, atacar. Pero esto no era un entrenamiento, era una batalla a vida o muerte. De reojo observó cómo un soldado arrojaba una llamarada que Kratelos esquivó a duras penas.

Hacía tiempo que el azul sentía mermar sus fuerzas, había aguantado lo indecible, pero ya no podía más. En un giro mal calculado sintió abrirse de nuevo las escamas en su espalda por los mismos surcos que la flor de urtha untada en el látigo había abierto como si fuera fuego. En los interminables minutos que duró el ataque, comprendió que todo había llegado a su fin. Justo cuando había logrado acceder a la verdad de su historia; justo ahora que sabía que el suyo era el hijo de un buen rey, se acababa su suerte. Se entregó a la lucidez de ese instante sin presentar batalla. Dio por bueno el precio pagado por vivir hasta ese día y se resignó a morir. El soldado que lo acosaba blandía ya su espada, preparado para la estocada final.

Río no podía controlar la situación. Debía defenderse mientras observaba el ataque inminente contra su padre; su verdadero padre, dijera lo que dijera su sangre. Kratelos estaba en el suelo y la espada de ese soldado lista para el golpe final.

El dolor nació de las entrañas, trepó por los intestinos, se agarró con fuerza a los riñones, al corazón, ascendió por la garganta, endurecida, justo antes de romperse en un grito aterrador en forma de un «¡noooo!». Lo que Río no esperaba es que ese «no» se transformara en una poderosa llamarada de un azul intenso.

Kratelos no sintió el hierro de la espada, tan solo el destello brutal de un fuego índigo que abrasó a su adversario hasta convertirlo en una pira. El soldado apenas pudo avanzar dos metros hasta quedar descompuesto en el suelo, en una masa informe de músculos y huesos calcinados. La pureza de ese índigo, preservada durante tantos ciclos, había estallado con una fuerza inaudita. Kratelos alzó la vista para descubrir el rostro de su hijo, todavía un crío de escamas arenosas, arrojando de su garganta el fuego de los reyes. La batalla había terminado.

Las espadas cesaron. Los dos soldados supervivientes salieron corriendo tan rápido como les permitían sus piernas. Todos miraron a Río con los ojos muy abiertos.

—¡Es un índigo! —exclamó Fogus, elevando los brazos al cielo—. ¡Por todos los dragones! Un índigo entre los rebeldes.

Kratelos respiraba exhausto. No se podía distinguir si era la risa o el llanto lo que le hacía cubrirse el rostro. Súnnary envainó el filo de sus garras antes de elevar el rostro y acercarse a su hijo.

Alrededor se habían reunido los supervivientes del asedio: algún drago viejo de torso encorvado, dragas de todas las castas y críos, aún sin mudar, que no podían creer lo sucedido.

—¡Doy gracias de que estéis todos aquí para ser testigos de este momento! —Súnnary hablaba con la mano apoyada en el hombro de Río y un brillo de amatista en sus escamas moradas—. Terradraga será de nuevo un pueblo libre de la tiranía. Han intentado acabar con nosotros por todos los medios, pero escuchadme cuando os digo que hoy es el primer día de un nuevo comienzo.

—¡Tus palabras son hermosas! —gritó una draga de escamas verdinegras—, pero ¿cómo lograremos algo así? Se han llevado a nuestros pares, muchos de ellos están muertos. Apenas nos queda esperanza a la que aferrarnos.

—Amigos, este que veis aquí es el legítimo heredero de Terradraga. El hijo del rey Búltar, y el único sucesor digno del trono. Esa pérfida reina trató de acabar con su vida el mismo día de su nacimiento, pero, hoy, después de muchos ciclos de angustia, el bien ha encontrado su camino, hoy hemos encontrado al nuevo rey.

—¿Y cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo podemos saber que por sus venas corre la sangre del rey Kirandros?

Los ssixianos rodeaban ya a Súnnary y a un Río que se palpaba la garganta sin salir de su asombro. Fogus escuchaba con los brazos en jarras y la boca abierta mientras Rónroth se parapetaba tras ellos con el pecho henchido en un gesto orgulloso.

—Lo sé, querido amigo, porque yo soy su madre y lo concebí en mi vientre antes de que esta reina pactase su unión con Búltar para hacerse con el control de Ssixo.

—¿Y por qué tendríamos que creerte a ti? Al fin y al cabo, eres solo una morada sin alcurnia.

Súnnary se retiró el pelo para dejar al descubierto la mitad de su rostro quemado.

—Me creeréis porque esta es la firma de esa reina que destruye todo aquello que no puede poseer.

—¡Doy fe de que todo cuanto dice es la verdad! —corroboró Rónroth con su cavernosa voz—. He sido comandante del ejército, maestro de guerra y responsable de la seguridad del príncipe Búltar bajo las órdenes del rey Kirandros. Y doy por cierta cada una de sus palabras.

Un murmullo de voces se levantó entre las decenas de dragos y dragas que ya se arremolinaban en la calle. Al sentir la victoria de los rebeldes, muchos salieron de su escondite para unirse al grupo. Rónroth continuó:

—Este que veis aquí es el legítimo heredero al trono de Ssixo y os invito a que os unáis a La Llama. ¿Acaso pensáis que acatando el confinamiento recuperaréis la libertad? Pensadlo, porque el tiempo se acaba, ¿qué vais a hacer?

La multitud estalló en una ovación furiosa. Lanzaron los puños al aire, resoplaron su fuego encendiendo los maderos arrancados de puertas y ventanas, mientras la luz volvía a brillar con fuerza en sus ojos. Rónroth temió que su arenga se le fuera de las manos.

—Pero ahora toca esperar, ssixianos. Guardad vuestra furia y vuestro fuego. Estad atentos y difundid lo que aquí habéis visto, llegará nuestro momento.

Los ánimos se fueron calmando, hasta que alguien comenzó a silbar el estribillo de la canción que una noche encendió los corazones de la taberna del Loco. Uno a uno fueron uniéndose al tarareo de esa melodía que, de ventana en ventana, se propagaba como un eco por las calles del barrio Bajo.

Rónroth se acercó para comentar al oído de Fogus:

—¿Sabes algo de Arhona o del resto de los rebeldes?

—Lo último que escuché es que la llevaban detenida a prisión. Áral iba con ella. Hemos logrado esconder a una gran parte de La Llama en uno de los almacenes de su familia, en el barrio de los curtidores, pero no sé nada de ella.

—¿Podrás llevar al resto a ese almacén, Fogus?

El tabernero asintió.

—Entonces, no perdáis tiempo. No creo que tarde mucho en llegar un nuevo destacamento. Yo debo encontrarlas.

Rónroth miró a Río y, con la mano posada en el pecho, se inclinó en una reverencia. Río, agachado en el suelo junto a su padre, no sabía cómo interpretar todo lo que había oído. Todavía se acariciaba la garganta caliente, preguntándose cómo había sucedido.

—Debo irme, mi rey. Han encarcelado a demasiados inocentes. Al menos debo intentar liberarlos, aún me quedan algunos amigos en esas mazmorras. Trataré de conseguir información sobre lo que está pasando —Rónroth señaló a Fogus—. ¡Seguidle! Os llevará a un lugar seguro, yo regresaré lo antes posible.

Rónroth desapareció en dirección a las catacumbas mientras Fogus y Súnnary abanderaban al grupo caminando con sigilo hacia el barrio de los curtidores y mercaderes.

Río ayudaba a Kratelos a caminar, apoyado en el kali. Fogus los guiaba por las calles más estrechas, evitando las avenidas principales para no cruzarse con los guardias que vigilaban que nadie se saltara el confinamiento. Consiguieron llegar al fin a una pequeña calle cortada, lindando con la muralla de Ssixo, cerca de la puerta del este de la ciudad.

Fogus golpeó con los nudillos cinco veces la puerta de acceso a un gran almacén, dejando un breve espacio de tiempo entre el tercer y cuarto toque, tal y como habían pactado a modo de contraseña. Una voz al otro lado respondió:

—Un drago…

—Un fuego —contestó Fogus, y al momento la gran puerta de madera se abrió.

La comitiva entró en el almacén, donde encontraron a un grupo de unos cincuenta dragos y dragas; miembros de La Llama, habituales del Loco, huérfanos del clan de Áral y algunos Herederos desertores de las mermadas levas de Thánnom. Todos con las caras tristes, apretujados en el suelo, entre pieles curtidas amontonadas sobre altillos de madera, tinajas de aceite y ceras para conservar el cuero flexible. Por todas partes se colaba el olor agrio del encurtido, la brea en barricas cerradas, el aceite de linaza y los tintes, apilados junto a los grandes pilones de piedra en los que se teñían las pieles que habían permitido a la familia de Arhona amasar una fortuna suficiente como para alumbrar una draga con ideas propias. De ahí nacían sus ingresos y también la razón por la que sus padres habían desplazado su residencia a tierras menos convulsas.

Súnnary los reunió a todos, les hizo formar un círculo y empezó a contar su historia, la historia de cómo había recuperado a su hijo, de la batalla que acababan de librar y del fuego índigo que había alumbrado las calles y encendido la esperanza. Las caras de los rebeldes iban mudando del asombro a la ilusión. Río odiaba sentirse protagonista, le pesaban las miradas y fue poco a poco retirándose hasta que se dio cuenta de que Órkoth olfateaba una de las esquinas del almacén, en busca de un hueco por el que escapar. Río se sintió aliviado con la simple idea de salir de ahí y dejar de acaparar la mirada de todos esos rebeldes. Un par de sacos a un lado fueron suficientes para encontrar una trampilla hacia la calle.

Nada más salir, Órkoth alineó el cuerpo olfateando el aire, como solía hacer cuando buscaba un rastro, y comenzó a caminar con la nariz pegada al suelo. Se movía con rapidez, después de girar cuatro o cinco veces por las callejuelas desiertas del barrio de los curtidores, se detuvieron frente a una pequeña botica. El enorme animal comenzó a rascar la puerta de la tienda que permanecía cerrada, para acatar el confinamiento.

—¡Pero se puede saber qué haces! Vas a arrancar la puerta

Río lo agarró del collar e intentó tirar de él.

—¡Oh, vamos! No seas cabezota, tal vez sea mejor regresar.

Órkoth gimió, señalando con el hocico la puerta.

—¿En serio? ¿Quieres que entre aquí?

Órkoth gimió de nuevo.

—De acuerdo, pero no hay nadie en las calles, todo está cerrado, no podremos.

Río posó la mano en el pomo de la puerta que, en lugar de resistirse, cedió sin problema. Órkoth lo apartó con el hocico y se coló en el interior. Río lo siguió hasta un pequeño cuarto.

—¿Y ahora qué?

Los dos observaron cómo la puerta se abría muy despacio. El canebro movía el rabo con tanto brío, que todos los frascos de una de las estanterías cayeron al suelo. Ivy y Shándor aparecieron al otro lado.

—¡Por todos los dragones que han surcado el cielo! ¡Río, ¿eres tú?, ¿es un espejismo?! Abrázame para que pueda creerlo.

Río se lanzó a los brazos de la curandera y del enjuto maestro.

16

El tiempo se acaba

Xoc caminaba por la habitación de Amirg con las manos escondidas en el interior de las mangas de su sayo. Se desplazaba con la lentitud de un reptil desprovisto de un esqueleto articulado en su interior. Desde que se había tejido de nuevo esa extraña alianza acostumbraban a reunirse en los aposentos del regente, lejos de las probetas y elixires cuyo simple recuerdo aún le hacían temblar. Xoc le habló con la mirada perdida en el paisaje tras el cristal de su ventana.

—¿No has conseguido nada aún?

—No, conocen la ciudad, se esconden bien y cuentan con muchos adeptos a su causa.

—Ya han pasado siete días desde que los rebeldes de La Llama derrotaron a esa patrulla, Amirg. La paciencia de la reina está a punto de agotarse. La noticia del fuego de ese índigo que se hace pasar por el bastardo de Búltar corre por todo el reino.

—Lo sé. Las casas permanecen cerradas, pero por sus rendijas se cuela el silbido de esa pegadiza melodía. Creo que la usan como una especie de consigna. Pero, ¡por todos los dragos!, hay muchos más soldados de Ócsul patrullando las calles que miembros de la guardia. La reina debería pedir cuentas a sus lugartenientes, no a mí. Además, mis invisibles son inútiles en una ciudad cuyas calles están desiertas.

—¿Y crees que la reina atiende a razones? Encuentra al que se hace pasar por el hijo de Búltar y entrégaselo cuanto antes, o acabarás abrasado a los pies de su trono.

Escuchar el nombre de Búltar alteraba el corazón de Amirg. Por primera vez en mucho tiempo sentía que estaba poniendo su talento al servicio de una causa justa. O, por lo menos, de algo que había apaciguado sus noches

de insomnio. No tenía a nadie a quien poder contárselo, pero tras arrepentirse de sus actos y sumergirse en las pupilas del drack, no había vuelto a tener pesadillas. Esa era la señal que le alentaba a seguir en esa dirección: redimirse, honrar la memoria de Búltar a través de su hijo y, tal vez después, morir sin culpa, si es que eso era posible.

—¿Has dado ya con el paradero del ciego?

—No, ya te he dicho que es difícil para mis invisibles trabajar en una ciudad confinada. No te entiendo, Xoc, todo se precipita hacia el fin y tú te preocupas por un anciano que ni siquiera puede ver. La reina ha perdido el control, ¿sabes que ha anunciado la ejecución pública de los rebeldes que se amontonan en las catacumbas? Lo ha hecho llamar el Día de la Justicia. Pero su verdadero plan es que arda la ciudad entera mientras los ssixianos acuden al mercado a contemplar el espectáculo.

—Si no odiara el juego, me apostaría algo a que aprovechará la ocasión para culpar del incendio a La Llama y terminar así con la capital del reino.

—Si dejamos que eso pase, será también nuestro final. No seremos más que lacayos de esa perturbada en Ócsul, si es que no decide matarnos antes.

Xoc se detuvo en seco para mirarle con la intensidad de esos ojos llenos de odio, hundidos en el rostro huesudo. Tantos ciclos después no lograba acostumbrarse a esa mirada.

—Aún no piensas con claridad, Amirg. Ahora mismo hay dos fuerzas poderosas en palacio; una es esa reina desequilibrada y la otra el sádico de su hijo. Son dos problemas, pero para ambos hay una solución. Necesitamos enfrentarlos, hasta que solo quede uno, probablemente debilitado tras la batalla. Ese será nuestro momento.

—¿Y cómo piensas enfrentar a una madre y a un hijo?

—La respuesta está en esa draga roja. Deja que yo conduzca este asunto. Tú tienes una misión: encontrar al ciego. ¡Y no vuelvas a preguntar sobre ello, solo hazlo! Es de vital importancia.

Las decisiones ya no se tomaban en la Habitación Blanca, ni en esa mesa de mármol en la que Kirandros reunía a su Consejo. Ahora Tëesha dirigía el reino desde el trono de la Sala Real, escoltada por Valran, Mádow y Roal, los tres comandantes ocsunitas, convertidos en el azote de Ssixo.

Xoc entró acariciándose la barba. Caminaba con pasos lentos, regocijándose en silencio por la astucia de su plan.

—Majestad.

La reina permanecía sentada en el trono, impasible. Dos dragas pulían sus escamas con pasta de sal y las enceraban con aceite de árnica para hacerlas resplandecer.

—Dime, Xoc, ¿has conseguido por fin dar con el paradero de ese bastardo?

—Si no le importa, majestad, me gustaría hablar del tema en privado.

—No te preocupes, en esta corte ya solo queda la buena gente de Ócsul, puedes hablar sin temor.

—Lo cierto es que no traigo buenas noticias. Las calles siguen alteradas a pesar del confinamiento. Esos rebeldes atacan a la guardia real y a los soldados de Ócsul; son pequeñas escaramuzas, pero no parece que amaine su ánimo. Las catacumbas están cada vez más llenas. Creo que deberíamos evaluar nuestras opciones para imponer orden.

—Querido Xoc, donde tú ves caos, yo solo veo armonía. Esas, ¿cómo lo has llamado? —dijo, recreándose unos instantes en sus palabras—, «pequeñas escaramuzas» serán una prueba perfecta para culpar a esos rebeldes de haber incendiado la ciudad. Piensa que cuando todo esto acabe seremos nosotros los que contaremos la historia desde la nueva capital de Terradraga. Solo hay dos cosas que me irritan: la primera, que ese bastardo siga con vida, difamando mi buen nombre. Pensaba que el tullido de Amirg podría sernos útil, pero quizá ha llegado su hora. La segunda, el estúpido comportamiento de mi hijo con esa ramera roja.

—Creo que en eso puedo ayudarla, majestad. Tengo una idea que podría solucionar los dos problemas de golpe.

Un chasquido de sus dedos fue suficiente para que las dos dragas que pulían las escamas de la reina amontonaran sus ungüentos y se retiraran en actitud sumisa.

—Te escucho.

—Restablezca la normalidad, termine con el confinamiento. Mantener un toque de queda nocturno será suficiente, eso calmará los ánimos y hará más fácil cazar rebeldes. Y, después, libere a esa que llama ramera roja.

—¿Liberarla? Estás loco, ¿qué sentido tendría eso?

—Es la mejor forma de alejarla de su hijo. Así será más fácil que arda con el resto de esta ciudad cuando llegue el momento. Pero, sobre todo, porque cuando lo haga, alguno de los invisibles de Amirg podrá seguirla, y estoy seguro de que esa draga nos conducirá hasta el maldito bastardo. Según mis informaciones, son grandes amigos.

La reina caviló durante unos segundos. Miró hacia Valran, Mádow y Roal, que atendían a la conversación con interés. Valran, el capitán al mando de las tropas de Ócsul, rompió el silencio.

—No creo que sea necesario liberarla, ¿por qué no la ejecutamos y solucionamos el problema?

Tëesha se levantó de golpe, dejando caer el trono macizo con un golpe seco que sobresaltó a todos. Caminó hacia Valran con las pupilas verticales y el resuello humeante de su aliento al borde del fuego para agarrarle de la pechera.

—¡¿Es que no has entendido nada, maldito necio?! ¿O acaso piensas que no sé que abusasteis de esa ramera? Si no fuera porque el dolor de esa hembra me llena de gozo, haría rodar vuestras cabezas.

Incluso el comandante, curtido en la vileza de los dragos más sanguinarios, sintió un frío helado ante su rostro. Tëesha lo soltó con un golpe seco que estrelló la espalda de Valran contra el respaldo de la silla.

—Si ordeno que la ejecuten, le daré a mi hijo la excusa perfecta para su odio y no necesito su odio, me conformo con que cumpla su parte y ocupe el trono que por justicia le pertenece, junto a su madre. La dejaremos escapar. Que regrese con los suyos y empuñe la espada y el fuego contra él. Solo así comprobará de qué poco le ha servido su amor.

Tëesha se ausentó un momento. Toda ella rezumaba una rabia incontenible mientras una idea se abría paso en su mente. Cuando alzó la vista del suelo se dirigió a Xoc con determinación.

—Asegúrate de que parezca que ha huido, ¿entendido? No dejes la menor pista a su alcance. Que la acompañe también algún rebelde y una de esas dragas de su confianza con los conocimientos suficientes para no dejarla morir. Eso sí, te lo advierto —dijo clavando en él su mirada de saurio, con la uña curva de su dedo apuntando entre sus ojos—, no voy a

tolerar más errores. Y ahora ve a buscar al príncipe y dile que la reina exige su presencia de inmediato.

Al abrir los ojos, tardó unos segundos en reconocer la estancia; seguía en los aposentos del príncipe, donde había pasado los últimos siete días recibiendo todo tipo de atenciones. Aún le dolía el cuerpo, el brebaje de ese extraño galeno la había sumido en un profundo letargo que apenas le permitía ser consciente, pero por fin se encontraba algo mejor. Alzó la vista y allí estaba Crimson, rendido, con la cabeza apoyada en un brazo sobre la cama. Áral lo observó con sorpresa: era hermoso dormido, pensó, sin esa locura en su mirada. Algo en ese abandono del sueño le produjo ternura. En el fondo no era mucho mayor que ella, ni tampoco mucho más afortunado. Tal vez no conocía el hambre, ni la necesidad, pero llevaba la huella de los que no han sido amados.

Áral observó con calma sus escamas doradas, pulidas y brillantes; el pelo rubio caía sobre la cara angulosa de pómulos altos, los labios perfilados con delicadeza. Con los ojos cerrados y el cabello enmarañado resultaba menos altivo, casi amable.

Al otro lado de la puerta, la kracárite se paseaba como un guarda. La escuchaba sibilante, haciendo sonar su descontento para dejar claro que no se fiaba de ella. Por suerte, él había accedido a dejarla al otro lado y ahora se alegraba. Algo la turbó un momento; el príncipe estiró el brazo hacia ella. La camisa se abrió para mostrar el torso bien formado, el nacimiento del cuello, esbelto, los hombros se dibujaban ya en la dimensión de un drago adulto y Áral se perdió en la belleza innegable de ese cuerpo frente a ella. Distinguió la salvia y el espliego en el aceite con que pulían sus escamas, la leve transpiración, el olor de una vida acomodada, y el calor le llegó a las mejillas en un rubor privado. Alargó la mano para rozar un mechón de su pelo y bajo el roce de sus dedos Crimson despertó. La miró desde el mundo de los sueños con una sonrisa. Aún no le había dado tiempo a recordar qué le había hecho ser quien era; solo veía los ojos de Áral, el fuego en sus escamas, el carbón encendido de sus ojos. Ella acarició su mejilla durante un instante.

Crimson no comprendió qué le pasaba. Sus escamas se estremecieron con un temblor cristalino. Una calma elástica y dócil se apoderó de él. Había poseído a dragas de todas las castas, desde las más voluptuosas a las más salvajes e inocentes, lo había probado todo en lo relativo al sexo, a la lujuria, pero nunca había experimentado ese temblor febril de la intimidad consentida, algo sincero, libre de las ataduras que solían definir sus encuentros.

Áral le sonrió sin miedo y entonces comprendió. Una profunda tristeza se apoderó de él. Por primera vez tomó conciencia de lo poco que le había sido dado. ¿Cómo podía sospechar que el amor iba de eso? Entender lo sacudió por dentro y supo entonces que estaba perdido. Nunca podría librarse de esa mirada, de la calidez devastadora de su rostro. Estaba a punto de alejarse de ella cuando Xoc irrumpió en el cuarto. Los dos se separaron desconcertados. Naya yacía narcotizada en la entrada:

—Su Majestad exige su presencia inmediata. Es urgente, así que le ruego que no pierda tiempo en acudir.

Crimson agradeció en secreto tener que marcharse. No quería pensar en lo sucedido. Ni siquiera se despidió, solo abrió la puerta y salió con gesto ausente y la mano posada en la mejilla, sin preocuparse siquiera por el cuerpo rendido de Naya.

En cuanto Xoc tuvo la certeza de que el príncipe se había alejado se dirigió a Áral.

—Rápido, vamos. Te prometí que te sacaría de aquí y eso voy a hacer. Debes huir antes de que el príncipe regrese.

—Pero, aún estoy muy débil, apenas puedo caminar.

—¿Prefieres acaso una soga en el cuello?

—Me dijiste que me podrían acompañar los míos.

—¡De verdad que puedes ser irritante! ¿Crees que esto está siendo fácil? Al otro lado te espera esa morada que llegó contigo y un par de rebeldes, eso es todo lo que he conseguido. Date toda la prisa que puedas en alejarte de aquí o puede que la próxima vez no tengas tanta suerte. Y recuerda que ahora estás en deuda conmigo.

Áral calló y sacó fuerzas para calzarse y salir del cuarto. Le dio la espalda, no quería pensar en sus palabras, ni en el precio que, tarde o

temprano, tendría que pagar.

El confinamiento había dejado un silencio inquietante flotando en las calles desiertas. Por suerte, pronto se pondría a llover y tal vez el agua borrara ese hedor a escamas derretidas que se pegaba al cuerpo como el humo de una fogata. Áral no tenía fuerzas. Avanzaba apoyada en los hombros de Arhona y Ölbrut. Sus pies ni siquiera rozaban el suelo. A lo lejos, la llegada de una tormenta iluminaba el cielo con sus rayos. Arhona se detuvo para tocarle la frente: toda ella ardía.

—No podemos seguir. Tiene mucha fiebre y muy pronto se pondrá a llover. Necesitamos buscar cobijo en algún lugar. Ölbrut señaló una fachada amarilla con la puerta desvencijada.

—Podemos pasar la noche en la casa del hermano de mi par. Vive ahí mismo.

—Es una buena idea. Tendréis que cuidar de ella, que descanse. La muralla está cerca, sé por dónde cruzar sin ser vista. Iré a los límites del bosque a buscar algo de comer y a cortar algunas hierbas que nos ayuden a bajar la fiebre.

—Pero los guardias patrullan las calles, Arhona. Es peligroso.

—Si no le bajamos la fiebre, puede que no pase de esta noche. No os preocupéis.

—Espera un instante, te lo ruego.

Ölbrut desapareció en el interior de la casa. Era bajito y redondo, de contornos mansos como su carácter y escamas de un marrón oscuro, de corteza de árbol. Al poco, regresó con un arco y un carcaj.

—Llévate esto al menos y no te confíes, ¿de acuerdo?

—Gracias, Ölbrut. Así lo haré.

Cruzar la muralla y adentrarse en el bosque la hizo sentirse mejor. Olía a musgo, a hojas marchitas y humedad. Todo se preparaba para la llegada de la lluvia. Del interior de su capa sacó una talega que comenzó a llenar con

bayas, algunas setas, manzanilla, llantén y sauco. Eso le ayudaría a bajar la fiebre.

El cielo se iluminó con el resplandor quebrado de un nuevo rayo. A lo lejos, adivinó la silueta de un soldado. Su coraza bruñida brillaba en la penumbra del bosque. Arhona se escondió tras el tronco de un árbol y esperó a tenerlo un poco más cerca.

No podía distinguirlo bien, pero reconoció el uniforme de la guardia de Ssixo. Apuntó con el arco y, cuando lo tuvo a tiro, disparó.

Una ráfaga de viento modificó su trayectoria y la flecha se incrustó en el hombro del guardia. El drago, de escamas negras, no se quejó. Se quitó el casco con fastidio y agarrando con fuerza las remeras que sobresalían de su hombro, partió el final de la flecha.

La tormenta estaba muy cerca. Un nuevo rayo iluminó el rostro del drago. Arhona no podía creerlo: era Rónroth, disfrazado con aquel estúpido uniforme, seguramente para adentrase en la ciudad sin levantar sospechas. Sus miradas se cruzaron el tiempo suficiente para reconocerse. Arhona se llevó las manos a la cabeza al ver lo que había hecho. Gritó su nombre y echó a correr hacia él, dejando caer las hierbas que había cortado.

Rónroth se quedó paralizado. Todo lo que había permanecido dormido en su interior despertó al verla allí, como una aparición. ¿Cómo era posible que se hubiera pasado la vida postergando su deseo? Había vivido para servir a su amo, demostrar lealtad y cumplir con su deber y, mientras tanto, se había olvidado de su propia felicidad. Y ahora, esa draga de ojos violeta corría hacia él en mitad de la lluvia y no estaba dispuesto a dejarla escapar.

Comenzó a caminar hacia ella con la certeza del que sabe que el tiempo se acaba. Pisaba el pasto con tal determinación que la hierba pajiza se inflamaba y ardía tras sus pasos. Las nubes oscurecieron el cielo cuando Arhona dejó rodar por su espalda la pesada capa. Desató el lazo que fruncía su blusa para dejar al descubierto la deslumbrante amatista de su pecho, el ombligo atravesado por un rubí. Sus escamas, bañadas en la transpiración irisada de su cuerpo, resplandecían. Rónroth soltó la cincha del peto que sostenía su coraza y corrió hacia ella con el fuego al borde de su aliento. Ya no importaban las palabras, solo esa urgencia de los cuerpos para los que ya no hay espera.

Las primeras gotas chisporrotearon al tocar las negras escamas de Rónroth, como si todo él fuese una hoguera. Arhona besó primero su rostro de roca para dejarse arrollar después por el ansia de las bestias. La lluvia arreciaba cuando rodaron por el suelo sin pensar en el agua, ni en la guerra, ni en todo lo que habían perdido hasta llegar ahí, a ese instante perfecto justo antes de que todo alrededor se desmoronase.

17

¿Dónde está tu alegría?

Los primeros rayos se colaron en el cuarto cuando Arhona posaba de nuevo un paño húmedo sobre la frente de Áral. La casa de la familia de Ölbrut era modesta, pero el carácter acogedor de ese drago y su familia la convertían en un auténtico hogar. Sobre un viejo butacón, Rónroth dormía con el hombro vendado y las negras escamas al descubierto. Por suerte, la flecha de Arhona no le había causado grandes daños y, tras desinfectar la herida, no corría peligro. De vez en cuando sus pupilas violetas se perdían en el cuerpo del drago tendido y le arrancaban una sonrisa. Así había pasado la noche en vela, cuidando de los dos, alimentándose del recuerdo de esa noche perfecta.

Áral parecía recuperarse poco a poco. La fiebre había remitido y el color regresaba de nuevo a sus mejillas cuando abrió los ojos.

—Arhona, ¿eres tú?

—Sí, pequeña, tranquila. Estamos bien. Ölbrut nos ha dejado pasar aquí la noche, pero debemos regresar con La Llama lo antes posible.

La voz de las dos dragas despertó a Rónroth que buscó enseguida su camisa frente al fuego del cuarto. Arhona se había encargado de lavar los restos de sangre y cenizas. Rónroth no pudo evitar sonreír ante ese detalle que nadie había tenido antes hacia él. La morada se acercó para ayudarle con las mangas y los botones en un gesto que le hizo enrojecer. Se sentía tan feliz que sus ojos celestes brillaban como los de un crío. Había logrado reunirse en el bosque con los Herederos de Thánnom para sumar efectivos a la rebelión en curso, lo que jamás hubiera esperado era que a su regreso iba a caer rendido ante esa draga imposible. Todo parecía mejorar desde que supo que el hijo de Búltar seguía con vida.

—Será mejor que te marches —le dijo Arhona con afecto—. Yo cuidaré de Áral. Nos reuniremos con vosotros lo antes posible.

—Debo seguir buscando adeptos a la causa y toda la información posible, pero regresaré a buscaros y nos reuniremos con el resto en una pequeña botica que hay en el barrio de curtidores.

Arhona apretó las cinchas de su coraza, propia de los soldados de Ócsul y, antes de abrir la puerta del cuarto para dejarlo marchar, le besó en los labios, con la mano posada en su rostro.

—Nos veremos muy pronto.

Arhona asintió y Rónroth la acercó a su cuerpo para besarla otra vez.

—No se te ocurra morir hasta entonces, ¿de acuerdo? Tenemos una conversación pendiente… Digámoslo así.

Rónroth salió del cuarto sonriendo, con las negras escamas encendidas de nuevo como el rescoldo de una brasa.

—Entonces… —susurró Áral sentándose en la cama—, ¿tú y Rónroth estáis juntos?

Arhona abrió la ventana del cuarto para ventilar la habitación. En la calle vio la coraza de Rónroth desaparecer a la vuelta de la esquina, justo en el momento en el que empezaban a caer las primeras gotas de una lluvia fina, inofensiva; luego regresó junto a Áral para sentarse en el borde de la cama y acercarle una infusión.

—Rónroth y yo somos buenos amigos, puede que algo más, pero no quiero que se haga público, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro. No te preocupes, es solo que…

—¿Qué? Venga, suéltalo.

—¿Cómo lo supiste? Que él era el adecuado, quiero decir, ¿cómo puedes saber si alguien es…? Bueno, tú ya me entiendes…

—Vaya, vaya. Entonces ¿hay alguien que te atrae? ¿Es eso?

—No lo sé, es extraño, pero estos días en los que estaba prisionera en el cuarto de Crimson, él no se apartó de mi lado regalándome todas las atenciones posibles, fue tan amable, Arhona.

—La amabilidad y el amor son dos cosas muy diferentes, es mejor no confundirlas, y nadie ha oído hablar de la amabilidad de ese príncipe, mucho menos de algo parecido al amor.

—¿Y si lo que nos han contado de él es mentira o una exageración malintencionada? Él me salvó, cuidó mis heridas y de mí y creo que hay algo que nos conecta, a pesar de ser tan distintos.

—Lo que yo creo es que los acontecimientos han nublado tu sentido común, Áral.

—No es eso, Arhona. Hay algo en él que me atrae, a pesar de saber que ha hecho cosas horribles pero, cuando le veo, reconozco en él un parte de mi propia historia, algo roto, como yo, y desde que le conocí siempre ha sido atento conmigo.

La lluvia comenzó a arreciar sobre el alféizar de la ventana y Arhona se levantó para tomar aliento y cerrar los cristales.

—El príncipe es peligroso, debes tener cuidado. Aunque no te lo parezca, tu historia y la suya son muy diferentes.

—Eso lo dices porque no has visto de cerca su dolor, ni la soledad que le rodea en ese inmenso castillo en donde a nadie le importa su felicidad.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no te confíes. Fueron sus soldados los que arrasaron la guarida, ¿recuerdas? Fueron sus guardas los que nos llevaron presas, y los que intentaron violarte.

—¡Eso no es cierto! Él los detuvo, él y la flecha de Xxuli, la que ni siquiera pudo disparar.

Áral se tapó el rostro con las manos anegadas en lágrimas.

—Tranquila, no pienses en eso ahora. Descansa un rato. Tal vez cuando escampe podamos regresar con el resto.

En los últimos siete días, Río había adquirido la costumbre de huir por los tejados y escapar así de la vigilancia de los guardias que velaban por el confinamiento. Se sentía ajeno a esa ciudad, a sus gentes, y en especial al peso que había caído sobre sus hombros sin previo aviso. Se esperaba tanto de él que no sabía cómo comportarse, o qué sentir. Había encontrado a su madre, recuperado a su padre; había descubierto su linaje y, aun así, seguía sintiéndose un extraño. No le habían pedido permiso para convertirlo en rey, no le interesaba abanderar ninguna revuelta, ni ser el líder de nadie. Le abrumaba la esperanza que sentía en la mirada de todos esos rebeldes que lo

observaban en cada reunión de La Llama, tras cada asalto o en cualquiera de las guaridas donde buscaban refugio. Lo único en lo que podía pensar era en recuperar su libertad perdida, regresar a las montañas de Valka y diluirse en el paisaje hasta desaparecer.

Sin la presencia de Rónroth le era más fácil escabullirse. Lo único que le apetecía en ese instante era ver de nuevo a Áral. Es cierto que discutían con frecuencia, pero justo antes del asedio a la guarida habían logrado conectar, aunque solo fuera unos instantes. Tenía grabada en su mente esa forma sigilosa de moverse, las acrobacias de sus saltos, y esa fiereza de sus ojos oscuros. En las calles corría el rumor de que había logrado escapar. La guardia había perdido su rastro cerca del mercado y hacia allí se dirigía casi sin darse cuenta. Al llegar frente a una casa de puertas amarillas desvencijadas, le pareció ver a Arhona abriendo la ventana. Una lluvia menuda comenzó a oscurecer los tejados.

En un par de saltos estaba encima de la casa. Fue entonces cuando escuchó la voz de Áral. Saber que seguía con vida le hizo tan feliz, que a punto estuvo de descolgarse por la ventana y entrar en la casa, pero algo en el tono de aquella conversación le hizo detenerse. Aguzó el oído y fue entonces cuando lo escuchó: Áral hablaba de Crimson como si fuera otro drago. Decía que la había cuidado y que se sentía atraída por él ¿cómo era posible? Sus palabras le cayeron encima como una roca contra el pecho.

Áral lo defendía y hablaba de una complicidad con el torturador de su padre que despertó en él una mezcla de odio y celos desconocida. ¿Cómo podía ser cierto? No había dos dragos más distintos que ellos dos.

La lluvia arreciaba cuando Arhona cerró los cristales de nuevo y Río salió de allí corriendo, arropado por el aguacero, con la sensación de que todos a su alrededor habían perdido la cordura.

La botica de Utma se había convertido en el nuevo cuartel general de La Llama. El piso de arriba llevaba mucho tiempo desocupado. Utma había preparado una estancia improvisada para curar las heridas de Kratelos. Los esfuerzos de la última batalla habían agravado las heridas infligidas por el Despiadado.

Río accedió a la habitación por la ventana entreabierta. Kratelos yacía en el improvisado camastro con el pecho vendado bajo un emplasto de barro y sal marina; un exotismo traído desde el océano infinito que aseguraban que era capaz de cicatrizar la peor de las heridas.

—Deberías usar las puertas más a menudo, hijo. Parece que has olvidado cómo utilizarlas.

—No quería asustarte, padre, es solo que me gusta despejarme un rato. Este encierro va a conseguir que me vuelva loco.

—Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo hijo, es normal que estés angustiado. Lo cierto es que no hemos tenido tiempo de hablar con calma de lo sucedido y lo siento.

—No digas eso, lo primero es recuperar fuerzas. Pero hoy tiene muy buen aspecto.

—Esa draga me ha cuidado con mimo. Me encuentro mucho mejor —dijo incorporándose en la cama—. Creo que daré un paseo por la habitación para comprobar si aún me sostienen las piernas. ¿Me ayudas?

Río se acercó, agradecido por la posibilidad de hacer algo útil. Pasó el brazo de Kratelos por su hombro para sostenerlo en pie. Su cuerpo había menguado hasta parecer el armazón de un anciano. La solidez de sus músculos, incrustados en su cuerpo como piezas de un damero, aparecían desdibujados, apenas perceptibles bajo las vendas. Incluso su peso le pareció liviano.

—No te preocupes, hijo, sé que no estoy en mi mejor momento —bromeó—, pero ten por seguro que me he enfrentado a retos mayores. A partir de hoy comenzaré a entrenar y recobraré fuerzas.

—Hemos conseguido recuperar una parte de nuestro kashwa, padre. En una de las últimas revueltas nos hicimos con un cargamento que iba directo a palacio. Estoy deseando probar una taza humeante, esta ha sido una de nuestras mejores cosechas.

—Puedo asegurarte que lo es. Ese drago negro, Rónroth, me preparó una taza en prisión y es de lo mejor que hemos hecho.

—¿Y por qué no regresamos, padre? ¿Por qué no le ofrecemos a Súnnary un lugar en nuestra casa y volvemos a nuestra vida tal como era?

—Nuestra vida tal como era ha desaparecido, hijo, ¿no te das cuenta?

—¿Y qué pasa si yo no quiero esta vida?, ¿qué pasa si yo no quiero ser ese que todos aseguran que soy?

—No siempre podemos elegir nuestro destino, hijo, a veces el destino nos encuentra sin pedir permiso.

—¡Me da igual el destino! ¡Me da igual que piensen que soy el hijo de un rey! No quiero esta guerra, padre, no la quiero.

La ira de Río había erizado sus escamas superando la envergadura de su propio padre, que contemplaba en silencio su transformación. El fuego índigo asomaba en su garganta, calentando la coraza arenosa de su cuerpo contra el drago azul.

—Entiendo lo que dices. Nadie desea la guerra, pero creo que no vamos a poder evitarla.

—¡¿Por qué no?! —exclamó separándose de su padre—. Esta no es nuestra ciudad, aquí todo es extraño y cruel. Solo quiero regresar a las montañas, cosechar nuestro kha.

—¿De verdad crees que si regresamos a casa esta guerra no nos alcanzará? Es más, ¿estarías dispuesto a abandonar a todos estos dragos? Tú eres su única esperanza. Yo no te he educado así, y tarde o temprano no tendrás más remedio que asumir quién eres, ¿o acaso no sientes el fuego bullendo en tu garganta? Puedo ver desde aquí el índigo de tus llamas, hijo. Siempre seré tu padre, pero eres también el hijo de un rey y el pueblo te necesita.

—¿El pueblo, padre? ¿Y qué pasa con lo que yo necesito? ¿Acaso eso no es importante? ¡Yo no he elegido ser la esperanza de nadie! ¡No quiero que la vida de ningún drago dependa de mí! No ves que esto solo puede acabar en desgracia. ¿Cómo vamos a luchar contra todo un ejército? Tú escapaste de todo eso, me enseñaste cómo la guerra mató a tu hermano y a todos los tuyos. ¡¿Quieres que eso vuelva a pasar?!

Las pupilas de Río habían adoptado la posición de ataque, el índigo de su fuego podía verse en cada exhalación. Ni siquiera era capaz de controlar ese cuerpo nuevo que también se empeñaba en crecer y transformarse a su antojo.

Kratelos miró a su hijo desconcertado. Entendía su dolor y sin embargo no podía hacer nada por ayudarle. Él odiaba la guerra de la misma forma y

esa mención a su hermano le había dejado sin aliento. Antes de encontrar las palabras adecuadas, Río se escapó por la ventana de la habitación, dejando un cerco de hollín sobre los tejados de Ssixo.

18

La ira de Crimson

La espada le atravesó de arriba abajo, partiendo desde el esternón hasta el vientre. Las dos mitades de su cuerpo se abrieron como un libro dejando al descubierto una maraña de intestinos. Crimson apoyó la bota en el pecho del soldado muerto para extraer el arma y segar con ella la yugular del segundo de los guardias, encargado de custodiar la habitación de Áral. El acero ensangrentado del príncipe se detuvo a unos centímetros de la garganta del tercer soldado.

—¡Tus dos compañeros han tenido suerte! Contigo me tomaré el tiempo que sea necesario hasta que me expliques cómo ha escapado la prisionera.

El guardia miró aterrado las pupilas verticales de Crimson mientras se orinaba encima ante el espectáculo de sus compañeros degollados. Se debatía entre contar la mentira que Xoc le había ordenado, o confesar que había sido el galeno quien había permitido escapar a la prisionera. Miró lo que quedaba de esos dos soldados y se la jugó:

—Fue la reina, alteza, solo cumplimos órdenes de la reina. Pero se lo suplico, no le diga que he confesado o me matará.

—Eso no será un problema.

Crimson alzó la espada para seccionar de un golpe el cráneo del guardia. Un chorro de sangre empapó su rostro mientras la cabeza rodaba por las mullidas alfombras de palacio con un gesto de asombro dibujado todavía en el rostro. Sin envainar la espada, agarró por el pelo el cráneo decapitado y se dirigió a la Sala Real seguido del sibilante paso de Naya.

Las puertas de la sala se abrieron como si las hubiera golpeado un ariete. Crimson se dirigió al trono donde su madre atendía las demandas de unos cortesanos. La visión del drago bañado en sangre con las escamas erizadas, amplificando su envergadura, resultaba estremecedora. Sin mediar

palabra, Crimson arrojó la cabeza decapitada contra los presentes, que echaron a correr aterrados.

—¡Fuera! ¡Todo el mundo fuera de la sala!

Sirvientes y soldados abandonaron la estancia sin dar crédito a lo que estaban presenciando. Amirg y Xoc se disponían a salir cuando Roal, uno de los lugartenientes de la reina, los detuvo con gesto adusto.

—¡He dicho todos! —ordenó Crimson mirando a los tres comandantes ocsunitas.

—¡Esta es la Sala Real y este mi Consejo! ¡Se irán solo si yo lo ordeno!

Tëesha se puso en pie erizando a su vez las tupidas escamas con una vibración metálica. Al instante, las pupilas verticales y el calor del fuego engrosaron su garganta.

—¡¿Por qué la has dejado escapar?! ¡¿Tan insoportable te resulta mi felicidad?!

—Si tu felicidad va en contra de tu destino, no tendré ningún problema en interponerme.

Xoc respiró aliviado al ver la forma soterrada en la que la reina asumía como propia su estrategia. Ahora solo tenía que esperar a ver quién sobreviviría a ese duelo para decidir su siguiente paso.

—No te das cuenta, ¿verdad? ¿En todos estos ciclos no has aprendido nada? Eres un cachorro cruel y malcriado que no piensa más que en sí mismo y en su propio placer. ¿Vas a anteponer a esa furcia al trono de Terradraga?

Crimson se limpió la sangre de la cara con el antebrazo y la miró con una sonrisa helada, sin un ápice de alegría en su interior:

—¡No se te ocurra llamarla así nunca más! No entiendo cómo tienes la desfachatez de decirme eso tú, que lo has antepuesto todo a este reino. Tú, que no has vivido para nada más que para satisfacer tu ambición. Tú, que jamás me has regalado un instante de afecto, ¿vienes a decirme ahora cómo vivir mi vida?

—¡Tu vida me pertenece!

El brillo del oro de sus corazas desprendía destellos de luz por toda la sala. Tras el príncipe, Naya había engrosado su cuello con la boca abierta:

los afilados colmillos a la vista y la lengua bífida absorbiendo del aire todo el odio atrapado en la transpiración de esos dos cuerpos.

Crimson, enloquecido, endureció su garganta, estaba dispuesto a abrasarla con su índigo. Pero lo que debía ser un fuego redentor se convirtió en un absurdo grito vacío. El príncipe, confuso, se llevó las manos al cuello.

—¿Sorprendido, hijo? Albergaba la ilusión de no llegar hasta aquí, pero como bien sabes, la ingenuidad no es una cualidad de los reyes que perduran.

La reina replegó sus escamas regresando a su dimensión habitual.

—¿No es sorprendente lo que esas sales de amonio son capaces de hacer con el fuego de un drago, hijo mío? Llevamos ciclos y ciclos usándolas con los reos de las catacumbas, qué terrible que una madre se vea impelida a usarlas contra su propia sangre.

Xoc miró a la reina procurando disimular lo mucho que estaba disfrutando con el espectáculo, de hecho, habría aplaudido con fervor esa actuación magistral. Prefería lidiar con la crueldad de ese cachorro, mucho más previsible e inexperto que con esa reina a la que, sin duda, había menospreciado, pero ese desenlace mejoraba sus posibilidades de éxito.

—¡Aún me queda mi espada!

Crimson atacó dispuesto a partirla en dos si era preciso para hacerla callar. Pero antes de que pudiera alcanzarla, Valran y Mádow cruzaron sus hierros para evitar el matricidio. La kracárite se irguió con furia contra los enemigos de su amo. Pero una simple bocanada bastó para que Tëesha abrasara su cuerpo. Naya se retorcía por la estancia como una cuerda de fuego, aún dispuesta para el ataque. Hasta que Roal la partió en dos con su espada. Crimson apenas pudo reaccionar.

—¡Cobardes! ¡Os mataré a todos!

Los tres generales de Ócsul tuvieron que emplearse a fondo para reducir al príncipe, que se defendía con una fuerza impropia, alimentada por el rencor acumulado durante toda su infancia. Incluso ellos sentían la repulsión de lo que estaba sucediendo y, aunque Crimson no fuese el amigo más fiel, reducirlo de aquella forma a petición de su propia madre les generaba una incomodidad difícil de disimular. Mientras Roal y Mádow sujetaban su cuerpo contra el mármol del suelo, Valran le aplastó el cráneo

con la bota. A tan solo unos metros de sus ojos yacía el cuerpo de Naya y la cabeza degollada del soldado a los pies del trono.

Al tomar conciencia de su situación, Crimson dejó de resistirse y sin un ápice de derrota en su voz, se dirigió a Tëesha:

—Algún día pagarás por lo que has hecho y todo el dolor con el que me has engendrado caerá sobre ti como una espada.

Sus palabras consiguieron traspasar un instante la coraza helada del cuerpo de su madre. En un intento por disimular su emoción, Tëesha clavó la vista en los tres comandantes:

—Todo lo que hago es por tu bien, hijo. Con el tiempo entenderás que solo te protejo de ti mismo. ¡Mádow, enciérrale! Y tú, Roal, termina el trabajo.

El general bajó la visera metálica de su bacinete para cubrirse el rostro, dejando tan solo al descubierto una breve rendija a la altura de los ojos. Un silencio denso se abrió paso en la sala ante lo inesperado de esa decisión. Hasta Crimson se dejó esposar, intrigado.

Roal inspiró con fuerza llenando de aire los pulmones y aguantó la respiración. El enorme pecho expandido dejaba ver las franjas negras atravesando el dorado de sus escamas. Todo indicaba un ataque inminente. El comandante giró sus pasos hasta colocarse frente a Xoc. El galeno lo miró sin comprender, hasta que recibió un puñetazo que lo arrojó al suelo. Roal le colocó en la garganta unos grilletes de inmovilización que le impedían espirar sus gases narcóticos, solo entonces volvió a tomar aire.

—¿Sorprendido? —preguntó la reina acercándose a Xoc—. ¿O acaso pensabas que no me daría cuenta? Esto también era una prueba para ti. Debías mantener el secreto, pero preferiste usarlo para enfrentarme a mi propio hijo. Siempre me has infravalorado, todos cometéis el mismo error y, de algún modo, esa ha sido siempre mi ventaja.

Los ojos del galeno no podían ocultar su sorpresa. Con las manos a la espalda y el grillete al cuello parecía un ser inofensivo. Tëesha se acercó para disfrutar de ese momento.

—No morirás hoy, tranquilo, aún puedes serme útil. ¡Encerradlos!

Ya se había cerrado el grueso portón de la sala tras sus pasos cuando Xoc concentró las escasas fuerzas que le quedaban en aguzar su oído:

—Me has servido bien regente, tenías razón en tu advertencia sobre Xoc, has recuperado mi confianza. Sigue vigilando los pasos de esos rebeldes. Quiero saber todo lo que pase en esa ridícula botica hasta el Día del Juicio. Esa mañana ya habrán llegado mil soldados más desde Ócsul y entonces arderá esta maldita ciudad con ellos dentro. ¡Valran! —Tëesha señaló al general—, cuando llegue el momento, quiero la cabeza de ese bastardo clavada en una pica.

Xoc fue consciente de que no solo había menospreciado a la reina. Ese maldito Amirg, al que consideraba un débil aliado, había subido la apuesta eliminando dos de sus tres problemas de un solo golpe.

19

¡Aviva La Llama!

El amanecer del primero de los soles iluminaba la ventana trasera de la rebotica de Utma, convertida en el nuevo cuartel general de La Llama. La tabla donde antes se amontonaban probetas, infiernillos y morteros para preparar ungüentos y jarabes se había convertido en la mesa de reuniones de Fogus, Shándor, Súnnary, Kratelos, Río y las dos integrantes de la hermandad de Las Siete.

El tabernero se rascaba una y otra vez el hueco entre su roma cornamenta con inquietud:

—¿Dónde dragones se habrá metido ese maldito Rónroth? ¡Ya debería estar aquí! Ha pasado toda la noche fuera —exclamó dando un puñetazo en la mesa—. Como ese maldito Thánnom lo haya puesto en peligro, le sacaré las muelas con su propio garrote.

—Tranquilo, Fogus. Es un drago listo, si logró sobrevivir al desierto de los Hombres sobrevivirá a una reunión con ese indeseable. No temas, a no ser que tu interés por él vaya más allá de la amistad, querido amigo —respondió Súnnary tratando de restarle hierro a su preocupación.

Kratelos agradeció en silencio la astucia de esa draga morada, intuyendo en Río una parte de esa capacidad suya para aliviar tensiones.

—Y ¿cómo van los enfrentamientos en las calles, Fogus? —preguntó para relajar los ánimos.

—Siguen deteniendo de forma arbitraria a los nuestros, pero por cada uno que encierran dos o tres se suman a nuestra causa. Les hemos golpeado ahí afuera, les hacemos sentir nuestro fuego, pero son muchos, están bien armados y entrenados y el cansancio va haciendo mella.

—Por lo menos han anunciado el fin del confinamiento —añadió Utma —. Mantendrán el toque de queda nocturno, pero mañana la gente regresará

a las calles. Supongo que así podremos recuperar algo de normalidad.

—¡¿Qué normalidad, Utma?! —interrumpió Súnnary con el ceño fruncido—. ¿Es que no te has enterado? Cuando los dos soles se hayan puesto cinco veces, esa reina perturbada proclamará el Día de la Justicia. Pretende ejecutar en la plaza del Mercado a todos los rebeldes que se amontonan en los calabozos. Van a matarlos sin excepción, como si fuera un espectáculo. Lo han anunciado para que todos los ssixianos acudan al evento. Solo de pensarlo me viene el fuego a la garganta. No puedo dejar de pensar que Áral y Arhona están entre los condenados y el tiempo se agota.

Río escondió la mirada en el suelo, prefirió no corregir a su madre para no admitir la forma en la que había espiado a las dos dragas en la casa de Ölbrut.

Kratelos se dirigió entonces a Ivy. Le preocupaba el desaliño de su aspecto: las ojeras marcadas, el cabello enmarañado y el cansancio que rezumaba todo su cuerpo.

—¿Cómo te encuentras, amiga? —susurró en su oído—. No tienes buen aspecto.

—¿Tanto se nota?

—Lo pregona tu cuerpo entero.

—Llevo días sin apenas dormir, encerrada con ese libro. Entiendo los conjuros, los memorizo, pero no he logrado volver a sentir el vínculo. Es como si después de usarlo con Shándor se hubiera disipado. Ya no quiere guiarme entre sus páginas para mostrarme el camino.

—Quizá necesites estar en una situación límite para que funcione —apuntó el maestro ciego.

—Sí, tal vez podrías tomar un poco más de ese elixir de la verdad, no me disgustaría en absoluto —bromeó Ivy, provocando que las mejillas, casi humanas de Shándor, se sonrojaran—. Quizá… si fuéramos capaces de reunir a las siete hermanas.

—El drack hará su trabajo, Ivy —susurró Kratelos—, cuenta con ello. Llevará el mensaje a las islas Thelendras, a Ócsul a Arvak y a mis montañas Azules. Llegará allí donde Utma le ha indicado, no lo dudes.

—Me cuesta comprender cómo un pájaro, por muy legendario que sea, puede entender las palabras y, aún más, seguir tus instrucciones.

—A mí lo que me cuesta es creer en la magia de ese libro, amiga. Pero es en lo incomprensible donde reside nuestra única posibilidad de lograr la victoria. Y si es eso lo que mantiene viva nuestra esperanza, no pienso renunciar a ella.

Ivy posó una mano con ternura en el hombro de su amigo y en ese momento la puerta de la botica chirrió con estridencia. En cuestión de segundos, el bullicio de la conversación se disipó. Todos se pusieron en guardia en previsión de un ataque. Súnnary se situó delante de Río, en un gesto de protección instintivo. Sus garras volvían a brillar con la transparencia cristalina de su juventud. Fogus interpuso el cuerpo entre Shándor e Ivy con un hacha de doble filo en alto. Solo Río permaneció en calma, sentado impasible a la mesa. Tras la puerta apareció el corpachón de Rónroth con la armadura de los soldados de Ócsul y, tras él, Arhona y Áral, visiblemente recuperada de su fiebre.

—¡Por todos los dragones! ¿Pero se puede saber qué os pasa? No esperaba una fiesta de bienvenida, pero tampoco esta clase de recibimiento.

—¡Maldita sea, drago idiota! —bramó Fogus bajando el hacha para abrazar a su amigo.

Súnnary corrió hacia Áral con lágrimas en los ojos. Ahora que se había convertido en una draga casi adulta, no podía dejar de ver la huella de Nebra en su mirada.

—¡Por las Siete Madres y todas las dragonas del cielo! —vociferó de nuevo Fogus—, esta noche celebraremos una fiesta en vuestro honor. Todavía guardo escondidas unas cajas de la mejor cerveza.

La alegría parecía expandirse entre los gestos de afecto de los allí presentes, salvo por Río, que permanecía sentado en la mesa, observando al grupo en silencio.

—Seguro que estáis hambrientas —señaló Ivy—, traeré algo de comer.

—Venga, sentaos a la mesa y contadnos cómo demonios habéis logrado escapar —preguntó Fogus.

Áral escrutó con la mirada a un Río imperturbable, que no parecía estar ni interesado ni sorprendido por su regreso. Los días de fiebre y encierro habían espigado su cuerpo. Ya casi había completado la muda dando paso a la belleza de una draga tan inteligente como hermosa. El par de Ölbrut le

había arreglado un humilde vestido que le daba una apariencia distinta. Sin correajes de cuero ni hebillas cruzando su cuerpo parecía otra. La irritación de Río crecía por momentos. Quería enfadarse, cuestionar sus palabras, castigarla incluso y abrazarla al mismo tiempo. Arhona y ella relataron lo sucedido hasta que Áral comenzó a explicar cómo ese extraño galeno la ayudó a escapar. Shándor irguió la espalda sorprendido.

—Conozco muy bien a ese drago, jovencita. No te ha dejado libre como un gesto de buena voluntad, algo esconde y ten por seguro que se cobrará un alto precio. ¿Estás segura de que no os han seguido?

—Por supuesto, Shándor. Ya había pensado en esa posibilidad —afirmó Rónroth.

—Sé que ese drago juega sucio, me advirtió que su ayuda no era gratuita. Se ofreció a sacarme de las mazmorras con un bebedizo para enfermar. Así pude sanar mis heridas —dijo acariciando el hombro todavía vendado— y mantenerme a salvo hasta que se presentó un buen día y, antes de liberarme, confesó que el verdadero plan de la reina no se limita a ajusticiar a los rebeldes que aún siguen en prisión, ese mismo día quiere quemar la ciudad y terminar con Ssixo para siempre. Necesitaba salir de allí para avisaros, sin pensar en el precio a pagar. ¡Van a arrasarlo todo!

—El Día de la Justicia… —musitó Rónroth—. Ahora entiendo por qué los soldados están llenando de pajas secas y cortezas algunos puntos estratégicos de las calles. Por un momento pensé que era para delatar con el crujir de los pasos a los que violaban el confinamiento. Y lo que estaban preparando era una inmensa mecha que propague el fuego a toda velocidad.

—¡¿Y por qué tendríamos que creerte?! —exclamó Río poniéndose en pie de golpe—. ¿Qué sentido tiene que la reina quiera quemar su propia ciudad? ¡¿Cómo sabemos que no te han engañado para confundirnos a todos?! Al fin y al cabo, tú misma acabas de confesar que ese galeno te drogó, ¿no es cierto?

Todos se giraron hacia Río extrañados. Áral sintió cómo el estómago le cabía en un puño. Había tenido mucho tiempo para pensar en ese crío insolente que no podía apartar de sus pensamientos. Rónroth les había explicado su historia y deseaba felicitarle y hablar con él, pero la violencia de sus palabras la pilló desprevenida.

—¡¿Pero qué dragones te pasa, Río?! —lo increpó Arhona—. Ha estado a punto de morir por conseguir esta información.

—¿Y se puede saber quién cuidó de ella? Porque todo Ssixo habla de la obsesión del príncipe por cierta draga roja… ¿O es que acaso eso no importa?

—¡¿Qué estás insinuando, Río?! —lo increpó Arhona poniéndose en pie para clavar en él su mirada.

—Mide tus palabras, hijo —dijo Kratelos con un tono severo—. No tienes derecho a acusar a nadie sin pruebas, no es propio de ti. Esta draga ha demostrado su valor con creces consiguiendo esta información.

Río bajó la vista al suelo avergonzado.

—Tienes razón, lo siento.

Áral estaba a punto de contestar, cuando escuchó la cadencia desacompasada de unos pasos. Alguien bajaba las escaleras.

—¡Os habéis vuelto a reunir sin mí! Os dije que me despertarais, he dormido como un suargoo en invierno.

Áral se puso en pie con los ojos muy abiertos. No podía creer lo que estaba escuchando. Todos callaron pendientes de su reacción mientras se acercaba hasta el inicio de las escaleras.

—¡Esto sí que no te lo esperabas eh, Jefa! —exclamó Xxuli con el pecho vendado todavía y los brazos en jarras—. ¡Yo estaba seguro de que te escaparías! Se lo he dicho a todos estos cientos de veces. Decídselo, anda, ¿quién tenía razón?

—¿Pero Xxuli? Tú tenías que estar…

—¿Muerto, Jefa? Bueno, ya sabes que los huérfanos del Medallón somos duros como rocas y aunque no te lo creas, esas suelas que me hizo Río lograron amortiguar la flecha para poder contarlo.

Áral seguía mirándole como quien mira un fantasma, con la boca abierta y sin apenas pestañear.

—¿Qué pasa, Jefa, vas a quedarte ahí plantada o me vas a dar un abrazo?

Áral sonrió por primera vez justo antes de echar a correr hacia el pequeño drago, al que levantó del suelo con fuerza para llenar de besos su pálido rostro.

—¡Para, para, me estás llenando de babas!

—¡Pues no he hecho más que empezar! —respondió Áral sintiendo de pronto que todavía quedaba un resquicio de esperanza desde el que seguir adelante.

—¡¿Pero es que no vais a hacer nada, por favor?! —suplicó Xxuli sin demasiada convicción mientras todos los presentes estallaron en una carcajada.

—¡No se te ocurra volver a desobedecerme! ¿Lo prometes?

—Sí, Jefa, lo prometo, pero déjame otra vez en el suelo.

—Está bien, te dejaré en el suelo porque fuiste muy valiente.

—¡¿Habéis oído?! Fui muy valiente.

—¡Pues claro que sí, Xxuli, eres un auténtico guerrero de Ssixo! —bromeó Rónroth acercándose a él—. ¡Qué alegría volver a verte!

—Luvana me contó que fuiste tú el que me llevó de nuevo al refugio para que me curaran, así que te debo una, Rónroth. Eres un buen drago.

—Me alegro de que lo pienses así —dijo revolviéndole el pelo mientras todos se acercaban para compartir el regreso de esos miembros de la manada tan especiales.

Fue entonces cuando Súnnary se fijó en ese extraño ciego, al que tanto apreciaba su hijo. Había tomado un pergamino amarillento y, por difícil que resultara imaginarlo, parecía dibujar sobre él a toda velocidad. La morada se acercó con curiosidad.

—¿Se puede saber qué haces, Shándor?

La pregunta pareció intrigar al resto que, poco a poco, se fueron acercando. El maestro dibujaba con pasión, abstraído en la certeza del que durante tantos años había sido su oficio. El carboncillo arañaba el pergamino en cada trazo, en una maraña de líneas sin sentido aparente. Las cabezas fueron arremolinándose alrededor del ciego en un intento por descifrar aquel enigma que parecía concentrar toda la atención de Shándor. Poco a poco apareció un plano a escala de la ciudad de Ssixo; su muralla octogonal, la plaza del Mercado, las principales arterias de la urbe y sus cuatro puertas, el barrio Bajo, el de los curtidores y mercaderes, la ciudadela con el palacio en el centro, el amplio distrito de los Herreros o la zona alta de los nobles. Rodeando una parte de la muralla, Shándor trazó el

recorrido del acueducto. Era tal la exactitud y proporción con la que reproducía la ciudad que, por un instante, todos los presentes olvidaron que aquel anciano, parco en palabras y de gestos grandilocuentes, llevaba muchos ciclos sin poder ver.

—¿Cómo diantres…? —exclamó Fogus sorprendido—, ¿de dónde habéis sacado a este ciego?

—Ser ciego es solo una de las muchas cosas que soy. Si mi oído no me engaña, tu voz es tan rotunda como el tamaño de tu vientre, que apenas te permite ver tus pies. ¿Me equivoco?

—¡Oiga!

—El caso es que tu peso no te define, y a mí tampoco la ceguera.

El maestro paró el movimiento del carboncillo para fijar sus ojos velados en Fogus.

—Mi nombre es Shándor de Marlaj, nacido en Valka, maestro mayor de obras del reino de Terradraga. He construido este acueducto, los jardines de la ciudadela y reformado el doble muro octogonal que delimita esta maldita ciudad, entre otras muchas cosas. —Según las enumeraba fue señalando con exactitud sus obras en el mapa—. Y ahora necesito que me escuchéis: hay una forma de evitar que esa reina incendie la ciudad. Tenemos que construir unas planchas y tubos como estos.

El carboncillo volvió a rasgar el papel con premura, hasta mostrar un esquema perfecto, con sus correspondientes medidas, de lo que parecía un gran canalón ovalado en forma de codo con dos bocas a cada lado.

—Agua y fuego, el poder de los opuestos —afirmó Shándor con aire ausente.

—¿Y concretando un poco más? —preguntó Fogus.

—Debemos reventar el depósito de la cima del monte Lantho para forzar el caudal. Después, hay que colocar estas estructuras aquí, aquí, aquí y aquí. —El maestro marcó cuatro puntos específicos a lo largo del acueducto con una precisión inquietante—. Podremos desviar la suficiente cantidad de agua para dar un buen remojón a la ciudad y evitar que arda.

—Pero… ¿habéis visto eso? ¿Cómo es posible que un ciego dibuje y después señale con tanta exactitud el papel? —dijo Fogus—, y lo que es más importante, ¿alguien puede asegurar que esta locura funcionará?

—Tan seguro como que tú estás gordo y que yo soy ciego.

La sala estalló en una nueva carcajada mientras Fogus se rascaba su cornamenta sin poder ocultar media sonrisa cómplice.

—Disculpe, maestro —apuntó Rónroth—, no digo que no sea un buen plan, pero hay dos asuntos que me preocupan. Primero esos tubos, los hornos de los herreros están apagados desde el confinamiento. Aunque tuviéramos tiempo de encenderlos sería imposible pasear por las calles y sacar de la ciudad semejantes armatostes sin llamar la atención de los guardias. Y segundo, y quizá más importante, necesitaremos todas nuestras fuerzas para luchar contra el ejército. Ya somos muy pocos, no podemos perder dragos desperdigados por media ciudad esperando a poner en marcha ese plan.

—Yo puedo ocuparme de esos dos problemas —respondió Kratelos.

Todos, incluido su hijo, lo miraron extrañados.

—¿Tú solo vas a hacer el trabajo de unos cincuenta dragos?

—Encontraré la ayuda necesaria, maestro, quedan cinco noches, necesito esos bocetos terminados y el mapa. Espero poder llegar a tiempo.

—Pero ¿cómo vas a…? —antes de que Rónroth acabara la pregunta lo interrumpió Shándor:

—No tenemos tiempo de preguntas, conozco a este drago, si dice que puede hacerlo, lo hará.

—Bien, no discutiré con alguien que evita un problema cuando hay tantos que resolver —aceptó Rónroth—. Como ya os he explicado, necesitamos sumar fuerzas si queremos tener una mínima posibilidad de éxito. En este punto será la ejecución —dijo señalando el mercado en el mapa de Shándor—, allí tendrá que comenzar el levantamiento. Súnnary, tienes que tratar de reclutar el mayor número de ciudadanos de Ssixo, sobre todo curtidores, campesinos y comerciantes. ¡Aviva La Llama! Tu gente estará en la plaza.

—Cuenta con ello, Rónroth. Son muchos los que querrán luchar.

—Nunca serán suficientes contra un ejército como el que nos aguarda —se lamentó el viejo comandante—. Áral, tú te encargarás de los herreros, te respetan, saben que eres hija de Nebra, tu frente llegará desde su distrito. Debes reunir allí todas las fuerzas que puedas.

—Así lo haré —respondió Áral con rabia y el puño apretado junto al pecho.

—Fogus, tu misión es juntar a toda esa buena gente del Loco: maleantes, músicos, ladrones y pendencieros. Esperad instrucciones, vuestro concurso será clave.

—No puedes confiar en esa gente, amigo, salvo para una buena pelea.

—Arhona, como te expliqué anoche, tu objetivo es controlar a Thánnom y a sus Herederos, ha prometido unirse a la lucha, pero no me fío de él, si nos va a traicionar necesito saberlo cuanto antes. Yo me encargaré de reunir a los viejos soldados, veteranos de guerra, hermanos de armas que lucharon en el ejército de Kirandros. Nuestra misión es la que lo desencadenará todo; aprovechando que todas las miradas estarán en la plaza, asaltaremos el arsenal de palacio. Si no conseguimos esas armas, no tenemos ninguna posibilidad de éxito. Río, me acompañarás, la presencia del hijo de Búltar dará valor a los soldados, esos dragos amaban con locura a tu padre y el rumor de que estás vivo ha sido albergado con esperanza.

Río asintió con la cabeza, abrumado una vez más por las expectativas.

—¡¿Y yo qué hago?! —protestó Xxuli frunciendo el ceño.

—Quiero que cuides de Shándor y de las dos curanderas —improvisó Rónroth.

—¡No, no, no, otra vez no! Quiero pelear.

—Y lo harás, cuando llegue el momento —dijo agachándose hasta llegar a la altura de sus ojos—. Cuidar de las Siete Madres es una labor arriesgada, no se la encomendaría a cualquiera. Requiere inteligencia, astucia y un corazón valeroso como el tuyo. Ten por seguro que no le pediría una misión tan audaz a cualquiera, camarada. ¿Puedo contar contigo?

—¡Por supuesto! No correrán peligro, te lo aseguro.

Arhona observaba la escena con una sonrisa de pura devoción cuando, por la espalda, se acercó Súnnary.

—Vaya, vaya —susurró cerca de su oído mientras Xxuli y Rónroth se abrazaban con afecto—, ya veo que la noche ha sido provechosa. Ya me extrañaba a mí que tardaseis tanto en regresar.

—No sé a qué te refieres, amiga. Me he desvivido por cuidar de Áral…

—Entonces no entiendo qué es esto.

Súnnary raspó de las suyas una escama negra, adherida en el hombro de Arhona.

—Esto ha llegado aquí por casualidad, ¿me equivoco?

—No digas nada, te lo ruego —suplicó Arhona con las mejillas encendidas—. No todavía.

—Tranquila, nada me hace más feliz que ver a dos dragos extraordinarios juntos. Hacéis un hermoso par.

Las dos dragas compartieron una sonrisa cómplice, antes de volver la vista hacia Rónroth que, con la pequeña mano de Xxuli entre las suyas, continuó su arenga poniéndose en pie:

—Quedan cinco días para enfrentarnos a esos bastardos. Un grupo de campesinos, herreros, comerciantes, delincuentes y viejos soldados contra todo un ejército; por las Siete Madres que vamos a necesitar suerte.

—La tendremos, Rónroth. La suerte estará de nuestra parte —afirmó Ivy con un aplomo que impresionó al comandante.

—No me preocupa tanto la guardia real como esos tres lugartenientes de Ócsul: Valran, Mádow y Roal.

La simple mención de sus nombres hizo que las escamas de Áral se estremeciesen con un temblor silencioso. Deseaba acabar con esos desgraciados con su propia espada.

—He luchado contra ellos y saben lo que se hacen. No cometáis el error de menospreciar su ira. Nos repartiremos en batallones. Cuando llegue el momento, os daré instrucciones más precisas, ahora debemos ponernos a trabajar. Vigilad vuestras espaldas y salid a intervalos para no levantar sospechas. Hoy es el último día de confinamiento y tened por seguro que a estas alturas alguno de los invisibles de Amirg estará vigilando nuestros pasos.

20

Una sonrisa helada

Río buscaba a Zlaty en el cielo, la estrella más brillante; la que llevaba el nombre de la dragona dorada. Después de encontrarla siguió el patrón que le había enseñado su padre en las noches de cielos despejados en Valka. Así fue localizando las otras seis, cada una bautizada con el nombre de una de esas siete dragonas iniciáticas. Pensó que la visión de esos astros brillantes desde el tejado de la botica sería idéntica en la plantación de kha de su montaña. Un ruido lo despertó de la nostalgia. Su mirada barrió de un vistazo la multitud de tejados que se solapaban sobre el suelo de Ssixo. Parecía una corteza vegetal por la que atravesar de un extremo a otro la ciudad sin pisar sus calles. De un salto, agarró el kali y se puso en pie al acecho.

No tardó en comprobar que el chirrido procedía de una puerta en desuso del tejado adyacente a la botica. Entre una cubeta para acumular agua de lluvia y un aviario huérfano de pájaros apareció la figura de un drago enclenque con el rostro cubierto por la capucha de un viejo sayo.

—No te asustes, muchacho. Baja ese kali, he venido a charlar contigo —dijo el extraño acercándose al extremo del tejado más cercano a Río.

—No estoy asustado. ¿Quién eres?

—Un amigo de tu padre.

—Mi padre no tiene amigos en Ssixo.

—De tu verdadero padre, del rey Búltar.

—No sé de qué me hablas —contestó con prudencia.

—No me decepciones, Río. Te llaman Río, ¿verdad? Aunque tus padres te dieron el nombre de Zogas. Naciste el último día del eclipse, cumpliendo el buen augurio de los astros, hace ya más de cinco ciclos y medio. Falta

poco para que comience tu muda, será hermoso ver cómo mezcla la fuerza del dorado de tu estirpe con el morado de tu madre.

Río apoyó un extremo del kali en el suelo, desarmando así su guardia.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Mi triste vida se sustenta en un buen puñado de secretos. Un drago vale más por lo que calla, algún día lo comprobarás por ti mismo.

—¿Y qué quieres de mí?

—Traerte un mensaje, pero me gustaría charlar contigo antes. Cruzaría a tu tejado, pero mi pierna tullida no me permite esos alardes. ¿Por qué no vienes aquí para que podamos hablar con más discreción?

—Desde aquí te escucho perfectamente.

—Tienes la arrogancia y el porte de tu padre, pero la prudencia me obliga a insistir por la naturaleza de lo que debo confesarte.

Río resopló con desgana y apoyando el extremo del kali en el suelo saltó sin esfuerzo junto al extraño drago. Se fijó entonces en su rostro marcado por una herida brutal; le faltaba una oreja y parte de la mejilla, pero había un cansancio sincero en su rostro, algo en él que lo invitó a escuchar.

—Y ahora dime: ¿de qué conocías a mi padre? ¿O también es un secreto que no puede desvelarse?

—Éramos como hermanos. Nos queríamos, pero también competíamos por la atención de tu bisabuelo, el rey Kirandros. Yo les fallé, les traicioné.

—Entonces eres un traidor. ¿Por qué tendría que confiar en alguien que dice ser un traidor?

—No te pido que confíes en mí, solo que me escuches.

—Ya te estoy escuchando.

—Bien, vengo a avisarte de muchas cosas, sobre todo para que abandonéis esa botica cuanto antes porque mañana vendrán a arrestaros. La reina ha decidido dejar de jugar con vosotros. Hace días que sabe de vuestro paradero, pero descubrir tu presencia le ha hecho enloquecer. Ahora solo piensa en tu cabeza ensartada en una pica para lucirla el Día del Juicio.

—No te entiendo. Primero reconoces ser un traidor y ahora me pides que abandonemos nuestra guarida. ¿Por qué tendría que creerte?

—Esa no es la pregunta correcta, y a veces es más importante acertar con la pregunta que con la respuesta. Lo que deberías pensar es si estás dispuesto a correr el riesgo de no creerme.

Río escrutó el demacrado rostro del drago con curiosidad.

—Entiendo tus dudas, Río, pero el tiempo apremia. Como habrás intuido, hace mucho que formo parte de la corte de esa reina siniestra que está dispuesta a matarnos a todos y borrar del recuerdo esta ciudad. Pero necesito redimir mis faltas, buscar un perdón que no merezco. Y la única esperanza para eso es ayudaros, sobre todo ayudarte. Se lo debo a Búltar. Mi deuda con él y con Kirandros es imposible de saldar, pero sé que tengo que hacer esto. He arriesgado mucho viniendo hasta aquí para ver con mis propios ojos al hijo del que un día fue para mí un hermano. Por las Siete Madres que ha merecido la pena, en tu rostro está la traza de su linaje.

—Si eres un miembro de la corte quizá la pregunta correcta es si debo hacerte prisionero y llevarte ante el grupo para que decidan qué hacer contigo.

—Esa será tú decisión y como tal la acataré, pero primero escúchame porque solo hablaré contigo. Tenéis muy pocas posibilidades de éxito, quizá con la información que voy a darte os quede una nimia opción de salvar esta ciudad y a los dragos que la habitan.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en hacerme responsable de salvar esta ciudad y liderar esta guerra? ¡Ni siquiera quiero luchar en ella!

—En eso también te pareces a tu padre.

Río lo miró sorprendido.

—Mi padre era un soldado, el hijo de un rey y, por lo que parece, un gran guerrero.

—Sí, pero también odiaba la corte y la guerra. Amaba a sus compañeros, la camaradería y los lazos que lo unían a sus hermanos de armas. Pero despreciaba las insidias de palacio, la política y la misión que tenía encomendada por designio de su sangre. Yo saqué provecho de eso.

—¿Mi padre odiaba la corte y la guerra? —repitió asombrado—. Entonces… ¿por qué luchaba?

—Primero por honrar a sus padres: tus abuelos murieron juntos en la batalla. Búltar era huérfano, como tú y como yo. Después entendió que era

su destino y su deber, pero repudiaba las obligaciones de su cargo.

—Pues quizá yo sea distinto. Alguien tiene que hacer algo diferente, renunciar a la lucha. Alejarse de ella. Esta tierra no deja de mancharse de sangre desde que en la guerra de Las Siete se levantó el muro tóxico en el desierto de los Hombres. Conozco nuestra historia; celebramos a Shossot, que fue un genocida, cantamos a Zekhi y a sus hijos Nemon y Kilras, que empezaron hace muchos ciclos las guerras entre dragos. Desde entonces no hemos dejado de matarnos unos a otros. Tantas y tantas muertes, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene todo esto, y por qué tengo que ser yo la bandera de nadie, la esperanza que dirija a un pueblo a una carnicería en la que tú mismo afirmas que es imposible vencer?

—Me sorprende que un crío de las montañas conozca tan bien nuestra historia.

—He tenido un buen maestro.

—Entonces conocerás cómo llegó Tëesha al trono, bajo qué promesas. Kirandros soñaba con una Terradraga unida y en paz. Ansiaba llegar a un gobierno de dragos elegidos en libertad. Incluso dejó escrito que un rey pudiera elegir a su heredero sin tener en cuenta la sangre. Yo pensé que era un necio. Usé las debilidades de sus sueños para traicionarlo.

Río se quedó pensando en el peso de esa confesión. Intrigado por la identidad de ese extraño que tanto parecía saber sobre su propia historia.

—¿Quién eres? Dime al menos tu nombre.

—Eso ahora no importa.

—¿Y para qué has venido? ¿A confesarte? ¿A pedirme perdón cuando ni siquiera sé quién eres? Quizá debería desollarte y ofrecer un nuevo sacrificio de sangre para alimentar esta tierra sedienta.

—¡Mátame si quieres! ¡Ya te he dicho que puedes hacerlo! ¡Pero primero escucha mi plan! Después tendrás que tomar tu decisión. Puedes ignorar lo que quiero contarte, huir a tus montañas, abandonar esta ciudad, renunciar a tu destino y pensar solo en ti. Yo sé mucho sobre eso. Pero te voy a decir una cosa, Río: el tiempo lo ordena todo. Tal vez la guerra sea la peor de las respuestas, pero a veces es la única posible y quizá, de toda esta locura resurja un nuevo orden, uno en el que puedas elegir cómo deberían ser las cosas. Ansías la paz, pero esa meta exige un sacrificio. Se trata de un

deber, no de un derecho, así es el juego. Y aunque no estés de acuerdo, la partida se pondrá en marcha, renunciar no te libera de ser responsable de sus consecuencias. También sé mucho sobre eso. ¿O acaso piensas que no te llevarás contigo a tus lejanas montañas la responsabilidad que implica salir corriendo?

Río comprendió entonces que no había ningún lugar donde escapar, ni tampoco lo deseaba. Si quería regresar a la paz de sus montañas, antes debía luchar junto a los suyos como un auténtico guerrero azul.

—Desearía tanto que hubiese otro camino…

—No lo hay. Pero puedo asegurarte que, si lo lográis, el esfuerzo merecerá la pena. —Amirg pareció ausentarse en sus pensamientos—. Si conocieras la naturaleza del odio que alimenta las decisiones de esa reina, comprenderías la urgencia de la situación, pero no insistiré más. Yo soy culpable en gran parte de haber desencadenado ese mal. Por eso ahora tienes que escucharme.

Amirg pasó a detallar a Río información clave de los propósitos de la reina; los mil soldados de refuerzo que llegaban desde Ócsul, lo que tenía preparado para el Día del Juicio, sus oscuros deseos para exterminar Ssixo, incluso aquellos planes que tan solo sabían los más cercanos a la reina. Y le facilitó parte de un elaborado plan y de los resortes que ya se habían puesto en marcha para ayudarle. Río fue consciente del valor de esa información, aunque acrecentó su sensación de inevitable derrota. Después hablaron largo rato de Búltar, de su pasado, de sus faltas, de sus temores y sus virtudes. Ese extraño le escuchó, entendió sus miedos. Y desde la sabiduría de su fracaso supo hacerle comprender el sentido de su misión. Despertó en su interior la esperanza, dio sentido por primera vez a su destino.

—En este rato contigo he visto tu corazón, Río. Tu éxito es incierto y difícil, pero sé que tienes los mimbres para construir nuevos cimientos. Me voy contento de haberte conocido.

Cuando terminó su confesión, Río observó de nuevo el rostro del drago. Durante aquel rato juntos le pareció que había envejecido y que una parte de la dureza de sus gestos se había aplacado.

—Si lo que me has contado es cierto, tal vez tengamos una oportunidad.

—Tal vez.

—¿Me dirás al menos tu nombre antes de irte?

—Ya sabes lo que dicen: un nombre es solo un nombre.

Amirg se dirigió hacia la puerta oxidada, cruzando la cubeta de agua y el aviario vacío.

—Señor.

—¿Sí?

—Gracias por la información.

—Se lo debía a tu padre y supongo que también a ti.

El regente bajó las escaleras del edificio con el pecho henchido de satisfacción, saboreando el regalo de la gratitud. Hacía muchos ciclos que nadie le había dado algo parecido. Esa inmensa felicidad tan solo duró unos segundos.

Cuando alcanzó la calle un enorme cuerpo de drago lo empujó contra la pared y le puso la espada en el cuello.

—¡Maldito traidor, hijo de mil bograx! No te basta con enviar a tus invisibles, tienes que venir tú mismo a espiarnos.

—Rónroth, escúchame, he conocido al crío…

—Ni se te ocurra mencionar su nombre. ¿A eso has venido? ¿A acabar con su vida por segunda vez?

—Te equivocas, nada más lejos…

Rónroth no pensaba correr de nuevo el riesgo de escuchar a ese drago. El deseo de proteger a Río le sobresaltó de tal modo que la punta de su daga se incrustó en la pared de piedra contra la que aprisionaba al mermado drago. La hoja le atravesó sin oponer resistencia, con la blandura del cuerpo lechoso de un recién nacido. Un grito ahogado cruzó la noche en el barrio de los Curtidores.

—Voy a verte agonizar aquí mismo. Por Búltar, por Kirandros, por Nebra, por Súnnary y por tantos otros, maldito traidor —dijo con su rostro pegado al de Amirg, en el que una extraña y honda sonrisa se abría paso ante la perplejidad de Rónroth.

—Me voy tranquilo, comandante. Es un precio justo. Cuida del crío, protégelo; sé que lo harás bien. He visto en él la nobleza y el coraje de su padre y con eso me basta.

Rónroth escuchó sorprendido el afecto sincero que destilaban sus palabras. Sacó del vientre la daga ensangrentada. Sobre el fornido brazo sostuvo el cuerpo inerte del regente que parecía dormir con una extraña sonrisa dibujada en el rostro.

Amirg volvió a ver el bosque de sus pesadillas, a escuchar la cavernosa voz del viejo rey, a caminar por el suelo cubierto de barro y hojas, pero esta vez no le pesaba su pierna.

—Ya llego, mi señor. Ya casi estoy…

Rónroth atendió a ese susurro sin comprender, justo antes de que el regente perdiera la consciencia.

A unos pies de distancia, Amirg descubrió la planta aguerrida del rey Kirandros. Su semblante ya no estaba carcomido. El graznido de un dracknodón atravesó la espesura del bosque. El aleteo sordo de las alas levantó un remolino de hojas y ramas. En esa confusión de los árboles agitados por el viento, el cuerpo del drack se convirtió en Búltar, que sonrió antes de que una bocanada de fuego pusiera fin a su tiempo.

Río descendía a toda velocidad sin dar crédito a sus ojos.

—¡¿Qué has hecho, Rónroth?! Ese drago era un aliado. ¿Te has vuelto loco?

—Era lo justo, Río.

—¿Lo justo? ¿Morir atravesado por tu daga?

—Así es, Río, porque este drago mató a tu padre.

21

La Jaula

Tras el confinamiento, la plaza de Ssixo volvía a ser un hervidero de gente. Toda la ciudad, incluidos los soldados de Ócsul, se afanaban levantando la impresionante escenografía para el Día del Juicio. Desde uno de los tejados de los soportales, Áral y Río observaban la construcción de una curiosa tarima. Sobre gruesos rieles de madera colocados en paralelo se disponían planchas de acero rectangulares, sujetas a los travesaños con pernos metálicos. Allí se agolparía la multitud para ver la ejecución pública de los rebeldes, infieles y todos aquellos que la reina consideraba culpables de alta traición.

Los palcos de honor se elevaban sobre un tablado cubierto con lujosas alfombras para ofrecer la mejor vista del macabro espectáculo. Todo parecía el preludio de una fiesta, salvo por el agotamiento de los herreros, el silencio angustioso que disipaba cualquier gesto de alegría y, en especial, por la imponente estructura de La Jaula que, como el esqueleto de una criatura monstruosa, tomaba forma en el centro de la plaza.

Áral y Río enmudecieron ante aquel enorme artefacto de tres pisos. Las paredes, construidas con gruesos listones de hierro forjado, se entrelazaban como una celosía, creando una red de apoyo que sostenía toda la estructura. Gruesas vigas de madera, dispuestas en ángulos diagonales reforzaban la resistencia en el ascenso de aquel enorme armazón. Desde el exterior de La Jaula, dos dragos exhaustos se encargaban de integrar las escaleras de acceso a los pisos superiores. Sus cuerpos transmitían la vergüenza y el horror de estar construyendo una herramienta de tortura contra su propia especie.

—Dicen que el piso de arriba es para los ladrones y maleantes —comentó Áral con gesto sombrío—, el del medio lo ocuparán los delatores y

los que han desertado, y en el último meterán a los rebeldes. Lo que no entiendo es por qué, en lugar de encerrarlos a todos en una gran jaula, han construido esta estructura vertical.

—Quieren sembrar el terror entre los pocos que todavía tienen fuerzas para luchar; por eso debe ser un espectáculo atroz. ¿No lo ves? —respondió Río señalando La Jaula—. Los que ocupan el primer piso tendrán suerte, arderán primero, encadenados a los barrotes para que no puedan matarse entre ellos ni escapar. Sus escamas caerán como lava encendida entre las rendijas del suelo, que se hundirá sobre los presos del segundo piso. Por eso lo han construido de madera. El hierro de la estructura se volverá incandescente cuando les llegue el turno a los rebeldes, que para entonces solo desearán morir lo antes posible.

Los dos se miraron un instante compartiendo la misma angustia.

—El bando de la reina obliga a todos los ssixianos a presenciar este macabro evento.

—¿Y si les contamos la verdad y les decimos que huyan? ¿No lo has pensado, Áral?

—No servirá de nada y lo sabes. Nos darían caza como a sucios bograx antes de cruzar las murallas de la ciudad. En esta plaza pueden reunir a unos diez mil dragos y dragas, la mitad de los habitantes de Ssixo, como ocurre en las fiestas de Shossot. Si lo que te contó ese drago que mató Rónroth es cierto, nuestra única oportunidad es ceñirnos al plan.

—Es cierto, aunque aceptar esta ejecución pública me pone enfermo.

—Esa jaula es solo otra forma de mostrarnos quién maneja las riendas de nuestro destino.

—¿Estás hablando de la reina? —preguntó Río.

—¿De quién si no? Esa mole lleva la huella de su locura.

—Tal vez también lleve la huella del Despiadado, ¿no crees? Ese es el mote con el que se le conoce a lo largo de toda Terradraga.

Áral se giró con rabia hacia Río, clavando el carbón de sus ojos en él.

—¡¿Por qué has dicho eso?!

—No he dicho nada que no sepa todo el mundo. Claro que igual tú sabes algo que no nos has contado.

—¡Maldito imbécil! —rugió agarrando de la pechera a Río—. ¿Se puede saber qué estás insinuando? Porque empiezo a cansarme de este juego.

—Lo he dicho porque te escuché.

—¿Qué escuchaste? —preguntó soltándole de un empujón.

—Vi a Arhona entrar en la casa de Ölbrut y la ventana estaba abierta. No pude evitar escuchar cómo defendías a Crimson.

Áral se giró para esconder el fuego en sus mejillas. Ahora comprendía la forma en la que se había comportado tras su regreso.

—¿Te crees con derecho a juzgarme? No eres más que un crío que no sabe nada. Puede que hayas leído muchos libros y que sepas tocar el laúd y luchar con tu palito de madera, pero no sabes nada de los sentimientos que pueden agitar un corazón. ¡¿Te sientes muy desgraciado por descubrir que eres un índigo, el hijo de un rey?! Oh, pobrecito —se burló con el humo blanco de su aliento envolviendo sus palabras—. ¡¿Quién piensas que eres para juzgarme?! Al menos tú te has criado junto a un drago que se dice tu padre y que te ha dado todo lo que un padre puede dar. ¿Y encima te quejas y te atreves a acusarme de traición?

Las palabras de Áral se estrellaban contra él como un puño en el vientre. No esperaba esa reacción de ella, ni tampoco sentir de nuevo esa emoción de tener su cuerpo a unos centímetros de distancia, exudando ese olor a hoguera que podría reconocer en cualquier parte.

—Tienes razón, no tengo derecho a juzgarte, pero no puedo entender qué es lo que te atrae de ese salvaje. Ese drago es cruel y mezquino, es un violador, ¡por el amor de Argia!

Áral se revolvió ante aquellas palabras embistiendo a Río para hacerle retroceder por el tejado hasta estrellar su espalda contra el muro.

—Ese drago impidió que sus comandantes me violaran, ese drago también tiene derecho a que alguien escuche su historia y la sostenga, ¿o acaso piensas que es fácil ser el hijo de esa reina?

—Entonces, ¿le amas?

Áral lo miró asombrada antes de echar hacia atrás el rostro y estallar en una carcajada salpicada de fuego.

—Tienes mucho que aprender, crío. Es una pena que dentro de unos días estemos todos muertos.

—Deja de esconderte en tu sarcasmo y responde: ¿le amas?

Áral apoyó las dos palmas abiertas contra el muro, inmovilizando a Río entre sus brazos. Tuvo que ponerse de puntillas para que sus ojos quedaran a la misma altura, sus bocas enfrentadas, a tan solo unos milímetros.

—En absoluto. El amor es un lujo que no puedo permitirme, campesino; porque todo cuanto amo acaba muriendo. Así que puedes estar tranquilo. No soy una traidora y no, no le amo.

Áral se dio la vuelta alejándose del cuerpo de Río, que trataba de recordar todo lo aprendido para serenar la agitación de su pecho.

—¡Áral!

La roja se giró, tratando a su vez de calmarse.

—Soy un necio, perdóname —dijo apoyando una rodilla en el suelo y posando una mano en el pecho con la cabeza gacha.

—Anda, campesino, levántate. Eres un poco melodramático, ¿lo sabías?

—Entonces, ¿podrás perdonarme?

—Me lo pensaré. Ahora debemos informar de lo que hemos visto. Este es el escenario de una ejecución y todos vamos a ser carnaza para esa hoguera.

Río observó la figura de Áral. Asomada al borde del tejado, con los brazos en jarras sobre la cintura y la cabeza erguida parecía una diosa.

—¿Sabes? Tú serías una reina digna de Terradraga. Siempre sabes qué hacer. Es como si no tuvieras nunca miedo a equivocarte.

—Equivocarse es importante; no se puede acertar sin cometer errores. Mi madre no pudo enseñarme muchas cosas, pero me dio un lema que no es solo una frase, es una forma de entender la vida en comunidad: «Un drago, un fuego, unidos, un incendio».

—Lo que yo te diga… Una reina —musitó sonriendo—. Una de esas que se recuerdan y aparecen en los grandes libros, ya lo creo.

—Anda, campesino, regresemos a casa, aunque me parece que hay alguien que te está buscando.

Áral se cubría los ojos con la mano para mirar al cielo. Sobre los soportales, el drack comenzó a descender tras más de una semana de intensa

búsqueda. Río estaba contento por haber aclarado las cosas con Áral y por contar de nuevo con la presencia de su viejo amigo. Echó a correr hacia el ave, que se dejó abrazar con afecto. Buscar a las siete hermanas había menguado su plumaje y el brillo de sus alas.

—¡Qué ganas tenía de verte, pajarraco! Pareces agotado. Dime, ¿las has encontrado?

—¿En serio? ¿No me digas que ese pájaro y tú también habláis de vuestras cosas?

Áral los miraba con desconfianza, aunque no podía esconder la admiración que le producía esa relación tan extraña. El drack graznó en un tono agudo y, al instante, Río buscó una nota escondida en la faltriquera ceñida a su cuello. La desdobló con ansia, poniéndose en pie para leerla.

—Es de mi padre —señaló con preocupación—. Nos pide que vayamos a la vieja guarida lo antes posible.

—La guarida ya no existe, Río, lo arrasaron todo antes de detenernos.

—Eso no importa. Tengo que ir allí con Shándor, Ivy, Utma y Rónroth. Mi padre nunca pide cosas por capricho. Debemos partir lo antes posible.

22

El reencuentro

Al abandonar el monte de Hierro y adentrarse en el bosque de nobus, comenzaron a presentir el desastre. Por suerte, el incendio no había afectado a ese lugar sagrado, poblado de árboles milenarios, pero el suelo todavía contenía el calor del fuego. Las ruedas del carromato en el que iban Utma, Ivy, Shándor y Rónroth se tiñeron de negro al contacto con aquel mar de cenizas. Las flores de drago, que habían comenzado a brotar por todas partes, se habían agostado sin remedio.

Descendieron en silencio colina abajo. Rónroth llevaba las riendas junto al maestro ciego, más callado incluso de lo habitual. Desde lo alto del promontorio, observaron la aldea calcinada. Rónroth contuvo el aliento al recordar el cuerpo de Xxuli abatido y el fuego sembrando el caos por todas partes. Áral y Río avanzaban juntos a caballo cuando le llamó la atención un ruido a lo lejos. Aguzó el oído y, como una aparición, el enorme cuerpo de Órkoth salió de entre las ruinas para correr hacia él moviendo el rabo.

Río descendió de un salto de su montura mientras el canebro lo arrojaba al suelo para emprenderla a lametones contra el drago.

Utma se cubrió el rostro horrorizada, maldiciendo en una lengua extraña ante la aparición de aquel magnífico animal de aterradoras proporciones.

—Tranquila, hermana —la calmó Ivy—, aunque parezca mentira no lo está devorando.

—¡Por todas las dragonas del desierto! Vi la muerte pasar ante mis ojos. Es más, creo que me he orinado encima del susto, hermana. ¿Estás segura de que no es una criatura del demonio?

—Muy segura, no temas.

—¡Será posible! Canebro desagradecido —protestó Shándor a gritos—. ¡Tanto tiempo cuidando de ti y ya me has olvidado!

Órkoth alzó la vista y con la misma alegría echó a correr hacia la carreta en donde el maestro ciego permanecía sentado en el pescante. Utma, sentada junto a Ivy en la parte trasera, se cubrió de nuevo el rostro arrojándose al suelo del carromato:

—¡Por la luz de los dos soles, vamos a morir! —gritó con espanto ante la inminente embestida.

Shándor levantó su bastón para evitar que Órkoth le pusiera las patazas encima. El canebro se apoyó con tal fuerza en el lateral del carruaje que se inclinó peligrosamente hacia el suelo. Por suerte, Rónroth consiguió tranquilizar a los caballos, encabritados, aunque no tanto como Utma, aferrada a las faldas de Ivy.

—Hermana, tranquila, es el canebro de Shándor, nunca nos haría daño, serénate.

Subiendo por la loma, con el kali en la mano, Kratelos se acercaba sonriendo. Río corrió hacia él. Sin duda, el tiempo había jugado a su favor y otra vez lucía ese porte aguerrido de las montañas Azules. Rónroth dejó las riendas a un lado y, mientras Shándor rascaba con afecto el lomo de Órkoth, se aproximó también a saludarle.

—Buen fuego traigas, Kratelos. Qué alegría verte en tan buena forma.

—Buen fuego te acompañe, Rónroth —respondió mientras abrazaba a Río—. Yo también me alegro de verte y te he traído algo.

Kratelos sacó de una pequeña alforja una bolsa de rafia cerrada con una cuerda.

—Este kha es solo para los que saben apreciar el valor de las cosas pequeñas.

—¡Eh! ¿Y a mí no me has traído nada? —protestó Río.

—Mira ahí abajo.

Kratelos señaló las ruinas de la aldea, al tiempo que agitaba la mano sobre la cabeza.

Aquella era la señal indicada. Poco a poco, comenzaron a salir de entre las ruinas veinte, cuarenta, setenta dragos venidos desde Valka, los mejores herreros, los más fuertes y dispuestos y, junto a ellos, Trukx y Shúrima, su Janto en el Círculo de formación.

—He traído conmigo a unos cuantos amigos, hijo. Cuando se enteraron de los planes de Tëesha decidieron unirse a la causa y venir a ayudarnos. ¿Crees que serán suficientes para agujerear ese acueducto, Rónroth?

—Ya lo creo, vamos a hacer un buen boquete, de eso no hay duda.

—Yo no estaría tan seguro —interrumpió Shándor, que se acercó a ellos seguido de Órkoth—, sin los instrumentos que diseñé, no servirá de nada.

—Esos dragos han trabajado día y noche avivando el fuego de la forja de Valka con sus gargantas para darle forma a tus planos, Shándor.

—Ese era el plan y me llena de alegría, pero necesito comprobarlo con mis propias manos. Llevadme hasta donde pueda palpar esas piezas.

Todos bajaron la colina para entrar en el pueblo junto al pequeño ejército reunido por Kratelos. Había varios carromatos y seis fornidos caballos de carga amarrados a un poste. Shándor caminaba pegado a Órkoth, que lo guiaba. A medida que se acercaban, los dragos y dragas llegados de Valka abrían paso al maestro ciego como se abre paso el aceite al contacto del agua. Todos comentaban entre dientes la imponente presencia de aquel animal. Desde el cielo, el resplandor de las alas del drack hizo que todos alzaran la vista. Río elevó el brazo para que el dracknodón se posara en él. Un murmullo de asombro se extendió entre los valkianos que, con la boca abierta, veían cómo aquel que decían era el hijo de un rey sostenía al ave de la realeza. El murmullo se convirtió en un silencio cargado de respeto cuando su janto dio un paso al frente hacia el joven drago con el puño en el pecho:

—No sabes cuánto me complace comprobar que los rumores son ciertos, Río.

El drago la observó sin comprender bien sus palabras, ajeno a la fuerza que emanaba de su presencia. Shúrima apoyó la rodilla en el suelo con la cabeza gacha y, sin mediar orden alguna, todos los valkianos se sumaron a ella en señal de respeto.

—Sí, yo sé que esto es conmovedor, amigos, y sé que el crío resulta deslumbrante, pero debemos ganar una guerra, ¿recordáis?

—Shándor tiene razón —señaló Rónroth comprobando la confusión de Río—. Cada cosa a su tiempo. Ahora el maestro debe comprobar la eficacia de vuestro trabajo.

Trukx hizo un gesto para que les siguieran hasta una de las casas que habían logrado rehabilitar. En el patio trasero se apilaban los codos metálicos diseñados por Shándor.

El maestro ciego dejó a un lado a Órkoth para palpar con sus manos la pulida estructura, la anchura y dimensión de cada pieza, la solidez de cada soldadura. Los herreros de Valka observaban los movimientos del maestro conteniendo el aire, a la espera de un veredicto. Nunca habían conocido a un arquitecto ciego, pero su fe en las órdenes de Trukx era inquebrantable.

—Habéis hecho un trabajo magnífico —se pronunció Shándor—. La forja de Valka hace honor a su nombre.

Se pudo escuchar la respiración aliviada de los herreros.

—Ahora solo falta que sus cálculos estén a la altura, maestro —añadió Trukx mirando a Shándor con suspicacia.

—Si instaláis cada pieza correctamente y conseguís reventar el depósito de la montaña para que el agua baje con fuerza, funcionará.

—Estoy segura de que lo hará —sentenció Ivy—, conozco a este drago y tiene muchos defectos, pero la bravuconería no es uno de ellos. Lo que no entiendo, Kratelos, es ¿para qué nos has hecho venir? Utma y yo tuvimos que convencer a Xxuli de que debíamos partir sin él y te aseguro que no fue fácil.

—Porque hay unas amigas que os están esperando. Las encontramos en el camino, bueno, más bien las encontró el drack.

—¿Unas amigas, dices?

—Tal vez sean más que amigas, están aquí mismo.

Kratelos atravesó el patio en un par de zancadas para abrir la puerta trasera de la casa. Ivy y Utma se tomaron de las manos con intriga hasta que en el umbral aparecieron tres de las siete hermanas: Nuth, llegada de las islas Thelendras, con la parte más humana de su cuerpo dorado por la brisa del mar; ajada y hermosa a partes iguales, con las escasas escamas de un verde azulado salpicadas por el cuerpo. Junto a ella, Rorhia de Ócsul; la más alta de las tres y la más risueña, con los ojos redondos y amarillos y, tras ella, Andritha, llegada desde las minas de Arvak. Era la más joven y también la draga más fuerte que habían visto jamás. Tenía las espaldas de

un drago aguerrido, los brazos torneados y los ojos más azules que el océano infinito.

Utma no pudo reprimir un grito de alegría al verlas; Ivy y ella corrieron a su encuentro fundiéndose en una serie interminable de besos y vivas y abrazos. Al verlas reír nadie pensaría que la más joven de las tres superaba los setenta ciclos.

—¡Que te digo que sí! —exclamó Andritha con una voz impropia de un cuerpo tan fornido como el suyo—, que fue ese pájaro el que nos encontró, el ave de la realeza. Juro por Argia que al verlo sentí que el vínculo seguía ahí.

Kratelos y Río las miraban intrigados, como si vieran por primera vez una parte desconocida de su vieja amiga Ivy.

—¿Entonces es cierto? ¿El libro ha aparecido?

—Así es —sentenció Shándor acercándose—, pero queda mucho trabajo que hacer.

—Kratelos —dijo Ivy—, gracias. Lo que has hecho es increíble.

—¿Increíble? —protestó Shándor celoso—. Así que yo diseño una estructura perfecta para hacer frente a las llamas y tú le felicitas a él.

—Anda, Shándor, no seas crío. Pero, Kratelos, faltan dos para llegar a siete. ¿No ha venido ninguna de las montañas Azules?

—Supongo que están demasiado lejos, Ivy. Es todo lo que el drack ha logrado.

—Entonces tendremos que intentarlo nosotras, pero necesitaremos el libro.

—Adentrarse en la ciudad ahora es peligroso —dijo Río—. Hay soldados en todas partes supervisando la construcción de esa espantosa jaula y vigilando que nadie escape de la ciudad, no ha sido fácil llegar hasta aquí.

—Arhona se quedó a cargo de Xxuli en la botica de Utma —apuntó Rónroth—. Podemos decirles que os traigan el libro. No será sencillo, pero sabrán salir de la ciudad sin levantar sospechas.

—Esa es una idea perfecta.

—Hay otra mala noticia —añadió Kratelos—. Rorhia nos ha advertido que al salir de Ócsul ha visto a todo un ejército preparándose para partir

hacia Ssixo.

La curandera de Ócsul asintió con pesar.

—Lo sabemos —afirmó Rónroth rememorando la información que Amirg le había dado a Río—, por eso hay que darse prisa e instalar esos instrumentos en el acueducto. Pero antes Río y yo tenemos que explicarte el plan.

Kratelos miró a Río buscando alguna señal en su rostro. De nuevo, el fantasma de la guerra se había colado en su vida para poner en peligro lo que más quería, pero no tenía más alternativa que confiar en que, tarde o temprano, todo lo sucedido tendría sentido.

—Sé que no es fácil asimilar todo lo que te ha pasado, hijo, y que ha recaído una pesada carga sobre tus hombros, pero estoy seguro de que juntos podremos conseguirlo. Hemos trabajado duro en tu entrenamiento y no puedo estar más orgulloso del drago en el que te has convertido, ¿estás preparado?

Río miró a Shúrima en pie frente a él, con su poderosa presencia infundiéndole valor. Antes de responder miró el anillo de la garra en su dedo pulgar.

—No voy a decir que no tengo miedo. Me aterra equivocarme y poner otras vidas en peligro, padre, pero una buena amiga me dijo una vez que solo errando podremos acertar, así que decid conmigo, camaradas: ¡¡Un drago, un fuego!!

—¡¡Unidos, un incendio!!

23

El Día de la Justicia

Una turba de dragos y dragas se dirigían a la plaza del Mercado para asistir a la ejecución; así lo exigía el bando emitido por la reina que empapelaba las calles de Ssixo. Los soldados aparecían por cada rincón, armados con sus lanzas y la arrogancia del que dispone del poder para actuar impunemente.

Los ancianos eran obligados a abandonar sus casas a la fuerza. Las madres escondían a los críos bajo la cama, en las bodegas, en el interior de los baúles y, aun así, los soldados entraban dispuestos a que nadie se quedara fuera de esa trampa mortal en la que se iba a convertir la plaza del patíbulo.

Súnnary debía coordinar la ofensiva desde el interior de la ciudad, pero, a pesar de haber situado estratégicamente a un buen número de rebeldes entre el público, no acababa de resignarse a presenciar esa matanza.

Al bajar la calle, le llamó la atención una draga en los últimos días de su embarazo. La joven llevaba a una cría de apenas dos ciclos de la mano; con la otra, se ceñía el vientre abultado para protegerlo. Madre e hija tenían las mismas escamas verdosas y los ojos amarillos, llenos del mismo miedo. Al verlas, Súnnary apretó los dientes con rabia. Cuando apenas faltaban unos metros para llegar, aprovechó un momento de distracción de los guardias, afanados en pegarle una buena paliza a un grupo de dragos que pretendían colar en el recinto varias dagas y polvo de sulfuro. Sin preguntar, alzó a la pequeña en brazos y, agarrando con fuerza a su madre, la empujó en sentido contrario a la multitud que se acercaba.

—Seguidme —susurró—. No hagas preguntas y trata de moverte tan rápido como puedas.

Súnnary accedió al interior de una casa. Se coló en el patio trasero y levantó un recuadro perfecto de hierba bajo el que apareció una manilla. Aquel era uno de los pocos refugios que se habían logrado construir en el escaso tiempo que la morada tuvo para idear alguna forma de proteger a los más débiles. Al abrir la trampilla encontró a cuatro críos y una pareja de ancianos aterrados. Súnnary se acercó el dedo a los labios para rogar silencio. El drago, de cabello blanco y ojos celestes, alargó los brazos para cargar a la cría y ayudar a la madre a descender. Estaban muy apretados, pero aquella matanza no duraría demasiado.

Salió de allí tan rápido como pudo, asegurándose de que nadie la viera abandonar la casa y se dirigió a la plaza. A ambos lados de uno de los arcos de acceso se amontonaban todo tipo de armas: dagas cortas, cuchillos de cocina, machetes, bolsas de cuero con distintas sustancias inflamables, media docena de khentos. La guardia se ensañaba registrando a todos los que entraban al recinto.

A pesar de haber seguido paso a paso su construcción, la presencia de La Jaula en el centro del escenario resultaba aterradora. La morada se dejó cachear por uno de los guardias, mientras buscaba con la mirada el rostro de los rebeldes distribuidos por todo el recinto. El drago le agarró los pechos con un gesto obsceno en la mirada que le revolvió el estómago. Alrededor de la plaza, la guardia real formaba un cerco perfecto para impedir que nadie saliera de aquella encrucijada con vida. Las lanzas se entrecruzaban unas con otras acotando el perímetro, cerrando cada soportal, cada arco, hasta trazar los límites de una segunda jaula.

Súnnary se abrió paso como pudo, a codazos, colándose entre la multitud para ocupar su puesto muy cerca del palco real. El retumbar de los tambores de la guardia hizo vibrar sus escamas. La punta de sus garras afloró con un silbido cuando los soldados abrieron un pasillo perfecto para dejar paso al príncipe Crimson, acicalado con la corona de Ssixo. Parecía apenado, tal vez incluso más pálido de lo habitual. Junto a él un anciano galeno, de barba blanca y apariencia humana, custodiado por dos comandantes del ejército de Ócsul. Las barbillas bajaron al pecho, los puños se posaron con fingida reverencia en el corazón cuando Tëesha apareció vestida con un corpiño tejido en oro y acero; sobre los hombros una capa de

un rojo sangriento arrastraba tras sus pasos. En un alarde de indolencia levantó la mano enguantada para saludar a su pueblo como si aquel solo fuese un encuentro inofensivo para divertir a las masas. Avanzó con paso firme hasta situarse en el atril frente al trono:

—Ciudadanos de Ssixo, hoy es el Día de la Justicia, el día en el que los traidores serán castigados porque solo así el orden triunfa sobre el desconcierto, solo así lograremos un futuro digno para Terradraga.

Tëesha hizo una señal a uno de los comandantes de su corte y los lanceros de Ócsul entraron para tejer junto a los guardas ya presentes un cerco inexpugnable. Una docena de soldados custodiaban a los más de cuarenta dragos que debían ocupar sus puestos en La Jaula. Aquel monstruoso armazón de hierro y madera se erigía en mitad de la plaza como el engendro de una mente enferma. Los condenados ascendían esposados por la escalera exterior con el rostro demacrado por el miedo y la angustia. La puerta del piso superior se abrió con un chillido estridente.

El primero de los dragos era un joven apuesto, de rizos oscuros y escamas azuladas. El guarda tuvo que clavarle la punta de su lanza en las costillas para obligarle a entrar. El joven se quebró en un llanto histérico que atravesó todos los corazones. De una patada lo introdujo en La Jaula para dejar paso a los siguientes. El silencio se coló entre los barrotes, todos observaban el sinsentido de ese espectáculo aberrante. Un drago adulto se agarró a los postes de la entrada resistiéndose a entrar.

—¡Clemencia, majestad! —rogó entre lágrimas—. Tengo dos hijas pequeñas, y otra en camino. ¡Clemencia!

Un golpe en las costillas acabó con su rostro empotrado en la tarima del suelo. Los sollozos rebotaban en el pecho de los presentes, ocupando cada hueco, cada brizna de aire hasta volver el ambiente irrespirable.

Una draga magenta se secó los ojos antes de comenzar a cantar con la voz cuajada y aguda:

—«Raíz profunda perdida en el cielo…».

Dos guardas alzaron sus espadas para detenerla, pero otra hembra se agarró a ella de las manos entonando a su vez el himno de los azules, la voz de la resistencia:

—«Libre es la forja de un pueblo sin reino, dura es la forja de un pueblo sin miedo».

Los dragos y dragas se encadenaron unos a otros; los brazos entrecruzados como un nudo para impedir que los separasen. Todos cantaban como si fueran una sola voz, como si una parte de sí mismos estuviese también encadenada a esa jaula. El himno de los azules comenzó a extenderse. Resonaba en cada esquina con distintas voces.

Tëesha parecía contrariada ante esa muestra de unión. Las mejillas encendidas dejaban ver su descontento. Aún no habían entrado todos los condenados en el primer piso cuando, a un giro de su cabeza, el guarda encargado de custodiar la parte superior arrojó una bocanada de su fuego sobre la brea extendida en los barrotes.

—¡Hoy no venimos tan solo a juzgar a estos traidores! —dijo con voz firme—. Y que todos cantéis esta canción prohibida lo justifica. Hoy juzgamos a toda la ciudad de Ssixo y a los ssixianos que la habitan. Este es un reino corrupto, mancillado, por eso necesita purificarse: limpiar el pasado. Debemos dejar paso al futuro para que Ócsul lidere el nuevo rumbo de Terradraga.

Los reos, aterrados, gritaban mientras eran obligados a entrar en La Jaula con punzadas y golpes. Súnnary observó con cautela la doble hilera de soldados que custodiaban la plaza. Sabía que sus posibilidades eran pocas, pero había que aprovechar aquel instante de distracción. Se fijó en la draga amarilla, y alzó un brazo para dar comienzo a la rebelión: el primer paso consistía en agacharse y arrancar del entarimado las planchas metálicas que cubrían el suelo.

Tëesha volvió a alzar la voz desde el palco real. Las escamas engrosadas, las pupilas verticales, todo en ella era una incitación al combate.

Un rumor en las azoteas de los soportales hizo que todos giraran la cabeza para observar el escuadrón de arqueros de Ócsul, apostados alrededor de las cornisas.

—¡Que comience la lluvia de hierro sobre el pueblo de Ssixo!

Al grito de Tëesha, los rebeldes repartidos por Súnnary levantaron a un tiempo las planchas de hierro.

El gentío enloqueció al ver a los arqueros con el brazal de cuero ajustado al antebrazo. Sus armaduras relucían en lo alto de las azoteas.

—¡Agruparos en el centro! —gritó Súnnary, protegida por una de las planchas del suelo convertida en escudo gracias a las asas traseras que permitían dejar la otra mano libre.

La confesión de Amirg no salvaría sus vidas, pero al menos les permitiría morir con honor. Su intervención había permitido construir esa tarima y darles algo de esperanza.

Muchos de los que habían intentado huir cayeron ensartados por el hierro de los arqueros. Al ver la masacre, los que lograron esquivar las flechas y la punta de las lanzas de los soldados corrieron hacia el centro de la plaza. Las distintas filas de rebeldes, estratégicamente dispuestas, daban forma a una especie de caparazón de hierro bajo el que trataban de cobijarse de aquel asedio.

Mientras resistían, La Jaula se convertía en una inmensa pira que lo llenaba todo del olor de la brea y las escamas derretidas de los condenados. Al prender el suelo de madera, los dragos enloquecieron sin remedio. Una draga, sin apenas escamas, logró acercarse a los condenados del primer piso. Era una anciana encorvada y flaca. De un bolsillo de su saya sacó un khento de cuero, pero en lugar de un proyectil puso en él un frasco de cristal oscuro. Se tomó su tiempo en apuntar entre los barrotes y disparó. Una de las dragas enjaulada la observaba con espanto mientras trataba de esquivar los trozos de otros cuerpos, que caían sobre ellos durante esa agónica espera. El frasco no consiguió colarse entre las rejas, pero en un gesto de pura desesperación, la condenada alargó el brazo entre los barrotes, abrasándose para tomarlo. Bebió un trago con el rostro desencajado por el miedo y las lágrimas y se lo pasó a su compañero. Seis dragos lograron probar su contenido hasta que se acabó, al tiempo que los seis caían al suelo de La Jaula inconscientes, bendecidos al librarse al menos del dolor, que no de la muerte.

Súnnary observaba entre los escudos. Las flechas dejaron de silbar para dar paso al inesperado espectáculo de los arqueros desplomándose desde las cornisas. Aguzó su visión hasta distinguir en los tejados la barba anaranjada de Fogus, con su hacha de dos filos, rebanando cabezas de ocsunitas.

—¡Acaba con ellos, Fogus! —gritó con rabia.

Tras él, toda la buena gente de la taberna del Loco se lanzaba contra los arqueros con todo su odio.

La reina miraba sorprendida a los rebeldes que habían convertido el suelo en un inmenso escudo con el que defenderse, mientras sus arqueros caían derrotados por una turba inesperada. Llena de ira, decidió apretar su cinturón de hierro:

—¡Cercadlos a todos! —ordenó a los soldados alrededor del perímetro de la plaza—. ¡Que no quede ni uno solo con vida!

La orden de la reina era la señal indicada. Súnnary miró a los cabecillas de su pequeño ejército:

—¡Asid los tablones, ahora!

La muchedumbre, como si hubiera entendido que solo obedeciendo a esa draga podría tener alguna oportunidad de salir con vida, siguió sus instrucciones. Los rieles sobre los que se habían ubicado las planchas de hierro se convirtieron, tal y como había previsto Amirg, en arietes de madera con los que impedir al cinturón de lanceros estrechar su cerco.

Mientras en la azotea los soldados habían depuesto sus arcos para luchar cuerpo a cuerpo, en la plaza ensartaban a los más incautos en la punta de sus lanzas. Los rebeldes sostenían los arietes más grandes, por dos y tres dragos a la vez, derribando a varios lanceros de una embestida, y aprovechando para amontonar las armas de los vencidos.

Habían logrado avanzar apenas unos cuantos metros, pero era un comienzo. Súnnary calculó la distancia hacia el arco de la plaza más cercano.

—¡Hay que abrir una brecha! ¡Escapad hacia el barrio de los herreros!

A la potencia de los arietes se sumó un cerco de fuego para acelerar el avance. Fue entonces cuando, sin saber por qué, Crimson se liberó de la escolta real. La guardia, confundida, le abrió paso con extrañeza, hasta que de cuatro potentes estocadas el príncipe derribó a dos soldados, evitando así la muerte de un grupo de rebeldes. Después, corrió hacia el centro de la plaza hasta situarse junto a la morada. Sus depósitos de fósforo estaban mermados, pero era un espadachín avezado y la guardia no se atrevió a embestir contra él. Los rebeldes, tan sorprendidos como la propia guardia,

lo dejaron situarse junto a ellos en el frente, sin entender a qué se debía ese cambio de bando.

Para que el cerco de fuego no perdiese vigor, Súnnary alternaba dos filas de dragos, logrando así que se fueran reponiendo sus depósitos. Lo que no lograba comprender era por qué el príncipe estaba ayudándolos. El semblante de Crimson parecía recobrar el vigor perdido cuando le oyó gritar:

—¡Embestid por el flanco izquierdo! Yo me ocuparé de este pelotón. ¡Rápido!

Súnnary obedeció sin dudarlo al comprobar lo cerca que estaban de la salida. Formaron entonces un pequeño pasillo defensivo.

—¡Recuperad las calles! ¡Adelante! —exclamó.

La multitud huía de la plaza aterrada mientras La Jaula se convertía en un horno de hierro y carne quemada. Desde los tejados, Fogus y la caterva del Loco empuñaban los arcos de los soldados caídos para disparar a los lanceros que rodeaban a la multitud. El caos que produjeron esas flechas fue justo lo que permitió a los ssixianos escapar. La morada dejó pasar a los dragos desarmados, mientras el resto presentaba batalla con lo que podía. Algunos golpeaban con sus escudos apoyándose en el fuego de sus gargantas, otros con las lanzas de los soldados caídos, los más fuertes con los potentes maderos.

—Hoy casi pareces un rey digno de tal nombre —dijo sin dejar de luchar junto a Crimson—. ¿Por qué lo haces?

—Tal vez algún día pueda contártelo, por ahora me basta con saber que mi vida aún tiene sentido.

—¿Sentido? —replicó Súnnary—. Has arrojado la corona real al suelo, has saltado el palco de honor y ensartado a varios soldados con tu espada para ponerte del lado de los rebeldes. Lo que has hecho no tiene ningún sentido, ¿no te parece?

—Lo que he hecho creo que es lo único que ha tenido sentido en toda mi vida. Pero creo que, si quieres salir con vida de esta, debes aprovechar tu oportunidad. No tardarán en detenerme así que ¡corre! ¡Ahora! Y dile a Áral que nunca la olvidaré. ¿Podrás hacerlo?

Súnnary asintió con la cabeza antes de echar a correr hacia el barrio de los herreros.

—¡Detened al príncipe! Y cargad con todo el ejército —ordenó Tëesha a Valran—. ¡Quiero a todas las tropas en la plaza! Roal, sube a los tejados y aniquila a esos dragos de una maldita vez y tú, Mádow, que el resto de las fuerzas que permanecen en palacio vengan de inmediato.

Súnnary corrió con todas sus fuerzas por las calles empedradas, con la guardia siguiéndole los pasos muy de cerca. Al acercarse a la casa refugio, vio los cuerpos de la draga en cinta y la cría de escamas verdosas calcinados en el suelo.

Sintió ganas de detenerse y asesinar con sus propias manos a los dragos que iban tras ella, pero esta no era una cuestión personal, esta era la lucha de todo un pueblo y cada gesto contaba si querían tener una mínima oportunidad de volver a vivir una vida sin miedo.

24

Excombatientes

Escondidos a conciencia Rónroth y Río observan cómo los dragos reunidos en la ciudadela salían en formación hacia la plaza. Aquella era la señal de que el plan estaba saliendo tal y como esperaban.

—¿Crees que mi madre estará bien?

—Vaya, es la primera vez que te escucho llamarla así. No tengo ninguna duda de que estará bien. Si están mandando refuerzos es porque ha conseguido huir del cerco de los lanceros y escapar de esa trampa. Ahora nos toca a nosotros.

—¿Estás seguro de que podremos hacer frente a los soldados? Estarán vigilando desde la sala de guardia. Desde ahí controlan la entrada al patio de armas.

—No te preocupes, Río —dijo mirando al pelotón de veteranos y desertores que había logrado reunir—. Ese drago negro y grana de los cuernos apuntados lleva años trabajando en las minas de Arvak y nos ha traído un regalo muy especial.

Rónroth le tendió una bolsa de cuero con una especie de sal perlada.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Son escamas de nitrato de amonio, un potente explosivo, así que utilízalas con cabeza.

—Ni siquiera sé cómo usarlas, Rónroth.

—No te preocupes, puedo asegurarte que cuando llegue el momento lo sabrás.

El pequeño ejército de Rónroth encaminó sus pasos hacia el patio de armas. Rodearon la muralla de la ciudadela hasta llegar a la altura del patio. Resultaba impactante ver a ese grupo de excombatientes: luchadores con los brazos como pilares y el cuerpo marcado por toda clase de cicatrices. Arlot era el más singular de todos. Le faltaba la pantorrilla de su pierna

derecha, fruto de una explosión en sus amadas minas, y aun así mantenía el ritmo de la comitiva. El que no tenía un cuerno astillado, le faltaba algún dedo, o una oreja, incluso un ojo, pero no había dragos más duros que aquellos.

La sala de guardia se utilizaba como cuartel general de los soldados que custodian el castillo. Desde allí se veía la pira de fuego que salía como una columna de humo de la plaza.

Rónroth se había empeñado en encontrar a Sansha, un soldador capaz de dar vida a los cerrojos más seguros y precisos del reino. Le faltaban los dos meñiques de ambas manos y tenía la mitad izquierda del rostro abrasada, pero no había una sola puerta en todo el reino que se le resistiera.

Arrodillado en el suelo, procuraba abrir con rapidez el portón trasero que daba acceso a uno de los laterales del patio de armas.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Rónroth.

—Paciencia comandante.

—En cuanto entremos estaremos en peligro. Id con mil ojos, y en cuanto veamos al grueso de los soldados que custodian la armería, atacaremos como hemos hablado. Arlot ya sabes lo que tienes que hacer, ¿entendido?

—Esto ya está listo.

El cerrajero empujó la puerta con una sonrisa de satisfacción. Tenía las escamas moradas y negras, y los ojos de un verde amarillento.

La caterva de dragos, con Río y Rónroth al frente, se adentró con cautela. En el patio, los soldados bebían licor y charlaban despreocupados.

Arlot sacó dos cartuchos de papel. Bien prensado en su interior, una masa de arcilla, impregnada en sal de ácido fosfórico. El de Arvak sopló su fuego en la mecha protegiéndose la cara con un lienzo y los arrojó rodando por el suelo contra la guardia. Hubo apenas un segundo entre el momento en el que apreciaron el peligro y la explosión que dejó los pedazos derretidos de tres soldados. Los que estaban en el interior de la armería salieron con sus espadas y el fuego en la garganta. Dos de los excombatientes se lanzaron contra ellos con sus mazas. Rónroth se movía con eficacia, cada golpe de su espada era un acierto, hasta que, por la retaguardia, media docena de soldados que regresaban a por munición se

sumó al combate. Río los escuchó acercarse y, antes de que pudieran atacar, les arrojó el índigo de su fuego abrasando a tres de ellos. Todo se llenó del olor del azufre y las escamas abrasadas de los condenados en La Jaula. Los soldados que lograron esquivar el ataque comprobaron en sus carnes los rumores sobre el hijo bastardo del rey Búltar.

Fuego contra fuego, luchaban alrededor del patio de armas. Río se movía con la agilidad de un azul educado en La Forja. Los extremos de su kali buscaban el punto mortal de cada adversario, sin derrochar energía, ni desperdiciar uno solo de sus movimientos, estaba enfrentándose a un pelotón él solo. A toda su pericia se unía ahora un devastador fuego índigo. Los rudos dragos lo veían incrédulos. Shórox, uno de los más fuertes del grupo, se adentró en la armería para sacar de los racks todas las armas y munición posibles. Los bastidores metálicos llenaban aquel salón interminable repleto de arcos, escudos de renio y lanzas de doble punta.

—Sansha —ordenó Rónroth—, busca alguna carreta para sacar todo lo que podamos de aquí.

El herrero salió en su busca cuando los guardias del interior del castillo arremetieron contra él. Una bocanada de su fuego no bastó para contenerlos. Cuatro guardas le acorralaron. Río observó la situación y de un salto lateral esquivó la flecha de uno de los arqueros para situarse frente a la cuadrilla. Lanzó la bolsa de cuero de su cinto con las escamas de nitrato de amonio. Y tras ella, una inmensa bocanada que prendió las sales provocando una explosión que lo lanzó a tres metros de distancia y que acabó con todos los guardas descuartizados. Cuando se levantó para ayudar a Sansha, la caterva de dragos le observaban impresionados. Nunca, en toda su vida, habían visto a un drago luchar de ese modo e improvisar incluso con lo que le había sido dado.

—Veo que es cierto lo que dicen, crío —señaló Arlot con la leñosa voz que le caracterizaba—. Al menos ahora sabemos que entregamos nuestras vidas al justo sucesor de nuestro querido Búltar.

Rónroth los observó un instante con emoción, reconociendo en aquel crío, que cada vez lo era menos, al hijo de su amado príncipe.

—¡Larga vida al rey! —exclamaron todos con el puño en el pecho.

—¡Larga vida!

Río se sonrojó ante la mirada orgullosa de esos rudos compañeros del padre que nunca podría conocer.

—Pues si queréis que su vida sea larga, más nos vale hacer llegar cuanto antes estas armas a los rebeldes —sentenció Rónroth.

25

El cazador cazado

Frente al fuego del lar, sentadas alrededor de la robusta mesa de madera, permanecían reunidas cinco de las siete hermanas. El aire agitaba con enfado las contraventanas de madera como un invitado que intenta colarse sin permiso. Aquel sonido no facilitaba la comunión de las allí presentes, pero no era esa la razón por la que Ivy, situada frente al libro sagrado, era incapaz de completar el vínculo.

En el suelo, sentado junto a Órkoth con las piernas cruzadas, Xxuli miraba absorto el comportamiento de aquellas extrañas curanderas: más mujeres que dragas, reunidas en torno a ese pesado libro que con tanta cautela había logrado traer hasta la vieja guarida. Todas se daban las manos, dejando al descubierto la abrasión en el envés del brazo con el mismo siete tatuado. Llevaban un buen rato repitiendo una letanía extraña sin lograr resultados.

Las tripas de Xxuli crujieron en el momento más inoportuno. A continuación, el estómago de Órkoth, más que rugir, berreó reclamando con urgencia la cena. Las cinco se giraron con las cejas en alto.

—Lo siento mucho —se disculpó con las manos sobre la tripa—. Pero es que Órkoth y yo estamos hambrientos.

Ivy le lanzó una mirada fulminante que hizo que Xxuli se arrepintiera al momento de haber interrumpido aquel extraño ritual.

—Oye, ¿por qué todas lleváis ese siete tatuado? —preguntó Xxuli tratando de esquivar el reproche.

Andritha, la draga de Arvak, soltó una risotada antes de contestar.

—Porque somos miembros de la hermandad de Las Siete, crío, ¿no has oído hablar de las Siete Madres?

—Todos hemos oído hablar de ellas, pero vosotras sois cinco, no siete.

Ivy levantó el rostro del libro y concentró toda su atención en el pequeño drago.

—¡Maldita sea! Eso es. Estamos intentando estrechar el vínculo como si las siete estuviéramos presentes, pero ¡Hermanas!, hagámoslo una vez más, tengo una idea.

Las cinco dragas unieron sus manos en torno al libro sagrado. Ivy buscó en su talega, tiró al suelo hierbas secas, botes de ungüento, hasta que encontró un cristal azul pulido y un pequeño cuarzo jaspeado. Puso los dos objetos sobre la mesa con aire ceremonial.

—Este vidrio representa el océano infinito, el mar cristalizado que nos conecta a nuestras hermanas y nos dará el seis. Al igual que este cuarzo, veteado como la tierra que pisa la que está destinada a ser una con todas nosotras, las que en hermandad completan el vínculo que precisa este instante en nuestra historia, apenas un parpadeo en tiempo de dragones, cerrando el círculo a siete.

Las cinco sintieron al instante circular una energía nueva, una corriente ineludible que las unía a todas a través de esa conexión eléctrica. El libro, abierto en la mesa, comenzó a pasar sus páginas. Xxuli observaba el filo dorado de las hojas sucederse en cascada, sin intervención de mano alguna. Un viento helado se coló por el conducto de la chimenea purificando el ambiente enrarecido. El baile de las hojas se frenó en seco dejando al descubierto una ilustración a doble página: a un lado, las Siete Madres, siete hembras humanas, sin escamas ni fuego. Al otro, siete dragonas, cada una de un color diferente, y en el centro, Zlaty, la más grande y hermosa, la dragona dorada de fuego índigo, con las alas extendidas en el monte de Hierro.

—¡Eso es! ¡¿Lo habéis visto?! El libro ha hablado, hermanas queridas. El número es siete y el lugar sin duda es el monte de Hierro. ¡Bien hecho, Xxuli!

—Ivy, no entiendo nada de nada, pero si eso significa que ya podemos cenar me alegro porque solo puedo pensar en comer.

—¡Pues no esperemos más, hermanas! Pequeño, te acabas de ganar la mejor de las cenas. Y más te vale recuperar fuerzas porque Órkoth y tú nos vais a llevar a todas hasta el monte de Hierro.

Súnnary corría junto a los suyos, esquivando las flechas de las tropas enemigas. Los rebeldes se movían con ligereza, pertrechados por la estrechez de sus callejuelas. Muchos actuaban como señuelos, llamando la atención de los soldados hasta que alcanzaron la plaza de los Herreros.

Los soldados respiraron al llegar al espacio abierto. Al fin esos rebeldes frenaban su huida y parecían dispuestos a combatir. Mádow, que comandaba la persecución, se relamió pensando en lo sencilla que iba a ser esa matanza. Hasta que, tras una orden de Áral, surgieron de las sombras de los soportales cientos de herreros, dispuestos a hacer justicia.

Muchos de ellos habían conocido a Nebra, y veían ahora en su hija a la justa heredera de la draga roja de la meseta de Aka, forjadora de las mejores armas del reino. El clan se había dejado el fuego de sus gargantas para pulir el filo de sus espadas, la contundencia de sus mazas. El ingenio y la necesidad los había llevado a convertir todo objeto doméstico en una herramienta con la que defenderse. Martillos, cuchillos de cocina, sierras de carpintero, todo se había transformado en un instrumento para la lucha.

Al frente de todos ellos, Áral brillaba con el esplendor de sus escamas recién mudadas. La larga melena rapada en los laterales, las correas de cuero de sus ropas ceñidas al cuerpo y el brillo de sus ojos transmitían la ferocidad de un animal salvaje. La roja sopló su fuego con suavidad sobre dos dedos. El hollín le ennegreció las yemas que usó para dibujar un antifaz oscuro sobre los ojos. Todos respondieron del mismo modo. La roja desenvainó su falcata y arrojó una llamarada viva sobre la hoja curva, hasta encender el filo:

—¡Todos conmigo, herreros! ¡Despertad el hierro de vuestras espadas y que el fuego nos proteja!

El ejército rebelde embistió contra la guardia real con las armas en alto, gritando de tal modo que los soldados de la reina retrocedieron al momento, desconcertados ante la inesperada ofensiva. Las primeras cabezas rodaron calle abajo. Dragos y dragas se lanzaron con la rabia alimentando el fuego en sus gargantas. Los depósitos de fósforo de los herreros eran los que más tiempo tardaban en agotarse. A costa de trabajar en la forja, habían logrado

controlar su manejo como ninguna otra especie. Sabían cómo usar esto a su favor y lo hacían con eficacia.

Cuatro dragas de una misma familia, con una garra tatuada en el cuello, atacaron el flanco derecho arrojando al mismo tiempo una devastadora bocanada capaz de fundir el tungsteno. Media docena de soldados quedaron calcinados en sus armaduras. Aterrados, el resto huyeron con desesperación. Mádow ordenó replegarse por las calles por las que hacía solo unos minutos habían corrido como cazadores. Ahora trataba de regresar a la plaza del Mercado, donde esperaban encontrar el refugio del grueso de su ejército. Desde balcones y ventanas, el pueblo apoyaba la contraofensiva de los rebeldes. Les arrojaban aceite, agua hirviendo, muchos usaban sus khentos para disparar trozos de metal al rojo vivo, piedras de fuego envueltas en brea que prendían sin resistencia al impactar en las lustrosas vestiduras del enemigo.

Áral corría por los tejados, se colgaba de los balcones para caer en el lugar preciso y rebanarle el corazón a todo aquel que se ponía a su alcance. Verla moverse era un espectáculo hipnótico. La agilidad y el conocimiento de cada rincón de aquel barrio en el que se había criado le daban una ventaja consistente. Era capaz de ascender en dos zancadas por un muro vertical, subir por los carromatos, trepar a los postes de alumbrado, o dejarse caer desde un balcón como si no tuviera huesos. Era tanto su odio, y tal su determinación, que resultaba invulnerable. Apoyaba su bota en el pecho de un soldado vencido cuando a lo lejos vio a uno de los comandantes de Tëesha. Enseguida reconoció las doradas escamas, las franjas negras y la afilada cornamenta de Mádow. Aún sentía sus manos ascender por su cuerpo como una serpiente, el olor acre de su aliento en el cuello, la obscenidad de sus palabras. Esta vez no fallaría.

Dos enormes dragas amarillas se asomaron a la ventana con un barreño de aceite hirviendo y vertieron el contenido con una sonrisa victoriosa. Mádow resbaló en el empedrado del suelo. De un salto, Áral giró en el aire para alcanzar el tejado colindante. Se aproximó todo lo que pudo a él. Mádow intentó levantarse para contraatacar, pero la grasa que anegaba el pavimento y el armazón de su coraza lo habían convertido en un torpe amasijo de hierro. Áral se agarró de un salto al forjado de un balcón y, sin

rozar el suelo, sopló una leve bocanada sobre el aceite que, al momento, convirtió la calle en un río de fuego.

—¡Maldita ramera! —gritó—. No eres más que una roja resentida.

—¿En serio? Alguien debería enseñarte a hablar con respeto.

—¿Me hablas de respeto, escoria roja? —el de Ócsul trataba de recuperar la vertical sin éxito.

—Luego no digas que no te lo he advertido. Deberías ampliar un poco tu vocabulario si no quieres que te callen la boca.

—¿Y eso vas a hacerlo tú? —respondió a cuatro patas, con las generosas posaderas hacia el cielo.

—Bueno, yo y una buena amiga, que suele acompañarme.

Mádow logró enderezarse un instante, agitaba los brazos en el aire, en un intento por mantener el equilibrio. A su alrededor, el aceite ardía con un fondo azulado en el interior de las llamas.

—¿Ves esta preciosidad? —preguntó Áral colgada del enrejado del balcón con una sola mano; en la otra, su espada curva teñida de sangre—. Pues esta maravilla y yo somos muy buenas amigas, y las dos creemos que deberías tratar a las hembras con el respeto adecuado. Lo que hiciste conmigo no estuvo nada bien, ¿sabes?

Áral comenzó a balancearse a un lado y a otro. Necesitaba pillar el impulso suficiente. Sobre sus escamas se reflejaba el fuego dándole un brillo irreal, como si ella misma estuviera en llamas.

Mádow luchaba por desatar los correajes de su coraza, que comenzaba a acumular el calor del fuego a su alrededor. Consiguió que las dos partes cayesen al suelo. Mientras se esforzaba por proteger sus pies sobre el peto de renio, Áral adquirió la inercia necesaria para caer sobre él. Su falcata entró por la base del cráneo dibujando una vertical perfecta. Las dos mitades de la cabeza del comandante cayeron a los lados del tronco. El rostro de Áral, desencajado por la rabia y el rencor, se quedó un instante observando el cuerpo arrodillado entre las llamas.

Desde los balcones y las ventanas de la calle sitiada por el fuego, asomaron los rostros de los dragos y dragas que habían asistido a esa ejecución sin articular palabra. Una ovación de vivas y aplausos sacó a la

roja de su asombro, para observar las miradas de admiración de todo un pueblo.

En la plaza del patíbulo, Tëesha no podía creer lo que estaba sucediendo. Sus mermadas tropas, en lugar de regresar custodiando a los rebeldes huidos, retrocedían buscando cobijo.

Crimson, esposado y custodiado por tres guardias, no pudo disimular su alegría.

—Parece, madre, que tu plan se desmorona por momentos.

—¡Calla! Todavía hay hueco en esa jaula para uno más —respondió la reina señalando con la cabeza los barrotes aún en llamas.

—Tú siempre tan afectuosa, madre.

Un retumbar metálico les hizo aguzar el oído. Quinientos soldados entraron por la plaza marcando el paso al unísono.

—Por fin llegan los refuerzos de palacio —señaló Tëesha con una sonrisa hueca en los labios—. Ahora los aniquilaremos, ¡que carguen las tropas de nuevo!

A su lado, un soldado comunicaba a Valran y Roald la ejecución de Mádow.

—¡Basta! —exclamó Valran con las pupilas verticales y el humo asomando en el resuello de su boca—. Los rebeldes han vuelto a refugiarse en el barrio de los Herreros. Si queremos derrotar a esa chusma, debemos empezar a pensar que están bien dirigidos. Todo lo que han hecho hasta ahora lo demuestra. Tienen información de nuestros planes y están organizados. No se convierte el suelo de una plaza en una estrategia defensiva por casualidad.

—Por fin algo de sensatez —exclamó Xoc, aún con las muñecas esposadas sobre el regazo—. Tal vez mi reina se equivocó de traidor al detenerme. Qué pena que ahora que Amirg ya no está con nosotros comience a entender muchas de sus decisiones. ¿No es una lástima, majestad, que esté muerto?

—Mi único error ha sido no ejecutaros a los dos por traidores.

—No hay tiempo para reproches, alteza —señaló Valran calibrando la situación—. Ahora el combate tiene lugar en las calles y eso es una desventaja para nuestro ejército. Estamos acostumbrados a la lucha en campo abierto.

—Tienes razón, Valran —señaló Tëesha—. Es el momento de que entren las tropas de Ócsul que esperan extramuros, eso nos permitirá atacarlos desde el sur. Cruzarán la ciudad desde el barrio Bajo, lo incendiarán todo hasta llegar al barrio de los Herreros. Llevamos semanas distribuyendo esa mecha por cada esquina. Convertiremos cada calle en un frente, veremos entonces si les resulta tan fácil defenderse sin armas.

—Tal vez así podremos acorralarlos mientras las llamas devoran Ssixo sin remedio. Después abandonaremos la ciudad por el norte y cerraremos las puertas tras ellos, hasta que se abrasen dentro.

—¿Estás seguro de que ese Thánnom no nos traicionará, Valran? No me fío de ese engendro.

—Puede estar segura —respondió el comandante—, me he encargado de ello.

Valran indicó con su mirada el lugar en el que el traidor, apoyado en su garrote, estaba sentado junto a otros cortesanos.

—¡Izad la bandera de Ócsul en todas las torres! Esa es la señal. Vamos a borrar esta ciudad del mapa hasta que solo sea un recuerdo lejano.

Arlot empujaba el carromato con sus imponentes brazos. Era increíble ver cómo, a pesar de llevar una pantorrilla de madera, podía cargar con el peso de aquel botín: escudos con el blasón de Ócsul, mazas, ballestas, látigos, arcos y flechas. Rónroth y Río descendían por el barrio de los Herreros hacia la plaza con una extraña sensación. Los soldados parecían haber huido de las calles, por donde se extendía poco a poco un rumor de dragos y dragas esperanzados por la brillante ofensiva de Áral y los herreros.

A pesar de la desconfianza que despertaba el rostro quemado de Shansa, la gente se acercaba a él para tomar de su carromato: una espada, un arco o una maza con los que seguir combatiendo.

—Esa draga es la encarnación misma del fuego. Deberíais haber visto cómo partió en dos mitades a ese comandante de Ócsul —comentaba un anciano, tomando del carro una daga corta y una lanza—. Juro que, en mis casi cien ciclos de vida, no había visto nada igual.

Rónroth le guiñó un ojo a Río con complicidad.

—¿Y no sabrá dónde podemos encontrarla, amigo?

—¿Ve esa columna de humo? —indicó el anciano—. Por ahí la vimos la última vez.

—¡Río! —gritó una voz de draga a su espalda.

Al girarse, vio a su madre acercarse con las ropas chamuscadas y salpicadas de sangre.

La morada lo estrechó con fuerza entre sus brazos.

—No sabes cuánto me alegro de ver que estás bien, hijo.

—Muy bonito, ya veo lo mucho que te preocupas de los amigos, camarada.

Rónroth bromeaba con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¡Dame un abrazo, drago cabezota! Estoy tan contenta de volver a veros. Parece que hemos conseguido hacerles frente, pero no podemos confiarnos. Esto es el mismo infierno, amigos. Mientras combatíamos, los rehenes de La Jaula se quemaban vivos a nuestro lado.

Súnnary se secó las lágrimas, mostrando el lado abrasado de su rostro.

—El plan de ese maldito Amirg funcionó a la perfección. Usamos las planchas del suelo como escudos, los raíles como arietes. Tendríais que haber visto a Fogus detener a los arqueros con la gente del Loco. Y aun así ha sido una masacre.

—¿Y dónde está ahora, ha sobrevivido?

—Eso creo, Rónroth, pero le perdí la pista hace tiempo. La que parece que sí ha sobrevivido es ella.

Súnnary señaló con la cabeza una bocacalle que accedía a la plaza de los Herreros. Arhona echó a correr hacia Rónroth, con las largas piernas cubiertas por unas botas de piel que le llegaban casi hasta la mitad del muslo.

El de Arvak y el cerrajero abrieron la boca incrédulos al ver los dorados cabellos de la morada suspendidos en el aire antes de echarse a los brazos

de su viejo compañero de armas. Los dos se fundieron en un beso que hizo sudar a la tropa de excombatientes.

—¡Qué callado te lo tenías, viejo egoísta! Esas cosas se cuentan a los amigos. O es que no nos vas a presentar a esa belleza.

—¡Ni de broma! Tendría que estar muy loco para hacerlo.

—No le hagáis ni caso, amigos —respondió Arhona—. Me encantaría charlar con vosotros, pero me temo que no soy portadora de buenas noticias. Thánnom nos ha traicionado, sus Herederos no van a sofocar ningún fuego, la reina les ha prometido regalarles lo que quede de Ssixo.

—¡Mirad! Están izando las banderas de Ócsul —Río señaló el horizonte —. Y si Amirg no me mintió, y es un hecho que hasta ahora ha pasado todo lo que dijo, eso significa que vienen más tropas en camino.

—Me temo que así es —señaló Rónroth con voz grave—. Ahora solo nos queda pedir a las Siete Madres que el plan del ciego funcione.

—¿En serio, Rónroth?

Arlot y Sansha soltaron una carcajada.

—¿Pero se puede saber de qué dragones os reís?

—Amigo mío —respondió el de Arvak—, eres un guerrero valiente y un excelente capitán, pero si nuestra victoria depende del plan de un ciego entonces, estamos perdidos.

La bandera con el órix, el fuego y las flechas se izó en todas las torres de Ssixo. Al instante los guardias abrieron la Gran Puerta para que las tropas de Ócsul cruzaran la doble muralla. Había sed de sangre en los rostros de esos mil dragos, que desfilaban con la seguridad de ir a la caza de una presa fácil. Sus órdenes eran sencillas: arrasar con lo que encontraran a su paso, incendiar con su fuego las piras que había colocado la guardia real y esperar instrucciones para aplastar a los rebeldes amotinados.

26

Azul y rojo

En la cima del monte Lantho se encontraba la imponente estructura del dique, una construcción de piedra y lava que se fundía con el entorno en armonía. El arco se extendía a través del cauce del principal afluente del Ssix, el río Lant. En su descenso desde la montaña resistía la presión del agua acumulada tras las lluvias invernales y el deshielo para ir saciando poco a poco al acueducto de Ssixo. El dique, elevado sobre el río, simulaba una inmensa puerta de entrada al corazón de la montaña.

—Trukx, ¿ves esas columnas de humo? —Kratelos observaba el relieve de los tejados de Ssixo desde ese asombroso lugar.

—Sí, azul, es la señal. —Los herreros valkianos esperaban órdenes mientras los guardias que debían haber protegido la instalación permanecían amordazados en el suelo—. Han izado la bandera de Ócsul y esos sucios bograxs están quemando la capital. ¿Podemos reventar de una vez ese maldito dique? Estoy deseando ver si funciona el plan del ciego.

—¡Ya te he dicho que funcionará! —increpó Shándor, que había dirigido la instalación de los codos metálicos usando su prodigiosa memoria.

Kratelos dio la orden y un herrero de Valka, con los brazos fuertes como los de un suargoo, reventó su maza sobre el dique hasta que empezó a resquebrajarse. Lo que era una pequeña boca que permitía una breve corriente sobre el acueducto, se desbordó para dejar paso a un torrente.

—¡Decidme algo! ¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis todos tan callados? —gritó nervioso Shándor.

El cauce fue alcanzando con fuerza los distintos codos metálicos distribuidos en el recorrido, desviando parte del caudal para lanzarlo en distintos puntos altos de la ciudad.

—Maestro, es una pena que no puedas verlo, hay belleza en la fuerza del agua. ¡Funciona! Le estamos dando un buen baño a la ciudad. ¡Muchachos, lo habéis conseguido! —gritó la janto Shúrima.

Los herreros de Valka respondieron berreando y alzando sus martillos.

La reina observaba satisfecha desde el estrado de la plaza del Mercado cómo el humo ascendía en distintos puntos del barrio Bajo.

—Ojalá os queméis despacio hasta convertiros en polvo de escamas —musitó entre dientes mientras saludaba desde ese improvisado cuartel de mando a las nuevas tropas de Ócsul que llegaban a la plaza.

Valran era el encargado de distribuir a los nuevos soldados por el sur, el oeste y el norte; iban a convertir el barrio de los Herreros en una ratonera con mil frentes que defender. Tëesha disfrutaba observando a su ejército funcionar con eficiencia. A su izquierda le acompañaba Crimson esposado, y a la derecha el galeno, su viejo confidente, escoltado por dos guardias. En ese momento en el que saboreaba la venganza, un caudal de agua entró por las calles del norte.

—¡¿De dónde sale toda esa agua?! —exclamó mientras miraba al cielo despejado sin entender nada.

Roal se acercó desde el centro de la plaza, molesto al ver cómo sus botas se iban empapando cada vez más. De un salto accedió al estrado y se dirigió a la reina:

—Majestad, me informan de que los rebeldes han reventado el acueducto y están inundando la ciudad. El agua cae hacia el barrio Bajo.

Xoc sonrió en el estrado, seguro de que ese suceso llevaba el sello del ingenio de su viejo amigo.

—Bien —dijo la reina furiosa, levantando la voz para captar la atención de sus tropas—, si esta ciudad no arde hoy, arderá mañana. Pero esa escoria no podrá verlo, estarán todos muertos. ¡Soldados de Ócsul! ¡Ajusticiad, arrasad, destruid a esos malditos ssixianos! ¡Que cada pulgada de ese barrio de herreros se convierta en un infierno!

Áral entró en la plaza esquivando palmadas en la espalda y aplausos por sus hazañas, hasta que llegó donde se encontraba reunida la cúpula de La Llama. Tras abrazarse con todos, miró a Río y sonrió, él le devolvió el gesto. Mientras tanto, los herreros de Ssixo pasaron de ser improvisados soldados a críos jugando a mojar a sus camaradas con el agua que ya les cubría por encima de los tobillos. Muchas de sus familias vivían en las calles del barrio Bajo, gracias a ese caudal podrían evitar morir calcinadas en el incendio.

—Ese maestro y tu padre son dragos de palabra, Río —dijo Rónroth con un gesto sincero de admiración.

Los rebeldes alzaban las espadas y los escudos robados en la armería real, chapoteaban en el agua y celebraban que unos simples herreros habían hecho retroceder a todo un ejército. Pero ese breve momento de júbilo se interrumpió al escuchar el sonido de mil silbidos.

—¡Todos a cubierto! —gritó Rónroth.

Ese desconcertante ruido pronto se convirtió en una nube de flechas. Los temidos arqueros de Ócsul estaban disparando desde sus posiciones, superando los tejados del barrio y sometiendo a la plaza de los Herreros a su famosa lluvia de hierro. El grito del viejo comandante, que tantas veces había escuchado ese sonido en el campo de batalla, evitó una masacre, aunque muchos rebeldes sucumbieron atravesados. Los líderes de La Llama se reunieron bajo los soportales de la plaza, el último en llegar fue Fogus, cubierto de sangre del enemigo:

—Comandante, han llegado los refuerzos de Ócsul y se están reordenando; van a cargar desde cada esquina de este barrio. Necesitamos dividirnos para proteger los flancos.

Rónroth se agachó en el suelo y con la punta de su daga empezó a dibujar un rudo esquema del distrito de los Herreros.

—Áral y Río, tendréis que defender el este. Fogus, tú te ocuparás del sur. Arhona y Súnnary protegeréis el norte. La muralla cuidará nuestra espalda en el oeste, espero que desde esa puerta desciendan Kratelos y los setenta de Valka, nos vendrán bien su fuego y sus brazos. Yo dividiré las tropas y seguiré preparando las defensas con mis veteranos, por si tenemos

que refugiarnos en la plaza. ¡No hagáis locuras! —El comandante los miró a todos—. Si perdéis terreno, volved a protegeros a la plaza.

—Amigo —interrumpió Fogus—, ¿tenemos alguna posibilidad?

—Necesitamos un milagro más y ya llevamos unos cuantos. Pero tendrán que dejarse algo más que las escamas para acabar con nosotros.

—Si al final no voy a morir en mi taberna, al menos será un consuelo hacerlo bajo tus órdenes.

Los miembros de La Llama se dirigieron a cumplir su misión, salvo Arhona, que antes de partir se acercó a Rónroth y lo besó de nuevo, esta vez con la certeza de que podría ser la última.

Los ssixianos habían lanzado todo tipo de objetos a las estrechas calles para entorpecer el acceso de las tropas. Carretones, armarios de dos cuerpos, camas, mesas, yunques y cualquier cosa que se pudiera arrojar desde la ventana de una casa draga. Áral y Río permanecían escondidos junto a su batallón tras esas barreras defensivas. Podían oír cómo el ejército de Ssixo se acercaba a su posición. Avanzaban formando una fila impenetrable de escudos de renio. Al moverse chocaban con el suelo, en un alarido mecánico que avanzaba con su paso articulado por las calles. Al tener que evitar los obstáculos que lanzaban los ssixianos desde las ventanas, esa perfecta formación se vio alterada. En el instante en el que se rompió la fila de escudos, Áral mandó cargar a los rebeldes. Tanto los que permanecían en los tejados como a sus valientes en las calles.

Fue entonces cuando ella y Río comprobaron desde la altura de una barricada la longitud del destacamento que, como una serpiente acorazada, se acercaba sinuosa desde la plaza del Mercado hacia el barrio de los Herreros.

—¡Por las Siete Madres! Son muchísimos, espero que el resto no tengan que enfrentarse a tantos —exclamó Río.

—Concéntrate, campesino; atacamos y retrocedemos, atacamos y retrocedemos, vamos a ir poco a poco despellejando a este ejército.

La desigualdad numérica era abrumadora. Pero el kali y la falcata se intercalaban golpeando al frente: la vara con fuerza y la espada con

velocidad. Aunque la verdadera diferencia la marcaba la combinación del azul y el rojo de su fuego; la precisa y perfecta llamarada de Áral, un ardiente puño golpeando la cabeza de la serpiente. Intercalado con el desproporcionado índigo de Río, una ira descontrolada que abrasaba a soldados y que pronto hizo correr la confirmación de que el hijo de un rey peleaba junto a los rebeldes.

—¡Controla tu fuego, Río! No lo malgastes, localiza el objetivo y concentra la llama, no la desbordes. Todo está en la respiración.

Río trataba de seguir los consejos de Áral mientras ensartaba soldados con su kali. Sus dudas se habían despejado, el único objetivo era sobrevivir, vencer y seguir luchando. Hacerlo al lado de esa roja le producía un placer que hasta a él mismo le resultaba inconfesable.

Fue entonces cuando lo vio. Los ojos de Áral se clavaron en el segundo de los comandantes que había intentado violarla. Se acercaba al frente del pelotón, apartando soldados. Algo en su interior se contrajo, la hizo sentirse pequeña, pero negó esa emoción y apretó los dientes.

Roal llegó a la primera línea y se subió a lo alto de uno de los carros que los rebeldes habían cruzado en la calle. No le costó reconocer el índigo de Río abrasando soldados. Ese era su objetivo: rebanar esa cabeza y entregársela a la reina ensartada en una pica. Sonrió al ver que ese bastardo ni siquiera había mudado sus primeras escamas. Después de varias zancadas y un par de estocadas se plantó frente a Río, escoltado por tres musculosas bestias de Ócsul armadas con grandes hachas.

—¡Bastardo, ven a cruzar tu fuego con un índigo!

Río se disponía a dar un paso al frente cuando Áral lo agarró del brazo.

—¿Me recuerdas, drago?

—¡Pero si es el capricho rojo del príncipe! ¿Te escondes detrás de una draga, bastardo? Te entiendo, muchacho, yo también he estado detrás de ella y es muy placentero.

Río intentó contenerse para no borrar la sonrisa lasciva de Roal de una estocada. Áral lo frenó de nuevo.

—El comandante es mío —susurró entre dientes—, tú ocúpate de esas tres bestias que lo acompañan.

La seguridad de la roja convenció a Río.

—Como quieras, bastardo. Me divertiré primero con la pequeña y luego acabaré contigo.

Roal lanzó una potente llamarada de índigo, Áral aprovechó que el suelo ya contaba con dos palmos de agua para arrojarse y evitar el fuego. El general de Ócsul levantó la espada, sujetándola con las dos manos, dispuesto a partirla por la mitad. Áral rodó hacia sus piernas esquivando la estocada mortal. La espada chocó con el pavimento, cuando Roal quiso volver a levantarla ya era demasiado tarde. La falcata de Áral atravesó la entrepierna del drago hasta alcanzar su estómago. La roja extrajo la espada, cruzó por debajo de las piernas del sorprendido comandante para infligir un tajo mortal en la nuca que hizo que Roal inclinara la cabeza ante Río en una extraña reverencia. Un segundo después se derrumbó como un fardo.

Al caer el cuerpo, Áral vio cómo Río se lanzaba contra ella y la empujaba al suelo, para después lanzar una llamarada de índigo que chocó con los tres soldados que acababan de ver morir a su comandante y buscaban venganza. El azul del príncipe se impuso y aún con el final de la llama en la boca, tras un nuevo impulso, atravesó el corazón de uno de ellos con su kali, reventó de una patada el cráneo del segundo y esquivó el golpe del hacha del tercero.

—¡Voy a aplastarte, escoriaaa…!

Antes de que el rudo soldado de Ócsul acabara la frase, Río le había clavado el kali entre los ojos. Áral, recuperada del empujón, saltó para ensartar la falcata en la garganta del soldado que había recibido la patada y había empezado a levantarse.

—La próxima vez me puedes avisar en lugar de empujarme, —dijo Áral socarrona.

—Tuve miedo de que hicieras lo de siempre: no hacerme ni caso, y entonces esas bestias te habrían abrasado.

Los dos sonrieron mientras los rebeldes se lanzaban contra los soldados de la reina, aún impactados por la habilidad y valentía de esa roja y la fuerza del hijo del rey.

En las calles del norte, Súnnary movía sus garras de un lado a otro, su fuego estaba agotado, solo las pequeñas reservas de Arhona y los martillos de un par de herreros les mantenía a salvo de la veintena de soldados que aguardaban el momento de acabar con ellas. Habían conseguido resguardar sus tropas de nuevo en la plaza, pero en ese repliegue ellas habían quedado atrapadas entre fuegos. Súnnary pensó en Búltar y Río, sonrió abrazando la idea de que ellos fueran su último pensamiento.

Los soldados atravesaron con sus espadas a los dos herreros y se lanzaron a por las dos moradas. Cuando ya parecía no quedar esperanza, una bocanada de fuego cayó del cielo para abrasar la cabeza del batallón. Entre las llamas resurgió la figura del dracknodón, que recuperó altura para arrojarse de nuevo sobre los soldados que huían. Arhona y Súnnary, abrazadas en el suelo, no podían creer lo sucedido. El cuerpo de los soldados calcinados desprendía una humareda tan negra como la misma noche. Súnnary comenzó a toser sin poder asimilar el hecho de no estar muerta.

Tras ese vuelo del drack apareció la carga en tromba de Kratelos con su kali, Shúrima con su espada y Trukx liderando a los setenta de Valka, recién llegados desde la cima del monte Lantho. Pudieron contener una nueva embestida de los batallones del norte y rescatar a las dos dragas.

—¡Retroceded, son demasiados! ¡Hay que resguardarse en la plaza!

Todos respondieron con celeridad a las órdenes de Shúrima. Ayudados por la ventaja de contar con el fuego aéreo del drack, llegaron a la plaza de los Herreros, que Rónroth había convertido en un fortín para resistir el asedio.

—Gracias, Kratelos, nos has salvado la vida —dijo Súnnary, ya tras los parapetos de la plaza.

—Me envió Rónroth a buscaros. Son demasiados, resistiremos mejor desde aquí.

Poco después, Río y Áral llegaron hasta las defensas de la plaza, exhaustos tras la lucha contra la interminable serpiente de soldados. Rónroth había colocado arqueros en los accesos, bloqueado las calles que desembocaban en la plaza y amontonado distintas barricadas hasta formar tres anillos defensivos. Pero el comandante no escuchaba a nadie, solo

miraba hacia las calles del sur. Arhona trató de sacarle de su ensimismamiento:

—¿Qué ocurre, Rónroth?

—Fogus no ha regresado.

Como si lo hubiera invocado, vio acercarse hacia la plaza a un grupo de dragos perseguidos por soldados.

—¡Abrid las barricadas del sur! ¡Cargad los arcos! —gritó el comandante.

Los soldados que los perseguían tuvieron que cubrirse con sus escudos. Las barricadas se abrieron un instante para dejar pasar hasta al último de los rebeldes. Rónroth se lamentó por el escaso número de supervivientes, había enviado el mayor contingente a las calles del sur y muchos parecían haber muerto.

—¿Dónde está Fogus? —dijo dirigiéndose a uno de los rebeldes.

El muchacho bajó la cabeza. Rónroth agarró de la pechera a uno de sus compañeros.

—¡He preguntado dónde está Fogus!

—Nos salvó, comandante, él solo se enfrentó a todo un batallón para darnos una posibilidad de escapar.

Rónroth soltó al drago y se giró sin mostrar emoción. Los veteranos y los miembros de La Llama lo miraban en silencio, conscientes del dolor contenido que había en su gesto ausente. Hasta que Arhona se plantó frente a él y lo abrazó. El recio cuerpo del comandante se dobló como un junco sobre la morada.

27

El largo invierno de Zlaty

En la cumbre del monte de Hierro, sentada en un amorfo trono de roca, el mismo que muchos ciclos atrás había ofrecido consuelo al príncipe Búltar, Ivy suspiraba con frustración.

Utma, Rorhia, Nuth y Andritha completaban el círculo en cuyo centro yacía el libro sagrado, abierto de par en par en el lugar preciso en el que la leyenda situaba la dragonera primigenia de la que surgió Zlaty.

—No entiendo por qué el libro nos ha hecho venir hasta aquí si no está dispuesto a enseñarnos nada —protestó Utma.

Ivy permanecía en silencio, oteando el horizonte con atención. Junto a ellas, Órkoth se puso en pie, olfateando en el aire el rastro de un cuerpo. Xxuli se incorporó también para seguir con la mirada el lugar indicado por el canebro. La cabeza, alineada con el tronco, formaba una línea recta precisa como una flecha. Todos clavaron los ojos en la prominencia de un cúmulo, a unos cuantos metros de la cumbre. Dos dragas idénticas surgieron tras él, apenas dos crías en el comienzo de la muda a un azul brillante, con la transparencia plateada del mar en calma. El pelo blanco les caía hasta rozar las pantorrillas como un manto de seda capaz de reflejar la luz como un espejo.

Todos contuvieron la respiración, incapaces de pronunciar una sola palabra ante aquella aparición. Las gemelas se movían con una fluidez líquida, proyectando una simetría perturbadora. Órkoth se acercó a ellas con la cabeza gacha, en una extraña actitud de sumisión. Bastó una sola mirada del ámbar de su iris para que el can retrocediera de nuevo junto a Xxuli.

—Buscamos a Ivy —afirmaron casi al tiempo, con la reverberación retardada de un eco.

—¿Quién la busca? —preguntó Ivy con el pecho henchido, en una actitud defensiva que puso en guardia a las cinco hermanas.

—Somos Lalantha y Londrina, y hemos recorrido la península para ponernos a tu servicio.

Las extrañas gemelas se arrodillaron bajando la cabeza al unísono en señal de respeto.

—Hemos descendido desde nuestras montañas, atravesando la península de extremo a extremo siguiendo el rastro empático de tu legado.

—¿Mi legado?

—El legado de aquella destinada a unir de nuevo los pedazos de la historia, el legado de Argia, la gran madre. Venimos siguiendo tu rastro y el del libro sagrado, ahora que por fin ha regresado a las manos de aquella que ha de cuidarlo siguiendo los preceptos que lo forjaron un día.

—¿Entonces, es cierto? —preguntó Ivy con los ojos muy abiertos—. ¿No sois una ilusión de mis cansados ojos?

—Somos las que faltaban. Ahora podremos completar el vínculo. Vuestra hermana Shoyra difundió la palabra en nuestras montañas.

Las gemelas empáticas se incorporaron al círculo. Las hermanas se tomaron de nuevo de las manos. Ivy comenzó a pronunciar las palabras sagradas. Las páginas del libro se movieron de nuevo en una marejada de hojas como un temporal.

Una fuerza desconocida las conectó al instante. Atravesó sus huesos hasta llegar a la médula para fluir en su interior en una suerte de fusión que las hizo trascender el envase absurdo y pasajero de un cuerpo. Las abrasiones del antebrazo con el siete tatuado adquirieron el rojo incandescente de una llama. El vínculo sumó tal fuerza que hizo temblar el suelo de la montaña. Xxuli se abrazó a Órkoth aterrado. El canebro se agachó para ofrecer refugio al pequeño drago.

El suelo crujió bajo sus pies con un estruendo agudo, como si el filo de una espada estallara en pedazos al impactar contra la roca. Solo Ivy y las mellizas permanecieron impasibles ante la fuerza desatada bajo sus pies.

Las entrañas de la tierra aullaron con un lamento metálico, como si el útero de la montaña se desgarrase en un dolor de parto para dejar al descubierto siete fallas en su ferrosa piel. Por fin, Ivy y las gemelas

abandonaron su ausencia para regresar al círculo empático. El libro se había detenido en el lugar preciso, una reproducción perfecta del escenario ante sus ojos: siete grutas abiertas, siete dragoneras, en cuyo interior se agitaba el latido de siete corazones. Las hermanas se abrazaron unas a otras. Xxuli se aferraba al cuello de Órkoth con expectación. Hasta que una nube de polvo y cenizas se abatió sobre ellas. Del interior de las grutas fueron surgiendo las dragonas, teñidas de barro tras el invierno infinito de su letargo.

Ivy fue la primera en ponerse en pie para admirar la belleza de aquel resurgimiento.

—Han estado siempre aquí —murmuró fascinada—, esperando el momento preciso para su regreso.

Las dragonas sobrevolaron sus cabezas, cada una portadora de un color, al igual que cada uno de los linajes de Terradraga. El batir de alas arrojó un vendaval de tierra y polvo que les hizo cubrirse los ojos, hasta que las escamas quedaron al descubierto: el rojo de Aka, el verde de los bosques de Sembis, el morado de Arvak, el azul de las montañas, la plata de las islas Thelendras, el negro de Ssixo y, por último, el dorado de la realeza en el cuerpo de Zlaty, la dragona de fuego índigo, la más grande y hermosa que jamás haya existido.

—¡Ahora podremos derrotarlos, Ivy! —gritó Xxuli—. Con ellas de nuestro lado seremos invencibles.

Ivy echó a andar hacia Zlaty, posada a tan solo unos metros. La majestuosa dragona pareció reconocerla. Bajó el largo cuello para mirarla a los ojos. Ivy la acarició un instante y unió su frente a la de ella.

—No volveremos a cometer el mismo error.

Las seis hermanas se acercaron con una sonrisa en el rostro.

—No volveremos a usar la magia en vuestra contra. Esta guerra es solo nuestra. Vuestro destino os pertenece.

Ivy miró a las seis, confirmando su decisión.

—Ahora sois libres para iniciar un camino nuevo, lejos del legado de los hombres: *Argnot et dumnis. Vivirath Ocnom ad aureg in drackonem*[2].

La draga dorada alzó las alas y, tomando impulso con las recias patas, corrió hasta el borde de la cumbre. Tras ella, las seis dragonas sagradas

emprendieron el vuelo hacia el oeste.

—¡Pero, Ivy! —protestó Utma—, ¡¿qué están haciendo?! El océano está justo al otro lado.

—¡Van hacia Ssixo, Utma! —gritó Xxuli señalando con los brazos en alto, ahora a horcajadas sobre Órkoth—. ¡Van a luchar por nosotros!

28

El tiempo del odio ha terminado

Le sobresaltó una palpitación extraña en el pecho, como si su corazón estuviera a punto de romperse. La sensación era tan poderosa que se replegó sobre sí mismo, con las manos sobre las rodillas y los dientes apretados. Cuando ese colgante que le había acompañado toda la vida se despegó de su piel, Río comprendió que de ahí venía su dolor. Esa extraña piedra, mitad pulida mitad rugosa, que había tallado su padre en el monte de Hierro, estaba vibrando sin motivo. Pensó que le estaba avisando de su inminente final. Las barricadas de las calles ya habían caído, al igual que el primero de los círculos de defensa planteado por Rónroth. Solo quedaban los últimos parapetos, que aún aguantaban la lluvia de hierro y fuego de las tropas de Ócsul.

Valran se adelantó con la espada en alto, protegido por tres arqueros y su flagrante victoria. Su presencia hizo cesar las espadas para no dejar más que el sonido de la derrota: el lamento de los heridos, el jadeo de los exhaustos y los estertores de la muerte. La voz del comandante retumbó en la plaza de los Herreros:

—¡Rebeldes de Ssixo! ¡Habéis luchado con honor! No es necesario derramar más sangre. ¡Entregaos y prometo mediar por vosotros ante la reina!

Los ojos de los dragos se giraron hacia Rónroth, que sintió cómo el peso de esas vidas caía sobre sus hombros.

—No dudo de ese comandante —dijo el viejo soldado—, estoy seguro de que respetará los códigos de la guerra, pero solo nos ha prometido mediar ante la reina y eso no es garantía de nada.

—Yo llevo la marca de la crueldad de esa sádica en la cara —dijo Súnnary, retirando el cabello para que todos pudieran observar su rostro

abrasado—. Ya habéis visto cómo han ardido nuestros hermanos en La Jaula. Prefiero morir aquí, hombro con hombro con La Llama, que dejar nuestras vidas a su merced.

Un silencio reflexivo se apoderó de las barricadas.

—¿Qué dice nuestro futuro rey? —preguntó uno de los veteranos de Rónroth.

Río, aún alterado por la piedra que cada vez vibraba con más intensidad, se dirigió a los rebeldes, manteniendo la joya apretada en el puño.

—No soy nadie para elegir vuestro destino. Quien lo considere oportuno, que abandone la lucha y se entregue, quizá sea la única forma de seguir con vida. Todos los que estáis aquí sois héroes para mí, toméis la decisión que toméis. Mientras uno solo de vosotros quiera hacerlo, yo seguiré luchando.

Rónroth, Kratelos, Súnnary, Shúrima… todos los que de una u otra forma habían participado en su educación, asintieron satisfechos.

—Has hablado como un rey —le susurró Áral al oído—. Yo me quedo a tu lado.

Los rebeldes se miraron unos a otros. La mayoría arrastraba alguna herida, vendajes improvisados y, aun así, ninguno mostró el más mínimo interés en abandonar las barricadas. Justo entonces, cuando siete grandes sombras cruzaron Ssixo, el colgante de Río dejó de vibrar.

Tras comprobar que los rebeldes no estaban dispuestos a entregarse, Valran se dispuso a terminar aquella ejecución. En ese momento los soles se oscurecieron y un ruido desconocido llegó desde el cielo. Soldados y rebeldes alzaron la vista incrédulos ante la llegada de las dragonas.

—¿Estoy soñando?, dime que ves lo mismo que yo —susurró Valran a su lugarteniente.

—No puede ser otra cosa.

Cinco de ellas ocuparon las cornisas que asomaban en los soportales. La inmensa dragona dorada, acompañada por la roja, aterrizó en la plaza, situándose entre el grueso del ejército y los rebeldes. Una llamarada de

índigo de Zlaty dejó claro lo que le esperaba al que intentara cruzar ese espacio.

Río comenzó a escalar por encima de las barricadas. Súnnary le agarró del brazo, intentando detenerlo. El joven drago sonrió y apretó su colgante.

—Tranquila, madre. Sé lo que tengo que hacer.

El hijo de Búltar superó las últimas barreras y caminó hacia la dragona dorada. Rebeldes y soldados observaban inmóviles a ese drago, aún con sus primeras escamas, acercarse sin miedo. Zlaty movía el cuello, sinuosa, con los ojos clavados en Río. Cuando apenas los separaban unos pasos, la dragona bajó la cabeza. Él acercó su mano sin miedo, y le acarició la frente rugosa. Zlaty lanzó una breve vaharada de humo azulado, a la que Río respondió con una exhalación similar. Dragona y drago se reconocieron como iguales. Río soltó el kali, se agachó y cerró los ojos de un soldado ocsunita muerto que parecía mirarlos con el espanto congelado en el rostro.

—¡Soldados de Ócsul! ¡Esta guerra no tiene sentido! ¡Dejad las armas, recoged a vuestros muertos, atended a vuestros hermanos y regresad a casa!

Zlaty selló las palabras de Río con una bocanada de fuego, que iluminó de índigo el cielo. Poco a poco, las armas fueron cayendo: escudos, espadas, lanzas, golpeando con su hierro la arena anegada de la plaza.

Soldados y rebeldes se acercaron para agrupar a sus muertos y atender a los heridos, manteniendo siempre una prudente distancia de las dos dragonas. Su simple presencia resultaba intimidante.

Zlaty bajó la cabeza hasta pegarla al suelo, la dragona roja imitó el gesto. Río tuvo la absoluta certeza de cuál era su cometido, como si esa dragona sagrada susurrase instrucciones a su conciencia.

—¡Áral, aquí hay alguien esperándote!

El joven drago subió al cuello de Zlaty, escalando por sus escamas, como había leído en los viejos libros de Shándor, en las leyendas de antes del inicio de los tiempos, cuando los hombres surcaban el cielo a lomos de esas criaturas aladas. Colocó los pies en el lugar preciso, las manos no vacilaron en busca de su asidero y en cuanto posó su cuerpo sobre ella, un vínculo extraño se forjó entre ambos. Áral, impulsada por la alegría de sentirse viva y por la certeza de la inesperada victoria, se lanzó a por su dragona, imitando a Río. El rojo de sus escamas producía un efecto óptico

de espejos, en el que uno llegaba a dudar dónde comenzaba el cuerpo de una y dónde terminaba el de la otra.

Las dos dragonas avanzaron, extendieron sus alas y alzaron el vuelo. Rebeldes y soldados gritaron con las manos tendidas al cielo, unidos todos por la admiración, deshecho ya el nudo que los había atrapado en lo absurdo de toda guerra.

En la plaza del Mercado, en la que el agua del embalse había conseguido apagar los rescoldos de La Jaula, aparecieron cinco dragonas en vuelo. Descendieron con las alas replegadas, hasta posarse en las cornisas ante el pavor de los arqueros. Los que intentaron disparar sus flechas fueron calcinados en el acto, los menos aguerridos, corrieron sin pensarlo, presa del pánico, a arrojarse al vacío ante aquella visión imposible.

—¡Aprisa, majestad! —increpó a Tëesha uno de sus comandantes en el palco real—. Debemos escoltarla hasta palacio y ponerla a salvo.

—¡No se te ocurra volver a tocarme, si no quieres arder aquí mismo, soldado!

—Si se queda aquí, correrá la misma suerte que nuestros arqueros, alteza.

—¡Yo decidiré mi suerte y dónde quedarme!

—¿Pero es que no ha visto eso? —dijo señalando al frente—. Vienen dos más.

Áral y Río descendieron sobre la plaza del Mercado a lomos de las dos dragonas. Cuando Zlaty replegó las alas para mirar a los allí presentes, se reprodujo la misma escena: las voces cesaron, las armas cayeron al suelo, los soldados soltaron las cinchas de los petos para librarse de sus armaduras, como si el poder empático que emanaba de las dragonas les hiciese por fin entender.

Los dos descendieron de sus monturas para bajar a la arena. A un lado, Río, Áral y la dragona roja; al frente, la impresionante presencia de Zlaty. Desde el palco de honor, Tëesha no podía dejar de mirarla. Había algo en ella que reconoció como propio, algo compartido tal vez, en otra vida, en otro tiempo.

Resistiendo a la oposición de su escolta, abandonó el palco real y echó a andar como si una fuerza interior la arrastrase hacia la dragona dorada.

Crimson y Xoc, amordazados, observaban a los soldados caer hincados de rodillas ante aquella presencia. El príncipe buscó el filo de una espada junto a él para liberarse. Xoc siguió su ejemplo y fue tras él.

Muchos de los ssixianos se habían acercado a la plaza para ver a las dragonas con sus propios ojos. Al descubrir a los líderes de La Llama junto a ellas, se sintieron protegidos para exclamar:

—¡Muerte a la reina! ¡Muerte a la asesina del pueblo!

Tëesha siguió caminando como si nada hubiera sucedido.

—¡Pagarás por lo que has hecho!

Una piedra impactó muy cerca de su pecho, pero siguió avanzando, al fin y al cabo, ella era también una draga dorada de fuego índigo. Áral se adelantó para mostrar que no le tenía ningún miedo. Crimson saltó del palco real tras los pasos de su madre.

Los rebeldes abucheaban su presencia y le arrojaban toda clase de objetos. Una piedra de gran tamaño le dio en la cabeza y la hizo caer. Tëesha se incorporó, con los ropajes empapados por el agua acumulada y una brecha abierta en la frente. Al ponerse en pie, se giró sobre sí misma viendo alrededor el espectáculo de su derrota. Crimson logró alcanzarla a tan solo unos metros de distancia de Áral y Río.

—Todo ha terminado, madre. Debemos rendirnos —dijo posando su mano en el hombro.

Tëesha se revolvió contra su hijo, con las pupilas verticales y la garganta dispuesta para el fuego.

—¡Así que tú eres el bastardo del rey! —exclamó apuntando a Río con la garra de su dedo.

—¡Ya basta, madre!

—¡Dirígete a mí con el respeto debido, maldita sea! Además, estoy hablando con ese traidor —dijo mirando a Río.

Zlaty bajó la cabeza hacia la reina, exhalando un humo azulado en señal de peligro.

—Tu hijo tiene razón, Tëesha. Todo ha terminado. Depón las armas y nadie más saldrá herido.

Escuchar esa sentencia de los labios de Áral encendió tal furia en el interior de la reina que en lugar de palabras arrojó una bocanada de fuego. Crimson se lanzó contra ella para proteger a Áral desviando la llamarada lo suficiente para evitar su muerte.

Río vio la daga ensangrentada de Crimson salir del pecho de su madre. El cuerpo de Tëesha quedó tendido en el suelo, mientras el agua a su alrededor se iba tiñendo de rojo. Xoc se acercó para confirmar la muerte de la reina.

Crimson se levantó, sosteniendo aún la daga en la mano. Antes de que Río pudiese decir nada, Áral se interpuso.

—Deja que se marchen, Río. Solo te pido eso, no cometamos el mismo error que cometió ella. Crimson me ha salvado la vida y le di mi palabra a ese galeno. Si es cierto que mi vida te importa, déjales marchar. No quiero acumular más muertes sobre nuestras espaldas.

Río dudó un instante para asentir en silencio.

—Ven conmigo —suplicó Crimson, tomando entre las suyas la mano de Áral—. Ven conmigo tan lejos como sea posible o, si lo prefieres, sé mi reina en Ócsul. Déjame mostrarte quién soy realmente cuando estás a mi lado.

Áral bajó la mirada al suelo y retiró la mano, manchada con la sangre de la reina.

—No puedo, Crimson.

—Es por él, ¿no es cierto? —dijo mirando a Río—. Siempre ha sido él.

—Eso sería lo más fácil. No es por él ni por ningún otro, es por mí y porque una parte de este infierno es obra tuya y tarde o temprano el recuerdo de lo que has hecho acabaría destruyéndonos a los dos.

—He recorrido la península por ti, he luchado junto a esos rebeldes por ti. He matado a mi madre por ti —dijo cayendo al suelo de rodillas, junto al cadáver de Tëesha.

Áral se agachó junto a él y le levantó el rostro con la mano.

—No te engañes, te lo ruego, lo que has hecho no tiene nada que ver conmigo, lo que has hecho te acompañará siempre y ese es un peso que no me corresponde soportar. Tienes la oportunidad de empezar de nuevo, aprovecha tu suerte y demuéstrales a todos que fui la primera en ver en ti

algo que merecía la pena ser salvado. Eres mucho más que tu pasado, Crimson, pero tendrás que demostrarlo.

El príncipe se secó los ojos y la miró por última vez:

—Allí donde vaya, siempre habrá un lugar para ti.

Y, tras estrechar con sus brazos el cadáver de su madre, se puso en pie para abandonar la plaza junto a Xoc.

Río se echó a un lado para dejarlos pasar. Cuando alcanzaron la salida se situó junto a Zlaty para dirigirse al pueblo.

—Hermanos y hermanas, dragos y dragas de Ssixo, hemos luchado con valor para defender lo nuestro y por eso os anuncio que el tiempo del odio ha terminado. Hoy es el primer día de un nuevo comienzo. Nuestras hermanas han vuelto a la vida para mostrarnos el camino. Ocsunitas, cuidad de vuestros heridos, enterrad a vuestros muertos y regresad a casa. ¡Dragos y dragas de Ssixo, hoy la guerra ha llegado a su fin!

El anuncio de Río generó una conmoción. Algo de la empatía desatada por las Siete Madres y las dragonas se apoderó de las calles y de todos los ssixianos que comenzaron a asistir a los heridos y a apilar los cadáveres.

Zlaty desplegó las alas para emprender el vuelo.

—Siempre estaremos en deuda con vosotras, hermanas —dijo Río—. Honraremos vuestro legado para que Terradraga pueda vivir en paz.

La dragona lo miró por última vez antes de echar a volar junto a sus seis hermanas hacia el oeste, rumbo al desierto de los Hombres.

Epílogo

Súnnary golpeó con los nudillos tres veces y empujó la puerta de nobu de la biblioteca.

—Es la hora, Río. Nos esperan en la Habitación Blanca.

—¡¿Ya?! En esta sala el tiempo pierde su sentido, voy a echarla de menos. Shándor está terminando los planos de la nueva biblioteca y todos estos libros estarán al alcance de cualquier drago, solo por eso ya ha merecido la pena ganar esta guerra.

—Ha sido una gran idea, hijo. Todo este conocimiento debe ser compartido por el pueblo, pero aun así debes salir a recibir la luz de los dos soles. Pronto llegará el frío de la cuarta estación y al fin iniciarás la muda y te recuerdo que el picor puede ser muy molesto. Necesitas acumular calor y reblandecer tus escamas.

—Está bien, ahora mismo salgo. Porque no te adelantas tú y yo te alcanzo.

—Porque no quiero llegar tarde y ya sé lo que pasa cuando te sientas ante esos libros.

Río comenzó a amontonar los bártulos sobre la mesa, procurando esconder en el interior de su casaca un pergamino enrollado sobre sí mismo, envuelto por un delicado pañuelo de seda.

—¿Vas a decirme qué es eso que has escondido? ¿O debo fingir no haber visto nada?

—Madre, era una sorpresa, pero supongo que ya no tiene importancia. Toma.

—¿Un papiro?

—Es mucho más que un papiro. Es un manuscrito muy especial. Y no es que sea para ti, es que fue escrito para que tú lo leyeras.

Súnnary lo desenrolló con los ojos muy abiertos, intrigada por su contenido. Al retirar el pañuelo, se llevó la mano a la boca. El título brillaba en oro sobre negro, dibujado en una caligrafía cuidada:

El orgullo de un clan
La historia del valeroso Zogas

—Lo firma Búltar —dijo Súnnary con la voz tomada por la emoción—, es la historia de mi padre, la de tu abuelo. ¿Cómo es posible?

—Supongo que mi padre estaba esperando el momento adecuado para dártelo. Lo encontré hace unos días, y no me he resistido a leerlo. Si lo que cuenta es cierto, me conformo con ser la mitad de drago que mi abuelo. Es un orgullo que me pusieras su nombre.

—No sabes lo importante que es esto para mí, hijo. Yo sí que estoy orgullosa —dijo abrazándolo—. De alguna forma, siento que tu padre está de nuevo a mi lado.

Cruzaron la sala real entre risas, pasando junto a un trono huérfano desde la muerte de Tëesha, y entraron en la Habitación Blanca. El Consejo estaba al completo, sentados alrededor de la pálida mesa de mármol blanco. Un nuevo mapa de Terradraga ocupaba el centro, ya sin los colores enfrentados de la guerra.

—Perdonad la espera —se disculpó Río—, volví a perder la noción del tiempo en la biblioteca.

—Kratelos, da gracias a que en Valka solo tenía mis libros —dijo Shándor—, si no nunca hubiera cumplido con La Forja.

—¿Estás seguro de que vas a querer alejarte de esa biblioteca, Río? Estás a tiempo de cambiar de opinión —preguntó Áral, una de las pocas del

Consejo que conocía su decisión.

—¿Alejarte, Río? ¿Vuelves a Valka?

—No, Ivy, eso es de lo que quería hablaros. ¡Amigos! —exclamó Río poniéndose en pie—. Esta es la primera vez que este Consejo actúa con la legitimidad de haber sido elegido por el pueblo. Y es el momento de hacer un anuncio importante: ahora que el gobierno del reino está en buenas manos, he decidido emprender un largo viaje con Kratelos y mi madre. Primero iremos a las montañas Azules, a conocer el verdadero Cúmulo, las plantaciones de kha y el origen de tantas cosas. Las hermanas Lalantha y Londrina nos acompañarán.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera, Río? —preguntó Shándor, molesto por enterarse de esta forma.

—Esa es solo nuestra primera parada, nos espera un viaje más allá de las montañas Azules, maestro. Desde que las siete dragonas acabaron con las cenizas del desierto de los Hombres, han partido algunas incursiones de dragos en busca de tierras desconocidas. Las Siete siguieron volando hacia el oeste, hay un nuevo mundo por descubrir.

—Pero tienes obligaciones aquí en la corte —afirmó Utma.

—Eso hemos intentado explicarle Rónroth y yo —se lamentó Arhona.

—Luché con La Llama por Ssixo, derrocamos juntos el gobierno de Tëesha, la Habitación Blanca vuelve a tener un Consejo libre y justo que dirige el rumbo de este nuevo Ssixo; no podéis decir que no he cumplido con mis obligaciones. Pero no he nacido para ser rey. Estas semanas he podido leer mucho sobre mis ancestros; Kirandros soñó con un pueblo que pudiera gobernarse desde este Consejo, también dejó escrito que el dragorrey de Terradraga pudiera elegir a su legítimo sucesor. Búltar tenía la ambición de conocer el mundo más allá de esta península, así lo cuenta en sus diarios; incluso mi recién descubierto abuelo materno, Zogas, tenía aspiraciones parecidas. Mi legado será cumplir los deseos de todos ellos. He encargado a los herreros de Ssixo que fundan la corona, con ese oro hemos dado forma a esto.

Río vació encima de la mesa el contenido de una bolsa: trece anillos con una llama tallada en el centro cayeron sobre la mesa.

—Estos anillos recordarán nuestra lucha y resistencia. Espero que inspiren a este Consejo para dirigir con sabiduría el reino. Rónroth, el primer anillo es para ti, esta ciudad necesita un ejército y un general que lo dirija; Crimson se hace llamar rey en Ócsul, tendremos que estar preparados. Shúrima, mi janto, tú me entregaste La Garra, hoy yo te entrego La Llama, espero que puedas ayudar a Rónroth. Arhona, cuento contigo para llevar el comercio de los herreros, curtidores y comerciantes. También confío en que recuperes la música en nuestras calles. Junto a Shándor te encargarás de poner en marcha el conservatorio popular, donde todo aquel que lo desee podrá aprender a tocar un instrumento y a cantar; se lo debemos a Fogus y por eso llevará su nombre. Sé que tú y Rónroth le daréis a Xxuli todo el cariño y cuidados que necesita.

—A ti, maestro, te queda mucho trabajo por delante —continuó Río—, y no hablo solo de la construcción de la biblioteca y el conservatorio, la reconstrucción del acueducto es urgente y no será sencillo arreglar ese tremendo desastre.

—¡Uno salva el reino y le pagan con reproches! —protestó Shándor sonriendo, mientras palpaba el relieve de la llama y colocaba el anillo en su dedo.

—Vuestra sabiduría, hermanas de Las Siete, será un pilar para que Terradraga vuelva a brillar. Tía Ivy de Valka, Utma de Ssixo, Nuth de las islas Thelendras, Rorhia de Ócsul, Andritha de Arvak. Cada una representa una parte de la península. Espero que vuestra empatía nos ayude a recordar que todos somos uno. Esto suma nueve anillos, para Áral será el décimo y algo más.

Río se giró entonces para dirigirse a la draga roja.

—Nunca había conocido a nadie tan valiente, tan firme en sus decisiones, con tantas aptitudes para gobernar con mano firme y a la vez afectuosa.

Las mejillas de Áral se encendieron al escuchar aquellas palabras. Súnnary se acercó con una caja tallada con relieves, de su interior Río extrajo la llave del reino, forjada en oro con incrustaciones de rubíes y topacios.

—Esta es la llave de Ssixo, Áral de Aka, hija de Nebra, digna heredera de la Silla Blanca, el primer puesto entre iguales en este Consejo. Con el respaldo del voto del pueblo y siguiendo la ley aprobada por el rey Kirandros, te entrego la llave del reino y con ella la de toda Terradraga.

Río se inclinó con solemnidad tendiéndole la hermosa caja. Todos a su alrededor sonreían complacidos.

—¡¿A qué estás esperando?! —la increpó Rónroth.

—El pueblo necesita de una hembra inteligente y poderosa como tú, Áral —continuó Arhona—, todos estamos deseando la llegada de una líder justa y valiente.

Áral extendió la mano temblorosa para asir la llave. Nunca había tenido en las suyas una joya de aquel calibre.

—Soy una huérfana de estas calles. Hasta ayer no tenía ni un techo que pudiera llamar mío. No he leído apenas nada, ni siquiera he ido al Círculo de formación. ¿Cómo voy a encargarme de dirigir el destino de todo un pueblo, si apenas soy capaz de llevar las riendas de mi propia vida?

—Precisamente por todo eso —dijo Río—. Tú mejor que nadie sabes cuáles son las necesidades de los dragos de la calle, de las familias humildes y los necesitados. Gobierna para ellos, sé la reina que te hubiera gustado encontrar en Tëesha. Además, no estás sola, ¿recuerdas?

—Yo te enseñaré nociones de arte y música —dijo Arhona—, y el protocolo que en ocasiones exige la vida en palacio.

—Voy a encargarme de la reconstrucción de Ssixo, por el amor de Argia, también puedo reconstruir tu educación si así lo deseas, jovencita.

—¿De verdad haríais eso por mí, compañeros?

—¡Pues claro! Somos La Llama —bramó Rónroth—. Si hemos podido derrocar un reino corrupto y educar a este drago testarudo, podremos convertirte en una reina legendaria.

—Tan solo te pido una cosa, Áral. Deja que Súnnary, Kratelos y yo nos llevemos un anillo cada uno a nuestro viaje. Así completaremos el Consejo de los trece.

—Que así sea, pero solo si prometes que volverás con nosotros tan pronto como sea posible.

—Ten por seguro que así lo haré.

Incapaz de contener el aluvión de emociones que se abatía sobre ella, Áral se echó a los brazos de Río.

—Amigos, no sé si estaré a la altura de lo que esperáis de mí, pero os aseguro que pondré todo mi empeño en no fallaros.

—No te preocupes por eso, una buena amiga me dijo hace tiempo que «equivocarse es importante; no se puede acertar sin cometer errores».

Glosario

Glosario de Terradraga

BESTIARIO

Axcott leonado: ave carroñera con un olfato agudo y garras poderosas, provista de una gorguera de plumas alrededor del cuello.

Anta: similar a una vaca. Se aprovecha su piel para confeccionar calzado, zurrones e incluso prendas de ropa por su impermeabilidad y elasticidad.

Bograx: roedor inmundo de tamaño medio, ojos rojos y dientes serrados, transmisor de toda clase de enfermedades. Pelaje moteado similar al de las hienas.

Canebro: perro oscuro como la noche con ojos anaranjados, cabeza ancha, cuadrada. Especialmente perceptivo e inteligente. Cuando un canebro detecta algún peligro, su pelaje se eriza, haciendo que su envergadura ya imponente se duplique, y muestre un cuerpo macizo que puede alcanzar hasta dos metros de altura. Además de su apariencia intimidante, posee una doble hilera de dientes y colmillos que lo convierten en un adversario muy temido. La agilidad y la corpulencia del canebro son dos de las características que lo distinguen, convirtiéndolo en un animal respetado y admirado en Terradraga por su capacidad para proteger y enfrentar cualquier amenaza que se presente.

Cícaros: pequeños pájaros del camino del monte de Hierro, similares a gorriones. Viven en colonias y su canto es especialmente hermoso.

Dracknodón: majestuoso pájaro de los reyes, con alas doradas, pico curvo, cresta craneal y escamas ligeras como plumas. Emite fuego de color índigo, al igual que los dragos

dorados. Su presencia se asocia al origen de la especie. Cada vez más escasos, su desaparición augura el fin de Terradraga. Está dibujado en el escudo de Ssixo y es el emblema de la nobleza de las islas Thelendras. Es en esas islas donde se llegó a dominar el arte de la cetrería con estos hermosos animales, pero hace años que nadie consigue domar a una de estas aves sagradas.

Galgas: aves similares a alondras, con alas azules y amarillas.

Kórtodos: depredadores de poderosas mandíbulas portadoras de hasta setenta dientes serrados, sobre el hocico largo y afilado. Sus dientes se solapan unos con otros cuando tiene la mandíbula cerrada. Miden más de dos metros de longitud. Tienen el cuerpo cubierto de escamas y viven tanto en agua dulce como salada. Su solidez y ojos amarillos, vacíos de toda emoción, los hacen especialmente temibles.

Koty: pequeño animal parecido a un mono, con pelaje oscuro, dos bandas blancas, cola anillada y manchas alrededor de los ojos.

Kracárite: cobra alada con piel negra brillante y anillos amarillos. Posee un veneno letal. Como todos los ofidios, son especialmente apreciadas por percibir a través de su potente olfato la transpiración del miedo, la presencia de adrenalina y las modificaciones de la temperatura corporal, convirtiéndola en una especie capaz de detectar la mentira. Las kracárites perciben cualquier variación en el flujo sanguíneo, las pulsaciones del corazón e incluso la activación del fuego en la garganta. A veces utilizada como animal de combate, desarrolla fuertes vínculos con sus dueños. Este portentoso olfato, junto a su veneno letal, las convierte en las compañeras perfectas de la realeza.

Kromm: cerdo salvaje con mandíbula de kórtodo, piel veteada en rosa y negro y agilidad demoníaca. Muy apreciado por su piel y su carne, es también temido por su ferocidad.

Orix: corcel dorado de la realeza, con un pelaje que refleja la luz como si fuera de oro. Legendario y escaso en el reino. Muy apreciado por su resistencia y belleza.

Suargoo: plantígrado de proporciones descomunales, con colmillos de un palmo de largo y pelaje abundante. Posee una gorguera alrededor del cuello, similar a un oso.

Trejo: pequeño mamífero de orejas largas y poderosas garras capaz de excavar profundos túneles subterráneos. Suelen estar relacionados con la devastación de cosechas.

Wargho: ave nocturna carroñera con oído y vista prodigiosos.

FLORA

Flor de drago: también conocida como drago de siete pétalos, se erige como uno de los emblemas más representativos del escudo de Terradraga. Esta flor sapiencial dota a las montañas de una singularidad que las hace únicas en todo el territorio. Su capacidad para percibir emociones, así como la propia vibración de la maldad, hace que se agosten en

presencia de actos violentos, de ahí que hayan llegado al borde de la extinción en períodos de guerra.

Flor de urtha: flor silvestre de un gran poder cáustico. Es capaz de derretir las escamas de drago al extraer su jugo. Suele utilizarse en fundiciones o como poderoso instrumento de tortura y combate.

Fruto del kha: preciado grano con el que se elabora el **kashwa**, bebida aromática y estimulante que se prepara hirviendo agua previamente. Posee un sabor y aroma que deleitan los sentidos de quienes lo prueban. Son especialmente valorados los granos que se cultivan en las montañas Azules de Terradraga. Los herreros lo aman por el poder sanador que tiene sobre sus recalentadas gargantas y por la forma en la que consigue avivar su fuego.

Nobu: el árbol más resistente de toda la península. Podemos encontrarlo en las inmediaciones del monte de Hierro. Su copa se alza tan alta que apenas se ve el cielo creando un techo de hojas sobre las cabezas de aquellos que se aventuran bajo su sombra.

ALMANAQUE DRAGO

En Terradraga, el ciclo climático se divide en cinco estaciones distintas, cada una con sus propias características únicas. Durante treinta días, el eclipse de los dos soles derrite con fuerza las nieves de Terradraga. El momento en el que esos dos astros se separan, comienza un nuevo ciclo en el calendario drago. Los dragos nacidos en esta fecha lo hacen precedidos del augurio de buena fortuna.

La primera estación marca el comienzo de la temporada de lluvias. Las precipitaciones revitalizan la tierra y la preparan para el crecimiento futuro.

La segunda estación, conocida también como la estación de la siembra, sigue a la primera. Durante este tiempo, las lluvias disminuyen, dejando tras de sí un suelo fértil ideal para el inicio de los cultivos y el asentamiento de la simiente. Los vientos que soplan contribuyen a la polinización de las semillas, promoviendo así el crecimiento de la vegetación.

En estas dos primeras estaciones, se observa un fenómeno peculiar conocido como el **amanecer tenue**. El sol pequeño emerge antes que el sol grande y, al atardecer, el sol pequeño se oculta primero. Este período

culmina con un **eclipse breve**, donde el sol pequeño se esconde tras el grande, marcando el fin del calor del verano.

La tercera estación trae consigo temperaturas más suaves y cielos despejados. Los vientos remanentes se transforman en una suave brisa y proporcionan un ambiente sereno.

La cuarta estación se caracteriza por un brusco descenso en las temperaturas y la llegada de las nevadas, que cubren toda la península con un manto blanco.

Durante estas dos últimas estaciones, el sol grande precede al sol pequeño en su ascenso y, al anochecer, el sol grande desaparece primero. Se experimenta lo que se conoce como **la primera penumbra**, un período de transición entre el día y la noche.

La quinta y última estación culmina con el calor de los dos soles en su apogeo. Este período, de treinta días de duración, derrite las nieves acumuladas y aumenta el caudal de los ríos, creando un entorno de vitalidad y energía renovada mientras los dos soles brillan con intensidad en el cielo.

PRINCIPALES CIUDADES Y LUGARES DESTACADOS

Ssixo: capital de Terradraga, cuna de los ssixianos. Elevada sobre una colina y frente al cauce del río Ssix que le da nombre. Dentro de su doble muralla octogonal viven veinte mil dragos. La plaza del Mercado, sus enrevesadas calles como arterias, las cuatro puertas en los cuatro puntos cardinales, el barrio Bajo, el de los curtidores y mercaderes, la ciudadela con el palacio en el centro, el amplio distrito de los Herreros o la zona alta de los nobles forman la ciudad más bulliciosa y popular del reino.

Río Ssix: su cauce nace en las Montañas Azules desde donde fluye atravesando Ócsul, serpentea a través de Ssixo y el bosque de Sembis. A medida que avanza, su caudal aumenta, alcanzando su máximo esplendor al llegar a las majestuosas cataratas de Izzum, donde finalmente se funde con el océano infinito.

Palacio de Ssixo: residencia de los regentes del reino y toda su corte. Se encuentra dentro de la ciudadela, protegida por unos muros elevados. Los macizos de flores se repartían a lo largo de un paseo de cipreses podados para simular un laberinto. El jazmín y la madreselva tapiaban sus paredes desprendiendo la única fragancia capaz de borrar el hedor de la miseria y la podredumbre de la ciudad.

Barrio Alto: en donde se encuentra el acceso a la puerta del norte, en la zona alta de la ciudad. El distrito de la nobleza, el más caro y exclusivo de Ssixo.

Barrio de los mercaderes y curtidores: ubicado en el distrito del castillo, donde se encuentra el mercado de Ssixo, centro neurálgico de la ciudad, lleno de puestos de todo tipo situados en los soportales de la plaza real en el que no solo se encuentran los mejores puestos de calzado, pieles y algunas de las mejores boticas del reino, sino también toda clase de rateros y maleantes. Si decide visitarlo, vaya prevenido y ponga su faltriquera a buen recaudo.

Distrito de los Herreros: zona de gran actividad comercial situada al noreste de la zona alta de la ciudad. Las forjas y sus martillos dotan al barrio de un ritmo o un latido constante. En su corazón se ubica la plaza de los Herreros, conocida también por sus soportales. Desde este punto se accede con facilidad al acueducto de Ssixo, otro de esos enclaves que recomendamos visitar.

Barrio Bajo: la zona más peligrosa de todo Ssixo. Oscuras callejuelas, casas bajas de adobe bajo, el hogar de los más humildes, pero también donde encontrar tabernas legendarias en las que poder escuchar la mejor música y a los mejores artistas de todo el reino.

Monte de Hierro: montaña sagrada conocida por su potente atracción magnética. A simple vista puede confundirse con un mar de piedra del que surge, en un abrupto ascenso de formaciones ferrosas, la escarpada montaña. Los libros sagrados y las leyendas hablan de este lugar y del secreto no desvelado de su formación. Los primeros dragones buscaron refugio en el interior de sus cavernas, capaces de interferir en la percepción empática de los magos y los dragos más intuitivos del reino. Las piedras ferrosas que se pueden encontrar en este lugar son capaces de transmitir la vibración. Está prohibido el acceso.

Monte Lantho: otra de las montañas sagradas de Ssixo. En su cima se ubica el acueducto de Ssixo. La imponente estructura del dique, una construcción de piedra y lava que se funde con el entorno en perfecta armonía, se eleva sobre el río Lant, simulando una inmensa puerta de entrada al corazón de la montaña. Desde la cumbre pueden apreciarse en la lejanía los tejados de Ssixo.

Río Lant: afluente principal del río Ssix, al que se suman, en su descenso hacia el océano infinito, el agua acumulada tras las lluvias de la cuarta estación y el deshielo de la quinta.

Bosque de Senbis: infectado de Kórtodos, representa un peligro para los habitantes de Terradraga.

Pueblo de Valka: situado en el valle de Valka, en la linde del río Ssix. Habitado por un clan de herreros y agricultores donde viven un millar de familias, sobre todo dragos rojos. Siguiendo contracorriente el río, te encuentras con la montaña de Valka. En esa montaña está la solitaria plantación de kashwa de Kratelos.

Meseta de Aka: tierra de rojos y herreros en la zona de aliados del reino de Ssixo donde se sitúa la **ciudad de Aka**: provincia de dragones rojos expertos en fuego.

Ócsul: segunda ciudad en importancia dentro de la península de Terradraga. En el año ciento veinte después de Argia, el reino tuvo por primera vez dos herederos, los hermanos gemelos: Zekhi y Nemon. Ante la disyuntiva de elegir cuál accedería al trono, el rey Kilras entregó a Zekhi, el primero que alumbró su madre, la ciudad de Ssixo. A Nemon, su hermano gemelo, le encargó gobernar Ócsul. Así surgió, por primera vez, un reino bicéfalo en Terradraga. Esta decisión ha sido el origen de numerosas guerras que han salpicado la historia de la península. Desde entonces, Ócsul compite con Ssixo. Destacan sus jardines y sus palacios, pero, sobre todo, la gran biblioteca, cuna del saber del reino.

Minas de Arvak: en la zona de Ócsul. Territorio rodeado de rutas subterráneas y cuevas que las atraviesan. Destaca por su riqueza en minerales como el mármol níveo, del que se construyó la conocida mesa del Consejo real, en la actualidad en el interior de la Habitación Blanca.

Cascada de Izzum: en las montañas de Valka, mayor salto de agua de la península.

Islas Thelendras: situadas en el sureste, ya en el océano infinito. Tierra de artistas y lugar de nacimiento de la madre y la abuela del rey Búltar.

Montañas Azules: zona de suelo volcánico y dragos azules, dedicada al cultivo del kha por su altitud, temperaturas suaves, lluvias abundantes y nubes todo el año. Los dragos azules llevan siglos cultivando este preciado fruto y guardan con celo los secretos para extraer de la planta del kha este brebaje. Los herreros lo estiman por el poder sanador que tiene sobre sus recalentadas gargantas y por la forma en la que consigue avivar su fuego.

FIESTAS POPULARES

Fiestas de Shossot: se celebran en la plaza de Ssixo, en donde pueden reunirse unos diez mil dragos y dragas, la mitad de los habitantes de Ssixo. El trigésimo día del primer ciclo marca la festividad de Shossot, un evento anual que conmemora al dragorrey que erradicó a los humanos de la península de Terradraga. En este día, se celebra una gran fiesta en su honor, recordando su victoria en el campo de batalla y su implacable persecución de los humanos hasta su total extinción en esa región al este del desierto de cenizas. Durante la festividad, se llevan a cabo diversas actividades tradicionales. Se cuelgan sacos de tela y arpillera, simulando figuras humanas, que luego los cachorros golpean con varas para encontrar los dulces escondidos en su interior. Se organizan concursos de fuegos y lucha, se entonan canciones y se representan en teatros populares las leyendas de los antiguos dragorreyes que marcaron el curso de la historia, así como las profecías sobre un posible retorno de esos misteriosos dragones que desaparecieron hacia el océano infinito. Más allá de todas estas conmemoraciones, la festividad de Shossot destaca especialmente por ser el día de la gran feria y el mercado de Ssixo, donde se congregan comerciantes y visitantes de todas partes para intercambiar bienes, celebrar la vida y sumergirse en la vibrante energía de esta ancestral tradición.

Fiestas de la cosecha: se celebran durante el inicio del segundo eclipse que da paso a la tercera estación. En estos días se aplacaba el calor sofocante convirtiéndose en una fecha idónea para celebrar **la feria de la cosecha de Valka**, a la que se acercan comerciantes de todo el reino para vender sus productos, algunos tan renombrados como: las mazorcas de grano azul.

OTROS CONCEPTOS DESTACADOS

Agua de fuego: destilado de una graduación alcohólica capaz de tumbar a un Suargoo.

Khento: cuerda larga o tira de anta con dos piedras atadas a los extremos que se utiliza como instrumento o arma arrojadiza para lanzar en campo abierto. Se gira sobre la cabeza para que adquiera velocidad hasta caer como un cepo alrededor del cuello de la presa indicada, produciendo la muerte por asfixia.

Janto: maestro.

Pasta de sal: empleada habitualmente para pulir las escamas de los dragos y las dragas, restableciendo su brillo y resistencia. Esta pasta se elabora con la sal extraída del océano infinito, por su alta concentración en minerales.

TIPOLOGÍA DE LOS DRAGOS

El color de las escamas es un atributo especialmente relevante para conocer el linaje de los dragos. Según su color encontramos:

Escamas arena: es el color de los críos que no han comenzado la muda. Hasta que no cumplen seis ciclos, los dragos no rebelan el tono definitivo de su linaje.

Escamas doradas con trazas negras: propias, en la mayor parte de los casos, de los dragorreyes y la nobleza. Son más resistentes que el resto. Solo la realeza, además de este tipo de escamas, posee fuego índigo.

Escamas rojas: propias de los herreros de la meseta de Aka. Las más resistentes después de las doradas por haberse endurecido en La Forja.

Escamas azules: originarias de las montañas Azules, en donde los críos se forman en La Forja, un tipo de enseñanza propia de los guerreros más leales y valerosos de la península.

Sin apenas escamas: son propias en los dragos que trabajan con las artes curativas y la medicina, además, son la única especie que carece de fuego, aunque algunos de ellos pueden exhalar gases narcóticos.

Mestizos: el color más habitual en los dragos es el marrón, pero también existen dragos mestizos de escamas que se suceden en una combinación de linajes diferentes que suelen combinar la mezcla de dos o más tonos. Morado, naranja y negro son algunos de los diferentes colores que forman las escamas de esta especie. Los dragos y dragas viven más que los humanos, llegan a superar los 100 ciclos.

Agradecimientos

Tras Arden Montag, un pseudónimo lleno de Bradbury y de fuego, hay dos escritores, amigos, fanáticos de los libros y las buenas historias que han disfrutado construyendo esta novela. Pero detrás de ellos también está el concurso de mucha gente sin la que esta obra no habría llegado a buen puerto. Toca agradecer a: Vicky Hidalgo, editora de Minotauro y a todo su maravilloso equipo que nos acompañó en este viaje. A nuestra pareja de agentes: Hilde Gersen y Sofia Di Capita, de Antonia Kerrigan, nuestros ángeles de la guarda, capaces de convertirse en peligrosas dragas para defender esta historia.

También al batallón de lectores cero: Iñigo Márquez, Nicolás Burbano, Itxiar Balsón, María Comesaña y las dragas del club 155 por su apoyo incondicional. A las maravillosas correcciones de Ana Fombellida y Marta Minguillón y, en especial, a las aportaciones de Javier Varela; sus conocimientos de astrología y de música han sido claves en la construcción de este mundo, a pesar de que al final siempre mande la fantasía sobre la ciencia. Varela es autor de alguno de los himnos que resuenan entre estas páginas.

Pero por encima de todo, este libro es posible gracias a nuestras familias; Óscar y Eli, las parejas que nos han soportado mientras construíamos tramas, ideábamos finales, matábamos y resucitábamos personajes hasta el punto de volvernos un poco insoportables, con ellos siempre cómplices a nuestro lado. Sin vosotros nada tendría sentido.

Y a los más importantes, nuestros pequeños dragos: Suri, Lara, Víctor y Teo, pura inspiración de esta historia que comenzó como un cuento a los pies de sus camas.

Por último, a ti, querido lector. Sabes que eres el mayor de los tesoros, nuestro agradecimiento es infinito. No hay nada que nos guste más que hablar de nuestras historias, por eso te dejamos nuestros correos nos encantará charlar contigo de lo que sea que este libro y tu imaginación te hayan provocado.

Paula Gonzalo:
paulagonzalo@gmail.com

César G. Antón:
ochentay3segundos@gmail.com

ARDEN MONTAG es el pseudónimo de **César G. Antón** y **Paula Gonzalo**, dos autores con perfiles potentes dentro del campo de la comunicación.

César G. Antón (Madrid, 1976) Licenciado en periodismo y autor de la novela *83 Segundos* (2023). Dirige desde su fundación los informativos de laSexta, donde junto a su equipo han dado forma a programas como *Al Rojo Vivo, Más Vale Tarde, laSexta Columna, laSexta Noche, laSexta Clave* o *Xplica*.

La Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión le otorgó el premio Talento por su exitosa trayectoria profesional detrás de las cámaras. Burgalés de corazón y madrileño de adopción, es padre de dos criaturas a las que por las noches contaba historias de dragones.

Paula Gonzalo es una periodista y escritora gallega cuya trayectoria profesional ha estado marcada por su compromiso con la literatura. Una parte destacada de su carrera profesional ha transcurrido en la Cadena Ser,

donde ha dirigido y presentado programas siempre vinculados a la cultura y los libros.

Actualmente, combina su labor como escritora con la locución, el *coaching* literario y la dirección de PeriodismoCiudadano.com, un observatorio sobre el poder del contenido generado por el usuario para la defensa de los derechos humanos. Paula ha publicado con anterioridad libros de no ficción. En el ámbito de la literatura infantil y juvenil ha publicado *Tex Patton y la isla de plástico* (2021).

Notas

[1] El amor todo lo puede, la palabra transforma realidades, juntos alumbrarán un nuevo día. <<

[2] Volad en paz. Bienvenidas de nuevo al cielo de los dragones. <<